
3 1761 08158826 1

EL IMPERIO

DE

MARRUECOS,

SU HISTORIA, GEOGRAFÍA,
TOPOGRAFÍA, ESTADÍSTICA, RELIGION, COSTUMBRES,
INDUSTRIA, AGRICULTURA, ARTES, MILICIA, ETC.,

por

DON MANUEL TORRIJOS.

MADRID.—1859.
BIBLIOTECA DE LA INSTRUCCION UNIVERSAL.
Plaza de Santa María, número 2.

ADVERTENCIA.

El Imperio de Marruecos es el primero de los *compendios de historia*, que nos proponemos dar á luz y que juntos formarán *La Historia universal* mas completa, mas breve y mas interesante que se haya publicado.

La presente obra constará de un solo tomo, dimensiones á que procuraremos sujetar los *compendios* de las demás naciones, (que en ningun caso pasarán de dos tomos) variando por lo tanto su precio en suscricion, de uno y medio á tres reales por cada historia.

Hemos dado la preferencia á la del Imperio marroquí, por razones fáciles de comprender, en el momento que España se prepara á obtener de este imperio por la fuerza de las armas, la satisfaccion de los agravios hechos á nuestro pabellon en Africa.

A la *Historia de Marruecos* seguirá, cuando no la acompañen, la de los Estados Italianos, que acaban de ser, y están espuestos á ser de nuevo, teatro de la guerra.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

A fin de dar el órden posible á este trabajo, he creido conveniente dividirlo en tres partes.

En la primera, que no es otra cosa que la descripcion geográfico-topográfica de Marruecos, doy cuenta de su superficie, poblacion, costas, puertos, montañas, rios, lagos, clima, suelo, producciones, division por provincias y poblaciones.

Al describir las poblaciones entro, como es consiguiente, á tratar del estado en que se halla el imperio, y en esta segunda parte, en la que presento un cuadro completo de su organizacion actual, doy cuenta de las razas de que se compone la poblacion, como amacirgas, xiloes, kabilas, riffeños, árabes-puros, judíos y negros; de los impuestos del país, recursos y gastos del imperio, tesoro imperial, ejército, agricultura, industria, artes, comercio, monedas, pesos, medidas, religion, leyes, gobierno, usos, costumbres, lengua, ciencias y literatura.

Una vez completo el cuadro de la organizacion del imperio marroquí, tal y como hoy se presenta á los ojos del viajero, paso á la tercera parte, con la cual doy por terminado el libro y en la que refiero la historia de Marruecos desde sus primeros pobladores hasta el dia.

Tal es el plan que me tracé antes de empezar la obra; si estuve ó no acertado en su desempeño, al lector es á quien toca juzgarlo: yo he procurado emplear todo el método y sencillez posibles al escribirlo.

Madrid 30 de noviembre de 1859.

EL IMPERIO DE MARRUECOS.

PARTE PRIMERA.

DESCRIPCION GEOGRÁFICA DEL IMPERIO MARROQUÍ.

CAPITULO PRIMERO.

El imperio de Marruecos, su superficie, poblacion y situacion topográfica.

El imperio de Marruecos, llamado *Moghreb-el-Aksa* (occidente estremo ó estremo occidental), por los primeros árabes, que no obstante la feroz resistencia de los griegos y romanos, emprendieron y lograron la conquista de Africa, es lo que antes se conocia con el nombre de *Mauritania Tingitana* y parte de la *Getulia*. La Mauritania Tingitana, segun la division hecha por los geógrafos en tiempos del emperador Othon, sesenta y nueve años antes de Jesucristo, fué comprendida en los dominios de España, bajo el nombre de *Hispania Transfretana* ó allende el estrecho de Gibraltar; esta denominacion se conservó en el trascurso de los siglos medios, siendo por decirlo así una consecuencia forzosa del dominio que sobre ella ejercieron los vánda-

los que salieron de España; dominio que heredaron mas tarde los godos contemporáneos de Leovigildo.

Esta parte del Africa septentrional, que ocupa una porcion considerable de las dos vertientes generales del Atlas, abraza una estension de 691,000 kilómetros cuadrados próximamente, ó sea una superfie algo mayor que la tercera parte de España; de estos corresponden, 260,000 á la provincia de Tafilete, 138,000 al reino de Fez, 129,000 á la provincia de Daragh, 96,000 al reino de Marruecos y 68,000 á la provincia de Suz. Esto en general; que descendiendo despues á otros detalles, y teniendo en cuenta que segun los datos de algunos geógrafos, historiadores y viajeros, la autoridad del emperador es completamente nula en gran parte del pequeño Atlas (Riff), ó sea en una estension de unos 12,000 kilómetros cuadrados, con otra de unos 1,000 situados al S. del camino de Teza, en otros 31,000 del S. y S. E. de Fez y Mequinez, en otros 40,000 del reino de Marruecos, en otros 58,000 del distrito de Suz en los 129,000 de Daragh y en otros 79,000 del norte del Tafilete ó sea en el pequeño desierto; si se tienen en cuenta todos estos datos digo, que la superfície de Marruecos sometida al emperador se compone de 341,000 kilómetros cuadrados, ó poco menos de la mitad del imperio. Otros elevan esta cifra á 156 leguas de largo, por 120 de ancho, ó sea una superfície de 18,720 leguas cuadradas; pero sea de esto lo que quiera y aun dado el caso de que estos últimos datos esten exentos de error, todavia resulta, que la estension del imperio de Marruecos es inmensa, atendido el triste papel que por su atrasada civilizacion representa entre las demás naciones del mundo.

Parecía lo natural que la poblacion de este pais, se hallase en relacion directa con la estension que abarca su superfície; pero no sucede así. Ya sea que gran parte del terreno es montañoso, ya que las abrasadas arenas de algunos de sus puntos no le hagan lo mas apropósito para habitar, el hecho es que la poblacion del imperio marroquí no se halla en armonía con su es-

tension. Suponen algunos que asciende á 15 millones el número de los habitantes de Marruecos; otros, rebajando considerablemente esta cifra, lo reducen á 6 millones; colocándose otros en un término medio fijan el número de habitantes en 8.502,300. Siguiendo yo á los que apoyándose en la autoridad de Graberg de Hemsó creen que esta cifra es la más verdadera, digo tambien á mi vez que esta es al parecer, la menos exagerada, si bien no puede reputarse tampoco por verídica, máxime si se tiene en cuenta, que no solo no existe en Marruecos una estadística incompleta, sino que sería poco menos que imposible el empeñarse en formarla, aun cuando se caminase bajo el supuesto de no acercarse mucho á la verdad. Concretándome, no obstante, al último dato, y aprovechándome de los que los Sres. Coello y Gomez Arteche, han aducido en su descripcion del imperio marroquí, diré que estos 8 y pico millones de habitantes se hallan distribuidos del siguiente modo en el imperio; 3.202,000 en el reino de Fez; 3.600,300 en el de Marruecos; 700,000 en el Tafilete y 1.000,000 en Suz y Daragh. Teniendo, pues, en cuenta las cifras publicadas antes, respecto á la superfície del imperio, y una vez supuesto que estas últimas relativas á la poblacion, son las mas exactas, resulta; que el reino de Fez tiene 23 habitantes por cada kilómetro cuadrado, 37 el de Marruecos 5 las provincias de Suz y Daragh, y 3 el Tafilete. De todos modos, la cifra correspondiente á los reinos de Fez y de Marruecos, es algo exagerada y lo más probable, lo que casi puede darse por seguro sin temor de equivocarse, es que la poblacion de los citados reinos no debe pasar de 15 ó 16 habitantes por kilómetro cuadrado, en cuyo caso, aquellos deben quedar reducidos á 2.000,000 en el reino de Fez, á 1.500,000 en el de Marruecos y á 6.000,000 en todo el imperio, ó lo que es lo mismo á una cifra por kilómetro cuadrado, casi igual á la de las diez provincias menos pobladas de España.

Para concluir este capítulo diré, que la situacion topográfica de Marruecos es la mas apropósito quizá, para hacer productivo

aquel pais, si sus habitantes tuviesen las mas ligeras nociones de comercio; tanto su costa occidental, como la septentrional, parece que están dispuestas para este objeto. El imperio de Marruecos linda al N. con el Mediterráneo, y el Estrecho de Gibraltar, al O. con el Atlántico, al S. y S. E. con Sahara, y al E. con Argel.

CAPITULO II.

De las costas del imperio Marroqui.

Indudablemente, las costas de un pais como Marruecos, que solo por medio del mar tiene comunicacion con el continente europeo, son de suma importancia, para conocer á fondo los elementos de vida con que cuenta, y tal vez las páginas que el gran libro de la historia le tiene preparadas. Si á esto se agrega la circunstancia de que en sus costas es donde existen las principales poblaciones de Marruecos, que en ellas es donde existe la verdadera riqueza, que ellas son las depositarias, por decirlo así, del porvenir del imperio, y en una palabra; que en ellas es donde radican los puntos mas fuertes quizá, pero acaso tambien los mas vulnerables del mismo; si se tiene en cuenta todo esto, digo, que el conocimiento de las costas de Marruecos es uno de los puntos geográficos mas interesantes de que debe tratarse en este libro.

Las costas del imperio de Marruecos, pueden dividirse en dos trozos, á saber:

Costa septentrional, que bañada por el Mediterráneo, abarca una estension de unas noventa leguas desde la desembocadura del Uad-Adjeroad-Kis, hasta el Cabo Espartel, llamado antiguamente promontorio Ampelusio; y

Costa occidental, que bañada por el Atlántico, mide un espacio de unas ciento noventa leguas, desde el Cabo Espartel hasta el Cabo Aguloa, que es el punto á donde llegan las poblaciones verdaderamente independientes del Sus-el-Aksa.

Comenzando la reseña geográfica por la costa septentrional, diré, que desde la desembocadura del Uad-Adjeroad-Kis, hasta el Cabo Espartel, esta costa continúa escarpada y montañosa, si bien provista de alguno que otro puerto, mucho mejor que los de la occidental. Saliendo de la playa y ensenada de Drxerráa notable por lo fácil que es de aberdar, y continuando siempre hácia el Oeste, tropezamos con el Cabo del Agua, á cuya parte oriental desagüa el rio Muluya, y al Norte del cual se encuentran nuestas islas Chafarinas: el Cabo del Agua es llano, y en su cima se encuentra la aldea de Sidi-Bedxir. La costa sigue despues en descenso, y formando una especie de bahia hasta la punta de Quiviana, desde donde vuelve á ascender hasta el Cabo de Tres Forcas, dejando en el intermedio á Restraga, la laguna salada de Puerto-Nuevo, al lado de la cual se eleva el monte Atalayon, la desembocadura del rio del Oro, nuestra plaza de Melilla situada sobre una baja península de rocas, la punta de Sabanilla, Cala Bermeja, y los Farallones; la costa en toda esta estension no ofrece otros accidentes que playas y pequeños escarpes sobre fértiles llanuras abiertas por numerosos barrancos.

Desde el cabo de Tres Forcas hasta la ensenada de Zera, la costa baja casi perpendicularmente y sin playa alguna, presentando únicamente algunas puntas pronunciadas y formadas al parecer por alguna revolucion del terreno, que en este punto es bastante peligroso; entre la ensenada de Zera y el cabo de Tres Forcas se encuentran los isletes Charanes, Cala Tramontana, Cala de las Higueras, y Cabo Viejo.

Desde la ensenada de Zera hasta el cabo Quilates, donde principia la bahia de Alhucemas, la costa septentrional continúa bastante accidentada, ofreciendo una estensa llanura en la ensenada de Betoya, algunas playas vistosas hasta el cabo de Biesta, terrenos ásperos y solitarios hasta la bahia de Alhucemas. Por lo demás, el trozo de costa comprendido entre la ensenada de Zera y el cabo de Quilates no es de los mas despreciables del

imperio marroquí, puesto que en él se encuentran Cala Casasa, Punta Garet, la ensenada de Asanen sobre cuyas anchurosas playas se levanta la aldea de su nombre, Cala iliguin, Punta de Betoya, Punta de Leon, Punta de la Cola, Cala Chaba, Cala Nuflis, Punta de Abdum con una pequeña ensenada orilla, Cala Tiraquin, la desembocadura del rio Ben-Atsun, Cala Igdi, el cabo Biesta, la Punta Bab-Asun, y Casa Confreir.

Desde la bahia de Alhucemas hasta el Peñon de Velez de la Gomera, la costa ofrece algo de notable; la playa por donde desemboca el rio Nackor es hermosísima; el frondoso valle de Alhucemas se halla sembrado de pequeñas poblaciones entre las que descuellan Nacher y Sidi-bondand, y desde aquí hasta el Peñon de Velez la costa es dura, agreste é inaccesible por muchos puntos, hasta el estremo de haber sido bautizada con el nombre de *Costa de Hierro* por los marinos : entre el Peñon de Alhucemas y el de Velez se encuentran el Morro Nuevo, Brevero, el rio y Punta de Bosicú, Casa Melona, Casa de Gitanos, la Punta Jalú, los peligrosos islotes de Topo, el tronton del Remolon y el cabo Baba.

Desde el Peñon de Velez hasta Ceuta, la costa septentrional continúa de nuevo el ascenso que en menor escala hizo desde la punta de Quiviana hasta el cabo de Tres Forcas, y en dicha estension unas veces se presenta fértil y cubierta de verdura, otras arenosa y cortada por la desembocadura de algunos rios, en algunos trozos arcillosa y quebradiza, interpumpidas sus playas de cuando en cuando por duras rocas, y finalmente, bordadas de hermosos valles que se hallan sembrados de poblaciones en alguno de sus puntos. El trozo de costa que media entre el Peñon de Velez y Ceuta es quiza el que mas atractivos ofrece en la parte septentrional de Africa. En él se encuentran los poblados vallecillos de Torres de Alcalá en una estensa bahia, los del islote del Iris, el de la ensenada de Mostaza, la torre y punta de Mortara, la ensenada de los Traidores, el valle de la ensenada de Rocas Negras, el de Uarenga en la punta de los

Pescadores, y el de Fagaza en la ensenada y rio de Alamos. Continuando siempre hácia el Occidente, se hallan despues del islote y punta de Diadyerchmit el rio Mter, las ruinas de un castillo, otras ruinas romanas, la aldea y ensenada de Ustrach, la torre y punta de Uidyiyah, el rio y playa de O mara, la torre y punta del mismo nombre, el pequeño cabo de Adelasi, el cabo y torre de Mazari ó de Tetuan, las piedras de Molo, el fuerte y la aduana de Martin, el cabo Negro, la torre y el monte del mismo nombre, y algunas poblacioncillas.

Desde Ceuta al Cabo Espartel, ó sea en el último trozo de la costa septentrional que forma el Estrecho de Gibraltar, el terreno se presenta escarpado por robustas rocas interrumpidas de cuando en cuando por playas completamente estériles por ser todas arenosas. Primeramente y prosiguiendo siempre hácia el Atlántico, se encuentra el elevado monte del Hacho, sobre cuya cima se eleva el castillo de su nombre, y al pié de cuya falda se encuentra la poblacion llamada Almina de Ceuta: despues del monte del Hacho y no lejos de la montaña del Marabú, se halla el monte de los Monos, Punta Bermeja, Punta Blanca, la ensenada de Benzus, Punta Leona, nuestro islote del Peregil, la bahía y punta de Almansa, la cala Rmel, el rio del mismo nombre, punta Sainar, Al-Ksar-Saghuir, la punta y sierras de Alcázar, Cala Grande, punta de Al-Boasa, punta Altares y punta Malabatah. Al oeste de este pequeño cabo comienza la bahía de Tánger, desde cuyo punto al cabo Espartel, la costa prosigue siendo escarpada á escepcion de las pintorescas playas de Tánger, y las que pasado el Merdxan se encuentran en la ensenada de los Judios. Entre este punto y el Cabo Espartel no media mas que la punta del Frailecito.

La costa occidental, si bien doble en estension, queda descrita en muy breves palabras, por no ofrecer tanto de notable como la septentrional. Partiendo del Cabo Espartel y continuando siempre hácia el Sud-Oeste, que es la direccion que lleva la costa, vemos que esta es casi siempre áspera hasta Larache, si

bien las colinas que la forman no tienen gran elevacion. Despues de la ensenada de Jeremías y de Almadrones, se encuentra la poblacion de Arcila con unos 1,000 habitantes y fondeadero bastante regular, defendido por un muro de tres torres reforzadas con veinte piezas en batería. La ciudad de Larache, situada á la izquierda del rio Luccos, con una poblacion de unos 3,000 habitantes, cuenta tambien con un mediano fondeadero, cuyas baterías se encuentran á flor de agua.

Desde Larache á Mazagan, la costa se halla formada por rocas escarpadas y rojizas, colinas areniscas, y playas muy poco fértiles en general. En este trozo de costa se cuentan, no obstante, algunas poblaciones de importancia. Despues de Larache se encuentran Al-Ksar-Kebir; la gran laguna de Ras-ed-Daurah; la desembocadura del rio Sebú; la pequeña ciudad de Mehedia, á la izquierda de dicho rio y sobre cuya entrada tiene construidos dos fuertes; las dos ciudades de Salé y Rabat, separadas por el rio Bu-Raghrab, y que entre ambas constituyen el principal centro de comercio del imperio; Mansoriyah; la ciudad de Fedalá, que ademas de estar defendida por robustas murallas, posee tambien un pequeño puerto; el Cabo de Dar-al-Beida ó Casa-Blanca, 13 millas mas al Sur de dicha ciudad; la desembocadura del rio Umm-er-Rebieh, dotado de una alta barra, y las ruinas de Azamor.

La fortaleza de Mazagan ó Barodyah, construida en 1510 por los portugueses, se encuentra casi en ruina y apenas cuenta doscientos habitantes entre sus derruidos muros.

Desde Mazagan á Mogador, la costa se halla formada por altas colinas, desiertos arsenales y terrenos escabrosos. No lejos de Mazagan, y algo mas al Sur, se encuentran las ruinas de la antigua ciudad de Tit; despues el cabo Blanco entre las elevadas colinas que por aquella parte dan lugar á la formacion de la costa: la aldea de Uladiyah con un magnífico lago; el cabo Cantin; el Cabo Safi, la ciudad de Asafi ó Asfí con 6,000 habitantes y un fondeadero fortificado con veintiun cañones de

grueso calibre; la desembocadura del rio Tensift con su barra; la montaña llamada de hierro y vastos arenales.

Mogador, de quien los sultanes han querido formar el centro principal del comercio de Marruecos por su proximidad á la capital, es el puesto mas importante de la costa occidental del imperio, y su poblacion se calcula en unos 10,000 habitantes.

La costa de Marruecos desde dicho punto al cabo Agulon, delante del imperio, es muy elevada en el cabo de Ger; se encuentra cortada contínuamente por las desembocaduras de los rios y arroyuelos, y aun cuando no se halla desprovista de estensas colinas y montañas arenosas, se encuentra tambien sembrada de poblaciones situadas sobre valles bastante fértiles. En este último trozo de costa del imperio marroquí, se encuentran Sidi-Mogdul; las montañas areniscas de Botof; Puerto Ger, el cabo Sim, las poblaciones de Culeche, Ras Tafelneh y Tafelan; la desembocadura del rio Tiksi, Beni-Tameri, el cabo Gher, Tamaral, Idaulenan, Santa Cruz ó Agadir, con unos 600 habitantes y un buen fondeadero; el cabo Tomie y algunas otras poblaciones de menos importancia.

Conocidas ya en parte las costas del imperio marroquí, y á fin de completar su estudio, pasemos á dar una idea de lo que son sus puertos, dedicándoles un capítulo especial.

CAPITULO III.

De los puertos del imperio Marroquí.

En las costas de Marruecos, como por el capítulo anteríor han podido ver nuestros lectores, existen muy pocos puertos que merezcan el nombre de tales; pues si bien es cierto que Tetuan, Tánger, Larrache, Rabat y Salé, son considerados como puertos por algunos geógrafos, el hecho es que solo son bahías mas ó menos cómodas, pero ninguna de ellas puerto seguro y que reuna todas las condiciones apetecibles. Firmes no

obstante, en nuestro propósito de dar á conocer por completo toda la costa, hablaremos de todos los puertos, bahías y ensenadas que ofrezcan algo de notable, incluyendo en el número de los principales á Tánger, Salé, Rabat, Mogador, Larrache, Tetuan, Asfi, Mazagan, Ras-el-Baida, Arzila, Fadala, Azamor, Agadir, Alcázar-el-Zaguer, Ceuta, Melilla, Alhucemas y Gomera.

TÁNGER.—Este pequeño puerto, que hoy es inseguro á consecuencia de haber volado los ingleses los muelles que algunos años antes habian construido cuando estuvo en su poder; este pequeño puerto, decimos, podria ser segurísimo en estremo, si gastando algun dinero, se volviese á reedificar su antiguo muelle, hoy completamente arruinado. La bahía tiene poca profundidad, aun cuando á primera vista parezca lo contrario; la parte de la ciudad que á ella corresponde, se encuentra defendida por algunas baterías en buen estado: las dos principales, que están por cierto muy bien construidas, se llaman Tofana y de la Marina; la primera se compone de quince cañones y varios morteros; la segunda, que defiende el puerto y la rada, y que es mas alta, solo cuenta once; la puerta de la marina y el desembarcadero están defendidos por un pequeño bastion armado con dos cañones. Otra batería llamada el Borg (torre con doce cañones) se halla colocada sobre el mismo muelle, y bate la parte esterna de la muralla de la ciudad hácia el Estrecho; pero no podria resistir probablemente un ataque fuerte de diez minutos. Al Norte de la bahía se encuentra la Alcázaba ó castillo del gobernador, en cuyo punto vienen á unirse las murallas de una y otra parte de la ciudad; las playas oriental y meridional de la bahía están defendidas por otras tres baterías de cuatro á seis piezas cada una. La bahía de Tánger, está destinada, no obstante, á desaparecer cegada por un pequeño desierto de arena movediza, situada entre los jardines de las casas de campo de los cónsules europeos, y que se aumenta todos los años invadiendo tambien aquellos deliciosos verjeles.

Salé.—Este puerto, que es bastante grande, tiene sin embargo algunos inconvenientes que le quitan mucha parte de su importancia. Sembrado de bancos de arena, sobre los cuales solo hay doce pies de agua cuando el flujo y seis cuando el reflujo, la entrada en él de los grandes buques es de todo punto imposible: su situacion en la region mas fecunda del imperio y su proximidad á las ricas poblaciones de Fez y Mequinez, hacen no obstante que el puerto de Salé, que en union con Rabat forma el verdadero centro comercial del imperio marroquí, se vea contínuamente visitado por embarcaciones mercantes que acuden á él de diversos puntos de Europa á ejercer sus tráficos.

Rabat.—Este puerto de la costa occidental, que sin disputa alguna es el mejor situado y el que mas ventajas reune para la esportacion de los productos del país, y particularmente de los granos, lana y cera de las provincias vecinas, y de las manufacturas de Fez y Mequinez, es al propio tiempo el mas á propósito tambien para la introduccion de las mercancías europeas, que por la via de Fez se dirigen al interior del Africa. Rabat es además mucho mas fuerte que Salé, y en sus baterías recientemente construidas y conservadas en buen estado, hay colocadas hasta cien piezas de artillería. Rabat se encuentra situada al Sur del rio Bu-Raghrab, y se vé espuesto con frecuencia al viento del Oeste.

Mogador.—Este puerto, situado al Mediodía de la ciudad de su nombre en una islita como de dos millas de circunferencia, es de poca importancia por el reflujo, no obstante el empeño demostrado por los Sultanes en hacerle el puerto principal de las costas de Marruecos. Consecuencia necesaria de esto es que como durante el reflujo solo tiene diez ó doce pies de agua, los barcos grandes tienen que fondear á milla y media de la batería Larga, lo cual les ocasiona graves perjuicios. Su defensa no es tan fuerte como hasta aquí se habia creido; pues aun cuando tiene en la costa una línea de cañones de grueso calibre, otras tambien de grueso calibre y situadas sobre rocas á su entrada,

un puente fortificado que une al puerto con la ciudad, y algunos otros baluartes; el poco espesor de las murallas y la mucha proximidad de sus cañoneras, hacen que la escesiva defensa de Mogador se destruya en parte por sí misma.

MEHEDIA.—Tambien este puerto situado cerca de las bocas cegadas del rio Sebú, se halla muy decaido; posee un fuerte á la entrada del rio, y un castillo antiguo, donde se refugiaban los corsarios de Salé.

ALCAZAR-EL-ZAGUER.—Esta pequeña bahía, situada en el estrecho de Gibraltar, desempeña muy escaso papel en la costa de Africa, pero se podia muy bien habilitarla para puerto.

CEUTA.—Este puerto, que nos pertenece á los españoles, es pequeño y malo, y ningun porvenir ofrece.

MELILLA.—Tambien este puerto pertenece al dominio de los españoles. Situado en la estensa bahía de Entrefolcos, es desabrigado en invierno y de tan pocas dimensiones, que solo pueden fondear en él embarcaciones de poco porte. Su muelle es tambien pequeño y abierto en la misma roca.

ALHUCEMAS.—En esta bella y espaciosa bahía, que como Ceuta y Melilla pertenece á España, se encuentra el Peñon aislado de su nombre, sobre el cual existe uno de nuestros presidios: en esta bahía desemboca el rio Naccor, que separa la provincia de Er-Riff, de la de Gart.

GOMERA.—Este puerto del Mediterráneo, que tambien nos pertenece, tiene un fondeadero malo y peligroso, especialmente para los buques de vela.

TERGA.—En este puertecillo del Mediterráneo se hace gran tráfico de pescados salados para los habitantes de la provincia de Er-Riff. No ofrece nada de notable.

JELLES.—Este puerto de la provincia del Riff, dista poco del Peñon de la Gomera, y no ofrece otra particularidad que la de hallarse rodeado de bosques de pinos olorosos y enebros de Fenicia.

Larrache.—Este puerto llamado por los árabes Al-Araisce, y formado por la desembocadura del rio Luccos, es bastante seguro para las barcas mayores, pero de escasa importancia, porque á consecuencia de su difícil entrada, los buques de mas de 200 toneladas se ven precisados á descargar en la rada, siéndoles de todo punto imposible pasar la barra que cierra la embocadura del rio. La entrada del Este está defendida por la parte del Sur por tres baterías, careciendo completamente de defensa á la parte opuesta.

Tetuan.—Situado en el rio Martin á media milla del mar, este puerto nada tiene de bueno. Su situacion le favorece, sin embargo, y por él se hace un riquísimo comercio con España, Francia é Italia, surtiendo á estas tres naciones de lanas, cueros, cebada, pieles, cera, ganados y comestibles, importándose al propio tiempo sedas, tabaco, vajilla, armas de fuego, babuchas, tejas vidriadas y azulejos.

Asfí.—Este pintoresco puerto llamado tambien Saffí, tiene una escelente y segura rada, y aun cuando hoy ha decaido bastante, ha hecho por espacio de mucho tiempo con Europa un vastísimo comercio de lana, cera, cueros de bueyes, goma y pieles de cabra, artículos de los cuales exporta todavía algunas cantidades. En las fortificaciones de enfrente al fondeadero hay una batería de veintiun cañones de grueso calibre.

Mazagan.—Puede decirse que este pequeño puerto, cuya rada no obstante es escelente, se sostiene únicamente con el comercio que hace con Rabat, á quien surte de granos y otros géneros, de los cuales recibe continuamente pedidos. El estado ruinoso de la ciudad es la causa de su decadencia.

Dar-el-Beida.—Este pequeño é inseguro puerto, solo conserva un recuerdo de su vida pasada, riqueza y esplendor. Antiguamente se exportaban de él grandes cantidades de granos traidos de sus inmediaciones y del mercado de Nukhaila; los españoles tuvieron no hace mucho en él una factoría para el

comercio de granos: hoy se halla poco menos que abandonado.

Arcila.—Pequeño puerto del Océano con un regular fondeadero defendido por una murallita reforzada por tres torres con veinte piezas en batería. Contínuamente se vé frecuentado por barcas y pescadores españoles y portugueses.

Fedala.—De este Puerto, bastante mediano, se esportan todavía trigo, cebada y frutas; antiguamente se acogian en él los famosos piratas de Salé; está resguardado de las furias del Océano por un islote bastante largo. Hoy tiene poco movimiento.

Azamor.—La existencia de una barra de arena en la embocadura del rio Morbeja que forma este puerto, hace imposible la entrada en él de bnques de gran porte; el paso de las barcas es tambien sumamente peligroso por la profundidad y rapidez del rio. Antiguamente y cuando no existia la barra era muy frecuentado por los barcos de gran carga.

Agadir.—Este puerto que es espacioso y segurísimo y el mas meridional de las costas de Marruecos, recuerda como el de Dar-el-Beida los tiempos de su antiguo esplendor. En el siglo pasado sostenia un gran comercio con Europa y el interior del Africa, y su buen fondeadero, la facilidad de la aguada y su proximidad á Tarudante capital de Sus-el-Adun le prometian largos años de prosperidad, cuando la traslacion de su comercio á Mogador por órden sultánica, le condenó á vivir en el aislamiento. Los portugueses le llamaron Santa Cruz cuando la poseyeron.

CAPITULO IV.

De las montañas y valles del imperio de Marruecos.

El grande Atlas y el pequeño Atlas, con los ramales que de ellas se derivan, he ahí las montañas que cruzan el imperio de Marruecos.

Sus montes, alguno de los cuales se eleva á mas de 13,000 piés de altura sobre el nivel del mar, están cubiertos en su cumbre por eternas nieves: estas nieves, que durante el invierno se acumulan en sus faldas, se derriten en el estío, y además de alimentar la corriente de muchos riachuelos, fertilizan los valles y llanuras por donde pasan.

La cordillera atlántica, que forma por decirlo así, la línea divisoria entre los reinos de Marruecos y Fez, y el resto del imperio, principia en las fronteras de la regencia de Argel, en los montes Beni Ammer, al S. del desierto de Angned, y continúa hasta los cabos de Ger y de Nun, yendo finalmente á perderse en las profundidades del Occéano, y levantándose nuevamente en nuestras islas Canarias.

Dicha cordillera, que elevada en generalidad por toda su estension, parece amenazar al viajero con sus imponentes crestas, es mucho mas elevada en las provincias de Er-hamena, Ajana, Tedla, Suz, y cercanías de Tarudante, desde donde se destaca de la estensa cordillera de Adras, centro comun de todas estas montañas, el ramal que termina en el monte de Bibawan, orilla del cabo de Aguer. Los amazirgas, llaman hoy dia á la cordillera del gran Atlas, Ayd-stez (monte grande); los moros le denominan Gebelu-Tselg (monte de nieve), y mas comunmente Gebel-Tedla, ó Adtlá (monte sublime ó altísimo), sin duda por destacarse sus mas elevadas crestas en el término de la provincia de Tedla; los geógrafos españoles la han venido llamando Montes claros, por hallarse casi siempre cubierta de nieve. No obstante, lo que hemos dicho, y si hemos de dar crédito al viajero inglés Jackson, el monte Hentet, situado al Sur de la ciudad de Marruecos, debe ser el mas alto de toda la cordillera, porque segun sus cálculos se eleva á 28,000 pies sobre el nivel del mar. Además de este, hay otros montes tambien muy elevados, entre los cuales cita el Sr. Estébanez Calderon, los siguientes: Los de Zalag, Zaurias, Ummo-el-gianiba, Zaimbi, Xiabat-Beni-Obeiod y Ugreis, entre Fez y Tafilete;

los de Andren, Seksiva, Gedmiva, Annimey, El-Glavi y Emsfiva en las cercanías de Marruecos; y los de Ilalen, Jolla y Bibauvan, en la provincia de Suz.

El teniente Washington midió el de Miltsin, situado á 27 millas S. S. E. de la ciudad de Marruecos en el distrito de Emsfiva, y parece que le dió por resultado una altura de 11,400 piés sobre el nivel del Océano. De esta cordillera, que en el trascurso de veinte años solo uno se ha visto enteramente libre de nieve, nacen los principales rios del imperio, tanto los que van á perderse entre las movedizas arenas del desierto de Sahara como los que van á desembocar en el Mediterráneo y el Océano.

El pequeño Atlas (Er-Riff), cuyo orígen tiene lugar al Oriente de la ciudad de Fez, entre el rio Muluya y el nacimiento de los rios Levenn y Guarga, se compone de cadenas de montes paralelos, cuyas crestas son tambien muy elevadas. Despues de dividirse en dos brazos cerca de la ciudad de Teza, el pequeño Atlas se estiende hácia el cabo de Tres Forcas por un lado y hácia el de Espartel por otro; despréndense igualmente de él otros ramales de menos consideracion, y pasan á formar los cabos Quilates, Negro y Ceuta en la costa septentrional, los de Rased-Dura, Blanco, Cantia y Aguer en la occidental, y los promontorios de Nun, Agulon y Tafelane.

El pequeño Atlas ofrece á los ojos del viajero una vista imponente y pintoresca. Elevándose desde la tierra, como formando escalones hasta una altura á veces de 3,000 metros en algunas de sus crestas principales, levantándose de vez en cuando magestuoso sobre la costa, formando rocas escarpadas, é interrumpido otras como si las montañas que lo forman se hubiesen desvanecido, el pequeño Atlas va á terminar en el Estrecho, formando allí lo que los árabes llaman Al-Gharb (lo mas occidental).

Tal es, descrito en breves palabras, el sistema orográfico del imperio de Marruecos.

Dedicando ahora algunas palabras á la enumeracion de los

principales valles de Marruecos, diremos que entre los montes que forman los ramales secundarios del pequeño Atlas, se encuentran los de Xiavoia, Zerara, Temecena y Duquela al Mediodia del rio Sebú. Tambien en la provincia Xiavs al Oriente de Fez, tienen su asiento preciosos y vastos valles, que por su gran fertilidad sirven para apacentar los ganados caballares y lanares propios de los amacirgas que se estienden por aquellas dilatadas llanuras; los principales de estos son, Saheb-el-Manga, M'zcha y Aragari Beni Merassen.

En la provincia de Tedla son famosos así mismo, les de Guigo, Sefrú, Zogari-Ahmar y las vegas de Adahsun, Zahayr y Al-huseyn; pero el mas fértil de todos los valles, el mas hermoso y el mas notable por su estension, es el de Mexará-er Ramla ó Abrevadero de las Arenas, que tendrá cincuenta millas de circunferencia por lo menos y se estiende á lo largo del rio Luccus desde la falda del pequeño Atlante hasta el rio Sebié.

Finalmente, entre las varias colinas que en la provincia de Abda, se levantan hasta los montes de Xeraña, se encuentran los valles de Peira y Smira, que no obstante lo escasos de cultivo que se ven, á consecuencia de la falta de aguas, tienen no obstante una tierra fecunda y apropósito para toda clase de plantaciones.

CAPITULO V.

De los rios y lagos del imperio.

En el capítulo anterior, al tratar de las montañas, hemos dicho que del grande y pequeño Atlas, cubierto casi siempre de nieve, nacen algunos rios, que ó bien van á desembocar en el mar, ó bien se ocultan entre las arenas del Desierto, ó se sepultan en lagos salados, que comunican con el mar por debajo de tierra. Ahora, dedicando este capítulo á los rios, trataremos de cada uno de ellos en particular. Los rios principales del imperio de Marruecos son: el Muluya, el Umm-er'-r'-beck, el Tensift, el Ez-zea, el Teza, el Naccor, el M'scera-el-Ascef,

el Ajascia, el Luccos, el Sebú, el Levènn, el Varga, el Ardat, Ettannin, el Emkez, el Ordon, el Bu-ragrhab, el Bat, el Ben-Nasar, el Dorna, el Vad-el-Abid, el Agmat, el Scif-el-Mell, el Xiusciavia, el Sus, el Vad-Nun, el Ziz, el Ghir y algun otro.

Muluya.—Este rio llamado tambien Mulvia y Mulua ó Mulucha por los indígenas, nace en la falda oriental del Atlante en la cumbre del monte Xiabat-Bem-Obeid; sus aguas recorren un espacio de ciento veinte leguas, y su caudal se acrecienta con las aguas del Ez-Zea por la derecha y del Teza por la izquierda, además de un crecido número de riachuelos que tambien son tributarios suyos. El Muluya, segun la opinion de algunos viajeros, puede hacerse navegable en un trayecto de bastante consideracion.

Umm-er-r'bech.—El nombre de este rio, que traducido al castellano quiere decir madre de la verdura, de la yerba y de la primavera, indica por sí solo su importancia. En efecto, el Umm-er-r'bech es el rio mas caudaloso del Imperio Marroquí, y al hablar de él en la Enciclopedia moderna Mr. Bouchot, le compara al Sena y al Garona. Este rio, llamado torpemente en nuestros mapas Morbeja, era conocido entre los antiguos romanos con el nombre de Cuza; nace en los montes de Ajana ó Ziz, entre las cordilleras del Gran Atlas y la sierra de Metsetatsa; fertiliza las vastas llanuras de Adahhsun en las provincias de Tedla y Temsna, y pasando por un estrecho valle, donde sufre el yugo de un bello puerto, segun la feliz espresion de Graberg de Hemsó, se estiende por el término de Escura, Zerara, Xeragua y Duquela, desembocando en el mar junto á Azamor. Su longitud puede calcularse en unas 62 leguas; en invierno y primavera no puede vadearse; los naturales se valen de balsas de cañas puestas á través de barriles para pasarlo. En sus orillas se encuentran de vez en cuando ruinas de campamentos romanos; abunda en buenos pescados; su anchura llega á medir en algunos puntos 160 varas. El Umm-er-r'bech tiene muchos

afluentes; entre ellos el Derna y Vad-el-Abid, que aumentan considerablemente el caudal de sus aguas.

Tensift.—Separa las provincias de Dxedmah y Abdah; nace en el monte Annimneo, pasa por junto á la ciudad de Marruecos, recibe en su corriente las aguas de muchos riachuelos que bajan serpenteando de las cordilleras entre adelfas, ruinas y olivos, fertiliza la gran llanura que rodea la capital del Imperio y se sepulta por fin en el Océano entre Saffi y Suira, al pie de Gevel-Hadid (monte de hierro). El Tensift, cuya direccion general va de E. á O., es abundantísimo en aguas y profundo; tiene un hermoso puente de veintisiete preciosos arcos, puente que es quizá la obra mas sorprendente de Africa, y viene á medir una longitud de 59 leguas próximamente. No obstante su profundidad y gran caudal de agua, es vadeable por muchas partes.

Ez-zea.—Ez-zea, Enzá ó Tsá, como otros le llaman, es el afluente mas poderoso que tiene el Muluya por su orilla derecha; sus aguas se aprovechan para el riego, y los terrenos por donde pasa se aprovechan para pastos.

Teza.—Este rio que tambien es afluente del Muluya por su orilla izquierda, baja de las cercanías de la ciudad de su nombre y sigue su rumbo por la comunicacion ordinaria entre Fez y la Argelia, camino que está defendido por la fortaleza de *Tmsum* en un desfiladero próximo al rio. El Teza es llamado tambien Mulullo y Had-Msum, por algunos geógrafos.

Naccor.—Rio de abundantes aguas que unido al Ris, desciende perpendicularmente á la costa y va á desembocar junto á la bahía de Alhucemas.

M-scera-el-Ascef.—Rio de poca importancia, aunque abundante en aguas, que desemboca en el Océano, entre Tánger y Larrache.

Ajascia.—Tampoco este rio tiene gran importancia; se desliza tortuoso por entre Adelfas, y desemboca en el mismo punto de la costa que el anterior.

Luccos.—Este es uno de los rios mas considerables del imperio de Marruecos. Descendiendo del pequeño Atlas, donde tiene su orígen, y uniéndose con el Vad-el-M'hhasen en el puerto de Larrache, recorre un espacio de 150 kilómetros, fertilizando cuantas tierras encuentra en su curso. Hasta Alcázar-kibir, el Luccos no abunda mucho en aguas; desde este punto ya aumenta considerablemente su corriente, y al hallarse ya próximo á las mareas, se hace navegable. Desde el camino de la costa de Tánger á Larrache, el Luccos se atraviesa por medio de una mala barca, propiedad del gobierno.

Sebú.—Este rio llamado por los antiguos Saburo, tiene su orígen en un espeso y sombrío bosque del monte Salelgo, en la provincia de Ajana, y no baja de doscientas millas el espacio que recorre. Una parte de su corriente separa la provincia de Argar de la de Habart; sus principales afluentes son el Levenn, Varga, el Ettannin y el Ardat por la orilla derecha, y el Ordom y Emkez por la izquierda.

El Sebú lo describe el señor Estébanez Calderon, del siguiente modo: «Tiene (dice) por lo general una corriente muy rápida y mucha cantidad de agua; pero tambien hay muchos sitios en que puede vadearse, aunque en el invierno y en la primavera se pasa en unas barquillas muy peligrosas. Abunda en buenos peces y principalmente en truchas. Su embocadura cerca de la cual está la ciudad de Mehedía, á quienes llamamos la Mamora los españoles, está enteramente cerrada por las arenas del mar, lo que junto á la mucha rapidez del rio, lo hace poco á propósito para favorecer las comunicaciones con las provincias del interior. Los contornos de Mehedía y de Mamora, están inundados con las aguas del rio, que no encontrando libre el paso para desembocar en el mar, se derraman por la llanura y mezclándose con las aguas de la marea alta, forman ricas salinas naturales. Por otra parte las arenas que el Océano arroja y amontona contínuamente en la costa, y que acabarán por hacer inaccesibles todos aquellos puertos y las entradas de los

rios, han aumentado de tal modo los bancos arenosos cerca de las fauces del Sebú, y la del Felifle, rio muy caudaloso, que entra en el mar, á poca distancia del Bu-Raghrab, cuyas aguas separan á Salé de Rabat, que los raudales de otros dos rios no pequeños llamados Bat y Ben-Nasar, no pudiendo juntarse y descargar en el mar, han formado entre el Sebú y Felifle un lago muy grande que se llama Bat, y que en las estaciones lluviosas vierte sus aguas sobrantes en el Sebú y en los pantanos formados por él; pero que en la mayor parte del año se queda aislado, sin derramen, y por consiguiente estancado.»

La direccion del Sebú, va de S. E. á N. O., hasta las cercanias de Fez, donde se le une por la izquierda otro rio que desciende de Guigo. Desde este punto, las orillas del Sebú son en estremo pintorescas, y en ellas se ven multitud de perales, olivos, higueras, viñas y manzanos.

Levenn.—Afluente de la orilla derecha del Sebú; es bastante caudaloso.

Varga.—Afluente tambien de la orilla derecha del Sebú, pero no tan caudaloso como el anterior.

Bu-Raghrab.—Este rio, cuyo nombre significa padre de los pedregales y malezas, baja del monte Itatah, recibe por la izquierda las aguas del Crucrú y recorre una estension de 26 leguas. El Bu-Raghrab desemboca en el Océano, cerca de Salé y Rabat, despues de bañar un valle fertilísimo.

Filfil.—Este rio que, es bastante caudaloso, va á morir cerca del Bu-Raghrab, en el dilatado y pantanoso bosque de Mamora.

Baht.—Este, despues de fertilizar el valle de Miknasa (Mequinez), concluye su curso donde el anterior, al norte del Bu-Raghrab.

Ziz.—Este rio, que corre en direccion paralela al Guir y al que los árabes llaman *Uad Tsits*, desaparece en las profundidades de un lago salado despues de cruzar gran parte del territorio del Tafilete.

Sus.—Notable únicamente por marcar el límite verdadero de los dominios del Sultan de Marruecos, por la parte del Mediodia, este rio no merecería mencionarse á no ser por dicha circunstancia. Nace en el elevado monte de Bibauenne al norte de Tarudante, atraviesa rápidamente la provincia de su nombre (Suz), y despues de fertilizar por medio de acéquias con sus cristalinas aguas aquellos pintorescos valles, desemboca en el Océano al E. de Santa Cruz. El Sus ó Suz corre una estension de 40 leguas.

Daragh.—Partiendo desde su orígen en las montañas de Tedla, el Daragh cruza el lago de agua dulce de Ed-Debaia, y se confunde con el Océano al Sur del cabo Num. El curso de sus aguas es mayor que el del Rhin.

Guir.—Este rio, que desde la pendiente meridional del Atlante baja al gran desierto, yendó á sepultarse en sus vastos arsenales, segun unos, y en un lago próximo al Oasis de Tuat, segun otros, camina siempre hácia el S. E. y paralelamente al curso que sigue el Ziz. Sus aguas son abundantes en todas las estaciones.

Marhar.—Cubierto de adelfas y en una llanura arenisca aunque fértil, el Marhar se desliza silencioso hirviendo en aguas durante la época de las lluvias y confundido casi con los guijarros en el estío, hasta perderse en el Océano, cuyas mareas le alcanzan á veces enturbiando sus puras aguas. El trayecto que corre es corto.

Martin.—Procedente de los mas encumbrados montes del pequeño Ttlas, donde tiene su orígen, el rio Martin no tendria tal vez importancia alguna á no rozarse con la ciudad, de Tetuan, cuyos alrededores fecundiza, yendo despues á perderse en el Mediterráneo á poca distancia de dicha plaza.

Bat.—Rio pequeño, que en union con el Ben-Nasar forma el gran lago de su nombre.

Ardat.—Afluente tambien de la márgen derecha del Sebú: tiene poca importancia.

Derna.—Afluente del Umm-er-r'bech: es algo caudaloso.

Agmat.—Afluente del Tensift por la márgen izquierda. Arrastra bastantes aguas.

Ben-Nasar.—Rio no muy caudaloso, pero algo profundo, que en compañía del Bat va á formar entre el Sebú y el Felifle el anchuroso lago de Bat, que en las estaciones lluviosas vierte sus aguas sobrantes en el Sebú y en los pantanos que forma.

Ettannin.—Afluente del Sebú por la márgen derecha.

Vad-el-Abid.—Afluente del Umm-er-r'bech; algunos geógrafos le llaman rio de los esclavos. Sus aguas son abundantes.

Emkez.—Tributario del Sebú; es rio de escasísima importancia.

Vad-Nun.—Este rio llamado tambien simplemente Nun (rio de las anguilas) es bastante caudaloso, aunque no dé los principales de Marruecos. Desemboca muy cerca del cabo de su nombrey en el último término del imperio marroquí por aquella parte.

Ordon.—Afluente del rio Sebú por la márgen izquierda del mismo.

Sus.—Este rio, que no es ni tan célebre ni tan caudaloso como el que lleva tambien us nombre y forma, por decirlo así, el límite del imperio de Marruecos por la parte del Mediodia, nace en el monte Ilalem, corre por el centro del Tezet y va á desembocar cerca de la ciudad de Messa, punto desde el cual, los geógrafos le bautizan con distintos nombres.

Scif-el-mell.—Afluente del Tensift por la márgen izquierda del mismo.

Ferchela.—Este rio llamado tambien Fileli, nace en la pendiente meridional del Atlas y baja hasta el gran desierto en cuyos arenales se sepulta.

Xiusciava.—Afluente del Tensift, por la márgen izquierda del mismo.

Enfifa.—Afluente tambien del Tensift por la misma márgen.

Estos son los principales rios del imperio de Marruecos; además hay una porcion de riachuelos que cruzándose en distintas

direcciones, unos van á perderse en el desierto y otros á acrecentar la corriente de otros mayores, que á su vez son afluentes de otros mas caudalosos.

Además de los lagos de que hemos hecho mencion al hablar de los rios, son notables el Ras-al-Vad, en las inmediaciones del Tarudante, y del cual sale uno de los principales afluentes del rio Sus, y el Bele'dHhummer de agua salada, que se encuentra cerca de Saffí y no lejos del rio Tensift.

CAPITULO VI.

Del clima, suelo y producciones de Marruecos.

Si otros fuesen los pobladores del imperio Marroquí, si la estupidez y la barbárie, no se hallasen entronizadas en aquel privilegiado suelo, si los rayos de la civilizacion hubiesen penetrado en aquel recinto, las artes y las ciencias se encontrarían en Marruecos, en un grado notable de desarrollo; pero la indolencia y la incapacidad, constituyen por decirlo así, las cualidades principales y el génio especial de sus moradores, y no es dable que en un país donde solo la ignorancia priva y reina, como gran señora, prosperen las ciencias y las artes, ni se tengan las mas lijeras nociones del comercio y de la industria, primer órgano vital, de toda nacion civilizada.

El imperio de Marruecos, si sus habitantes no hiciesen la vida nómada y salvaje que hacen, ocuparía hoy un lugar distinguido entre las naciones civilizadas, no solo porque su cielo puro y sereno, su clima templado y delicioso y su suelo siempre cubierto de verdor lo hacen muy apropósito para habitar, sino porque las circunstancias especiales de su situacion topográfica y los muchos puertos, que á haber mas inteligencia, podrian habilitarse en sus costas, darian un notable desarrollo á su comercio, le proporcionaria fuentes perennes de riqueza y se tendría en comunicacion constantemente con las naciones civilizadas; pero los marroquíes prefieren vivir como salvajes, ocul-

tos en los intrincados laberintos de sus selvas, ó sumidos en las profundidades de valles deliciosos que solo sirven hoy para proporcionar pastos á sus ganados, y ni la agricultura, ni la industria pecuaria, ni ningun otro ramo de la industria, prosperan como debian prosperar, si el trato de gentes tuviese mas afectos en aquel país.

El clima de Marruecos, que es en general sano y templado; en Fez y en alguna otra provincia, es de lo mas bello y saludable que ofrece la naturaleza en sus diversos y portentosos grados de temperatura.

Aun cuando por su situacion geográfica parece que su temperatura debiera permanecer siempre en un grado escesivo de calor, las nieves que constantemente se ven apiñadas en las cumbres de sus montañas jigantescas, los muchos y caudalosos rios que corren y se cruzan en distintas direcciones, los mares que contínuamente están bañando sus pintorescas costas y aquella vejetacion siempre lozana, que sin la ayuda del hombre brota por do quier; todas estas circunstancias reunidas, hacen que la temperatura, lejos de ser abrasadora, se mantenga en un grado notable de frescura muy propio para la salud. A esta circunstancia y no á otra se debe sin duda alguna, el que en Marruecos sean muy raras las enfermedades contagiosas, puesto que si alguna vez se presentan en aquel país, siempre son trasportadas del Levante y del Egipto, y aun no se ha dado el caso de que lleguen á aclimatarse.

Los calores del estío no son tampoco tan intensos como fuera de suponer en un país que tiene una latitud como la de Marruecos; el grande Atlas por un lado, que rechaza los abrasados vientos del desierto, y las constantes brisas de los mares, que refrescan tambien la atmósfera, impiden que los ardores del estío sean tan sensibles como era de esperar. En el interior de la zona occidental únicamente es donde el calor se siente demasiado, hasta el punto de secar los muchos rios que la atraviesan; pero en cambio los rocíos son casi diarios y contribuyen

á destruir en parte los malos efectos del calor. Tan constantes son á veces estos rocíos, que suelen ser perniciosos para la salud.

Las estaciones en Marruecos se distinguen, ó por sus muchas lluvias, ó por su gran sequedad: en esto obra la naturaleza del mismo modo que en todos los paises cálidos.

Ni aun en los mas frios dias del invierno suele nevar, á no ser en las cimas de algunas montañas elevadas, donde como hemos dicho, son muy constantes las nieves. La temperatura suele esperimentar notables y súbitas variaciones, que en los que no están acostumbrados á aquel clima, suelen producirles fiebres, como sucede en todos los paises donde se observan estas rápidas transiciones de temperatura, y como en Madrid mismo lo presenciamos en algunos cambios de estaciones.

Acerca de la temperatura, dá Mr. Paillet detalles curiosos. «La temperatura (dice) esperimenta variaciones muy frecuentes. En verano, el termómetro espuesto á los rayos directos del sol, sube algunas veces á 50 grados del centígrado, y á 18 lo mas durante las noches de escesivo calor. Basta, pues, el espacio de algunas horas para producir una diferencia de 30 á 35 grados en la temperatura, diferencia enorme que lleva consigo otra diferencia proporcional en la densidad de la atmósfera, y que hace que los vapores, que durante el dia se elevan hácia las altas regiones de la atmósfera, caigan luego condensados á la entrada de la noche. El calor mas escesivo es el que reina desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde; despues baja proporcialmente hasta la puesta del sol.

Entonces principian aquellas hermosas noches en que desfallecido el cuerpo por el ardor del sol, aspira por todos los poros la frescura que lleva la brisa de la tarde. El hombre arrastra allí una existencia nueva: aquella dulce sensacion, aquel aire límpido y puro, aquel espectáculo que presenta el cielo; todo le absorve irresistiblemente en una contemplacion deliciosa; pero desgraciado de él si por mucho tiempo se abandona á aquel

bienestar engañoso sin tomar alguna precaucion. Poco á poco se turba la limpidez del cielo; un frio húmedo penetra insensiblemente por sus miembros; las nieblas condensadas por la ausencia del sol se estienden bien pronto, y vierten una humedad tan abundante, que todo se impregna de ella como despues de una verdadera lluvia. Al salir el sol, la bruma está tan espesa, que apenas se distinguen los edificios á cuarenta pasos; pero á medida que se eleva sobre el horizonte, disipa pronto aquellas nieblas, de las que no queda la menor huella hácia las siete de la mañana, á escepcion de algunas nubecillas ligeras y furtivas que se distinguen aun en las elevadas regiones de la atmósfera y que no tardan en confundirse completamente con el azul del cielo.

Desde noviembre á marzo ó sea en el invierno, la temperatura del dia es constante entre 10 y 20°; por la noche desciende por lo comun á 8, 6, 4°, y muy rara vez á 0. Esta irregularidad de temperatura es causa de fiebres en los que no están habituados á aquel clima variable, y á veces ni aun los mismos indígenas se encuentran al abrigo de las enfermedades que produce. El escesivo calor dá lugar en varias ocasiones á irrupciones de langostas, de moscas y mosquitos, que hacen inmensos estragos. En el imperio de Marruecos, como en toda el Africa, la luz es estremadamente intensa, estando en relacion directa con la temperatura. Indudablemente la luz es un agente necesario á la vida; entona, favorece la circulacion y activa enérgicamente las funciones naturales; pero allí es tan viva que afecta á veces la vista y casi siempre trasmite una impresion demasiado fuerte al cerebro. De aquí las optalmías y cataratas tan frecuentes en Africa; de ahí la debilidad prematura que se nota en los órganos de la vida. Por eso sin duda, son tambien prematuros en Africa los signos de la vejez: el color del rostro se aja, la piel se arruga y el vigor no tarda en caer rápidamente, haciéndose menos vivos los movimientos.»

Tales son las palabras empleadas por Mr. Paillet al describir la temperatura de Marruecos y los efectos que produce; pero si

bien es cierto que existen esos inconvenientes que enumera, en vista de lo que otros geógrafos y viajeros han escrito, no podemos menos de tacharlos de algun tanto exajerados.

Cierto es, que la temperatura sufre en Marruecos alteraciones rápidas y sensibles, y que estas repentinas mutaciones traen consigo algunas enfermedades; pero esto que sucede en Marruecos, puede decirse que sucede tambien en otros paises de Europa con las mismas condiciones: no es necesario ir al Africa para ver este fenómeno. El termómetro, por otra parte, nunca baja mas de cuatro grados sobre el hielo en los puertos de mar, al paso que en Santa Cruz y Tarudante, ciudades en que por su posicion debia hacerse irresistible el estío, nunca sube el termómetro á mas de 28 grados en los dias de mas calor. En las provincias septentrionales el barómetro se mantiene casi siempre cerca de las 27 pulgadas; pero varía entre 28 y 29 en las provincias meridionales y en la ciudad de Marruecos. La cantidad media de la lluvia durante el trascurso del año, puede calcularse en 29 pulgadas, sin temor de equivocarse. Esto con respecto á la temperatura.

El suelo del imperio marroquí es quizá el mas privilegiado por la naturaleza, pues no se ha visto ejemplo en el Universo (y Marruecos nos lo ofrece), de que un campo, poco menos que abandonado y sin cultivo, produzca tres cosechas al año. Proverbial es la fertilidad del imperio marroquí; pero aun cuando no lo fuera, este solo ejemplo bastaria á demostrarla; y que la vejetacion de Marruecos es antiquísima, lo prueba la profunda capa de tierra vejetal de que se ven cubiertas todas las montañas, capa en la cual nace hasta el trigo sin necesidad de labrarlo.

La fertilidad del imperio es tan prodigiosa, que los campos labrados con una mala reja de madera, que apenas abre un surco de cinco pulgadas de profundidad, producen el treinta por uno casi siempre; el veinte, cuando son malas las cosechas, y hasta el ochenta por uno cuando el año es abundante. Con un

suelo tan fértil, con un clima tan templado y una posicion topográfica tan escelente, ¿cuál no seria el estado próspero y envidiable de dicho país, si en sus leyes tiránicas no predominase el espíritu de la barbárie, si á su gobierno no le dominara el esceso de ambicion, y si sus habitantes no se hallasen sumidos en el colmo de la ignorancia? El comercio y la industria ¿cuánto no prosperarian con condiciones tan apropósito? Desgraciadamente para Marruecos, ni las mas ligeras nociones tienen sus habitantes de lo uno ni de lo otro.

No es solo con la riqueza agrícola con lo que la naturaleza ha favorecido al imperio de Marruecos; en sus numerosos montes se encuentran tambien abundantes criaderos de mineral, que todavía no esplotan sus habitantes por la absoluta y completa ignorancia en que se encuentran de los medios de elaborar los metales.

El hierro es muy comun, y en varios puntos se encuentra nativo en grandes pedazos.

El antimonio abunda de tal modo, que á veces en un trecho de poca estension se encuentran tres y cuatro criaderos.

El cobre lo esplotan ya los xiloes del Rivavan y el Adrar, pero con tan poca maestría hasta ahora, que á veces les es mas costosa la elaboracion que el producto que del metal sacan. El cobre abunda mucho en Marruecos, y especialmente en el monte Emsfiva, y en las cercanías de Tarudante se encuentran riquísimos filones.

La plata no es tan abundante como los demás metales; pero en el nacimiento del rio Messa se encuentran algunos criaderos de dicho mineral en diversos sitios.

El oro es el menos abundante de todos los metales; pues aun cuando lo hay, solo se encuentra en la cercanías de los montes Idaultit, y diseminado por la superficie de la tierra en pequeñas láminas y granos.

En producciones vejetales, el imperio marroquí es tan rico como en todo lo demás.

En sus estensas montañas se ven árboles corpulentos; en sus lozanos valles y anchurosas llanuras, arbustos y plantas de los trópicos, que como se ven fertilizados por los mil y mil riachuelos que se cruzan en distintas direcciones, crecen algunos de ellos hasta una altura considerable.

Entre los muchos árboles que crecen en los montes de Marruecos, el mas notable de todos es el Argan, que no solo crece sin cultivo, sino que forma bosques frondosos en los valles y las llanuras llenándolos de lozanía. Este árbol parecido en un todo al nogal, y que por la abundancia con que se cria constituye uno de los mas importantes ramos de la riqueza de Marruecos; produce un abundante fruto parecido en un todo á la nuez, del cual estraen los naturales del país aceite en abundancia. Esta especie de nuez ó almendra tiene un hueso bastante blando recubierto de una piel delgada en estremo, y que sirve de capa á la fruta, como la cáscara de la nuez. Cuando el fruto se encuentra ya maduro, la telilla que cubre la cáscara brilla de tal modo, que por la noche hace el mismo efecto á la vista que una luciérnaga. El aceite que se estrae de dicha fruta es muy sabroso al paladar, aunque pica un poco; los marroquíes hacen mucho consumo de él.

En Marruecos se hace tambien cosecha abundante de naranjas, con las cuales hacen un buen comercio con Europa, aunque no en tan grande escala como podrian hacerlo si tuvieran un poco mas de inteligencia y nociones de agricultura.

Recoléctanse tambien rábanos y nabos en varios puntos del imperio; cójense asimismo habas, guisantes, patatas, ajos, cebollas y varias clases de pimientos.

En los jardines que rodean las poblaciones se crian muchos árboles frutales, y en ellos hay tambien abundancia de pepinos, cidras, limones, melones y sandías.

La yerba que en todas las épocas del año puede decirse se mantiene fresca en los valles y montañas se emplea para pasto de los ganados.

Tambien hay olivos, y de la caña de azúcar, algodon, añil y café que tambien se cria en algunos puntos del litoral, podrian sacarse muy pingües ganancias si se dedicasen con ardor á su cultivo.

Respecto á ganados, los marroquíes se encuentran tambien bastante favorecidos: los cuadrúpedos de carga abundan estraordinariamente, y los camellos, caballos, mulos, asnos, bueyes y cabras son muy numerosos; pero el que mas abunda sobre todos es el ganado ovejuno, que produce una lana tan fina y suave que es buscada con mucho afan y adquirida á gran precio por los fabricantes de paños.

El caballo principia á trabajar á los tres años y constituye una de las prendas mas indispensables de las casas; apenas hay un marroquí que no tenga caballo.

Los mulos los emplean para trasportar carga; son pequeños y feos, y están muy mal cuidados.

Los asnos son tambien bastante pequeños.

Los bueyes son empleados en la labranza, y los camellos, que los emplean en las caravanas para el trasporte de bagajes, solo los poseen las personas bien acomodadas.

En los bosques se tropieza á cada paso con diferentes clases de fieras; la caza es abundante, y el jabalí con especialidad se multiplica estraordinariamente en las frondosidades de los bosques.

Entre las aves la que mas riqueza produce es el avestruz, de cuyas plumas se hace un comercio considerable.

CAPITULO VII.

Division geográfica de Marruecos.

Del imperio de Marruecos, como de todo país desconocido, se ha mentido que es una maravilla, al describirle, y especialmente al presentarnos como un hecho innegable la division

geográfica que cada escritor ha tenido por conveniente trazar sobre su mapa. Quien dividiéndolo en cuatro reinos, ha dicho que esta es la division verdadera; quien partiéndolo en provincias ha sostenido que no existe mas reino que el de Fez; quien apartándose de ambos pareceres ha afirmado bajo su fé de geógrafo que en Marruecos no existen tales provincias ni reinos, y que la única division de Marruecos es la division por tribus. En una palabra; tanto y tanto es lo que de pocos años á esta parte se ha escrito acerca del imperio, tantos los errores que como verdades corrientes se han sostenido hasta el dia, que casi puede asegurarse que en medio de este cúmulo de divisiones apenas han quedado rastros de la division verdadera, que sea dicho de paso, por nadie es hasta ahora completamente conocida.

Lo que parece mas probable, lo que geógrafos sesudos y de buen criterio presentan como mas natural, aunque no como evidente, porque esto seria avanzar demasiado en la descripcion de un país, cuyas interioridades solo á medias y á la ligera han podido ser reconocidas por hombres distinguidos; lo que parece mas probable, decimos, es la division del imperio marroquí en cinco grandes porciones, que á su vez se hallan subdivididas en otras mas pequeñas. Estas cinco grandes porciones son: el reino de Fez, el de Marruecos, el de Tafilete y las vastas provincias de Suz y de Daragh.

El reino de Fez se halla subdividido á su vez en otras diez provincias, que son: Fez, Tamezana, Xiavoia, Beni-Flhasan, El-gh'arb ó Al-ghrab (subdividido tambien en otras dos porciones, Azgar, llanura y Hasbat, pastos), Hiaina, Er-Riff, Ghart, Xiaux y el desierto de Angad ó Anguet, límite del imperio marroquí, confinante con el Estado de Argel.

El reino de Marruecos se divide igualmente en otras diez provincias, que son: Tedla, Zerara (Biled-Meckin, segun otros), Ducala, A'bda, Xedma, Hahha; Erhammena, Xeragna ó Xeragua, Escura y Sus-el-Adra. Esta última la atribuyen otros á la gran provincia de Suz.

El reino de Tafilete, lo subdividen algunos en tribus; otros hacen de él una sola provincia dividida en dos gobiernos, y algunos le llaman finalmente Sahara.

La provincia meridional del Sur se compone segun algunos geógrafos del Sus-el-Absa y del Sus-el-Adna.

A la provincia de Daragh, pocos son los que la subdividen.

Esta es la division mas comun, que los geógrafos hacen del imperio marroquí; pero de todos modos y como antes hemos dicho, no por eso debe tenerse por la única y verdadera.

Sin embargo, la division mas natural de Marruecos, la que por las circunstancias especiales en que viven sus habitantes y por la índole particular de sus costumbres, parece la mas propia de aquel pais de musulmanes, es la division por tribus, única reconocida últimamente por todos como la racional y verdadera.

En esto de divisiones, volvemos no obstante á repetir, cada geógrafo, sin consultar tal vez mas que á su capricho, ó cuando mas á datos erróneos adquiridos así al vuelo, ha hecho las que mas convenientes le han parecido sobre el mapa, dimanando de aquí esa lastimosa confusion y estraña discordancia que e nota en todos sus escritos, al tratar de esta materia.

CAPITULO VIII.

De las principales poblaciones del imperio marroquí.

No es nuestro ánimo hacer aquí una reseña completa de todas las poblaciones comprendidas en los límites del imperio de Marruecos. Concretándonos en este capítulo como en los de los rios, montañas, valles y lagos, á dar cuenta únicamente de aquello que ofrezca alguna importancia, nos limitaremos á hacer una breve descripcion de todas las poblaciones, notables bajo el punto de vista, y que son las siguientes:

Agadir.—Esta poblacion, cuyo nombre quiere decir muralla, se encuentra situada en la cima de una colina de180 metros

de altura, al S. S. E. del cabo de Ger, estremo occidental del Atlas y cerca de la desembocadura del rio Sus. Llámase tambien Aguer y Agher, y en tiempo de Leon el Africano, tomaba el nombre de Gurtguessen; los portugueses, que en otro tiempo la poseyeron, la llaman Santa Cruz, y este es el nombre que conserva todavía en algunos mapas. Agadír es una ciudad pequeña pero muy fuerte, no obstante hallarse casi toda en ruinas, sobre todo en la parte baja, donde conserva todavía dos buenos castillejos á cuatro kilómetros de la parte alta de la ciudad, y una fuerte batería que impide el fondeadero en la rada y la provision de agua en la escelente y abundante fuente que hay próxima á la orilla. Agadir tiene un puerto espacioso y seguro, que es el mas meridional del imperio; la poblacion de dicha ciudad asciende apenas á 600 habitantes; casi todos ellos son hebreos, y gozan fama de tener las mas hermosas mujeres que hay por aquella region.

Aghmat.—Esta ciudad, que en tiempos antiguos fué capital de la provincia de Erhanimena, se encuentra situada en la falda del monte Atlante, en un camino espacioso que por medio de un estrecho desfiladero conduce á Tafilete. Fué edificada por los amazilgas, quienes además de cercarla de robustas murallas, la dotaron tambien de una fuerte ciudadela, y al cabo de algunos años llegó á ser uua ciudad populosa y floreciente. Su antiguo esplendor ha decaido bastante, y su poblacion asciende apenas á 5,000 habitantes, entre los cuales se cuentan mas de mil hebreos. Su aspecto es en estremo pintoresco; colocada en medio de una hermosa campiña, cerca de la cual se desliza presuroso el rio Tafilete, los alrededores de Aghmat abundan en jardines, huertas, viñas y muchas clases de árboles frutales. No lejos de la ciudad hay una laguna profunda y bastante estensa.

Agla.—Aldea del reino de Fez, situada en una espaciosa llanura en estremo productiva y bastante bien cultivada. Residencia en otro tiempo del soberano Muley-Soliman, conserva todavia en sus cercanías un mercado, en el que desde la época

de Leon el Africano se hace gran comercio de lana, cera y cueros de buey. En el territorio de Agla abundan tanto los leones que á veces bajan hasta las mismas calles de la poblacion; pero son de raza tan degenerada, que hasta los mismos muchachos los amedrentan y hacen huir á gritos y pedradas. De aquí nace sin duda un refran muy comun entre los moros, y que aplican con frecuencia á todos los hombres cobardes que hacen alarde de valentía. —«Eres valiente como los leones de Agla (dicen), que se dejan comer la cola por los corderos.»

Akka.—Aldea de la provincia de Daragh, situada al otro lado del Atlante en los confines del Gran Desierto. Sus alrededores son célebres por ser el punto donde se reunen las caravanas, que procedentes de Mogador, Fez y Marruecos van á Tumbuctú.

Al-casar.—Esta ciudad llamada por los árabes. El-casr-Kebir (palacio grande), se encuentra situada en la ribera septentrional del rio Luccos.

Es poco mayor que Tetuan, y data su orígen de un precioso palacio edificado por el soberano Almanzor. Su poblacion asciende, segun unos, á 6,000 habitantes, y no pasa de 5,000, segun otros. Sus calles son anchas y bastante rectas; algunas de sus casas, que son hermosas, están cubiertas de tejas como en Europa: tiene catorce mezquitas, muchas tiendas de moros y de griegos, y un vasto mercado público, á donde acuden á traficar, no solo los árabes de las inmediaciones, sino los de toda la provincia. La ciudad de Al-casar es célebre, porque en su dilatada vega y precisamente en el sitio llamado El-Cantar, tuvo lugar la famosa batalla llamada de los Tres Reyes, y dada por el Rey de Portugal D. Sebastian en 1578, donde no solo perdió él su vida, sino tambien los otros dos reyes moros que en ella tomaron parte, llamados Mahomad-Xerife y Moluco.

Arzila.—Esta ciudad, edificada por los romanos, quienes la llamaron Zilia, y despues Julia Constancia Zilis, se encuentra situada en la provincia de Hasbat, region del Ghart. Fué ocupada por los portugueses por espacio de bastante tiempo, y la

abandonaron durante el reinado de Juan III. Por la época de las guerras de Mahomad el Xerife y Moluco, el alcaide moro partidario de aquel, hizo entrega de ella al gobernador de Tánger. Es célebre por haber desembarcado en ella en su funesta espedicion, el Rey de Portugal D. Sebastian: despues de la triste batalla de los Tres Reyes, volvieron á ocuparla los moros. Arzila cuenta hoy una poblacion de 1,000 habitantes próximamente; todos ellos son tan pobres como poco industriosos. Tiene un pequeño puerto en el Océano del cual hemos hablado ya. En los alrededores de esta poblacion, se cria tabaco en abundancia, aunque de no muy buena calidad

Azamor.—Esta ciudad, que en otro tiempo la poseyeron tambien los portugueses, es de antiquísima fundacion, y hoy están casi arruinados la mayor parte de sus edificios. Es capital de la provincia de Ducala; dista milla y media del Océano, ocho de Mazagan, y se halla bastante próxima á la desembocadura del Umm-er-r'bech. Su poblacion asciende á unas 3,000 almas; sus campos son fértiles, y goza de bastante celebridad por su mercado, en el cual se hace un gran tráfico de cereales, goma, aceite y otros frutos. La pesca de carpas, que abundan estraordinariamente en el Umm-er-r'bech, constituye uno de los principales ramos de la riqueza de esta ciudad, puesto que no solo suministra salazon en abundancia, sino aceite en grandes cantidades.

Bengalí.—Ciudad situada hácia el nacimiento del rio Daragh, al otro lado del Atlante. Es notable por ser residencia del jefe de los beréberes, independientes del A'drar.

Beni-Sabih.—Ciudad de escasa importancia, anuque notable por ser capital de la provincia de Daragh. Está muy poblada y hace un gran comercio de indigo y pieles de cabra. Está situada cerca del rio de su nombre.

Bulacian.—Ciudad pequeña situada en el estremo de uno de los brazos del rio Umm-er-r'bech. Tiene unas 300 casas y un castillo medio ruinoso que antiguamente estubo habitado por

personajes notables y generosos, y que hoy sirven de protagonistas en algunas leyendas árabes. Los habitantes la llaman Bu-el-auvan, que significa padre de los pasajes cómodos.

Calaat-el-Vad.—Pequeña ciudad distante quince millas de la embocadura del rio Muluya; tiene una fortaleza edificada sobre dicho rio y un regular palacio que sirve de residencia al alcaide ó gobernador de la provincia.

Citidem.—Ciudad rica y populosa, situada sobre un elevado monte que desciende á la llanura de Tefza: su construccion es de orígen amacirga y sus habitantes, amacirgas tambien casi todos, tienen fama de ser los hombres mas selváticos de Marruecos. Viven con cierta independencia y como en república gobernados por un consejo de ancianos.

Los habitantes de Citidem son ricos, pues además de poseer campos, estos producen grandes cosechas de granos y pastos en abundancia. Los habitantes de esta poblacion hacen un gran comercio de albornoces y vestidos de lana, que acuden á comprarles los comerciantes estranjeros y del interior del imperio; pero podrian obtener mas pingües ganancias á ser mas instruidos. La finísima lana que producen sus ganados es muy buscada: las mujeres de Citidem son muy blancas y en estremo amables.

Dar-el-Beida.—Esta pequeña ciudad minada, cuyo nombre significa casa blanca y que antiguamente y aun en algunos mapas modernos se llamaba Anafé, está situada en el distrito de Xiavoia; su fundacion data del tiempo de los romanos, á quienes se atribuye su construccion. Se encuentra bastante fortificada y sus muros fueron reparados hace poco tiempo. Tiene un pequeño é inseguro puerto del que solian esportarse antes grandes cantidades de granos, procedentes de sus inmediaciones y del famoso mercado de Nukhaila. Hoy dia apenas conserva un miserable resto de su antigua riqueza y esplendor; esta ciudad, antiguamente populosa, cuenta hoy apenas 1,000 habitantes, todos muy pobres. Sus alrededores están formados por campos

fértiles. Los españoles poseyeron en ella una factoría para el comercio de granos.

Demnet.—Esta ciudad, situada en la falda del monte Adimonci, en la provincia de Exhammena, es grande, rica y muy poblada. Dista quince millas del rio Tesut, afluente del Teusif, y sus moradores, que son casi todos xiloes yjudíos se tienen por sábios por haber estudiado Teologia musulmana y tienen gran complacencia en armar polémica con los forasteros que pasan por allí. Son gente muy maligna, traidores y de malos sentimientos.

Dubdíú.—Antigua yespaciosa ciudad de la provincia de Xiaus, situada sobre la pendiente de una colina: hoy se encuentra en estremo decaida, y no conserva ni aun la sombra de lo que fué; el terreno que la rodea es sumamente estéril. Antiguamente fué residencia de un soberano independiente.

El-Arauce.—Esta ciudad llamada comunmente Larrache, y Al-A'rauce Beni-A'-ros (viñedos de la grande y poderosa tribu de Beni-A'ros) por los árabes, es capital de la provincia de Azgar, que en su mayor paate está poblada por dicha tribu: tambien sirve de residencia al alcaide ó gobernador, tiene poca estension, y contará á ls sumo con 600 casas, situada en el declibe de un elevado cerro que se estiende hasta el mar.

Estas casas están habitadas por 4,000 individuos, 2,700 de los cuales son moros, y 1,300 hebreos. El-Araisce está bastante bien construido, rodeado de pórticos sostenidos por columnas de piedra. Sus fortificaciones, que fueron construidas por los españoles cuando la poseyeron, son buenas y se conservan aun en muy buen estado. Esta ciudad tiene mas historia quizá que ninguna otra del imperio de Marruecos: fué ganada por los españoles en 1610, quienes conservaron en ella un convento de religiosos franciscanos hasta el año de 1822; despues volvió á caer en poder de los moros, y en 1765 sufrió un fuerte bombardeo de los franceses. Su puerto, del cual hemos hablado en otro lugar, es de escasa importancia. El-Araisce ó Larrache, que tal vez es la

Lixos de que nos habla Tolomeo, ó la Lixa de Plinio, se encuentra tan adelantada en punto á policía urbana, que sin disputa alguna es la poblacion mas limpia y adelantada de toda el Africa. Sus calles, que son en general bastante anchas y rectas, están empedradas; sus habitantes son industriosos y aficionados al estudio de los adelantos de las ciencias. En sus cercanías se cultiva el algodon, y se hacen grandes cantidades de carbon. Los leones y panteras de las montañas, bajan á veces hasta los

El-Madina.—Ciudad grande y populosa, capital de la provincia de Escura: está situada en el centro de un bosque de eleodandros, su poblacion se compone en su mayor parte de mercaderes, artesanos, fabricantes de cueros y otras maufacturas. Está rodeada de viñas, perales y nogales frondosos y elevados. Los moradores de El-Madina son muy turbulentos, sediciosos, camorristas y nada humanitarios. Las mujeres son blancas, hermosas y amables en estremo: tienen tan mala fama de virtuosas, que en Marruecos es opinion general, que las elmadinesas se entregan en secreto y siempre que pueden á los estranjeros.

Fedala.—Esta ciudad, llamada tambien Feid-Allah, que significa gracia ó don de Dios, es pequeña y corresponde á la provincia de Temecena. Situada en una vasta llanura, á una milla escasa del mar, y rodeada de buenas murallas, la ciudad de Fedala no carece de importancia; porque habilitado como se encuentra su pequeño puerto, sus habitantes hacen un regular comercio esportando granos y frutas. No muy lejos de esta ciudad corre el rio Elmillah.

Fez.—Esta ciudad, que en otro tiempo formó parte de la Mauritania Tingitana y á la que los moros apellidan Fas (que en lo antiguo significaba oro, y hoy azada ó pico) fué construida en el año 807 por el príncipe Edris en el fondo de un pintoresco valle formado por montes de alguna elevacion, cuyas faldas cubiertas de jardines, huertas y frondosos huertecillos poblados de naranjos y granados, dan á las cercanias de Fez un aspecto

encantador. Este precioso valle, en el cual apenas se siente la influencia del calor ni aun en las estaciones mas abrasadoras, se encuentra bañado por el rio de las Perlas (Vad-el-ginhari ó Vad-el-mafrusin) el cual aunque poco caudaloso, mueve unos cuantos molinos, surte de agua á la ciudad, y despues de dividirla en dos partes (Fasbellí ó Fez viejo y Fas-gedid ó Fez nuevo) va á morir en el Sebú, despues de fertilizar toda la campiña por donde pasa. La ciudad de Fez está rodeada de un muro que encierra la antigua y nueva poblacion, y que hoy está casi arruinado como otros dos castillos situados al E. y al O.; este muro que no puede llevar tal nombre, consiste en una pared, cuyo espesor no llega á un metro, si bien es alta y aspillerada: sus puertas abovedadas, están coronadas por una cortina fortificada con dos cañones. La poblacion de Fez, segun unos, (entre ellos nuestro famoso compatriota D. Domingo Badia, que bajo el disfraz de Siriaco y con el nombre de Alí-Bey recorrió todo el imrio de Marruecos á principios del siglo actual) asciende á 100,000 habitantes: Mr. Renou reduce este número á la escasa cifra de 35,000; pero lo mas probable, aun cuando por la falta de datos estadísticos no pueda darse por seguro, es que la poblacion de Fez asciende á unos 88,000 habitantes, 65,000 de los cuales son moros y árabes, 10,000 amacirgas, berberiscos y xiloes, 9,000 hebreos y 1,000 negros.

El Fez nuevo recibe muchas veces el nombre de Medinat-al-beida ó ciudad blanca, sin duda, por el gran número de casas blancas, que últimamente se han fabricado: las dos partes de la ciudad reunidas contaban hace algun tiempo 700 mezquitas, 50 de las cuales eran soberbias, edificadas con gran lujo arquitectónico, y adornadas con preciosas columnas de mármol. Las escuelas públicas de Fez, y especialmente su universidad, eran célebres en lo antiguo, y su fama llegó á ser Europea; pero hoy apenas se conservan miserables vestigios de esta grandeza: las escuelas públicas que hoy se conservan en la ciudad no pasan de siete; pero se encuentran en cambio muy frecuen-

tadas; las mezquitas, que ascienden á 100, son en general poco vistosas, pero la principal de ellas, El-Carrubin, tiene un aspecto mas magestuoso: está sostenida por mas de 300 pilastras de mármol, pero su construccion es pesada, y algo mezquina. En esta mezquita habia antiguamente una preciosa libreria, en la cual se dice existieron los libros perdidos de Tito Livio y de otros célebres autores griegos y latinos. La mezquita mas frecuentada por los moros de todas las existentes en Fez es la dedicada al fundador de dicha ciudad, Mula-Driss, cuyo cuerpo está sepultado en ella, y al cual le rezan diariamente los fieles: esta mezquita es el asilo mas inviolable de todo el imperio marroquí, por conservar los restos de Mula-Driss.

Las calles de Fez ofrecen poco de notable; estrechas, oscuras, tortuosas y sin empedrar, como casi todas las del imperio, no puede andarse por ellas en la época de las lluvias, sopena de hundirse en el barro hasta las rodillas; abundan mucho en ellas los arcos trazados de una á otra fachada, con objeto de establecer mas rápida comunicacion entre dos opuestos edificios. Las casas son muy altas, y la construccion particular de dichos arcos aumenta la oscuridad; están blanqueadas por dentro y por fuera, y son de dos pisos por lo general; ninguna de ellas tiene balcones, recibiendo la luz por unas ventanitas de pié y medio á dos piés en cuadro. El Fez nuevo, que fué construido á mediados del siglo XIII, está habitado en su mayor parte por judíos; su posicion es muy fuerte, por dominar completamente á la parte antigua de la ciudad; rodeada toda de bellos y espaciosos jardines, donde abundan los naranjos y limoneros, el aspecto de Fez nuevo es en estremo encantador. Las tiendas abundan estraordinariamente; pero ni su aspecto esterior ni su distribucion interior ofrecen nada de notable. El barrio ocupado por los judíos queda cerrado por la noche, y son mirados con tanto desprecio, que no se les permite andar por la ciudad sino descalzos.

El único edificio notable del Fez nuevo, es el palacio del Emperador, que edificado sobre una altura en el centro de la ciu-

dad, se estiende además por una parte del antigüo Fez: tal es la estension de los jardines y de los edificios á él anexos; el rio de las Perlas pasa por en medio de él, bañando al propio tiempo sus jardines. Este inmenso palacio, cuya planta interior es desconocida hasta hoy por todos los europeos, se encuentra, no obstante en muy mal estado, y por algunos puntos ruinoso. A los estranjeros no se les permite la entrada en él, y cuando tienen que desempeñar algun negocio cerca del Sultan, se los recibe en un pequeño gabinete, construido con este objeto en uno de los patios. A los jardines de este palacio, se les dá el nombre de Bu-Scebú.

La ciudad de Fez se asemeja mucho á las grandes poblaciones europeas, por la multitud de tiendas y cafés que hay establecidos dentro de sus muros, y por la abundancia de comestibles que se venden públicamente. A los vendedores de Fez (y en esto los marroquíes están algo mas adelantados que nosotros) no se les permite vocear por las calles sus géneros. Cada oficio tiene un lugar designado en la poblacion, como sucede en Madrid con los manguiteros y cordoneros de la calle Mayor, y por puno general, en ninguna tienda se vende mas de una mercancía.

En Fez hay una gran plaza que sirve de mercado para toda clase de géneros estranjeros, y en la cual se venden cuantos objetos produce el comercio de Levante y del Africa central. Esta plaza lleva el nombre de Al-Caicería, y siempre se encuentra en estremo concurrida por los comerciantes de Fez y los que acuden de otros puntos del Africa y del estranjero; estos se alojan en las primorosas posadas públicas ó fondekes que hay en las cercanías de la plaza y que son de dos ó tres pisos por lo general y rodeadas de galerías.

Los baños públicos son tambien numerosos, y son notables por la esmerada asistencia que en ellos se proporciona á los bañistas.

En Fez hay dos hospitales; uno para los pobres y otro para los enfermos incurables.

Las fondas están tambien perfectamente servidas.

Los paseos son hermosísimos.

No se conocen carruajes de ningun género.

Las mujeres salen á la calle y hasta les está permítido ir solas; pero siempre van con la cara tapada.

El mercado de Fez es uno de los mas ricos del imperio, y los tejidos de lana y seda, los chales, las alfombras, las pieles curtidas, y los objetos de oro y plata que en él se esponen, gozan fama de buenos géneros y son siempre muy buscados, traficándose en grande con ellos.

La ciudad tiene siete puertas de entrada y salida, y dos castillos antiguos, uno á Poniente y otro á Levante que la defienden; es capital del reino de su nombre y la poblacion mas importante de Marruecos. Perteneció á España en tiempo de los Emperadores romanos.

Fruga.—Ciudad situada en una inmensa llanura, á quince millas de distancia de unos elevados montes. Casi toda su poblacion se compone de judíos y xiloes. No lejos de ella se encuentra la ciudad de Marruecos. La llanura en que se encuentra puede decirse que es un inmenso campo de trigo y cebada, cuyos granos tienen tanta celebridad, que son buscados con afan por los comerciantes europeos: el tamaño de ellos es dos veces mayor grueso que el que se cria en el cabo de Nueva Esperanza.

Guer.—Ciudadela situadá en la elevada montaña del Tedla, que sin disputa alguna es el punto mas inaccesible de todo el imperio marroquí. Guer ó Gher, que se halla á muy poca distancia del nacimiento del rio Umm-er-r'bech, es el punto de residencia habitual del gran señor, ó jefe de los amacirgas (Amrgar); se hizo célebre en la historia por la obstinada batalla que los xiloes sostuvieron en sus inmediaciones el año de 1819 contra las aguerridas tropas del Sultan Muley-Soliman: en esta batalla perdieron la vida gran número de marroquíes, y tanto los xiloes, como las tropas del Sultan, dieron pruebas

de ferocidad: estas se hallaban mandadas por el general de caballería y antiguo gobrenador de Tánger Sidi-A'bdes-Sadie.

Jelles.—Esta poblacion es pequeña y tiene muy poca importancía; su puerto es el que le dá alguna vida.

Mansura.—Pequeña ciudad del Temezena, situada sobre el rio Guir ó El-Mansor á dos millas del Océano: el terreno que ocupa es una fértil y hermosa llanura. Su poblacion asciende á unos 900 habitantes, casi todos hebreos.

Marruecos.—Esta ciudad llamada por los árabes Marraksce ó Merkasce (adornado, embellecido), es la capital del imperio que toma su nombre de ella. Está situada á siete leguas del monte Atlas y veintitres de Saffi; antiguamente fué la primera poblacion del Mogreb-el-Aksa; hoy solo conserva un recuerdo triste de aquel pasado esplendor que tan célebre se hízo. Fué edificada el año 1072 por el famoso Abu-tex-finrey, individuo de la tribu de Lamtuna y de los Almoravides, en el mismo sitio que ocupó la antigua Martok fundado en tiempos muy remotos por los primitivos pobladores del Africa. Sostienen algunos historiadores que el sitio donde hoy se encuentra Marruecos y donde antes se hallaba Martok, estuvo primeramente ocupado por la célebre ciudad romana Bocanun Hemerun. La poblacion de Marruecos, que en tiempo de Jacob Almanzor (siglo XII), contaba mas de 700,000 habitantes, se encuentra hoy reducida á 30,000 segun unos, y á 50,000 segun otros; en esta última cifra es en la que todos convienen, y en ella se hallan incluidos 4,000 xiloes y 5,000 hebreos, que forman tambien parte de la poblacion.

La estraordinaria disminucion que ha sufrido la cifra de sus habitantes, se atribuye comunmente á las enfermedades epidémicas que allí se padecen, y á la escesiva tiranía que siempre han ejercido los sultanes, causa bastante poderosa para alejar de ella á sus moradores.

El perímetro de las murallas de la ciudad es de 16 kilómetros; pero dentro de este vastísimo circuito se ven grandes ter-

renos desiertos, otros llenos de escombros, hasta el estremo de formar montes, y otros finalmente trasformados en jardines; las murallas de Marruecos tienen sobre unos treinta piés de altura, y de cincuenta en cincuenta pasos, se encuentran guarnecidas por gruesas y elevadas torres de forma cuadrada, pero completamente desartilladas.

Las calles de Marruecos son estrechas, tortuosas y estremadamente súcias; los habitantes se cuidan tan poco de la policía, que las caeas están convertidas en un contínuo hervidero de gusanos é insectos dañinos. Agréguese á esto que los marroquíes pasan la mayor parte del dia en abluciones, y podrá formarse una idea de lo saludable que será el interior de aquella poblacion, donde todo es inmundicia y suciedad. El aire es, no obstante, estremadamente puro, y á esta circunstancia se debe sin duda alguna, el que las epidemias no causen mas estragos. Todos los cuarteles de la poblacion, están abundantemente surtidos de agua, que es conducida á los mismos por un acueducto subterráneo, que desde el rio Tensift; dá la vuelta á toda la ciudad.

Las mezquitas de Marruecos son numerosas, y algunas de ellas inmensamente ricas; pero las principales de todas, las que siempre se encuentran concurridas, y las que por su aspecto estraño escitan mayor curiosidad en el viajero, son las de Kutibin, Moazzin, Beni-Jusef y Sidi-Abu-l'-A'bbas; la primera, llamada tambien Sma-el-fanar, es bastante espaciosa y de construccion elegante; tiene una torre de 220 pies de altura.

Respecto á edificios, el mas notable de todos es el Serrallo ó palacio Imperial, situado al S. E. fuera del recinto de la ciudad. Cercado por fuertes y robustas murallas, flanqueadas de trecho en trecho por elevadas torres y rodeado además de un profundo foso; el Serrallo, mas que palacio parece un fuerte amenazador, dispuesto á defenderse siempre contra los ataques del enemigo. Construido de piedras cuadradas, adornado con mármoles de Italia y de España, su aspecto es magnífico y su valor conside-

rable. La circunferencia del palacio Imperial tiene ocho kilómetros de estension: dentro de ella se encuentran tambien, además del palacio del Sultan, las dependencias de la córte y de la guarnicion, y dos soberbias mezquitas.

Tambien la alcaicería ó cuartel del comercio, es un edificio notable por su estension; de forma cuadrilonga y rodeado todo de tiendas, presenta un aspecto encantador; en él encuentra el comprador cuantos objetos pueda desear. Además de este perpétuo mercado, en cada una de las siete puertas que tiene la ciudad se celebra diariamente otra especie de feria, donde se esponen tambien todos los frutos del país. La mas notable de todas estas ferias, se celebra cerca de la puerta septentrional todos los jueves, por lo cual recibe el nombre de Soc-el-Kahmis.

Los judíos habitan en un barrio aparte, situado entre el palacio y la ciudad, y en Marruecos como en Fez tampoco les permiten andar por las calles sin descalzarse primeramente.

El aspecto de la poblacíon de Marruecos es triste y sombrío, pues además de no tener las casas ni balcones ni ventanas á la calle, estas son estrechas, súcias y tortuosas. La industria principal de los habitantes de Marruecos, consiste en la fabricacion de papel, tafilete y tegidos de seda.

Las inmediaciones de la capital del imperio marroquí son pintorescas, no obstante hallarse en ruinas la mayor parte de los acueductos que las fertilizaban; la inmensa multitud de palmeras que las puebla, y que sea dicho de paso, son las mas elevadas que se crian en aquel territorio, contribuyen tambien á aumentar estraordinariamente su belleza; pero esta belleza se encuentra, sin embargo amortiguada hasta cierto punto con un cuadro desgarrador que se ofrece en seguida á los ojos del viajero. Fuera de las murallas de la ciudad, y no lejos de estas deliciosas llanuras, se encuentra el barrio de los Leprosos (Hhahha) completamente poblado por personas y familias enteras afligidas de aquella terrible enfermedad, á las cuales les está prohibida hasta la respiracion, vueltas de cara á la ciudad. Estos

séres desgraciados, á quienes nadie se acerca por temor á inficionarse, viven condenados al mas triste destierro, orilla de una ciudad donde no pueden poner los piés, y cuyos habitantes no solo no les prestan ningun auxilio, sino que huyen de ellos llamándolos apestados. La lepra se comunica de generacion á generacion, y el barrio de los Leprosos nunca se ve desierto.

Mazagan.—Es un castillo antiquísimo muy fuerte; los árabes le llaman Mazigh'an, y se halla situado sobre una península, en el fondo de una estensa y abrigada bahía, á catorce millas de Azamor. Esta fortaleza fué construida por los portugueses en 1510 con el nombre de Castelho-Real: está bien situada para la defensa: forma un cuadrado de 460 metros de lado con muros de 9 de espesor y 11 de elevacion, baluartes, medias lunas y foso, que se llena de agua en alta mar, y tiene una magnífica cisterna, provista abundantemente de agua, y almacenes y cuarteles á prueba. La parte de ciudad se encuentra hoy poco menos que arrasada; pues apenas se divisa una casa medianamente conservada en medio de sus ruinas. La poblacion asciende segun unos, á 2,000 habitantes, y no pasa de 200, segun otros. Esta pequeña ciudad, situada en la provincia de Marruecos y á 40 leguas de la capital, fué la última que en Africa poseyeron los portugueses, perdiéndola en 1769. Los naturales de Mazagan, que todos son amazirgas, la llaman El Borigia, que quiere decir ciudadela ó castillo.

Mehedia.—Ciudad situada en la parte inferior de una colina, de 140 metros de altura, circúyela un muro y en un ángulo que hace hácia la entrada del rio Sebú, posee un fuerte; poco mas abajo posee otro, construido antiguamente por los españoles, que la ocuparon en 1611, abandonándola poco despues. Mehedia, llamada tambien Nueva Mamora, corresponde á la provincia de Beni-Hhassan y en el antiguo castillo que posee, se refugiaban en otro tiempo los famosos piratas de Salé. Sus habitantes, que ascenderán á 600, son la mayor parte pescadores, y hacen un comercio bastante grande de una salazon lla-

mada en el país Xebel ó Xiabil. La antigua Mamora ó sea la Bahnasa de los romanos, estaba situada mas hácia el septentrion en el lugar designado hoy con el nombre de Mamora, y algunas veces con el de Malai-Abu-Sellum. Mehedia fué ocupada par los españoles en 1614; pero la abandonaron á fines del siglo XVII.

MEQUINEZ. — Esta ciudad, residencia habitual del Emperador de Marruecos, se encuentra situada en la falda de una colina sobre una fértil y pintoresca llanura bañada por el rio Bet, además de una porcion de arroyuelos que la cruzan. Antiguamente se llamaba Selda, y los naturales la llaman tambien Michenesa, Mechinés y Miknasa, pero mas comunmente Ez-zeituna por la gran cantidad de olivos que la circundan, especialmente por el lado del E.; por esta circunstancia sin duda la llamaron los españoles Mequinez de los Olivares. Las cercanías de Mequinez están regadas por las cristalinas aguas del rio Baht, sobre el que aun existen varios puentes, restos de la magnificencia de Muley Ismael, y por uno de los cuales, cerca ya del Océano pasó el célebre Caillié al dirigirse á Rabat en su atrevida espedicion. Mequinez es una ciudad antigua, grande, fuerte y hermosa, edificada por una tríbu de amacirgas llamada Miknasat, de donde la poblacion toma sin duda su nombre.

Para defenderse de los contínuos ataques de los berberiscos de las montañas, que á veces bajan hasta las mismas puertas, Mequinez tiene muros bastante fuertes y muy bien artillados; su poblacion asciende á 55,000 habitantes, segun unos, y á 15,000 segun otros, pero á punto fijo no puede designarse la verdadera cifra. Los que tienen por cierta la primera cifra distribuyen el número de habitantes del siguiente modo: 39,000 moros y árabes, 9,000 negros, 5,000 hebreos y 2,000 berberiscos; los negros casi todos son soldados y habitan en cuarteles.

Las calles de Mequinez son por lo general anchas, rectas y en terreno llano. Las casas de dos ó tres pisos, sin balcones, y

solo con ventanas chicas y azoteas. En cuanto á edificios, esta poblacion se encuentra bastante pobre; el palacio del Sultan es el único que ofrece algo de notable; tiene cerca de dos millas de circunferencia, la mitad de la ciudad próximamente, incluyendo en este espacio muchos jardines y verjeles propios del Emperador. Este palacio fué construido por el célebre Muley-Ismael; en su construccion se emplearon gran número de piedras y columnas traidas de las ruinas de Faraon, de Liorna y de Marsella.

La principal industria de la poblacion consiste en fábricas de azulejos, que son en estremo primorosos y llenos de dibujos y arabescos; los moros de la ciudad tienen fama de cultos y civilizados, y hacen gala de su saber; son, no obstante, estremadamente celosos de sus mujeres, que son hermosísimas y galantes. Las judías son las únicas que llevan la cara descubierta; son estremadamente amables y cariñosas. En Fez existe el famoso tesoro imperial célebre en todo el mundo, y de cuya custodia se hallan encargados de 1,000 á 1,500 soldados negros. El Emperador sale á caballo todos los viernes para ir á la mezquita, en cuyo dia dá siempre alcuzcuz á toda su guardia.

Meramer.—Esta ciudad está situada en el interior del imperio Marroquí; fué edificada por los godos; ocupa un terreno fertilísimo cerca del monte Beni-Megher, y hace gran comercio de granos y aceite.

Mesc'-ra Hhaluf.—Esta aldea, cuyo nombre significa abrevadero de puercos, corresponde á la provincia de Bied-miskin; está bastante bien poblada, y ocupa un sitio muy ameno sobre la orilla derecha del Umm-er-r'-biech que se pasa en balsas. Encuéntrase tambien junto al camino que de Demnet conduce por Abbari y Maat en la provincia de Xeragua, á Fez y Mequinez por una parte, y hasta Rabatt y Tánger por la otra, pasando por Caisor y Zettat en el Temsná, y por Soc-Madi-una y Feidallah.

Messa.—Esta ciudad considerable y cercada de murallas bastante sólidas, fué edificada por los amacirgas, á poco distancia de la boca del rio Sus. Se encuentra dividida en tres pequeñas ciudades, como todas las grandes poblaciones del Sur y de Daragh; su poblacíon, compuesta de unos 3,000 habitantes próximamente, se compone de xiloes, moros y hebreos; la mayor parte de ellos se hallan dedicados á la agricultura. La principal riqueza de esta ciudad consiste en grandes cantidades de ambar de la mejor calidad, que arroja el mar de cuando en cuando sobre su costa, y esqueletos de ballena.

Mimcina.—Ciudad populosa de la provincia de Doragh, situada en el centro de un estenso y delicioso bosque de palmeras; á uno y otro lado de Mimcina se elevan dos cadenas de pequeñas montañas que se estienden de Oriente á Occidente. Su poblacion se compone de berberiscos, moros y algunos hebreos; los moros se dedican á la agricultura.

Mogador.—Esta ciudad rica y fuerte de la provincia de Marruecos y de cuya capital dista 32 leguas, se llama tambien Suueirah ó Suíra, que quiere decir bonito cuadro. Fué fundada en 1760 por órden del Sultan Sidi-Mohamet, segun los planos de cierto ingeniero francés llamado Cornut. Se levantó en el sitio en que se cree que estuvo la antigua Erythrea, y su construccion se llevó á cabo con objeto de que fuera el centro del comercio de todo el imperio, y como el puerto de la capital de Marruecos. Su planta tiene bastante regularidad, y sus calles son derechas y cómodas, auque algo estrechas.

Mogador, segun la descripcion que Mr. Darondeau ha hecho recientemente en sus instrucciones náuticas, se encuentra situada en una playa de arena rodeada por el mar en las grandes mareas, cuyas tierras próximas forman un pantano. Circuida de muros con baterías en los ángulos, es no obstante demasiado débil á pesar de esto y de tener una línea de cañones de grueso calibre en la costa que mira al mar, y una batería en la puerta del mismo. Otras y de grueso calibre establecidas en algunas

rocas defienden la entrada del puerto; una de ellas termina en un baluarte circular por el S. y por el N. en un fuerte cuadrado con cañones; un puente fortificado une esta obra á la ciudad y termina por otro fuerte del que parte un muro de 180 metros de longitud. Estas fortificaciones fueron construidas por ingenieros genoveses; pero aunque guarnecidas de cañones de grueso calibre no son fuertes por el poco espesor de los muros y la proximidad de las cañoneras. Habia antes una falta absoluta de agua en la ciudad, pues el rio está á milla y media de distancia, pero ahora un acüeducto lo conduce á varios depósitos construidos en diferentes partes de la poblacion. Uno de estos depósitos se halla en una posicion muy cómoda para los buques del puerto.

A distancia de cuatro á doce millas de esta playa ó puerto, en la que Mogador se halla situado, se encuentran las huertas y jardines que proveen á la ciudad de verduras, frutas y otros comestibles, y todos los demás terrenos cultivables. La ciudad de Mogador está dividida en dos partes; en la una, llamada la ciudadela, residen los Agentes consulares de las naciones europeas y el Bajá; en la otra los hebreos, y las dos están rodeadas de murallas. El puerto se encuentra al Mediodia de la ciudad en una islita como de dos millas de circunferencia, y tiene muy poca importancia á consecueucia del reflujo: la parte de la ciudadela, además de encerrar dentro de sí las casas de los vicecónsules estranjeros, encierra tambien varios edificios notables, entre los cuales se encuentran, la aduana, el tesoro, el palacio del Bajá ó Gobernador y otros; los comerciantes cristianos residen tambien en ella. Estos y los agentes consulares de las potencias cristianas, habitan en casas cómodas y elegantes, muchas de las cuales tienen doce y catorce habitaciones en cada piso: estas habitaciones reciben la luz por una galería ó patio cuadrado que rodea el espacio interior, haciendo al propio tiempo las veces de almacen; los techos de estas casas son lisos como azoteas y resisten bastante las lluvias.

Mogador, vista desde el mar, presenta un aspecto bellísimo; pero el interior, como hemos dicho, no corresponde á tales apariencias; pues ni mezquitas ni edificios ofrecen cosa notable. El mercado está bien abastecido; las provisiones de toda especie, pescado, volatería, carnes, así como legumbres y frutas, son abundantes y baratas; el precio de la carne de vaca se fija diariamente por un inspector oficial. Las carnes y aves para el consumo se traen del otro lado de la playa donde se halla situada la ciudad.

Respecto á la poblacion de Mogador como respecto á la de todas las ciudades del imperio, ningun geógrafo se halla conforme con la opinion de los demás. Mr. Jackson pretende que no escede de 10,000 almas, Mr. Darondeau fija tambien este tipo, y los demás geógrafos creen que no baja de 16 á 17,000, comprendiendo en este número 4,000 hebreos y como unos 100 cristianos que se encuentran allí establecidos comerciando con el interior del Africa y otros puertos estranjeros; pero la cifra que parece mas exacta y en la que la mayor parte de los viajeros y geógrafos convienen, es la de 10,000. Del puerto de Mogador ya nos hemos ocupado en otro lugar.

Nel-Tezet.—Véase Sus-el-Aksa, incluido en este mismo capítulo; en el que como habrán observado nuestros lectores, vamos colocando por órden alfabético las principales poblaciones del imperio Marroquí.

Nukhaila.—Esta ciudad situada en la provincia de Temezena y en otro tiempo rica y populosa, se encuentra hoy bastante decaida; muchas de sus casas están completamente arruinadas, y apenas se conserva en toda la ciudad un pequeño resto de su antigua grandeza. No lejos de esta poblacion tiene su nacimiento el rio Guir; en su vasta y lozana vega se coje trigo en abundancia, con cuyos productos se mantienen sus habitantes.

Nun.—Ciudad bastante grande del imperio, famosa como Stcka por ser el lugar á donde son conducidos los navegantes cristianos que naufragan en las costas del gran desierto; los lla-

bitantes de Nun son tan inhospitalarios y de tan bárbaras y fieras costumbres, que tan luego como logran hacer prisionero á algun cristiano, lo convierten en esclavo vendiéndolo á alguna tríbu. Esta ciudad se encuentra situada en las cercanías del rio Akassa, llamado Vad-Nun por sus habitantes; su poblacion asciende á unas 2,000 almas próximamente; Nun se encuentra situado en un terreno algo estéril que confina con el gran desierto; dista 30 millas del mar, produce goma, cera y plumas de avestruz. La mayor parte de sus habitantes, á escepcion de algunos xiloes se compone de árabes. En Nun se hace gran comercio, y puede decirse, que es el verdadero depósito de toda clase de géneros entre Mogador y la Nigricia.

RABATT.—Esta ciudad, llamada Er-rebat y Rabatt-ul-fatáhh por los árabes, y Nueva-Salé, en algunos mapas modernos, se halla situada en frente de Salé en el declive de una colina que pertenece á la provincia de Temezena; parte de la poblacion se halla sobre la orilla meridional del rio Buraghrab, y parte sobre el Océano. Sus fortificaciones son bastante buenas.

Rodeada de murallas flanqueadas de torres, el aspecto de Rabatt es algo magestuoso; la mas hermosa de sus torres es la de Smá ó Burge-el-Hhassan, hácia Levante, y al pié de la cual se encuentra el mejor sitio de anclada en el rio. Sus calles y edificios son bastante cómodos y no carecen de hermosura; tanto en el interior como en las cercanías de la poblacion, la vista se deleita con el hermoso cuadro que ofrecen los muchos huertos y jardines que brindan al estranjero con sus diversos y multiplicados frutos; el perfume que exhalan aromatiza el ambiente, y la atmósfera de Rabatt es limpia como ninguna.

Los habitantes son inteligentes, laboriosos y de mas inventiva que los demás pobladores del imperio; descendientes en su mayor parte de los moros espulsados de Andalucía y otros puntos de España en tiempos de Felipe II, se distinguen particularmente por su carácter alegre y viveza de imaginacion. En Rabatt hay grandes capitalistas, pero casi todos judíos; el comercio

se halla bastante adelantado en esta ciudad, y puede decirse que es una de las primeras traficantes del imperio.

En la edad media Rabatt era el centro del comercio del imperio marroquí: establecidos en ella numerosos comerciantes y favorecida además por la importancia y buena disposicion de su puerto, los genoveses hacian en él un inmenso tráfico: reunida poco despues con Salé, ciudad tambien bastante importante, y auxiliadas mútuamente por su unidad de miras, Rabatt y Salé llegaron á convertirse en pocos años en las señoras de aquel mar, hasta el punto de escitar la envidia y rivalidad de los demás puertos del imperio. Animados al propio tiempo los Sultanes marroquíes, ya del deseo de complacer á las otras ciudades, ó ya del de satisfacer cualquiera de sus caprichos, que seria lo mas probable, hicieron todo lo posible por quitarle toda su preponderancia, y trasladaron al efecto, primero á Santa Cruz, y despues á Mogador el centro de su riqueza. Rabatt, no obstante, estaba protegido por una porcion de circunstancias que no acompañaban á las otras poblaciones; y por mas que los sultanes se empeñaron en alejar de ella el centro de todo tráfico, el hecho es, que por la buena situacion de su puerto para la esportacion de los productos del país, y particularmente de los granos, de la lana y de la cera, Rabatt ha continuado hasta el dia, viéndose favorecida por los comerciantes, y no es lo probable que ningun sultan de Marruecos pueda quitarla esta preponderancia. El puerto de Rabatt es tambien el mas á propósito para la introduccion de las mercancías europeas que van con destino al interior.

La poblacion de Rabatt asciende segun unos á 28,000 almas, á 27,000 segun otros, y no falta quien la supone elevada á la cifra de 30,000 hombres; pero lo que en vista de datos muy posteriores y algo mas fidedignos, puede darse por seguro es, que el número de sus habitantes no pasa de 20,000; cerca de 7,000 son hebreos, y hacen un gran comercio, no solo con Fez y el

interior del Africa, sino tambien con varios puntos de Europa, y especialmente con Génova y Marsella.

Al E. de Rabatt, y no muy lejos de la poblacion, se encuentra el castillo de Xella ó Xialla, que encierra la tumba de la familia real de los Beni-Marines, y es mirada como un santuario en el que no se permite la entrada ni á los cristianos ni á los hebreos. Créese que es cronstruccion de romanos ó de cartagineses; cerca de él se encuentran en efecto, varias medallas é inscripciones.

Rezant.—Esta ciudad, segun el famoso viajero Mr. Caillié, de quien ya hemos hecho mencion otra vez, sirve actualmente de residencia al bajá ó virey de Tafilete; segun algunos viajeros, esta ciudad unida á las villas y aldeas de Gurlan, Soso, Bohein y Acsaba, forma la reunion de pueblos amurallados á quienes se les aplica el nombre colectivo de Tafilelt ó ciudad de los Filelis.

Saffi.—Llamada tambien Saffia, Asaffi y Asfi, por sus moradores, y antiguamente Soffia; esta ciudad, una de las mas antiguas de la provincia de Abda, se encuentra situada al N. O. de Marruecos, y tiene un pintoresco puerto sobre el Océano. Fué construida por los cartajineses, orilla del cabo Cantin, entre dos vistosas colinas y un fértil y delicioso valle, espuesto, no obstante, á frecuentes inundaciones. Los alrededores de esta poblacion son bastante estériles y poco susceptibles de cultivo; su poblacion, que asciende á unas 12,000 almas, se compone de moros, beduinos y hebreos; los beduinos de Saffi son gente tan insociable y de tan malos sentimientos, que gozan fama de ásperos, fanáticos é intolerantes; los hebreos son sumamente miserables. En 1641 la abandonaron los portugueses.

Salé.—Esta hermosa ciudad, llamada Sala por los antiguos romanos, Salá por los árabes y Salá-Bu-R'gh'-aba tambien algunas veces, á consecuencia sin duda de los frondosos bosques que la circundan, corresponde á la provincia de Beni-Hhasan,

y se halla situada en la costa occidental de Africa, junto á la orilla derecha y septentrional del arroyo Viarou, no lejos de su embocadura. Dividida en dos partes por dicho rio, que es afluente del Bu-ragrhab, la ciudad de Salé ofrece un aspecto pintoresco; es de orígen antiguo, tiene un puerto bastante grande, del cual nos hemos ocupado en otro lugar, y está rodeada de un muro de once metros de elevacion, flanqueado de trecho en trecho por robustas torres. Esta ciudad fué por espacio de muchos años residencia habitual de la piratería marroquí, y estos piratas, unidos á los que por aquel entonces se refugiaban tambien en Rabatt, se hicieron tan temibles y lograron infundir tal terror, no solo á los navegantes europeos, sino hasta los mismos habitantes del imperio en cuyo centro se hallaban, que llegaron á constituir una república independiente, en cuyos negocios ni aun el mismo Sultan pudo intervenir en los tiempos del mas furibundo despotismo. No obstante la fortaleza de Salé, esta ciudad no pudo impedir en 1851 que un solo navío, el *Enrique IV*, y dos pequeños vapores, la bombardeasen, destruyendo gran parte de la poblacion, sin que esta pudiese por su parte causar el mas leve daño á dichas embarcaciones. Jamás se han visto en ninguna costa piratas mas intrépidos, serenos y arrojados que los antiguos habitantes de Salé; llevándolo todo á sangre y fuego, sin respetar ninguna bandera, insultando y maltratando á cuanto se les ponian por delante, estos famosos piratas, cuya ferocidad rayaba en lo mitológico, degollaban toda la tripulacion cuando apresaban algun barco, ó la reducian á perpétua esclavitud, y hubo muchas ocasiones en que hasta al mismo Sultan impusieron la ley, no obstante hallarse en el centro del imperio y rodeados de enemigos por consiguiente.

Sometidos por fin despues de un sin númuro de trastornos á la autoridad del Emperador, cuando este concluyó un tratado de paz con todas las naciones, el comercio europeo se vió libre de aquellos feroces y bárbaros piratas que eran el terror

de todas las embarcaciones. El puerto de Salé subsiste todavía, y hoy puede decirse que es el depósito principal de la marina de Marruecos; en él se han levantado diversos diques para construccion de naves, y hay por consiguiente otros almacenes destinados al efecto. La ciudad de Salé es de mediana apariencia; sus edificios ofrecen poco de notable, y los habitantes continúan todavía tan incivilizados, y tan acérrimos enemigos de los cristianos, que primero se dejarian matar que consentir la entrada de uno solo en Salé. La poblacion se compone de 23,000 habitantes segun Hemsó, y de 22,000 segun otros; pero lo que en vista de investigaciones mas modernas puede asegurarse, es que la poblacion de Salé no pasa de 10,000 habitantes.

SEGELMASA.—Llamada tambien Sugilmasa ó Sigin-Mesa, esta ciudad, que es tan antigua como Salé, fué edificada por los amacirgas zenetes. Se encuentra situada sobre una vasta llanura en las cercanías del rio Ziz. Hoy se encuentra casi arruinada; es no obstante, capital de uno de los distritos del Tafilete, y antes lo fué de un reino independiente; su poblacion es bastante numerosa, y sus habitantes muy dados al tráfico. Hacen gran comercio de camellos, caballos, dátiles y otros productos. Los comerciantes del Sudan y el Tumbuctú visitan con mucha frecuencia el mercado de Segelmasa.

SOFRÚ.—Esta ciudad, que es bastante bella en su parte interior y que esteriormente ofrece tambien un regular aspecto, se encuentra situada en una estensa y fértil llanura sobre la orilla derecha del rio Guigo, al oriente de la ciudad de Fez. Está bastante bien amurallada; sus habitantes se dedican con ventaja al comercio, y especialmente del maiz, que abunda mucho en su vasta llanura, sacan algunos productos; la ciudad de Sofrú es bastante antigua, y en sus cercanías se encuentran ricos criaderos de sal fósil; sus pobladores son bastante pacíficos.

SUBEIT.—Esta ciudad, situada sobre la orilla izquierda del Umm-er-r'biech en terreno montuoso, es muy antigua, se encuentra rodeada de medianas murallas y abunda en cera, miel y

otros productos. Sus habitantes se mantienen con los productos que recojen de la venta de dichos artículos en Rabatt, Mogador y otros puntos de Europa.

Stukha.—Villa de poca estension, pero célebre, no obstante, como Nun entre los viajeros cristianos, por ser el punto á donde las feroces hordas de muslimes que recorren aquella playa conducen á los pobres navegantes europeos que tienen la desgracia de naufragar en las cercanías de la costa, y á quienes convierten luego en esclavos.

Sus-el-Aksa.—Esta vasta porcion del imperio marroquí, llamada tambien Nel-Tezet, y mas particularmente Beled-sidi-Hisciam, es un estado libre é independiente, poblado por 250,000 habitantes, todos los cuales son muy industriosos. El Sus-el-Aksa fué fundado en 1810 por el príncipe Hisciam, hijo del xerife Ahhmed-Ben-Muza; su poblacion se compone de xíloes y árabes, todos los cuales, ó bien se dedican á la agricultura, ó al comercio ó á la guerra.

Tabulauant.—Pueblo pequeño, situado en la orilla del rio Umm-er-r'biech; todos sus habitantes son hebreos y se ocupan en la construccion de balsas de cañas para pasar los rios, y especialmente aquel en cuya márgen se hallan situados. Tabulauant quiere decir tierra de Bulauant, nombre de una ciudad al lado de la cual se encuentra.

Tafilete.—Llamada tambien Tafilelt, esta ciudad, de construccion moderna, se encuentra situada á 64 leguas E. S. E. de Marruecos sobre un terreno fértil en estremo. Mas que ciudad parece una reunion de pueblecillos; está rodeada de altas murallas flanqueadas de torres cuadradas bastante robustas: es capital del reino del mismo nombre, y á su lado izquierdo tiene un castillo bastante fuerte llamado Cassar, que está habitado únicamente por los xeriffes ó descendientes de Mahoma. Sobre el rio que riega su fértil llanura, tiene un precioso al par que sencillo puente construido por un arquitecto español: la poblacion de esta ciudad que asciende á unos 10,000 habitantes, se compone

en su mayor parte de amacirgas y algunos hebreos. Se ocupan especialmente en la confeccion de manufacturas, para las cuales se dan muy buena maña, y hace un vasto comercio con el Sudan y los traficantes europeos; la principal de sus industrias consiste en sus famosos cordobanes que los europeos llamamos tafiletes, y de cuya venta sacan muy pingües productos; tambien elaboran telas de seda, alfombras y cubiertas de lana. De antimonio, plomo, dátiles y otros productos hacen tambien un tráfico lucrativo. El nombre de Tafilelt ó Tafilete, significa residencia de los Filelis, antigua tríbu de los berberiscos que ocupa aquel territorio.

TAGAVOST.—Ciudad antiquísima, la mas antigua sin disputa alguna de la provincia de Suz; es la mas grande tambien de esta region, y dista 60 millas del mar, 50 del Atlante, y 10 del rio Sus.

Los habitantes de esta ciudad son pacíficos, honrados y laboriosos, y sus mujeres bellísimas, graciosas y bastante dispuestas para los trabajos femeniles: se conserva la tradicion entre estas gentes, de que Tagavost fué la ciudad natal de San Agustin. Tagavost está dividida en tres cuarteles separados, habitados únicamente por artesanos, los cuales, por cuestiones de competencia, se encuentran siempre en guerra declarada; y llega á veces hasta tal punto su encono, que se ven precisados á llamar en su auxilio á los árabes de las cercanías, quienes obrando con harta prudencia, suelen poner término á estas disensiones, representando el papel de mediadores. Tagavost está rodeada de murallas de piedra seca bastante fuertes, y en su interior hay muchas plazas, tiendas, talleres y telares; en la llanura próxima á la ciudad, habitada por árabes, pastan ganados numerosos, cuya lana, vendida á los habitantes de Tagavost, se vé muy pronto convertida en paños y otras telas, que ó bien se llevan á vender á la Nigricia y á Tumbuctú, ó se espenden en los confines del gran desierto.

TAGODARTE.—Esta ciudad, una de las mas ricas y pobladas

del término de Escura, se encuentra situada sobre la cumbre de un elevado monte, rodeado de otros cuatro, que la proporcionan una posicion bastante fuerte. Tiene cerca de 7,000 habitantes, todos comerciantes en granos, ganados, manteca, aceite, miel y otros frutos. Por lo general son nobles, generosos, de buen carácter, y todos hospitalarios: los montes de Tagodarte producen riquísimo y abundante aceite de Argan, miel que se tiene por la mas esquisita del Africa, y hermosas uvas encarnadas, cuyos granos son tan gordos á veces como huevos de gallina.

Talent.—Capital de la provincia de Sus-el-Aksa, situada en la pendiente de una colina, no lejos del rio Assa y á una milla escasa de Ilekh ó Ilirgh. Es bastante fuerte; casi todos sus habitantes son judíos, y como tales entendidos en el comercio. No lejos de Talent hay un famoso santuario de pobre construccion, al que acuden en grandes turbas y con bastante frecuencia los musulmanes de las regiones circunvecinas.

Tánger.—Hemos llegado á la ciudad mas célebre del imperio marroquí; á la que por su especial situacion es, por decirlo asi, el blanco de las miradas de todos los europeos; á la que por tener un puerto mediano, ser residencia de los Cónsules estranjeros y estar en constante comunicacion con nuestro continente, escita mas la curiosidad de todos los que hoy fijan sus miradas en el territorio africano con motivo de la guerra.

De Tánger, ciudad en lo antiguo populosa, segun narran las crónicas, no existen hoy mas que algunas ruinas. Construida por los amacirgas en los siglos mas remotos, Tánger, llamada entonces Tangia-Al-balia, es quizá la única ciudad que existia por entonces en aquellos contornos antes de la llegada de los cartagineses. No lejos de la embocadura del rio Tingia, y sobre la cumbre de un montecillo situado en lo último de la bahía, se descubren hoy algunas ruinas de sus antiguas casas, entre las cuales figuran los restos de un magnífico puente, los de una

dársena, abrigo en otro tiempo de las galeras romanas, y los de sus antiguas murallas, que eran bastante fuertes.

La Tánger de hoy se parece muy poco á la antigua; situada sobre una cordillera que tiene su orígen cerca del rio de los Judíos, se estiende hasta una vasta ensenada, que existe en el punto mas angosto en el Estrecho de Gibraltar. Vista de lejos, ofrece el mismo aspecto que Argel, aunque las proporciones de esta ciudad son algo mayores. Dista doce millas del Cabo Espartel por la parte de Levante, y está rodeada de medianos muros; los de la parte superior que tienen algunos baluartes, se encuentran bastante mal conservados; los de la parte inferior, ó sean los que se hallan mas próximos al puerto, son robustos y se hallan defendidos por baterías en buen estado. La bahía, de la cual hemos hablado en otro capítulo, tiene poca profundidad.

La poblacion de Tánger asciende á 10,000 habitantes segun unos, y á 9,500 segun otros; 2,500 son judíos, unos 1,400 negros, 300 berberiscos ó riffeños, y los otros 100 cristianos: las murallas de la ciudad, como hemos dicho antes, están algo ruinosas, y se encuentran flanqueadas por torres cuadradas y redondas de sesenta en sesenta pasos; estas murallas por la parte de tierra se encuentran rodeadas de un profundo foso, cegado por algunos puntos, plantado de árboles en toda su estension, y rodeado á la vez de huertas y manzanos.

El aspecto interior de la ciudad ofrece poco de notable en cuanto á edificios; sus casas se elevan unas sobre otras por las faldas de la meseta de Mardxan; y los únicos edificios que tienen alguna belleza son los palacios de los cónsules estranjeros, que rodeados de jardines, huertas y viñedos, ofrecen un aspecto pintoresco. Entre ellos resaltan las casas de campo de Suecia y Holanda, cerca de la puerta de la ciudad; el de Portugal, en la vasta llanura de los Pozos ó de Xioana, y los de Dinamarca, Francia y América, situados cerca del Rio de los Judíos; las demás casas parecen cubos blanqueados; las calles

son estrechas, sucias y tortuosas; y á escepcion de alguna que otra plaza, las demás ofrecen bien pobre aspecto; algunos señores tienen, no obstante, palacios bastante grandes y cómodos, de dos ó mas pisos; las casas de los moros y de los hebréos son bajas y mezquinas; y aun aquellos palacios están tan mal fabricados, que no solo son estrechísimas sus habitaciones, semejándose á pasillos, sino que no reciben otra luz que la del patio cuadrado, alrededor del cual están fabricadas. La plaza principal de Tánger es la del Mercado, en la cual hay muchas tiendas y tres casas de cónsules.

Hay en Tánger varias mezquitas y sinagogas; la principal es grande, bastante bella y de moderna construccion. Además hay otras tres mas pequeñas y otra dentro del castillo; los judíos tienen cinco sinagogas y los cristianos una iglesia con un reducido convento de frailes franciscos españoles, que antes recibian una corta asignacion de nuestro gobierno, y que hoy se hallan dispersos, con harta mengua de nuestros intereses en aquella costa.

La ciudad de Tánger tiene varias puertas de entrada, entre ellas la de la Marina llamada Bab-el-Marsa, la de Bab-ed-debbagh, ó puerta de los Curtidores, hácia el Mediodia; la de Bab-es-soc, ó del Mercado público, y la de Bab-el-kalá ó puerta del Campo.

La campiña de Tánger es en estremo pintcresca y produce varias clases de fruta. Las uvas, peras y naranjas, son muy abundantes y de ellas se hace un gran comercio con las naciones europeas.

La ciudad de Tánger, es llamada Tangía por los moros; los romanos la designaban con el nombre de Tinge ó Tingís, y en tiempo del Emperador Claudio se la denominaba Julia Traducta.

En los tiempos modernos y á fin de establecer una comunicacion mas rápida con Europa, entre Tánger y Tarifa, se ha apostado una barca-correo que todos los viernes trae las cartas á

nuestra costa, volviendo á salir el mismo dia con la contestacion: la travesía se hace en dos horas. De Gibraltar á Tánger no se emplean menos de cuatro ó cinco.

Tarudante.—Esta ciudad, en otro tiempo capital de un reino independiente, y hoy capital tambien de la provincia de Suz, está rodeada de elevados y robustos muros. Su construccion es antiquísima, y se atribuye á los primeros amacirgas; Tarudante es residencia del Bajá ó Gobernador del Suz, y dentro del recinto de sus murallas cuenta una poblacion de 21,000 habitantes, aun cuando por su estension pudiera abrigar cómodamente 80,000 como en otro tiempo los abrigó. Todos ellos son industriosos, y á tejer mucho y bien nadie en Marruecos los aventaja. Hacen tambien gran comercio de cueros y nitro, productos muy buscados allí por los traficantes europeos.

Tatta.—Aldea de la provincia de Daragh, situada junto á los confines del gran desierto, y célebre como Akka, por ser el punto de reunion de las caravanas, que de Marruecos, Fez y Mogador se dirigen al Tumbuctú.

Teculet.—Pequeña ciudad marítima situada al lado de una montaña junto al torrente Duira. Es bastante bella y de mediana construccion; tiene un pequeño puerto llamado Gaz, defendido por un antiguo castillo. Sus habitantes son bastante honrados y se dedican á la agricultura; en las cercanías de Teculet se crian granos y legumbres en abundancia; la cera constituye uno de los primeros elementos de riqueza, y los hermosos pozos que posee siempre están nadando en agua, que es tenida por la mejor y mas potable de toda la provincia. En esta ciudad hay unos 100 hebreos, todos los cuales tienen casa propia.

Tednest.—Esta ciudad se encuentra admirablemente situada sobre una estensa llanura en las cercanías del rio Xiusciava; está rodeada de una alta empalizada que la sirve de muro, y fué en otro tiempo residencia de Xèriffes. Tednest es capital de la provincia de Hhahha ó Hea, y su antigua construccion se atribuye á los amacirgas. Su poblacion ascenderá á 4,000 almas

por lo menos, incluyéndose en este número 1,800 hebreos; estos gozan de bastantes privilegios, y los moros y xiloes, verdaderos pobladores de Tednest, se dedican á la agricultura, á cuidar sus jardines, y á proporcionar pastos á sus ganados.

Tedsi. —Ciudad grande y populosa, situada en una fértil llanura, cerca de uno de los brazos del rio Sus, y al E. de Tarudante. Antiguamente fué capital de provincia; hoy se encuentra algo mas decaida, no obstante lo cual, hace un gran comercio. Produce trigo, cañas de azúcar y otros frutos en abundancia; celebra un mercado todos los lunes, y á él acuden gran número de montañeses, árabes y xiloes. Sus habitantes que pasan de 14,500 son muy industriosos, y están regidos por una especie de gobierno republicano.

Tefelne. — Esta ciudad marítima, situada cerca del promontorio del mismo nombre y rodeada de una vasta y fértil campiña, cercada á su vez por gran número de montecillos, fué edificada por los amacirgas, segun los geógrafos, y es bastante fuerte. Llámanla tambien en algunos mapas Tofelane; y segun varios historiadores recibia antes los nombres de Tefetne y Tefatne. La campiña en que se encuentra produce gran cantidad de cebada; no lejos de sus casas pasa un rio que en su desembocadura es lo suficientemente estenso para que puedan entrar en él con seguridad pequeñas embarcaciones.

Tefza.—Construida por los primitivos africanos y rodeada de un elevado muro de piedra arenosa, la ciudad de Tefza se encuentra situada á poca distancia del rio Derna. No lejos de ella, y al pié del monte Atlante, se encuentra tambien situado el pueblo de Efza ó Fix-tela, habitado únicamente por berberiscos, cuyas mujeres gozan fama de ser las mas hábiles fabricantes de albornoces y otras prendas de lana. La ciudad de Tefza es grande, muy rica y bastante populosa; es capital de la provincia de Tedla y su poblacion ascenderá á unos 8,000 habitantes, entre los cuales hay cerca de 1,000 hebreos y algunos berberiscos. Dentro de la ciudad hay algunas fábricas de al-

bornoces y mantas de lana blanca y negra, objetos de los cuales obtienen muy buenas ganancias, esportándolos para Italia y otros puntos de Europa. Está rodeada de bellos jardines que abundan en árboles frutales.

Tegeget.—Esta ciudad de la costa septentrional, en otro tiempo populosa y fuerte, se halla situada en la orilla izquierda del Umm-er-r'biech en la provincia de Duquela y hácia los confines de Escura. En ella se celebra anualmente una gran feria de granos, á la cual concurren todos los habitantes de los montes cercanos. Su campiña abunda en granos y pastos y los ganados constituyen uno de los principales ramos de la riqueza de aquel país.

Terga.—Pequeña poblacion de la provincia del Riff, con un puertecillo en el Mediterráneo. Sus habitantes, que ascienden á 3,000 son tan valientes como salvajes; todos se dedican á la pesquería, y hacen gran tráfico de pescados salados con los habitantes del interior. Los pobladores de sus cercanías, todos son árabes y pertenecientes á la tribu de Xiarqui.

Tesegdelt.—Ciudad de la provincia de Hhahhá, situada en una elevadísima montaña, que componiéndose en su mayor parte de rocas escarpadas é inaccesibles, hacen de todo punto inútiles las murallas y fortificaciones de que sus habitantes la han rodeado. La ciudad es bastante estensa y no menos rica en producciones que las principales de la provincia de Hhahhá. Su mezquita principal es tambien de las mas b llas y ricas del imperio marroquí.

Tetuan.—Esta hermosa ciudad, hácia la cual dirigen sus pasos en este instante los soldados españoles encargados de vengar el ultraje inferido á su pátria por los bárbaros riffeños, se encuentra situada en la pendiente de dos colinas en la costa oriental del Estrecho, y á ocho leguas escasas de nuestra plaza de Ceuta. Sobre la cumbre de una de estas colinas, se eleva un castillo mediano que sirve de residencia al alcaide ó gobernador; á cuatro millas y media, y no á muchas varas de distancia del

rio Martin, se eleva otro castillo ó torre, al pié del cual se halla el puerto de Tetuan. Esta ciudad se encuentra rodeada de murallas, que aunque no muy fuertes, tienen, no obstante, buena construccion, hallándose flanqueadas por torres cuadradas de trecho en trecho.

Tetuan es bastante grande, y aun cuando su interior nada tiene de agradable, se ven no obstante en ella alguno que otro edificio mediano. Sus casas ascenderán á unas 1,500; de las cuales 170 forman el Millah ó barrio de los hebreos. Sus calles, que como las de casi todas las ciudades de Marruecos son estrechas y súcias, ofrecen como en Fez, un aspecto verdaderamente morisco, y muchas de ellas están completamente cubiertas por arriba, á modo de galerías ó pasajes; en ellas hay una porcion de tiendecillas, que mas que tiendas parecen armarios. En la plaza pública existen, no obstante algunas, que además de tener apariencia mas elegante, se encuentran abundantemente surtidas de géneros del país y del estranjero.

Los alrededores de Tetuan son hermosísimos, y ofrecen á la vista el aspecto mas risueño; poblados de frondosos jardines, sembrados de trecho en trecho de elegantes casas de campo, y esparcidos en toda su estension multitud de viñedos y árboles frutales, las cercanías de Tetuan presentan un cuadro encantador. Las uvas que en ellos se crian son ríquísimas y abundantes, y los melocotones que crecen en sus jardines son tenidos, con justa razon, por los mas sabrosos del mundo.

La poblacion de Tetuan asciende á 18,000 habitantes, segun unos, y á 15,000 segun otros; pero la cifra mas aproximada á la verdad, es la de 16,000, distribuidos del siguiente modo: 9,000 moros; 4,200 judíos; 2,000 negros y 800 berberiscos. Los judíos tienen siete sinagogas.

Las mujeres de Tetuan son sin disputa alguna las mas bellas de toda la parte septentrional del imperio marroquí, y gozan tambien fama de tan amables, que esta es sin duda la causa de que los tetuaneses impidan á los estranjeros residenciarse en

dicha ciudad. En el siglo pasado se permitió, no obstante, la estancia en Tetuan de varios cónsules cristianos: hoy solo residen en ella los vice-cónsules, que por lo general son hebreos y vecinos de Tetuan. Los habitantes de esta ciudad hacen gran comercio por medio de su puerto, con Francia, Italia y España, esportando lanas, cebada, cera, cueros, pieles, esteras, ganados, mulos y comestibles, y suministrando al interior babuchas, tabaco, tejas vidriadas, vajilla, azulejos, armas de fuego, grana y sedería. Tetuan es llamada por los naturales Tetaven ó Tetavean, y antiguamente Teteguin, por los amacirgas, y Jagath por los romanos.

Teza.—Esta ciudad es capital de la provincia de Huiam, y una de las mas bellas del imperio marroquí. Situada sobre un cerro coronado de una elevada y áspera roca, al pié de la cual se desliza el rio Babba, bañando con sus aguas la vasta y fertil llanura que sirve de falda á dicha eminencia, los contornos de Teza ofrecen un agradable aspecto. Sus calles son anchas y cómodas, sus casas muy vistosas, y las tiendas ricas, elegantes y en nada parecidas á las de las demas ciudades: el barrio principal abunda en buenos edificios, aun cuando la costumbre de blanquearlos por fuera les quita gran parte de su belleza: tiene tambien varias mezquitas de pobre construccion, pero la principal ostenta bastante lujo, al par que sencillez en su rica arquitectura.

La policía urbana está muy atrasada, pues no solo no hay alumbrado en las calles, sino que la mayor parte de estas se encuentran desempedradas. Teza está rodeada de murallas, aunque ya en estado ruinoso, y casi todas sus puertas de entrada se ven reducidas á un monton de escombros. La poblacion asciende á 13,500 habitantes, todos industriosos y hospitalarios: hacen gran comercio con Fez, Tremecen y otras poblaciones del interior. El aire que se respira en Teza es puro, sus aguas escelentes, y los víveres buenos y abundantes.

Tit.—Ciudad marítima situada cerca del Cabo Blanco; su en-

gen se remonta nada menos que á la dominacion de los cartagineses. La campiña de que se halla rodeada es fértil, y produce toda clase de granos en abundancia: su poblacion asciende á unos 1,000 habitantes, y estos, que están poco adelantados en la agricultura, son tenidos, no obstante, por los hombres de mas talento en seis leguas á la redonda. La ciudad de Tit perteneció en lo antiguo á los portugueses; tambien recibe el nombre de Tet.

Vazan.—Ciudad pequeña y sin murallas, situada en la pendiente de la montaña de Sarsar: corresponde á la provincia de Azgar, y es célebre por ser la residencia del santon mas venerado del imperio marroquí; esta dignidad es hereditaria, y el que la posee vive en su distrito en completa y absoluta independencia, ejerciendo la mayor influencia en los negocios públicos. La poblacion de Vazan es bastante numerosa; sus campos abundan en granos, y los ganados de esta comarca son reputados por los mejores del imperio marroquí.

Vúgeda.—Pequeña ciudad del imperio, situada en la frontera del mismo hácia los confines con la Argelia; es llamada tambien por sus habitantes U'sceda, tiene su asiento casi en el desierto de Angued, y sus tierras producen abundantes frutos. La poblacion de Vúgeda asciende á unos 600 habitantes, todos los cuales poseen estensas huertas y frondosos jardines, en los cuales se crian toda clase de árboles frutales.

Xesuan.—Esta ciudad, llamada tambien Sesuan, es capital de la provincia de Er-Riff y residencia del alcaide ó bajá. Sus habitantes no solo son industriosos, sino muy dados al comercio y á las artes, en las cuales sobresalen; el terreno de que Xesuan se encuentra rodeada es en estremo fértil, aunque produce poco trigo; cojen, no obstante, sus cultivadores buenas y abundantes cosechas de lino, á consecuencia sin duda de los muchos arroyuelos que refrescan contínuamente los sembrados. La ciudad no es muy grande; el monte de Xesuan que se halla á poca distancia de ella es uno de los mas frondosos de Marruecos.

Zaulat-Mula-Drass.—Célebre ciudad del reino de Fez, situada en la elevadísima falda del monte Xarhum á ventiocho míllas al Norte de Fez. El terreno en que se encuentra es en estremo pintoresco y fértil; su poblacion asciende á 9,000 habitantes. Dentro del recinto de la ciudad se encuentra un célebre santuario dedicado á la memoria de Edris, fundador de la dinastía de los edrisitas y padre del fundador de la ciudad de Fez Muley-Edris. No lejos de la ciudad de Zaulat-Mula-Drass, se encuentran las preciosas ruinas de una antigua ciudad llamada por los marroquíes Cassar-Faraun ó ruinas de Faraon. El nombre de Zaulat-Mula-Drass, significa retiro de nuestro señor Fedris ó Enoc.

CAPITULO IX.

Posesiones españolas en la costa de Marruecos.

Alhucemas.—Esta isla llamada tambien San Agustin y San Cárlos de las Alhucemas, se encuentra situada en el Mediterráneo; tiene unas 194 varas de longitud por 98 de latitud en su punto mas ancho, y la circunferencia de toda ella contará á lo sumo unas 500 varas. El peñon sobre que tiene su asiento la fortaleza es mas pequeño, y algo mas bajo que el de Velez de la Gomera; y tan hueco se halla por algunos puntos, que introduciéndose el agua del mar en sus cuevas, se le ve agitarse en las grandes tempestades. La poblacion que es en estremo reducida, tiene únicamente unas veintiocho ó treinta casas, habitadas por los empleados, marineros y algunos veteranos, que serán 600 á lo sumo. El Peñon se encuentra bastante bien fortificado; pero ninguna de sus piezas de artillería sobra, si se tienen en cuenta los contínuos ataques de los riffeños. Dentro de la isla hay alguno que otro edificio destinado á cuarteles, almacenes y hospital. En frente del Peñon por la parte del S. se encuentra la gran llanura de Alhucemas, que es bastante fértil y se halla muy poblada; por dicha llanura serpentea el rio Nac-

cor que divide la provincia de Er-Riff de la de Ghart. De la bahía de Alhucemas ya nos hemos ocupado en otro lugar. Esta isla fué tomada por los navíos españoles *San Agustin* y *San Cárlos* en 28 de agosto de 1673. España tiene en ella un presidio. Alhucemas es llamada por los árabes Hagiar-en-Neccor, que quiere decir sepultura de Naccor.

Ceuta.—Esta ciudad, situada al príncipio de la embocadura oriental del Estrecho de Gibraltar, está edificada en una península sobre la falda ó pendiente del monte Hacho. El sitio por el cual se comunica esta península con el Africa, se encuentra cerrado por una triple línea de fortificaciones y un profundo foso, por el cual se comunican las aguas del N. del Hacho con las del S. Sobre la cumbre de dicho monte se eleva un mediano castillo que lleva su nombre, y que unido á la ciudad forma lo que comunmente se llama la Almina de Ceuta.

El aspecto esterior de la poblacion es triste, y su interior ofrece poco de notable; tiene no obstante buenos edificios y la circunstancia de hallarse rodeada cada casa de su jardin, como sucede en la mayor parte de las ciudades de Marruecos, la dá cierto aire pintoresco y alegre á la vista. El clima es sano y agradable; sus fortificacioaes son robustas, como lo prueba perfectamente el solo hecho de haber resistido con éxito completo á un asedio de veinte y seis años seguidos. Al O. de la Península y no lejos de la plaza, se encuentran las ruinas de la antigua Ceuta, situada cerca de la línea divisoria del territorio marroquí. De su puerto, ya en capítulo aparte nos hemos ocupado.

Ceuta desde tiempo inmemorial sirvió de escala para las invasiones enemigas en España: en ella se trazaban los planes de combate, y de ella salian siempre los ejércitos invasores. Primeramente la poseyeron los cartagineses; estos la perdieron en un combate con los romanos; estos á su vez fueron arrojados de ella por los vándalos, y despues vino por fin á formar parte de la monarquía hispano-goda: por esta época, y reinando en

España el malaventurado Rey D. Rodrigo, el mando de Ceuta estuvo confiado al célebre conde D. Julian, quien ofendido por dicho soberano á consecuencia de la triste historia que todos sabemos de la hermosa Cava, hija del Conde, la entregó á los moros, abriendo el primer paso de la dominacion árabe en España. Ceuta facilitó en efecto la entrada en nuestra península á los agarenos, y el conde D. Julian vió realizada hasta cierto punto la obra de su desagravio.

En 1415, los moros fueron sin embargo desalojados por los soldados de D. Juan I de Portugal, y Ceuta volvió entonces al poder de los cristianos, sin que desde entonces hayan podido volver á recuperarla los agarenos. Incorporado despues el reino de Portugal á la corona de Castilla, la plaza de Ceuta entró en los dominios de España; y cuando Portugal volvió á recobrar su independencia, la plaza de Africa siguió formando parte de los dominios españoles, en virtud del tratado de 1668.

Desde entonces acá Ceuta sufrió diferentes bloqueos de los moros, pero sin que en ninguno de ellos obtuviera ventaja alguna. El asedio mas célebre de todos los que ha sufrido, fué el de fines del siglo XVII y principios del XVIII, que duró 26 años, al cabo de los cuales el ejército de Felipe V, despues de una batalla sangrienta y encarnizada, rompió y destruyó las filas de los sitiadores dejando libre la plaza.

Ceuta tiene de 400 á 500 vecinos y se encuentra defendida por tres recintos. Para el servicio de la plaza tiene una maestranza de Ingenieros y otra de Artillería, situada en la plaza de Cuarteles.

La fuerza material y personal que para defenderse de los ataques necesita en tiempo de guerra, es de 175 piezas de diferentes calibres, 525 artilleros, 100 zapadores y de 6,000 á 6,500 hombres de infantería y caballería.

La plaza de Ceuta recibe de los moros el nombre de Sebta; créese que fuese la Esilissa de Ptolomeo, que es la misma á

quien los romanos llamaron despues Septum y que fué en su tiempo capital de la Mauritania Tingitana.

Gomera.—Esta ciudad, llamada tambien Badis, y por los actuales españoles Velez de la Gomera, es de orígen antiguo, y se encuentra situada entre dos elevados montes. A su inmediacion y sobre un pequeño islote se levanta el Peñon destinado hoy á presidio; en este Peñon habrá sobre unos 850 habitantes, y un fuerte inespugnable sobre una roca escarpada, que tomado por Pedro Navarro en 1506, y perdido despues por los españoles, no lo recobramos hasta 1563 en tiempo de Felipe II. El Peñon de la Gomera recibe tambien el nombre de Isla de San Antonio. La ciudad de Gomera tendrá unas 650 á 700 casas; antiguamente se llamó Parietina, y se cree fuese el Acra de Ptolomeo, llamada despues Belis. Tiene un pequeño fondeadero, del cual hemos hablado ya.

Melilla.—Esta plaza se encuentra en una península de rocas unida al continente africano por una línea de fortificaciones. Situada á 40 leguas N. E. de la capital de Fez, y á 50 escasas de Ceuta, la plaza de Melilla ofrece á la vista todo el aspecto de un fuerte; la península sobre que se encuentra tiene 121 varas de longitud, 95 de anchura y 35 y media de elevacion sobre el nivel del mar.

En un islote inmediato se encuentra tambien situado el presidio español del mismo nombre, con unas 870 almas de poblacion: este islote se comunica con el continente por medio de un puente levadizo.

Melilla, Melila ó Melilia, que todos estos nombres recibe, es de antiquísima fundacion, pues todos los geógrafos la atribuyen á los cartagineses. Los moros la dan el nombre de Ras-ed-dir, Rusadir y Ryssadirum. De su pequeño puerto situado en la bahía de Entrefolcos, ya en otro lugar nos hemos ocupado.

En la poblacion, que contará á lo sumo 800 habitantes, hay pozos de agua escelente, al paso que en los peñascos se carece

completamente de ella, habiendo necesidad de trasportarla de Málaga á los depósitos construidos en ellos.

El nombre de Melilla es de orígen moderno, y todos lo creen derivado de la esquisita miel en que abundan sus alrededores.

La plaza de Melilla pertenece á España desde el año 1496, en que proponiéndose los españoles evitar la piratería que sus moradores ejercian en nuestras costas de Andalucía, nos apoderamos de ella despues de fuertes combates. Desde entonces acá los moros han hecho esfuerzos increibles por recobrarla, pero todos infructuosos.

Melilla está no obstante defendida por tres recintos, con varias baterías y baluartes, fuertes y fortines.

A 860 varas de los fuertes esteriores de la plaza se levanta el cuartel llamado de Santiago, de un solo cuerpo y bastante área, construido por nosotros, y que hace tiempo se encuentra en poder de los moros, donde establecen su guardia para hostilizarnos, colocados detrás de las infinitas zanjas abiertas en aquel inmenso campo y á las que dan el nombre de ataques. Colocados en ellos, dice el Sr. Diana, hacen fuego de espingarda constantemente á la plaza, y algunas veces de cañon, cuando con mil fatigas y grandes desembolsos, relativamente á sus medios, pueden adquirirse esta arma que se prestan unas kabilas á otras, disparándole á veces sin montar en cureña, y fijo entre dos piedras. Un cañon es para aquellas hordas salvajes un ídolo, un objeto de adoracion que acarician y besan, bailando á su alrededor con salvaje alegría, como furias evocadas del aberno.

Los riffeños no resisten nunca frente á frente la acometida de nuestras tropas; se baten en sus ataques y detrás de las chumberas y retoños de palma, de que está lleno su campo. A la aproximacion de nuestros soldados desaparecen, y solo se presentan cuando los ven en retirada, en la que nos causan mas ó menos pérdidas.

A poca distancia del islote donde se encuentra nuestro presidio y hácia la parte de Levante, se distingue una espaciosa ba-

hía de veinte y dos millas de largo, donde podrian guarecerse con mucha seguridad mas de mil barcos de guerra, y donde se reparaban antiguamente las galeras venecianas para hacer el comercio con el pueblo de Fez.

El campo de Melilla es vasto y fertilísimo, y abunda en mineral de hierro y en esquisita miel.

Tres millas tierra adentro de nuestra plaza, se encuentra la antigua ciudad de Caraza, que posee un castillo sobre el promontorio Metagonium; este castillo y un presidio que habia antes á sus inmediaciones, perteneció en otros tiempos á los españoles. Esta fortaleza nos hacia un gran servicio, porque era una especie de garantía contra los ataques de los moros por toda esta comarca.

Tales son las posesiones que los españoles tenemos en la costa del imperio marroquí.

No lejos de esta y frente al Cabo del Agua, en cuya parte oriental desemboca el rio Muluya, poseemos tambien las islas Chafarinas, de las cuales no nos ocupamos en este lugar por no hallarse en las mismas costas de Marruecos. Diremos, no obstante, de ellas, que situadas frente al imperio marroquí y hallándose en vías de ser pronto inespugnables, su importancia es grande, no solo en la época porque atravesamos, sino en cualquier período anormal.

Y tanto es cierto que las Chafarinas tienen importancia, que hasta los mismos estranjeros se han ocupado de ellas haciéndolas objeto de largas investigaciones. El caballero Suffren, escríbiendo unas notas acerca de un tratado de paz con Marruecos, decia lo siguiente en una Memoria publicada por la Sociedad de Geografía de Francia:

«Si se pudiese obtener permiso para establecer una factoría en las costas de las islas Chafarinas, situadas á 14 leguas al E. S. E. del Cabo de Tres-Forcas, parecen muy á propósito para el objeto:

1.° »La rada es muy segura, y el establecimiento en una de

las islas, lejos de estar en la enojosa posicion que La Calle, estaria independiente.

2.° »Seria muy ventajoso para nuestra navegacion tener en la costa de Africa un puerto en que pudieran satisfacerse todas las necesidades del servicio.

3.° »En guerra con Argel ó Marruecos estariamos en situacion de interceptar sus corsarios, y sobre todo las goletas que tienen que costear.

4.° »En caso de guerra con los ingleses, el puerto seria de un gran recurso para nuestros buques mercantes, que podrian esperar en él tiempo favorable para pasar el Estrecho, y seria aun mas ventajoso para los corsarios ó fragatas que allí estacionaran.

5.° »Aunque estas islas no parecen susceptibles de producir nada, siendo muy abundante el país que está enfrente, fácilmente se proveeria de víveres la guarnicion. Es verdad que en guerra con Marruecos seria necesario acudir á España, pero su proximidad lo hace fácil.

6.° »No habiendo ningun puerto entre Ceuta y Orán, esta costa no está frecuentada por ningun buque, de modo que haríamos esclusivamente un comercio muy ventajoso á pesar de la guerra. En ocasiones los buques franceses han obtenido en ella trigo por igual cantidad de sal. Por falta de conocimientos sobre el interior de un país tan poco conocido, no puedo entrar en detalles de las ventajas que este comercio podria producir; pero el trigo puede esportarse como contrabando, y la lana y la cera deben ser baratas, no habiendo concurrencia ni gastos de trasporte que hacer.

»En fin, encontraríamos la preciosa ventaja de cargar en un buen puerto, en lugar de hacerlo en las radas y costa de Salé, muy peligrosas en invierno, y de donde es necesario evadirse tres ó cuatro veces antes de concluir la carga.»

——

Hemos terminado la primera parte de nuestro libro, dando á conocer la parte geográfica del imperio de Marruecos en toda su estension.

Tanto al hablar de las montañas, rios, lagos y valles, como al tratar de sus ploblaciones, hemos procurado ser todo lo concisos posible, sin faltar por eso á la importancia de los detalles.

Hemos podido dar á conocer algunos rios mas pequeños y montes de menos importancia que los descritos; pero ni la descripcion geográfica del Imperio hacía indispensable detalles de tanta insignificancia, ni esto aumentaría por otra parte el valor intrínseco de nuestro libro.

Despues de haber descrito las poblaciones, nos vemos precisados como es consiguiente, á tratar de las costumbres particulares de los habitantes de las diversas regiones del imperio; pero como esto pertenece ya á la parte orgánica del mismo, en la cual se dá cuenta de los usos y costumbres, hemos creido conveniente dar por terminada aquí la descripcion geográfica, entrando despues á tratar en la segunda de la organizacion actual del imperio marroquí.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

EL IMPERIO DE MARRUECOS.

PARTE SEGUNDA.

ORGANIZACION ACTUAL DEL IMPERIO MARROQUÍ.

CAPÍTULO PRIMERO.

Razas de que se compone la poblacion de Marruecos.

Las diversas razas en que se hallan divididos los habitantes del imperio, la contrariedad que se nota en sus costumbres, el carácter peculiar que domina en cada una de ellas, y hasta la completa oposicion de miras que las guia en sus empresas, hé aquí la causa principal, ya que no la única, de las contínuas revoluciones en que hierve el imperio de Marruecos desde hace muchos años.

Poblado por gentes de hábitos diversos y de lengua diferente, que unos abogan por lo que otros vituperan, que unos destruyen lo que ensalzan otros, y en una palabra, que rara vez marchan acordes en sus planes políticos ó mercantiles; las razas del imperio de Marruecos merecen un capítulo especial, en el cual se deslinden las diferencias culminantes por las que unos de otros se encuentran separados.

11.ª *entrega*, 8 *págs.*, 81 á 88.

Las principales razas del imperio marroquí son las de los béreberes, árabes puros, árabes mestizos judíos y negros. Estas á su vez se encuentran subdivididas en otras varias de las que iremos tratando sucesivamente.

La palabra béreber es de orígen estraño á la lengua que habla esta raza del imperio y que esto es cierto, lo prueba el solo hecho de carecer del sonido de la b su antiquísimo idioma. Los béreberes se hallan subdivididos en dos razas diferentes; la de los amazirgas y la de los xiloes.

Amazirga, en el idioma que usan los naturales de esta raza, significa noble, independiente, ilustre. Los amazirgas, segun las profundas investigaciones de algunos historiadores y hombres de ciencia, descienden por línea recta de los primeros pobladores, no solo de Marruecos, sino de toda la parte septentrional del Africa, desde el Nilo hasta el Atlántico. Los antiguos geógrafos denominaron á los individuos de esta raza con los nombres de melanagetulos y getulos simplemente, nombres que conservan todavía en algunos tratados antiguos de geografía. En las historias griegas y latinas se encuentran designados con los nombres de Mazisgi, Mezyes, Mazich y Macyces; de su raza descienden todas las poblaciones primitivas de la Mauritania, Numidia y Libia.

Los amacirgas son llamados kabilas ó kobailas y moravos en los estados de la Argelia; zuavos en los de Túnez é islas de Gelbez; adernsos en Trípoli, y tuaricos y tuazos en el Gran Desierto.

Los beréberes ocupan en Marruecos el N. E. del monte Atlante, en donde al llegar á la provincia de Er-Riff toman el nombre de riffeños que se estienden hasta la provincia de Tedla, donde reciben ya el nombre de xiloes.

Estos, que desde los alrededores de Mequinez, se estienden por la falda occidental de las montañas, ocupan tambien las vastas llanuras del Umm-er-r'biech y del Temsift, llegando hasta las mismas playas del Océano.

Al otro lado de la cordillera y en los distritos de Segel-masa, Tafilete y arenas de el Harast, habitan otras tribus no menos fuertes que industriosas, entre las cuales sobresalen los zenetes, filelies, sanghias y ait-agarizt, todas de origen xiloe. Junto á las playas del Mediterráneo, y hácia el Septentrion por consiguiente, la tierra está poblada esclusivamente por los beréberes y riffeños, entre los cuales son célebres todavía las tribus de los gomeres, zenetes, havoras, masmudas, cenegas y otras muchas que tienen su asiento sobre aquellos valles.

Respecto á las razas que pueblan el imperio marroquí, se ha escrito mucho y en muy diversos sentidos por algunos historiadores; era difícil establecer las diferencias esenciales que á unas de otras las separan. Tanto Malte-Brun, como el general Daumas, Galibert y Malefille, como Drumond Hay y Saulnier de Vaulrello, todos fijan los caracteres distintivos de cada una de dichas razas, todas las diferencias culminantes que resaltan en cada una de ellas; pero en ninguna de las obras de dichos autores se encuentran esplicadas con la concision y sencillez que en la obra de nuestro ilustrado compatriota Sr. Estébanez Calderon, de la cual no podemos menos de tomar la descripcion de las razas, por ser, en nuestro concepto, la mas completa y menos sujeta á errores de las publicadas hasta el dia.

«Los árabes (dice), pretenden que los beréberes son descendientes de los amalecitas y cananeos, que fueron lanzados de la Palestina por Josué y otros jueces de los hebreos, pero ya es cosa averiguada históricamente que mucho antes de esta época la parte septentrional de Africa estaba poblada por la misma nacion que hoy, hablando la misma lengua que al presente, que es y ha sido siempre radicalmente distinta que la hebrea, que la fenicia y la árabe.

»La lengua amacirga se ha conservado siempre, y se habla al presente en toda la estension de la cordillera atlántica desde el centro del Egipto y de la Nubia hasta Cabo Num. Esta lengua, que es comun á los habitantes del Ocsis de Siveh, de Angela y

del Fezzan, y á las demás gentes del gran desierto y Sus-el-aksa, se divide en dos diversos dialectos; el de Argel se llamá *Xiovia*, y el del *Mogreb-el-aksa, Tamsirgt*, que se distingue despues en *beeber* y en el *xiloe*. Se ha disputado mucho sobre si es una misma habla la de los beréberes que la de los xiloes; y despues de sérias observaciones y estudios dirigidos á este objeto, se puede asegurar, que son idiomas derivados de un tronco comun y derivaciones de una misma lengua madre, no habiendo entre sí mayor diversidad que la que pueda existir entre el español, el italiano y el portugués, ó entre el aleman, el sueco y el danés.

»Son muy pocos, generalmente hablando, los amazirgas que obedecen enteramente al Emperador, estándole sometidos estos, ántes por necesidad de comercio y de comunicacion para procurarse muyas cosas indispensables, que por buena voluntad. La mayor parte, es decir, cerca de dos millones de individuos, viven independientes bajo el mando de sus *omzarghis*, señores ó *arnrgari*, ancianos y otros príncipes hereditarios de la propia nacion. Viven generalmente en aduares movibles ó tal vez en cavernas retiradas y en lugares ásperos é inaccesibles, en donde conservan su tradicional independencia. Son blancos, de mediana estatura, de formas atléticas, robustos, activos, de aire gallardo y sueltos de su persona. Lo escaso de la barba los distingue entre todos los habitantes del *Mogreb-el-aksa*, así como la mirada torva, maligna y feroz del rifeño lo distingue entre todos los amacirgas, y muy particularmente de los Xhiloes. Sus ademanes son vivaces y no faltos de gracia, el color és esclarecido, y con sus cabellos rubios á veces, se les pudiera tomar no por habitantes del Africa, sino por naturales de paises de la Europa boreal. Son grandes cazadores, y su principal ganancia la sacan de los ganados, sin que por eso no haya algunos que se dediquen á la agricultura, y muy particularmente al trato y cuidado de las ávejas que les dan mucha miel y cera.

»Su manera de vivir los hace robustisimos y muy sufridos,

son muy dados á revueltas, y enemigos irreconciliables del nombre cristiano, sobrepujan á los mismos moros en fanatismo.

»Los xiloes por el contrario, y muy señaladamente los que pueblan las ramas del Atlante al Sur de Marruecos, viven menos del producto de sus ganados que de los frutos de la agricultura y de otros ramos de industria, que así como el comercio, cultivan con gran provecho. No viven en tiendas ó cavernas, sino en casas, (*tigmin*) villajes (*tedvere*) y en ciudades (*murt.*) Las casas por lo regular están fabricadas de piedra, arcilla y cal, cubiertas con techos de ladrillos y con losas de pizarras en forma de tejas, y fortalecidas algunas veces con torres que las defienden de sus enemigos. Difieren los xiloes de los beréberes, no tanto por la diversidad de traje y de lengua, cuanto por una constitucion física menos robusta, un color mas cetrino, y cierta disposicion para las artes y oficios muy superior en mucho á la de los beréberes.

»Menos rústicos, mas industriosos, y casi, por decirlo así, mas civilizados y sin duda mas inteligentes, de tal modo se diferencian de los otros que muchos han creido que fuesen descendientes de los lusitanos que en los siglos medios poseyeron aquella costa abandonada poco despues que las Américas se descubrieron. Aun se le quiere dar mayor colorido á esta suposicion, haciendo notar cerca de Demnest, ciudad enteramente habitada por xiloes, una iglesia con inscripciones latinas que se supone levantada por los portugueses, sin haberse atrevido los naturales á desbaratarla por creerla siempre frecuentada por los genios y espíritus. Mas estos son devaneos infundados, y la antigüedad que llevan estas tribus de habitar aquellos paises, se encuentra contestada en la historia, así como tambien el lazo que los unía, originariamente con el resto de los amacirgas.

»No dejaremos de hablar de estas gentes, ya sean beréberes ó ya xiloes, sin que apuntemos que los de la tribu de Zenetta y de Sanhagía, que poseyeron antiguamente el Tafilete y el monte de Ziz y de Mezetelca y las faldas del monte Atlante, hácia las

provincias de Tedla y de Escura, continuaron inquietando siempre á los déspotas de Marruecos, pudiéndose buscar en ellos, así como en el soberano independiente de Sus-el-aksa, una poderosa diversion cuando llegue el caso de trasplantar la civilizacion al Africa.

»Los moros forman, despues de los amacirgas, la parte mas numerosa de la poblacion marroquí.

»Ya sean de orígen árabe ó pérsico, es averiguado que se establecieron en el Mogreb mucho tiempo despues que los amacirgas, aunque con anterioridad muy dilatada á los griegos y latinos. Su nombre puede venir de la palabra hebrea *Mahur*, occidente, aunque puede derivarse tambien de la voz griega *Mauros*, que significa oscuro, fosco, color el mas comun entre los árabes y moros. Confundidos así en las antiguas como en las modernas historias, con los amacirgas, entraron en el Africa en épocas repetidas, dividiendo con ellos la posesion, así como á su vez tuvieron ellos posteriormente que dar lugar á otro enjambre de árabes venidos antes y despues del islamismo. La primer época de su venida se cree probablemente que fué hácia el tiempo de Josué, 1400 años antes de nuestra era, recibiendo cinco siglos despues otra colonia de la Fenicia, por la via de Cartago. De lo dicho se infiere que los moros debieron ser un enjambre compuesto de muchos pueblos asiáticos que buscaron asiento en la region boreal del Africa.

»Hoy dia la mayor parte de los moros en Marruecos habitan en las llanuras y en las ciudades, son descndientes de los que salieron de España hace dos ó tres siglos. Ellos forman en aquel país el plantel de la administracion y de la milicia, y son los únicos marroquíes que tienen alguna comunicacion con los pueblos cristianos.

»Los moros son de mediana estatura, sueltos y bien formados. En la edad madura, por efecto de la vida inactiva é indolente, adquieren así hombres como mujeres cierta crasitud. Uno y otro sexo ostentan rasgos de fisonomía muy espresivos; ojos

negros hermosos, blanca y regular dentadura, y un color que participa de todos los tintes, desde el albor mas sin mancha, hasta el moreno mas atezado, nacida tal variedad del comercio que tienen los moros con mujeres de todos colores.

»El vestido es vistoso y pintoresco. Consiste primeramente en camisa con anchas mangas y de calzones ó zaragüelles mas ámplios todavía, sobre lo cual viene un caftan ó túnica tomada con botones por la muñeca, por lo regular de color amarillo ó azul turquí, á lo cual añaden muchas fajas ó ceñidores de varios colores. Sobre este traje campea con mas ó menos aire el *jaike*, que las mas veces es de lana blanca, de seda ó de algodon, que se trae á modo de toga romana. A menudo llevan algunos otra especie de vestidura de paño azul con capucha, que es el *albornoz*, y á veces otra como capa de paño ligero ó casimir, que se llama *sudhem*. El calzado lo componen las babuchas de cordoban ó tafilete.

»El carácter de esta raza es el menos recomendable. Orgullosos, soberbios con sus inferiores, son viles y bajos para con sus superiores y de la servilidad mas repugnante con los poderosos. Entre iguales se tratan con llaneza baladí y villana. Sus inclinaciones favorítas son la voluptuosidad, la ambicion, la venganza y la avaricia. No conociendo los placeres del estudio, del trato familiar, ni el recreo de los espectáculos públicos, se lanzan desesperadamente en la torpeza. Suspicaces y desconfiados, menos acaso por defecto natural, que por afecto del yugo infame que los oprime y envilece, no hay vínculo ni título de amistad ó parentesco por sagrado que sea, que no lo rompan ó violen por satisfacer su codicia ó su venganza. Hasta en su aspecto hay algo de terrible ó de siniestro que no se puede arrostrar sin horror y repugnancia.

«La avaricia es el vicio que sobre todos sus vicios descuella; pero como no pueden gozar impunemente de sus riquezas sin excitar la codicia de sus amos y verdugos, las ocultan cuidadosamente. No hay palabra mas terrorífica para un moro que el

decirle que es rico. Por lo demás son hipócritas y crueles y aborrecen á todos los estranjeros y persiguen á todos los cristianos cualquiera que sea la confesion que profesen.

»Los árabes originarios de Hegiaz ó del Yemen se distinguen en Marruecos en dos clases; los que viven en las ciudades y los *beduinos* ó errantes que vagan por los montes y campos.

»Asi que el sitio que llena el *aduar*, ó se plaga de insectos ó los alrededores agostan sus pastos, la colonia alza sus tiendas y va á buscar mejor y mas cómodo asiento á la orilla de una fuente ó manantial, ó al lado de algun sepulcro ó santuario. No son coléricos y pérfidos como los moros; dan la hospitalidad al pasajero como en tiempos de los primeros patriarcas, y si empeñan su palabra, se puede contar ciegamente sobre ella. En cambio son los hombres mas ladrones del mundo.

»Se precian de conservar en todo su pureza el idioma de sus padres, esto es, el dialecto coraixita que es el del Coran, y en verdad que sus costumbres, el género de vida que llevan y su existencia nómada y pastoril las identifica con los árabes del tiempo de Job si la religion se esceptúa.

»Los *hebreos* entraron en el *Mogreb-el-aksa* en diversas épocas muy remotas las unas de las otras. Los que viven en las ciudades populosas y puertos de mar, son descendientes de los que fueron lanzados de Europa en diversos siglos, de Italia en 1242, de los Paises-Bajos en 1350, de Francia é Inglaterra en 1403, de España en 1492, y de Portugal en 1496.

»Los que habitan entre los amacirgas vinieron al Africa en siglos muy remotos, y ellos mismos se llaman *Philistin*, palestinos. Se ha dicho que en algunos valles y quiebras del Atlante, existen pueblos de estas gentes que se establecieron allí, antes de la cautividad de Babilonia, y que conservan por consecuencia el hebreo en toda su primitiva pureza; pero este hecho curioso no se ha comprobado. En medio de la abyeccion en que vive esta raza infeliz entre los moros, los hebréos que habitan entre los berebedes gozan mas libertad y de cierta

consideracion. Se atribuye tal distincion al convencimiento que tienen los amarcirgas de que sus padres, antes de la venida del Islamismo y de pasar á la conquista de España, eran judayzantes como otras muchas tribus de la Arabia y Africa. Este hecho lo confirman los historiadores árabes.

»Los *negros* son en Marruecos como en otras muchas partes un objeto de comercio y de tráfico. El número no es muy considerable. El negro en general es alegre y de buen natural, y no taciturno, como el moro. Tienen fama de ser muy fieles, y por tal razon desde tiempo inmemorial vienen formando la guardia del Sultan que es el nervio del ejército marroquí. La mayor parte vienen de Guinea, de la Senegambia y de la tierra de los felanos ó felates.

»Los renegados, es clase que de dia en dia va disminuyendo, siendo muy posible que desaparezcan enteramente. Esto es hablando de los que fueron cristianos, pues el número de los hebreos que abraza el islamismo por causa del mal trato, ó buscando medios de venganza por ofensas recibidas, aumenta diariamente. Los renegados cristianos provienen en su mayor parte de los desertores de nuestros presidios, de franceses, italianos y portugueses. El renegado es mal mirado entre los moros. No lo consideran como buen musulman, y hasta la cuarta generacion no se confunden sus hijos en la poblacion mora.

»Antiguamente solian los renegados hacer fortuna en el imperio, no siendo raro el que algun *elche* (como ellos le llaman) se viera siendo de los primeros alcaides y vazires y todavía en 1825 se vió á un piamontés llamado Antonio Pilotti, y entre moros Ahmed Ben-Soliman, tener el mando de toda la artillería. Pero este tiempo ya pasó, y hoy dia es seguro que ningun renegado podrá llegar á ningun puesto importante.

»Cualquier cristiano que se permita decir »No hay Dios, sino Dios, y Mahoma es su profeta.» (*la ilah ila ilah mohamad rasili ilah*) ó entre voluntariamente en alguna mezquita se le considera como musulman, y conducido ante el Cadí, se mira obli-

gado á tomar el turbante. Solamente los cristianos que pertenecen á nacion que tenga cónsul en el país, pueden ser presentados ante él, y si por tres dias persiste en su resolucion queda irrevocablemente por musulman, sin esperanza alguna, ya para siempre de poder dejar los estados del Sultan. Si es hebreo el que abraza el islamismo, ó tiene que confesar la divinidad de Jesucristo, ó al menos creer que fué el mayor profeta antes que Mahoma, y que el nuevo testamento es el Evangelio de Dios, y esto, segun los musulmanes, para seguir el órden de los tiempos, y para venir de grado en grado religioso á la mas perfecta creencia.

»Los cristianos que habitan en los Estados de Marruecos se reducen á los cónsules de las respectivas naciones, á algunos mercaderes y negociantes ó pocos artesanos ó criados de las casas cristianas. Solo les es permitido la residencia en Tetuan, Tánger, Larache y Suira, ó Mogador, en donde se ven algunos españoles y otros europeos, pues en las demás ciudades del imperio no les es permitido, ni formar establecimiento, ni tener casa, sino el residir por tiempo determinado, alojándose en el barrio ó habitaciones de los judíos. Les mueve á tan estraño rigor, ya su fanatismo desesperado, ya los rabiosos celos que les inspira la preferencia con que juzgan mirar á los cristianos sus hijas y mujeres.»

Tales son las palabras usadas por el señor Estébanez Calderon al hacer la reseña de las principales razas de que se compone la poblacion del imperio marroquí. Ahora nosotros para resumir diremos, que la poblacion de Marruecos se compone de berébères, árabes, moros, judíos y negros.

Los berébères están subdivididos en dos razas distintas, á saber: los amacirgas y los xiloes.

Los amacirgas, que son, por decirlo así, los primeros pobladores del imperio, habitan en chozas, cuevas y en los mas apartados rincones de los valles, manteniéndose con los productos de sus ganados, de la caza, y de la cera y miel que les proporció-

nan los numerosos enjambres de abejas en que abunda su territorio, y en cuya conservacion ponen un especial cuidado. Por lo comun viven independientes, y hacen grandes esfuerzos por no depender de otra autoridad que la de los jefes que ellos mismos nombraron de entre su tribu, designándolos con el nombre de Amegar, y cuyo poder y dignidad son desde entonces hereditarios.

Los xiloes por lo general se dedican á la agricultura, y algunos ejercen diferentes industrias, dedicándose tambien al tráfico con los europeos: habitan en aldeas y caseríos, y su color es blanco mas ó menos oscuro. Los xiloes que habitan en las montañas reciben el nombre de kabilas; se distinguen de los demás por su aspecto feroz y por sus instintos sanguinarios; visten por lo comun un traje harapiento, todo lo cual contribuye á comunicarles cierto aire misterioso que infunde terror en las demás razas; entre todas las kabilas, las que mas se distinguen por su ferocidad son los riffeños ó pobladores del Riff, y especialmente la tribu de Guelaia, que tiene tal aficion á la piratería, que, apenas distinguen sus vigías algun buque en peligro cerca de la costa, en seguida lo apresan, repartiéndose el botin y asesinando á sus tripulantes. Las kabilas de Tetuan y Tánger son las mas pacíficas, no obstante los frecuentes ataques que dirigen á Ceuta; pero aun así, no se encuentran seguras de sus incendios y saqueos las ciudades del interior en épocas de revueltas.

Los árabes puros descendientes en su totalidad de los moriscos espulsados de Andalucía en tiempo de Felipe II, conservan todavía sus pensamientos nobles y generosos. Habitan en tiendas ó barracas rodeadas de setos espinosos para librarse de las acometidas de las fieras, y están divididos en tribus dirigidas por un jefe, cuya autoridad es casi ilimitada. Son valientes, activos, é inteligentes y hacen gala de vivir separados de las demás razas del país; tienen gran horror á los moros; hacen una vida errante y cuidan de sus ganados. Son generosos y hospitalarios.

Los moros son una mezcla de los primitivos árabes y de los

africanos; son altos, hermosos, esbeltos y de color vario, pues los hay desde el blanco mate hasta el negro de ébano; la mentira y la mala fé son las cualidades esenciales de su carácter. Su alimento es frugal; se desayunan con café y dulces secos, fuman flor de cáñamo por lo comun, y galopan dos ó tres horas á caballo por la mañana. A medio dia comen arroz cocido y carne con especias; despues de comer toman café y van á la mezquita, y por la noche cenan ligeramente, tendiéndose á dormir en el suelo sobre algun cojin. Los moros constituyen la parte mas importante de la poblacion, y los destinos mas importantes suelen desempeñarlos ellos.

Los judíos son la raza mas despreciable de Marruecos, y se ven precisados á sufrir mil géneros de humillaciones; proceden casi todos de los espulsados de España y hablan el castellano; entre algunos se conserva el primitivo hebreo; suelen servir de intérpretes, y desempeñan cargos consulares por encargo de las naciones estranjeras.

Los negros constituyen la raza menos numerosa del imperio marroquí; todos por lo comun forman parte de la guardia imperial llamada tambien negra, y serán unos 13,000. Proceden de Guinea y Senegambia.

CAPÍTULO II.

De los impuestos ó contribuciones del imperio de Marruecos.

En un país donde la estadística es un sueño, donde no se archivan mas datos que los que la imaginacion puede retener, y en una palabra, en un país donde le es imposible al viajero estudiar á fondo una cuestion por los mil y mil obstáculos que se oponen para ello, el historiador se vé precisado á caminar con mucho tiento, cencretándose á reproducir lo que otros autores han dicho con anterioridad, y deduciendo de sus escritos lo que mas visos tenga de certeza.

En Marruecos, donde la autoridad del Emperador es comple-

tamente ilimitada, puesto que no solo se estiende á las haciendas de sus súbditos, sino hasta sus mismas vidas en muchas ocasiones; en un país como este, en que merced á la omnímoda voluntad del soberano sus recursos pueden estenderse hasta donde quiera, segun las circunstancias, el número de impuestos ó contribuciones no puede fijarse con certeza de un modo absoluto.

Las principales, sin embargo, ó las que el Alcoran y la costumbre han fijado ya como únicas invariables, son: el diezmo, el naiba, el vasallaje y el subsidio; además de estas, el Emperador puede imponer cuantas se le antoje y con el pretesto que tenga por conveniente; pero estas son las principales.

El diezmo, llamado a'shara en el Alcoran, es como todo el mundo sabe, la contribucion mas antigua de todas las conocidas, y la mas natural en todos los pueblos agricultores, por verificarse en especie y ser por lo tanto menos onerosa. Este impuesto, segun el código de Maleke, que es el que rige en Marruecos, se reduce á la cuarentésima parte de los productos del terreno ó de los ganados. Como además de lo tradicional que es este impuesto, á los agricultores les cuesta muy poco trabajo el satisfacerlo, la cobranza de él se verifica con el mayor órden y sin que ningun contribuyente se resista. Los productos del diezmo se acopian en vastos depósitos construidos al efecto en las ciudades; se emplean en atender á los gastos de la casa imperial y á las asignaciones marcadas al ejército de mar y tierra, y lo sobrante se vende en los mercados, poniéndose los productos de la venta á disposicion del Emperador. El diezmo es el único impuesto prescrito por el Alcoran.

El naiba, que no es otra cosa que una contribucion directa exigida á los árabes y beduinos, ya tengan domicilio fijo, ya vaguen por los desiertos, ascenderá á unos 50 ó 60,000 duros al año. El reparto de esta contribucion lo hacen los xeques de los respectivos distritos, teniendo en cuenta como en todas partes, la riqueza de cada individuo; no siempre obran los xeques,

sin embargo, con toda la rectitud que fuera de desear y que los sentimientos humanos aconsejan. Recargando la cuota á quien no deben, ya por equivocacion, ya por venganza, que suele ser lo mas general, la exaccion de este impuesto da lugar en muchas ocasiones á reyertas acaloradas, alarmas terribles y á veces hasta escenas de sangre, que reconocen siempre por causa la injusticia del xeque y el grito del pobre contribuyente, á quien quieren exigir mas de lo que puede pagar. Suele suceder en mas de una ocasion, que las cosas no llegan tan allá, y que el contribuyente se empeña en no pagar, contentándose el xeque con retirarse. La escena no concluye aquí sin embargo: irritado el xeque, escribe al Emperador haciéndole una relacion minuciosa de lo ocurrido, y á los pocos dias el pobre contribuyente ve allanada su casa por un escuadron de la guardia negra, que despues de insultarle y maltratarle, le embargan ó venden el valor quintuplicado de lo que dejó de pagar, llevándoselo preso si no ha logrado escaparse. La exaccion de este impuesto dió lugar en 1819 á una verdadera revolucion, en la cual se devastó por cinco veces el valor de lo que importaba el naiba.

El reconocimiento de vasallaje ó el djácia como los marroquíes la llaman, es otra de las contribuciones de orígen antiquísimo, y que como diezmo, ni á pesa, ni espesada, costando por lo tanto muy poca bulla su recaudacion. Este impuesto lo pagan únicamente los judíos, y se reparte entre todos los que habitan en las ciudades á escepcion de los de Asfi y Aguer, quienes por la estremada pobreza en que viven, se ven imposibilitados de pagar ninguna cuota, por insignificante que sea.

Los judíos pagan además otro impuesto anual, que consiste en un ducado de oro (mitscal) por cabeza; lo pagan únicamente los mayores de trece años; el mitscal viene á tener el valor de 16 reales.

Otra de las contribuciones que tiene allí menos adeptos, que es la mas onerosa, si se quiere, y que se cobra no obstante sin

escándalo, produciendo muy pingües rentas al Emperador, es el el-ankes. Este impuesto es precisamente lo que nosotros llamamos subsidio industrial, y que se halla establecido en la mayor parte de las naciones. A esta contribucion no precede sin embargo en Marruecos reparticion alguna, y careciendo por consecuencia de base fija, dicho se está lo arbitraria que será su aplicacion, las injusticias que se cometerán al exigirla. El-ankes ó subsidio, pesa sobre las mercaderías, comestibles, tiendas, puestos públicos, joyerías, molinos, y en una palabra, sobre toda clase de géneros que entran en las ciudades ó mercados públicos, sobre los que se dedican á venderlos, y finalmente, sobre todos aquellos que se hallan dedicados á una profesion ó industria. Recibe tambien los nombres de cargas, ayuda y el-a-vaiad ó derechos reunidos.

Tales son las contribuciones fijas del imperio marroquí; además de estas, el Emperador es dueño absoluto de imponer cuantas se le antoje con el pretesto que crea conveniente. Cuenta tambien el Sultan con otra porcion de recursos, de los cuales nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III.

De los recursos con que cuenta el Emperador.

La arbitrariedad y capricho caben en la exaccion de las contribuciones, arbitrariedades sin límites caben tambien en los recursos de que en casos dados puede echar mano el Emperador. En las contribuciones tiene éste, si se quiere, la cortapisa de la costumbre, que además de ejercer gran influencia en el ánimo de sus súbditos, tiene tambien los inconvenientes de romper abiertamente con la tradicion; esta como todo el mundo sabe, constituye una de las glorias mas invulnerables del pueblo, y no sin graves peligros puede esponerse un déspota á romperlas; el Emperador de Marruecos al romper con las

antiguas costumbres de sus súbditos, é imponerles una contribucion nueva y permanente, que nunca hasta entonces habian satisfecho, se espone tal vez á sufrir las consecuencias de una rebelion, y se anda por lo tanto con mucho tiento: pero al tratarse de los recursos, que cada año puede decirse que son diferentes, ya que no completamente nuevos, el Emperador obra con entera libertad y sin sujetarse á las reglas que la administracion pública pudiera aconsejarle.

Los principales recursos con que cuenta, sin embargo, para cubrir las necesidades del imperio, y los que, por decirlo así, son constantes desde época lejana, son los siguientes: el Kesb-el-derab, ó alteracion de moneda, el avaid-el-gumrug ó derecho de aduanas, el mostaf ó derecho de ancorage, el et-tahhuit ó estancamiento de ciertos artículos, kerá ó derecho de propiedades, el el-dciat ó multas pecuniarías y elhadeia ó tributos.

El Kesb-el-derab ó alteracion de moneda, produce grandes sumas al Emperador. Como el beneficio que se sacaria de la acuñacion ofreceria pocos resultados, por el poco movimiento que se observa en la moneda dentro del imperio, el Sultan corrigió fácilmente este inconveniente, mandando hacer una liga de plata, merced á la cual, de cada duro español, que como es sabido tiene cinco pesetas, se sacan siete y media en moneda marroquí. Este derecho de braceaje, como es consiguiente, constituye uno de los principales recursos del Emperador.

El avaid-el-gumrug ó derecho de aduanas, constituye una de las cifras mas respetables del Tesoro imperial; el origen de este derecho es antiquísimo en el imperio marroquí, y se exige sobre todos los géneros que entran ó salen en el país. El mismo Sultan, por medio de subdelegados de su íntima confianza, á quienes denomina amines, es el encargado de administrar esta renta, administracion que en otro tiempo tenian arrendada los judíos mas ricos del imperio, mediante una crecida suma que le pagaban. Los amines, por lo comun son moros

y se hallan establecidos, no solo en los puertos de mar, sino en todos los puntos por donde hacen su tránsito las caravanas y traficantes que comercian con el esterior.

El mostaf ó derecho de ancoraje, lo satisfacen todos los buques estranjeros que con cualquier pretesto, aun cuando no sea el de comerciar, anclen en las costas del imperio. La recaudacion de este derecho la tiene encomendada el Sultan á los mismos amines.

El Et-tahhuit constituye otro de los principales recursos con que cuenta el Emperador marroquí para salir de sus apuros. Es lo mismo que en nuestra nacion el estanco de la sal y del tabaco, con la única diferencia de que en Marruecos se estiende, no solo al hierro y cochinilla, artículos de los cuales se esportan grandes cantidades, sino á otras muchas mercancías, de las cuales se hacen grandes ventas, y cuya introduccion está terminantemente prohibida ó se introduce solo en beneficio del Emperador. Este es uno de los mayores recursos con que cuenta su tesoro.

El Kerá es otro de los recursos; viene á ser lo que en España la venta de propiedades del Estado; este derecho lo satisfacen los camellos, caballos, almacenes, huertos, casas, jardines y demás pertenencias del patrimonio imperial ó del Estado.

En el Deiat se hallan incluidas todas las multas y penas pecuniarias que con cualquier motivo se imponen á los marroquíes, y en él se hallan comprendidos por consiguiente los derechos que produce la redencion de los individuos por causa de homicidios, robos y otros delitos, además de las rentas procedentes de confiscaciones, los derechos de las herencias y los bienes de los que mueren sin sucesor legítimo. Este recurso proporciona tambien sumas muy cuantiosas al Tesoro imperial.

Los regalos y tributos que anualmente hacen al Emperador los cónsules estranjeros y los gobernadores de las diversas provincias del imperio, y los derechos que el mismo Sultan percibe por administrar justicia en las Audiencias (mexuar) que dá

13.ª *entrega*, 8 *págs.*, 97 *á* 104.

cuatro dias por semana, constituyen otro de los recursos con que cuenta su tesoro y que recibe el nombre de hadeia ó hadeya, segun otros.

CAPITULO IV.

De los gastos é ingresos del imperio, y del tesoro imperial.

Pocas son las autoridades que respecto á los gastos é ingresos del imperio puede consultar el historiador. El famoso viajero Alí-Bey (Fernando Badía) que hace ascender á 90 millones por término medio las rentas del Emperador, Mr. Mordtmann que fija en 47.557,000 la cifra de los ingresos y en 18.810,000 la de los gastos, y el célebre viajero Graberg de Hemsó, que hace ascender á 52.000,000 la cifra de los ingresos y á 19.800,000 la de los gastos; estos son los únicos, si se esceptúan los periódicos, que se han ocupado hasta el dia de dicha especialidad.

Los datos de Ali-Bey son exagerados segun se deduce de los estudios de viajeros posteriores; los de Graberg de Hemsó merecen entera fé por estar tomados casi originalmente de los cuadernos imperiales cuando la córte de Muley Soliman estuvo en Tánger en 1821; y finalmente los del aleman A. D. Mordtmann pueden ofrecer tambien alguna utilidad, si se tiene en cuenta que fueron tomados con ocho años de posterioridad á los de Graberg de Hemsó. Como los datos de ambos historiadores pueden servir de base á los estudios que posteriormente se hagan sobre el mismo asunto, creemos de suma utilidad el trasladar á nuestra obra los datos que uno y otro nos ofrecen.

INGRESOS EN 1821, SEGUN GRABERG DE HEMSÓ.

		Reales.
Del A'shara.		9.000,000
— Naiba.		5.600,000
— D'jacia.		600,000
— El-ankes.		19.000,000
— Kes-el-derab.		1.000,000
— Avaid-el-gumrug ó derechos de aduanas, á saber:		
De Tetuan.	800,000	
— Tánger	700,000	
— Arzilla.	60,000	
— Larrache.	400,000	
— Mamora.	80,000	
— Salé y Rabat.	1.400,000	
— Dar-el-Beida.	400,000	
— Azamor.	200,000	
— Mazagan.	300,000	
— Asffi ó Saffi	200,000	
— Mogador.	3.400,000	
— Agadir.	60,000	
Total.		8.000,000
Del Tahhuit.		500,000
— Kerá.		800,000
— Daiat.		3.000,000
— Hadaia.		4.500,000
Total.		52.000,000

GASTOS EN 1821, SEGUN GRABERG DE HEMSÓ.

	Reales.
Sostenimiento de la casa Imperial, del harem, de las caballerizas, salarios, etc.	2.200,000
Entretenimiento y conservacion de palacios, fortalezas, jardines, etc.	1.300,000
Regalos y promesas ofrecidos á la Meca, á los xerifes de Tafilete, y á las mezquitas y santuarios.	1.300,000
Sueldos de gorbenadores y alcaides.	1.000,000
Presupuesto del ejército.	13.000,000
Presupussto de Marina.	600,000
Presupuesto del cuerpo diplomático, ó sueldos de algunos cónsules en Europa, y regencia de Berbería y Levante.	300,000
Correos y postas.	100,000
Total.	19.800,000

La diferencia entre los gastos y los ingresos asciende por conconsiguiente, segun Hemsó, á 32.200,000 rs., suma que anualmente ingresa en el tesoro imperial.

INGRESOS EN 1829, SEGUN MORDTMANN.

	Reales.
Del A'shara.	8.550,000
— Naiba.	5.320,000
— Djacia.	570,000
— El-ankes.	18.050,000
— Kes-el-derab.	950,000

		Reales.
— Avaid-el-gumrug, ó derechos de aduanas, á saber:		
De Tetuan.	608,000	
— Tánger.	760,000	
— Arzilla.	57,000	
— Larrache.	114,000	
— Mamora.	76,000	
— Salé y Rabat.	1.330,000	
— Dar-el-Beida.	380,000	
— Azamor.	190,000	
— Mazagan.	285,000	
— Asffi.	190,000	
— Mogador.	1.710,000	
— Agadir.	57,000	
Total.		5.757,000
Del Tahhuit.		475,000
— Kerá.		760,000
— Deiat.		2.850,000
— Hadeia.		4.275,000
Total.		47.557,000

GASTOS EN 1829, SEGUN MORDTMANN.

Lista civil, dependencias, etc.	2.090,000
Sostenimiento del palacio imperial, jardines y fortalezas.	1.235,000
Regalos para la Meca y otras mezquitas.	1.235.000
Sueldos de algunos gobernadores. . . .	950,000
Presupuesto del ejército.	12.350,000

	Reales.
Presupuesto de Marina.	570,000
Presupuesto del cuerpo diplomático . .	285,000
Gastos de correos.	95,000
Total	18.810,000

La diferencia entre los gastos y los ingresos, es de 28.747,000 reales, que segun los datos de Mordtmann, ingresan anualmente en las arcas del tesoro.

El tesoro imperial, célebre en toda Europa por lo mucho que de él se ha hablado, aunque se haya escrito poco, es llamado por los moros beitul-mel, que quiere decir casa de las riquezas. Por mas que sea un inmenso y verdadero depósito de riquezas, el tesoro imperial no puede considerarse como erario público ó del Estado, sino como una propiedad particular del Emperador. Están encargados de su custodia 2,000 negros, que son los conocidos con el nombre de moros de Rey, y todos los cuales son originarios del Sudan. El palacio que encierra en Mequinez el tesoro imperial, segun las últimas descripciones dadas por los periódicos, es un inmenso edificio cuadrangular, y fué construido en el año de 1681 por el Emperador Muley-Ismail, en conmemoracion de las victorias que el mismo obtuvo contra los ingleses, á los cuales habia tomado el año anterior la ciudad de Tánger. Este palacio encierra innumerables construcciones destinadas á la habitacion del príncipe y de sus mujeres, magníficos jardines plantados de cipreses de todas clases, bajo los cuales crecen el rosal, el jazmín, el mirto, la madreselva, el thym de Africa y otro gran número de arbustos y de plantas aromáticas.

En el centro de los jardines hay una fortaleza con tres murallas ó recintos, perfectamente armada y defendida. En el recin-

to del centro se eleva un edificio de piedra sillería, que recibe la luz solo por el techo, que está formado por robustísimas barras de hierro. Se entra en él por tres puertas de hierro, inmediatas unas á otras, cada una de las cuales tiene cinco cerraduras, cuyas llaves se encuentran siempre en las manos del Sultan ó de la Sultana favorita. El pavimento de este edificio es de mármol negro; en uno de sus estremos hay una vasta abertura, por la cual se echan con grandes palas de cobre las piezas de oro ó de plata, los lingotes y las materias preciosas que deben formar parte del tesoro.

El Emperador Muley-Soleiman, conocido por su crueldad, tenia la costumbre, cuantas veces se echaba dinero en el tesoro imperial, de quitar la vida á los negros encargados de aquel trabajo. Abd-el-Rahman, su sucesor ya difunto, y padre del Emperador actual, mucho mas humano, abolió esta odiosa y cruel costumbre; pero en cambio determinó que los negros encargados del arreglo de las cuevas del Tesoro, permaneciesen siempre encerrados en estos sitios. Para ellos el robo es infructuoso, porque están separados del mundo, y no podrian hacer uso alguno ni ocultar el dinero que robasen. El tesoro de Méquinez encierra una suma que se cree ascenderá próximamente á dos mil millones de reales.

La custodia de este tesoro ocasiona no obstante, grandes disgustos á los Emperadores. El actual Sultan, sin ir mas lejos, se vió en la necesidad á principios de octubre último, de reprimir una insurreccion militar echando mano de los medios empleados por su padre Abd-el-Rhaman en 1822. Las tropas negras encargadas de guarnecer á Mequinez y de custodiar dicho tesoro, declararon que querian parte de tan precioso depósito y amenazaron al Emperador con apoderarse á viva fuerza del tesoro si no entraba en tratos con ellas.

Dichas tropas, que componen un efectivo de seis mil hombres, son originarias del Sudan; son verdaderamente adictas á la persona de su señor; pero las domina el ámor al oro, y por

otra parte pretenden que el favor por ellas dispensado al custodiar el tesoro merece grandes recompensas cuando un Emperador sube al trono.

No queriendo Side-Mohammed luchar con su guardia por semejante motivo, y temeroso, en el momento en que iba á sostener una lucha estranjera formidable, de introducir la guerra civil en el seno de su imperio, cedió á la exigencia de la guardia negra, cediéndole el último trimestre de las contribuciones que iba á ingresar en el tesoro y que importaba cerca de doce millones de reales. Mediante esta concesion volvió todo á su estado normal. El Emperador Abd-el-Rahman, en 1822, se vió tambien obligado á un sacrificio mucho mayor; á entregar á la guardia negra la tercera parte del tesoro imperial que, aun cuando era menos considerable que ahora, no por eso dejaba de representar una cantidad crecidísima.

CAPITULO V.

Del ejército marroquí, su organizacion, armamento, arte de pelear, etc., y de la Marina militar del Imperio.

El ejército, en un país como Marruecos, en que todo respira barbárie, atraso, despotismo y desorganizacion, se encuentra tambien en un estado tan deplorable, que ni aun el nombre de tal merece, por carecer completamente de disciplina y de todas las buenas reglas que constituyen la base de toda tropa bien organizada.

Desconociéndose en Marruecos el significado de las voces sorteo y ejército permanente, sus tropas puede decirse, que son advenedizas é inconstantes; y faltas al propio tiempo de los mas simples rudimentos de la instruccion, carecen, no solo de organizacion, sino hasta de principios fijos para hacer la guerra.

Las tropas de Marruecos pueden divídirse en dos grandes

secciones, á saber; tropas de Rey y tropas de los gobernadores ó bajaes. (1)

Las primeras á las cuales pertenecen los Aits-al-Maghsen, el Ascar, los Guardias nobles y la Artillería, están sostenidas y equipadas por el Emperador; las segundas, que son unas verdaderas milicias provinciales, y que como tales solo son llamadas á las armas en casos de guerra; ó bien se mantienen de los productos de la porcion de tierra que les conceden los gobernadores ó bajaes, ó bien su manutencion corre á cargo de las ciudades donde se hallan acantonadas; pero lo primero suele ser lo mas general.

Viniendo ahora á tratar de las diferentes secciones en que el ejército activo se halla dividido, diremos que la institucion de los Aits-al-Maghsen, moros de Rey, Schillutes, Ludajas ó Bokaris (que todos estos nombres reciben), data del reinado de Muley-Ismael que murió en 1727.

Los moros de Rey, en tiempo del citado Emperador, habitaron en una ciudad situada en las vastas llanuras que hay al N. de Salé, de la cual solo se conservan hoy algunas ruinas, y cuya construccion fué costeada por el mismo Muley-Ismael. Reciben el nombre de Schillutes, porque algunos de ellos descienden de los xiloes, el de Ludajas por haber sido sacados muchos de ellos de la tribu de los udayas, y el de Bokarís por ser este el nombre de un santon á quien tomaron por patron y de quien actualmente se consideran servidores. Esta parte del ejército activo, que es sin disputa alguna la principal de Marruecos, asciende á unos 16,000 hombres segun unos, 8,000 de los cuales son ginetes negros; á 15,000 ginetes negros segun

(1) Los señores Coello y Arteche las dividen en tropas á sueldo, y tropas sin él; pero como quiera que las segundas ó sea las dependientes de los gobernadores, disfrutan tambien aunque no sea mas que un pedazo de tierra que ellos mismos cultivan, creemos que la division de tropas de Rey y tropas de los gobernadores es la mas acertada.

14.ª *entrega*, 8 *págs*, 103 *á* 112.

otros; á 12,000 de á caballo y 4,000 de á pié segun otros, y á 10,000 solamente entre infantería y caballería, segun escritores mas modernos (1); pero lo que parece mas creible y en lo que convienen casi todos los autores, es en que los moros de Rey ascienden á unos 16,000; 8,000 de los cuales son ginetes.

Los moros de Rey, como el resto de las tropas activas del Imperio, están organizados en compañías sueltas al mando cada una de un capitan. Estas compañías se componen por lo general de cien individuos, y el capitan de ellas se denomina Caid-el-miya, que quiere decir capitan de un ciento; además tienen estas compañías otros jefes subalternos, denominados el uno Jalifa (teniente ó ayudante), el otro Encaedernn (jefe de cincuenta), y otros cuatro jalifas secundarios, que son subalternos de los anteriores. En cada una de estas compañías hay infantería y caballería sin proporcion marcada entre ambas armas.

El vestuario de los moros de Rey de caballería consiste, segun el señor Diana, en una camisa de algodon ó lana larga, y mas ancha de abajo que de arriba; sobre ella llevan una prenda que llaman taftan, de lana encarnada, y en forma de sotana, tambien larga, mas ancha de abajo que de arriba, y sujeta por un cinturon de badana bordado de seda; encima se colocan una especie de manto color azul turquí con capucha. Gorro encarnado de figura cónica, de cuyo remate pende una borla verde; en la parte inferior de este gorro se arrollan un turbante blanco. Llevan babuchas amarillas, y toda la pierna al aire: los bajos de este traje vienen á figurar los de una mujer (2).

(1) En tiempo de Sidi-Mahomad y por los años de 1789 este cuerpo de ejército ascendia á 32,000 hombres, distribuidos en esta forma: soldados negros, 22,000, divididos en ocho cáfilas ó regimientos, acantonados en catorce diversas guarniciones; 4,000 Iudajas ó árabes del Gran Desierto, y 5,600 moros á caballo de las provincias militares de Erhammena, Zorara, Zebanet, Zedma y Ducala.

(2) Segun los señores Coello y Arteche, el vestuario de los moros de Rey consiste en camisa de algodon, pantalon ancho de la misma tela, levita de paño, con una hilera de botones, pero abierta generalmente, otra

En cuanto al armamento de los moros de Rey, como en cuanto á las demás particularidades del ejército marroquí, los autores difieren tambien bastante en sus opiniones al hablarnos de su equipo. Unos dicen que consiste únicamente en fusil inglés y sable; otros aseguran que solo usan espingarda; pero lo que en vista de los últimos datos suministrados por los corresponsales del teatro de la guerra, puede asegurarse, es que el armamento usado por la generalidad se compone de espingarda con bayoneta, y sable y gumía que llevan pendientes de un cordon de seda; la pólvora la llevan á granel en una bolsa ó polvorin de cuerno que llaman zábula, y las balas en otro receptáculo semejante, pero mas pequeño. La caballería lleva estas zábulas pendientes de unos cordones; este modo de llevar las municiones hace que, además de perder mucho tiempo en cargar, derramen mucha pólvora en el campo. Sin embargo de los datos que dejamos apuntados, no por eso debe creerse que la gumía, espingarda y sable constituyen el único armamento de la infantería; mal equipada por lo comun, sin órden ni disciplina, armada á veces con tan malos fusiles, que de diez disparos suelen faltarles nueve, los soldados marroquíes no guardan órden tampoco en el armamento, y unos llevan lanzas, otros porras, otros navajas inglesas, y cada cual, en fin, el arma que puede proporcionarse, aun cuando sea un instrumento de cocina. A algunos de los cadáveres moros encontrados en las últimas batallas ganadas por los españoles se les han encontrado tambien magníficos riffles ingleses, que los poco amigos de herir susceptibilidades, los creen procedentes del comercio que los ingleses hacen en las costas de Marruecos.

En cuanto á la táctica militar de los moros de Rey, poco bueno podemos decir, tampoco seguramente. Su única táctica consiste en descargar sus fusiles, gritar al tiempo del ataque, y

de muselina blanca, que se pone encima, gorro encarnado, cónico, con turbante sin retorcer, un gran albornoz blanco de lana y babuchas ó botas de badana, segun sean de infantería ó de caballería.

caer sin órden sobre el enemigo con el sable, el yatagan ó la gumía en la mano. Entonces todos se desmandan, y en vano seria querer colocarlos de nuevo en sus respectivos puestos. Cada ataque al enemigo es una esperanza segura de desorganizacion en las masas. De la única manera que suelen hacer alguna resistencia, es cuando parapetados tras los muros de sus fortalezas ó esparcidos en guerrillas por sus escarpadas montañas, hacen fuego escondiendo el bulto, haciendo imposible por la parte todo ataque del enemigo. A campo raso, sin embargo, se dispersan como una manada de lobos á la primera descarga de un batallon europeo (1).

En cuanto á la instruccion de las armas se hallan tambien tan atrasados, que el siguiente hecho referido en [illegible] bastará para probarlo. El gobernador (dice) les mandó el manejo del arma, que lo hicieron bastante mal. [illegible]

(1) En prueba de lo que decimos, citaremos dos hechos que nos han referido las correspondencias particulares del teatro de la guerra. En la [illegible] ocurrida en el [illegible] 1,000 moros [illegible] por los [illegible] haciendo uso de las espingardas. [illegible] sobre la artillería española, de la cual deseaban apoderarse. Los artilleros la defendieron valerosamente, trabándose una lucha cuerpo á cuerpo [illegible] de perder los moros mucha gente. Se sabe tambien, que los moros de hoy cogieron dos zapadores que trabajaban en [illegible] primer empuje [illegible] se vieron rechazados con gran pérdida de su parte.

despues al español Alvarez á la calle, donde tenia formada la infantería en dos alas. Se compondria como de unos cien hombres. Su uniforme consiste en unos bombachos, una chupa y un gorro, todo de color de grana, y babuchas; llevan el cuello y las piernas al aire; las armas iguales á los de caballería. Al presentarse Alvarez tocó marcha el tambor y mandó el oficial arma al hombro, que ellos echaron indistintamente al derecho ó al izquierdo, y algunos sobre el hombro ó á discrecion. Mientras permanecieron en esta posicion manifestaban que no estaban acostumbrados á ella, por la impaciencia y movimientos que se notaban en ellos. El gobernador se manifestó, sin embargo, muy orgulloso del aspecto marcial de sus tropas. Alvarez, que antes de abandonar el campo de Benisidel habia recibido su uniforme de la plaza y lo llevaba en su maleta, al ser invitado por el gobernador para ver las tropas, se lo puso y causó la admiracion y la mas viva curiosidad de los soldados y oficiales. Acompañado del gobernador fueron pasando revista á las dos filas.

Los moros de Rey reciben cada año dos camisas, dos pares de zarwil (pantalones), un caftan de paño rojo y un sulhen turquesco ó jaique blanco. El sueldo de estos soldados es de diez y seis reales mensuales y doble en tiempo de guerra (1). Además disfrutan algunos gajes que el mismo Emperador suele proporcionarles: cuando pasa por la costa, por ejemplo, algun cónsul estranjero, embajador, viajero ó mercader rico para resolver algun asunto con el Emperador, este nombra unos guar-

(1) El sueldo diario de estas tropas, segun el señor Estébanez Calderon, varía desde un mozuna hasta diez segun la categoría, ó lo que es lo mismo, de 10 á [illegible] cuartos, facilitándoseles ademas el armamento. [illegible], único moro que hasta hoy ha caido prisionero en poder de nuestras tropas, ha declarado asimismo, en una entrevista que ha tenido con el general O'Donnell, que allá en su campo, los moros lo pasaban muy mal de comer, pues sólo les daban para todo el dia dos galletas y un puñado de arroz. El sueldo, segun el mismo, consiste en once cuartos el dia que se baten, y cuatro el dia que descansan.

tos de sus soldados para que los escolten y viajen con seguridad, lo cual les proporciona alguna buena propina. Además, suelen tambien recibir del mismo Emperador algunos pequeños regalos para sus mujeres en ocasiones solemnes, como en la circuncision de sus hijos, etc. En tiempo de guerra y al marchar contra el enemigo, cada moro de Rey recibe de 12 á 20 piastras (cada piastra vale 19 reales) por el tiempo que dure la pelea.

El Ascar ó tropa disciplinada es un cuerpo compuesto de dos mil infantes divididos tambien como los Aicts-al-Maghsen ó moros de Rey en compañías. El objeto de los sultanes al crearle, no fué otro como su nombre indica, que el de equiparlo é instruirlo á la europea, formando de él por decirlo así, el modelo de las tropas del Imperio; pero ni el Soberano que lo pensó ni sus sucesores, quienes se empeñaron en seguir su pensamiento lograron nada con respecto al particular, porque el ascar continuó tan mal organizado é instruido como el resto del ejército marroquí. El armamento de estos soldados consiste en fusil ó espingarda, bayoneta, y una especie de cartuchera, que hoy se halla reducida á la simple zábula ó bolsa que usan los demás soldados. El sueldo de los ascares consiste en dos reales diarios para su mantenimiento, y su vestuario lo componen una camisa de algodon, chaleco cerrado de paño, chaqueta de paño abierta, pantalon de lienzo acabado en forma de botin, gorro rojo y babuchas de badana ó zapatos.

Los guardias nobles son un cuerpo reducido que constituye la guardia privilegiada del Emperador. Ascenderán á 1,000, y su sueldo es algo mayor que el del resto de las tropas.

La caballería marroquí, de la cual nos han dado hasta ahora bien pocos detalles todos los autores que se han ocupado de Marruecos, se divide en cuerpos de á 500 al mando de un kaíd, y se fracciona en trozos de á 100 á las órdenes de jefes inferiores llamados emcademes. Su formacion suele ser la de una profunda columna con el frente de cien caballos, y desde luego

se comprende el destrozo que en tan confusa masa hará la artillería, sobre todo la rayada. Colocados en este órden y con la espingarda en la mano, salen sucesivamente á la carrera, y con gran gritería cada escuadron, á disparar sus armas contra el enemigo; pero sin intentar jamás penetrar en las filas, mientras estas conservan su formacion. Sin embargo, para impedir que algunos ginetes mas audaces ó algunos caballos sueltos, penetren por los intérvalos de los batallones en medio de la columna de cuadros y causen algun desórden, ha sido siempre la táctica de los franceses en Argelia, el procurar deshacer á cañonazos las masas de caballería, antes de que se lancen á la carga. La caballería regular de Marruecos, inclusos los bokaris ó sea la guardia negra montada, no escede del número de 8 á 10,000 ginetes, de los cuales necesita gran parte el Emperador para defenderse de sus propios súbditos. En cuanto á los contingentes que cada tribu puede suministrar, es imposible fijar el número.

El uniforme de la caballeria mora, como ya hemos dicho en este mismo capítulo se compone de una camisa larga de algodon ó lana, un taftan encarnado en forma de sotana sujeto con un cinturon de badana, un manto azul turquí con capucha, gorro encarnado en forma de cucurucho con una borla verde á la punta, un turbante en la parte inferior de este mismo gorro, y babuchas amarillas, llevando la pierna al aire.

Las armas de los soldados de caballería, no son tampoco las mismas siempre, como algunos creen; pues los hay que llevan sable y gumia, otros que llevan espingarda y grandes pistolas, y algunos finalmente, que suelen llevar chuzos á modo de lanzas, y que á no carecer de farolillo mas bien parecerían serenos que soldados de caballería.

Las armas usadas por la generalidad de la caballería, puede decirse sin embargo, que son las siguientes: sable y gumía, (está en forma de hoz y de acerado filo), pendientes ambas cosas de un cordon de seda; espingarda, con bayoneta algunas

veces, yataganes, pistolas, lazos y lanzas pequeñas en alguna ocasion.

La mayor parte solo usan la espingarda, la gumía y el chuzo llevando la primera atravesada sobre el arzon.

La montura es idéntica á la de los picadores de toros; los estribos son de hierro, abiertos por delante, como los que usan los chalanes en Madrid. El ginete árabe, como todos los grandes caballistas, húngaros, indios, etc., monta muy corto. Parece que va sentado sobre la silla. Su escelencia consiste en el manejo del caballo, y en la destreza y fortaleza con que hiere. Los animales son generalmente buenos, de mas talla y corpulencia que los nuestros, y por consiguiente de mayor resistencia. (1)

El árabe no pone cabezada ni ronzal al caballo, sino que le sujeta por medio de una cuerda y por una de las manos. El pienso, lo mismo en el campo que en la cuadra, lo come en el suelo. Las cuadras no tienen pesebreras. Fuera de esas condiciones especiales, el soldado de caballería árabe vale poco: desconoce hasta los principios mas triviales de la instruccion militar y de la táctica. Todo lo que sabe hacer, consiste en pasar de las hileras al órden de batalla, y vice-versa, y aun eso con gran gritería y confusion. Tiene, sin duda, mucho valor personal, sobre todo si está fanatizado por el sentimiento religioso; pero el valor colectivo no lo conoce, así es que una infantería bien disciplinada, es invulnerable á las cargas, por multiplicadas que sean, de la caballería árabe. Ahí está sino el ejemplo de los franceses. Tambien en los choques de caballería contra caballería, siempre sacaron los musulmanes la peor parte.

Cada beduino de á caballo (pues de esta raza hay muchos en

(1) Esto al menos, es lo que nos dicen todos los historiadores de Marruecos; pero entre todos los caballos que nuestros oficiales han cogido á los moros, apenas hay uno que tenga la talla; casi todos son tordos, de modo, que ofrecen buen blanco. No puede imaginarse cosa mas rara (dice una carta del teatro de la guerra), que ver un negro todo vestido de blanco, y montado sobre un caballo casi de este mismo color.

la caballería marroquí), cuando sale á la campaña lleva una cuerda colgada al brazo, y cuando en medio de la refriega tiene ocasion, echa el lazo al cuello de su enemigo, y sale á galope arrastrándolo. Otras veces, cuando se ven entre la caballería enemiga, se arrojan á los piés de los caballos con ánimo de abrirles el vientre y desmontar al ginete.

Respecto al uso que de las armas hace la caballería marroquí, nos dan las historias pocos pormenores. La espingarda la disparan apoyándola, no en el hombro, sino en el pecho, y teniéndola sujeta con la mano derecha, estendido el brazo cuanto les es posible; la mano izquierda fija en el gatillo se vé tambien obligada á manejar la brida; los tiros de la caballería marroquí no pueden por consecuencia ser muy certeros, atendidas todas estas circunstancias. La bayoneta, cuando la usan, está fija al cañon de la espingarda por medio de unos cordones, y esto, como es consiguiente, la dá poca fortaleza. El sable, que no es tan corvo como el de los orientales, esconde su afilada hoja en una vaina de cuero pendiente de un cordon de seda que pasa por la espalda: los ginetes moros suelen manejarlo con bastante destreza, mas bien como arma defensiva que como ofensiva, pues la mayor parte de las veces la usan para parar los golpes de sus adversarios.

El arma que mejor manejan los ginetes marroquíes es el yatagan, que indudablemente les presta muy buenos servicios en la guerra. El yatagan, que viene á ser una especie de gumía de gran tamaño, se parece tambien algo á los alfanjes turcos; su hoja es larga, y unas veces derecha y otras curva; se sirven de él además como arma ofensiva para cortar la cabeza al enemigo que ó muerto ó vivo viene por desgracia á parar á sus manos. El yatagan tiene como el sable su correspondiente vaina; pero con la diferencia de que la de este suele ser lisa, al paso que la del yatagan está casi siempre adornada con labores de plata, y la llevan al costado derecho pendiente de un cordon de seda, y oculta generalmente entre los pliegues del vestido. El ginete

moro usa comunmente unas espuelas agudísimas, cuyas puntas, que tienen algunas pulgadas de longitud, hunden con frecuencia en los hijares del caballo.

El freno de este le oprime de tal modo la lengua, que hasta puede quebrantarle la quijada con tal de que el ginete sea aficionado á los movimientos bruscos: esto lo hacen, segun Alermon, con objeto de poder detener de pronto al caballo, y volverlo hácia atrás rápidamente. Así, despues de tales maniobras, casi todos los caballos arrojan la espuma sanguinolenta y sacan las patas estropeadas.

La táctica de la caballería mora ofrece poco de notable y mucho menos de variada; porque en todos los encuentros suele ser la misma. Cuando se dá una batalla, la caballería, que es siempre el nervio de la fuerza, se divide en dos partes iguales para formar las dos alas del ejército, que siempre se despliega en forma de media luna, por amor sin duda á su insignia religiosa, dejando la parte del centro de dicho arco á la infantería, si tambien entra en combate.

Al dar la señal de acometida (y esto lo hacen tambien las demás tropas) recitan devotamente alguna oracion del Koran, gritan llenos de entusiasmo el *la ilah ela ilah*, que es su canto guerrero favorito, se acercan como á unos quinientos pasos del enemigo, se despliegan por medio de un movimiento rápido procurando siempre presentar el mayor frente posible, y corriendo despues desalados con la espingarda apoyada en el pecho, envisten animosamente deteniendo de repente al caballo y haciendo fuego.

Despues vuelven grupas batiéndose en retirada con igual rapidez, y cargan, avanzan y vuelven á hacer fuego si el enemigo retrocede; pero si este resiste el primer ímpetu de aquellas hordas fanáticas y mal dirigidas, si logra descomponerlas por medio de evoluciones rápidas é imprevistas, entonces la caballería marroquí es derrotada seguramente, porque huyendo despavorida como alma que lleva el diablo, al retroce-

der no solo se desordena, sino que pierde sus brios, siéndole poco menos que imposible el volver á rehacerse.

Esto si el combate se reduce á un simple encuentro; pero si la accion se acalora, como dice con mucha razon Hoefer, ¡cuál no debe ser el embarazo de aquellos hombres que sin órden ninguno, tienen con la mano izquierda la brida y su espingarda, y con la derecha el sable ó alfange! ¡Cuál debe ser el efecto de una línea de batalla europea sobre tales escuadrones! Por esto el marroquí evita, siempre que le es posible, el combate al arma blanca, fundando su superioridad en la rapidez de su ataque y de su retirada. Esta caballería, añade, seria indudablemente formidable para los caballeros de la edad media armados pesadamente; pero desde que la táctica se ha perfeccionado y desde la invencion de las armas de fuego no inspira ningun temor: hace mas ruido que daño real, y se dispersa casi siempre por una descarga oportuna de algunos batallones de infantería.

Los ginetes marroquíes tienen tambien la costumbre de hacer fosos profundos y en gran número, y cubrirlos con ramas y una capa de tierra, como trampas, con el fin de que al poner los pies encima el enemigo que lo ignora, caiga dentro y no pueda salir. Respecto á la táctica militar de la caballería marroquí, las últimas correspondencias recibidas del teatro de la guerra, nos dan algunos pormenores. Se precipitan (dicen) gritando salvajemente sobre los cuadros, y disparan conforme se aproximan; luego echan mano á la lanza para abrirse paso, y solo hacen uso de la gumía en los lances personales, ó para separar la cabeza del tronco á sus enemigos vencidos.

En una de las últimas acciones ocurridas entre nuestras tropas y la caballería mora, un soldado del regimiento de Almansa se lanzó sobre un moro que se destacaba de su masa de caballería, le apuntó y no le dió el tiro; el moro hizo fuego y le faltó; entonces se echó sobre el granadero para clavarle la gumía; este no tuvo tiempo de armar la bayoneta, y se abalanzó al cañon de la espingarda; el moro, por no caer del caballo, se

agarró á la crin con la mano en que tenía la gumía y soltó la espingarda; el granadero entonces le hundió el tornillo pedrero en el cráneo, rompiéndole la caja á dicha espingarda, y el moro cayó muerto á sus piés. El granadero recogió el armamento y jaique, y se marchó. Todo esto fué instantáneo.

Para concluir con todo lo relativo á la caballería marroquí diremos, que los emcademes ó jefes de 100 ginetes, se distinguen de los demás soldados de caballería en que su traje, caballo y armas, son mas lujosos y mejores; estos emcademes son elegidos por lo comun de entre las familias mas distinguidas del imperio, y muchos de ellos son parientes de los gobernadores y bajaes.

La artillería de Marruecos de todo tiene menos de diestra y bien instruida; con decir que los artilleros apenas saben manejar ni el espeque ni el escobillon, podrá formarse una idea de lo que puede dar de sí esta arma del ejército. Al tratar de la artillería marroquí, casi todos los historiadores se contradicen, contentándose algunos con guardar profundo silencio acerca del particular (1). La generalidad de los autores supone que los artilleros son renegados; pero por lo que diremos en el capítulo de la religion acerca de los cristianos pasados al moro, puede venirse en conocimiento de que no es lo probable que la artillería marroquí se componga de renegados (2).

(1) El señor Estébanez Calderon, dice componerse la artillería mora de unos 2,000 individuos en todo el imperio; los señores Coello y Arteche, dicen constar toda ella de unos 200 renegados, la mayor parte españoles; el señor Diana, fija el número de artilleros, en 500 al mando de un alcaide catalan; el señor Alermon, guarda profundísimo silencio, y la conducta de este folletista de Marruecos, es seguida tambien por varios historiadores estranjeros.

(2) En apoyo de nuestra opinion, viene tambien la autoridad de un viajero moderno, que dice: que si bien pertenecen nominalmente al cuerpo de *Tobidji* ó artilleros del Emperador, en muy rara ocasion se les confian cañones ni aun fusiles, y mucho menos para enviarlos contra tropas europeas, por temor de que aprovechen tan buena ocasion para comprar su perdon, y buscar en la desercion los medios de volver al mundo civilizado de donde huyeron, tal vez guiados de una idea errónea.

Sea de ello, no obstante, lo que quiera, y concretándonos á los datos mas ó menos fundados que hasta hoy tenemos, acerca del particular, diremos, que cada plaza fuerte del imperio de Marruecos, tiene su correspondiente seccion de artillería, al mando de un Caid-Eltabdyia, y cada castillo ó batería un Caid-el-Bordy ó jefe; que estos jefes por lo general no suelen ser otra cosa que artesanos aficionados al manejo del arma y bien puestos con las influencias imperiales, pero que apenas entienden una jota de táctica ni de movimiento de las masas; que los artilleros no tienen otro sueldo que racion de pan ó harina, y 12 cuartos, ó bien 2 rs. por ambos conceptos, y que sirven las piezas de las principales plazas, y tambien las de campaña que suelen ser trasportadas en camellos, juntamente con las municiones. Todo el material de artillería se importa del estranjero, y únicamente las recomposiciones del de las costas corren á cargo de los constructores de barcos; de las fortificaciones están encargados por lo comun artesanos albañiles.

El material de artillería corre parejas con la fuerza y la instruccion de los soldados. Segun las noticias adquiridas por el ayudante español Alvarez, durante su cautiverio entre los moros, el parque de artillería y su material de guerra, que logró ver, consta de 14 piezas de á cuatro y de á lomo, de un pequeñísimo repuesto de lanzas, espingardas, sables y gumias, y de *considerable número* de tiendas de campaña *bien construidas* (1). Las fortalezas del imperio que tienen guarnicion per-

(1) Teniendo en cuenta estos antecedentes, casi puede decirse, que no tenian razon los periódicos españoles, como siempre la han tenido respecto á este particular, al achacar á los comerciantes ingleses la abundancia de tiendas que se notaba en el campamento moro. «En el campamento moro (decian), hay como 800 tiendas todas al parecer buenas y de un lienzo mas blanco que el de las nuestras, y á su abrigo de 18 á 20,000 hombres. Nadie sabia que en Tánger hubiese fábrica de armas rayadas, que en Tetuan se construian tiendas y que en Fez se viste á la europea, ó mejor dicho, que las camisas que gastan son dignas de lucirlas en Lóndres, Paris ó Madrid. Si alguien preguntase cómo los moros están tan adelantados, ingleses tiene la culta Europa que le sabrán responder.»

manente, son veintiseis, á saber: Keit-Rosum, Gerari, Uled-Auvar, Roia, Mequinez, Tánger, Larrache, Fez-gedid, Salé, Al-casar, Dar-el-Beyda, Mazagan, Azamor, la Cazaba de los alcaides de Biled-Meskin, Abda, Ducala, Tarudante, Xedma, Demneste, Hagat, Agadir, Tafilete, El Medrgara, Erisani, Casar-Mulay-Mamun y Mogador. Las plazas de las costas suelen ser las mejor fortificadas y construidas; pero ninguna de ellas podria resistir por mucho tiempo los golpes de un ataque bien dirigido.

Las de Mogador y Tánger que son las mas importantes tienen cada una setenta cañones de bronce del calibre de 8 á 24; otros ciento cincuenta ó ciento sesenta de hierro de los mismos calibres, y diez ó doce morteros de varias dimensiones; los obuses son completamente desconocidos entre los moros. Todas estas piezas, sin embargo, que en manos hábiles podrian ser de algun efecto, en las de los artilleros marroquíes no sirven de nada y casi siempre permanecen en la inaccion por no haber personas entendidas en su manejo; los proyectiles de las de gran calibre escasean, y muchos de ellos puede decirse que ni aun los conocen. La artillería mora debió tener, no obstante, otra época de mas florecimiento, como lo prueba el hecho de haber encontrado el primer cuerpo de nuestro ejército espedicionario 2,000 bombas antiguas en las cercanías del Serrallo, y que los peritos hacen datar del siglo pasado, cuando los moros *bombardearon* á Ceuta. Finalmente, y para que nada de cuanto hemos dicho se juzgue exajerado, vamos á citar un hecho reciente que todos los periódicos han reproducido, y que prueba mas que cuanto nosotros pudiéramos decir el estado de atraso en que se halla la artillería entre los marroquíes.

Vistas por el Emperador las grandes proporciones que iba tomando la guerra con España, y convencido de que se veria precisado á apelar á supremas determinaciones para salir adelante con su empeño, nombró, algunos dias despues de empezar la campaña, jefe de la artillería de Tánger al moro Crimor.

Este moro es muy conocido en Gibraltar por hallarse muchos años há dedicado á vender en dicha plaza gallinas y huevos que llevaba de la costa de en frente. Los conocimientos militares de Crimor, que han sido muy tenidos en cuenta por el Emperador al conferirle dicho nombramiento, se fundan en haber ido y venido mucho al Peñon; de modo que por lo que hace á su ciencia, no es cosa de inspirar cuidado alguno á ningun enemigo. Se cuenta que el vanidoso hijo del profeta y recovero en Gibraltar, decia á algunos de los suyos y á otros ingleses al salir para encargarse del mando *pirotécnico* de los moros y señalando á uno de nuestros navíos que estaba en las aguas de Algeciras: «Ese navío me ha de servir para traer mis gallinas á Gibraltar.» El moro Crimor es tambien muy conocido en Cádiz por haber estado muchas veces en dicha capital, por cuyas calles se paseaba con otro moro conocido entre todos los gaditanos con el nombre de *Malapaga.*

Las tropas de los bajaes ó gobernadores, que como hemos dicho al principio de este capítulo, vienen á ser una especie de milicias provinciales, están mandadas por los mismos gobernadores, quienes tienen á su cargo el cuidado de equiparlas y proveerlas de municiones. Las milicias provinciales solo tienen obligacion de presentarse en las filas, en casos de guerra estranjera, pero aun en estos solemnes casos es tan impotente la autoridad que sobre ellas ejercen los bajaes, que bastará citar un hecho referido por el *Diario de los Debates* de París, para probarlo. Dicho periódico hacia en 1844, la descripcion mas completa, interesante y detallada de la sublevacion de dichas milicias, cuando con motivo de la guerra que amenazaba estallar entre Marruecos y España por aquella época fueron llamadas á las armas.

«Muley-Abd-el-Rhaman, (decia el *Journal des Debats*) soberano eminentemente fiscal y mas avaro que belicoso, temblaba á la idea de que aquel levantamiento desordenado pudiera trasformarse en revolucion contra su autoridad. Para regulari-

zar el movimiento anunció que el *djehad* (guerra santa), sería proclamado en el momento en que los infieles pusiesen el pié en el territorio de los creyentes, y espidió á los bajáes y cadíes la órden de revistar los contingentes de sus respectivas provincias. Estas revistas han sido siempre para todas las ciudades causa de turbacion y de espanto; se temia la matanza de los cristianos y de los judíos y el saqueo de las casas aun de los mismos musulmanes. Así que se cerraban las puertas de las ciudades en el momento en que se desplegaban al pié de los muros aquellas tribus feroces de amacirgas, xiloes, beduinos y beréberes, casi siempre en guerra unas con otras ó contra las tropas regulares del Sultan.

»En Tánger, á la que los musulmanes de fuera llaman *ciudad de los infieles* á causa de los cónsules y del gran número de cristianos que encierra y por los privilegios que los judíos tienen en ella, fué necesario que el bajá emplease la fuerza para alejar despues de la revista los beréberes del Riff y de Hasbat que tenian bloqueada la plaza hacia diez dias. Una parte de aquellos, que fué recibida en el interior, cometió toda clase de escesos, demolió la casa de una señora inglesa, devastó los jardines de los consulados y disparó un tiro al cónsul español al asomarse á una ventana.

»El bajá de Larrache, Sidi-Busil-Ben-Alí, que tenia que revistar las milicias de la provincia de El-Gharb, exigió rehenes á los jefes para recibirlos á ellos y sus comitivas en la plaza. Júzguese por esto del grado de confianza que inspirarian á su mismos correligionarios, y de la poca accion que ejercerán sobre las poblaciones las autoridades del Sultan. A pesar de los rehenes, aquellos bárbaros disparaban sus fusiles por las calles y á las puertas de las casas y á los buques anclados en el puerto; citándose entre los acribillados por las balas el místico portugués *Fortuna* y la goleta inglesa *Little-Viper*. Hasta dispararon un tiro al cadí de la policía que les echaba en cara su conducta. Los judíos, los cristianos, los cónsules y sus agentes, han teni-

do que encerrarse durante muchos dias y barricadear sus casas, so pena de ser muertos como perros. Los bajaes se confesaban impotentes para reprimir estas violencias.

»Los mismos terrores y los mismos escesos tenian lugar en Mogador, donde se reunian los contingentes de El-Dxedmah y de El-Haha. La revista pudo dar ocasion á un combate entre las tribus de aquellas provincias que se odian mortalmente. Fué necesario que el bajá las hiciese ir separadamente cada una y las mandase á sus casas antes de que llegasen las otras para evitar una colision sangrienta.»

Otro hecho, ocurrido tambien este último verano en Mogador, prueba el poco respeto que dichas milicias guardan á sus jefes los bajaes. El gobernador convocó á revista á los milicianos, y como encontrase entre ellos muchos estropeados, valetudinarios é inútiles para el servicio, trató de eliminarlos, lo cual provocó un alboroto popular, y no mostrándose la tropa permanente muy resuelta en la defensa del gobernador, se vió este, para salvar su vida, en la necesidad de impetrar el auxilio de los cónsules estranjeros, los cuales consiguieron apaciguar el tumulto, con la promesa de que continuaria todo en el mismo pié, hasta que dada cuenta al Emperador, resolviese S. M. lo que fuese de su soberano agrado. El gobernador salió del apuro, gracias á esta composicion.

Las milicias provinciales están mucho peor equipadas que el resto de las fuerzas militares del Imperio, y unos con fusiles viejos de chispa, otros con escopetas, otros con picas y otros con cachiporras, cada cual va armado á su manera, sin que haya tampoco regla fija en el vestuario. Los individuos que las componen no gozan sueldo alguno, por lo que las ciudades donde radican les ceden algun terreno para que se mantengan con los productos de su cultivo; en cambio en ocasiones dadas suelen prestar muy buenos servicios, como en caso de alarma, de rebato etc., en cuyas circunstancias hasta los mismos habitantes de las ciudades se unen á ellas peleando á su lado. Cuan-

do las milicias provinciales marchan á la guerra, cada individuo recibe 90 ó 100 rs. por vía de gratificacion al salir de su hogar.

Por último, y para concluir con la relacion de las noticias que acerca de la organizacion del ejército marroquí nos comunican los historiadores, diremos, que el soldado marroquí es muy bien tratado por sus jefes por punto general, lo cual contribuye sin duda alguna á que sea sumiso y obediente, y en la guerra intrépido y lleno de resolucion y buena voluntad.

Los oficiales gozan de doble sueldo que sus soldados, no obstante lo cual, de ningun modo les basta para cubrir sus atenciones; no usan como los europeos distintivo alguno, y si en algo se diferencian de los soldados rasos, es en que son mas finos sus trajes; algunos viajeros aseguran sin embargo, que usan una túnica roja ó azul que les diferencia del resto de la tropa, y así debe ser sin duda alguna, por venir confirmada esta misma especie en algunas correspondencias de nuestras tropas de Africa. En el ejército marroquí no hay ascensos; á lo sumo se concede de vez en cuando alguna recompensa, que consiste en regalos de vestidos, esclavos y caballos, ó bien dinero, que suele ser el premio mas en armonía con el carácter avaro de los moros. En Marruecos no hay reemplazo; los hijos relevan á sus padres en el servicio de las armas, cuando estos no pueden ya manejarlas, y lo mismo los grados que la instruccion son hereditarios. El Emperador tiene yeguadas para el servicio del ejército, pero no repone mas que los caballos muertos en campaña: el pienso de estos es medio almud de cebada que comen al anochecer, y que se les retira por lo comun en tiempo de guerra, en cuya época se los echa á pastar por los campos. Las compañías, á escepcion de las de los moros de Rey, suelen llevar cajas, bandera y algun instrumento mal sonante y peor templado, que no supera ni en gusto ni en música á la gaita gallega. En el ejército marroquí no se admite ningun soldado que no profese la religion mahometana. El general en jefe de las tropas

marroquíes, especialmente en tiempo de guerra, suele ser por lo comun ó el sultan, ó un hijo, sobrino ú otro pariente suyo mas ó menos lejano (1).

La guardia del Emperador vive siempre sobre el país, sea cualquiera la provincia donde establezca su campamento. Los mocademes ó coroneles siguen en gerarquía á los bajaes; despues de estos siguen en categoría los alcaides ó comandantes que mandan desde 25 hasta 500 hombres. El jefe de cinco batallones de á 500 hombres, ó sea el comandante de 2,500 soldados, recibe el nombre de caid-el-jamsi. Además de estos grados propios de todo ejército, entre las tropas que rodean al Sultan hay ciertos empleos, que segun Mr. Drummond, no todos pueden ejercer, y cuyos títulos, traducidos en nuestra lengua, son: el *apaleador*, el *azotador*, el *acuchillador*, el *librador*, y el *lancero*; que consisten en apelear, azotar, acuchillar, despachar las órdenes, etc.

El número á que ascienden las fuerzas militares del ejército marroquí, no puede fijarse de un modo absoluto; unos autores dicen que constará de unos 12,000 infantes y 30,000 caballos en situaciones normales, que en casos de guerra, la religion previene á todo musulman el deber en que se encuentra de empuñar las armas; otros, algo mas exagerados, elevan la cifra á 100,000 hombres; pero lo que en vista de datos recientísimos puede asegurarse es, que el ejército marroquí, dispuesto siempre á empuñar las armas para rechazar una invasion, no pasa de 60,000 hombres. «Las fuerzas de que disponen los marroquíes para resistir la invasion española,—dice una carta de un autorizado oficial español que á la sazon se encuentra haciendo la guerra en Africa,—no pueden saberse con exactitud; pero segun cálculos que tengo por seguros, hay sobre 8,000 mo-

(1) El generalísimo de todas las tropas marroquíes en la campaña actual es Muley-Abbas, hermano del Emperador, segun aseguran todas las correspondencias del teatro de la guerra. Una especie de quitasol le sirve de baston de mariscal.

ros en Tánger; 20,000 al frente de Ceuta; 12,000 en Tetuan, y 20,000 en la costa de Tánger al frente de Sierra Bullones.»

«Las fuerzas con que los moros saldrán al encuentro de nuestras tropas, dice otra correspondencia, ascenderán á la cifra de 60,000 hombres, la mayor parte caballería, reunidos los que se hallaban protegiendo á Tánger con los de Tetuan y el refuerzo de los combatientes que acaban de ser derrotados por el general francés Martimprey.»

Las disposiciones preliminares de una guerra en el imperio de Marruecos son demasiados curiosas para què dejemos de tomarlas en cuenta. Cuando el Sultan va á entrar en campaña lo primero que hace es convocar á todos los soldados que puede distraer de las guarniciones de las plazas, dándole á cada uno de 12 á 20 piastras (napoleones) y 2 ó 3 para su mujer por via de gratificacion mientras dure la guerra. Luego manda á los bajaes que pongan sobre las armas á las milicias; los bajaes á su vez ordenan á los xeques de los aduares que llamen el número prescrito por la ley, que suele ser el de uno por cada diez jaymas (tiendas) cuando el contingente de las provincias es de 1,000 hombres; de cinco por cada diez cuando el contingente es de 5,000, y así sucesivamente. El número que falta al contingente de una provincia lo suplen las restantes mediante el pago de 80 reales por individuo que les satisface el Emperador; y si solo una parte de las provincias militares es llamada á las armas, las que se encuentran exentas del servicio pagan otros 80 reales por cada hombre de los que deberian proporcionar, suma que suele ampliarse estraordinariamente cuando la guerra se alarga mas de lo que se esperaba. Además, las provincias exentas tienen obligacion de proporcionar á las gentes alistadas cuantos caballos, armamentos y municiones necesitan comprometiéndose al propio tiempo á cultivar las tierras y cuidar los ganados de los que marchan á la guerra durante su ausencia.

El Emperador, además, dispone que se retiren al interior del

imperio todos los ganados y víveres de las kabilas y aduares próximos á las costas por donde se teme la invasion, ó que no puedan ser bien defendidos, mandando á la vez que se abran zanjas con objeto de inundar las llanuras: el depósito general de ganados suele establecerse en los alrededores de alguna ciudad principal, como Fez, etc.

Los soldados y familias que abandonan las costas hacen á su vez otros preparativos, y todo el oro, maiz y principales riquezas que poseen y que corren peligro de perderse en el trasporte, las entierran en grandes subterráneos que ellos mismos fabrican (1).

El soldado marroquí es tan fanático, y animado por las máximas del Koran entra en pelea con tal entusiasmo, sobre todo cuando su enemigo es de diversa religion, que lo primero que hace antes de tomar las armas, es el testamento por si muere, y proveerse de oraciones, huesos de santos, rosarios y otras mil clases de amuletos que les proporcionan los morabitos ó santones para preservarlos de pestes, enfermedades, lograr la victoria, etc. A los muertos que en la guerra actual han quedado sobre el campo, les han encontrado nuestros soldados el testamento y muchos de dichos amuletos. Entre las oraciones que se les han hallado en los bolsillos, son notables las tres siguientes, escritas con tinta bastante clara.

1.ª Oh Alí mio, pelea con los bárbaros por la gloria de Dios y su profeta, y cuando hayan muerto ó estén al otro lado del

(1) En la guerra actual se han visto varios ejemplos de esto. Un granadero del primer batallon de Granada, encontró un gran depósito de monedas marroquíes, que en gran cantidad estrajo y repartió á varios oficiales. Casualmente el mismo granadero murió en la accion del 15 y con tal motivo, quedó ignorado el sitio de dicho depósito. El soldado Pedro Cuadrado, tambien del regimiento de Granada, fijó la atencion el dia 18 de diciembre, en un montoncito de tierra, y habiendo cavado encontró una baldosa; la levantó y vió que cubria la entrada de un silo ó subterráneo, donde encontró como 60 fanegas de maiz, que los moros habian dejado allí escondidas al abandonar aquel sitio.

mar, vuelve, que el amor de Fatima te espera. No hay mas que un Dios para los fieles ni mas que Alí para Fatima.

2.ª

EN NOMBRE

DE DIOS

No hay poder
ni fuerza si no
en Dios y Moham-
med el Confiado.

CLEMENTE Y

MISERICORDIOSO.

3.ª Dios clemente y misericordioso proteja á los hijos de Mohammed. Confiemos todos en el Dios piadoso y en su profeta. Él es quien nos ama y nos escucha en nuestras aflicciones. Él nos hará vencer á esas legiones de infieles que han pasado el mar. Él hará que cumpliéndose las profecías torne el creyente á purificar las santas mezquitas de Córdoba y Granada, de las profanaciones del impío!

El capellan del batallon de cazadores de Madrid encontró tambien sobre el cadáver de un santon muerto en uno de los encuentros, un rosario de 63 cuentas engarzado en una correita retorcida.

Una vez proclamado el Chehad ó guerra santa, todos se consideran soldados, y desde el mas grande al mas chico, desde el mas rico al mas pobre, todos empuñan las armas para defender las leyes del Koran; y una prueba de que esto es así, es que entre los moros muertos en las últimas acciones, se han visto los cadáveres de muchos ancianos que aunque fuertes, parecian como abrumados por el peso de la edad. Uno de ellos tenia en los bolsillos de su sucio y asqueroso jaique una mal perjeñada cartera, y en ella varios papelés y amuletos contra las heridas y enfermedades.

El Emperador de Marruecos profesa gran respeto á los santones y en casos de guerra siempre consulta con ellos sobre las mas sérias determinaciones. Con referencia á una carta del teatro

de la guerra se refiere, (y este es un hecho que prueba el buen concepto en que los soberanos de Marruecos tienen á los santones) que el Emperador de Marruecos habia cedido la plaza de Ceuta á un santon que á su vez habia ofrecido tomarla, si S. M. cherifiana le facilitaba 10,000 hombres, con los cuales y los que él pudiera reunir, se proponia conseguir su objeto.

Respecto al arte de pelear de los soldados marroquíes, y apoyándonos en los datos que los oficiales españoles nos han suministrado recientemente, podemos dar algunos seguros pormenores.

La instruccion del ejército marroquí, como hemos repetido mas de una vez en este mismo capítulo, es completamente nula. En dos cosas, sin embargo, se encuentran muy adelantados, en montar á caballo y en hacer fuego con la espingarda: lo primero consiste en que desde la edad de cinco años su única ocupacion es galopar, y en que sus caballos, á consecuencia de lo quebrado del terreno, brincan como cabras y lo mismo corren por una vasta llanura, que por una cordillera de cerros ó de montañas. Lo segundo depende tambien de la misma circunstancia. Acostumbrados desde niños al manejo de la espingarda, dirigen el plomo con facilidad al punto que quieren; un solo ejemplo bastará para probar la buena puntería de los marroquíes, y es el que refiere un cabo de cazadores de Barbastro, que se halla en el hospital de Cádiz, herido de un balazo en el cuello y con la muñeca derecha partida por otro. Dicho sugeto para dar á conocer lo buenos tiradores que son los moros, refiere que la herida de la muñeca la recibió estando detrás de un árbol perfectamente cubierto; al atacar su fusil sacó la mano y en el momento le dió el balazo un moro á quien queria matar; se lanzó á él y en la lucha le tocó otra bala en el cuello. Afortunadamente mató al moro, no pudiendo disponer mas que de la mano izquierda.

Las armas de los marroquíes, por lo demás, ofrecen poco de notable. El fusil ó espingarda es tan largo, que de lejos parece

una lanza; su cañon pesado y vasto, está fijo á la culata por varias abrazaderas de metal; la carga es de 24 gramos de plomo en balas y postas. La cazoleta lleva un mecanismo para evitar las chispas producidas por golpes involuntarios; pero esto es mas perjudicial que útil, porque deteriora fácilmente el rastrillo. Segun el coste de cada una, así tienen mas ó menos abrazaderas; pues las hay con diez y doce de plata labrada, con cajas de hueso y muy lujosas; otras de lujo tambien, tienen la culata adornada con caireles de cuero y las abrazaderas de laton. Los moros cargan estas armas con cuatro y cinco balas, con puntas hechas con sus dientes, para que causen mas daño. Así es, que se han visto pantalones y ponchos de oficiales heridos, que cuentan hasta siete agujeros, sin que les hiciera daño mas que un proyectil. Un asistente tenia en su pantalon siete balazos, y al echar mano al pañuelo que en el bolsillo traia, se halló envuelta en él una bala. Esta arma solo es de efecto á corta distancia, como sucede con los trabucos, siendo de poco alcance su punto en blanco. La misma circunstancia de introducir en ella balas y balines desiguales y que no llenan bien el hueco del cañon, contribuye á que sean mayores sus desviaciones que si cargasen con una sola bala bien ajustada. Añádase á esos inconvenientes la pesadez de la carga y la puntería, y la necesidad en que se ven, aun los buenos tiradores, de proporcionarla un punto de apoyo, y fácilmente se comprenderán las principales faltas de que adolece la espingarda de los moros.

La gumía viene á ser una especie de cuchillo de monte, y las hay tan lujosas, que muchas de ellas tienen incrustaciones de plata en el puño y vaina.

De las pistolas, sables, chuzos y yatagan, en los cuales no se observa tanta variedad, ya nos hemos ocupado.

La principal táctica de los soldados moros consiste únicamente en reunirse los mas que pueden al abrigo de las peñas y bosques que los ocultan, y acometer al enemigo repentinamente en el punto que les parece mas débil; y si no son rechazados

y consiguen sorprender ó cortar algun destacamento, se retiran á las fortalezas naturales que les ofrece un país montañoso con el botin que han podido recojor.

Tambien esta táctica suele producirles muy buenos resultados, y acostumbran á pelear atrincherados detrás de los árboles, á los cuales se adhieren como serpientes, ocultándose para presentar el menor blanco posible al enemigo. Sus espingardas requieren entonces un punto de apoyo, y una vez que lo obtienen matan á cuatrocientos pasos. Suelen tambien con mucha frecuencia, ó mejor dicho, siempre que los accidentes del terreno se lo permiten, agacharse detrás de una piedra, desde la cual hacen fuego sin intimidarse, aunque esté uno solo en aquel sitio y vea venir una guerrilla hácia él; en este caso cuando ya se ven acosados tiran la espingarda y echan mano á la gumía, con la cual se defienden hasta morir.

Los moros eligen por blanco un punto cualquiera, como arbusto, árbol ú objeto que sobresale de la estatura del hombre, y apuntando á él con un acierto singular, matan fijamente á todo el que se interpone entre él y el objeto.

Los moros no comprenden mas que dos toques del ejército europeo, cuales son el de retirada, en cuyo caso avanzan ellos ferozmente, y el de ataque, á cuya señal huyen despavoridos; á pesar de ser conocedores del terreno, y este muy montuoso, son derrotados hasta en el centro de los bosques, pues ignoran toda táctica militar.

Son en estremo aficionados al combate cuerpo á cuerpo, y en la guerra actual han dado muchas pruebas de ser cierto lo que decimos. En una de las últimas acciones, fué tal el furor con que estos fanáticos dieron el asalto á algunas de nuestras piezas de artillería, que agarrándose á brazo partido con nuestros artilleros, pugnaron largamente por acabar con ellos á cuchilladas, encontrando sin embargo, una muerte pronta en esta bárbara y temeraria tentativa. Su audacia raya ya en lo fabuloso y debe calificarse de temeridad; se lanzan á la boca misma de los caño-

nes, sin reflexionar en el peligro: (1) en el calor de la pelea gritan con desentonada vocería *¡perro cristiano!* y al cargar sobre el terreno que ocupan sus enemigos, como queriendo dar á entender que los pertenece, gritan tambien ¡mio, mio, mio!

Entre las diversas estratagemas de que se valen, es una de ellas la de hacerse los muertos; cuando llega el enemigo á reconocerlos, tomándolos por muertos, los agarran de una pierna, sacan la gumia, y cogiéndolos como los cojen de sorpresa acaban con éllos, si pueden. En la guerra actual, habiendo tenido que pasar por cima de unos cuantos que parecian cadáveres, varios de nuestros artilleros, uno de los moros que se hallaba horriblemente mutilado, no pudiendo levantarse, cogió á uno de nuestros soldados por las piernas, logrando derribarlo, en tanto que otro que tambien parecia muerto, se le acercó arrancándole un carrillo de un bocado. Advertido, no obstante, del caso otro artillero, puso fin á la vida de ambos moros. Tambien se han visto muchos casos de llegar á un moro, tenido por muerto, y en aquel instante sacar la gumia, y matar sobre él al contrario (2). El empeño con que retiran sus muertos ó heridos, es tambien una cosa notable. No hay género de sacrificios que no hagan para conseguir este resultado. Conforme van cayendo los que hacen esta tentativa peligrosa, otros y otros brotan como moscas hasta que han arrastrado el último cadáver.

(1) En uno de los últimos combates ocurridos al pié de los reductos que defendian nuestras tropas en Africa, un moro tuvo la audacia de precipitarse sobre el cañon que vomitaba la metralla gritando con loca alegría: «*cañon mio, cañon mio.*» El artillero que iba á dar fuego á la pieza, cayó atravesado de un balazo; pero el hijo de Mahoma pagó tambien con la vida su temerario arrojo.

(2) Otra de las estratagemás de que se han valido tambien en la guerra actual, para combatir con ventaja con nuestro ejército, ha sido la de no presentarse á nuestras tropas sino despues de la una del dia, ó sea cuando ya el sol iba caminando hácia el Poniente, en cuyo caso daba á ellos de espalda y á nuestros soldados de cara, deslumbrándolos como es consiguiente; estratagema que no les sirvió, sin embargo, segun se ha visto ya por los resultados.

En el combate, son estremadamente feroces, y adversario que cae en su poder, no puede esperar de ellos mas compasion que la que tienen del leon herido; pero ellos por lo mismo no pueden tampoco esperar ninguna, así es que ni la solicitan. Prefieren en su mayor desesperacion, morir á rendirse, como si renunciasen á la generosidad agena para no tener que renunciar á la ferocidad propia.

Los moros se mantienen impasibles ante el fuego de fusilería, pero se acobardan ante una masa de tropa á la bayoneta (1).

La metralla y granadas arrojadas á su campo producen tambien tan gran espanto en sus masas, que se retiran en estraordinaria confusion y con considerable pérdida al ser cargadas por los batallones europeos en el momento oportuno. En la accion dada por nuestras tropas el 15 de diciembre, la artillería hizo algunos disparos tan certeros, que dejó una cañada, por donde los moros descendian, enteramente sembrada de cadáveres, huyendo los que quedaron con vida por cuestas y vericuetos como almas que lleva el diablo. Habia quien tiraba el jaique para correr con mas celeridad, y quien gateaba por las grietas de las piedras y los troncos de los árboles, como si todo él se hubiera convertido en brazos y piernas.

Al propio tiempo, la impericia militar de los moros es tan grande, que no saben distinguir las granadas de las balas; así es que en una de las acciones dadas por nuestro ejército y en la cual jugó la artillería, los moros al ver llover sobre su campo dichos proyectiles se agrupaban sobre ellos creyéndolos balas de

(1) A consecuencia de las terribles cargas á la bayoneta que nuestras tropas les han dado en la guerra actual, los moros las cobraron tal asco, que en viéndolas lucir emprendian la fuga, y esta evolucion que les ponia á cubierto en conjunto del brazo de nuestros soldados, dejaba, sin embargo, manifiesta cierta parte de su cuerpo sobre lo que aquellos dejaban caer implacables sus burlonas miradas. Este espectáculo, que escitaba la hilaridad de sus perseguidores, era debido á que el viento, aumentado por la violencia de su carrera, arremolinaba los faldones de sus jaiques, única prenda que constituye su vestimenta, prescindiendo del gorro ó turbante que generalmente usan.

cañon para recojerlas, y como al éstallar morian algunos de ellos, esclamaban los demás: *¡Cristiano estar perro; echar balas con trampa!*

El fin que mueve á los moros al recojer las balas de cañon no es otro, segun parece, que el de obtener las recompensas del Emperador á todo el que las coje; así es que, apenas acaba una accion, van como gatos, buscando por la tierra, no solo las balas de cañon, sino hasta las de fusil para usarlas ellos mismos. Tambien el Emperador les ofrece premios por las piezas de artillería que cojan al enemigo; así es que los peligros á que se esponen por lograrlo, son indecibles: en uno de los victoriosos ataques dados por nuestras tropas fué tal el furor con que los moros dieron el asalto á nuestras piezas, que á pesar de sesenta disparos de metralla que se les hicieron, llegaron al punto designado, emprendiendo los mas osados una lucha cuerpo á cuerpo con los artilleros, que ya con el machete, ya con los escobillones, palancas y con el rewolvers los oficiales, se sostuvieron, matando á muchos de aquellos insensatos que creyeron ser muy fácil apoderarse de los cañones. La llegada de fuerzas puso término á aquella lucha, que iba siendo muy desigual, habiendo tenido que lamentar por nuestra parte algunas pérdidas. Fué tal el ímpetu y encarnizamiento de aquellos salvajes, que algunos de nuestros artilleros, en la lucha que sostuvieron, fueron mordidos y arañados por aquellas hordas.

Tambien por las cabezas que cortan al enemigo y presentan al Emperador, les ofrece este grandes cantidades; no de otro modo se conciben los horribles esfuerzos y desesperada lucha que por cortar la cabeza al malogrado jefe de cazadores de Madrid sostuvieron con los mismos cazadores y presidiarios, en una de las últimas y brillantes acciones ganadas por nuestro ejército, lucha en la cual no lograron nada sin embargo afortunadamente.

Los soldados moros tienen tal horror á la prision, que primero se dejan acuchillar que caer en poder del enemigo. En la

presente guerra se han visto mil ejemplos que prueban la exactitud de lo que decimos. En uno de los encuentros habidos entre nuestras tropas y los moros, algunos soldados cogieron dos prisioneros, y trataron de conducirlos al cuartel general del Serrallo con toda clase de miramientos; iban acompañados tambien de un capitan; pero aun no habian andado la mitad del camino, cuando hubo precision de hacerles fuego, porque aun desarmados como iban, á bocados, arañazos, puntapiés y bofetadas querian matar á sus generosos conductores. En otra accion, un gran número de moros como 400, segun los partes del general en jefe, fueron acometidos por nuestros soldados á la bayoneta, y acorralados sin tener por dónde huir. Intimados á que se rindiesen, despreciaron la intimacion y prefirieron morir á rendirse. En otro combate, nuestros soldados lograron hacer once prisioneros, pero estuvieron en acecho, y cuando observaron que sus conductores iban un poco distraidos, todos á una se suicidaron. Finalmente, habiendo cortado una compañía nuestra á unos 50 moros, y viéndose estos perdidos, dieron á correr hácia la playa, y aunque los perseguian gritándoles que se rindieran, pues no les harían daño, se volvian diciendo: «¡ah! cristiano, no; morir primero;» y así contestando se precipitaron al mar y se ahogaron todos.

La tenacidad que emplean por no rendirse raya en los límites de la estupidez. Un soldado que tenía vencido á un moro, le dijo amenazándolo de muerte: *Dí viva Isabel II*: el moro permaneció callado. *Dí viva Isabel II*, y aun otra vez se lo repitió sin que aquel se diese por entendido: al contrario, vencido y todo como estaba, trató de acometer al vencedor, que se vió obligado á cumplir su amenaza.

Con decir que en dos meses de combate solo un prisionero han podido hacer nuestras tropas, queda dicho todo. Habian cortado nuestras tropas un grupo de moros, de los que murieron muchos, quedando apartados unos cinco que peleaban, pero que no tenian ya medio alguno de salvarse. Cuatro sucumbie-

ron en el acto desesperadamente, y al quinto que suplicaba la vida, lo amparó un sargento de Soria. Tenia el moro dos heridas leves: una en el muslo derecho y otra en la cabeza.

Apénas pudo llegar á la tienda del general. El moro creia que lo iban á matar y decia: *No matar con bayoneta, matar con bala*, que tal es el horror que habian cobrado á las bayonetas de nuestros bravos soldados. Tendria unos cuarenta años, llevaba puesta una sucia chirlaba, tarbuch encarnado y babuchas amarillas, moreno hasta parecer mulato, ojos negros y barba regular: la cara llena de sangre por el lado de la herida en la cabeza.

Fué escoltado por la guardia civil de caballería y la escolta de carabineros de á pié hasta la tienda de los intérpretes, y trasladado de allí á la del general. Su fisonomía era indescriptible, cuando en vez de la muerte que esperaba, le dieron una taza de buen caldo de gallina y luego otra y pan blanco y vino, y se vió tratado como un señor. De todo comió y bebió á pesar del Koran; aunque el Koran tiene un paréntesis para la guerra, y estamos seguros que habria comido tocino, si se lo hubieran dado, en vez de gallina. Cuando el mismo O'Donnell, que habia mandado le diesen de comer y le tratasen bien, le habló con franqueza y amabilidad, no sabia lo que le pasaba, porque los morabitos les tienen llena la cabeza con mil embusterías de los cristianos. En esta entrevista con el general O'Donnell manifestó que allá en su campo lo pasaban muy mal de comer, pues solo les daban para todo el dia dos galletas y un puñado de arroz; el sueldo consiste en once cuartos el dia que se baten, y el que descansan solo perciben cuatro. Añadió el infeliz que el 15, cuando volvieron derrotados, su general sacó uno por compañía y les dió cincuenta palos en la barriga y los herró en la espalda. Una vez en el hospital de Ceuta, quiso escribir á su familia residente en Arzilla, porque segun manifestó, era casado en segundas nupcias con una hermosa jóven y tenia dos hijas de su primera mujer, cuya suerte le preocupaba mucho; pero

su deseo no pudo realizarse, por no haber quien se comprometiese á llevar la carta.

Preguntándole uno por qué asesinaban á nuestros heridos ó rendidos, siendo eso una crueldad; *porque allá los moros dicen*, contestó, *que tú sacas tripas de todos moros qué coger vivos*, pero que *cuando ellos saben es vivo el que agarras vivo no matarán mas*. Este moro declaró llamarse Bezem-al-Ham-ben-al sasi-Amudi.

La música militar de los moros consiste en llevar muchos bombos y una especie de clarinete, con que ejecutan dos ó tres tocatas, únicas que saben en todo el Imperio, sin que jamás se varíe en lo mas mínimo. Esta música ó tocata se parece en un todo á la armonía que en España hace la dulzaina, para que bailen los osos, ó una especie de gaita gallega : los demás instrumentos de música particulares no valen nada, y son en un todo estraños y opuestos á los nuestros. Sin embargo de lo atrasados que están los moros en la música, ninguna nacion es tan entusiasta por ella como los mahometanos (1).

Así como hay cristianos que reniegan, así tambien hay moros que, renegando de su bandera, se pasan al ejército enemigo. En la guerra actual se han visto algunos casos de lo que decimos, y en Melilla se organiza en estos momentos un peloton de moros voluntarios, que se llamarán *Tiradores del Riff*, al servicio de España. Ya hay afiliados diez y se cree que muy luego habrá mas, hartos de ser víctimas de la ferocidad de sus her-

(1) Para darnos una idea de la armonía de la música militar de los moros, dice un corresponsal del teatro de la guerra. Cójase un bombo y otros cuatro instrumentos cualesquiera, sean gaitas ó trompetas. Al primero se le dice toca tú las *habas verdes*, al segundo tú vas á tocar la *jota*, al tercero tú componte con la *muñeira*, y al cuarto á ver si te acuerdas del *señor don Simon*. En seguida se le dice al del bombo, tú no hagas caso de tus cuatro compañeros: arréale al parche de firme, de priesa y lo mas regularmente que puedas. Gracias al *tamboron* que lleva el compás, como Dios le da á entender, y que á fuerza de puño amalgama aquel conjunto de discordancias, concluye la oreja por acostumbrarse á este guirigay.

manos. Tambien se han acogido al pabellon español varias moras jóvenes.

Así como en la guerra contra enemigos estranjeros, los moros son poco temibles, en las contiendas que ellos mantienen entre sí, suelen presenciarse bastantes horrores. En los mercados especialmente, arman tales camorras, que raro es el dia en que no se ve relucir la hoja del yatagan ó de la gumia al tiempo de caer un cadáver entre los géneros espuestos en la plaza.

El reducido y mal tripulado número de buques que posee el Emperador, rechaza el nombre de marina; así es, que muchos historiadores ni aun se han ocupado de este ramo de la administracion. La armada marroquí, que en tiempo de Muley Soliman (1793) se componia de 10 fragatas, 4 bergantines, 14 galeras y 19 barcas cañoneras, tripuladas todas estas embarcaciones por cerca de 6,500 intrépidos marineros, hoy se encuentra en el estado mas lastimoso.

La marina actual, segun los últimos datos adquiridos, cuenta únicamente con una fragata de 30 cañones, dos corbetas de 24, cuatro bricks-barcas de 16 y unas cuantas lanchas cañoneras, pero todo en muy mal estado y bastante escaso de material. El puerto donde se encuentran los mejores medios de construccion es S lé, donde se halla tambien el arsenal marítimo del imperio. El personal de la marina ascenderá á unos 1,300 hombres, entre oficiales, marineros, soldados, constructores, empleados y operarios; este personal se halla distribuido entre Larrache, Tánger, Tetuan, Rabat, Mogador y Salé, en alguno de cuyos puertos, se encuentran todavía entendidos trazadores y hábiles carpinteros de ribera.

CAPÍTULO VI.

De la agricultura y pecuaria, operaciones agrícolas, etc.

Descuidada hasta el estremo, en el mas lamentable atraso á consecuencia de la histórica indolencia de los habitantes de Marruecos, la agricultura no les rendiría ningun producto á no

ser por la estremada fertilidad del suelo que apenas necesita del cultivo para producir. La agricultura se encuentra en todas las provincias del imperio en el mismo estado á que la redujeron los árabes cuando hace doce siglos trajeron el islamismo. Marruecos, antes de esta invasion, era un país modelo de buen cultivo, y tanto en tiempo de los romanos como en el de los vándalos y godos, su agricultura se vió en un estado floreciente.

Todos los conocimientos agronómicos de los marroquíes, se reducen al cultivo descuidado de los cereales y algunas legumbres, frutos que constituyen por decirlo así los primeros elementos de sus necesidades estomacales; los demás productos disfrutan aun de peor cultivo.

Los marroquíes siembran muy claro, labran muy mal con arados de madera y solo dan una labor; cuando encuentran una palmera enana, malezas ó cualquier otro estorbo que les impide proseguir el surco, es tal su indolencia, que por no molestarse en arrancarlo describen un círculo alrededor del obstáculo y prosiguen arando; se sirven de los bueyes para esta operacion, pero son tan pequeños y endebles estos animales, que el surco que hacen profundiza muy poco en la tierra; suelen ir pareados ó uncidos al arado con caballos viejos ó mulos. Despues que han arado arrojan la simiente sobre la tierra dejándola así hasta la hora de cosechar, y estas son las únicas operaciones agrícolas que practican. En Marruecos no se sabe por consecuencia lo que es rozar las tierras, escardarlas, abonarlas ni hacer ninguna otra operacion de esas que tienen por objeto, no solo mejorar la labor, sino proporcionar medios á la tierra para que sus productos sean mayores.

Las principales producciones de Marruecos pueden resumirse en las siguientes: trigo, daráa, cebada, maiz, legumbres, olivos, palmeras, arganes, viñedos y árboles frutales.

El trigo de Marruecos, especialmente el de algunas provincias como Ducala y el de las campiñas de Marruecos, es el mas

granado, el de mas peso y el mas farináceo de todos cuantos se conocen, por lo cual es muy buscado por los harineros europeos. En otras partes este grano no es tan aventajado, pero en cambio es abundantísimo. La recoleccion del trigo suele hacerse en el mes de junio y su harina es destinada á la fabricacion del cuscusú ó alcuzcuz, uno de los platos favoritos de los moros. Tan grande es la fertilidad del suelo marroquí, que sus habitantes no aprecian sino como mediana una cosecha de treinta granos de trigo por uno de siembra, y como buena solo cuando produce sesenta, habiendo algunas que producen hasta el ochenta por uno.

El daráa, que es tambien otra especie de trigo, parecido completamente al saina ó trigo candeal de España, es la base alimenticia de las clases menesterosas, y en su aplicacion tiene muchos y diversos usos. Por esta circunstancia, y por la estremada seguridad que tienen los marroquíes en sus cosechas, se dedican con preferencia á su cultivo, sembrando de él muy grandes porciones de terreno. El daráa se multiplica tanto despues de sembrado, aun cuando no vuelvan á labrarlo, que casi siempre produce el ciento cuarenta por uno.

El maiz está poco menos que abandonado, porque como su cultivo requiere algunos cuidados, y esto ya se les hace muy molesto á los marroquíes, apenas se ocupan de él desde que lo siembran hasta que llega la época de la recoleccion; esta se verifica como la del trigo, en junio. En las provincias meridionales del imperio le dedican, no obstante, alguna preferencia.

El sorgho es otro grano en cuyo cultivo se ocupan tambien, que convertido luego en harina, suelen dedicarlo á la confeccion del cuscusú.

La cebada es mala por lo comun, y en todas partes la dedican á alimento para los animales y á cebo de las gallinas y otras aves. La recoleccion de este grano se verifica en marzo.

En Marruecos se crian tambien toda clase de legumbres y verduras, pero con abundancia estrema. La patata sobre todo

se cultiva con algun esmero, pero la simiente de aquel país es tan mala, que hay que renovarla por precision en todas las cosechas, porque á la segunda ó tercera pierde todo jugo y sustancia. El garbanzo, que es el mas generalizado en el cultivo, es lleno, grueso, blando y muy alimenticio. Cójense además habas, guisantes, ajos, cebollas y muchas pimientas. La recoleccion de todas estas legumbres y hortalizas se hace con arreglo á las estaciones.

El arroz se cultiva asímismo en las provincias meridionales, donde su cosecha es estremadamente fácil por la abundancia de aguas estancadas que hay en ellas; su calidad, sin embargo, es bastante inferior, y por esta circunstancia sin duda, la casa imperial y señores principales que hacen gran consumo de este artículo, se surten del de los Estados-Unidos de América que acude en abundancia á los puertos marroquíes. El riego del arroz se hace por medio de las norias, cuando no se tiene agua de pie; el sistema de irrigacion que los árabes dejaron asentado en varias partes de España, y que todavía llena de admiracion á los agrónomos estudiosos, no se encuentra en ninguna parte del Africa.

Los olivos son tambien muy abundantes en Marruecos; peró el aceite que producen tiene un sabor tan acerbo y fuerte, que dista mucho de ser tan escelente como algunos han querido suponer. Por esta circunstancia, su cultivo habia decaido bastante; pero los Emperadores, á fin de reanimarle, permitieron la esportacion del aceite que antes estaba prohibida, y desde entonces los olivos constituyen un verdadero elemento de riqueza.

Las palmeras son asímismo abundantes, y los dátiles que producen constituyen uno de los alimentos preferidos por los marroquíes; pero los de las provincias septentrionales y zona del Oeste, no tienen comparacion con los de las provincias meridionales y allende el rio Tensift; los dátiles de estas que se maduran y perfeccionan siempre, son tan escelentes y se aprecian

tanto, que se suponen objeto del deseo de la Vírgen María en el Nacimiento del Señor.

En las llanuras y colinas crecen además la higuera, el granado, el almendro, el naranjo y el limonero, y las montañas se hallan cubiertas de bosques poblados de encinas, robles y moreras. La calidad de las granadas, naranjas y limones es tan escelente, que en Andalucia donde se hace gran consumo de las llevadas de Tánger, tienen fama por su aroma y esquisito gusto. Los melones tienen la cualidad de que su estado de madurez es casi instantáneo, por lo que rara vez están en disposicion de comerse: no así las sandías, que se cultivan con esmero y son muy apreciadas.

En los jardines que rodean las poblaciones se ven tambien muchos árboles frutales y abundancia de pepinos y cidras, y tambien sandías y melones.

Las viñas se cultivan tambien con objeto de verdear su fruto ó venderlo; hay cepas que producen uvas tan escelentes, que sus granos límpidos y esplendentes llegan á veces á ser tan grandes como los huevos de paloma. Los hebreos y cristianos de las ciudades marítimas, suelen dar otra aplicacion distinta á las uvas, destinándolas á hacer vino para su propio consumo, que segun las personas que han tenido ocasion de probarlo, es en estremo agradable al paladar y al estómago.

Tales son las producciones del imperio marroquí; la fertilidad del suelo es tan grande, volvemos á repetir, que en enero se cubren las campiñas de una verdura esmaltada de flores, desarrollándose tambien por esta época los cereales. No obstante esta prodigiosa fertilidad, en Marruecos se padecen hambres terribles, de las cuales no se tiene en Europa ni aun idea. Estas hambres son ocasionadas por las langostas que pasan del Sur del Atlas, y que esparciendo la desolacion por los campos, producen algunas veces con su putrefaccion peste y fiebres contagiosas.

La pecuaria eu Marruecos se encuentra en bastante buen estado, y gran parte de sus pobladores viven del producto de sus

ganados. Estos son tan abundantísimos, que tanto en cabras, ovejas y vacas, como en caballos, mulas, camellos y asnos, el imperio marroquí puede presentar mayor número que casi todas las naciones europeas. Como la poblacion es corta y los pastos escelentes y abundantes, claro es que ha de haber muchos y lucidos rebaños. El pastoreo es la ocupacion favorita del árabe que vive así en la mas completa libertad é independencia.

En las selvas hay leones, panteras, osos, hienas, chacales y raposos, y los habitantes comercian con la venta de camellos, búfalos, bueyes, caballos, mulas, asnos y ganado lanar de escelente calidad, así como con la volatería doméstica que es sumamente abundante.

La oveja de Marruecos es sin disputa alguna la especie mas multiplicada, y todos los que se han ocupado de las cosas de dicho imperio, hacen ascender su número á 48 ó 50 millones de cabezas. Se nota en estos animales la particularidad de que el color blanco es el que domina constantemente en ellos, al contrario de lo que sucede en España, que en casi todos los de su especie domina el color negro. Por esta circunstancia sin duda se observa que los campesinos moros visten tambien de blanco, al paso que los campesinos de otros paises ostentan en sus trajes el color pardo y oscuro que domina en la lana de sus rebaños.

La cabra, despues de la oveja, es el animal que mas abunda en Marruecos. Vive por lo comun en las asperezas escarpadas é incultas de algunas provincias, y tanto los beduinos como los amacirgas, no reconocen otro patrimonio. El número de cabras marroquíes ascenderá á muy cerca de 12 millones; pero además de la cabra doméstica, hay otras especies mas ó menos montaraces, en cuya caza suelen ocuparse los habitantes de determinadas localidades; algunas de estas cabras monteses se confunden á veces con las gacelas y las antílopes. Los carneros son tambien bastante numerosos, pero su vellon no es tan fino como el de las cabras.

Las pieles de estas se destinan comunmente para hacer odres;

donde se conservan muy bien la manteca, el aceite y el agua. En algunas poblaciones del reino de Marruecos y en Blida con especialidad adoban perfectamente dichos pellejos.

El ganado vacuno abunda tambien tan estraordinariamente en todas las provincias septentrionales del Imperio marroquí, que sin temor á incurrir en exageracion, puede asegurarse que asciende su número á cinco ó seis millones de cabezas. Los animales de esta especie, no solo son domésticos, sino tan completamente mansos, que los toros se emplean como los burros en trasportar carga, y diariamente se los vé en el apero desempeñando las funciones del mulo. Son bastante pequeños y miserables; uncidos á los mulos ó caballos viejos se emplean en la labranza de las tierras, y entre ellos y los bueyes puede decirse que hay muy poca diferencia. De la carne de estos últimos hacen los moros cecina, que es buena de un año para otro, y de la cual hacen gran consumo todos los árabes. Las pieles proporcionan muy pingües ganancias á sus poseedores, y de ellas se hace un vastísimo comercio.

El camello es indudablemente el animal mas útil y apreciable de todos cuantos se crian en Marruecos, á escepcion del caballo cuando se emplea en las faenas militares. Sin embargo de su gran utilidad cuesta, no obstante, muchísimo menos que una mula. Noble, sóbrio, inteligente y sufrido como ningun otro animal, soporta una carga superior en peso y volúmen á él, y no es raro verle cargado con 48 ó 50 arrobas atravesando el desierto con calma estóica y sin que se le haga pesado ningun trabajo. Anda desembarazadamente diez y doce leguas largas castellanas en un dia, y su marcha al paso equivale á la de la infantería, ó sea á ciento veinte pasos por minuto. Como el hombre le anime un poco, el camello se adelanta á la infantería y recorre sin violencia ocho ó nueve kilómetros por hora. Descargado, puede trasportar tropas de un punto á otro con la misma ó mayor velocidad que los caballos. Su sufrimiento es tal, qúe lo mismo por los terrenos escarpados que por las abrasadas

arenas del desierto, atraviesa con calma, aguantando toda clase de cambios atmosféricos.

Bebe rara vez, lo cual en un país como Marruecos en que escasea tanto el agua por ciertos puntos, es indudablemente una gran ventaja. Acostumbra tambien á no comer sino cada tres ó cuatro dias, y su alimento se encuentra en todas partes. Alimentándose de las yerbas, matas ó espartos que se encuentran por lo comun en todos los puntos donde haya necesidad de acamparse, la cebada no es necesaria para caminar con él; y en último recurso, tiene bastante alimento con un pan hecho bola para dos dias. El número de camellos del Imperio asciende á 500,000. Se emplea generalmente para el trasporte de equipajes; la mayor parte de las familias los tienen, y en las caravanas prestan muy buenos servicios. Las tropas del Emperador los emplean tambien para trasportar las piezas de artillería y las municiones (1).

Los caballos de raza árabe abundan en la zona meridional de Marruecos, y los de la berberisca en la opuesta. Tanto unos como otros son nobles y de bastante resistencia; pero la tiranía del gobierno, cuyos emisarios se apoderan de cuantos caballos buenos encuentran, hacen que los marroquíes les presten poca atencion, teniéndolos poco menos que abandonados. El caballo que mas abunda es el berberisco, de cuya raza se encuentran aun algunos escelentes en las provincias de Ducala. En algunas localidades meridionales, donde la autoridad del Emperador apenas ejerce influencia alguna, el caballo árabe es criado y educado con todo el esmero con que se hace en su pais originario y en todo el desierto de Africa. El caballo de Marruecos tiene la cabeza pequeña y alta, es de traza suelta, menudo de

(1) Un cuerpo de tropas (dice el señor Coello) que tuviese que operar en el interior, deberia hacerse con una brigada de camellos, como elemento indispensable para el trasporte de los víveres y aun para las ambulancias. Pronto adquiriria nuestro soldado la esperiencia necesaria para dirigirlos y cuidarlos, como la adquirieron y poseen los franceses.

cuartos y de delgados remos; es de mediana alzada, mas bien bajo que alto; su complexion es robusta, su musculatura fuerte, y por los pechos y de frente tiene muy buena presencia. Soportan bastante las fatigas, y tanto el frio como el calor les causa poco efecto; resisten tambien con valentía el hambre y la sed, y es cosa probada, segun lo ha acreditado la esperiencia, que se puede viajar con ellos por espacio de treinta dias consecutivos desde por la mañana hasta por la noche, sin darles otro descanso ni alimento que el que durante la noche se pueden proporcionar, no obstante lo cual al fin de dicho plazo se encuentran tan firmes, robustos y animados como antes de emprender el viaje. Los marroquíes acostumbran á no dedicar al trabajo á sus caballos hasta que tienen tres años cumplidos; á esta edad los montan ya los niños; la mayor parte de ellos se destinan á la guerra, y cuando son viejos se los unce al arado en compañía de los bueyes. Cuando llegan á los seis años los marroquíes tienen la costumbre de cortarles las crines que despues les crecen de una manera asombrosa, distinguiéndose por esta razon los caballos viejos de los demás por la hermosura de la crin y la cola. Se alimentan de paja y cebada; beben una vez al dia; no los limpian nunca, y permanecen por lo comun fuera de la tienda espuestos de dia y de noche al viento, al frio, al calor y á los aguaceros. Los que pertenecen á personas ricas están herrados en las manos. El número de los caballos existentes en el Imperio de Marruecos se calcula en unos cuatrocientos mil, y su esportacion está rigorosamente prohibida. Los mayores caballos del Imperio suelen ser los de los pastos de Heha, Abda y Erhammena en las provincias meridionales. Viven constantemente con el hombre, de quien son compañeros fieles; y este contínuo roce los hace muy apacibles. No suele echárseles mas que un pienso por la noche, compuesto de un almud de cebada, que equivale á la sesta parte de una fanega.

Los mulos son bastante comunes en Marruecos y su número ascenderá á un millon próximamente. Por lo general son peque-

ños y miserables, y se hallan bastante mal cuidados, empleándoselos únicamente para trasportar bagajes. El mulo que sale bueno, sin embargo, es mas apreciado que un buen caballo, y si por este se dan doscientos pesos, por aquel se pagan hasta trescientos con gusto.

Los asnos abundan tambien bastante, y su número viene á ser igual al de los mulos. Por lo comun son muy pequeños y se emplean en la conduccion de provisiones de boca. En las cercanías de Fez se cria no obstante, una raza de asnos de tanta alzada, que llevan uno y dos dedos de ventaja á algunos mulos y caballos; además de tan ventajosa estatura, tienen un paso de andadura tan cómodo y veloz, que los hace muy estimables. Algunos ginetes pagan por estos asnos tanto como por un buen caballo.

Los perros son tambien bastante numerosos; pero en el Riff, sobre todo, hay una plaga de ellos tan feroces, que dan ocasion á mil reyertas entre sus amos por mordeduras y riñas.

Las abejas constituyen tambien uno de los primeros elementos de riqueza para el comercio de esportacion. La granjería de ellas es de muchísima importancia en las provincias septentrionales, y entre la raza de los beréberes. Apenas se encontrará en dicha zona un caserío, choza, huerto ó jardin donde el contínuo rum rum de dichos insectos no revele la existencia de algunos enjambres. Los colmenares son muy numerosos en la costa septentrional; producen dos veces al año abundantes cosechas de cera y miel, que son muy apreciadas por su escelente calidad.

CAPÍTULO VII.

De la caza y pesca en los dominios del imperio.

En un país donde las ciencias, las artes, la industria y la agricultura se encuentran en tan lamentable atraso, claro es que la caza y pesca deben ser las ocupaciones favoritas de sus

habitantes. En efecto; los marroquíes son tan hábiles cazadores, que pocos habrá que en esto los aventajen; su agilidad, destreza y valor en esta clase de ejercicios no reconocen límites, y ya en la caza del leon, ya en la del tigre, ya en la de la pantera, ya en la de la cabra montés, dan continua prueba de su pericia.

El marroquí, al salir á caza, no lleva mas pertrechos que la espingarda, la gumía y algunas redes de cáñamo bastante fuertes. Hace un disparo en cuanto ve un tigre ó pantera, si va á caza mayor; el animal se asusta y escapa á correr por entre las breñas, y los marroquíes, que á estas cazas suelen ir siempre á caballo, emprenden la marcha tras el animal hasta que por fin le alcanzan. Una vez conseguido esto lo acorralan; el tigre se lanza por lo comun sobre el anca de un caballo, y entonces el ginete le clava la gumía; los demás compañeros de caza se aproximan, y unos á culatazos, otros á cuchilladas, acaban con la fiera, de la cual aprovechan la piel que venden á los curtidores. Estos la aderezan perfectamente hasta dejarla suave como la seda, y del comercio de este artículo sacan muy pingües productos.

La caza del leon, jabalí y otros animales feroces, se verifica con corta diferencia del mismo modo, y hay semana en la cual suelen matar hasta treinta piezas. En la caza de animales menores no usan tanto aparato, y suele ser por lo comun mas divertida. Las montañas abundan tanto en caza, que á cada paso salen liebres, conejos, perdigones, zorzales, mirlos, perdices encarnadas, (las plumas que les cubren el caparazon son azules) palomas torcaces y tórtolas. Los jabalíes se encuentran en los sitios pantanosos.

Cuando tratan de cojer las fieras vivas les tienden ó les disponen trampas para que caigan en ellas, en cuyo caso las cazan con las precauciones debidas, trasportándolas en jaulas á las poblaciones. Por lo general las venden á los puertos ó las regalan al Emperador, quien suele pagárselas con al-

gun regalo consistente en un caballo, etc. Suelen dedicarse despues que matan en sus madrigueras á las fieras á buscar las crias, lo cual llevan á cabo con bastante habilidad, aunque no sin esposicion: los leoncillos, cuando aun no tienen dientes, los llevan por las tardes á los rebaños de cabras, tumban á una en el suelo, presentan la teta al leoncillo, y este se abalanza á ella mamando con voracidad: despues los domestican y los venden á los domadores de fieras europeos.

A las panteras, aun cuando sean chicas, las tratan con algo mas de respeto; suelen arrojarlas un cuarto de carnero que devoran con facilidad, y tienen muy buen cuidado cuando hay mas de una de echarles la carne dividida en trozos, porque de lo contrario se matarian por arrebatársela; estos animales desde pequeños se enfurecen con facilidad, y muerden y arañan al que los acaricia.

A los leoncillos los dejan en entera libertad, y recorren las calles mansamente, hasta que concluyen por domesticarse. Un cazador llevó una leona á la poblacion y la hizo una cabaña en uno de los arrabales. El animal recorria tambien las calles sin ofender á nadie; los muchachos jugaban con ella, se le subian encima, la tiraban de la cola y procuraban derribarla. La leona se dejaba traquetear sin rugir, y se divertia derribando los muchachos y mordiéndoles, pero sin hacerles daño. Esta leona llegó á domesticarse de tal modo, que al cabo de algun tiempo parecia un perro.

La caza del avestruz es bastante curiosa, y hacen de ella un objeto de diversion; reunidos los cazadores en turbas, y divididos por decirlo así, en escuadrones, espantan al pájaro jigante tan luego como le divisan y empiezan á correr tras él hasta que por fin le rinden.

El avestruz que por su estremada pesadez no puede volar, comienza á correr rápidamente, y cansado por fin de luchar con el viento (pues los cazadores tienen buen cuidado de correrle en direccion contraria á él) vuelve la cara y pugna por

abrirse paso por entre los cazadores, quienes entonces á golpes lo rematan.

La pesca es en estremo abundante, tanto en los rios como en las costas y varias calas y ensenadas: en algunas de estas correspondientes á la costa del Riff, hay tal abundancia, que de seguro con ella solo podrian mantenerse todos los habitantes del reino de Fez. La pesquería, sin embargo, está poco menos que abandonada en Marruecos; porque tal es la codicia de los bajaes ó gobernadores, que tan luego como ven que cualquier individuo se dedica á esta industria descargan sobre él una contribucion tan pesada, que probablemente no le bastarian los productos de la pesca para satisfacerla. Por esta circunstancia sin duda alguna, la pesquería de la costa septentrional la ejercen los portugueses y españoles, quienes empleando muchos buques y brazos en esta industria, sacan muy grandes productos de ella.

En el tratado de Mequinez se tuvo presente la pesca en aquellos mares, y por él se reservó ampliamente á los españoles el derecho de esplotar la pesquería en toda la costa del Atlántico. Los artículos por medio de los cuales se hicieron á España estas concesiones, dicen así:

Artículo 35. A los habitantes de las islas Canarias, y á toda clase de españoles, concede S. M. marroquí el derecho de la pesca desde el puerto de Santa Cruz de Berbería al Norte.

Art. 36. Los españoles presentarán la licencia con que deben salir habilitados de los puertos de España ó Canarias al alcaide ó gobernador moro mas inmediato al sitio en que intenten hacer la pesca, y este les asignará, sin retardo ni dificultad, los límites en que hayan de ejecutarla.

Art. 37. Cualquiera embarcacion española que se aprehenda por los marroquíes en su costa sin licencia para pescar, ó se haya acercado á ella por necesidad, ignorancia ó malicia, será entregada desde luego al cónsul ó comisionado de España mas inmediato, á fin de que, examinando su causa, sea absuelto ó

castigado el capitan ó patron por sus respectivos superiores, segun las leyes y ordenanzas que rigen en España.

CAPÍTULO VIII.

De la instruccion pública en Marruecos.

La instruccion pública se encuentra en Marruecos, en el mas lamentable abandono; de las antiguas y célebres escuelas de Fez apenas queda la memoria; los Kabos de las Kabilas suelen mirar con alguna preferencia este ramo esencial en la educacion del hombre, pero sus esfuerzos son impotentes y el que sabe el árabe puede tenerse por un sábio, porque todos los demás desconociéndole completamente, se ven precisados á hablar los dialectos particulares de sus respectivas tribus.

Las escuelas ó mektib suelen hallarse establecidas en los alrededores de las mezquitas, y los maestros enseñan en ellas á los niños á leer los versos del koran, que están escritos por lo comun en láminas; al própio tiempo que se los hacen repetir les obligan tambien á copiarlos, hasta que se les quedan grabados en la memoria, y este método de enseñanza que como todos tiene sus inconvenientes, tiene no obstante la ventaja de que al propio tiempo que aprenden á leer, aprenden tambien á escribir. Luego que los jóvenes se han perfeccionado en la lectura y escritura, pasan de las mektibs á las madrisas (lugares de estudio ó universidades).

De todas estas universidades, célebres en otro tiempo, ya no queda en Marruecos mas que la central de Fez, llamada Dar-el-ilm ó casa de la Ciencia. Esta universidad gozó de una fama poco menos que universal en los tiempos de la edad media, y tanto por estudiar á fondo las ciencias que en ella se enseñaban, cuanto por presenciar los certámenes poéticos que en ella tenian lugar y en los cuales tomaban parte todos los poetas árabes, acudia gran número de personas que iban ex-profeso desde lejanos

climas: los premiados en estos históricos certámenes recibian entre otras cosas un buen caballo y una linda esclava, mereciendo de la concurrencia una ruidosa ovacion. Entonces, con estos y otros estímulos, los africanos estudiaban y llegaron á hacerse célebres en algunas ciencias, hasta el punto de ser llamados de algunos paises europeos. Los talebes ó licenciados y los alimes ó titulados que salian de esta famosa escuela, apenas poseian sin embargo otro caudal de conocimientos que rudimentos incompletos de las ciencias físico-matemáticas.

Esto no obstante, podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que si imperfectos eran entonces dichos estudios, imperfectos en sumo grado lo son hoy dia, y mas imperfectos si se quiere que en aquella época. Entonces habia buenos maestros que se ocupaban con ahinco en conocer los adelantos de las ciencias; y los que desde entonces acá existieron, enseñando como por rutina lo que aprendieron de aquellos sábios, ó fueron olvidando parte de sus estudios, ó fueron chocando con nuevos inconvenientes; pero el hecho es que su ciencia no solo no ha adelantado, sino que se encuentra con algunos años de atraso á aquella época florèciente.

En la universidad de Fez se enseñan los elementos de la geometría de Euclides, la cosmogonía del Koran y la cosmografía de Ptolomeo. La astronomía se reduce á la esplicacion de unas simples nociones para calcular las horas del sol, pero con astrolabios tan incompletos, que bien mirado, ni aun el nombre de tales merecen; la geografía, que antes se enseñaba, hoy está escluida del plan de estudios, sin duda porque los Emperadores, engolfados en el colmo de su poderío, creyeron de todo punto inútil el conocimionto de los paises que les rodeaban.

La física que se aprende en Fez es la de Aristóles; así es que ni conocen los principios en que están basadas las teorías del vapor y la electricidad, elementos constitutivos hoy por decirlo así de la vida de las naciones, sino que tampoco comprenden una jota de luz, calor, sonido y otros fenómenos físicos de

importancia. En la metafísica, no obstante, como ciencia que se presta mas á la embustería disfrazada con ropaje de sabiduría, los talebes se dan mucho aire de doctores, pretendiendo conocer el orígen y modo de ser de todas las cosas. Toda la química que poseen hoy los doctores de Fez, se reduce á hacer unas cuantas mezclas y esperimentos; pero sin darse cuenta de las propiedades de ningun cuerpo, ni comprender una palabra de reacciones, análisis, etc. A todo lo mas que alcanza la ciencia de los químicos de Fez, es á decir que al mezclarse el vino con el agua, esta toma el color de aquel, porque es mas vivo, pero sin comprender una jota respecto á la interposicion de las moléculas, etc. La anatomía, como en Inglaterra está prohíbida por motivos religiosos, y de aquí el que la medicina se reduzca á prácticas rutinarias y supersticiosas: el estudio de la historia natural, tropieza con los mismos obstáculos que el de la anatomía.

Los astrónomos en Marruecos estan reducidos á la simple condicion de astrólogos ó adivinadores. Predicen, y ellos sabrán si aciertan, la suerte que le está reservada al Sultan, el porvenir que ha de tener su imperio, y la estrella que guia á los particulares, que llenos de fé y respeto acuden con frecuencia á consultarles su horóscopo. La astrologia en Marruecos es una cíencia muy lucrativa, y cualquier europeo listo, que preparándose de unas cuantas retortas y menjurjes acudiese á aquel país volveria rico á los pocos años; esta ciencia, como todas, tiene no obstante, sus inconvenientes, y el astrólogo corre peligro cuando su prediccion no sale cierta; pero esto queda evitado con dar las respuestas al modo de los antiguos oráculos. Los astrólogos son muy bien considerados en el imperio marroquí, y logran fácilmente los primeros puestos de la córte, por su influencia en los negocios públicos.

Los astrónomos árabes dividen el año lunar en doce meses de 29 á 30 dias, componiendo un total de 354 dias, en las siguientes proporciones: 1.° Moharrem de 30 dias; 2.° Safar, de

29; 3.° Rabí-el-Aual, de 30; 4.° Rabí-el-Akher, de 29; 5.° Dyumada-el-Aual, de 30; 6.° Dyumada-el-Akher, de 29; 7.° Redyeb, de 30; 8.° Schaban, de 29; 9.° Ramadhan, de 30; 10.° Schaual, de 29; 11.° Dyulkadah, de 30; y 12.° Dyulhedyah de 29.

Estos meses van girando por la escala de los nuestros, y como el año arábigo se compone de 354 dias solamente, van retrocediendo once dias en cada uno de estos períodos. El año arábigo, como todos sabemos, comenzó en la noche del 15 al 16 de julio del año 622 de la era cristiana, en que se verificó la huida ó egira de Mahoma desde la Meca á Medina. Si el año musulman fuera igual al nuestro, dice con mucha claridad el Sr. Coello, con solo aumentar 622 se sabria la correspondencia de una fecha árabe con la cristiana; pero no siéndolo, hay que añadir además tres años por siglo.

En la comprobacion de fechas hay, por otra parte, una dificultad que algunas veces se hace insuperable. Tal es la causada por el descuido genial de los árabes, que suelen cercenar á las cifras de las fechas las cuartas y aun terceras, significando, por ejemplo, el año 1241 por los números 241, y aun por el 41. La falta del millar (añade el mismo autor) puede obviarse hasta ahora; pero la del siglo es imposible hacerlo aisladamente.

La historia en Marruecos se encuentra tan atrasada, que algunos historiadores ignoran por completo las de las demás naciones. Los abogados abundan en Marruecos; ejercen con autorizacion superior, y prévio el exámen que sufren en la universidad de Fez, dirimen las cuestiones de derecho verbalmente y sin autos ni diligencias: autorizan tambien con su firma y por medio de certificado los contratos de compra y venta de propiedades y efectos, y sus sentencias no tienen apelacion. Sus derechos no están tampoco sujetos á tarifa, y se arreglan por consiguiente á la fortuna de los litigantes. La profesion de abogado, aunque algo penosa de ejercer por las enemistades que trae consigo, es muy lucrativa y bien considerada.

La medicina como las demás ciencias, se encuentra en el mas lamentable estado; cuando alguno se pone enfermo le bandonan á sí mismo dejando obrar á la naturaleza: conocen y sienten los malos resultados de este sistema, pero la escasez de médicos les obliga á sufrir sus consecuencias. Los marroquíes desearian tener médicos cristianos, pero las costumbres del país que niegan hospitalidad á todo el que profesa la religion de Cristo, les impide el ver satisfechos sus deseos.

Los únicos métodos curativos que se conocen y emplean son los baños de vapor, las ventosas, lassanguijuelas y la aplicacion de ciertas yerbas; así es que los médicos parecen mas bien ministrantes. Tienen capricho por poner las ventosas en la nuca ó en los carrillos, y al aplicar el vaso con el papel ardiendo suelen complacerse en abrasar el cútis, sopretesto de que de ese modo brota mejor la sangre. En vez de lanceta usan una especie de navajita puntiaguda, pero de un solo filo, lo cual hace que las sangrías sean imperfectas.

Acostumbran á teñir de negro los párpados de los pacientes, y tan luego como un individuo se siente enfermo aun cuando sea de un cólico, lo primero que hace su familia es obligarle á comer mucho, sopretesto de que la debilidad del estómago trae consigo calenturas. Sin embargo, de esta precaucion mal entendida, la fiebre les ataca como es de suponer y entonces suelen darles baños de vapor por la mañana, y leche de camello al anochecer volviendo de nuevo á la aplicacion de sanguijuelas ó ventosas. Dichos animales abundan poco en muchas localidades y en otras son completamente desconocidos (1). Los marroquíes

(1) El siguiente hecho, ocurrido al principio de la guerra actual, viene á apoyar lo que decimos. Una de las pocas vacas que tenian pastando los moros para el abasto de la poblacion, se escapó un dia, dirigiéndose hácia nuestra línea divisoria, y en el momento salieron para recogerla cuatro soldados de caballería de la guardia del campo y algunos soldados de infantería; pero la res tomó el camino que dirige al Serrallo, y aunque fué perseguida, no pudo dársele alcance por haberse internado en los bosques; en sus inmediaciones se hallaba de paseo el alcaide del

suelen padecer con frecuencia enfermedades de ojos y dolores reumáticos en las piernas. Acostumbran para curarse estos últimos á darse baños matinales de agua fria en el rio, en la parte dolorida.

La lengua se halla tambien degenerada; carecen completamente de imprenta, y la frecuente confusion que se nota en su escritura depende de que equivocando las letras, los puntos y los acentos, ó toman la determinacion de usar unas ó unos mismos, lo cual como es consiguiente, ocasiona dudas, ó los usan indistintamente y sin reparar, dando á veces á los períodos un sentido enteramente contrario. Y tanto es esto cierto, que en muchas ocasiones ni aun ellos mismos saben leer lo que acaban de escribir. Esta imperfeccion de la lengua y sobre todo de la escritura, es causa sin duda alguna de que lean cantando, aun cuando sea una carta en que les anuncien la muerte de su objeto mas querido; porque no pudiendo comprender por la puntuacion ortográfica, sino por la cadencia, el sentido de la frase, necesitan algun tiempo para comprenderlo, y este se lo toman cantando, lo cual no podrian verificarlo si leyesen de corrido. Solo el Koran y algun otro libro que han aprendido de memoria son los que pueden leer sin detenerse.

El famoso viajero español Alí-Bey, al ocuparse de este asunto, dice:

«He observado despues de hacer la prueba repetidas veces, que cortados en la lectura, cualquiera que sea el libro en que estaban leyendo, no pueden continuar ni aun reconocer la página ó sitio donde han quedado: leen estas gentes, ni mas ni

Serrallo, y la vaca hubo de espantarse al verlo, y como española y en guerra tambien con los marroquíes, arremetió con él dándole una trompada que le elevó mas de tres varas, causándole daños de consideracion en su caida, de cuyas resultas estuvo sin movimiento largo rato: un moro de la guarnicion del Serrallo se presentó en la línea para pedir por el Dios grande se le facilitasen sanguijuelas y otros medicamentos, que no los habia allí sino á muchas leguas de distancia, para aplicárselos al referido alcaide, que segun dijo, se encontraba muy mal parado.

menos que pudiera hacerlo un papagayo: el libro que tienen ante sus ojos, no les sirve mas que para darse cierto aire de instruidos y de importancia.»

Las demás ciencias son completamente desconocidas en Marruecos, y tal es el estado de las pocas que se conocen. La universidad de Fez, por consiguiente, donde el célebre Nicolás Clenar estudió en 1541 y desde donde escribió muchas de sus castizas y elegantes cartas; la universidad de Fez, que desde antes del siglo XVI habia adquirido ya una reputacion europea; esa universidad, que tanto por sus buenas escuelas como por el gran número de sábios que encerraba, logró hacerse notable entre las naciones cristianas; esa universidad se encuentra hoy abatidísima, ha perdido todo su esplendor, y gracias si entre sus maestros hay alguno que sepa por la historia lo que fué en otros tiempos aquel templo de las ciencias.

CAPÍTULO IX.

De la industria y las artes en Marruecos.

Ni la industria es completamente nula en Marruecos como algunos suponen, ni tampoco las artes se encuentran tan completamente á oscuras. Verdad es, que siendo sus necesidades muy limitadas, reducidas y mezquinas deben serlo tambien las industrias; pero de esto, á negar completamente su existencia, hay algunos pasos de distancia. La opresion del gobierno, que como dice muy oportunamente el Sr. Estébanez Calderon, imposibilita el lujo, primer síntoma de la riqueza, y la bondad del clima, que deja pasar desconocidas ciertas exigencias indispensables en otros paises, son las causas principales de tal atraso; pero esto, no obstante, en algunos de sus artefactos se revelan todavía su antiguo ingenio y habilidad.

La fabricacion de tapices ocupa un lugar muy preferente, y tanto las fábricas de Salé como las de Rabatt, gozan de fama europea. Son de superior tejido, y si bien sus dibujos ofre-

cen poca variedad porque la inventiva de los árabes es muy corta, en cambio nada se hace en Europa que pueda compararse á ellos en punto á duracion y permanencia de los colores.

Los tejidos de seda y lana tampoco son malos; con la primera hacen telas, pañuelos y riquísimas fajas de seda y oro que valen desde dos hasta cincuenta pesos fuertes; tambien fabrican cierta especie de tafetan y de damasco muy estimado, y un hilo de oro de escelente calidad. Con la lana fabrican grandes cantidades de estameña blanca de diferentes clases, que se gasta por lo comun en albornoces.

Los gorros encarnados ó bonetes, que nosotros llamamos griegos, y que constituyen una de las principales prendas del traje musulman, se tejen en Fez y son muy apreciados tambien por su buena calidad. Fabrican tantos los telares de Fez, que esta ciudad sola basta para surtir de gorros á todo el imperio.

Las fábricas de pasamanería, de las cuales se conserva todavía un buen número entre los marroquíes, son las herederas de las que nosotros tuvimos en Granada, Talavera, Toledo, Valencia y Valladolid, y que en su tiempo llegaron á gozar fama europea.

Los bordados que las moras y judías hacen, son primorosos y muy apreciados tambien; en sus trajes de lujo, suelen usarlos tan recargados, que al viajero español al verse entre ellas, se creería trasportado á tierra de Segovia, Zamora ó Salamanca, donde como es sabido, los usan en los trajes de dia de fiesta las aldeanas.

La fabricacion de babuchas de piel y terciopelo bordadas de oro, es tambien bastante productiva, y se hallan dedicados á ella gran número de brazos.

En Tetuan se fabrican asimismo muy buenas fajas, que los comerciantes las prefieren á las de Rabatt, y en el mismo punto se producen telas impermeables, de las cuales se hace gran esportacion.

Los paños marroquíes llamados por los moros alcatifah, son

tambien muy buscados en Europa, donde son conocidos con el nombre de tapetes turquescos; los mejores son los procedentes de Ducala, que por su rica y preciosa variedad de colores, tienen muy buena vista. Cada pieza de estos paños, se vende desde 60 hasta 1,600 rs., tal es su calidad.

En el trabajo del oro y de la plata se encuentran á la altura de los artífices de Córdoba del pasado siglo: hacen tambien salvillas de cobre recargadas de adornos á cincel, de bastante mal gusto; pero en Fez hay, no obstante, gran número de joyeros y diamantistas que saben montar y engastar maravillosamente las piedras preciosas.

La latonería se encuentra en Marruecos bastante adelantada, y los veloneros de algunas ciudades pueden competir ventajosamente con los de Lucena.

El curtido de las pieles se hace en muchas partes, pero imperfectamente. En Fez, Tafilete y Marruecos, se preparan no obstante las pieles de tal modo, tiñéndolas de todos colores por medio de un secreto impenetrable hasta hoy y con una perfeccion tal, que las suelen dejar tan suaves como la seda, siendo esta una de las circunstancias que las hace mas apreciables de los comerciantes europeos que las buscan con ahinco en los puertos principales. Los famosos cordobanes y tafiletes están tan bien curtidos, que en esta industria ninguna nacion del mundo aventaja á los marroquíes. Los hay en tal abundancia y con tanta variedad, que el comercio europeo esplota hábilmente este ramo de la industria africana, y es probable que antes de mucho tiempo venga á ser el objeto preferente de sus especulaciones.

El junco, el esparto, la paja y la palma se trabajan tambien con tal perfeccion, que estos toscos materiales suelen salir de las manos ágiles del hombre ó la mujer convertidos en canastillos, cestas, cajas, esteras y otros objetos curiosos y de valor.

La alfarería se encuentra entre los marroquíes bastante adelantada, y de sus manos salen vasos y jarrones, si no elegantes y diáfanos, como los que salen de las fábricas francesas, iguales

por lo menos á los que se hacen en algunas alfarerías de España. Los hornos de loza y cacharrería de Alcasar gozan fama de escelentes, y los azulejos de Mequinez son notables por sus dibujos arabescos.

En Rabatt y Salé hay tambien fábricas de jabon blando, bastante bueno. En Fez hay establecidos gran número de batidores de oro y plata y lapidarios.

La pintura, escultura y las artes imitativas, anatematizadas como se hallan por el Koran, y dadas al odio y al desprecio por los comentadores y escoliastas de dicho libro, son completamente desconocidas en Marruecos.

En cuanto á la pintura, baste decir que está terminantemente prohibido el hacer cualquier clase de rayas en figura de hombre; únicamente en los dibujos de las telas y bordados, es donde puede campear algun tanto el genio de los marroquíes. Cuando los que entran en Melilla ó en alguna de nuestras plazas con objeto de vender algo, ven alguna estampa ó pintura, apartan de ella los ojos diciendo que Dios pedirá cuenta á los que la hicieron por haberse atrevido á hacer la figura del hombre, que solo es permitído á Dios.

Los marroquíes tienen muy pocos medios mecánicos de que disponer para la elaboracion de sus manufacturas; pero la economía que resulta del empleo de dichos medios, la suplen hasta donde es posible suplirla, con la baratura de la mano de obra. El oficial que gana una peseta de jornal es un portento de habilidad, y se da por muy satisfecho con dicho salario.

La arquitectura se encuentra algo atrasada, pero no tanto que no sepan los africanos construir fuertes edificios. Para lo que se dan muy buena maña los marroquíes es para la construccion de silos ó grandes agujeros, que practicados con mucho esmero en la tierra y cubiertos por una mezcla de cal y arena, les sirven para graneros. Están construidos con tales precauciones, que jamás penetran en ellos el agua ni la humedad, y los géneros que encierran se conservan perfectamente.

Los albañiles son casi todos renegados españoles, y ellos son los únicos que, al mando de los arquitectos árabes, se dedican á la construccion de edificios.

El oficio de herrero es tambien bastante productivo, y en casi todas las ciudades hay alguna fragua.

CAPÍTULO X.

Del comercio interior y esterior del imperio, de las caravanas comerciales, y de los caminos y comunicaciones.

En tres grandes secciones puede dividirse el comercio que hacen los habitantes del Moghreb–el–aksá, y todas tres á cual mas principales, á saber: comercio con el interior del Africa, comercio con Europa, y comercio con Levante.

El comercio con el interior del Africa lo hacen las famosas caravanas llamadas cáfilas ó accaba, segun el mayor ó menor número de traficantes què se reunen con este fin. La accaba es la reunion de muchas cáfilas que viajan de comun acuerdo, sin otro objeto que el de dar salida á sus géneros, cambiándolos por otros ó vendiéndolos en los grandes mercados del centro de Africa. Las caravanas que suelen elegir esta zona para teatro de sus operaciones comerciales, ni son tan numerosas como las que se reunen para ir á la Meca, ni despliegan por consiguiente aquel lujo de marcha que en estas se suele observar por lo comun. Su número, sin embargo, es bastante escesivo, y á veces suelen llevar hasta 18 y 20,000 camellos cargados de géneros riquísimos: el número de hombres que cuidan de estas cargas, no pasa por lo comun de 600, inclusos los dueños de ellas, los conductores de los camellos, los muleteros encargados de las provisiones y los demás sirvientes.

Las cáfilas constan por lo comun de mil ó mil quinientos camellos, dirigidos por ciento cincuenta individuos generalmente. Salen de Marruecos, Fez, Tetuan, ó Tafilete; la primera de estas cáfilas pasa siempre por Demnest, se reune á las restantes en Ta-

filete, y desde este punto marchan todas juntas á Akka, donde hacen alto algunos dias proveyéndose de los artículos necesarios á su alimento durante el paso del gran desierto de Sahara. Estas caravanas se detienen nuevamente en los confines meridionales del desierto en Taudini y en El-A'rauan, donde hacen provision de sal. Desde este punto de estacion se dirigen á Tumbuctú, donde se les reunen otros comerciantes allí establecidos ó venidos de otras partes para hacer el comercio interior del Sudan, de la Senegambia y de Guinea. Los géneros que estos llevan consisten por lo general en incienso, cuernos de rinoceronte, abalorio, oro en polvo, dijes, grana, joyas, asafétida, índigo y esclavos negros de uno y otro sexo; los cambian por sal, ceñidores, tabaco, esclavinas, espejos, puñales turcos y paño azul que es muy estimado.

El modo con que se llevan á cabo las compras y ventas en mas de un mercado de la Nigricia, es en estremo curioso. Por un lado de una colina, dice el Sr. Calderon, se colocan los moros moghrebinos, y por la otra los negros del Berci y del otro lado del Niger. Aquellos disponen sus mercaderías sobre la colina y se retiran: los negros van á examinarlas, y sobre cada cabo ponen aquella cantidad de polvos de oro que quieren dar, y tambien se retiran. Vuelven despues los moros, y si encuentran con aquel polvo equivalente al precio de sus géneros, lo toman y dejan allí sus efectos; si no retiran sus mercancías, y si la cantidad de oro no se aumenta, queda nulo el contrato y todos se separan. Si el mercado se cumple en comun satisfaccion, se reunen y viajan juntos quince dias.

La venta de esclavos negros es tambien curiosa en estremo: hé aquí cómo refiere la de una jóven un viajero francés. Llegó el jefe de una tribu al mercado, vió á la negra y la mandó levantar; obedeció la jóven y tuvo que sufrir el mas minucioso exámen. El comprador, volviéndose al dueño de la esclava, le ofreció cincuenta boutjeons por ella.

—Quiero ochenta boutjeons (5,600 reales) contestó el dueño.

—No los vale.

—¿Has visto en tu vida una negra mas linda? ¡Abre la boca.

La esclava obedeció.

—Mira qué dientes tan hermosos: ninguno le falta. ¡Anda!

La esclava echó á andar.

—¡Qué caderas! ¡Qué firmeza!... Y es doncella.—¡Separa tu haick y tu camisa!

La esclava separó su haick y su camisa.

—Esprímele ese pecho y no encontrarás una gota de leche. No llores, esclava, ó tu amo te hará callar con su látigo.

La esclava se enjugó sus lágrimas.

—Ochenta boutjeons.

—Sesenta: no tiene bastante fuerza: no podrá sacar el estiercol de la caballeriza.

—Dentro de dos años cargará á la vez con todo el estiercol de tus cuadras... ¡ochenta!

—¡Setenta!

—Mira que manos tan pulidas. Jamás han trabajado. Ochenta boutjeons. Decídete, que el Sultan la quiere comprar y me está esperando.

—Tómalos.

El comprador mandó á su esclava que le siguiera. La pobre muchacha obedeció bañados sus ojos en lágrimas.

Otras muchas caravanas procedentes de Argel, Túnez, Ghadama, Fezzan y Trípoli se detienen en el famoso oásis de Tuat, y prosiguiendo despues reunidas el camino, se agregan á las de Marruecos en los confines del Sudan, partiendo con ellas en direccion al centro de aquella parte del Africa, donde acostumbran á despachar todos sus géneros en distintas poblaciones.

El comercio de esclavos negros es uno de los ramos que mas producen, y con el cual se hacen ricos muchos marroquíes, acrecentando con su producto el número de camellos de sus cáfilas: de 4,000 que anualmente se conducen á Marruecos, la

mitad suelen venderse en este imperio, y la otra mitad se mandan á Argel y á Túnez por tierra, puntos en los cuales encuentran muy buena salida. Entre estos 4,000 raro es el eunuco que viene, y tan abatida se encuentra ya esta especie de comercio, que probablemente no llegará á 25 el número de eunucos que hay en todo el imperio.

La esportacion anual de géneros para el interior del Africa, segun cálculos de algunos viajeros, asciende á cerca de un millon de duros; y probablemente pasará de diez millones el importe de las mercaderías que se introducen de retorno, y que consisten por lo comun en abalorio, oro en polvo, esclavos y hermosas plumas de avestruz; de esta inmensa cantidad de géneros mas de las dos terceras partes se venden con mucho lucro en las regencias de Argel y Túnez.

El comercio con Europa es en estremo productivo, no solo por la gran variedad de artículos que se esportan, sino por las inmensas cantidades que continuamente salen.

Las primeras espediciones mercantiles que desde Europa se hicieron al continente africano, datan del año 1551 en que el inglés Tom Windhan hizo una espedicion, en el regreso de la cual le acompañaron dos príncipes marroquíes, cuyos nombres se ignoran; este inglés volvió á hacer otra espedicion al año siguiente llevándose de los puertos de Asfi y Mogador un gran cargamento de azúcar, dátiles y almendras. Desde esta época datan las relaciones comerciales de Marruecos con el continente europeo; desde entonces acá las demás naciones europeas continuaron haciendo espediciones y de aquí nacieron varios tratados comerciales, la mayor parte de los cuales subsisten todavía.

Los principales artículos que el comercio europeo importa de Marruecos, son lana, cera, goma arábiga, almendra, granos, dátiles, plumas de avestruz, aves, fajas, cordobanes, tafiletes, miel, cuernos, regalíz, pieles, corcho, naranjas, limones, huevos, verdura y babuchas.

La lana és el principal de los artículos sobre el que giran las operaciones de los traficantes europeos; la mayor parte se saca para Holanda y los puertos de Génova y Marsella; segun cálculos aproximados la cantidad de lana que se esporta anualmente ascenderá á 1,200 quintales de á cien libras cada uno; el precio medio suele ser de 100 reales por quintal, pagando 40 reales por derecho de salida.

La cera se vende con destino á Cádiz, Marsella, Lisboa, Liorna y Lóndres. El precio regular es comunmente el de 800 á 1,000 reales cada 150 libras, satisfaciendo además 200 reales por derecho de salida; la esportacion se calcula en 2,500 quintales anuales.

La goma arábiga y la almendra son artículos de los cuales se esportan tambien grandes cantidades, no bajando el importe anual de la primera de un millon de reales y el de la segunda de 15,000 duros.

Las pieles de cabra que vienen perfectamente curtidas del tafilete, se despachan casi todas para Inglaterra y no bajará de 150,000 docenas el número de las que anualmente se esportan, siendo su precio desde 60 á 100 reales docena, segun su calidad. Los derechos de salida son de ocho reales por docena.

La esportacion de granos, cuando está permitida, es de suma importancia, y para dar una idea de ello, bastará citar un hecho célebre en los anales del comercio marroquí. En tiempo del reinado de Sidi-Mahomad estuvo permitida la esportacion por espacio de un año, y durante dicho período se esportaron, solo de las vastas llanuras de Dar-el-Beyda, las fanegas suficientes para cargar doscientos cincuenta buques de 150 á 700 toneladas, pagando por derechos de salida la enorme cantidad de 105.146,400 rs. El precio comun suele ser el de 20 rs. por fanega, y otros 20 por lo menos de derechos de salida.

Las plumas de avestruz producen tambien muy pingües ganancias á los marroquíes, y probablemente no bajará de 2,000 duros el importe de las que anualmente se esportan.

De dátiles, marfil, gallinas, fajas ó ceñidores, cordobanes, tafiletes, astas de buey, regalíz y tejidos de Tefsa y Fez se esportan tambien grandes cantidades. Hé aquí segun Mr. Mordtmann, el importe de la esportacion de Marruecos durante el año 1829.

	Reales. Céntimos.
Almendras y frutas secas.	386,665
Babuchas y botas.	36,138
Badanas y tafiletes.	736,979-22
Cera.	1.680,734
Corcho.	798,180
Gallinas.	152,581-40
Goma.	1.589,997
Huevos.	956,521
Naranjas y limones.	64,903
Oro y Plata.	7.211,830
Plumas de avestruz y marfil.	61,736-25
Tejidos de lana.	61,845
Verduras.	19,766-25
Total. . . .	13.757,876-12

La importacion durante el mismo año, y segun el mismo autor, fué la siguiente:

	Reales. Céntimos.
Acero, hierro, zinc y hoja de lata. . . .	1.449,059-70
Algodon.	239,335-40
Café.	35,719-05
Cochinilla.	190,599-45
Especias.	674,641-55
Objetos de arte y de madera.	40,299
Objetos de goma.	16,625
Papel.	118,864-45
Perfumes.	327,180
Tejidos de algodon.	10.361,768-40
Total.	13.454,092-00

El comercio con el Levante lo hacen comunmente las caravanas comerciales, que en union de las religiosas salen todos los años para la Meca en mayor ó menor número. Estas caravanas se reunen en Fez con siete meses de posterioridad á la gran fiesta que se celebra en conmemoracion del nacimiento de Mahoma; los mercaderes que forman parte de estas caravanas necesitan licencia del gobernador de sus respectivas provincias para emprender la marcha. Las caravanas comerciales parten de Fez despues de tenerlo todo dispuesto, y unidas á las religiosas en el siguiente órden.

Abren la marcha los camellos y acémilas cargados aquellos con las mercancías y estas con las provisiones de boca; despues van los peregrinos, que ó ya á causa de su estremada pobreza ó ya por mortificarse mas durante esta larga peregrinacion, marchan á pié, cerrando la comitiva los peregrinos de á caballo, que por lo regular son personas de posicion, y que pueden pagar su cabalgadura. Apenas rompe el dia, emprenden la caminata, sestean y comen á las doce, emprenden nuevamente la marcha, y donde la noche les sorprende, allí hacen alto descargando á los camellos y acémilas, y acampando dentro de la casucha que forman con las cargas, en la cual permanecen al abrigo de los vientos hasta que vuelve á amanecer. Estas caravanas se internan en el continente africano alejándose de la costa; y dirigiéndose luego á Tremecén, Medea, Constantina ó Biscara, detrás del pequeño Atlas, se inclinan á la izquierda hácia Orán y Argel para cambiar allí sus ropas y sandalias marroquíes por otros objetos, ó para tomar mas provisiones y asociarse á otros viajeros.

Durante esta parada hacen tiempo para que se les reunan otros peregrinos que vienen del Occidente, y los mercaderes entretanto despachan en Túnez y en Argel sus mercancías, cambiándolas por otras; en estos mercados hay gran surtido de tisús de lana de Blida que son los mas aprecíados, y grandes almacenes de sedería de Argel, que es tambien la mas preferida

por las mujeres para sus trajes y para los harenes; afluyen asimismo á estos centros de comercio armas, cueros, pieles perfectamente curtidas, pomada de rosa blanca, que tiene gran salida, y esteras y cestas de palma. Mas adelante las caravanas encuentran otros grandes mercados, entre los cuales sobresale el de Arba-Chendel, en la inmensa llanura del Chelif, á diez leguas de Meliana, en el cual se encuentran espuestos á la venta millares de bueyes, é inmensas cantidades de trigo, lana, tisús, etc., y al que suelen acudir á veces hasta 16,000 árabes. Pasado este mercado, en el cual hacen tambien alto las caravanas, cambiando nuevamente los géneros y ganando siempre en estas operaciones mercantiles, ó bien emprenden la marcha para Medea, Hamza y Puertas, ó bien se dirigen mas al Sur con objeto de tocar en Constantina, ó bien siguen directamente hasta Argel pasando por Blida, segun las circunstancias.

Una vez ya en este punto, los que no tienen objeto alguno que los detenga en tierra, se embarcan con direccion á Alejandría. En esta ciudad y en Trípoli, las caravanas compran las provisiones necesarias para el resto del viaje, que es de siete meses, y durante el cual se encuentran siempre muy contentos los mercaderes, por las grandes ganancias que van obteniendo en los diferentes cambios que verifican. Las caravanas entran por fin en la Meca, despues de mil ochocientas leguas de peregrinacion, en el momento mismo en que se celebra la fiesta del Gurban-Beiran en conmemoracion del sacrificio de Abraham, única época hábil en el año para que los peregrinos que no han sucumbido en tan larga jornada, ganen el título y dictado de hhagi, tan glorioso para todos los musulmanes.

Por este tiempo se verifica tambien en la Meca una famosa feria, la mayor quizá que se celebra en el universo, y que dura cinco meses. En esta feria suelen reunirse mas de 200,000 hombres, y es poco menos que imposible describir el espectáculo que por esta época ofrece la Ciudad Santa de los musulmanes.

El aparato que los peregrinos y comerciantes llevan, no baja

de 100,000 caballos y camellos, y calcúlese el cuadro que ofrecerá la Meca aumentado repentinamente el número de sus moradores por una poblacion flotante de 200,000 almas, que con el único objeto de cumplir con una de las prescripciones del Koran, acuden á la Meca desde todos los paises del mundo, donde Mahoma es tenido por el profeta de Dios. Luego que la fiesta religiosa ha concluido, los peregrinos que consideran ya cumplida su mision, se dedican al tráfico, empleando todo su capital en especulaciones mercantiles, en las cuales muchos se hacen ricos, volviendo á sus respectivas poblaciones algo mas desahogados que salieron. Las principales mercancías que los traficantes de Marruecos esportan en este largo viaje, son el índigo, la cochinilla, las pieles, las plumas de avestruz y los tejidos de lana de Fez, Tefsa, y Tafilete cuyos géneros cambian por telas de algodon, sederías y otros productos de la Turquía, de la Arabia y del Egipto.

Tal es el estado del comercio en el imperio marroquí, y tales los productos que de él reportan sus habitantes. Últimamente se ha llevado á cabo por el interior de Africa un viaje comercial que parece destinado á producir grandes resultados. En agosto de 1858, un moro llamado Bou Derba, empleado como intérprete militar, salió de la ciudad de Laghual, cerca del desierto. Dirigia una caravana organizada por el gobierno francés con objeto de buscar el camino mas directo de Argel al Sudan, por Katt. Hombre enérgico al par que inteligente, Bou Derba no vaciló en atravesar las arenas del Sahara y afrontar los peligros mal conocidos de *aquella tierra de espanto*, como la llamaba su propio guia. Tuvo tambien que luchar contra los esfuerzos de hostilidad de dos jefes beduinos, antiguos enemigos de la Francia.

Llegado por fin á Katt, encontró allí numerosas caravanas de Kedamés, Tezzan y Egipto, las cuales habian llevado mas de seis mil cargas de mercancías, la mayor parte en productos ingleses. El jefe de la poderosa tribu de los Tuaregs, dueño de

aquellos paises, no se negó á conferenciar con el enviado del gobierno francés, y tuvo bastante inteligencia para comprender cuán provechoso seria para su país el abrir relaciones regulares con la Argelia. Varios regalos distribuidos á los otros jefes acabaron de granjearle las simpatías al valiente enviado. Al cabo de cuatro meses este estaba de vuelta en Laghuat. Ahora, por recomendacion de las autoridades, Bou Derba ha sido condecorado con la cruz de la Legion de Honor.

El resultado de esta primera mision comercial hácia el centro del Africa, es tanto mas feliz, cuanto que los Tuaregs han sido hasta aquí el único obstáculo para entablar comunicaciones amistosas con los negros. Tribus belicosas y temidas, las de los Tuaregs, formaban en aquella parte como una barrera, peor que el desierto mismo. Si en adelante, atraidos por el interés, esos pueblos cesan de cortar el camino á nuestras caravanas, lo demás será muy fácil, ya que los pobres negros del Sudan son una raza muy diferente de lo que se cree generalmente; unos viajeros que han penetrado en su país, y particularmente los misioneros franceses é italianos que viven en Bengazi (regencia de Trípoli), pintan á los habitantes del Sudan como hombres muy pacíficos, dóciles y llenos de respeto y temor por la superioridad de los europeos.

En cuanto á caminos y comunicaciones el imperio de Marruecos se encuentra bastante mal; no hay uno solo regular en todo el imperio, puesto que por ninguno pueden transitar carruajes; á bien que como los marroquíes no los usan no echarán de menos esta falta. Marchan por senderos que los pasos del viajero han ido marcando poco á poco, y de ahí la necesidad en que se ven los marroquíes en caso de guerra de conducir á lomo la poca artillería que tienen cuando quieren hacer uso de ella. Los mal llamados allí caminos, incluso el imperial, consisten en sendas mas ó menos ásperas, segun la calidad del terreno por donde pasan. Posadas ó ventas Dios las dé: en la mayor parte de los caminos de Marruecos no se tropieza ni

con una mala aldea donde detenerse á tomar un refrigerio; así es que el viajero que no ha calculado bien la distancia de la jornada, se ve precisado á acampar á cielo raso, y de aquí la absoluta necesidad en que se ven de llevar consigo tiendas. Quizá no lleguen á una docena el número de caminos de todo el imperio: el señalado como imperial por servir en sus viajes al Sultan se estiende de Marruecos á Azamor, y de aquí por la costa á Rabat, Mequinez y Fez, evitando siempre el paso por los campos ocupados por las turbulentas tribus del interior.

Del Serrallo parten tambien tres caminos; uno hácia el Norte en direccion á Tánger, otro hácia el Poniente en direccion á Anghera, y otro hácia el Sur en direccion á Tetuan. El camino de Tánger es muy poco conocido.

Los únicos medios de trasporte conocidos son el camello ó el *barco del desierto,* como los nómadas se vanaglorían en llamarlo, y las caravanas ó convoyes que, trasladando de un punto á otro los objetos comerciales, sustituyen por decirlo así, el interior y *mar de arenas* á las diligencias, locomotoras y barcos de vapor.

Siendo tal el estado de los caminos, calcúlese lo veloz y bien montado que estará el servicio postal ó de correos.

Para concluir con todo lo relativo al comercio marroquí, diremos que las bancarotas que hacen los comerciantes son llamadas kerat, y que todos los que por cualquier accidente vienen á verse reducidos á esta triste situacion, están obligados á manifestar públicamente, no solo la causa de su kerat, sino en el uso que han hecho de sus bienes y mercancías, para en vista del resultado que obre la ley.

El cuerpo consular de Tánger está revestido desde los tiempos de Muley Soliman de todas las atribuciones de la junta superior de sanidad para resolver todas las cuestiones relativas á bancarotas de comerciantes, en las cuales les está prohibido intervenir á todas las demás autoridades locales. Los buques apestados ó sospechosos que llegan á cualquier punto de la costa

22.ª *entrega*, 8 *pags*, 169 *á* 176.

marroquí, están obligados á pasar la cuarentena en Tánger, desde cuyo punto suelen ser despachados para el lazareto de Mahon cuando vienen muy infestados.

CAPÍTULO XI.

De las monedas, pesos y medidas.

La fabricacion de moneda se encuentra tan atrasada en el imperio marroquí, que la mayor parte de las monedas que circulan son españolas y francesas. En las ciudades de Fez, Marruecos, Mequinez, Rabatt y Tetuan, hay no obstante algunas zecas ó fundiciones, donde, aunque no con mucha finura, se baten monedas de oro, plata y cobre: la direccion de estas zecas estaba confiada antiguamente á los hebreos, quienes, aunque no eran muy hábiles en esto de batir metales, se daban no obstante tan buena maña para mermar las monedas, que validos de la circunstancia de que allí ni hay contrastes ni ensayadores, rebajaban sin escrúpulo alguno de conciencia el valor intrínseco de la moneda, convirtiendo en riqueza propia lo que por este concepto robaban á la nacion: esto es causa de que la mayor parte de las monedas marroquíes que hoy circulan por el imperio estén faltas de peso; pero esto, merced á las bárbaras leyes del país, no les quita ni un ápice de su valor en cuentas y cambios.

Las monedas conocidas en el imperio son de oro, de plata ó de cobre.

Las de oro son: la dobla, el bu-t-zchi ó bu-taka, el metbu'-o, el mitzkal, la ukia, el doro de borque y el nusf.

Las de plata, el real ó la ukia ú onza..

Y las de cobre, el fels, los fluses y la mozuna.

La dobla equivale á diez pesos fuertes de los nuestros.

El bu-t-zchi ó bu-taka, que quiere decir el padre de la fuerza y de donde viene sin disputa alguna el nombre de pataca, equivale á dos pesos de los nuestros. Es conocido en España con el nombre de patacon.

El metb'-o, ó ducado de oro, equivale á 30 reales.

El mitzkal es una moneda imaginaria y equivale á 12 reales y 50 céntimos de los nuestros. Vale diez ukias en moneda marroquí.

La ukia de oro marroquí equivale á un real y veinticinco céntimos de los nuestros; diez y seis ukias, por consiguiente, equivalen á un duro español.

El nusf equivale á 19 rs. y 44 céntimos de moneda española.

El doro no es otra cosa que el napoleon francés, al que designan con este nombre; y el doro borque el duro español de 20 reales, que bautizan de ese modo.

El real de plata, redondo ó cuadrado, pues de las dos formas los acuñan, equivale á la peseta nuestra, y en algunas provincias lo designan tambien con este nombre; el real de plata tiene 72 cuartos morunos, cada uno de los cuales equivale á 2 maravedises españoles; pero estos reales ó pesetas han de ser de cara y cruz, pues les demás no los quieren.

La ukia de plata ú onza, llamada tambien ria-emtáa-Sidi-Emhhammed, ó lo que es lo mismo, real ó peseta de Mohhammed, equivale á 2 rs. 88 céntimos de los nuestros.

El fels, que es la moneda de cobre mas insignificante, equivale á nuestro maravedí.

El flus ó fluses es el nombre que recibe el fels en plural; cuatro fluses equivalen á un cuarto nuestro, y 96 fluses equivalen por consiguiente á la ukia de plata que tiene 2 rs. 88 céntimos.

La mozuna es equivalente á 72 céntimos de nuestro real, y tiene 24 fluses.

Tal es la clasificacion corriente de las monedas marroquíes, y no obstante la cual ofrece muchísimas dudas la division de ellas, aun en el mismo centro del imperio.

La moneda mas corriente en Marruecos, no obstante esta clasificacion, es el duro español, que, como hemos dicho antes,

equivale á 16 ukias de oro, y el napoleon francés, equivalente á un nusf próximamente.

La introduccion de la moneda estranjera es libre, y únicamente las pesetas pagan el 12 1[2 por 100 sobre la suma importada; la estraccion de oro y plata acuñados, está, no obstante, rigorosamente prohibida.

En Marruecos circula poco el dinero y por lo tanto se encuentra todo muy barato; así es que una docena de huevos suele valer 2 cuartos, un pollo 12, una gallina 20 ó 24, y así sucesivamente muchos comestibles. El cambio por el contrario, se encuentra tan generalizado, que en el interior del país la mayor parte de los contratos de compra y venta se hacen cambiando género; así es que el dinero tiene poco valor en ciertas localidades.

Los pesos usados en Marruecos, son: el quintal ó cántaro comun, el de Mogador, el de Saffi, el de Rabatt y Salé, la libra grande, la libra pequeña y la onza.

El quintal ó cántaro comun equivale á 100 libras ó 45,346 kilógramos.

El quintal ó cántaro de Mogador tiene 100 libras y equivale á 47,775 kilógramos.

El quintal de Asffi ó Saffi tiene 125 libras ó 56,682 kilógramos.

El quintal de Salé y Rabatt equivale á 150 libras ó 68,190 kilógramos. Con este cántaro ó quintal se pesan la carne, la manteca, el jabon y el aceite en los mercados, y la cera y el hierro en las aduanas.

La libra grande equivale á 18 onzas, ó 510 kilógramos.

La libra pequeña tiene 16 onzas, ó 453 kilógramos.

Y la onza 28 kilógramos.

Las medidas usadas por los marroquíes son las siguientes:

El sahh, que equivale á cuatro almudes ó sean 57,548 litros, y sirve para pesar no solo los granos, sino la sal y el aceite de

Argan. Pesa mas ó menos, segun el tiempo y lugar donde se usa.

El mudd ó almud, que es medida de cereales, se usa en Rabatt, Mogador, Tánger, Saffi y Dar-el-Beyda, y equivale sobre poco mas ó menos á la tercera parte de nuestra fanega, 14,387 litros. En los demás puntos del territorio no se usa. Se divide en mitad y cuarta parte.

El cula ó coula es mas comunmente que el sahh medida de aceite, y equivale á 22 libras del cántaro grande; la cabidad de la cula es de 764 pulgadas cúbicas, ó 15,156 milímetros.

En muchos puntos de Marruecos se hace uso de nuestra fanega con todas sus divisiones.

Las medidas lineales de longitud, son el dhrad ó codo, y el tomin.

El dhrad ó codo llamado tambien cubo ó braza, tiene 551 metros, y se divide en ocho tomines.

El tomin tiene 69 metros.

Estas son las únicas medidas conocidas en Marruecos, ó las únicas al menos de las que hay noticia por los viajeros y traficantes.

Los moros llaman cula á todas las medidas lineales de los estranjeros; cula quiere decir mala lengua.

CAPÍTULO XII.

De la religion, sectas religiosas, etc.

La religion de Marruecos no es la que profesan los discípulos de Alí, sino el mahometismo, segun la secta de los Sunnitas: á escepcion de la judáica, que se permite profesar á los israelitas, la mahometana es la única que se profesa en todo el imperio. La intolerancia religiosa de los marroquíes llega, por otra parte, á tal estremo, que únicamente los españoles hemos logrado tener en Tánger un convento de franciscanos, muy res-

petado por mas señas; pero por desgracia, y merced á lo poco que por ellos ha hecho nuestra nacion, dicho convento ha desaparecido tambien, hallándose dispersos todos los franciscanos. Por lo demás, la intolerancia con los cristianos es tál, que con razon puede decirse que Marruecos es el único pais mahometano donde no se halla permitida la predicacion y la práctica del Evangelio con la amplitud debida; porque en Constantinopla, que es la ciudad donde, por decirlo así, se encuentra el emporio del mahometismo, hay multitud de iglesias cristianas donde se rinde culto al verdadero Dios.

Los religiosos capuchinos existentes en dicha ciudad, sirven la capilla de la embajada francesa; los franciscos y descalzos las dos parroquias mas antiguas de Pera; la catedral moderna está á cargo del clero secular, y tambien la iglesia de la Trinidad, que era la antigua metropolitana; la jurisdiccion del curato de la catedral nueva se estiende sobre las orillas del Bósforo hasta los dos castillos edificados por Mahomet II, y mas allá comienza la parroquia de Benyukderech, administrada tambien por los franciscanos. El curato de Gálata lo está por los dominicos juntamente con la iglesia de Lazaristas, y los PP. de la Tierra Santa tienen un convento en Pera; de suerte que solo en Constantinopla se cuentan cinco iglesias franciscanas, sin hacer mérito de las demás misiones de Asia. Por el Cairo y Alejandría sucede lo propio. En esta última ciudad, además de los antiguos, acaban de edificarse dos nuevos templos donde la predicacion es libre, y los oficios se celebran con la mayor reverencia. Los frailes visten su hábito, y hay hermanas de la Caridad y hermanos de la Doctrina. Unicamente en Marruecos es donde no está permitida la predicacion del Evangelio.

La religion musulmana, es sin disputa alguna, de las mas sencillas que se conocen; ni tiene misterios ni sacramentos, ni hay intermedios entre el hombre y Dios; no tiene altares, ni imágenes, ni ornamentos. Dios es invisible, el corazon del hombre su altar, y todo musulman es gran sacerdote. Segun el

Hhadiss, que es la tradicion canónica, el profeta declaró la esencia de la religion en esta sentencia célebre.

«El islamismo está edificado sobre cinco bases ó fundamentos, que son: Hacer la profesion de fé. No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su profeta. Hacer oracion. Dar limosnas. Observar el Ramadan y hacer la peregrinacion á la casa de Dios.»

No obstante la estremada sencillez que resalta en la religion mahometana, quizá no haya otra que haya tenido tantos intérpretes y comentadores, y que con sus comentarios é interpretaciones hayan creado tanto número de sectas. El fanatismo de los que estas sectas sostenian, llegó siempre á un grado tal, que en mas de una ocasion echó por tierra los tronos de los califas y sultanes.

No nos detendremos á enumerar el número de sectas que tiene la religion mahometana; concretándonos únicamente á las que sostienen en Marruecos, volvemos á repetir que la de los sunnitas es la que impera, y que el rito actual es el maleki, uno de los cuatro ortodoxos en que se divide el culto mahometano, y cuyas diferencias consistentes únicamente en algunas ceremonias, se reducen á si han de cruzarse, por ejemplo, los brazos al hacer oracion, ó si han de caer á lo largo del cuerpo; si las abluciones han de ser de las puntas de los dedos á los codos, ó por el contrario, de los codos á los dedos.

En Marruecos hay, no obstante, segun algunos autores, varias sectas que se diferencian notablemente, citando entre ellas la Flanducha, la de los Gilalas, Ahmatches, Dercanas, y Sidna-Aiser. La mas notable de todas es la llamada Flanducha ó Lenducha, acerca de la cual Mr. Didier que presenció una de sus procesiones, dice lo siguiente:

«No puede imaginarse cosa mas salvaje que las procesiones que celebran los partidarios de estas sectas; el jefe (mocaddem) lleva una capa vieja ó haik blanco, y montado sobre un caballo de este mismo color ostenta en una de sus manos un estan-

darte blanco tambien, y semejante á los de las cofradías ó hermandades españolas.

»Afecta una magestuosa inmovilidad, mientras los que le siguen, que van generalmente medio desnudos, danzan al son de una especie de gaita que llaman agnal y de un tambor llamado asimismo tabel, ni mas ni menos que si se hallaran poseidos de los espíritus infernales. En derredor del mocaddem inclinan respetuosamente la cabeza hasta los pies de su caballo, y se entregan con un furor que raya en delirio á los mas estrambóticos movimientos, haciendo con el cuerpo ridículas contorsiones. La música, en vez de calmarlos, los escita de tal modo con su compás, que la estrambótica danza se prolonga estraordinariamente, en tanto que los concurrentes á la procesion los animan con sus gritos. En este atroz estado de irritacion nerviosa, se arrojan con tal furor sobre los animales, que los desgarran con dientes y uñas, comiéndoselos cuando aun están medio vivos y ensangrentados, Yo mismo (añade Didier) ví despedazar y devorar de esta manera un carnero y dos asnos. Esto es lo mas notable que ofrece esta fiesta religiosa: cuando no encuentran animales, se lanzan como fieras sobre los judíos, que en su concepto son objeto de espanto en aquellos supremos instantes. Los israelitas tiemblan como azogados, mudos de espanto tan luego como oyen las primeras notas de aquella fatídica música. Tambien los cristianos juzgan prudente retirarse en aquellos momentos de fanático arrebato.

Su rabia se enciende á veces de tal modo, que es preciso echar mano de la fuerza armada para contenerlos. Apiñada la multitud en torno del mocaddem, que permanece mudo é impasible sobre su caballo, hace su entrada al amanecer en Tánger besándole respetuosamente la rodilla. Por la tarde se celebran en Tánger otras procesiones por el estilo, acompañadas de iluminacion y disparos de espingarda.»

Las sectas de los gilalas, ahmatches, y dercanas, son una es-

pecie de deistas, que recorren las poblaciones y los campos disfrazados de arlequin y reciben las ofrendas de los fieles.

Algo mas conocida que estas es la de los Aisaua ó Sidna-Aiser, que posee en Fez un vasto santuario, morada central de toda la comunidad. Hácia el 15 de julio se reunen y bajan á la provincia de Suz con objeto de proveerse de serpientes. Una vez provistos de estos animales se estienden por todo el Imperio; y Mr. Drummon-hay, que tuvo ocasion de verlos en su espedicion por Africa, dice que pasando por la costa de Larrache tropezó con cuatro de estos sectarios naturales de la provincia del Suz, tres de los cuales, que por lo visto eran músicos, tocaban una especie de flautas de caña bastante largas, produciendo lúgubres sonidos que prolongaban cuanto querian, esparciendo en torno suyo la tristeza.

Drummon les rogó le enseñaran las serpientes, y ellos accedieron gustosos, ejecutando varios juegos y danzas con algunas de las mas venenosas, que eran de las mas terribles que se conocen, y que ellos sin recelo alguno manejaban á su sabor y con toda facilidad. Lo que no puede concebirse humanamente (añade Mr. Drummon asombrado), es como estos hombres salen impunes de las mordeduras de estas serpientes, siendo así que todos los animales en quienes hice la prueba murieron instantáneamente, en medio de las horribles convulsiones que les producia la actividad del veneno. Estos sectarios tienen alguna analogía con los derviches ó saludadores de Oriente y tienen muchos puntos de contacto con los juglares.

Entre los marroquíes existe tambien una hermandad ó cofradía llamada de los isagües, que tiene por santo ó patrono á Sidiveneisa, que segun ellos quiere decir Cristo, y á quien guardan la mayor veneracion y respeto por asegurar que era primo carnal de Mahoma. Sidiveneisa, segun los marroquíes, es el intercesor ó abogado de los imposibles. Muchos moros algo listos, cubriéndose con la devocion á este santo, fingen que están poseidos de su gracia, asegurando entre otras cosas que el fuego no

los quema como los incombustibles ó saludadores que vagan por Europa. Afiliándose á esta hermandad, parece como que tienen derecho á ejercer su escandalosa industria engañando á los pobres ignorantes. Llevan por lo comun culebras vivas adiestradas, y hablándolas en nombre del santo, obedecen á todo cuanto les mandan; en una palabra, los isagües no son otra cosa que titiriteros ó saltimbanquis que, con estas embusterias, engañan al pueblo sacándole los cuartos. Cada año celebran una fiesta en la cual se unen todos ó la mayor parte de los que hay en la ciudad de Mequinez, en cuyos alrededores se encuentra la ermita del santo. La fiesta se celebra en esta ermita, y dura tres dias consecutivos, durante los cuales dicen los despreocupados que toman un poco de arsénico en leche, para embaucar á las gentes, haciéndolas ver que son invulnerables á los venenos. Durante la fiesta se ponen furiosos, y se embriagan de un modo tan raro y estravagante, que además de ponerse encarnados hasta los ojos que se desencajan con unas miradas atroces, bailan, saltan, ahullan, braman y chillan todos á un tiempo, armando una tan confusa algarabía, que atruenan todos los alrededores: entonces es, segun ellos, cuando se hallan poseidos de la gracia del santo. En los tres dias que dura la fiesta, forman un corro ó rueda, y los isagües ó hermanos mayores, se retiran fuera del círculo manteniéndose muy serios á corta distancia, armados de un fuerte garrote, que descargan con furor sobre las costillas del hermano, que desmandándose en medio de su locura ó embriaguez, se sale fuera del corro ó ejecuta cualquier accion descompuesta.

Despues de castigarlo, los hermanos mayores le arrojan de la ermita y de la hermandad, declarándole fuera de la gracia del santo. Durante los tres dias que dura esta fiesta suelen suceder tantas desgracias, que la autoridad, á fin de evitarlas en lo posible, impide salir de sus casas á los judíos, que á no ser por estas precauciones perecerian á manos de los isagües.

En Marruecos no hay como en Turquía un cuerpo de ulemas

ni un mafti encargado de resolver las grandes cuestiones religiosas y canónico-civiles con absoluta y completa independencia del Emperador. En Marruecos sucede precisamente todo lo contrario; el Sultan es el que en virtud de su omnímoda y absoluta libertad, resuelve las cuestiones religiosas á su capricho, consultando á lo sumo con la autoridad de algun santo célebre en el imperio. Sin embargo, hay algunos litigios, como los que versan sobre compras y ventas, préstamos, esponsales, divorcios y otros por el estilo, que se deciden ante el cadí, quien para ello se encuentra sentado á la puerta de la ciudad dando audiencia.

Los santones, marabuts ó morabitos de Marruecos, que todos estos nombres reciben, son una especie de ermitaños que viven en el desierto ó lejos de las poblaciones. Los moros los respetan y les rinden todo género de veneracion y culto; se ocupan generalmente en la interpretacion del Koran; fanáticos hasta lo sumo, incitan á las masas y las llevan por donde quieren, obligándolas á cometer toda clase de tropelías contra los cristianos á quienes profesan un odio mortal, y con las cuales les aseguran que aplacan la cólera de Dios y obtienen gracia del Profeta. Los santones tienen á su lado sus kabos de morabito, dignidad eclesiástica tambien, aunque subalterna, cuya única mision consiste en recorrer las poblaciones pidiendo para la manutencion de sus superiores. Hacen por lo comun dos escursiones por semana y vuelven cargados de dinero, comestibles y otros efectos. Los santones se entretienen en inventar toda clase de farsas con las cuales engañan á los crédulos haciéndoselas tragar por milagros.

Los santones gozan de tal influencia, y están dotados de tales atribuciones, que no solo ejercen autoridad mediando en las disensiones de familia, en cuyo caso suelen prestar algunos beneficios, sino que en muchas ocasiones son consultados por el Emperador para resolver las mas árduas y difíciles cuestiones políticas y religiosas. Su maldicion es temida y cae sobre la eabeza

de los moros como un rayo que los anonada. Cuando fallecen suelen erigirles una pequeña mezquita en el lugar donde vivieron, y consagran multitud de rezos y oraciones á su memoria.

Hay tres clases de santones en el imperio; los bobos, los fanáticos de buena fé y los impostores. Los bobos ó idiotas son venerados en todo el territorio marroquí y son tenidos por santos; dicen los moros que mientras el cuerpo de estos pobres de espíritu vaga errante en la tierra, Dios detiene prisionera en el cielo su razon sin soltarla mas que en el momento en que quieren proferir algunas palabras, en cuyo caso estas deben escucharse como revelaciones ó sentencias. Gozan de tal libertad, que recorren las calles medio desnudos y nadie se opone á sus caprichos. A los fanáticos de buena fé y á los impostores todo les es permitido, y pueden obrar tambien con entera libertad, sin que nadie se les oponga: su encuentro ha sido funesto á los europeos en mas de una ocasion.

Tambien parece que hay en Marruecos mujeres santonas, cuyo testimonio vale en juicio tanto como el de un hombre, mientras que respecto de las demás mujeres, es preciso que se reunan seis ó siete para que su palabra haga fé en cualquier litigio.

En prueba de la influencia que los santones ejercen en los ánimos y del prestigio que gozan, no solo entre el pueblo moro, sino aun con el mismo Emperador, bastará citar el siguiente hecho referido por un corresponsal del Peñon de la Gomera y reproducido por todos los periódicos españoles al ocuparse de la guerra.

«El dia 6 de diciembre, dice la carta de dicha plaza, llegaron á esta algunos moros, los cuales han satisfecho nuestra curiosidad respecto á los grupos que se habian presentado en las Torres de Alcalá. Han asegurado que dicha reunion tuvo por objeto esperar una sorpresa que querian realizar los de la kabila de Tufú con los de Benibufras, con quien hace algun tiempo tienen

una encarnizada guerra y á la que habian robado 45 vacas; pero como quiera que en aquellos dias pasaron moros de tránsito procedentes de los partidos neutrales de Poniente, observaron los preparativos de los de las Torres, y cuando llegaron por Tufú, significaron á estos lo que habian observado, y no tuvo efecto la proyectada incursion, por cuya razon se retiraron.

«El 11 al amanecer se divisaron una fragata y un bergantin con rumbo para Poniente, y habiendo recalado viento al Este, continuaron su direccion, siguiendo el segundo las aguas del primero, perdiéndose de la vista de la plaza á las tres y media. El dia 12 volvió el confidente con la noticia de que, en el soco, feria que se celebró el dia anterior, el cherif de los partidos limítrofes á esta fortaleza, Sidi-Brageru, (en otros tiempos amigo de los cristianos) que reside en la Alcázaba, distante de ella tres leguas, hizo patente á las kabilas de Bocoya, Tufú, Beniataf, Taguidi, Asgar, Tausá, y otras varias de este campo, en sermon público y encima de una piedra de alguna altura, un manifiesto del nuevo Emperador de Marruecos, enviado el dia 10 por un santon de conocido prestigio que se hallaba en Fez, en cuyo pliego se ordenaba marchasen todos los que pudieran á tomar parte en la guerra contra los cristianos: segun afirma el moro confidente y otros de Bocoya, les decia su Sultan, que la bandera del Profeta se hallaba ultrajada por aquellos, y que, si no obedecian el precepto que les imponia, serian quemadas sus casas al terminar la guerra, y que tanto ellos como sus familias, vivirian errantes. El partido de Bocoya fué el primero que se negó abiertamente á asentir al mandato del Rey, pretestando no tener que comer, y que sus hijos perecerian. Cuenta dicho confidente, que al observar el santon portador del papel, semejante negativa, los maldijo á ellos y sus hijos, apostrofándolos supersticiosamente.

»Fanáticos por su orígen los islamistas, y poseidos todos los pertenecientes á las demás kabilas de un terror profundo á consecuencia de las maldiciones del santon, le demostraron se-

guidamente, que para hacerle ver tanto á él como al cherif predicador, que ellos eran hijos de Mahoma y antípodas de los cristianos, se prestaban voluntariamente á hostilizarlos con encarnizamiento, y visto esto por el mandon religioso, les ofreció en nombre del Emperador dos reales diarios mientras permanecieran en fuego y la pólvora necesaria al efecto, con la condicion de que si viesen algun vapor ú otro buque inglés entrar en el puerto, fuesen estos esceptuados de toda hostilidad.»

El sepulcro de los santones es lugar de asilo para los ladrones y asesinos, quienes, acogiéndose á ellos, se ponen á cubierto del castigo. Tambien los sepulcros son puntos de peregrinacion: uno de los mas célebres de estos lugares es la Zawia ó ermita de Muley-Abd-Selam, en el monte Beni-Hassen, cuyas nevadas crestas se distinguen desde el peñon de Gibraltar, dominando á la plaza de Tetuan.

«Allí (dice Monreal describiendo esta peregrinacion en todos sus pormenores) acuden caravanas de peregrinos en los primeros dias de primavera, á visitar las santas reliquias. Las que salen de Tánger constan generalmente de algunos centenares de hombres, mujeres y niños, montados en toda clase de animales, desde el asno hasta el camello: cada familia se provee de lo necesario, sin olvidar su pequeña tienda; salen en forma de procesion, marchando unos tras otros, con banderas, tamboriles, y una especie de gaita. La primera noche se detienen en *Malioga*, cerca de Tánger. El segundo dia atraviesan una llanura de gran estension, y despues de pasar una áspera cadena de montañas, acampan al pié del Beni-Hassen á eso del medio dia. Al dia siguiente, la tumba de Sidi-Abd-Selam, siempre pintarrajeada de amarillo, hiere la vista de los peregrinos, que miran estupefactos la roca de *Sact-el-Waleda* (maldicion de la madre), que parece desplomarse sobre el sepulcro. Allí arman de nuevo las tiendas para la ceremonia de pasar la *piedra del salto*; esta es una especie de lápida plana, circular, de mármol blanco, y en

cuyo pulimento, segun ellos, no ha intervenido la mano del hombre. Esta piedra es objeto de veneracion, y el peregrino que puede pasarla de un salto es considerado como protegido del cielo. Antes de esta ceremonia pasa la caravana por delante de la casa que habitó Muley-Yezid, hasta que encontró un refugio contra la venganza de su padre el Sultan Mohamed. Despues tienen que apearse todos, porque la montaña de Muley-Abd-Selam es de las mas escarpadas.

Unos peones van abriendo camino á través de bosques de olivos silvestres y otros árboles, que inclinan sus ramas del lado del sepulcro. Aun en el tiempo mas caluroso, el aire es frio en esta sagrada cima, á la cual sube el peregrino lleno de veneracion y de temor. Apenas se acercan á la aldea se ven asaltados por una multitud de *santitos* (la santidad, hereditaria allí como en otras partes la nobleza, pasa de padres á hijos.) Estos muchachos son los hijos de los *Xerifes*, posteridad del santon, y guardianes natos de los restos del antecesor comun. Tienen los peregrinos cuidado de proveerse de antemano de bizcochos y tortas pequeñas para entretener aquel enjambre de chiquillos, y mientras se disputan las golosinas, pasan de aquel sitio. La poblacion, término del viaje de la caravana, se compone de algunas barracas ó chozas de paja. Por la tarde acuden los *xerifes*, á cada uno de los cuales debe hacer todo peregrino algun regalo, segun su fortuna. A la mañana siguiente, al romper el dia, marchan todos en procesion hácia la casa del *emcaddem* (el anciano) jefe del santuario, al cual deben tambien hacer alguna ofrenda. En seguida pueden los peregrinos seguir su ruta y subir por los escalones abiertos en la roca hasta una caverna, cuya abertura es tan estrecha, que aun los muchachos no pueden penetrar en ella sino gateando. No es permitido mas que asomarse á ella: los guias detienen á los fieles á la entrada, y les enseñan de lejos las *figuras grabadas* de un hombre y una mujer desnudos, de los cuales uno tiene en la mano un tamboril y una esfera. Delante de ellos una serpiente semienroscada

levanta su cabeza. Este bajo relieve, profundamente grabado, ocupa cerca de cinco piés de terreno. Los *xerifes* tienen buen cuidado de persuadir á la gente crédula, que aquellas son personas petrificadas por el poder del santon. Vuelve de allí la procesion á la famosa roca de la *maldicion de la madre.* Esta es una estrecha hendidura perpendicular, que termina en un abismo. Un reborde de algunas pulgadas de largo ha sido hecho por la parte de adentro, á lo largo de la hendidura, el cual sirve de punto de apoyo á los animosos peregrinos que se arriesgan á arrostrar tan peligroso paso. El atrevido devoto que se determina á tan terrible prueba, apoya su espalda sobre la roca opuesta al reborde en que pone sus piés, y avanza así de costado con todo cuidado. En todo este camino se halla suspendido sobre el negro abismo. Pero al fin de la hendidura es donde está el mayor peligro: los costados de la grieta se acercan tanto, que casi es imposible deslizarse entre ellos.

El que llega al fin, obtiene por gracia especial el don de: «no abrigar jamás odio en su corazon contra su familia;» el perverso que lo intentára se veria prisionero por la roca, hasta que los xerifes, mediante algunos versículos místicos ó invocaciones á Allah, ensanchasen la grieta para poder volver al punto de partida. Finalmente, los peregrinos, prévia la última oracion sobre el sepulcro de Muley-Abd-Selam, emprenden la vuelta hácia Tánger.»

Los moros usan rosarios, cuyas cuentas en número de ciento son, segun los recursos del dueño, de diferentes materiales; la generalidad los usa de raiz de boj ó de ébano. El moro creyente ápenas suelta su rosario y no deja en todo el dia de murmurar en voz monótona la frase que constituye su principal oracion. Además de estos rezos, el moro tiene obligacion de ir á la mezquita cinco veces al dia; la primera á las dos de la madrugada, la segunda al amanecer, la tercera al medio dia, la cuarta á las cuatro de la tarde y la última á las siete; pero á pesar del entusiasmo que profesan por su religion, son pocos

los que cumplen exactamente con estos deberes y por esto no suelen estar muy concurridas las mezquitas.

Respecto á los asuntos religiosos de los marroquíes, los periódicos españoles, auxiliados por sus corresponsales en el teatro de la guerra, nos han dado muy curiosos pormenores.

En las mezquitas no se encuentran imágenes ni adornos de ninguna especie; pero hay gran número de lámparas en medio de las cuales se coloca el santon para pronunciar en alta voz los versículos del Koran, que los circunstantes repiten imitando la entonacion y los gestos del que está oficiando. Como no se conocen en Marruecos las campanas, hay *mezzuínes* ó sacerdotes encargados de señalar la hora de las oraciones, subiendo á la torre de la mezquita, y agitando un banderin colocado en la punta de un palo. Hecha esta señal se vuelve el mezzuin hácia el Sur, donde se halla la Meca, y poniéndose los dedos en los oidos grita con toda la fuerza de sus pulmones: *Dios es Dios y Mahoma es su Profeta*, repitiendo despues estas palabras en las demás direcciones.

De esta manera sabe el público la division del tiempo, puesto que los pocos relojes que existen en el país, se hallan solamente en las mezquitas de las grandes poblaciones. Las mezquitas subalternas, repiten la señal dada por la primera, y entonces acude cada uno á la que le merece la preferencia. Al entrar todos se descalzan, besan la tierra y se lavan la boca, la nariz, las orejas y la planta de los pies, con cuya operacion se figuran que están purificados y redimidos de sus pecados.

Durante el tiempo que permanecen en sus templos, sentados en unas esteras, no se atreven á toser ni escupir, y no hablan con nadie á no ser un caso de estrema necesidad. No están admitidas las mujeres en las mezquitas para que su vista no cause distracciones ó sugiera ideas impuras. Tienen, pues, que hacer sus devociones en casa, aunque poco las vale, puesto que segun la ley del Profeta, no tienen entrada en el Paraiso.

Las oraciones de los moros son muy particulares y en casi to-

das alaban al Emperador rastreramente. Además de las que suelen recitar en la guerra, para que los libre Dios de pestes, enfermedades, etc. y de las cuales hemos ofrecido una muestra al hablar del ejército marroquí, recitan otras en las mezquitas en tiempos normales, todas las cuales concluyen con estas significativas palabras: «Dénos Dios fuerza para combatir contra los cristianos, de quienes nos libre por siempre amen.» A uno de los cadáveres hallados por nuestras tropas en el campo, se le encontró la siguiente oracion:

«Alabado sea Dios, escucha las oraciones. ¡Oh Mohammed, da paz á los muertos! Instruccion para los hijos de Alí, nuestro jefe y señor: 22 cánticos en honor de Mohammed Benetsur el Dehuaeh y 5 genuflexiones; 18 cánticos en honor de Ehue el Tabbok: 22 cánticos en honor de Alanes y 36 cánticos en honor de Elbachfuat. Salud.»

Los marroquíes son muy fanáticos y supersticiosos; tienen por sagrada la bendicion del Emperador, de los jefes de sus tribus y de los santones; si salen á caza no pueden comer la pieza que queda rematada de un tiro, y sí solo la que acaba de morir degollada; tampoco se miran al espejo, porque creen que el que lo hace no tiene nunca hijos varones.

Son tan intolerantes, que como hemos dicho al principio de este capítulo, no permiten la predicacion del Evangelio; pero no para aquí su intolerancia. Rencorosos como son con los cristianos, y enemigos acérrimos de todos los que no profesan su religion, hasta á los renegados de otras religiones les hacen sentir las influencias de su necia preocupacion; así es que la condicion de los renegados en Marruecos es en estremo despreciable, y los periódicos nos han dado últimamente detalles muy curiosos acerca de la triste situacion en que se encuentran, aunque ya por las historias teníamos conocimiento anticipado de ello.

Los renegados, no obstante su abjuracion, y por muchos que sean sus talentos y su educacion, no obtienen nunca el mas

pequeño mando militar, tanto por el desprecio en que viven, como por la desconfianza que inspiran en un pueblo sumamente suspicaz, que adivina muy bien los motivos que han impulsado á estos malos cristianos á abrazar una nueva religion que están dispuestos á observar tan mal como la primera. Los renegados forman una corporacion en la cual todas las naciones están representadas; pero en donde figuran principalmente los franceses y los españoles, desertores los unos de los cuerpos disciplinarios de la Argelia, y escapados los otros de los presidios de Melilla y Ceuta. Pertenecen nominalmente al cuerpo de *Tobidji* ó sean artilleros del Sultan; pero en muy raras ocasiones se les confian cañones, ni aun fusiles, y mucho menos para enviarlos contra tropas europeas, por temor de que aprovechasen tan buena ocasion para comprar su perdon y buscar en la desercion los medios de volver al mundo civilizado.

Generalmente no se permite á los renegados el permanecer en las ciudades del litoral; suelen residir en Fez, en Mequinez y tambien en otros puntos del interior, en donde el Emperador tiene guarniciones destinadas á rechazar las contínuas escursiones de los Ailves y de otras indómitas tribus del Atlante. El sueldo que reciben es tan exíguo que se moririan de hambre si esto fuera posible en un suelo tan feraz como el de Marruecos; pero viven sumidos en la mayor miseria y en un estado de cautiverio contínuo, puesto que un castigo de cien palos á lo menos, esperan los que se encuentran fuera del punto designado para su residencia.

Finalmente y para concluir con lo relativo á la religion diremos, que entre las creencias y prácticas religiosas de los pueblos marroquíes hay algunas cuyo orígen, segun los historiadores, se remontan nada menos que á los primeros tiempos del paganismo. Los eclipses de sol y luna, como en todos los pueblos poco civilizados, causan profunda alarma. Los moros, no obstante, son muy dados á la astronomía, y de ahí lo muy ejercitada que tienen la vista.

CAPÍTULO XIII.

De la legislacion, administracion de justicia y penas ó castigos.

La legislacion de Marruecos es completamente bárbara y causa miedo, no solo describir, sino leer las penas que á los diversos delitos se aplican segun el código musulman. Esto, no obstante, Marruecos es un país donde la estadística criminal, si la hubiera, habia de arrojar gran número de datos acerca de mil clases de crímenes.

El Sultan, dueño absoluto de cuanto poseen sus súbditos, y jefe á la vez en lo temporal y en lo espiritual, es el juez y el legislador supremo. Su código es el Koran, que él solo interpreta en los casos litigiosos; da audiencia pública (mexuar) cuatro veces por semana; esta ceremonia la verifica montado á caballo, rodeado de su córte y á la sombra de un parasol verde, insignia de su soberanía, que sostiene el alcaide principal. A la audiencia del Sultan no es admitido nadie sin ofrecer un donativo proporcionado á sus riquezas; así es que los bajáes, antes de obtenerla, regalan al Sultan esclavos, caballos, joyas de valor ó dinero; los particulares telas, pieles, tapetes y otros objetos; y los menos acomodados gallinas, algun asno estropeado ó aquello, en fin, de que pueden desprenderse. Las sentencias dictadas por el Emperador son irrevocables.

En las ciudades y en representacion del Sultan, administran justicia los bajaes ó gobernadores, quienes se hallan revestidos para ello de los poderes suficientes; los cadíes administran tambien justicia sentados á la puerta de las ciudades ó de las casas, al estilo de los antiguos reyes de Granada, que daban audiencia tambien sentados en el dintel de la puerta judiciaria de la Alhambra. El fundamento de sus sentencias lo sacan siempre del Koran, que al propio tiempo que libro de religion desempeña el

papel de código: no obstante los ámplios poderes de que se hallan revestidos, no pueden ejecutar ninguna sentencia capital sin prévia consulta al Emperador.

Los bajaes, cadíes, alcaides y jalifas, al administrar justicia, imitan en un todo las cualidades despóticas del Emperador, y al pronunciar sus sentencias no les guia otro pensamiento que una máxima muy comun entre las autoridades del imperio que, traducida literalmente quiere decir: empobrecer al pueblo es quitarle el deseo y los medios de rebelarse.

Los asuntos religiosos, como hemos dicho en el capítulo anterior, relativos á compras y ventas, préstamos, esponsales y divorcios, se resuelven y sentencian ante el cadí: aun cuando en Marruecos hay waquils ó procuradores, esta profesion suele ser muy poco productiva, porque los mismos interesados, por rudos que sean, enterados como se hallan del negocio, suelen defenderse á sí propios; en torno de los cadíes y para dar fé y tomar nota de las razones alegadas por los litigantes, se encuentran siempre los adul ó escribanos y los kotebi ó escribientes, quienes estienden siempre el acta del juicio. Los cadíes, lo mismo que todos los demás legisladores, toman por base de sus sentencias el Koran, y especialmente los comentarios del escoliasta Malek-Anes, á los cuales se ajustan siempre. Cuando alguna de las partes no se conforman con las sentencias del cadí, tiene derecho á apelar al Emperador; pero esto muy pocas veces ó nunca sucede, porque además de proporcionar á los litigantes nuevos y cuantiosos gastos, resulta por lo general que, ó el espediente se detiene en el palacio imperial, ó se resuelve de conformidad con la sentencia del cadí, en cuyo caso nada adelantan los apelantes. Por esta razon, aun cuando las sentencias sean injustas, los perdidosos se aguantan por no esperimentar nuevos vejámenes.

Los kadets ó abogados, como hemos dicho en otro capítulo, ejercen con superior permiso y prévio un detenido exámen que sufren en Fez; su modo de administrar justicia es algo

mas desembarazado, puesto que ventilan verbalmente hasta las mas difíciles cuestiones de derecho sin autos ni diligencias: los contratos de compra y venta de propiedades, para ser válidos, deben estar autorizados por los kadets, á cuyo fin estienden un certificado á cada una de las partes contratantes. Sus derechos son arbitrarios, y no estando sujetos á tarifa, se arreglan como es consiguiente á la fortuna de los pleitistas ó contratistas. Los kadets no ejercen por lo comun en las ciudades grandes, sino en las pequeñas poblaciones que no son residencia de los gobernadores, y especialmente entre las tribus y kabilas errantes, donde, no obstante, lo convencidos que se hallan los moros de lo poco justos que son al dictar sentencias, los miran y tratan con toda clase de consideraciones.

Son muy curiosas las dos anécdotas siguientes relativas á la administracion de justicia de los Kadets, referidas por el señor Diana.

Aconteció, que debiendo sentenciar cierto pleito sobre los derechos de una propiedad, salió el abogado de su casa y se dirigió á la iglesia, en cuyo punto se ventilan en las aldeas estos asuntos. A la salida encontró á uno de los litigantes que le traia un cántaro de manteca, como testimonio de sus legítimos derechos. Mandó el abogado recibir el regalo á su familia, y continuó con el litigante hasta la mezquita. Entre tanto llegó el otro litigante á casa del abogado, llevándale un novillo de regalo: recibieron el presente, y le dijeron que ya estaba aguardándole en la mezquita; fuese allá el buen hombre, pero con la pesadumbre de que el abogado no supiese la venida del novillo. Un hijo del letrado entonces, no sabiendo cómo hacérselo entender á su padre, llegó ante el jurado, y dijo: «Padre, el novillo que ha traido este moro, se soltó de la cuerda en que venia atado, y ha roto el cántaro de manteca de este otro.» Ya puede comprenderse quién ganaria el pleito.

Llegaron en cierta ocasion dos moros á su presencia, y el uno dijo:

—Sabrás que entrando en casa de este á devolverle una espingarda, se me cayó, sin yo verlo, una moneda de plata de veinte reales, que es el único dinero que tenia, y habiéndola echado de menos al salir á la calle, volví á buscarla: al entrar ví á este que acababa de alzarla del suelo y se la guardaba: se la reclamo como mia y no quiere devolvérmela. Pon remedio en esto, tú que sabes mas que nosotros.

—¿Es verdad lo que este dice? preguntó el abogado.

—Es verdad, contestó el otro, que yo la cojí del suelo y me la guardé.

—¿Luego confiesas que te la hallaste?

—No confieso tal cosa. Lo que está dentro de mi casa no me lo hallo. La moneda se me habia caido hacia tiempo, y la alcé del suelo cuando quise.

—¿Tienes encima la moneda? preguntó el abogado.

—No, contestó el moro.

—Sí, replicó el otro, porque le he hecho venir aquí tan luego como ví que se la guardaba.

—¡Hola! dijo el abogado; veamos: tú sabrás, puesto que dices que es tuya, algunas señas de la moneda.

—Es un duro español de 1830, y tiene por la parte de la cruz un picotazo que yo le hice con mi gumía.

Registró el abogado al otro moro, y le encontró encima la moneda cuyas señas indicaba su adversario.

—Indicios son estos, dijo el letrado, de que esta moneda no te pertenecia.

—Todo lo que está en mi casa me pertenece: ese sabria las señas de la moneda, porque la repararia en el suelo cuando entró á devolverme la espingarda.

—Pero, ¿por qué negaste que la tenias encima? preguntó el abogado.

—Eso probará que he mentido, pero no que la moneda sea de ese otro.

Se quedó un rato pensativo el abogado, y dijo despues: la

moneda, puesto que estaba dentro de tu casa, es tuya; tú ganas el pleito, pero debes pagar las costas, porque este no tiene para ello; las costas importan veinte reales, con que me los guardo; y cogiéndole del brazo le puso en la calle. Sacó despues cuatro pesetas, y dirigiéndose al otro, le dijo: toma, puesto que dices que no tienes dinero, te regalo eso; pero ten otra vez mas cuidado en elegir buen sitio para perder las cosas.

Las penas ó castigos impuestos á los perpetradores de toda clase de delitos son estremadamente horribles, y en verdad puede decirse que el código penal nada tiene de tolerante ni humanitario. La pena que con mas frecuencia se aplica, y la que mas partidarios tiene entre los marroquíes es la del Talion; esto no obstante, hay muchas clases de castigos que se aplican frecuentemente, y de los cuales nos ocuparemos uno por uno.

El encierro, prision ó cárcel es el mas comun de todos los castigos, y tambien el mas humanitario; esta pena, que la aplican generalmente los gobernadores á las personas ricas con el menor pretesto, se elude, ó mejor dicho, se suple con dinero satisfaciendo una crecida multa pecuniaria, que los culpables pagan con gusto á trueque de gozar de libertad. Como el Sultan no tiene por buenos gobernadores sino á aquellos que mejores y mas cuantiosos regalos le hacen, los gobernadores se ven precisados á abusar de este castigo, con objeto de recaudar grandes cantidades y tener contento al Emperador, á fin de que no los deponga. Al propio tiempo, hacen todo lo posible por enriquecerse, y de aquí la frecuencia con que aplican la pena de cárcel á aquellos á quienes tienen completa seguridad de que han de permutarla por dinero.

El azotamiento ó bastonada se aplica por detrás ó por delante, segun la gravedad del delito. Comunmente se verifica tendiendo al reo boca abajo; un sayon se sienta sobre su cabeza á fin de que no la mueva; otro le sujeta las piernas, y los ejecutores de la justicia, armados de su látigo ó rebenque, que suelen llevar comunmente á la espalda, descargan sobre el paciente el nú-

mero de golpes asignado, que en ningun caso puede pasar de 989, cuya cuenta se lleva con un rosario.

El reo despues que ha sido tan horriblemente mortificado, se levanta á duras penas, si es que le quedan fuerzas para ello, y entonces los ejecutores de la justicia le piden el importe de su trabajo; ó tiene ó no tiene dinero; si tiene paga, y asunto concluido, pero si no tiene se ve obligado á sufrir un determinado número de golpes y bofetadas que los ejecutores le aplican con la rabia que es de suponer. Si él reo es un ladron se le azota con la mano.

El barnizamiento consiste en desnudar completamente á los reos, cubrir sus carnes de miel y aceite trasportándolos despues á un sitio donde haya muchos insectos y dejándolos espuestos á su furor.

La fractura es un castigo tambien bastante horrible. Apodéranse los verdugos del reo, le arrojan al aire con fuerza, y al caer se rompe necesariamente el brazo izquierdo, la pierna derecha, etc. Tan diestros están ya los ejecutores, y con tal maestría lanzan al aire á los reos, que estos al caer siempre se rompen el miembro designado por los jueces que dictaron la sentencia. Rara vez yerran el golpe.

La enclavacion es otro castigo, sino tan terrible como el anterior, horroroso como todos. Consiste en clavar á las tapias de las plazas ó mercados públicos á los delincuentes: comunmente se les clava por las orejas ó las manos; pero los marroquíes sufren con tal imperturbabilidad este y otros castigos que es muy comun, segun aseguran los viajeros, el pasar por una plaza y tropezar con un hombre que estando clavado á la tapia por las orejas fuma tranquilamente en pipa burlándose de todo el que le mira.

El castigo de los gatos es algo divertido por lo grosero, no obstante su ferocidad. Consiste en poner al reo unos calzoncillos anchos y fuertes, dentro de los cuales se meten cuatro ó seis gatos furiosos, que al verse allí encerrados pugnan por sa-

lir regañando unos con otros y rasgando con sus afiladas uñas la piel del delincuente.

El entierro en vida, es otro de los bárbaros castigos usados por los marroquíes. Consiste en abrir un foso perpendicular de la altura de un hombre y enterrar al reo dejándole fuera la cabeza, para que sirva de blanco á los verdugos que suelen pasar por encima de ella repetidas veces montados en caballos herrados fuertemente. Los chiquillos tambien se divierten tirándo pedradas al reo, que suele no sobrevivir á este horrible castigo, aun cuando le desentierren pronto. Otras veces se los encierra vivos dentro del vientre de un buey muerto, muriendo generalmente de axfixia.

La mutilacion es otro castigo tambien horrible y se estiende á los pechos, orejas, piés, brazos, manos y lengua, segun la clase ó gravedad del delito; á los ladrones de ambos sexos se les hace sufrir la mutilacion de ambas manos; y á los cobardes en la guerra la de las orejas que se ven obligados á guardar en la bolsa de las municiones.

Un soldado despues de sufrir este castigo, no tiene mas remedio que, ó suicidarse, ó huir del campo por no sufrir la contínua rechifla de sus compañeros (1). Los moros resisten con tal imperturbabilidad esta clase de castigos, que se ha visto en muchas ocasiones á los reos cojer con mucho desenfado la mano que les habian cortado y echar á correr. No siempre, sin embargo, se amputan ambas manos al ladron: el robo cuando no es de funcionarios, se pena con amputaciones proporcionadas al valor de la cosa robada; una oreja, dos, uno ó mas dedos, una ó dos manos, uno ó dos brazos, y por último, la cabeza, se

(1) Entre los cadáveres de los infelices moros que en la accion del 25 de diciembre se tiraron al mar y que luego fueron devolviendo las olas, se encontraron, segun un corresponsal de la *Gaceta Militar*, algunos que tenian cortadas las orejas, y lo que es aun mas particular, algunas de estas se hallaban en las bolsas de las municiones que se habian cogido, juntamente con otros efectos de guerra, en el campo de la accion. Estos soldados habrian sufrido la mutilacion por cobardes sin duda alguna.

separan del cuerpo del ladron segun la gravedad del robo y circunstancias con que se ha llevado á cabo. Estas ejecuciones se efectúan sin ningun aparato, en cualquier punto y á cualquier hora, sin mas que el paciente, el preciso operario y el juez. A pesar de esto, Marruecos está infestado de ladrones.

Al horno solo se echan á aquellos funcionarios que, habiendo robado, no quieren descubrir el sitio donde ocultan sus riquezas: generalmente son pocos los que sobreviven á esta pena, porque despues que han sido encerrados en el horno, se empieza á elevar poco á poco la temperatura hasta que mueren abrasados.

El palo es un suplicio horrible, pero que en Marruecos se usa pocas veces: consiste en sentar al reo sobre un palo, colocado á una altura respetable, y acabado en una agudísima punta. Este palo se va introduciendo poco á poco en las entrañas de la víctima, hasta que le produce la muerte, en medio de los mas acerbos dolores.

Los garfios ó punzones son unos instrumentos acerados y agudísimos, que se introducen por entre las uñas y la carne de aquellos á quienes se les condena por no prestarse á hacer cualquier revelacion. Este castigo es tambien muy horroroso.

El castigo de la pólvora es tan bárbaro ó mas todavía que los anteriores. Consiste en cebar de pólvora la nariz, boca y oidos del sentenciado, aplicándole en seguida fuego. Calcúlese cuál será el horrendo tormento de los condenados á este suplicio.

El fuego es otro suplicio horrible, y solo su descripcion espanta. Hacen una hoguera pequeña en medio de la plaza, colocan al reo en medio de ella, van aumentando poco á poco las llamas, y el infeliz muere carbonizado dando tristes y espantosos alaridos.

Los reos son tambien condenados á otros horribles suplicios, entre los cuales el mas humanitario es la decapitacion; hay uno sobre todo tan horrible, que solo el referirlo asusta. Armado el verdugo de un cortante yatagan divide el cuerpo del hombre

en dos ó mas trozos, haciendo la primera seccion por el vientre, y partiéndole de un tajo la columna vertebral. El descuartizamiento, como se ve, es aterrador.

A las mujeres se les retuercen los pechos con tenazas, y hasta los niños son ahogados á vista de sus padres entre los brazos de fuertes atletas. Un rico mercader de Tánger, á quien su amor al oro habia sostenido en medio de los mas crueles tormentos, no pudo resistir á la última prueba: esta consistió en encerrarle en una habitacion con un leon hambriento, encadenado de manera que pudiera alcanzarle con sus garras, á menos que siempre se mantuviera penosamente acurrucado en un rincon de la estancia.

La pena del Talion, volvemos á repetir, es la que con mas frecuencia se aplica, y aquella de que se muestran mas partidarios los marroquíes.

La pena capital es en este imperio menos frecuente de lo que se cree, pues no suele aplicarse mas que á los contrabandistas, y á los que se apropian fraudulentamente las rentas del Sultan.

Estando terminantemente prohibido á los hombres el poner la mano sobre las personas del sexo femenino, y siendo preciso castigarlas en muchas ocasiones, en el imperio marroquí hay mujeres que aplican las penas que se les imponen, y que son conocidas con el nombre de Ahrifa, que quiere decir la tolerante. Esto no puede menos de traer á la memoria que los griegos llamaban tambien eumenides (bienhechoras) á las furias mitológicas.

El adulterio tiene en Marruecos penas rigorosísimas, pero rara vez llegan á aplicarse, porque viéndose obligado el acusador á probar el hecho por medio de cuatro testigos oculares de completa fé, y esperando por otra parte el castigo de ochenta azotes si no lo prueba, raro es el marroquí que se atreve á denunciar un adulterio, aun cuando tenga las mas evidentísimas pruebas de que se ha cometido.

El homicidio premeditado tiene por castigo la pena capital;

pero rara vez se aplica tampoco, porque siendo preciso que esté probado por dos testigos que no hayan comido jamás tocino ni bebido nunca vino, de ahí que sean pocos los testigos que puedan hacer constar de un modo evidente estas circunstancias. Si el homicidio es involuntario, se redime el delito pagando una suma de dinero, que varia segun las circunstancias especiales del muerto, como posicion que ocupaba, etc.; pero antes es preciso contentar y obtener el perdon de los parientes mas cercanos del difunto.

Cuando en una poblacion cualquiera se comete un homicidio y no se logra descubrir al agresor, la poblacion donde se cometió se considera obligada en masa á redimir por dinero aquel delito, para lo cual satisface la suma exigida por el Emperador; así es que la policía en ciertos puntos de Marruecos anda siempre muy lista, y especialmente cuando se comete un asesinato.

Las mujeres no sirven para testigos á menos que no gocen fama de santas, en cuyo caso su voto hace fé en juicio, pero si no, es preciso que se reunan seis ó siete mujeres para que entre todas compongan el voto de un hombre.

Los comerciantes que hacen bancarota, están obligados por la ley á manifestar lo que han hecho de sus bienes y de sus mercancías; si se prueba que se han arruinado sin dolo ni culpa, quedan exentos de toda pena; pero si ha habido negligencia ó mala fé, los deudores son reducidos á prision hasta que satisfacen á sus acreedores. En el tiempo de Muley Suleyman, dice el Sr. E. Calderon, se publicó sin embargo un edicto, por el cual se ordenaba que los hermanos ó paríentes del fallecido en caso de insolvencia hubieran de pagar sus deudas, y no teniendo, que el insolvente recibiese cada mañana al salir el sol sendas bastonadas para recordarle su deuda.

CAPÍTULO XIV.

Del Emperador, de su gobierno y de su corte.

El Emperador de Marruecos, como hemos dicho ya en mas de una ocasion, es dueño absoluto de cuanto poseen sus súbditos, y jefe espiritual, juez y legislador supremo, en su calidad de xerife ó descendiente del profeta. Tiene dos títulos que los usa en todos sus decretos, á saber: el de Emir-el-Mumenin (Miramamolin) que significa Príncipe de los fieles, ó bien Califa-el-Haligui (vicario de Dios sobre la tierra) y Xerife ó noble por escelencia y descendiente de la familia de Mahoma (1).

Sus súbditos le dan el tratamiento de Sidna ó Mulana, que quiere decir, señor nuestro.

Como en todo pueblo cuya civilizacion es atrasada, en Marruecos impera un sacerdocio fanático é ignorante, ó mejor dicho, un despotismo infundado que se parece muy poco al de otras naciones donde impera tambien la voluntad de uno solo: la religion por esta circunstancia entra por mucho en todas las decisiones del Emperador, y esta es cabalmente la única traba quizá que se opone á su marcha arbitraria é intolerante. «El gobierno de Marruecos, dice el viajero Drummon-Hay, es infinitamente mas arbitrario que el de Turquía. El Sultan tiene en sus manos la vida, las propiedades, y rige hasta las conciencias de sus súbditos. En su calidad de descendiente del Profeta, es príncipe de los verdaderos creyentes; ningun consejo, ningun divan

(1) La familia que hoy manda en Marruecos, dice el señor Estébanez Calderon, presume descender en línea recta, y siempre de varon en varon, de Fátima, la *perla*, hija única del profeta legislador, lo cual há hecho creer á aquellos fanáticos que su soberano debe ser *xerife*, esto es, noble descendiente de Mahoma. Á pesar de esto, la religion de Marruecos no es la que profesan los discípulos de Alí, sino el mahometismo, segun la secta de los *sunnitas*. Esta rama de los xerifes se estableció en el imperio á mediados del siglo XVII, vinculando el trono hereditariamente en su familia.

embaraza su autoridad; es juez supremo, intérprete infalible, y, cuando le agrada, solo ejecutor de la ley que emana de él. Impuestos, monedas, pesos, medidas, todo varía á su capricho. Tal despotismo no puede esplicarse sino por la abyeccion del pueblo sobre que se hace sentir.»

No obstante lo espuesto en las anteriores líneas y en otros muchos testos que al efecto pudiéramos citar, no podemos menos de hacer una observacion que en el párrafo anterior hemos iniciado. Se tiene formada una idea completamente errónea del absolutismo del Emperador de Marruecos, y generalmente de todos los soberanos musulmanes. El poder del Emperador marroquí es efectivamente ilimitado en todos los negocios fiscales y judiciales; pero de esto á suponer, que en sus relaciones con las potencias cristianas su autoridad no reconozca tampoco límites, media una enorme diferencia.

El Emperador Marroquí desearía á veces formar alianza con tal ó cual nacion por convenir así á los intereses particulares de sus dominios; pero estrellándose su pensamiento contra las preocupaciones religiosas de sus súbditos; preocupaciones que se ve precisado á respetar, tiene que desistir de su propósito sopena de crear un conflicto, que mas tarde ó mas temprano acabaria por desacreditarlo. La autoridad del Emperador, por consiguiente, está limitada por las preocupaciones religiosas de sus súbditos; y si bien es cierto que es dueño hasta de sus vidas, no lo es menos que es esclavo de sus ideas; esto no lo han querido reconocer muchos autores, pero es preciso que conste que así sucede.

El Sultan de Marruecos, como hemos dicho ya al ocuparnos de la legislacion, da audiencia pública cuatro dias por semana, á la sombra del parasol verde que sostiene el alcaide. En dicho lugar hemos dado algunos detalles de esta ceremonia; los completaremos, no obstante, diciendo, que en estas audiencias es donde son recibidos los cónsules, viajeros, mercaderes y demás estranjeros que solicitan el honor de hablar con S. M. xerifiana,

y en ellas se tratan públicamente todos los asuntos. Cuando la índole del negocio requiere, no obstante, sigilo, se nombra al efecto una persona de completa confianza del Sultan, y con ella se entiende el solicitante de la audiencia.

Como hemos dicho ya, nadie es admitido á estas audiencias sin prévia solicitud, á la que debe acompañar un regalo proporcionado á la posicion y riquezas del solicitante.

La sucesion al Trono no está determinada por ley alguna: sin embargo, desde que la rama de los xerifes llamada sunnita, se estableció en Marruecos á mediados del siglo XVII, el Trono se vinculó hereditariamente en esta familia, y suele darse ordinariamente ó bien al primogénito del Sultan difunto, ó bien al que logra apoderarse del tesoro. La sucesion, sin embargo, ocasiona muy grandes disturbios, porque empeñados en lucha todos los hijos del Emperador, pelean furiosamente por arrebatarse la corona, ya apoyados por sus parientes y amigos, ya por los habitantes de las provincias que habitan y á las cuales hacen en estas ocasiones muy grandes regalos: el que logra arrampar con el tesoro aquel es el que sale siempre victorioso, porque disponiendo á su merced de cuantiosas sumas, con solo derramar un poco dinero todos los habitantes del imperio se van tras él. Los hijos de las cuatro mujeres legítimas que permite el Koran son los preferidos; y el que tiene por madre una mujer del linaje de los xerifes tiene un título de superioridad que todos le reconocen. Hállanse escluidos por la ley de la sucesion al Trono los hijos de las esclavas negras.

Esta regla ha tenido no obstante sus escepciones; pues los Emperadores Muley-Arxid y Muley-Ismail, eran negros y de ahí que los xerifes de la familia imperial descendientes de aquellos tengan un color algo más oscuro y atezado que los demás moros. Los descendientes de Muley-Xerit, fundador de la dinastía de los xerifes, pasan hoy de 40 ó 50,000 y la mayor parte viven en el reino de Tafilete.

Lo primero que hacen los Emperadores al subir al Trono y

con objeto únicamente de asegurarse bien en él, es contentar á la guardia negra que aprovecha los trastornos palaciegos para exigir parte del tesoro imperial, sopena de rebelarse. El actual Emperador, sin ir mas lejos, despues de la lucha sangrienta que tuvo con sus hermanos, se vió precisado á entregar una parte de dicho tesoro á los moros de Rey á fin de que no se rebelasen como amenazaban hacerlo. Despues que esto han conseguido y que ya están apoyados por la fuerza armada, buscan el apoyo religioso, sin el cual tal vez el pueblo fanático y preocupado declarase nula la proclamacion.

El actual Emperador marroquí despues de haber sido reconocido por las principales ciudades del Imperio, tuvo muy buen cuidado de hacerse proclamar solemnemente por los mas afamados santones en la Mezquita Mayor de Mequinez como sucesor en trigésimosétimo grado en línea directa y masculina de Alí, yerno de Mahoma.

Esta cualidad era para él de gran importancia y constituye la base de su poder. Su padre debió al carácter religioso que se atribuia, el ver reconocido el testamento de su tio Muley-Soleiman por los principales personajes religiosos del Imperio siendo la consecuencia directa de esto su proclamacion como Emperador.

Ocupándose los periódicos por aquellos dias de la proclamacion de Sidi-Mohammed, y de los incidentes á que habia dado lugar en el Imperio, decian: «Mas no por eso es menos cierto que las principales tribus y singularmente los chellok y los berberiscos del Atlas, no han respondido á la voz de Sidi-Mohammed, encontrándose así este príncipe privado de un contingente considerable que hubiera dado á la guerra mas importancia y al mismo tiempo un carácter mas pronunciado de unanimidad y nacionalidad. Las nuevas tribus que se le han adherido hasta el presente, son las kabilas y los moros de la llanura. Es difícil precisar su número; pero no pasarán de 50,000 hombres distribuidos entre gran número de puntos y representados por cuer-

pos de cuatro, de cinco y de ocho mil hombres mandados por los gobernadores de las provincias, por secheisks ó por marabuts.»

La proclamacion de los Emperadores, como se vé, ofrece siempre grandes dificultades, y raro es el que sube al Trono sin tener que sostener primero una guerra terrible con todos sus hermanos.

El Emperador reside sucesivamente, segun las estaciones, en Fez, Marruecos ó Mezquínez; pero esta última ciudad, que encierra la mayor parte de sus tesoros, es su residencia favoríta.

En cuanto á su córte muy poco tendremos que decir. Siendo el Sultan el que resuelve por sí solo todos los asuntos, pues él en todo entiende y todo lo dispone, no tiene ministros propiamente dichos ó que merezcan el nombre de tales. Una junta reducida en número, como dice muy bien el señor Calderon, y compuesta de algunos tios ó parientes del Emperador, de ciertos *cadis* ó legistas, y de los primeros oficiales de la guardia, forma el *mezles* ó consejo, que tanto quiere decir como *concurso que está sentado*. Todos aplauden las inspiraciones del Sultan, todos le adulan y ninguno se opone jamás á sus planes ó resoluciones. Los principales cargos de palacio son los siguientes: el visir, los ministros, los oficiales de la corona, el caid, los yassis, los intérpretes, el al-zefit, el al-cahar, el selihdar, el kosbí, el cheket, el telib, el armero, los astrólogos, los imámes, el mula-et-tabáa, el mula-et-teia y el mula-et-tesserad.

El wisir ó wasir, á quien tambien suelen llamar ke-teb-el-amir, esto es, secretario del príncipe, viene á desempeñar el papel de primer ministro; este letrado que es uno de los cortesanos (mokaseni) ó sajebi-sidina (compañeros ó amigos de nuestro señor) tiene tambien el cargo especial de entenderse con los cónsules cristianos.

Los ministros ó secretarios son tambien empleados principales, cuyo único mérito puede decirse que consiste en tener buena letra, por cuyo motivo se dedican á escribir todas las órdenes del Sultan.

Los oficiales de la corona vienen á ser lo que en España los mayordomos, y de ellos dependen multitud de criados empleados en el servicio esterior del Serrallo.

El caid ó alcaide es un eunuco, cuyo empleo, como se deduce de esta circunstancia, consiste en cuidar del arreglo interior de los harenes del Sultan.

El mula-et-tabaa, guardasellos ó canciller desempeña el cargo mas importante quizá de las dependencias de palacio: él es quien ante la presencia del Sultan guarda é impone el famoso anillo imperial, que además de contener todos los nombres y títulos del Emperador, lleva grabado tambien algun versículo del Koran.

El mula-et-teia es comunmente el favorito de mas confianza del Emperador, y desempeña el oficio de primer copero.

El mula-et-tesserad es el proveedor ó despensero de palacio á cuyo cargo corren todos los gastos de boca de la casa imperial y otros menores. Este destino lo desempeña comunmente un hebreo.

Los yassis ó maestros de ceremonias son tres, y vienen á desempeñar el cargo que aquí designamos con el nombre de introductor de embajadores: los dias en que el Emperador da audiencia, siempre se encuentran á la entrada del patio, hasta la cual conducen á los cónsules, viajeros y demás personas que acuden á solicitar audiencia.

Los intérpretes son varios, y encargados como se hallan de traducir las palabras de los litigantes ó enviados estranjeros, jamás faltan tampoco á las audiencias ó mexuar.

El al-zefit ó gran mariscal viene á ser lo que aquí el caballerizo mayor, y tiene á su cargo los caballos y yeguadas del Emperador.

El al-cahar es el montero mayor del Sultan y está encargado de todo lo relativo á la caza, como armas, perros, municiones y demás arreos relativos á la misma.

El selihdar no tiene otra mision que llevar la espada ó sable del Emperador.

El kosbí tiene á su cuidado la lanza.

El cheket tiene asímismo la incumbencia de llevar siempre consigo el reloj del Emperador, para satisfacer su curiosidad cuando le pregunta qué hora es.

El telib es el médico de cámara de S. M. xerifiana.

El armero tiene á su cuidado la recomposicion de todas las armas de los empleados en palacio.

Los astrólogos no tienen otra mision que responder á las consultas del Sultan sobre el resultado que tendrá tal ó cual empresa, ó sobre el destino que le está reservado á este ó al otro, etc., para lo cual consultan las estrellas con un mal lente.

Los imanes tienen otra mision distinta, pero algo mas monótona y pesada; consiste en rezar las oraciones por el Emperador.

Además de estos empleos, hay otros muchos en palacio mas insignificantes, en los cuales no creemos oportuno detenernos por su escasísima importancia. En el número de estos se hallan incluidos doce pajes encargados de conducir la litera imperial, y otros dos que llevan lavabos para el aseo y tocado del Sultan.

El Emperador no tiene ministro de Hacienda ni tesoreros, etc., porque, administrándose él mismo sus rentas, para nada los necesita: en una palabra, los empleados en el palacio imperial son muchísimos, pero ni tienen sueldo ni asignacion por el Sultan, ni emolumentos fijos; los gastos de sus viajes y desembolsos que hacen corren por su cuenta, quedando á su ingenio y buena maña el reembolsarse con cruces del trabajo que toman y del perjuicio que sufren.

Por la etiqueta palaciega está prohibido el pronunciar delante del Emperador la palabra muerte; así es que, cuando los cortesanos se ven precisados á anunciar á S. M. marroquí el fallecimiento de alguno, se valen de un ingenioso rodeo que ordinariamente es la locucion *Usah amerúh*, que significa: *ha cumplido su destino*. Cuando se ven precisados á pronunciar el nombre de algun judío, tienen buen cuidado de añadir la pala-

bra *ashacok,* que quiere decir: *con vuestro permiso.* Es tambien poco decoroso pronunciar la palabra equivalente á cinco, que quizá en el lenguaje árabe será sinónima de alguna otra indecente, y cuando no pueden pasar por otro punto, dicen siempre; cuatro ó cinco, arba wa nahhed.

CAPITULO XV.

De la administracion municipal.

Cosa estraña en verdad en un país donde desde la administracion de justicia hasta la aplicacion del código penal, son completamente bárbaros; la administracion municipal del Imperio de Marruecos se encuentra muy bien montada; y tanto de noche como de dia, el servicio de policía es constante en las grandes poblaciones, sin que se note por esto un escesivo celo de vigilancia.

El khalifa ó vice-gobernador, tiene á su cargo todo lo concerniente á la administracion municipal y provincial en cuanto tiene relacion con la tranquilidad pública. Su mision principal consiste en dirimir las contiendas y alborotos habidos entre los moros y judíos.

Como la condicion de estos últimos es tan desgraciada y miserable en todo el Imperio, los khalifas, llevados tambien de ese odio instintivo hácia todos los hebreos, resuelven todas las cuestiones en favor de los moros, imponiendo crecidas multas á los judíos, porque todas las riñas y alborotos se castigan con multas, y de aquí los grandes capitales que los vice-gobernadores hacen á los pocos meses de desempeñar su cargo. En su afan de tropezar con riñas para imponer multas á los alborotadores, hasta de una mirada grave sacan partido, y so pretesto de que el que así mira trataba de reñir, le imponen una multa. Por supuesto que esto lo hacen únicamente con los judíos, quienes todo lo sufren y llevan con paciencia, procurando cuando van por

la calle no levantar los ojos del suelo, á fin de evitar estos percances. Es muy poco comun el ver reñir á los moros entre sí; á lo sumo se insultan como mujercillas en sus altercados, contentándose con dirigirse los denuestos mas picantes; tambien suelen dar muchas voces, pero nunca se aporrean ni se hieren. El primero que da un golpe á otro, paga inmediatamente una multa.

El amin ó administrador de las rentas ejerce las funciones de intendente general, colector de contribuciones, pagador genera y director de aduanas, como digimos al tratar de los impuestos.

Reside comunmente en las ciudades marítimas, y desempeña á la vez el cargo de capitan del puerto y de la marina. En determinadas épocas del año rinde cuentas al Sultan entregándole las sumas recaudadas.

El hhaken, ó mocaddem como le llaman tambien algunos autores, es el responsable de la tranquilidad del país donde reside; así es que tiene muy buen cuidado de vijilar á los khalifas y enterarse de si llenan bien su cometido.

El ramo de vigilancia, volvemos á repetir, está muy bien montado, por mas que algunas autoridades abusen del poder de que se hallan revestidas: en las grandes poblaciones sobre todo, no cesa el servicio. Por la noche, una guardia bastante numerosa al mando de un caid-el-dacer ó comandante de la ronda, recorre todas las calles de la poblacion dividida en grupos al mando de otros jefes subalternos. Estos rondines van armados de gruesos garrotes, con los cuales castigan en el acto á cualquier persona que, pasada cierta hora, encuentran por las calles.

Otra ronda especial véla á la vez, distribuidos sus individuos á la puerta de los almacenes y tiendas, y sobre ellos pesa la responsabilidad de cualquier robo: vienen á ser lo que los serenos del comercio de Madrid y otras poblaciones de España: esta ronda está pagada, equipada y costeada por los dueños de las tien-

das y almacenes, quienes les dan una pequeña retribucion.

Por las plazas circulan tambien los dias de mercado gran número de soldados al mando de sus respectivos oficiales (matehesseb), y su mision es castigar en el acto, de una manera ruda, á los que dan el peso de los géneros falto, y en una palabra, á todos los que, ya en la medida, ya en la calidad, ya en el precio de los artículos, defraudan los intereses de los compradores. Esta guardia es lo que la policía urbana de nuestras plazuelas y mercados, y se halla montada del mismo modo, con la diferencia de que la de Marruecos impone con frecuencia castigos á los vendedores, al paso que la nuestra se ocupa, á lo sumo, en repesar el pan.

Tanto los gobernadores como sus subalternos se encuentran bastante ricos, porque en general son públicos y autorizados concusionarios. No hay vejacion ni socaliña á la que no recurran para oprimir al pobre pueblo, y sacarle multas. Cuando por algun hecho escandaloso es castigado un magistrado, á lo primero que se atienen es á que las rentas del Tesoro se aumenten, imponiéndole una gran multa, aun cuando queden sin recibir satisfaccion alguna los agraviados.

Cuando se dan quejas contra algun alcaide ó amin, lo primero que hace el Sultan es deponerlos, confiscándole todos sus bienes y el dinero que se les encuentra, yendo á aumentar estas sumas las del tesoro imperial.

Hallándose revestidos tanto los gobernadores como los alcaides de la autoridad militar en las provincias y poblaciones del territorio de su mando, tienen á sus órdenes un determinado número de soldados, que al propio tiempo que forman una especie de escolta de su persona, tienen la mision de recoger los diezmos, de prender á los criminales, de llevar despachos á la corte, órdenes á todos los puntos del distrito ó provincia, y otra porcion de gabelas por el estilo.

La dignidad de jeque ó xeque no es hereditaria como la de jefe entre los amacirgas; elígense por lo comun entre los mag-

nates de la tribu. Los xeques tienen derecho á castigar á sus administrados con el látigo, el baston, y á imponerles multas pecuniarias; les está prohibido sin embargo, aplicar otra clase de castigos.

Los bajaes ó gobernadores llevan á sus hijos á la corte donde el Emperador los emplea por lo comun, segun sus talentos.

CAPÍTULO XVI.

De los usos, costumbres, vida, ceremonias, caracter etc., de los marroquíes.

Las costumbres de los marroquíes son curiosas en estremo y merecian un capítulo especial en el cual se diesen pormenores circunstanciados acerca de ellas.

El marroquí desde la edad de cuatro ó cinco años monta á caballo, y su ocupacion principal suele ser el pastoreo, encargándose á la vez del cuidado de los potrillos. El primer cuidado de los padres, tan luego como nace el niño, es atender por todos los medios posibles al desarrollo de su constitucion física, fortificándole por medio de duros ejercicios y trabajos, y esponiéndole con frecuencia á la intemperie de las estaciones. Luego que tienen la fuerza suficiente para manejar una escopeta y sin necesidad de que hayan cumplido tantos ó cuantos años, los niños pasan á ser hombres; en Marruecos no existen las divisiones de la edad que en las naciones europeas; los hombres salen de la patria potestad cuando pueden manejar la escopeta, y no tienen por consecuencia necesidad de fé de bautismo para emanciparse. Una vez declarados hombres, su ocupacion por punto general no es otra que la de labrar malamente, cuidar de sus ganados ó hacer la guerra.

El primer signo distintivo del carácter de los marroquíes consiste en sus gustos estravagantes y en su inclinacion al ejercicio de las armas. Su vida puede decirse que es una completa hostilidad, porque cuando no tienen que pelear contra ninguna na-

cion, guerrean entre sí los de diferentes kabilas, robándose unas á otras los ganados. Emboscadas, asaltos, batallas sangrientas, marchas forzosas, hé aquí los primeros cuadros que desde niño hieren la imaginacion del marroquí; las emociones que esperimenta al presenciar escenas tan desgarradoras, endurecen hasta cierto punto su corazon, y estas imágenes muy tarde ó nunca se borran de su mente.

Los marroquíes, por lo comun, son de buena estatura, y su traje contribuye mucho á darles mas corpulencia; su color en general (pues los hay desde el blanco mate hasta el negro) es pálido y cobrizo; sus miembros son delgados, flexibles y nerviosos.

Por lo comun son afectuosos entre sí y muy espresivos en los testimonios de amistad recíproca. Siempre que se encuentran se saludan con la mayor atencion é interés. Los de una misma edad se tocan las manos derechas muy ligeramente, y cada cual se lleva su propia mano al corazon, como indicando su pureza en la amistad y cariño, y cuando no se la llevan al lado del corazon se besa cada uno su mano, y concluyen preguntándose por su salud, etc.; pero si son de diferente edad ó personas respetables, tales como el bajá, alcaide, cadí, santon ó anciano, en este caso los menores les dan una cabezada ó reverencia, besándoles la manga del vestido ó encima del turbante, cuando están sentados, y siguen despues hablando. Tambien acostumbran los superiores á presentar á besar la mano á los inferiores; estos procuran apoderarse de ella, pero aquellos la retiran con prontitud, y si los de menos categoría no han podido cojérsela, se contentan con estrechar su propia mano. Cuando el saludado es un santon ó marabut los marroquíes procuran primero besarle la mano, y despues la punta del haik.

Se afeitan comunmente la cabeza y llevan bigote y barbas. No obstante los baños de vapor que toman en las ciudades, y los que se dan en los rios, son desaseados y están siempre cu-

27.ª *entrega, 8 págs.,* 209 *á* 216.

biertos de piojos; pero están tan habituados á ellos, que jamás les incomodan ni procuran esterminarlos.

Tienen por gran desacato el escupir en el fuego. Cuando penetran en las mezquitas, en casa de sus amigos mas respetados ó superiores y en los parajes entapizados como las tiendas, se quitan las babuchas y entran descalzos. Jamás fuman delante de los santones que han ido á la Meca, teniéndolo por grande irreverencia. Á las personas que están revestidas de carácter religioso, no solo les está prohibido el fumar, sino el presentarse en los parajes públicos donde acostumbran á quemar tabaco los fumadores.

Las personas de posicion como los bajaes, califas, cadíes, marabuts, etc. y aun el mismo Emperador, eruptan con frecuencia y es cosa muy corriente en medio de una conversacion el aspirar tan puercas exhalaciones: en tanto que el interlocutor se manosea la barba, le espeta á uno en las narices tan nauseabundo aliento, que ó hay que volver la cabeza cuando se ve venir el erupto, ó sufrIr las consecuencias de tan indecente costumbre: los de la clase inferior tienen mas miramiento.

En algunas localidades del interior profesan tal horror á todo lo procedente de los europeos, que ni aun verlo quieren, tapándose los ojos.

Esta aversion estúpida é inconcebible, como dice muy bien Mr. de Francia, no procede únicamente del horror que les inspira nuestra religion, sino de aquel instinto que hace retroceder al hombre tosco y bárbaro ante todas las modificaciones, cambios y reformas que una nacion civilizada trata de introducir en sus hábitos, costumbres y método de vida; así es que al lado de una prodigiosa actividad y de un vigor sin igual, se nota entre los árabes como entre todos los pueblos bárbaros una indolencia, una cobardía y una apatía sin ejemplo. El árabe (añade) hará estraordinarias correrías á caballo, y durante sus espediciones soportará sin quejarse todo género de trabajos y privaciones. Se batirá como una fiera; el frio, el calor, el

hambre, la lluvia, el insomnio no conseguirán abatirle; pero cuando de vuelta á su tribu haya desensillado su caballo, colgado la escopeta, las pistolas y su yatagan en los pilares de su tienda, permanecerá dias enteros tendido al sol fumando su pipa, sin cuidarse del dia de mañana, y como absorto en profundas meditaciones. Un caballo, una escopeta, pólvora, un haick, harina de bellota y cebada, hé aquí todo cuanto necesita el árabe para ser completamente feliz.

Preséntase la civilizacion trayendo en pos de sí el órden, la satisfaccion, la salud, la elegancia, el trabajo diario, el arte con todas sus encantadoras formas; por un momento se detendrá el árabe á la puerta de su tienda absorto al considerar el espectáculo que se ofrece á su vista: se le verá pensativo como si tratára de reunir en su mente los confusos recuerdos de hermosura, de gloria, de esplendor, pasados; pero las tradiciones hace ya muchos siglos que enmudecieron; un solo nombre es el que resuena sin cesar en sus oidos: Mahomed. El profeta le ha prescrito odio eterno al cristiano.

Procurará á toda costa rechazarlo de su suelo: si es vencido, se internará como una fiera en las gargantas de sus inaccesibles montañas, ó en las llanuras del desierto, ocultando en ellas su feroz independencia.

Son tan avaros los marroquíes, que los que tienen, cobran ó roban algun dinero, (no obstante el gran cuidado que ponen en ocultarlo á fin de que no llegue á noticia del gobernador ó del Sultan quienes en este caso buscarian medios de quitárselo imponiéndoles fuertes multas), pasan dias enteros contándolo antes de esconderlo: tambien lo hacen porque son estremadamente desconfiados, y antes de ocultar sus caudales, se ocupan en contar un mismo número de monedas quince y diez y seis veces seguidas. Muchas veces (dice un viajero á quien los moros hicieron prisionero), el primer secretario del Sultan, que sin disputa tenia mas talento que todos los demás árabes, venia á nuestra tienda y metiéndose detrás de los fardos, cubriéndose

con su haick, pasaba horas enteras contando y recontando su dinero.

Los marroquíes aman la soledad y el retiro, por cuya razon tienen muy poca sociedad y reuniones. En los mercados es únicamente donde suelen reunirse á conversar sobre política. Se sientan en cualquier parte de la calle, portales ó campo, y siempre con el rosario en la mano. No conocen mayor recreo y delicia que las mujeres, el caballo y la escopeta; con las mujeres puede asegurarse que no es por amor ni cariño, por lo que viven al lado de ellas, porque la condicion de las mujeres en Marruecos es tan despreciable ó mas que la de los judíos. La relajacion de costumbres de los moros respecto á este particular no reconoce límites, no obstante lo cual, por un esceso de orgullo y por sus ideas religiosas, son estremadamente celosos y adustos para con sus mujeres. Estas por el contrario son generalmente agradables, amorosas, tiernas y espresivas, aunque las tratan á las infelices del modo mas cruel é indiferente. Son muy voluptuosas, no obstante las grandes penas que les aplican cuando las sorprenden sus maridos en alguna infidelidad: sin embargo, rara vez se verifica ningun castigo por lo que hemos dicho al hablar de la legislacion marroquí. La religion prohibe á los hombres entrar en ninguna casa sin que preceda antes el permiso del dueño, en cuyo caso, y para no ser vistas se retiran y esconden las mujeres; pero curiosas en estremo, como las de todos los paises, nunca les falta una rendija ó agujero por donde enterarse, no solo de lo que hablan sus maridos, sino del aspecto que tiene el visitante, de si es grave, risueño, etc.

La religion mahometana tiene no obstante otro precepto, merced al cual las mujeres están autorizadas para ir al baño un dia al menos por semana. Con este motivo se reunen allí con sus amigas, y fraguan é inventan los mas diabólicos enredos para burlar la vigilancia de sus maridos, protegiéndose mútuamente en sus planes. Las mujeres de ciertas localidades acostumbran á pintarse la cara con agujas y colores, formándose di-

bujos á manera de los que se hacen algunos soldados, presidiarios y marineros de Europa, y como no tienen vello en ninguna parte del cuerpo por ser contrario á su religion, se pintan flores y otros ramos y dibujos de varios colores, con el fin de agradar mas á los hombres.

Calcúlese el efecto que hará ver á una mujer toda embadurnada de mil colores y con mil figuras á cual mas estravagantes y de peor gusto. Las artistas dedicadas á esta clase de pinturas pasan buena vida y ganan bastantes cuartos. Esto de pintarse no lo hacen, sin embargo, mas que las mujeres ordinarias y mas abandonadas, pues las clases distinguidas lo tienen por bajeza.

Los marroquíes de la costa septentrional son nómadas, trasladan sus tiendas con arreglo á las necesidades de los séres que les rodean al paraje mas conveniente, fijan en él su morada por el tiempo que lo requieren sus necesidades, y así andan siempre, llevando por llanuras incultas é inhabitadas su agreste existencia, y tras de sí á sus hijos, mujeres, camellos, caballos y ganados.

El árabe de las primeras montañas del Atlas, donde el frio es muy rigoroso, habita en cabañas fabricadas de argamasa compuesta de barro y paja, y posee cierto terreno fijo.

Los árabes nómadas se consideran mas nobles y grandes que los ciudadanos á los cuales miran con cierto desprecio y aversion. Segun las circunstancias, los árabes son sóbrios, frugales, activos en estremo ó perezosos y glotones en demasía; marchan á la guerra sin mas provisiones que unos puñados de harina de bellota oculta en la bolsa de su haik; de dia y noche andan á caballo corriendo por llanos, trepando cerros, y desafiando á todos los elementos, sin que el hambre ni la sed les haga tampoco el mayor efecto. Esto en la guerra; pero al volver de su espedicion permanecen durmiendo semanas enteras, sin cuidarse de despertar sino para comer vorazmente.

Cuando entran en alguna tienda y están comiendo, tal es la franqueza que entre ellos reina, destrozan con los dedos y de-

voran un pedazo de carne sin que nadie los convide. Quieren mucho á los niños, y contínuamente los acarician.

El mayor placer y distraccion de los marroquíes, como diremos al ocuparnos de los espectáculos, consiste en quemar pólvora. Tienen tan singulares manías en sus costumbres, procedentes todas de su aversion al nombre de Cristo, que se complacen en hacer todas las cosas al revés que los cristianos. «Si nosotros (dice con mucha razon un autor anónimo) escribimos con letras y de izquierda á derecha, ellos lo hacen con una especie de taquigrafía, y de derecha á izquierda. Si nosotros escribimos con plumas, ellos con un pedazo de caña; si nosotros lavamos la ropa con las manos, ellos con los piés, y parece que están bailando ó pisando uvas; si en el juego de la pelota nosotros damos con las manos, ellos con los piés; si nosotros montamos á caballo con estribos largos, ellos los llevan muy cortos; si comemos en mesas sentados en sillas, ellos lo verifican sin mesa y sentados en el suelo; si nosotros comemos con cucharas, tenedores ó cuchillos, ellos engullen con las manos á puñados; si nosotros nos afeitamos solo la barba, ellos se afeitan la cabeza y lo demás del cuerpo, dejándose únicamente lo que nosotros nos afeitamos; si nosotros variamos de vestidos, siguiendo la moda, ellos, desde remotos siglos, jamás lo han verificado; en fin, nada de lo que hacen los cristianos les es permitido en su totalidad.

Sus legisladores, conocedores de su temperamento y clima, les prohibieron los licores espirituosos, para que de este modo no cometiesen tantos escesos, y para su limpieza instituyeron otras leyes con que reprimir y contener su escesiva miseria. Son generalmente muy falsos, pues jamás hablan de buena fé, ni cumplen sus palabras, á pesar que en su esterior aparenten todo lo contrario, pues parece son consecuentes y verdaderos amigos.

Los marroquíes nómadas viven en chozas ó tiendas denominadas jaimas, á consecuencia sin duda de la sombra que producen; llámanse tambien beit ó buyut-es-cia'r que quiere decir

casas de crin ó de pelo. Se diferencian unas de otras únicamente por la mayor ó menor espaciosidad de ellas; están sostenidas por dos ó tres estacas de ocho ó diez piés de altura, son de figura cónica, y se fabrican de uno como cordellate grueso de lana, ó de pelo de cabra, y muchas veces de los filamentos de ciertas raices denominadas left-el-á-dum. Cada centenar de estas tiendas colocadas en forma de media luna ó líneas paralelas recibe el nombre de duar ó aduar, que quiere decir caserío; en el centro de estos aduares se coloca siempre una tienda elegante y espaciosa que sirve para mezquita.

Cuando estos aduares son permanentes y se encuentran en la cima de algun pequeño monte ó colina reciben el nombre de mers (villa), y cuando se encuentran en la falda de algun monte reciben el nombre de xarf que quiere decir, caserío eminente.

Estos aduares suelen hallarse situados á veces en lugares infestados por los leones, panteras, tigres y otras fieras, en cuyo caso y para librarse de sus bruscas acometidas los rodean de espinos á fin de que no penetren en las tiendas. Cada uno de estos aduares tiene por lo comun un jefe anciano á quien llaman xeque; cuando muchos aduares reunidos obedecen á la autoridad de un solo jefe, este recibe el nombre de xeque-el-Kebir (gran xeque ó gran señor). Estos jefes á su vez dependen de la autoridad de los gobernadores ó bajaes de las respectivas provincias donde los aduares se hallan acampados.

Hay otras tribus en Marruecos que no habitan en tiendas ni trasladan su morada, sino que viven en habitaciones fijas, que reciben el nombre de dascar. Las casas de estas tribus son pequeñas, tienen los techos cubiertos de paja, y están construidas por lo comun con las piedras de las ruinas antiguas que encuentran en los alrededores.

Los amacirgas viven en cabañas y casas de mediana construccion, fabricadas de piedra y cal, y cubiertas tambien con techos de paja larga; algunas (las mas elegantes) tienen una ó dos torrecillas aspilleradas.

Ya que de tiendas hablamos, daremos algunos detalles acerca de la que el Sultan usa en campaña. Esta tienda, como es consiguiente, es la mas magnífica del campamento; tiene treinta pies de largo y once de alto. Está colgada interiormente de paños de diferentes colores, sobre los cuales en medio de arabescos y banderas amarillas, encarnadas, azules y verdes se destacan lágrimas semejantes por su forma á las sembradas en los paños mortuorios. Una cortina de tejido de lana (haick) la divide en dos partes desiguales. En la del fondo que es la mas pequeña, hay una cama para el uso del Sultan.

Una puertecita que se abre por el fondo da entrada á los esclavos destinados al servicio de la tienda, y al del Emperador en particular. Por la misma puerta sale el Sultan para trasladarse á otra tienda mas pequeña, donde está el baño. Dos empleados cuidan de su custodia desde que sale, y tienen á su cargo presentarle el agua para las abluciones. Durante el dia las dos cortinas que sirven de noche para cerrar la entrada principal, están descorridas y atadas á unas estacas; la parte interior está asímismo abierta y accesible á todo el mundo. Los moros de Rey escoltan la tienda, dentro de la cual se vé un taburete bastante elevado y cubierto de tafetan encarnado, del cual se sirve el Sultan para montar á caballo; hay además dentro de la tienda un colchoncito cubierto con un elegante tapiz y con dos almohadones forrados asímismo de tafetan encarnado. A cada estremo de este colchon hay una caja, y por detrás sirviendo de respaldo otras dos, que cubiertas con un tapiz, forman el sofá del jefe; en estas cajas encierra el Sultan el dinero y ropas con que sale á campaña; para que sirva de asiento á los estranjeros hay además en la tienda una lujosa alfombra estendida sobre el suelo; tales son los muebles y efectos que adornan generalmente la tienda de campaña del Emperador de Marruecos.

La condicion de las mujeres en el imperio marroquí es en estremo lamentable; entregadas á la desesperacion y á la soledad en el harem, si pertenecen á grandes señores, ó sujetas á

los trabajos mas duros, si pertenecen á otra clase, su vida es una série contínua de humillaciones, y como si esto no fuera bastante, como si tanta pena como sufren no mereciera algun galardon, el Koran les anuncia que no tendrán entrada en el Paraiso. Mientras los hombres, muellemente recostados en cojines á la entrada de las tiendas pasan los dias enteros fumando y tomando el sol, ó mientras hacen la guerra por montañas y llanuras, la mujer mora se entrega, no solo á los quehaceres domésticos, sino á las trabajosas y rudas tareas del campo. La mujer limpia la tienda, muele el grano, amasa y cuece las galletas, adereza el cuscusú, da de comer á las gallinas, cose los haiks, saca el estiercol de las cuadras, ensilla y echa pienso á los caballos, y recolecta y limpia las frutas: el hombre entretanto fuma con calma á la entrada de la tienda y abre de cuando en cuando la boca para echarla algun regaño, porque no hace las cosas tan de prisa como quiere.

Las mujeres de Marruecos tienen por lo comun hermosos ojos y tez pálida, aunque algo tostada del sol; los moros tienen por mas hermosas á aquellas que, á la buena estatura, reunen las circunstancias del vigor y la grosura; el traje de las moras se compone de haik y camisa; casi todas van descalzas y muchas de ellas usan brazaletes de cobre en muñecas y tobillos. Acostumbran tambien á adornarse las orejas con tres pares de pendientes de coral, que suspenden de la parte superior, inferior y media de las mismas; gastan tambien collares de pasta del Serrallo; se cortan el pelo, conservando únicamente algunos mechones que les caen sobre las sienes; se tiñen las cejas de negro y las uñas y manos de encarnado y negro; se ponen en la frente y en las mejillas lunares postizos, y las negras tienen la costumbre de hacerse cortaduras en la cara con navajas de afeitar como las naturales de Fernando Póo: á sus hijos les hacen tambien cortaduras, y cada tribu tiene su marca especial para distinguir á los unos de los otros; las mujeres hijas de personas ricas aprenden á leer y escribir.

28.ª *entrega*, 8 *pags.*, 217 *a* 224.

Acostumbran tambien á dar de mamar á sus hijos, y aquellas que por su constitucion débil no pueden criarlos, están condenadas á dormir en un rincon de la tienda, separadas de sus maridos, por medio de un haik que hace las veces de cortina.

Tanto desconsuelo, el uso del baño caliente y el combate de los celos, del amor propio irritado y de la envidia, las mustia y acaba tanto, dice el señor Calderon, que al ver una jóven de 25 años cualquiera la tomaria por una de 50.

Las mujeres del Riff son las únicas á quienes sus maridos no emplean en las rudas tareas del campo, sin embargo de no considerarlas iguales á ellos.

Los moros no conciben que los cristianos se avengan á tener una sola mujer, ignorando que hay muchos que aun con una sola les sobra. No dejan salir á ninguna del país, y si acaso la encuentran en el acto de fugarse, cometen actos de barbarie y muchas veces hasta la cortan la cabeza.

En el Riff hay mujeres que se pintan cómo antes hemos indicado, y que son horriblemente feas. Van casi desnudas y no se ruborizan de que las vean los hombres; montan á horcajadas sobre caballos y mulas en pelo; gastan enormes collares de caracoles ensartados, y aretes tan enormes en las orejas que tienen hasta cuatro y seis pulgadas de diámetro.

Los moros jamás profieren blasfemias en las cuales injurien á Dios ni al que creen su profeta.

Cuando nace un hijo, no se hace festejo alguno; únicamente algunos dias despues, y cuando la madre se encuentra ya buena, convidan los padres á algunos amigos ó parientes, sirviéndoles un cordero ó una cabra, que aquellos comen en la mas grata armonía, discutiendo estensamente al son de las mandíbulas sobre el nombre que ha de ponerse al chico. A los seis años comienza este á ir á las aulas, y ya en el capítulo relativo á la instruccion pública, hemos dicho lo que en las citadas escuelas se enseña.

Los moros que llevan rosarios, ponen ante sus nombres la

palabra Escar; de modo que si antes de llevar rosario se llama un moro Aken, despues de llevarlo se nombra Escar-Aken.

Las bodas en Marruecos ofrecen un cuadro de costumbres bastante curioso; reunidos todos los convidados á eso de las diez de la mañana al rededor de la casa del novio, charlan alegremente acerca del casamiento, de sus ventajas é inconvenientes, etc., hasta que el ruido de las panderetas les anuncia que va á comenzar la fiesta. Esta, como es de suponer principia con un estruendoso baile al monótono son de varias panderetas que tocan con bastante primor algunas mujeres. Los que no bailan salen de casa del novio, y echando á correr por aquellos campos llenos de alegría dan grandes alaridos en son de entusiasmo, danzan de una manera estrambótica y disparan sus espingardas de vez en cuando al hacer ciertas evoluciones. Cuando se les acaban las municiones vuelven á casa del novio á proveerse, é invierten en esta funcion de pólvora todo el tiempo que tarda en llegar la novia. Las domésticas se ocupan á la vez en cocer buenos trozos de vaca y en preparar la comida, que procuran sea todo lo abundante posible: en casa de la novia se repiten las mismas escenas, hasta que llegada la tarde esta es conducida á caballo á casa del novio, acompañada de una numerosa comitiva en la cual figuran los padres y parientes de la desposada.

El novio sale á recibirla acompañado tambien de los convidados y parientes, y pocos minutos despues comienza la comida. Esta se prepara segun los medios de que dispone el novio, pero ya sea pobre, ya sea rico, jamás falta el alcuzcuz ó cuscusú, plato favorito de los moros (1). Los convidados, separados los hom-

(1) El cuscusú consiste en una especie de masa suelta, formada con agua y harina de trigo blanco. Colocada en una olla llena de agujeritos por el fondo como las que usan en nuestra pátria para asar castañas, y al vapor de otra olla llena de agua, la van dando vueltas hasta que se tuesta; despues la echan sobre un barreño, y sobre ella colocan carne cocida, huevos duros, gallinas cocidas y manteca. Este es el alcuzcuz ó cuscusú, tan famoso entre los marroquíes, y tenido por uno de sus principales platos.

bres de las mujeres, y el novio de la novia por consiguiente, se sientan en el suelo alrededor de los barreños ó grandes fuentes en que se sirve la comida, y cada cual come de aquello que se le antoja sin mas cumplimientos ni ceremonia alguna. Por lo regular no hay postres en las comidas de boda, ni tampoco se acostumbra á comer pan, el cual se suprime comunmente en todas las grandes festividades.

Concluida la comida, continúan las danzas, pantomimas y descargas hasta que, llegada la noche, cesa la fiesta y los convidados se retiran á sus casas. Tanto al novio como á la novia se los encierra en habitaciones diferentes, por hallarse prohibido el pasar juntos la noche de novios; al rayar el alba, sin embargo, entregan la mujer á su marido, y se consuma el matrimonio. El marido acostumbra á colgar á la ventana tan luego como se levanta una de las sábanas, para que los que la ven y reparan pregonen á voz en grito la pureza y castidad de la desposada: en otras localidades esta sábana se entrega al padre de la novia, en cuyo caso es señal de que se la acepta por esposa; si no se la devuelven, es señal de que no la acepta el marido. La cama de los novios queda cubierta por espacio de siete dias con jaiques ó telas que se cuelgan sobre ella á modo de pabellon; al cabo de dicho plazo se descubre, y los testigos y convidados que asistieron á la boda, vuelven á bailar delante de ella, comiendo despues cuscusú y repitiéndose la escena de las descargas.

Cuando un marido tiene diversas mujeres, está obligado á dormir cada noche con una, y únicamente cuando contrae nuevo enlace, se le conceden siete noches, al cabo de las cuales comienza de nuevo el turno para con las demás. El marido es por decirlo así, el despensero de la casa, y mensualmente entrega á cada mujer las provisiones para su manutencion durante los 29 ó 30 dias; el marido acostumbra á comer siempre con la mujer con quien durmió la noche anterior; pero aquella no se sienta hasta que el hombre ha concluido, y no tiene derecho á comer sino lo que á aquel le sobra.

Los moros están autorizados para casarse con tantas mujeres cuantas puedan mantener; en Marruecos los maridos ajustan con sus futuros suegros la novia, como si tratasen de comprar un haik ú otra prenda cualquiera; cuando no tiene padres la ajustan con sus parientes mas cercanos, y bien la pagan en dinero, ó bien la cambian por ganados, granos, etc. Una jóven hermosa y doncella, cuesta, segun la localidad donde se compra; pero el precio ordinario suele ser el de 80 ó 100 duros; las viudas son género mas barato y no es tan buscado aun cuando sean jóvenes y hermosas. El matrimonio no puede anularse sino en un solo caso; cuando los casados se devuelven mútuamente las cartas matrimoniales; la mujer en este caso queda libre para contraer nuevo enlace; el hombre siempre está autorizado para contraerlo. Los casamientos se verifican entre algunas tribus sin que intervenga en ellos para nada la religion.

Los judíos cuando se casan, acostumbran á pasear á las novias por las calles de la poblacion sobre unas andas suspendidas en hombros de cuatro amigos del novio; los convidados llevan en sus manos hachones encendidos y entonan canciones en coro.

Los moros son tan celosos de sus mujeres y llevan á tal punto su manía respecto á este particular, que ni aun siquiera consienten que se las nombre en su presencia.

Los entierros de los marroquíes son en estremo curiosos; cuando muere algun moro, se reunen en su casa todos sus parientes y amigos; lo amortajan envolviéndole en un lienzo blanco, lo tienden sobre una mula atado de piés y cabeza por debajo del vientre del animal y lo acompañan al cementerio: los cementerios de Marruecos son tambien bastante particulares; carecen de tapias, se reducen á un simple terreno y se distinguen únicamente de los demás sitios en que, de trecho en trecho, hay pequeños montones de tierra cubiertos con grandes losas; por lo comun están situados cerca de las casas de los santones ó de sus sepulcros, que son sagrados como hemos dicho ya.

Luego que han llegado al cementerio desatan el cadáver, lo descargan entre tres ó cuatro de los parientes mas cercanos, hacen un hoyo de una vara escasa de profundidad, los demás contemplan la escena vertiendo abundantes lágrimas, y luego que la fosa está concluida, colocan en ella el cadáver de medio lado, mirando á Oriente y lo cubren de tierra. Esta tierra la cubren á su vez con grandes piedras que tienen buen cuidado de poner derechas y en una sola línea, y el enterramiento se da por concluido. Despues de esto, y colocados en fila los parientes sobre la losa sepulcral, se descalzan misteriosamente, vuelven el rostro hácia Oriente, levantan dos ó tres veces las manos al cielo, se arrodillan, besan el suelo, vuelven á levantarse, y á alzar las manos en ademán suplicante, pasan una hora larga lanzando lúgubres gritos y lastimeros ayes, y la ceremonia queda completamente concluida, volviendo los parientes á casa del difunto. Las personas que hay dentro de ella van saliendo con los ojos arrasados en lágrimas, y abrazan uno por uno á todos los de la comitiva, dando horribles alaridos en son de sentimiento; las mujeres parientas del difunto, acostumbran á arañarse ferozmente la cara hasta cubrírsela de sangre.

Despues comen cuscusú procurando echar á un lado la pena durante la comida. A los que mueren naturalmente se les entierra del modo que hemos descrito despues de lavar bien el cuerpo; pero á los que mueren peleando contra los cristianos, no solo no los lavan, sino que los llevan á la sepultura con la misma ropa que visten, enterrando con ellos hasta la tierra que manchada con su sangre hallan junto al cadáver, tomando aquella ceremonia por profanacion y creyendo que de ese modo van al cielo tal y como murieron en la tierra combatiendo en defensa de Mahoma.

La principal diversion de los moros consiste en quemar pólvora haciendo salvas y descargas cerradas; las mujeres tienen gran pasion por las panderetas, á cuyo son cantan y bailan.

Los moros acostumbran á encadenar á los prisioneros que

cojen, especialmente á los cristianos, y á los criminales de la manera mas bárbara y cruel que se ha conocido.

Colocan á cada uno una argolla al cuello sobre la carne; esta argolla tiene un asa por donde pasa una cadena que va enfilándolos á todos. La cadena está sujeta á las paredes opuestas de la prision por cada uno de sus estremos, y los encadenados quedan sentados en el suelo sin poder echarse ni levantarse.

El pan que comen los riffeños, segun el señor Diana, puede presentarse á un minero como un trozo de mineral, seguro de que hasta un severo análisis lo juzgará salido de las entrañas de la tierra, y aun despues de analizado no creerá que es pan por mas que se lo digan. Si en una porcion de tabaco rapé negro (añade) se echa un puñado de broza, tierra y pajillas imperceptibles, lo que resultaria de esta masa despues de endurecida al fuego, se confundiria con un pedazo de pan de los riffeños. Consta este de malísima cebada guardada diez ó doce años en escavaciones que hacen en la tierra, dejándoles una boca estrecha que tapan con una piedra y esconden despues, echándole maleza encima y otros objetos. Esta cebada la muelen á mano entre dos piedras, y sin sacarla el salvado y tal como sale la amasan y cuecen.

La condicion de los judios en Marruecos, como hemos repetido varias veces en capítulos anteriores, es en estremo miserable y no hay palabras con que esplicar ni el abatimiento y la abyeccion en que ha caido su raza, ni las vejaciones y tiranías que continuamente sufren. En primer lugar se obliga á los judios á vivir en barrio separado, donde se les encierra durante la noche; en segundo lugar se les tiene asignado traje especial, que consiste en túnica y jaique, generalmente de paño azul. No pueden usar turbante, sino que han de cubrirse precisamente la cabeza con un gorro negro, sobre el cual llevan un pañuelo anudado por la barba, como las mujeres en Castilla, cuyo pañuelo es indefectiblemente de algodon azul con pintas ó dibujos blancos, fábrica inglesa. Cuando pasan por delante de una mezquita, aunque

sea á larga distancia, tienen que descalzarse, llevando los zapátos en la mano, por cuya razon usan babuchas de badana, color amarillo, sin talonera. Los que por haber viajado durante dos años por Europa ó por cualquier otro motivo, consiguen ponerse bajo la proteccion de alguno de los consulados, están esentos de esta humillacion, y para darlo á conocer visiblemente calzan botas. En las reyertas entre musulman y judío, el primero tiene siempre razon, y cuando ocurren casos en que puede haber castigo corporal, lo cual sucede al primer desliz, el hebreo se ve precisado á comprar el silencio de su adversario y á pagar su sinrazon. Aquello es una sentina de iniquidades. El judío se conforma con todo para evitar que le lleven ante el gobernador.

Las judías esbeltas y hermosas, casi todas gastan una especie de manto riquísimamente bordado y salpicado de oro y plata; debajo llevan una chaqueta entallada en la que lucen tambien preciosos bordados de dichos metales y por entre la que, velando su turgente pecho, asoman riquísimos encajes: su cabeza va graciosamente cubierta por un pañuelo de seda sencillo, y algunas gastan sobre los hombros un manton de Manila. Sus orejas, garganta y manos, van adornadas con riquísimos pendientes, collares y sortijas de oro y coral: las babuchas que gastan son de riquísima piel, y las medias de seda.

Ocupándose un periódico de los judíos que con motivo de la guerra, habian abandonado á Marruecos acojiéndose á nuestras provincias meridionales, decia lo siguiente:

«Todos los israelitas de Marruecos que se han refugiado en la Península hablan español. Esto no es de estrañar ciertamente. Lo mismo en Jerusalen, que en Constantinopla, que en Widdin, que en Jamáica, que en Lóndres y que en otros mil puntos, el israelita de raza española ha conservado con tenacidad increible las costumbres del país, que aun considera suyo, los nombres y el idioma que de él llevó. Al ver estos millones de séres humanos de nuestra raza esparcidos por todo el globo, y que aun

onservan, al través de tantos siglos, su apego á la antigua pa-
ia, es como se concibe toda la magnitud del hecho de su es-
ulsion y el inmenso vacío que dejó en España.

Se comprende cómo desde que se cometió aquel acto de sui-
idio increible y sin ejemplo, como no sea el de la espulsion de
os españoles ricos por los mejicanos independientes, nuestra
oblacion y nuestra riqueza fuesen menguando rápidamente,
in que nada pudiese contener el desfallecimiento nacional,
asta la triste época de Cárlos el Hechizado.

Tambien es admisible que esa raza tan inteligente, tan activa
tan laboriosa, en que hay tantos capitalistas de primer órden
tantos pobres tambien, pero ni un solo mendigo, no conserve
ácia España, á pesar de las persecuciones que ha sufrido, mas
ue sentimientos de amor y simpatía. Basta ser español para en-
ontrar amigos y hermanos entre los judios de raza española en
aises estranjeros. El estado de la península les interesa viva-
nente, y muchísimos serian los que no podrian resistir á la
entativa de volver á su seno el dia en que se les abriesen sus
uertas. En Lóndres hay una calle entera esclusivamente ocu-
pada por judios de raza española, los unos comerciantes y los
otros artesanos. Todos ellos hablan español, con algunas pala-
bras singulares y acento estraño, y aunque son ingleses, y sa-
ben, por supuesto, el inglés, el español es el único idioma que
usan entre ellos y en todas sus relaciones domésticas. Los nom-
bres españoles Perez, García, Rodriguez y otros muchos, son
los que aun conservan estos verdaderos españoles, convertidos
por nuestra errada política en súbditos ingleses y en fuentes de
prosperidad para este pais.»

Respecto á los riffeños, el Sr. Diana nos dá tambien curiosos
pormenores acerca de su traje. «Se compone (dice) de un pe-
dazo de túnica blanca de lana, como de una vara de ancho y
siete de largo, á que dan el nombre de jaique (haik) y con el
que se envuelven todo el cuerpo y algunos hasta se tapan la
cabeza.

29.ª *entrega*, 8 *págs.*, 225 á 232.

En algunas kabilas se usan los turbantes, en otras llevan la cabeza al aire, y unos y otros se la afeitan; usan toda la barba; los mas acomodados gastan una camisa ó túnica de lana y babuchas. En lo general, van descalzos y llevan el cuerpo al aire, cubierto solo con las vueltas que le dan al jaique. En invierno llevan muchos una chilaba de lana muy fuerte y tupida y con capucha. Las mujeres del Riff gastan el mismo traje que los hombres, con alguna variacion en el modo de taparse, dejándose siempre la cara descubierta: van descalzas hasta las mas acomodadas, y para diferenciarse de las pobres gastan algunas alhajas de plata que llaman de fantasía.

Consisten estas alhajas en unas argollas hasta del peso de libra y media, que suelen llevar en la pierna junto al tobillo, en pulseras del mismo metal, aunque de menos peso, y en un collar de coral en que llevan engastadas pesetas españolas, generalmente de las que tienen busto. Para sujetar el jaique tienen una especie de clavos romanos tambien de plata: en las orejas usan aretes estremadamente grandes, de diferentes metales, de los que cuelgan escesivo número de monedas españolas, piezas de coral y otros objetos, molestándoles tanto el peso en las orejas, que se ven obligadas á aliviarle con cintas que se enganchan en la cabeza. El pelo lo llevan generalmente largo y hecho trenzas con añadidos de lana; las solteras caido sobre la espalda y las casadas en dos trenzas por delante sobre los hombros. Muchas tienen en la cara y en los brazos alguna pintura indeleble, que figura una cruz, una estrella ó una flor de lis. Esta bárbara costumbre desfigura á las mas hermosas, que son precisamente las que mas se señalan. Tanto los hombres como las mujeres se cortan ó afeitan el vello de todo el cuerpo, pasándose despues una yerba que impide el que vuelva á salir. El color con que se pintan las mujeres es siempre azul, y algunas se dan de negro alrededor de los párpados.»

Lo primero que preguntan los moros á los presidiarios fugados que cojen en su territorio, es si quieren ser moros ó cris-

tianos. Si contestan que moros, les enseñan á bañarse y el acto de fé que dice *Sedu-leila, ilalá-Sidi-Mojoamet de Besulá*, que traducido al castellano quiere decir: *confieso que no hay Dios, sino Dios, y afirmo que su profeta solo es Mahoma*: luego que saben esta copla, los visten de moros y quedan en el gremio de su religion. Si no quieren renegar, los entregan al vice-cónsul, que inmediatamente con una escolta los manda al presidio de que procedian; y en esta alternativa, prefieren los mas el renegar por no esponerse de nuevo al mal trato que reciben los fugados de los presidios.

No todos los marroquíes tienen el mismo carácter ni la misma posicion, como han podido ver nuestros lectores al ocuparnos de las razas. Los habitantes de Sierra Bullones, sin ir mas lejos, son estremadamente pobres, los mas pobres quizá de todo el imperio.

No son pastores, como los pueblos primitivos, ni labradores, como aquellos entre quiennes la civilizacion arroja sus primeras semillas. Viven en sus toscas viviendas, labradas la mayor parte de ellas en los huecos y hendiduras de las peñas, ó cavadas en la tierra, como hoy se ven todavia varias en algunas miserables aldehuelas de Castilla y Aragon. Su ocupacion favorita es la caza, y mientras que sus mujeres se entregan á las faenas del campo, ellos recorren los montes con su espingarda, su morral de pólvora y su gumia, perdiéndose solitarios en las cumbres de los montes y entre las grietas y quebraduras de los peñascos.

Los moros fronterizos al Peñon de Alhucemas son tambien de carácter mucho mas pacífico que los restantes del imperio; ya por el contacto que tienen con dicha plaza, ya por las simpatías que de dia en dia van adquiriendo por los españoles, ya por lo causados que están de sufrir los vejámenes de sus hermanos de otras tribus; el hecho es que los moros de Alhucemas dan cada dia nuevas pruebas de la pequeña civilizacion que van adquiriendo hija del contínuo roce con los moradores de nuestra

plaza, quienes cada dia se muestran mas satisfechos de los citados moros.

Puede juzgarse del espíritu que anima á estos marroquíes por el siguiente hecho referido últimamente por los periódicos españoles.

Serían como las cuatro de la tarde, cuando entro un moro en una casa de la plaza á tiempo que estaban en la mesa, y despues de los cumplimientos que ellos usan, de preguntar ¿cómo estar familia? ¿cómo estar muchacho, etc., se dirigió al jefe de la casa, manifestándole deseaba saber si los cristianos venian cerca ya de dicho campo; aquel le contestó que no lo sabia, y el moro (cuyo estraño nombre estamparemos despues), con una sinceridad poco comun en los de su condicion, le dijo: «Por Dios grande, que yo tener mucho deseo de oir en este campo los pitos de los soldados» (querria decir las cornetas): entonces le interrogó el cristiano, con qué objeto tenia tal deseo, y el árabe le añadió: «para marchar con ellos con muchos moritos de familia mia y muchachos, pues soldados de reina, comer mucho, tener buena ropa de fantasía y estar valientes. Despues de esto se sentó á la mesa, y estando comiendo dijo: «Yo pensar que cuando soldado de reina venir al campo de Bocoya, todo moro jacer cristiano y ganar muchos sultanes (duros), y tener justicia en un pueblo de moro, pues ahora no poder vivir el mérito que tener vergüenza, porque no jacer mas que matar uno á otro, y quedar muchacho sin padre hasta que casar mujera con otro que donar palo.» Dijo mas. «Si soldado de reina llegar á Bocoya y los otros pueblos no querer estar amigo del general cristiano, todo moro jacer confidente y jablar pronto lo que pasar en toda la tierra de este campo:» aquí concluyó su narracion, porque otros moros le llamaron para marcharse.

El moro de quien hablamos, es conocido en la plaza de Alhucemas con el nombre de Mariquita Cortés, y hasta sus compañeros lo llamaban del mismo modo, porque habiendo estado en ella hace algun tiempo una hija de un confinado llamado así, y

pareciéndose mucho por casualidad á la cristiana, los vecinos de aquel punto prorumpieron con su nombre, y de aquí que no responde sino por el apodo español.

Los médicos de Marruecos andan de pueblo en pueblo, de mercado en mercado y de feria en feria, buscando enfermos á quienes curar. Cargados con un morral á la espalda, donde no solo llevan los libros donde estudiaron, sino una infinidad de recetas, ungüentos, yerbas é instrumentos quirúrgicos, mas bien que médicos parecen saltimbanquis de los que recorren las poblaciones procurando llamar la atencion de los transeuntes con sus juegos de cubiletes; á tal grado llega la degradacion de la ciencia de Esculapio en el imperio marroquí. Tan luego como llegan á los mercados se detienen ante el concurso, sacan los remedios de su alforja, los estienden en el suelo y empiezan á pregonar sus resultados maravillosos, ni mas ni menos que si fueran quitamanchas ó cosa por el estilo; la farmacia en Marruecos, vendiendo los médicos los remedios, dicho se está que no existe constituyendo una profesion á parte. Los moros no usan la vacuna, no obstante que diariamente se la están viendo practicar á los cristianos y á los hebreos residentes en aquel país.

CAPITULO XVII.

De la lengua, literatura y espectáculos de los marroquíes.

Poco, muy poco será lo que podamos decir acerca del idioma que hablan los marroquíes; descendientes todos de los primitivos árabes, por mas que hoy se hallen divididos en diversas razas, el árabe es el lenguaje comun del imperio de Marruecos; pero las diferencias de costumbres que á unas de otras razas las separan, se hicieron con el tiempo estensivas tambien al idioma, y cada raza, ó cada provincia puede decirse que hablan hoy un dialecto diferente, que aunque reconociendo por base al árabe, se diferencian entre sí bastante: en algunas partes de Marruecos,

y especialmente en la córte y otras poblaciones grandes, se habla el árabe únicamente, sin afectar modificacion alguna que le pueda valer el epíteto de dialecto, pero no el árabe culto que se enseña en nuestras universidades, sino un árabe bárbaro, rudo y vulgar, que en poco se le parece.

Como quiera que el árabe es la lengua madre de todos los dialectos marroquíes, y como quiera tambien que el riffeño nos pueda interesar hoy mas que nunca á los españoles, que contemplamos á nuestros hermanos batiéndose en el Riff contra los moros, hemos creido conveniente, valiéndonos de los datos que autores de mas fama han recojido, dar á continuacion dos vocabularios, el uno árabe y el otro riffeño, los cuales, además de un gran número de voces sueltas, contienen las frases mas indispensables para poder entenderse con los marroquíes y especialmente con los riffeños.

VOCABULARIO ÁRABE

SEGUN EL DIALECTO MARROQUÍ. (1)

Acá	Hena.
Agua	Má.
Aguja	Libra.
Aire	Ruah.
A la derecha	Ala iemín.
A la izquierda	Ala lisar.
Alegría	Farha.
Alfaquí	Fakíh.
Algodon	Koton.
Alhelí	Al-haylí.
Al-Koran	Korán, Alforkan.
Alma	Nefs.
Alto	Alí.
Allá	Henak.
Amor	Habb, mehabbab.
Angel (El)	Al-malak.
Antes	Kebel.
Año	Senna, âm.
Aposento	Beyt.
Apóstol, enviado	Rasúl.
Arbol	Xégia.
Arena	Ramel.
Así, así	Aydac, aydac.
Asno	Himár.
Atrás	Laura.
Aun	Mazal.
Ayer	El-barah.
Azahar	Zahar en-nauj.
Azucenas	Susán.
Azul	Azrak.
Babuchas	Babuxa.
Bajo	Sfel.
Bala	Rsás.
Bandera	Lâlam.
Barbero	Hagiem.
Bien	Meléh.
Blanco	Abiyad.
Boca	Fum.
Botas	Bota.
Buey	Tsaur.
Caballería	Hayl.
Caballo	Aud.
Cabeza	Kas.
Cabra	El-mâz.
Calor	Szahana.
Calzones	Saraguil.

(1) Todas las palabras de este vocabulario están tomadas de la obra del señor Estébanez Calderon. El autor de este libro no ha hecho otra cosa, que arreglarlas por órden alfabético, para que al primer golpe de vista se encuentre la voz que se desea conocer.

Calle.	Zanka.
Cama.	Farax.
Camisa.	Kamixâ.
Cañon.	M'dfâ.
Capa.	Bornus.
Capitan de nave.	Reis el-markab.
Cara.	Ugia.
Carne.	Laham.
Casa.	Dar.
Castillo.	Calâ.
Ceja.	El-hajáb.
Ceniza.	Ramád.
Cerca.	Keríb.
Cielo.	Semá.
Ciruela	El-blinsí.
Ciudad.	Medina.
Clavel	Coronfel.
Cohombros	El-jiar.
Colchon	Emtarba.
Color	Laun.
Cómo?	Kíf.
Cordoban	El-bedana.
Cristiano	Ensara.
Cuadros	Sawar.
Cuándo?	Fuyah.
Cuerpo	Giauf.
Culebra	El-hayá.
Cura.	Kasís.
Cútis.	Egield.
Choza	Haima.
Dátil.	Tamar.
De	Dax.
Dedos	Asbâ.
Descreido	Káfir.
Desde	Min.
Desierto	Biar.
Dia	Yaum, Nahar.
Dientes.	Esnán.
Dios	Aláh.
Doctor.	Alem.
¿Dónde?	Fain.
Ejército	Mehalla.
El ó aquel, lla.	Hua, hia.
Ellos, aquellos, llas.	Hum, hunna.
Embarcacion.	Margueb, sefina.
Espada.	Sif.
Espíritu (El).	Roh.
Estío.	Seyf.
Estos, estas.	Haduc, hadac.
Estrellas.	Nogium.
Evangelio.	Angíl.
Flor.	Zaard-el-nard.
Fraile.	Faraÿla, Raheb.
Frente.	Stard.
Frio.	Bard.
Fruta.	Alharíf.
Fuego.	Nar.
Fuente.	Ayn.
Fusil.	Kahalla.
Gallina.	Degiagia.
General.	Amiro-l-geyx.
Gentil.	Káfir.
Gobernador.	Baxá.
Hácia.	Ala.
Hilo.	Hait.
Hombre.	Adami.
Hora.	Sâa.
Hoy.	Alyaum.
Huevos.	Beydát.
Humo.	Dohán.
Iglesia.	Kanisa.
Infantería.	Rajlia.
Infierno.	Giahannam.

Insecto. . . . Hamix.
Invierno. . . Extá.

Jacinto. . . . Nenúfar.
Juez.. . . . . Kádi.

Lábios.. . . . Xefá.
Lámpara . . . Candil.
Leche. . . . . Halíb.
Lechuga.. . . El-has.
Lejos. . . . . Bâid.
Leña. . . . . Hatab.
Leon. . . . . Sabâ.
Letrado. . . . Táleb.
Ley de Moisés. Toralı.
Libro. . . . . Kitáb.
Limon. . . . Lémun.
Luego.. . . . Aziza.
Luna. . . . . Xamar.
Luz.. . . . . Nur, Dau.

Llano. . . . . Básit, Uta.

Mahometano. . Moslem.
Mal.. . . . . . Kebéh.
Manos.. . . . Ayed.
Manzana. . . Tefáh.
Mañana. . . . Gadda.
Mar.. . . . . . Bahr.
María. . . . . Mariem.
Médico. . . . Tebib.
Melon. . . . . Bateh.
Mio, mia. . . Diâli, diâla.
Monte. . . . . Gebial.
Mucho . . . . Besaf.
Muger. . . . . Emirá.
Mula . . . . . Bágla.
Mundo . . . . Donya, el-âlam.

Naranja. . . . Narang.
Nariz. . . . . En-nahar.
Navegante. . . Emsafar.

Negro. . . . . Asuad, K'hal.
Nieve. . . . . Tselg.
No . . . . . . La.
Noche. . . . . Leyla.
Nosotros. . . . Ehnaia.

Odio. . . . . . 'Adu.
Oficial. . . . . Kaid.
Oido. . . . . . Semâ.
Ojos. . . . . . Ayúm, Aynim.
Oreja. . . . . . Aden.
Otoño. . . . . Harif.
Oveja. . . . . El huwal.

Pájaro. . . . . Tair.
Palma. . . . . Tamara.
Palomo. . . . . Hamám.
Pan.. . . . . . Hobz.
Paño.. . . . . Melf.
Pañuelo. . . . Sebania.
Papel. . . . . Cagned, kartás.
Para.. . . . . Bax.
Paraiso. . . . Genna.
¿Para qué?. . Alax.
Patio. . . . . . Wast-ed-dár.
Pelo. . . . . . Xâr.
Pellejo. . . . . Egield.
Pepinos. . . . El-jiar.
Peras. . . . . Lingas.
Pescado. . . . Hut.
Pierna. . . . . Elfagd.
Piés.. . . . . . Argiél.
Pimientos. . . Felfel.
Pinturas.. . . Sawar.
Plato. . . . . . Tebsil.
Plaza. . . . . . Sok.
Pluma. . . . . Calam.
Poco. . . . . . Xuay.
Pólvora. . . . Berúd.
Por. . . . . . . Alax.
Pozo. . . . . . Bir.
Primavera. . . Rabiá.
Príncipe. . . . Amir.

30.ª *entrega*, 8 *págs.*, 233 *á* 240.

Profeta. . . . Nabi.
Puerco. . . . Hanzir.
Puerto. . . . Mersa.
Pulga. . . . . Bargot.

Queso.. . . . Lâdam.

Reina. . . . . Malka.
Relámpago. . . B'rak.
Rey. . . . . . Melek.
Rio. . , . . . Nahr, Guad.
Rojo. . . . . Ahmar.
Ropa. . . . . Hawaix.
Rosa. . . . . Guarda.
Ruido. . . . . El-arag.

Sábana. . . . Elizar.
Sable. . . . . Sekin.
Sandía. . . . Deláh.
Santo. . . . . Kádes.
Sarten. . . . . El-makla.
Seda. . . . . . Harír.
Sí.. . . . . . . Nâm, ye.
Sol. . . . . . Xems.
Sosiego. . . . El hená.
Sultan. . . . . Sultan.
Sultana. . . . Sultana.
Suyo, suya. . Emtâi, emta.

Tambor. . . . Tabel.
Tarde. . . . . Lásr, laxia.
Tejado. . . . Setáh.
Templo. . . . Mesjída.
Tiempo. . . . Zamán.
Tienda. . . . Hanút.
Tierra. . . . . Ard.
Tigre. . . . . Námer.
Tomates. . . . Tomát.
Tropa. . . . . Láskar.
Trueno. . . . Ráda.
Tú.. . . . . . . Enta, entin.
Turbante. . . Resâ.
Tuyo, tuya. . Diâlec, diâlac.

Uñas. . . . . D'far.
Uvas. . . . . Agneb.

Varon. . . . . Ragiel.
Vela. . . . . Al-kalá.
Velon. . . . . M'nara.
Ventana. . . . Taka.
Verano. . . . Seyf.
Verde. . . . . Ahdar.
Vestido. . . . Lebsa.
Viento. . . . Reh.
Vino. . . . . Hamr.
Vírgen (La). . El-âdra.
Visir. . . . . Wazir.
Vosotros. . . Entom.

Yerba. . . . . Rubeh.
Yo. . . . . . . Anna.

Zapato. . . . Sobat.

NUMERACION.

Uno. . . . . . Wahed.
Dos. . . . . . Tenain, giuxa.
Tres. . . . . Talata.
Cuatro. . . . Arbâ.
Cinco. . . . . Hamsa.
Seis. . . . . . Setta.
Siete. . . . . Sebâ.
Ocho. . . . . Temania.
Nueve.. . . . Tsâ, tsaod.
Diez. . . . . Axara.
Once. . . . . Haddax.
Doce. . . . . Tenax.
Trece. . . . . Telatax.
Catorce. . . . Arbâtax.
Quince. . . . Hamatax.
Diez y seis. . Settax.
Diez y siete. . Sebâtax.
Diez y ocho. . Temanatax.
Diez y nueve. Tsâtax.
Veinte. . . . . Axerin.

Veinte y uno.	Wahad wa axerin.
Treinta. . . .	Talatin.
Cuarenta. . .	Arbâin.
Cincuenta. . . .	Hamsin.
Sesenta. . . .	Settin.
Setenta. . . .	Sebâin.
Ochenta. . . .	Temanin.
Noventa. . . .	Tsâin.
Ciento. . . .	Mia.
Mil.	Alef.
Millon.	Milion.

FRASES SUELTAS.

Buenos dias, buenas noches. .	Sabah el heir, mesa-l-heir.
Yo te saludo.	Ana can semlek.
¿Cómo estás?	¿Ax halek?
Bien : mal : así, así.	Ala heyr: merid: aydac, aydac.
Bien, gracias á Dios.	Ala heyr, el-hamdo lillah.
¿Cómo está tu mujer, tus hijos?	¿Kif enia maratek, uladek?
El dia está bueno, está malo.	En-nahr meleh, kobeh.
Hace frio, hace calor.	Keamel-bard ; keamel geana.
He dormido bien.	Ana enast meleh.
Me he levantado.	Ana comt.
Levántate.	Com.
Adios.	Aslama.
Tengo hambre.	Andi giua.
Dame pan, vino, carne.	Asmi el hobs, xerab, lahám.
Quiero dormir.	Kanheb ne nas.
¿Cuál es el camino?	¿Ax men hua tarek?
¿Adónde está la ciudad?. . . .	¿Fayn hiya emmedina?
¿Vá por ahí la tropa?.	¿Maxi men hennak el-âskar?
Te quiero mucho.	Kanhabek besaf.
Tráeme el caballo, la espada, la lanza.	Sokli el âud, es-sekin, erremáh.
Huyen los soldados.	Keherab el âskar.
Se han hecho prisioneros. . . .	Amlu mexunin.
Ha venido la escuadra.	Gia l-eskuadra.
Me embarcaré en un esquife. .	Ner keb fuwahed flika.
Entraré en la casa y me acostaré en la cama.	Ndgol fed-dar u nenas fe-l-farax.
Suenan los cañonazos.	Kéyzemo emdafá.
Dame de almorzar, de comer, de cenar.	Atini emgayer esfar, n'kul, emtaxa.

Díme en dónde está la fuente, el agua.	Kolli faynia es-sacaya, el má.
Dame papel, tinta y pluma para escribir una carta.	Atini el-cagued, emdad, alcalam bax nekteb wahed el bera.
Busca un guia.	Fetex li warik.
¿Adónde está el gobernador, el jeque?.	¿Fayn hua el-hakem, ex-xeh?
Traed trigo, cebada, paja, fruta.	Sok li el kemah, xayr, teben fokía.
Decid al aduar, á la ciudad, á las gentes, que hay perdon para ellos.	Kol lelxar, lelmedina, u lebnaden bain es-serahlilhum.
No tened miedo.	Ma enkum el giauf.
La batalla se ha comenzado. .	El-harb ed-dá.
La guerra se concluirá pronto.	El-guerra imtam daguía.

VOCABULARIO

de algunas palabras del dialecto riffeño, que viene á derivarse del árabe, y en pequeñísima parte del castellano. (1)

NUMERACION.

Uno.	Uhajed.	Doce.	Cenás.
Dos.	Etnein.	Trece.	Tletás.
Tres.	Tleta.	Catorce. . . .	Arbatáx.
Cuatro	Arba.	Quince	Jamestás.
Cinco.	Jamesá.	Dieciseis. . . .	Settáx.
Seis.	Settá.	Diecisiete. . .	Sebaatáx.
Siete	Sebá.	Dieciocho. . .	Tamentáx.
Ocho.	Teminiá.	Diecinueve . .	Saatáx.
Nueve.	Saá.	Veinte.	Aixerin.
Diez.	Axará.	Veintiuno. . .	Uhajed aixerin.
Once.	Jedás.	Veintidos . . .	Etnein aixerin.

(1) Está tomado literalmente de la curiosísima obra, que con el título de *Un prisionero en el Riff*, ha dado á luz el reputado escritor don Manuel Juan Diana.

Veintitres. . . . Tleta aixerin.
Veinticuatro. . Arba aixerin.
Veinticinco . . Jamesá aixerin.
Veintiseis. . . Settá aixerin.
Veintisiete.. . Sebá aixerin.
Veintiocho.. . Teminiá aixerin.
Veintinueve. . Saá aixerin.
Treinta. . . . Trecin.
Treinta y uno. Uhajed trecin.
Treinta y dos. Etnein trecin.
Treinta y tres. Tleta trecin.
Treinta y cuatro. . . . . Arba trecin.
Treinta y cinco. . . . . Jamesá trecin.
Treinta y seis. Settá trecin.
Treinta y siete. Sebá trecin.
Treinta y ocho. Teminiá trecin.
Treinta y nueve. . . . . Saá trecin.
Cuarenta. . . Arbain.
Cuarenta y uno. . . . Uhajed arbain.
Cuarenta y dos. . . . Etnein arbain.
Cuarenta y tres. . . . Tleta arbain.
Cuarenta y cuatro. . . Arba arbain.
Cuarenta y cinco. . . . Jamesá arbain.
Cuarenta y seis. . . . Settá arbain.
Cuarenta y siete. . . . Sebá arbain.
Cuarenta y ocho. . . . Teminiá arbain
Cuarenta y nueve. . . . Saá arbain.
Cincuenta. . . Jamesin.
Cincuenta y uno. . . . . Uhajod jamesin
Cincuenta y dos. . . . . Etnein jamesin
Cincuenta y tres. . . . . Tleta jamesin.
Cincuenta y cuatro.. . . Arbá jamesin.
Cincuenta y cinco. . . . Jamasá jamesin
Cincuenta y seis. . . . . Settá jamesin.
Cincuenta y siete. . . . Sebá jamesin.
Cincuenta y ocho. . . . Teminiá jamesin.
Cincuenta y nueve. . . . Saá jamesin.
Sesenta. . . . Settin.
Sesenta y uno. Uhajed settin.
Sesenta y dos. Etnein settin.
Sesenta y tres. Tleta settin.
Sesenta y cuatro. . . . . Arba settin.
Sesenta y cinco. . . . . Jamesá settin.
Sesenta y seis. Settá settin.
Sesenta y siete. Sebá settin.
Sesenta y ocho. Teminiá settin.
Sesenta y nueve. . . . . Saá settin.
Setenta. . . . Sebain.
Setenta y uno. Uhajed sebain.
Setenta y dos. Etnein sebain.
Setenta y tres. Tleta sebain.
Setenta y cuatro. . . . . Arbá sebain.
Setenta y cinco. . . . . Jamesá sebain.
Setenta y seis. Setttá sebain.
Setenta y siete. Sebá sebain.
Setenta y ocho. Teminiá sebain
Setenta y nueve. . . . . Saá sebain.

Ochenta. . . .	Timiniain.
Ochenta y uno.	Vhajed timiniain.
Ochenta y dos.	Etnein timiniain.
Ochenta y tres.	Tleta timiniain.
Ochenta y cuatro.	Arbá timiniain.
Ochenta y cinco	Jamesá timiniain.
Ochenta y seis.	Setta timiniain.
Ochenta y siete.	Sebá timiniain.
Ochenta y ocho. . . .	Timiniá timiniain.
Ochenta y nueve. . . .	Saá timiniain.
Noventa. . . .	Saain.
Noventa y uno.	Uhajed saain.
Noventa y dos.	Etnein saain.
Noventa y tres.	Tleta saain.
Noventa y cuatro.	Arbá saain.
Noventa y cinco.	Jamesá saain.
Noventa y seis.	Settá saain.
Noventa y siete.	Sebá saain.
Noventa y ocho. . . .	Teminiá saain.
Noventa y nueve. . . .	Saá saain.
Ciento	Miyá.
Doscientos. . .	Mitáem.
Trescientos. . .	Tletamiyá.
Cuatrocientos.	Arbamiyá.
Quinientos. . .	Jamesámiyá.
Seiscientos. . .	Settamiyá.
Setecientos. . .	Sebamiyá.
Ochocientos. .	Teminiamiyá.
Nuevecientos.	Saamiyá.
Mil.	Alef.
Millon.	Milion.

DIAS DE LA SEMANA.

Lunes.	Etnein.
Martes	Ettréza.
Miércoles. . . .	Elarba.
Jueves.	Erejemés.
Viernes. . . .	Echimá.
Sábado	Eseff.
Domingo . . .	Erjet.

MESES.

Enero.	Eneyár.
Febrero. . . .	Fedreyár.
Marzo.	Mars.
Abril.	Freer.
Mayo.	Mayó.
Junio.	Yunis.
Julio.	Yulius.
Agosto. . . .	Gost.
Setiembre. . .	Stumbero.
Octubre. . . .	Tobaragen.
Noviembre. .	Nombert.
Diciembre. . .	Tusunivero.

PALABRAS SUELTAS.

Abogado. . .	Kádet.
Aceite. . . .	Esis.
Aceitunas . .	Zituu.
Agua.	Amán.
Aguardiente. .	Emagiyá.
Ayer.	Edenát.
Alcahuete. . .	Alcarrán.
Alcorán. . . .	Korán.
Alegre. . . .	Ifarajá.
Alejandría. .	Escandaría.
Alma.	Elamar.
Almendras. . .	Elmsâ.

Amante. . . . Sami sami.
Amen.. . . . Amen.
Amigo. . . . . Anduquirinó.
Angel.. . . . Al-malak.
Año. . . . . Am.
Azul. . . . . Desisá.

Babuchas. . . Earcúxen.
Badana. . . . . Sargue.
Bajar. . . . . . Dáro.
Balas. . . . . . Arrsás.
Bandera. . . . Erarém.
Barba. . . . . Izimár.
Barbero. . . . Hagiem.
Barco. . . . . Gárrabo.
Beber. . . . . Asued.
Bigote. . . . Erasafad.
Blanco . . . . Damider.
Boca . . . . . Acamó.
Borracho . . . Isuá.
Botas. . . . . . Earcúxen.
Brazos . . . . Fúx.
Brevas . . . . Erbexios.
Bueno . . . . Sér-melegg.
Burra . . . . Tagriur.
Burro. . . . . Agriur.

Caballo. . . . Yis.
Cabeza. . . . Asitif.
Cabo. . . . . . Moscamdem.
Café . . . ; . Alcajaguá.
Calabaza . . . Taseg.
Cama . . . . . Faráx.
Camino. . . . Trek.
Camisa . . . . Chamér.
Candil . . . . Elcándil.
Cansado . . . Ogeróg.
Cántaro . . . Tacabúx.
Cañon . . . . . Borque.
Capa . . . . . . Bornús.
Cara . . . . . . Ajanfóf.
Carne . . . . Aisú.
Carneros . . . Echárris.

Casa . . . . . Cendá.
Cazuela. . . . Texudá.
Cebada. . . . . Emendí.
Cebollas . . . Erbexér.
Cielo. . . . . . Usinná.
Cobarde . . . Dusdey.
Coger . . . . Chapar.
Cogines . . . Estormiyés.
Cohito . . . . . Ñique ñique.
Comer . . . . Echech.
Comprar . . . Saguér.
Corazon . . . Ur.
Correr . . . . Fisac.
Corriendo. . . Fisac fisac.
Coser. . . . . Gied.
Cristiano . . . Arumí, ensára.
Cuchara . . . Taganxé.
Cura. . . . . Marabot.

Dame. . . . . Ataf.
Dátiles . . . . Cinesí.
Déjalo.. . . . Jarle.
Dentro . . . . Carbeaguaró.
Dia. . . . . . . Guás.
Dientes. . . . Tegamás.
Dios.. . . . . Arbí.

Encarnado.. . Desogá.
Enfermo.. . . Yejris.
Escribir. . . . Atari.
Esencias.. . . Elguar.
Espejo.. . . . Tisif.
Espingarda . . Emilfá.
Estera.. . . . Axargir.
Estrellas . . . Nogium.

Faraon . . . . Farón.
Feo. . . . . . . Daffan, guarijarí.
Féria. . . . . Zuk.
Flor.. . . . . . Zaárd.
Fraile. . . . . Farayla.
Frio. . . . . . . Asméd.

Fuego. . . . . Cemicí.
Fuera. . . . . Foc-barra.
Fumar. . . . . Anenfad.

Gallina. . . . Tiasés.
Gallo. . . . . Yasés.
Gobernador. . Balxa.
Gobierno. . . Almajasén.
Gorro. . . . . Sesech.
Gracias. . . . Lestarjerch.
Gracias á Dios. Alá-jandulá.
Granada (ciudad. . . . . Granata.
Granadas (fruta). . . . . Arrmán.
Grande. . . . Tam-karán.
Guerra. . . . Amenagué.
Guitarra. . . . Gimbre.

Habas. . . . . Ibalion.
Hablar. . . . Siguer.
Harína. . . . Arm.
Herido. . . . Danisón.
Hermana. . . . Utimá.
Hermano. . . Umán.
Hermoso. . . Dasebag.
Hierba. . . . . Rubech.
Hierro. . . . . Uxér.
Higos. . . . . Tesard, Scarmús. . . . .
Higos chumbos. . . . . Irjandia.
Hija. . . . . . . Tajarmús.
Hijo. . . . . . . Memmé.
Hilo. . . . . . . Filo.
Hoy. . . . . . . Eda.
Hombre. . . . Adami.
Huevos. . . . Temirérim.

Iglesia . . . . Tamsidá.
Infeliz. . . . . Mezquí.
Infierno. . . . Giahannam.

Jaique. . . . . Yaix.
Jarra. . . . . . Garraf.
Jerusalem. . . Masár.
Jesús. . . . . Sidi-naisan.
Jóven. . . . . Dansian.
Judío. . . . . Alijudi.

Ladron. . . . . Zurraco.
Leche. . . . . Agué.
Levantar. . . . Orza.
Leña. . . . . . Alcasobe.
Limon. . . . . Limona.
Lujo. . . . . . Fantasía.
Luna. . . . . . Uyórd.
Luz. . . . . . . Candela.

Llover. . . . . Aussár.

Madre. . . . . Ima.
Mahoma. . . . Sidi Mojamed.
Malo. . . . . . Daffan, marfú, jaraime.
Manos. . . . . Fús.
Manteca. . . . Endején.
Mañana. . . . Ciuchá, alagalá.
Mar. . . . . . . Erbejárd.
Marcha. . . . Orój.
María. . . . . Mariem.
Matarlo. . . . Iya imúz.
Melilla. . . . . Merit.
Miel. . . . . . . Tament.
Mirar. . . . . . Visór.
Moisés. . . . . Sidi Muza.
Morir. . . . . . Imúz.
Moro. . . . . . Emenserimen.
Mosca. . . . . Issen.
Muerto. . . . . Imúz.
Mujer. . . . . . Zamentox.
Mucho . . . . . Quevéra.
Mula. . . . . . Tsardón.
Mundo. . . . . Douyá.

Nada. . . . . . Gualo.

Nabos.	Endéf.
Naranja. . . .	Lechin.
Negro.. . . .	Tebersian.
Nilo..	Nil.
No.	La, maquia.
Noche.. . . .	Sildis.
Oficial.. . . .	Alcaid.
Ojos.	Setagüen.
Olivo.	Ez-citun.
Orán.	Ujarán.
Orejas.. . . .	Emensoguen.
Oro..	Filús.
Padre.	Bába.
Pajizo.	Dágora.
Palma.. . . .	Tamara.
Paloma. . . .	Advér.
Pan.	Agaró.
Paño.	El mef.
Papel.	Kartás.
Pasas.	Esvird.
Paz.	Eraffis.
Pechos.. . . .	Papiámena.
Peine.	Tameset.
Perdiz.. . . .	Tasi-kuór.
Perdonar. . .	Isemaj.
Pescado. . . .	Isermén.
Pícaro.. . . .	Jaraime.
Piés..	Dárd.
Pimientos. . .	Fil-fil.
Pistola. . . .	Arcabúx.
Pluma. . . .	Calám.
Pobre.. . . .	Damesdró.
Poco.	Suái.
Pólvora. . . .	Elvárod.
Presidiario. .	Sterrao.
Preso.	Eljafo.
Profeta. . . .	Nabi.
Pulga.	Exorden.
¿Quién? . . .	¿Managua ?
Regalar. . . .	Agas-lainié.
Rey.	Melek, Sultan.
Reina.	Malká, Sultana.
Rezar.	Sedertz.
Rico.	Dasebá-insá.
Rio.	Guad.
Rosa.	Guarda.
Rosario. . . .	Esbeág.
Sal.	Tamentef.
Sandía. . . .	Dil-lá.
San Gabriel. .	Seráfin.
Santiago. . .	Esneda.
Si.	Guá.
Silla.	Corsi.
Sol.	Fúx.
Subir.	Ateniér.
Tabaco. . . .	Taba.
Tánger. . . .	Tanya.
Té.	Tey.
Tesoro.. . . .	Beitul-mel.
Tetuan. . . .	Tetauen.
Tierra.. . . .	Tamort.
Tiros... . . .	Elvaród viséf.
Todo.	Colisí, marra.
Toma.	Agas.
Tomar.. . . .	Jaqui.
Tomates. . . .	Tomat.
Trabajar. . . .	Gedem.
Trigo.	Eardem.
Triste.	Izquenet.
Tú.	Sik.
Turbante. . .	Arrosdef.
Uvas.	Adér.
Vacas.	Tfúnas.
Valiente. . . .	Dárias.
Vapor.	Gárrabo, vavór
Vender. . . .	Sensé.
Venir.	Argua.
Verde.	Darbeáx.
Vergüenza.. .	Isigja.

Vivo.	Itdár.
Vieja, viejo. .	Zoca, zoco.
Viento.. . . .	Asinéd.
Vino..	Saráb.
Yo.	Nech.
Zalea.	Tagidor.
Zanahorias.. .	Giddú.
Zapatos. . . .	Earcúxen.

FRASES Y ADVERBIOS.

Buenos dias. .	Sebalgel alicú.
Buenos dias tengas. . . .	Sebalgel uterbá
Buenas noches	Emsenselgel alecú.
Buenas noches tengas. . . .	Emsenselgel uterbá.
Dios os guarde.	Selam-alecú.
Dios sea con vosotros. ..	Selám, mojamet en lá.
¿Cómo va? . .	Mates que suai?
Sin novedad; ¿y tú? . . .	Lebes: mates siq.
Bien, gracias á Dios. . . .	Lebés, Alá jandul lá.
Mal.	Merid.
Medianamente	Aidac.
¿Cómo está tu padre, madre y tus hijos?	Mates bába, ima, Memmés.
Toma pan. . .	Agas agaró.
En el nombre de Dios. . .	Misimistá.
Adios.	Emselagel.
Quiero dormir	Kaneb itáx.
No tengas miedo.	Makia dusdey.
Pronto acaba la guerra. .	Fisac, fini amenagué.
Si Dios quiere.	Encharla.
¿Por qué? . .	¿Magar?
Querer bien. .	Aisjafef.
Dios te saque de esta tierra..	Alá-aigelik.
No puedo. . .	Guaridmer.
No quiero. . .	Guagasó.
No tengo. . .	Guaisará.
¿Comprendes el árabe?	¿Taárfus la arbía?
Un poquito. .	Suai.
Comprendo el árabe. . . .	Taárfus la arbía.
No comprendo el árabe. . .	Manárfux la arbía.
Dadme un poco de pan. .	Ataf suai de agaró.
Dadme un poco de agua.	Ataf suai de amán.
Tengo sueño.	Sedás itáx.
No tengo miedo á los moros.	Máquia dusdey á emenserimen.
Mañana, si Dios quiere.	Ciuchá encharla.

En el Imperio de Marruecos, además de los dialectos particulares de las provincias, se habla tambien bastante la lengua castellana, el hebreo, el turco que ellos llaman el serja, y el congo de los negros. Algunos dialectos se encuentran ya tan corrompidos, que reducidos á la mas completa algarabía, no solo es difícil estudiarlos, sino poco menos que imposible el comprenderlos.

Sin necesidad de que nosotros lo digamos podrán comprender nuestros lectores, que la literatura en un país como Marruecos, habitado en su mayor parte por gente aragana, debe hallarse en el mas lamentable atraso, ó mejor dicho, en el mas completo abandono.

La antigua civilizacion musalmana, que tanto en el Oriente como en España y aun en el mismo Africa llegó en épocas atrasadas al grado mas notable de esplendor; la civilizacion musulmana que en aquellas épocas puede decirse que estuvo á la cabeza la de de las demás naciones, en muchas de las cuales llegó á imponer su ley; esa civilizacion se encuentra hoy completamente estinguida en el Imperio de Marruecos, y ni aun rastros de ella quedan en ninguno de los rincones del Moghreb-el-Aksa.

Y no puede decirse, sin embargo, que no haya habido motivos para que el Imperio marroquí en este como en otros muchos ramos del saber haya podido salir de su lamentable atraso, no; los moriscos que en los siglos XVI y XVII fueron espulsados de nuestra nacion, llevaron al interior del Africa, donde se acogieron, muchas reliqias de su antiguo saber é ilustracion; tanto los libros como instrumentos de ciencias y artes, y ciertas costumbres y hábitos del mayor refinamiento y comodidad, que llevaron consigo en su espulsion, consiguieron introducir entre su nuevos huéspedes los rayos de una nueva civilizacion, reanimando en cierto modo su amor al estudio, á la riqueza y á las artes. Y tanto es esto cierto, que aun entre sus monarcas de aquel tiempo, hubo algunos tan dados á la lectura, al estudio y

al trato con los hombres doctos y eminentes, que la biblioteca de Muley-Sidan bastaria para comprobarlo, caso de que nuestra asercion no mereciera completa fé. En dicha biblioteca, compuesta en su mayor parte de libros escogidos y raros en todos los ramos del saber, abundaban tambien las obras escritas durante aquella época por los mismos árabes, quienes comprendiendo el gusto de su Soberano, tenian especial placer en dedicárselas. Este asomo de civilizacion duró, no obstante, poco tiempo, y el advenimiento al trono de la última dinastía de los xerifes, concluyó en nuestro concepto y en el de otros muchos historiadores con aquellos nacientes rayos de adalanto y de saber.

Originarios dichos xerifes, como otras dinastías africanas de las abrasadas arenas del Tafilete y Suljilmesa, donde como es sabido, siempre se habia vivido en el colmo de la estupidez y la barbárie; salidos de aquellos áridos terrenos, donde ni una mezquita siquiera revelaba la existencia de la arquitectura; lanzados, en fin, de aquel país agreste y selvático donde no se conocia otro libro que el de Mahoma, dicho se está que los xerifes, poco aficionados de suyo al estudio de las ciencias y las artes, habian de acabar con los restos de aquella naciente civilizacion que tantos bienes habia de proporcionarles, y que mirándola con tanta indiferencia habian de concluir por asesinarla, sentando sobre ella el pedestal de su barbárie.

La civilizacion marroquí, débil y flaca siempre, y condenada por otra parte á luchar con la indolencia y estupidez de los bárbaros del desierto que contínuamente verificaban terribles irrupciones en el interior del imperio, se fué agotando poco á poco, é imposibilitada para contener los bruscos acometimientos de razas tan bárbaras como crueles, concluyó por apagarse. No parece, dice con mucha oportunidad el señor Calderon, sino que aquellas razas se apresuraron á abrazar el islamismo para tener á mano un orígen perenne de fanatismo con que encender mas fácilmente su odio á la civilizacion, y un instrumento mas eficaz y poderoso para combatirla y destruirla.

Las bibliotecas y librerías del Imperio que tantos brillantes sueños han creado en la imaginacion de los verdaderos amantes de las letras árabes, han existido, es cierto, y aun existido con todo el colmo de su riqueza; pero hoy, agotada la civilizacion como hemos dicho, al advenimiento al Trono de la última dinastía de los xerifes, se han agotado tambien todas las riquezas que encerraban, y tanto Ali-Bey como Graberg de Hemsó y todos los viajeros modernos, convienen en que nada existe ya de todos aquellos tesoros literarios; en Fez, no obstante, deben conservarse todavia restos de aquella ilustracion; y ya sea en las bibliotecas de las mezquitas, ya en poder de los médicos, letrados, astrólogos y santones, el hecho es que deben existir todavía libros muy preciosos, como lo prueban perfectamente las adquisiciones que en estos últimos tiempos se han hecho por viajeros eminentes.

El padre Patricio de la Torre, sin ir mas lejos, trajo á España, entre otros libros preciosos, los *Viajes de Ebni-Batuta*, del cual no se conoce otro ejemplar completo; un ejemplar del *Kartás*, traducido al portugués algunos años atrás por Fr. Antonio Moura; un tomo de la *Biblioteca granadina*, de Ben Aljatib, y una *Historia de la España árabe*, escrita por un autor anónimo del siglo XII. La causa, entre otras, de que muchos libros hayan desaparecido, es que Sidi-Mohamad, segun se dice, hizo distribuir en 1760, entre los kadíes ó jueces de Marruecos, todos los libros de la famosa biblioteca de la Mezquita de Carubin, dejando solo en ella los libros coránicos y teológicos que se dispersaron definitivamente en tiempo de Sidi-Suliman, tio del difunto Abd-el-Rhaman, y que la conducta de Sidi-Mohamad, fué imitada tambien por otros emperadores.

Actualmente no se escribe en Marruecos, y la única literatura viviente consiste en las actas de los pleitos que estienden los escribanos y los cuadernos de entradas y salidas de los puertos que llevan los amines. Durante el siglo XVIII, la única obra no-

table dada á luz en Marruecos, es la que escribió Ajmed Ben-el-Mohedi-el-Ghazal, embajador de Sidi-Mohamad en Madrid en 1765, que se conserva en el Museo británico de Lóndres y que llama la atencion de los orientalistas. En dicha obra, que es una relacion del viaje del autor desde Marruecos á España, se encuentran consideraciones bastante discretas, observaciones harto profundas y notables, y rasgos picarescos de algun mérito.

Cotejadas las épocas, (dice el Sr. Estébanez Calderon, quien ha tenido ocasion de verla en el Museo de Lóndres) no fuera desacertado el pensar que el trato y comercio que pudo tener este personaje marroquí con el célebre Cadahalso, le sugirieron á este el pensamiento de sus *Cartas Marruecas*, que aunque inferiores en originalidad á las *Cartas Persianas* de Montesquieu, siempre ofrecieron atractivo á un lector español. De todos modos (añade) el Ghazal debia ser hombre versado en conocimiento de los buenos escritores árabes, y su trato con los estranjeros le habian hecho, sino perder, al menos suavizar en gran parte, esa corteza de fanatismo, ódio á los cristianos y ferocidad que distinguen á los moros de Marruecos. Tal es el estado de la literatura marroquí; en cuanto á las galas de la declamacion y los primores de Talía y de Terpsícore, se desconocen completamente, y si algun saltimbanqui de los muchos que hay en Marruecos representa alguna pantomima, ó no acude nadie á verla, ó si acuden algunos la contemplan con estraordinario desden.

Escusado es decir que en Marruecos no hay teatros, y que los únicos espectáculos que se conocen allí, tienen por escena la calle, dándose las representaciones al aire libre. Los tres espectáculos principales, son los que dan los cantores, bailarines y los saltimbanquis: de modo, que los conciertos, los bailes y los juegos de manos son los únicos conocidos.

Los saltimbanquis se reunen en número de 15 ó 20, y recorren las poblaciones llamando la atencion pública, y proporcionándose de este modo la subsistencia. En tiempo de guerra

suelen recorrer tambien los campamentos, divirtiendo á los soldados. Un viajero francés que presenció una de estas representaciones, la describe del presente modo:

«Vimos una porcion de haiks flotando en el aire, y muchos hombres subidos unos encima de otros: eran saltimbanquis que divertian á las tropas del campamento. Formaron la pirámide humana; saltaron por encima de 12 hombres que tenian alzados los sables, y ejecutaron varios juegos de destreza. Mi amigo admiró su agilidad; pero á mi me parecieron inferiores á los beduinos que habia visto en Tolon. Los árabes seguian con la vista todos sus movimientos.»

A la cofradía de los saltimbanquis pertenecen tambien los Aina, de los cuales nos hemos ocupado estensamente al hablar de la religion.

Los cantores se reunen tambien en gran número, y acompañados de unos cuantos músicos recorren tambien las poblaciones, los campamentos y cuarteles; en sus canciones tristes y monótonas dan grandes muestras de amor y sensibilidad, y en muchas de ellas se advierten asimismo muchas entonaciones llevadas de España, así en cantares castellanos, como en música de los moros de Granada. Los instrumentos de los músicos son rudos é inventados caprichosamente por ellos, pues el único objeto que se proponen al tocarlos es el de armar gran estruendo y algazara; hay algunos, no obstante, aunque pocos, que habiéndolo aprendido de los renegados y tránsfugas españoles están algo familiarizados con el violin y preludian algo la guitarra. Los moros se encuentran en cuanto á música tan atrasados como en todo; así es que entre ellos no es el mejor músico el que mejor toca un instrumento ó el que tiene mejor voz, sino el que sabe mayor número de canciones. El viajero francés, de quien hemos tomado las anteriores líneas relativas á los saltimbanquis, describe del siguiente modo una representacion de los cantores dada en un sitio donde el Sultan se hallaba acampado con sus tropas.

«Todas las tardes los cantores, acurrucados delante de las tiendas del Sultan, cantaban durante horas enteras. Los soldados los rodeaban, prestando atento oido á su monótona y trivial melodía. Jamás he podido comprender todas sus palabras, pero por algunas frases he juzgado que entonaban himnos religiosos y patrióticos. Las ideas siguientes se repetian con frecuencia.

El Sultan es grande, y Mahomed es mas grande.

El Sultan es grande, bueno, generoso, santo.

Los marabuts de la Meca son muy santos.

El Sultan tiene hermosos caballos.

El Sultan tiene muchos caballos, todos magníficos.

El Sultan posee inmensos tesoros y mucha pólvora.

Los árabes poseen llanuras fecundísimas.

Tambien son suyas las elevadas montañas cubiertas de árboles y caudalosos rios.

Tenemos hermosas mujeres.

Nuestros caballos son muy ligeros: ningun otro animal corre con tanta velocidad.

Nuestros camellos son muy fuertes.

Nuestras escopetas de las mejores.

Tenemos pólvora.

¡Mucha pólvora!

Roguemos para que perezcan los perros cristianos.

¡Mucha pólvora!»

Los bailarines en Marruecos llevan tambien la misma vida errante que los cantores y saltimbanquis. El baile entre los moros se mira como un entretenimiento ajeno enteramente á la educacion de adorno de la mujer; así es que en Marruecos, á escepcion de las histrionisas, pocas ó ningunas son las mujeres que saben bailar. Estas histrionisas ó saltatrices vagan por los pueblos y ciudades; pero deteniéndose principalmente en las grandes poblaciones, parece como que andan á caza de fiestas donde su presencia sea, si no necesaria, apetecible al menos;

así es que tan luego como huelen que en casa de algun rico se celebra alguna festividad, en seguida se presentan en ella á divertir á los convidados con sus danzas y estrambóticos movimientos. El baile es el recreo mas favorito de los moros; pero dichas compañías hacen pagar demasiado caras sus piruetas, y de ahí el que este espectáculo no sea tan frecuente como era de suponer en un país donde son tan escasos los espectáculos. Tambien hay compañías de saltarines, que si bien menos costosas, bailan en cambio bastante peor que las compañías de saltatrices.

Los moros son muy afectos además al juego de las damas, del ajedrez y de las tablas ó chaquete; pero jamás arriesgan en él un solo fels, temerosos de perderle. El que gana se contenta con plantar sobre el turbante del vencido un tiznon, paja ó colgajo cualquiera, con lo cual se queda muy satisfecho; al paso que el contrario se mortifica en estremo por no habérselo podido colocar á su vencedor.

Tales son los principales espectáculos y diversiones de que gozan los marroquíes.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

32.ª *entrega*, 8 *págs*., 249 á 256.

EL IMPERIO DE MARRUECOS.

PARTE TERCERA.

RESEÑA HISTÓRICA DEL IMPERIO MARROQUÍ, DESDE SUS PRIMEROS POBLADORES HASTA EL DIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

De los primeros pobladores de Marruecos y de sus primeros reyes.

Difícil, en estremo, es el fijar quiénes fueron los primeros pobladores del Imperio marroquí, no obstante lo escrupulosos que se muestran los escritores árabes en materias de filiacion y descendencia; pero lo que en vista de escritos tenidos por verdaderos puede asegurarse es, que ya fuesen beréberes, amazirgas ó xiloes los primeros habitantes, todos descendian, no de la estirpe de Sem como algunos han querido suponer, sino de la de Cam su hermano, y ambos hijos de Noé. Los beréberes actuales sostienen que descienden de un tal Ber, hijo de Kis y nieto de Ailam, y uno de los primeros reyes pastores del Egipto que se vió obligado á trasladar su residencia á la parte septentrional del Africa; los amazirgas afirman á su vez que descienden de Mazirg, hijo de Canaán y nieto de Cam, reconociendo ambas razas, por consiguiente, un mismo orígen.

Cuando los fenicios llegaron á las costas orientales del Africa septentrional y fundaron á Cartago, las llanuras, vegas, faldas y valles de la cordillera atlántica estaban ya pobladas por los primitivos amacirgas y xiloes. Por esta época reinó ya, segun las historias, un tal Hierbas que hizo grandes esfuerzos, aunque en vano, para que la desgraciada Dido le entregase su mano de esposa; este rey imperó, no obstante, en la parte oriental de la Mauritania, y hasta que Salustio en su historia yugurtina nos habló del rey Bocor, Bocar ó Boco, ningun historiador se habia ocupado de las cosas relativas á la Mauritania occidental, llamada despues España Tingitana ó Transfretana, y hoy imperio de Marruecos. Este rey Bocor es el primero que suena ya en las historias como aliado de Yugurta en su guerra contra los romanos, al cual habia dado su hija en matrimonio. Vencido varias veces Bocor por los romanos y vencido tambien el fugitivo rey Yugurta por los mismos, las cosas se fueron complicando, y Roma envió á Sila cerca del rey Bocor, con objeto de que la cuestion se arreglase amistosamente; Sila instaba á Bocor para que le entregase á Yugurta, asegurándole que prestando este gran servicio á Roma, podría esperar que esta le hiciese dueño de la mejor parte de la Numidia; Yugurta le rogaba á la véz que le entregase la persona del embajador romano, para que por este medio se llevase á cabo la paz del modo mas conveniente á los intereses de ambos. Bocor, flotando en un mar de dudas inesplicables, conociendo la perfidia de ambas proposiciones, y sin saber al lado de quién dirigirse, bien fuese por ambicion, bien por otras miras particulares, el hecho es que, oyendo los consejos del embajador romano, entregó á su yerno, sin tener en cuenta los estrechos vínculos que á él le ligaban.

Yugurta vió morir á sus mas adictos partidarios, y maldiciendo la conducta de Bocor su suegro, se vió precisado á servir de trofeo al cónsul romano Mario. Roma premió la accion infame de Bocor aumentando sus Estados, como por medio de Sila se lo habia prometido.

Muerto Bocor, su reino se dividió entre sus dos hijos, tocándole la parte oriental á Bocor II, y la occidental ó España trasfretana á Bogud. Ambos fueron estremadamente belicosos, y tomando parte en las contiendas civiles de César y Pompeyo, pelearon primeramente juntos en favor de César, y despues solo Bogud, pasando Bocor II á las huestes pompeyanas, y militando ambos hermanos en banderas diferentes. Muerto César, los reyes africanos cambiaron de papel, aunque no de inclinaciones belicosas, y Bogud siguió el partido de Marco Antonio, y Bocor el de Octaviano.

Bogud entró en España hostilizando terriblemente á las tropas del sobrino de César, y Bocor enviando á España un valiente ejército en seguimiento de su hermano, le conquistó entretanto sus dominios; derrotado Bogud en España y destronado de sus dominios de Africa, huyó á Oriente, siguiendo la fortuna de Marco Antonio, y murió en el asalto de una ciudad de Mesenia. Concluida la guerra con la batalla de Accio, Octaviano confirmó las conquistas de Bocor, adjudicándole los Estados de su hermano, con lo cual pudo dominar en adelante toda la Mauritania como su padre Bocor I.

Muerto Bocor II, las Mauritanias fueron declaradas provincias romanas, y el Emperador Augusto, premiando los servicios de los habitantes de Tánger, que habian abandonado á Bogud por seguir su causa, les concedió el título de ciudadanos romanos, dando además á otras ciudades el título de colonias romanas.

Juba, que habia ayudado mucho á Augusto en su guerra con Marco Antonio, fué premiado asímismo con los Estados de Bocor II, aunque gobernándolos en calidad de tributario de Roma.

A Juba le sucedió su hijo Tolomeo, durante cuyo reinado el aventurero Tacfarines empezó á inquietar á los romanos siendo derrotado por primera vez. Rehaciéndose, no obstante, de esta pérdida, volvió á tomar el mando de sus gentes, derrotando y matando al prefecto Decio, y llegando su insolencia hasta el es-

tremo de escribir al Emperador Tiberio, pidiéndole tierras en que habitar con todas sus tropas, y amenazándole de lo contrario con entrar á sangre y fuego en la Mauritania. Tiberio encomendó á Bleso el mando de las tropas romanas, y Tacfarines fué nuevamente derrotado.

Tacfarines volvió, no obstante á aparecer á los pocos años, y sitió á la ciudad de Tubusco. Las cosas se complicaron de tal modo que Roma envió nuevos refuerzos, el Rey Tolomeo tomó tambien las armas contra Tacfarines, y este no solo se vió obligado á abandonar el sitio de la ciudad, sino que tuvo que retirarse á un castillo de su pertenencia, donde siendo sorprendido en una alborada pagó con la vida las turbulencias que habia causado, no sin resistirse valientemente y hacer gran carnicería en sus vencedores. Esta guerra duró siete años, y el Senado romano, en pago de los buenos servicios prestados en ella por Tolomeo, le mandó un baston de marfil y una toga de púrpura saludándole como Rey y amigo. Tiberio murió por esta época y le sucedió en el imperio el feroz Calígula, quien llevado, sin duda, por la ambicion, y deseoso de apoderarse de los grandes tesoros que la fama achacaba á Tolomeo, le hizo ir á Roma engañado con muy dulces palabras, y le mandó matar inhumanamente en el Circo, sin consideracion al parentesco que los unía, pues ambos eran nietos de la Reina Cleopatra.

Irritados los africanos con tan injusta como intempestiva muerte, juraron vengarse y Aedemon, liberto de Tolomeo, se encargó de llevar á cabo la venganza. Durante la guerra que con este motivo se suscitó, murió Calígula, sucediéndole en el trono de Roma Claudio, quien deseoso de poner fin á la lucha, mandó grandes refuerzos de tropas á la Mauritania y consiguió derrotar á los africanos haciéndoles traspasar el Atlas. Rehechos, no obstante, y al mando del intrépido capitan Salado, causaron grandes pérdidas á los romanos en los abrasados arenales del desierto; pero no tantas que no se viesen precisados á pedir la paz, imposibilitados como se hallaban de combatir

con tan formidable ejército. Claudio entonces, incorporando la Mauritania al imperio romano, la dividió en dos partes, la Ceseriense y la Tingitana.

CAPÍTULO II.

Desde la irrupcion de los bárbaros hasta la venida de Mahoma.

Los tiempos del Emperador Claudio, pasan completamente desapercibidos en las historias en todo lo que tiene relacion con el Africa septentrional; y hasta mediados del siglo V, nada vuelve á hablarse de la Mauritania. Por fin, y durante el imperio de Adriano los hunos, los suevos, los vándalos, los godos, los francos y otros cien torrentes de barbárie y desolacion, se lanzaron sobre el medio dia y occidente de la Europa, y amenazando devastar cuanto se les pusiera por delante, causaron el espanto y terror de todas las naciones. Genserico, rey de los vándalos, auxiliado por el conde Bonifacio, que por encargo de Roma, gobernaba la Mauritania, penetró en el Africa pasando el Estrecho de Gibraltar al mando de 80,000 combatientes, y á los pocos meses de guerra con las legiones romanas, la Mauritania quedó por suya.

El reinado de Genserico fué una série de guerras y desolaciones; llamado á Roma por la emperatriz Eudoxia para que le protegiese contra Máximo, Genserico desembarcó en Ostia. Italia tembló, los romanos huyeron despavoridos, y Máximo quedó muerto en el campo de batalla; Roma fué teatro de las mas horribles escenas durante catorce dias y catorce noches consecutivas; el saqueo hecho algunos años antes por Alarico fué una simple visita comparado con la irupcion de Genserico: el reinado de este fué una série de calamidades y de horrores; inquieto por costumbre, bárbaro de orígen, ausiliado hasta cierto punto por la fortuna, y ambicioso desde jóven, su voluntad nunca tuvo freno y con todas las naciones anduvo en guerra. Aquel

cuerpo de hierro murió por fin á edad muy avanzada despues de haber reinado en Africa por espacio de cuarenta años.

Hunnerico, hijo mayor de Genserico, le sucedió en el trono, siendo elegido por los vándalos como rey suyo; rebeláronsele los africanos que le creyeron sin duda mas débil que su padre, y los venció. Concluida esta guerra, toda su furia se volvió contra los cristianos, á quienes queria obligar á abrazar el arrianismo; Hunnerico adquirió una enfermedad tan penosa, y tanto fué lo que lentamente iba sufriendo con ella, que no pudiendo soportar por mas tiempo sus padecimientos, acabó su vida deshaciéndose con sus propias manos las entrañas.

Sucedióle un hijo de su hermano Genson llamado Gundabando, quien tuvo tambien que pelear contra los africanos, que deseosos de recobrar su independencia se le rebelaron.

Muerto á los doce años de reinado, durante los cuales persiguió horriblemente á los católicos, le sucedió su hermano Trasamundo. Este no trató con tanto furor á los cristianos, pero durante su época fueron derrotados los vándalos, aunque esta derrota no tuvo grandes consecuencias.

Sucedióle su primo Ilderico, hijo de Hunnerico, por ser el de mayor edad de los mas cercanos descendientes de Genserico. Ilderico, aficionado al estudio de las artes, fué pacífico en estremo, y no persiguió tampoco á los cristianos. Se mantuvo en buenas relaciones con Roma, y todo su afan consistió en apagar sin ruido ni sangre las rebeliones.

Su primo Glimer, aprovechándose de estas circunstancias, que no eran por cierto las mas apetecibles para un pueblo de bárbaros que luchaba siempre con el deseo de promover guerras, consiguió destronarle encerrándole en una lúgubre prision, y fué aclamado Rey de los vándalos.

El reinado de este no fué tan pacífico; porque irritado el Emperador Justiniano con las demasías de los vándalos, les envió un cuerpo de ejército al mando de Belisario; este lo primero que hizo fué mandar matar á Ilderico para quedar desembara-

zado de sus pretensiones á la corona. En la sangrienta lucha que se trabó entre vándalos y romanos, perecieron en el primer encuentro cerca de 3,000 vándalos y un hermano de Glimer. Belisario tomó á Cartago, y destrozando completamente á Glimer, despues de matarle otro hermano, le obligó á retirarse en precipitada fuga. Mandando despues algunas tropas en su persecucion no paró hasta que consiguió hacerle prisionero, trasportándole á Constantinopla como esclavo entre otros muchos trofeos. Belisario acabó pues, con la dominacion de los vándalos en la Mauritania, que duró noventa y cinco años desde la entrada de Genserico en Cartago en 438 de J. C., hasta la derrota y prision de Glimer en 533.

Belisario, antes de dejar el Africa, hizo reconstruir muchas de las ciudades destruidas por los vándalos, fortificando tambien los puntos de la costa por donde desembarcó. Salomon, que quedó comisionado por Roma del mando de la Mauritania, se vió precisado á apagar varias rebeliones de los mismos romanos, hasta que en una de ellas sucumbió. El emperador Justiniano dió entonces el mando del Africa, bajo el título de prefecto, á Juan Troglita, quien consiguió poner en paz todo aquel territorio.

La estrella de Roma empezó por fin á eclipsarse; los godos trataron de emprender conquistas, y lejos como se hallaban del centro del imperio, no tuvieron inconveniente en internarse en el Africa, estendiendo á ella su dominacion.

La época de la dominacion de los godos en la España transfretana no está bien fijada por los historiadores; el arzobispo don Rodrigo, que es el que con mas criterio reflexiona acerca del particular, habla del califa Valid como conquistador de la parte occidental del Africa; otros autores hablan de la espedicion que hizo Sisebuto á la España Tingitana, agregando aquella provincia ó gran parte de su territorio al poder gótico de España; se sabe tambien que el rey Egica se apoderó de Ceuta, Tánger y otros puntos de aquella region; que cuando la inva-

33.ª *entrega, 8 págs.*, 257 á 264.

sion agarena el conde D. Julian mandaba en aquella parte del Africa por encargo de los reyes godos, y que por esta época tambien el gobernador de Arzilla, llamado Requila, mantuvo la plaza por sus antiguos señores, hasta que tuvo noticia de la pérdida de la batalla del Guadalete; pero el fijar cuáles fuesen los límites del territorio ocupado por los godos allende el Estrecho, el definir de qué modo gobernaban estas posesiones, de qué manera fueron cediendo sus conquistas á la media luna, que crecia por instantes, son cosas, como dice muy bien el señor E. Calderon, insuperables de satisfacer por ningun historiador, si descubrimientos importantes no vienen á enriquecer los pocos monumentos que ofrece la historia de España en todo el curso de los siglos VII y VIII.

La dominacion de los godos en la España Transfretana, está, no obstante, firmemente acreditada por la existencia de ruinas y monumentos, que segun todos los arqueólogos y viajeros, pertenecen indudablemente al arte gótigo, y cuya dominacion, segun todas las probabilidades debió estenderse desde el rio Muluya hasta la desembocadura del Tensift, en la provincia de Ducala. Entre varias de las ciudades del litoral del Mediterráneo, se citan como de orígen godo á Melilla, Jellez, Velez de la Gomera, Conté, cercana al rio Tensift y en ruinas; Meramer no lejos de Saffi, varios pueblos de la provincia de Habat; Terga en el interior de la costa, Faraun ó Zaraun en la provincia de Er-Riff; Darac, en la de Tedla, y otras muchas de las cuales no existen mas que escombros.

Las posesiones africanas eran consideradas por los godos como presidios ó colonias, pues en los concilios de Toledo no figuraban los obispos de dichas provincias.

CAPÍTULO III.

Desde la aparicion de Mahoma, hasta el advenimiento de la dinastía de los edrisitas al Trono de Fez.

En tanto que la parte oriental de las Mauritanias, sujeta aun á los emperadores de Constantinopla, gozaba aparentemente de una tranquilidad duradera, y en tanto que la Tingitania seguia impasible las vicisitudes domésticas del poder gótico en España, en la Arabia se preparaba esa horrible tempestad que, descargando sobre el mundo entero, habia de hacer sentir á todas las naciones sus terribles consecuencias, convirtiendo á España en un sangriento campo de batalla por espacio de ocho siglos. Apareció por fin Mahoma, ese hombre estraordinario tan impostor como fanático, tan activo como inteligente, tan valeroso como esforzado, que convirtiendo en poderosa palanca el genio indómito de una pequeña tribu, hizo estremecer á la humanidad entera con sus horribles tropelías. Mahoma ó Moamad, como pronuncian los árabes su nombre, inventó su famoso libro tan halagüeño á las pasiones de los hombres, y legó á sus fanáticas turbas la enorme empresa de sujetar por medio del alfanje á los preceptos del Koran, á todos los pueblos de la tierra.

Abu-beker, su sucesor y primer kalifa, siguiendo las inspiraciones de su pariente, conquistó la Siria y avanzó con sus tribus en la Persia. Luego que la Palestina estuvo en su poder y consiguió hacer tributario al último Rey de Persia Yezdejerdo volvió sus armas hácia Occidente, atravesó el istmo de Suez y se lanzó como un rayo sobre el Africa.

De conquista en conquista los árabes fueron haciéndose dueños de la mayor parte del Africa, hasta que Abdalla, intrépido guerrero que por órden del kalifa Otsman-ben-Affan habia penetrado en las Mauritanias, consiguió vencer al patricio Gregorio, que por encargo de Roma gobernaba aquel territorio; Gregorio fué muerto por uno de los mas valientes soldados de

Abdalla llamado Zobeyr-ben-Abdalla, á quien por esta hazaña le entregó cien mil dineros, y una hermosísima hija de Gregorio, que con su presencia habia alentado en medio de la batalla á las huestes de su padre. Las nuevas de esta terrible batalla llenaron de horror á los africanos, y muchas ciudades se apresuraron á comprar su libertad á peso de oro; Abdalla se retiró á su gobierno de Egipto despues de haber conquistado muchas ciudades, y gran parte de la Mauritania quedó en poder de los creyentes de Mahoma.

Las guerras civiles que se armaron despues entre Aixa, la viuda de Mahoma, el kalifa Alí, yerno de aquel, y Moavia fundador de la dinastía de los Omeyas, fueron causa de que cesasen por muchos años las acometidas de los musulmanes contra la parte septentrional del Africa.

Los godos se aprovecharon de esta feliz coincidencia para asegurar su poder en la Tingitania; pero terminada no obstante la contienda de los musulmanes á favor de Moavia, y reconocido este por kalifa en todas las provincias del Imperio, escepto en la Arabia, en donde *Hasan* hijo de Alí, logró sostenerse algun tiempo, se dió nuevo impulso á las espediciones de conquista, y se lograron nuevas y ricas adquisiciones de territorio. Por los años 34 de la Egira al 44, las conquistas prosiguieron cada vez en mayor escala; y ya en el año 45 el califa Moavia tuvo la feliz ocurrencia de separar los gobiernos de Egipto y Ifrikia ó Africa oriental, nombrando para desempeñar el último á un ilustre guerrero, llamado *Ocba ben Náfi*, de la tribu de *Fehr*.

Desde esta época puede decirse que data el establecimiento formal y positivo de los árabes en el Africa. Nombrando un gobernador especial para el mando de las posesiones conquistadas, los kalifas dieron á conocer muy claramente su intencion formal de no abandonar en adelante dichas posesiones. Al propio tiempo el kalifa Moavia hizo publicar varios pregones en los territorios de su califato, ofreciendo grandes garantías y por-

venir á los que quisieran tomar parte en la guerra y conquista de Africa. Tribus enteras acudieron presurosas á este llamamiento, y el gobernador Ocba auxiliado por este nuevo contingente de tropas, emprendió nuevas y grandes conquistas, estendiendo sus dominios por el Africa oriental.

Moavia volvió en el año 65 á reunir los gobiernos de Egipto y Africa, nombrando para desempeñarlos á Moslema-ben-Majlid, quien depuso en seguida á Ocba destruyendo gran parte de las obras que habia emprendido; Ocba irritado se marchó á Siria con objeto de elevar sus quejas al kalifa; pero este entretanto murió y Ocba hubo de entenderse con el nuevo kalifa Yezid, hijo de Moavia, quien enterado de lo sucedido quedó tan prendado del buen comportamiento de Ocba, que inmediatamente le repuso destituyendo á Moslema, y volviendo las cosas á su antiguo ser. Ocba prosiguió gloriosamente sus conquistas por la Mauritania Cesariense en la cual no habian penetrado todavía los ejércitos muslímicos, y despues de apoderarse de gran número de plazas, pasó los desfiladeros del Atlas, atravesó el Sus-el-adná, llegó sin tropiezo alguno al Sus-el-Aksa, y continuando despues su carrera victoriosa, no cesó en sus conquistas hasta tropezar con el grande Océano. Entonces fué, dice un historiador, cuando rebosando celo místico y sintiendo sobre su corazon que el mar le estorbase el proseguir mas adelante, se metió en él con su caballo hasta tocar el agua en las cinchas, y dijo: «¡ oh Señor Alá ! si estas profundas aguas no me detuvieran, yo llevaria aun mas allá el conoeimiento de tu ley y santo nombre.»

Ocba acabó su brillante carrera de victorias á consecuencia de una fatal imprudencia que le costó la vida. Al volver hácia Cairovan, punto elegido para su residencia, mandó al grueso de su ejército que se adelantase, cuando aun le faltaban algunas jornadas de camino. Kusila, Rey de las tribus de Uraba y Beranis le armó una emboscada, y rodeado Ocba y los 300 que le acompañaban de enemigos en un estrechísimo desfiladero,

sucumbió luchando como un valiente á la cabeza de sus soldados, quienes tambien murieron.

A la muerte de Ocba, ocurrieron desastres sin cuento; aturdidos los demás generales y sin saber qué resolucion tomar, parte de ellos se volvieron á Egipto, y Kusila aprovechó la ocasion para hacerse dueño de la mayor parte de los territorios conquistados por los árabes. Este estado de contínua revolucion se prolongó hasta el año 65 de la Egira 684 de J. C., en que subiendo al trono el kalifa Abu-Melec-ben-Merwan se dedicó con ahinco á conservar los territorios africanos que aun poseia, consolidando las conquistas hechas por sus predecesores. Zohayr, general musulman que habia tomado á su cargo vengar la muerte del valiente Ocba; se retiró al Oriente despues de conseguirlo; pero al desembarcar en Sicilia se vió precisado á luchar con una division griega que le salió al encuentro, y como sus tropas eran en estremo reducidas, sucumbió con ellas en la lucha.

Hasan-ben-Nomân Al-gosani, gobernador de Egipto, fué comisionado por el kalifa para vengar la muerte de Zoahir y desembarcando con un ejército de 40,000 hombres, puso sitio á Cartago; despues de un sitio prolongado, consiguió abrir brecha tomando por asalto á la ciudad, de la cual huyeron sus habitantes con direccion á España y Sicilia.

Los musulmanes, en fin, prosiguieron su carrera de conquistas, y á los pocos años eran ya señores de casi todas las plazas fuertes y marítimas del Africa; tenian, no obstante, que luchar con las tribus errantes de amacirgas que desde tiempos inmemoriales habitaban el país ejerciendo el pastoreo; estas tribus nómadas, opusieron una fuerte resistencia á los muslimes como antes la habian opuesto á los cartagineses, romanos y griegos.

Hasam tuvo que habérselas con las dos tribus en que entonces se hallaban divididos los amacirgas; pero estas se hallaban tan animadas y luchaban con tanto ardor al mando de una mu-

jer llamada Al-Caina (maga, encantadora), que vencieron á las tropas de Hasam causándole pérdidas considerables. Hasam puso en conocimiento del kalifa su derrota, y le pidió nuevos refuerzos; estos refuerzos tardaron cinco años en venir, y Hasam tuvo que ir presenciando una por una la pérdida de la mayor parte de sus plazas. Llegadas por fin las nuevas tropas, Hasam se puso á su cabeza y emprendió de nuevo la lucha; la batalla fué sangrienta y duró un dia entero, al cabo del cual las tribus berberiscas sucumbieron, no obstante la gran confianza que tenian en Al-Caina, y esta quedó en el campo atravesada de infinitas lanzas. La muerte de esta guerrera y profetisa ocurrida el año 74 de la Egira 693 de J. C., apagó tanto el ánimo de los berébéres, que todos se sometieron al mando de Hasam, quien aprovechándose de esta circunstancia, les impuso el jarag ó contribucion de guerra, ordenando al propio tiempo que 12,000 de ellos le acompañasen siempre en sus escursiones militares, formando un cuerpo de reserva.

A Hasam le sucedió Muza Ben Noseyr en el gobierno de Africa hácia el año 82 (701 de J. C.).

Las tribus berberiscas á la muerte de Hasam, comenzaron á rebelarse; pero el nuevo gobernador las redujo á todas á la mas completa obediencia, y la única ciudad que resistió por algun tiempo sus ataques, fué la plaza de Ceuta, mandada entonces por el griego Julian, á quien el rey godo Witiza le enviaba víveres y refuerzos. De tal talento se hallaba revestido Muza, y tales eran sus prendas militares, que haciendo creer á los amacirgas que aunque habitaban regiones distintas y apartadas eran hermanos de los árabes, nacidos de un mismo padre y destinados á coger los mismos laureles; de un enemigo poderoso y en todo tiempo temible, supo hacerse un auxiliar activo y útil.

Muza, prosiguiendo siempre la misma acertada marcha política, luego que estuvo convencido de que el espíritu de rebelion habia desaparecido de la mente de los amacirgas, envió sus fuertes legiones á esplorar las costas de España, al mando de

un liberto suyo (Tarif-ben-Amru) que poco antes habia abrazado el islamismo. Al año siguiente Muza mandó otra nueva espedicion compuesta de 12,000 beréberes, al mando de otro liberto llamado Taric-ben-Zeyyad. Este no se contentó ya con hacer esploraciones, sino que, internándose costa adentro, armó una terrible lucha con los godos, consiguiendo derrotarlos por último en los campos del Guadalete; las conquistas continuaron, y á los pocos meses eran los árabes dueños de la mayor parte de la Península ibérica. Muza entonces, cuya hábil política nadie puede desconocer, noticioso de esta completa victoria, desembarcó en España con un ejército numeroso, compuesto en su mayor parte de árabes de la Siria y Palestina; y despues de gran número de batallas, consiguió apoderarse de toda la Península, á escepcion de la parte montuosa de Asturias; ya iba á traspasar el Pirineo, cuando una órden del kalifa le hizo abandonar su empresa, tomando el camino de la corte para responder á ciertos injustos cargos que se le hacian respecto á repartición de botin y otros asuntos de guerra.

El ilustre político y hábil guerrero obedeció al mandato de su soberano y trató de descargarse de aquella ridícula responsabilidad que trataban de echar sobre sí; pero los envenenados tiros de la calumnia y la ambicion pudieron mas que su buena fé, y el kalifa, sin tener en cuenta los grandes servicios que habia prestado á su nacion, le mandó encarcelar y azotar de una manera horrible, imponiéndole además una multa considerable. Muza murió por fin lleno de amarguras, y el que por medio de una política hábil é ilustrada habia hecho á su soberano dueño de inmensos dominios, pasó los últimos años de su vejez mendigando una limosna para poder sostenerse. Sus dos hijos Abdel-Azis y Abdalla, perecieron tambien desgraciadamente, el uno degollado y el otro víctima de una infame conspiracion.

Hasta el año 122 de la Eegira ó 740 de J. C., nada notable ocurrió en el Africa. Por esta época se rebelaron los amacirgas ó berberiscos, y trataron de recobrar su independencia sa-

cudiendo el yugo de sus conquistadores. Mandaba á la sazon en Africa un siriaco llamado Obeydalla ben-Alhabhab, y como tratase de obligar á los beréberes á que le pagasen el jarag, estos se insurreccionaron con justa razon; porque no debiendo pagar dicho tributo, sino aquellos que no profesasen el islamismo y habiéndolo ellos abrazado casi todos, no habia motivo para imponerles ni recordarles dicho tributo.

Esta medida estemporánea fué causa de que se vertiese mucha sangre, y si á esto se agrega la propagacion de ciertas heregías de los árabes Abdalla-ben-bad y Abdallah-ben-Safar que fueron introduciendo la discordia en aquellas tribus turbulentas, fácilmente puede venirse en conocimiento de los inmensos sacrificios que tendrian que hacer los soberanos árabes para conservar la paz en aquellos territorios, cuya adquisicion tanta sangre les habia costado. La heregía de Saffar consiguió hacer gran número de prosélitos, y poniéndose al frente de ellos un tal Meysara-Al-matgarí levantó su pendon contra los árabes, marchando á Tánger y dando muerte á su gobernador Omar-ben-Obeydalla.

La nueva de este triunfo entusiasmó tanto á las tribus berberiscas, que tomando las armas contra los árabes acudieron en busca de Meysara proclamándole su rey y dándole el título de Amiro-l-mumenin ó príncipe de los creyentes. Los rebeldes siguieron en fin luchando con éxito, y cuantos gobernadores pusieron en Africa los califas, otros tantos fueron derrotados; por el pronto los beréberes se apoderaron de varias plazas fuertes y amenazaban ya con recobrar su independencía; pero otros nuevos caudillos se hicieron luego con nuevos partidarios, y divididos ya los beréberes, no solo perdieron fuerza, sino que hasta echaron abajo la unidad de miras, perdiendo, si no todo, mucho de lo que hasta entonces habian adelantado.

El Africa continuó siendo una dependencia de los kalifas de Damasco, quienes enviaban allí sus lugar-tenientes ó gobernadores, hasta el año 172 de la Egira, época en que los Aglabi-

34.ª *entrega*, 8 *págs.*, 265 *á* 272.

tas por la parte oriental y los Edrisitas por la occidental, la separaron para siempre del imperio de Oriente.

CAPÍTULO IV.

De la dinastía de los Edrisitas, y orígen del reino de Fez.

Como han podido ver nuestros lectores por los capítulos precedentes, el Africa hasta esta época no habia hecho mas que pasar de unos á otros dominadores; pero la dominacion que mas raices echó en el Africa, la que tanto por los productos del país semejantes en un todo á los de la Arabia, como por la identidad de costumbres de unos y otros habitantes, llegó con el tiempo á consolidarse hasta el punto de ser la mas fuerte, fué la de los muslimes: los gobernadores que por órden de los kalifas habian estado al frente de aquel país, contribuyeron en gran parte á llevar á cabo la obra de la dominacion, y si bien hubo algunos que con sus desaciertos echaron á perder lo que habian organizado sus predecesores, el hecho es que con el trascurso del tiempo el islamismo fué el único que llegó á imperar en Africa.

Derribada en el Oriente la dinastía de los Omeyas, y habiéndoles sucedido los Abbasidas, creyeron los descendientes de Alí que era llegada la hora de vengar las injurias recibidas y reclamar su legítimo derecho al trono de los kalifas. Así fué que en el año 145 de la Egira, 762 de J. C., un descendiente de Alí, llamado Mohammad, despues de haber reunido gran número de partidarios, consiguió que le proclamasen kalifa los habitantes de Medina. Sabido esto por Abu-Giafar Al-Mansur, de la dinastía de los Abasidas, á la sazon reinante, mandó contra él un cuerpo de ejército, y despues de derrotarle y hacerle prisionero, le mandó degollar.

Un hermano de Mohammad, llamado Edris, logró escaparse á Egipto, donde permaneció oculto en casa de un pariente; desde aquí se marchó á la Mauritania, y despues de andar errante

por Barca, Cairovan, Tremecen y Walila, pequeña ciudad del reino de Fez, consiguió por medio de la influencia de su amigo Abdul-Mejid, gobernador de la tribu de Arvara, que los Motazelitas le proclamasen Rey, en la luna de Rhamadan del año 172: esta conducta fué imitada por los individuos de otras sectas y tribus, entre ellas la de los Zenetas, y Edris llegó á ser Rey de numerosas poblaciones. Agréguese á esto, que Edris á la cabeza de un poderoso ejército, sojuzgó á la provincia de Temezena, á los habitantes de Tedla y á las tribus de Magrawa y Beni-Yefrund, y calculese el efecto que en el kalifa produciría la noticia de sus conquistas. Irritado como es de suponer al oir relatar sus triunfos, pensó en asesinarle, y algunos meses despues, Edris era envenenado por un emisario del kalifa.

Edris al morir, no dejó descendencia, y sí una esclava en cinta; uno de sus privados reunió entonces á los xeques de las tribus, y les propuso esperar á que la esclava pariese, para en caso de que diese á luz un niño, proclamarle sucesor; aceptaron en efecto los xeques el pensamiento, y habiendo parido la esclava un niño, le pusieron por nombre Edris, en memoria de su padre, proclamándole por su Rey todas las tribus.

Edris entró á reinar á los once años, y muy pronto se hizo querer por sus virtudes. Viendo que la pequeña villa de Walila que le servia de corte era insuficiente ya para contener dentro de sus muros el gran número de habitantes que cada dia se acrecentaba, pensó en fundar otra ciudad, edificó en efecto á Fez, y de aquí el orígen de este reino. Edris murió el año 213 (228 de J. C.) á los treinta y tres años, despues de haber dilatado grandemente sus dominios.

Dejó doce hijos varones, y le sucedió el mayor llamado Mohammad, guerrero en demasía; repartió entre sus hermanos los gobiernos mas pingües de su imperio, y el resultado de esta medida impolítica fué que la guerra civil se encendió por do quiera en sus Estados, rebelándosele al poco tiempo su hermano Isa, que era gobernador de Temezena. Mohammad murió á los

ocho años y meses de su reinado, despues de haber vencido á sus hermanos insurrectos.

Alí sucedió á su padre Mohammad, y acerca de él no dicen los historiadores sino que fué un rey magnánimo y que reinó trece años.

No habiendo dejado hijos varones le sucedió su hermano Yahya, en cuyo tiempo la ciudad de Fez fué hermoseada con multitud de bellos edificios. Yahya fué un tirano en toda la estension de la palabra; un dia se empeñó en sacar de un baño público á una judía de incomparable hermosura que estaba bañándose; sus parientes lo supieron, lograron arrancarla de sus brazos, y armándose un tumulto popular contra él á consecuencia de esta accion, le hicieron huir de su palacio, asesinándole al otro lado del rio Sebú.

Temeroso el pueblo de la venganza de sus hijos proclamaron á su sobrino Omar, quien derrotado por un árabe andalúz llamado Abdo-r-razzák, que capitaneaba una numerosa partida de malhechores, tuvo que huir á las provincias meridionales.

Abdo-r-razzák fué en seguida proclamado Rey; pero gran parte de los súbditos permanecieron fieles á la dinastía de los Edrisitas, y llamando á Yahya hijo de Al-casin le proclamaron Rey apellidándole Yahya II. Este derrotó y mató á Abdo-r-razzák y á los suyos, y ocupó el trono hasta el año 272 en que fué muerto en batalla contra un rebelde.

Sucedióle un pariente suyo y nieto de Omar que se llamó Yahya III. Este, aficionado en estremo al estudio de las ciencias, estaba siempre rodeado de matemáticos y astrólogos, de poetas y oradores, con los cuales conversaba y discutia, no habiendo apenas ciencia en que no estuviese versado.

El reinado de Yahya, que prometia ser en estremo floreciente, vió no obstante turbada su beneficiosa paz por un capitan aventurero llamado Obeydalla que, suponiéndose descendiente de Fatima, consiguió hacer grandes prosélitos, levantó un formidable ejército y se hizo dueño de toda el Africa oriental fun-

dando la dinastía de los fatimitas. Conquistado que hubo este territorio, despues de destronar á Ziyadatolla, envió un emisario á Egipto, para que anunciase á su jefe Mohammad, que podia tomar posesion de aquel imperio. Vino en efecto Mohammad, estableció su córte en Cairovan, y ambicioso en estremo, y deseoso de conquistar los territorios comarcanos, envió un poderoso ejército al mando de Mosála contra los Estados de Yahya III. Este se aprestó á defenderse, pero tan adversa le fué la fortuna que se vió obligado á rendirse continuando, no obstante, rigiendo sus Estados en calidad de tributario de Mohammad. Este tratado de paz duró sin embargo bien poco, porque tomando nuevamente las armas Mosála y entrando en Marruecos, sin respetar los tratados establecidos, se apoderó de la ciudad de Fez, y prendió á Yahya, sujetándole á toda especie de malos tratamientos hasta conseguir que le dijese dónde tenia ocultos sus tesoros.

Mohammad puso en Fez un gobernador; pero los Edrisitas se rebelaron contra él el año 310 (922 de J. C.), le lanzaron de la ciudad y eligieron otro rey de la dinastía de los Edrisitas llamado Alhasan-ben-Mohammad; pero le cupo la misma suerte que á su antecesor, pues derrotado por Músa-ben-Abí-l-âfiya, fue arrojado desde una torre del alcázar, rompiéndose un muslo en su caida, despues de un reinado de poco mas de dos años.

Dueño de Fez el general Músa continuó sus conquistas por el interior, y logró sujetar á las provincias de Tezza y Tesul ocupando otras varias plazas; Mohammad, celoso ya del ascendiente que iba tomando Músa, mandó un ejército contra él, y Músa quedó muerto en el campo de batalla.

Sucedióle en el mando de la tribu de Meknása su hijo Ibrahim, quien siguió haciendo la guerra á los Edrisitas y Fatimitas hasta que murió en el año 350.

A Ibrahim le sucedió su hijo Abdalhá que murió en 360; y á este le sucedió su hijo Ahmed-ben-Abdalla.

Los Edrisitas entre tanto viendo á sus enemigos divididos en

tantas fracciones no habian cesado de combatirlos, y llegaron á reconquistar la mayor parte de sus Estados á escepion de Fez. Era su rey por aquella época Abú-l-áyx-Ahmed, denominado Kannum, en tanto que el kalifato de Córdoba era ocupado por Abdel-Rhaman III. Este que veia con malos ojos el engrandecimiento y ambicion de los soberanos de África, mandó un poderoso ejército contra ellos, y Abú-l-Ayx entonces, viéndose rodeado de los Fatimitas por un lado, y de los árabes andaluces por otro, que combatian contra aquellos, envió una solemne embajada á Abdel-Rhaman ofreciendo reconocerle por su señor y prestarle obediencia á trueque de que le ayudase contra los Fatimitas; las condiciones que le impuso Abdel-Rhaman eran bastante onerosas y Abu-l-Ayx se negó á aceptarlas; Abdel-Rhaman entonces le declaró la guerra, y despues de derrotarle en varias ocasiones, le tomó varias plazas, hasta el punto de hacerse dueño de toda la costa del Mediterráneo; las tropas del kalifa de Córdoba se hicieron dueñas de todo el Moghreb, y en esta triste situacion Abu-l-Ayx se vió precisado á implorar la clemencia de Abdel-Rhaman, quien le concedió permiso para alistarse en una espedicion contra los cristianos en la cual murió; en esta última época ya Abdel-Rhaman condolido de su suerte le trató con toda clase de consideraciones.

Alhasan-ben Kannun, hermano de Abu-l-Ayx, siguió gobernando su pequeño Estado bajo la proteccion del kalifato de Córdoba, hasta el año 363 en que Yahuar, general del kalifa Alkayem Viamri-llah hizo una entrada en Marruecos, despojándole de las pocas plazas que aun tenia. Con Al-hasan concluyó, pues la dinastía, de los Edrisitas, á la que sucedió la de los Zeyritas, que tomó el nombre de su fundador Zeyri-ben Atia, prosiguiendo tambien tributaria de los kalifas de Córdoba. El último príncipe de esta dinastía fué Temin, que fué derrotado y muerto en una batalla por los almoravides, quienes se apoderaron de toda el Africa occidental. La dinastía de los Zeyritas duró un siglo escaso.

CAPÍTULO V.

De la dominacion de los almoravides en Africa.

Los almoravides eran unas tribus miserables que, ocupando los bordes del gran desierto de Sahara, entre los distritos de Dâra y Güerguela, se dedicaban al pastoreo, y no tenian conocimiento alguno ni de ciencias, ni de artes, ni de religion; llegó á dicho país un hombre bastante docto llamado Abdalla-Ben-Yasin, y tal fué el ascendiente que tomó sobre aquellas pacíficas tribus, que le aclamaron por su rey. Abdalla fué imbuyéndolas poco á poco, despues de instruirlas, las ideas de civilizacion y de conquista, y empezando sus correrías por las tribus comarcanas, á las cuales sujetó, prosiguió su marcha victoriosa hasta apoderarse de las provincias de Dâra y Sugilmesa, ahuyentando á las tribus de los zenetes que ocupaban aquel país; despues conquistó toda la provincia de Suz, se apoderó de Aghmat, y murió en una accion dada á la entrada de la provincia de Temezena. Abú-beker, que era uno de sus mas distinguidos generales, sintió en estremo su muerte, pero prosiguiendo la carrera de conquistas que ambos tan gloriosamente habian emprendido, pensó en fundar un imperio, y echó al efecto los cimientos de la ciudad de Marruecos (1080 de J. C.) que habia de servirle de capital.

Habiendo ocurrido por aquella época varios desórdenes entre algunas tribus vecinas al desierto, Abu-beker creyó de todo punto indispensable su presencia en el lugar de la pelea, y dejó encomendado el mando de Marruecos á su primo Yusuf-ben Texefin.

Yusuf, que además de tener gran disposicion y talento, era astuto y ambicioso en estremo, principió á reinar con mucha prudencia y destreza, atrayéndose al pueblo y á la gente de guerra, con el único objeto de hacerse dueño absoluto del Es-

tado y alzarse con el imperio. Se valió de mil medios para conseguir su objeto, y vendiendo esclavos negros en España á cambio de cautivos cristianos, formó con estos (que estaban muy ejercitados en el manejo de las armas) un lucido cuerpo de ejército que le acompañaba á todas partes: además impuso grandes contribuciones á los judíos, y de este modo sacó hombres y dinero.

Hácia el año 450 (1062 de J. C.), Yusuf, al frente de 100,000 caballos se dirigió á Fez, y no obstante la feroz resistencia que le opusieron algunas tribus, logró conquistar esta ciudad despues de muchas victorias, prosiguiendo su marcha triunfante por el interior de la provincia, donde se detuvo algunos años combatiendo contra sus habitantes los Magrawas y Zenetas.

Cuando Abu-beker volvió de sujetar á las tribus del desierto y vió el gran ascendiente que sobre su pueblo habia tomado su primo, conoció lo impotente que seria para luchar con él, é hizo renuncia en su favor de todos sus Estados, retirándose al desierto de donde habia salido.

Yusuf prosiguió gobernando los Estados que gracias á su talento habia sabido adquirirse, y continuó sus conquistas por la sierra de la Gomera, apoderándose finalmente de todo el territorio del Moghreb y logrando que las tribus todas le jurasen obediencia y le reconociesen por señor. Yusuf, llamado por los muslimes españoles, les ayudó en sus guerras contra Alfonso VI de Castilla, á quien derrotó en un lugar llamado Zalaca. Yusuf, deseoso sin duda de seguir acrecentando sus Estados, destronó últimamente al Rey de Granada Abdalla-ben-Balkin, de la dinastía de los Zeyritas, en la tercera espedicion que hizo á España, agregando ese nuevo reino á sus dominios. Yusuf-ben-Texefin murió en la luna de Moharram del año 500 (1107 de Cristo), á la edad de cien años, despues de cuarenta de venturoso reinado. Yusuf nunca mandó aplicar la pena de muerte; sus mayores castigos eran prision perpétua y destierro de sus

reinos: fué enterrado en su mismo alcázar de Marruecos, á presencia de sus hijos y los xeques de las tribus.

Le sucedió en el Trono su hijo Alí, apellidado Abu-l-hasam, nacido en Ceuta el año 476 (1084 de Cristo), y que á la sazon contaba veintitres años. Era hijo de una hermosísima esclava vizcaina, á quien su madre amaba con delirio, y tan luego como ocupó el Trono, tuvo que sostener una lucha con su sobrino Yahya-ben-Abi-Beker, quien, creyéndose ofendido con la eleccion de su tio, se escusó de proclamarle Rey negándole obediencia.

Yahya se humilló por fin, jurando obediencia á su hermano, y una vez apaciguadas estas discordias civiles, Alí se preparó á cumplir con los preceptos de su padre, llevando la guerra á España en donde desembarcó á fines del año 500 (1107 de Cristo.) Luchaba, no obstante, con valerosos y esforzados enemigos, puesto que el Rey de Aragon por un lado, y por el otro el victorioso Cid le atacaban sin cesar dejándole bastante mal parado, y gracias si á fuerza de mil sacrificios pudo reconquistar parte de los territorios que le habian tomado: en una de las ocasiones en que pasó á España, Alí llegó hasta Uclés y derrotó á los castellanos mandados por el Infante don Sancho, hijo de Alfonso VI. En tanto que Alí peleaba en España en contra de los cristianos, en el Africa se levantaba otra nueva y poderosa tribu que, inquietando sin cesar á la dinastía de los almoravides, estaba llamada á destronarla.

Mohammad Abú Abdilla, sacristan de una mezquita é individuo de la tribu de Herga, una de las ramas de la gran familia de los Masamúdas, se dió tan buena maña para predicar ciertas doctrinas, que á los pocos meses logró levantar una inmensa masa de gentes en contra de los almoravides. Mohammad, aunque tuvo el suficiente talento para hacer creer á sus partidarios que descendia de la familia del Profeta, era originario de los amazirgas; aprovechándose de la profunda division que reinaba por aquella época entre los teólogos musulmanes, y apro-

vechándose tambien de los estudios que en Córdoba, Fez y otras ciudades habia adquirido, proclamó una nueva teología á la cual se adhirieron muchísimos partidarios; esta teología era la escrita y predicada por Abú Hamid Al-gazzalí, que fué condeñada como herética por el kalifa de Córdoba. Mohammad, que era travieso en demasía, despues de andar errante por España y varios puntos del Africa, se dirigió á Marruecos, donde tenia su corte el Rey Alí, y penetró en la mezquita mayor que estaba poblada de un numeroso concurso que se ocupaba en sus rezos; Mohammad ocupó el sitio que en la mezquita se destinaba para el Rey; hiciéronle notar su error, y con grave tono y estremada seriedad respondió con las palabras del Koran, que dicen: «Ciertamente los templos son solo de Dios,» dejando admirados á los circunstantes. Llegó el Rey á la mezquita, y todos se levantaron; Mohammad hincó su rodilla en tierra y continuó sus rezos sin hacer caso del Rey: esto aumentó el asombro de los circunstantes; concluido el rezo Mohammad se levantó y dirigiéndose á Alí le dijo que remediase los males é injusticias de sus reinos, porque la vida era breve y Dios le habia de pedir estrecha cuenta de la gobernacion de sus pueblos. Prolongóse esta escena algunos instantes; Mohammad sin ceder su asiento al Rey, y los concurrentes asombrados, hasta que alarmado algun tanto Alí, no solo por las contestaciones secas de Mohammad sino por la sabiduría que en ellas demostraba, creyó conveniente consultar á los ulemas acerca del asunto, y estos resolvieron que en atencion á que su objeto no era otro que seducir y alborotar á los pueblos, se le prendiese y apartase de la comunicacion con el vulgo. Uno de los ulemas le dijo: «Haz para este hombre una prision de hierro sino quieres que te haga gastar una casa de oro.» Acompañado Mohammad de su fiel discípulo Abdul-Múmen, dice el señor Calderon, discurria por las plazas y mercados, y con su acostumbrada libertad reprendia los vicios y el libertinaje, los abusos en el vino y deleites: quebraba lleno de saña los instrumentos músicos que podia haber á las manos,

y si acertaba á entrar en un café ó tienda de vino, rompia los cántaros y vaciaba los zaques; todo esto sin licencia del kadí ni del Rey, que, ó nada de esto sabian, ó toleraban tamaños escándalos.

El Rey, como se ve, no habia tomado hasta entonces providencia alguna contra él; pero tal fué el tumulto y alboroto que armó un dia, que le obligó á salir de la corte. Mohammad y su discípulo Abdul-Múmen, lejos de salir, se retiraron á un cementerio; y allí, entre los sepulcros, hicieron una especie de choza, desde la cual predicaban su doctrina, teniendo siempre un auditorio de 1,500 ó 2,000 almas. Predicaba siempre contra la irreligiosidad, liviandad y malas costumbres de los almoravides, y tantos y tantos fueron los prosélitos, que á los pocos años la mayoría del pueblo estaba en contra de Alí por pertenecer á dicha dinastía. Comprendiendo esto el Rey, le mandó que cesase en sus predicaciones y no agitase al pueblo, á lo cual contestó diciendo: «Ya obedecí tu mandato, saliéndome de la ciudad; yo vivo ahora entre los muertos, en una miserable choza, sin pensar mas que en la vida eterna, ni cuidarme de herejes como tú.» El Rey, irritado con esta respuesta, mandó que le prendiesen y cortasen la cabeza; pero avisado con tiempo Mohammad, huyó con sus discípulos. Anduvo errante algunos años predicando sus doctrinas, hasta que el dia 15 de la luna de Rhamadan del año 515 (nov. del 1121 de J. C.) gran número de xeques, caudillos de tribus y personas respetables, teniendo en cuenta una tradicion mahometana, en la cual anunció el profeta la venida de un hombre que todo lo arreglara, le proclamaron el enviado del profeta, reconociéndole por señor suyo.

Considerándose entonces Mohammad bastante fuerte, y revestido además de ese carácter religioso que lo hacia tan respetable, comenzó á predicar el esterminio de la dinastía de los almoravides, y la llama de la revolucion estalló en todo el Imperio.

Alí, que entonces se hallaba en España, tan luego como

supo el levantamiento de los Masamudas, pasó al Africa y envió contra ellos un numeroso ejército. Mohammad derrotó en varios encuentros á los almoravides, y retirándose á Tinmelel, estableció en esta ciudad el centro de sus fuerzas, y en ella se mantuvo encerrado por espacio de tres años, sin hacer ninguna espedicion de importancia. El año 517 (1123 de J. C.) á consecuencia de un sueño que tuvo, formó la resolucion de apoderarse del imperio de Africa, y haciendo un llamamiento á todos sus partidarios, reunió un ejército de 40,000 hombres, derrotó á las tropas de Alí y acampó delante de Marruecos; algun tiempo despues sufrió no obstante dos derrotas en las cercanías de la ciudad, en las cuales tuvo 10,300 hombres fuera de combate, á consecuencia de cuyo descalabro los almohadas se retiraron á Tinmelel. No por esto desistió Mohammad de su empeño, sino que en el año 524 volvió á poner sitio á Marruecos con un ejército de 30,000 hombres; aunque causó muchos estragos, no pudo, sin embargo, tomar la ciudad. Mohammad, que hacia tiempo se hallaba ya bastante enfermo, murió el 25 de la luna de Rhamadan del año 524 (agosto, 1130 de J. C.)

A la muerte de Mohammad sus tribus se dividieron en varios mandos con motivo de la eleccion de sucesor, y faltó poco para que vinieran á las manos, dando al traste con el naciente imperio; pero convencidos todos por último de los inconvenientes que esta guerra traeria consigo, convinieron en nombrar á Abdo-l-Múmen, discípulo y compañero fiel de Mohammad, y á cuyo mando habian conseguido varios triunfos los almohadas.

El medio de que Ado-l-Múmen se valió para que le eligiesen fué en estremo curioso. Durante la enfermedad de Mohammad, habia domesticado á un leon y adiestrado á un pájaro á repetir la siguiente relacion en árabe: «La ayuda de Dios y su gracia sean sobre el kalifa Abdo-l-Múmen, príncipe de los creyentes.» Luego que estuvo convencido de que ambos animales se encontraban bastante bien adiestrados, convocó á su casa á los

xeques de las tribus, y despues de pronunciar un largo discurso acerca de las virtudes y talentos de Mahammad les preguntó qué pensaban acerca del nombramiento de sucesor. Soltó en seguida el pájaro; este empezó á repetir su relacion y aun no habian salido de su asombro los xeques al oir aquella especie de revelacion, cuando alzando sigilosamente Abdul-Múmen la trampa que ocultaba al leon, se presentó este dando horribles bramidos en la estancia; los xeques trataron de huir, pero encontraron las puertas cerradas. Abdul-Múmen se acercó al leon, este le acarició y asombrados los xeques le aclamaron por su Rey; el hecho se comentó de mil distintas maneras, y Abdul-Múmen quedó reconocido por soberano.

El rey Alí entre tanto se iba debilitando á consecuencia de los años, y viéndose constantemente combatido por los almohadas y que á la dinastía de los almoravides le amenazaba la muerte, asoció, al trono á su hijo Texufin, jóven de talento y de valor acreditado, que en mas de una ocasion se habia distinguido. La fortuna abandonó, no obstante, á este mancebo y cuantas veces hizo escursiones contra los almohadas otras tantas fué vencido, lo cual fué causa de que su padre Alí, adoleciese de tristeza y muriese el año 539 (1144 de C.), despues de 39 y siete meses de reinado. Texefin fué proclamado en seguida Rey de los muslimes, y á poco de ocupar el trono, causó gran destrozo en los almohadas que habian tenido la osadía de bajar hasta las llanuras de Fez. Rehechas, no obstante, las huestes almohádicas al mando de Abdo-l-Múmen, volvieron contra Texefin, y despues de derrotarle le obligaron á encerrarse en Tremezen; no contentos con esto sitiaron el castillo de Wahran, donde Texefin tenia sus mujeres y tesoros; tan mal parado vió éste su pleito, que montando en su mula Rihana tomó el camino de Andalucía; pero poco antes de llegar á la costa la mula se espantó, y el Rey y su cabalgadura rodaron á un abismo haciéndose pedazos. Abdo-l-Múmen mandó clavar su cadáver en un palo é hizo llevar la cabeza á Tinmelel.

A la muerte de Texefin fué proclamado sucesor su hijo Ibrahim-Abu-Ishác; pero tuvo tan mala suerte tambien en un combate con los almohadas, que estos ocuparon por siete meses á Tremezen, se apoderaron de Mequinez y pusieron sitio á la ciudad de Fez. Estaba defendida esta plaza por un valiente caudillo andaluz, llamado Abdolla-ben-Jayzár, y tan buena maña se dió en su defensa, que Abdo-l-Múmen, se vió precisado á cortar el rio Sebú, formando una inmensa laguna que, al soltarla, inundó la ciudad aterrando á sus habitantes. Abdolla, sin embargo, no se inmutó y saliendo con sus tropas contra los almohadas que estaban desprevenidos, los puso en precipitada fuga. Una casualidad vino, sin embargo, á decidir de la suerte de Fez.

Tenia el caudillo andaluz una novia bastante hermosa, que vista por un príncipe de sangre real llamado Yahya, se quedó tan prendado de ella que convenció á su padre para que se la entregara por esposa, lo cual se verificó. Sabido esto por Abdolla juró vengarse, y mediante ciertas condiciones abrió las puertas de la ciudad á Abdo-l-Múmen, y este penetró en ella al frente de los almohadas, causando grandes estragos. Despues de la toma de Fez, Abdo-l-Múmen se hizo dueño de Aghmat, Salé, Mequinez y otras ciudades, hasta el punto de que solo la ciudad de Marruecos quedó en poder de Abu-Ishac, hijo de Texefin. Abdo-l-Múmen no cejó por eso de su empeño, sino que, viendo que el sitio de esta ciudad se prolongaba demasiado, y que las próximas lluvias no le permitirian continuar el asedio, mandó construir una ciudad en el cercano monte de Gelez, en la cual tuviesen sus tropas el abrigo necesario, y desde el cual combatian sin cesar á los habitantes de Marruecos (1). Visto esto por los sitiados, comenzaron á desmayar en presencia de tales preparativos; los víveres empezaron á escasear, el silencio del hambre se notaba por do quier, y los lán-

(1) Este ejemplo fué imitado por los Reyes Católicos en el cerco de Granada.

guidos y escuálidos soldados que se paseaban cabizbajos por las plazas, pudiendo apenas sostener las armas, parecia como que anunciaban la muerte de la dinastía de los almoravides.

En efecto, auxiliado Abdo-l-Múmen por unos cristianos que prometieron abrirle las puertas de la ciudad, esta cayó en su poder; la matanza duró un dia, y el caudillo de los almohadas, aunque á pesar suyo, mandó dar muerte al último príncipe almoravide Abu-Ishac. Tal fué el fin de la dinastía de los almoravides, despues de 84 años de reinado.

CAPÍTULO VI.

De la dinastía de los almohadas.

Ya en el capítulo anterior han tenido ocasion de ver nuestros lectores, como merced á la astucia de Mohammad y al talento y prudencia de Abdo-l-Múmen, la dinastía de los almohadas logró echar por tierra á la de los almoravides: en este capítulo continuando la reseña de las conquistas de los almohadas, diremos, que Abdo-l-Múmen, dueño ya de Marruecos y demás provincias que formaban el imperio almoravídico, continuó la guerra por el Africa oriental, tomando á Bugía, Constantina, Cairovan, Susa, Safes, Túnez y Mehedia, con lo cual quedó dueño absoluto de toda aquella tierra. Despues se dirigió á Tánger con ánimo de pasar á España en donde aun hacian armas contra sus generales algunos jefes almoravides; pero tropezando en su marcha con ciertas tribus belicosas de cuya fidelidad no estaba muy seguro, trató de someterlas; esto no se verificó hasta pasados algunos meses, y cansados ya algunos almohadas de luchar, y deseosos por otro lado de marcharse á Oriente, armaron una conspiracion con objeto de asesinar á Abdo-l-Múmen, conseguido lo cual quedarian en libertad para emprender su marcha. Llegó esto á oidos del xeque de una tribu, quien al ponerlo en conocimiento de Abdo-l-Múmen le rogó le dejase dormir

aquella noche en su tienda para sorprender á los conspiradores, pues en su mismo lecho era donde trataban de asesinarle. Accedió el Rey á la peticion del xeque, y llegada la hora fijada por los conspiradores, el xeque fué cosido á puñaladas en el lecho del Rey. Este, que se habia retirado á otra tienda, tuvo gran sentimiento al ver el cadáver del xeque, y mandándole poner sobre una camella la dejó suelta; la camella anduvo errante algunos dias, y en el sitio donde se detuvo á descansar, mandó Abdo-l-Múnen enterrar el cadáver del leal xeque, erigiendo sobre su sepulcro una suntuosa ermita.

Vencido Abdo-l-Múmen el año 557, (1163 de Cristo), salió de Marruecos y trató de emprender una espedicion contra España; pero murió antes de llevarla á cabo el año 558 (1164 de Jesucristo), á los sesenta y tres de edad, y treinta y tres y cinco meses y tres dias de reinado.

Al ilustre, valiente y esforzado Abdo-l-Múmen le sucedió su hijo menor Yusuf, apellidado Abû Yâcub, quien siguió en un todo las huellas de su padre sin descuidar el mas mínimo negocio del Estado. Lleno de ardor por la propagacion del islam, llevó en distintas ocasiones la guerra al corazon de España, venció cerca de Toledo en 1173, á un caudillo cristiano, y en sus conquistas de Africa fué igualmente feliz.

Sucedióle su hijo Abú Yusuf Yâcub, á quien sus muchas victorias valieron el nombre de Al-mansur (el victorioso). Venció cerca de Ciudad-Real á Alfonso VIII, y tan grande fué el número de prisioneros cristianos que hizo, que pobló con ellos un barrio de Rabat. Murió el año 1198 de Jesucristo, y le sucedió su hijo Mohammad: rebelóse contra él un berberí de los montes de la Gomera, pero sucumbió en la lucha. Mohammad pasó despues á España con objeto de hacer frente á las tropas de Alonso VIII, pero fué horriblemente derrotado en las Navas, viéndose obligado á volver á Marruecos, en donde al poco tiempo fué tal el sentimiento y pesar que le causó tamaña desgracia, que adoleció de grave enfermedad y murió á los pocos dias.

A Mohammad An-nasir sucedióle su hijo Al-mostanser-billah, que pasó sus dias encerrado en los alcázares de Marruecos, rodeado de doncellas y esclavos; sin pensar en otra cosa mas que en los placeres.

A la muerte de Al-mostanser, que no dejó sucesion, se armaron mil contiendas en su imperio, que no cesaron hasta que apoderándose del trono su tio Abdo-l-wâhed logró que los xeques le aclamasen Rey; pero bien poco le valió su victoria, porque sabida la ocurrencia por Abú Mohammad Abdalla, hijo de Yâcub Al-mansur y á la sazon en Murcia, consiguió destronarle por medio de su influencia con las tropas, mandando despues que le quitáran la vida; Abu Mohammad fué bastante justo en todas sus resoluciones, y como tratase de reprimir las exigencias, cada dia mayores de los xeques, estos le declararon indigno del trono; siguió no obstante, gobernando hasta su muerte, en cuya época fué proclamado sucesor un hermano suyo llamado Edris Abú-l-âla, que á la sazon era gobernador de Sevilla.

Este siguió la misma marcha que su hermano en lo de reprimir los desmanes de los xeques, quienes se dieron tal maña para desprestigiarle que consiguieron destronarle, nombrando sucesor á Yahya sobrino de los reyes Abú Mohammad y Edris, é hijo de Mohammad.

Yahya peleó contra su tio Edris en España, pero con tan mala fortuna, que fué completamente derrotado cerca de Medina-Sidonia. Edris entonces castigó de una manera horrible la ambicion é insolencia de los xeques que habian declarado nula su eleccion, y limitó de tal modo sus facultades, que los redujo poco menos que á la nada. Los xeques tenian, no obstante, tal influencia sobre el pueblo, que agitando sin cesar á las masas, obligaron á Edris á vivir en una eterna lucha.

Muerto por fin este Rey en 1232, le sucedió su hijo Abú Mohammad Abdo-l-wâhed, que duró tres años escasos en el

trono, porque rebelada la tribu de Al-jalat, hizo armas contra él obligándole á salir de Marruecos y guarecerse en Sugilmesa.

Abu-Mohammed Abdo-l-wáhed permaneció retirado por algun tiempo; pero juntando despues sus partidarios y venciendo á sus enemigos, logró ponerse nuevamente al frente del imperio. Estas revueltas, sin embargo, fueron debilitando de tal modo el poder de los almohadas, que todos los acontecimientos venian como prediciendo la ruina de esta dinastia; en efecto, Abdo-l-wahed consiguió seguir reinando algunos años, pero con tan adversa fortuna, que constantemente tuvo que estar combatiendo con los benimarines que amenazaban arrancarle la corona, y hasta con sus mismos vasallos que muchas veces se revelaban. Un dia se le desbocó el caballo, y Abdo-l-wáhed pereció ahogado en una laguna.

Sucedióle su hermano Abul-hasan-Alí, que obtuvo varias victorias contra los benimarines, muriendo por último en una batalla el año 1248 de la era cristiana.

A Abul-hasan-Alí le sucedió su pariente Abú-Hafi-Omar, quien vendido por un pariente suyo, durante una larga ausencia perdió el Trono, que fué á parar á poder de los benimarines. Abu-Hafi, á quien los desleales habitantes de Azamor pusieron preso cuando le vieron en desgracia, logró escaparse de la prision acompañado de un esclavo; pero este, tan pérfido como los habitantes de dicha ciudad, y dominado por la ambicion, le mató en el camino, apoderándose del oro que llevaba.

Sucedióle su pérfido pariente Edris Abú-Dabbús, quien no cumpliendo á los benimarines la palabra de entregarles la mitad de su Estado, como se lo habia prometido, fué muerto en una batalla por aquellos, acabando con él la dinastía de los almohadas.

CAPÍTULO VII.

De la dinastía de los benimarines.

El primer Rey benimarin, fué Abú-Yusuf, con quien Edris habia pactado darle la mitad de su Imperio. Tan luego como murió el último Rey de los almohadas, entró en Marruecos, donde las gentes le reconocieron por soberano, dándole el título de Príncipe de los muslimes. Ocupóse en sofocar las rebeliones de los pocos almohadas que quedaban por someter, y procuró por todos los medios posibles dar paz á su Imperio; su reinado fué, no obstante, una série contínua de rebeliones, que una por una fué sofocando, ayudando últimamente á los muslimes españoles en contra de los cristianos; esta espedicion fué en estremo gloriosa para él, pues apenas desembarcó en España, y despues de apaciguar las discordias civiles que reinaban entre los reyes moros de Andalucía, comenzó la guerra entrando por la parte de Sevilla, devastó los campos de Guadalquivir, llegó hasta Almodóvar en el distrito de Córdoba, tomó por asalto el castillo de Boley (Aguilar), y cautivó, mató é incendió por todas partes, llevando la vanguardia su hijo Abú-Yacub con cinco mil ginetes. En esta guerra fué cuando murió el célebre D. Nuño de Lara, que iba al frente del ejército cristiano, siendo derrotado en Écija. Además de 7,830 cautivos, los moros (segun dicen) nos cogieron 724,000 cabezas de ganado vacuno, 1.448,000 de ganado lanar, 614,000 entre caballos, acémilas y otras bestias, é inmenso número de escudos, cotas de malla, espadas, arneses y otras riquezas. Esto, segun el contesto de los historiadores árabes; pero datos mas fidedignos, recogidos por historiadores de mas fama y conciencia, prueban que, no solo no son exactas estas cifras, sino estremadamente hiperbólicas y exageradas.

Al regresar á Africa de su espedicion, Yusuf tuvo que sofocar

nuevas rebeliones, en todas las cuales salió victorioso, y despues de otras tres espediciones contra los cristianos españoles, sucumbió en Algeciras el año 1286 de Jesucristo, despues de firmadas las paces entre el Rey moro de Granada y don Sancho. Su cadáver fué conducido á Rabatt y enterrado en la mezquita de Xallá: alcanzó setenta y tres años de vida y veinte y nueve de reinado.

Muerto Yusuf, el verdadero fundador de la dinastía de los benimarines, le sucedió su hijo Abú Yacub, quien despues de confirmar las treguas con el Rey don Sancho y de ceder al de Granada todas las posesiones conquistadas, á escepcion de Ronda, Algeciras, Tarifa y Guadix, fijó su residencia en Fez, desde donde dió varias disposiciones para sofocar las rebeliones, mandando cortar la cabeza á algunos rebeldes. Despues hizo una espedicion á España; pero con tan mal éxito, que habiendo sufrido dos derrotas tomó la resolucion de volverse á Africa, donde continuó luchando con los rebeldes entre los cuales figuraban algunos parientes suyos. Yacub fué muerto en su mismo palacio por un eunuco, que hallándole dormido, le atravesó el vientre de una estocada.

Su nieto Abú Tabet, que le sucedió á los venticuatro años, continuó luchando con algunos alcaides rebeldes, á quienes sujetó. Pensando en llevar á cabo la conquista de Ceuta que estaba en poder de los moros de España, murió en Tánger á consecuencia de una aguda enfermedad el año 708 de Mahoma.

Muerto Abú Tabet, entró á reinar su hermano Soliman, que recuperó á Ceuta y sofocó tambien una fuerte rebelion obligando á los rebeldes á pasar á España. Falleció á los dos años y cinco meses de reinado, sucediéndole Osman, hijo de Abú Yusuf. El reinado de Osman ofreció poco de notable, pues todo él se redujo asímismo á luchas con rebeldes á la autoridad del soberano.

Abú-l-Hazem-Alí, sucesor de Osman, fué derrotado por los cristianos en la batalla del Salado cerca de Tarifa. Vióse préci-

sado, como sus predecesores, no solo á sofocar rebeliones, en alguna de las cuales fué derrotado, sino á hacer armas contra su mismo hijo Faris, que, rebelándose contra su autoridad, se apoderó de Fez y de Marruecos. Abú-l-Hazem fué herido en estas contiendas, y despues de dejar el Imperio en manos de su hijo Abú-Ihan, se retiró á un desierto, donde murió al poco tiempo abandonado.

El corto reinado de Abú-Ihan fué una série contínua de revueltas, y ni un solo instante descansó. A su muerte, ocurrida en 1357 de nuestra era, fué tal y tan ruda la guerra civil que se armó entre sus hijos, que Marruecos estuvo convertido por espacio de mucho tiempo en un sangriento campo de batalla. Abú-Beker triunfó primeramente, y se sentó en el Trono; pero lanzado luego por Abú-Hamer, tuvo que huir vergonzosamente; Abú-Hamer fué muerto despues por Ibrahim; este, á su vez, fué lanzado del Trono por otro usurpador, quien igualmente tuvo tambien que cederle al pretendiente Mahomad-Abú-Faian. Este logró ya sostenerse algun tiempo, y le sucedió su hijo Muley-Said; pero este príncipe fué tan afeminado, que perdió á Ceuta, y esta pérdida irritó tanto á los moros, que capitaneados por Abú-Baba, mataron á su Rey en su mismo palacio.

Desde esta época en adelante, la dinastía de los benimarines fué debilitándose de tal modo, que ni Abdol-hak ni los tres Watazes que despues se sucedieron fueron capaces de levantarla de su triste abatimiento. Aparecieron los xerifes haciendo la guerra á los benimarines, y esta dinastía se hundió para siempre con su último monarca Hamet-Wataz que fué destronado por aquellos.

CAPÍTULO VIII.

De la dinastía de los xerifes, y advenimiento de los Fileli.

Los xerifes, que eran descendientes de un príncipe del Africa occidental llamado Mohares, aparecieron en tiempo de Moha-

mad Wataz, pero no comenzaron á reinar hasta despues de Hamet Wataz, á quien como hemos dicho en el capítulo anterior, lograron destronar. Mohammad-ben-Xerif, que fué el primero de esta dinastía que consiguió hacerse lugar en el pueblo por medio de la santimonia, usó de tal astucia mirando siempre al porvenir, que hasta logró que sus hijos fuesen empleados por el mismo Emperador. Los xerifes comenzaron á minar la vida de los benimarines, levantando tropas con permiso del Rey, so pretesto de combatir con los cristianos de Arcilla y Tánger, á quienes vencieron; prosiguieron su série de conquistas, en las cuales dieron muestras de valientes y entendidos, y á tal punto llegó el prestigio que en ellas adquirieron, que muchas ciudades no respetaban ya al Rey sino á los xerifes. Este estado de cosas no podía prolongarse mucho, y derrotado por fin el último monarca Benimarin Hamet Wataz, pasaron á ocupar el trono.

Los primeros años de la dominacion xerifiana, como los de todas las dinastías que hasta entonces se habian sucedido, fueron una série contínua de revueltas y guerras civiles, en que los hermanos luchaban con los hermanos, y en las que no dominando otro espíritu que la ambicion, se cometieron mil y mil clases de escándalos y tropelías, cubiertos á veces bajo el disfraz del deber, de la humanidad y la conciencia. Mohammad-ben-Xerif, luego que hubo destronado al Rey Wataz, se casó con una hija de éste, de incomparable hermosura, que contaba apenas diez y siete años, siendo así que él habia cumplido ya los ochenta. El Rey Wataz y su pariente fueron degollados por órden del xerif, algunos años despues de subir este al Trono, á consecuencia del horrible deseo de verter sangre que de él se apoderó, cuando supo que su hijo Abd-el-Kader habia sido muerto en una batalla contra los turcos. Mohammad fué derrotado y muerto en una batalla dada á dichos enemigos, á la edad de 87 años, y cuando hacia 37 que habia destronado á Hamet-Wataz, último benimarin. Su reinado, volvemos á repetir, é una série tal de guerras y de horrores, que difícil-

mente podrian hacerse cargo de él nuestros lectores, por muy vivos que fuesen los colores con que tratásemos de pintarlo.

Los turcos se aprovecharon de esta fatal coincidencia para proseguir con mas ardor la guerra contra Marruecos; pero el hijo del difunto xerife, que gobernaba dicho Imperio, tan luego como supo la muerte de su padre, allegó cuantas gentes pudo, convocó á sus hermanos y á los alcaides, y saliéndoles al encuentro, cortó la marcha á los turcos presentándoles la batalla. La pelea fué horrible; los turcos lucharon como leones; pero el valor de las tropas xerifianas concluyó con todos ellos. Nada se consiguió, sin embargo, con esta victoria, porque, encendida la guerra civil en todo el Imperio, y prosiguiendo la misma série de horrores que hasta aquí, ni Abd-el-Múmen que gobernaba en Marruecos tenia autoridad suficiente, ni Abd-Allah que estaba en Fez y que luego fué proclamado en Marruecos, tuvo tampoco la suficiente energía para gobernar como único y absoluto Rey.

Abd-Allah pudo por fin sofocar las mil y mil insurrecciones que por todas partes brotaban, y cuando ya se consideró dueño del reino y sin rivales, repartió la gobernacion del reino entre sus hijos, aunque todavia eran mancebillos, dando Fez al mayor llamado Muley Mohammad ó el xerife negro, por ser de color muy atezado. Este Mohammad bastante receloso de que mas tarde ó mas temprano Abd-el-Múmen que habia sido rey le destronase, ofreció á un esclavo suyo una alcaidía si lograba asesinarle. El esclavo voló á Fez con ánimo de cumplir los deseos de Mohammad y Abd-el-Múmen fué asesinado estando rezando en la mezquita. El asesinato de Abd-el-Múmen se achacaba sin embargo á Abd-Allah, y para hacer ver este todo lo contrario, mandó cortar la cabeza al asesino y á otros cuatro alcaides que se decia le habian aconsejado.

Muerto Abd-Allah en 1574, despues de diez y siete años de reinado, le sucedió su hijo Mohammad, cuyos primeros actos fueron crueles; pues temeroso, no ya de Abd-el-Múmen, su tio,

á quien habia hecho asesinar, sino de sus hermanos, en los cuales no tenia gran confianza, mandó matar á uno y encarcelar á otro, á fin de quitarse de enmedio estos que con el tiempo podrian ser aspirantes á la corona. De poco le valieron sin embargo, precauciones tan crueles; porque como todavía quedase vivo un tio suyo llamado Abd-el-Melik y el Moluco, este aprovechándose del gran descontento que reinaba á consecuencia de las crueldades de su sobrino, trató de quitarle la corona y lo consiguió despues de derrotarle en varias ocasiones.

El Moluco siguió gobernando, aunque no muy tranquilamente; pero Mohammad, que habia ido á Lisboa á pedir auxilio al rey D. Sebastian, volvió á Africa con este monarca portugués, y ambos juntos declararon la guerra al Moluco. Encontráronse ambos ejércitos en Alcázar-quibir y la jornada fué tan tremenda, que en ella sucumbieron el Moluco, el rey de Portugal y Mohammad.

Muerto el xerife Moluco, y en el mismo campo de batalla, fué aclamado rey su hermano el xerife Ahmed, que habia venido á combatir á su lado en contra de Mohammad.

Este xerife, sin embargo de no ser tenido por el mas valiente de su familia, llegó á ser el Rey mas temido de Africa, y en su tiempo alcanzó el imperio de Marruecos mucho poder y esplendor.

Logró mantenerse en paz con Felipe II de España, consiguió hacerse respetar de todos sus súbditos, y llevando sus armas al interior del Africa, penetró hasta mas allá del desierto de Sahara. Desde 1586 á 1592, conquistó á Tegurarin, Tuat, Tumbuctú, el reino de Gago y varias poblaciones del Sudan y la Nigricia hasta los reinos de Burnu y Guinea. El xerife Ahmed al morir, despues de un reinado de veinticinco años, dejó por herederos de su trono á sus cinco hijos, preparando de este modo á su imperio gran cúmulo de calamidades.

Abú Fers, Muley Cidan y Muley Xeque, fueron los que mas tiempo gozaron las diversas porciones de reino que su padre les

legó. Muley Cidan, protegido por doscientos ingleses al mando del famoso aventurero Juan Sifford, llegó, no obstante, á adquirir gran superioridad sobre todos sus hermanos, y le sucedieron por su órden en el trono de Marruecos Abd-el-Melik, que reinó cinco años y fué cruel en estremo; Walid, que gobernó por espacio de doce años, y Ahmed Xeque, que perdió la vida luchando con ciertos alarbes que proclamaron Rey á su capitan Krom-el-Hage.

Desde esta época hasta la aparicion de la dinastía reinante de los Fileli, el imperio de Marruecos estuvo convertido en un confuso laberinto, y el desórden y la anarquía llegaron á dominar de una manera espantosa. En el reino de Fez se dividian el mando los xeques Benbuquer y Gailand; los habitantes de Salé constituian una república independiente, y en Suz y Tarudante reinaba la mas horrible confusion, hasta que un príncipe de aquellas tribus, llamado Sidí-Alí, logró hacerse fuerte, gobernando por espacio de treinta años; pero al morir dividió su imperio entre su crecidísimo número de hijos; estos luchaban unos con otros por arrancarse la córona; cada cual reinaba en un territorio distinto, y la anarquía, el despotismo y la confusion llegaron á su colmo, hasta que apareció por fin la dinastia de los Fileli, reinante en la actualidad.

CAPÍTULO IX.

De la actual dinastia de los Fileli, y de su dominacion, hasta los tiempos del actual monarca Sidi-Mohamad ó Mohamet.

La dinastía de los Fileli que hoy rige los destinos del imperio marroquí, debe su orígen á Abí-ben-Mohamad-ben-Alí-ben-Yusuf, que natural de Jembo, ciudad de la Arabia, se finjió descendiente de Fatima, hija de Mahoma, y se dió tan buena maña para embaucar á las tribus con este supuesto carácter de nobleza, que le proclamaron Rey en Tafilete.

37.ª *entrega*, 8 *págs*, 289 *á* 296.

Sucedióle en el trono su hijo Muley Xerife, quien mantuvo una larga y terrible guerra con el Sultan de Ileckh, Sidi-Omar: tuvo, no obstante, tan mala suerte, que vencido por aquel permaneció encarcelado mucho tiempo, y para hacer menos sensibles los ocios de su soledad, rogó á Sidi-Omar que le llevara alguna esclava. El Sultan vencedor le envió una horrible negra, y Muley Xerife tuvo de ella dos hijos llamados Ar-Xid é Ismael, que luego fueron soberanos de Marruecos: al cabo de algun tiempo el xerife recobró su libertad, y mediante ciertas condiciones volvió á gobernar su reino.

Muerto en 1652, le sucedió su hijo Mohamad que fué elegido entre los varios centenares de hijos que dejó. Comenzó á reinar con muy buenos auspicios y su afabilidad de carácter le predecia largos años de reinado, pero no sucedió así; habiéndosele rebelado su hermano Ar-Xid, el hijo de la esclava negra, se vió precisado á hacer armas contra él; pero con tan mala suerte que en 1664 se suicidó.

Ar-Xid, despues de esta ocurrencia, tuvo tal suerte en sus conquistas, que apoderándose de Fez y otras provincias del Norte, de Marruecos y de los Estados del Suz, Salé y Rabat, estendió sus dominios desde el rio Muluya hasta el cabo Num, siendo proclamado soberano de ellos por sus entusiasmados súbditos. El reinado de Ar-Xid fué terrible azote de los bandidos y malhechores; les hacia sufrir los tormentos mas atroces, y hasta las mas insignificantes faltas solia hacerlas purgar con la última pena, no siendo raro segun dice un autor, que él con sus propias manos ejerciese el oficio de verdugo. Este sistema de terror, con el cual logró poner á raya á todos los revoltosos, duró hasta algunos años antes de su muerte ocurrida en 1672 al salir de un festin y cuando contaba cuarenta y un años de edad y ocho de reinado.

Los hijos de Ar-Xid se declararon tan cruda guerra á la muerte de su padre, que Marruecos estuvo convertido en un sangriento campo de batalla, hasta que vencedor Ismael, her-

mano de Ar-Xid é hijo tambien de la esclava negra, ocupó el trono de Marruecos por espacío de 55 años. Ismael, conocedor profundo del carácter de sus súbditos, y convencido como se hallaba de que no habia otro medio de apagar las discordias civiles de su reino, sino el de declarar la guerra á los cristianos, emprendió la co: quista de algunas plazas marítimas que estaban en poder de aquellos, y con esto logró calmar algun tanto el espíritu belicoso de los rebeldes. En 1694 envió sobre Ceuta un cuerpo de ejército de 40,000 hombres, al mando de su general Sidi Alí-ben-Datat, quien la puso sitio: este sitio se prolongó tanto, que los sitiadores, dice un historiador, despues de fortificarse bien en su campo, construyeron casas y palacios para los generales y alcaides, formaron huertas y jardines para su recreo, y pusieron en cultivo todo aquel campo, esperando que la falta de víveres y demás incomodidades anejas á asedio tan prolijo, acarrease la entrega de la plaza que se abastecia de todo lo necesario por la parte de España.

El sitio se prolongó por espacio de mucho tiempo, hasta que muerto Cárlos II el Hechizado, el monarca español Felipe V trató de poner término á la osadia de los marroquíes enviando un numeroso cuerpo de ejército al mando del marqués de Lede, que en 15 de noviembre de 1720 derrotó completamente á los moros obligándolos á refugiarse en Tánger y Tetuan despues de ponerlos en precipitada fuga. Al volver los españoles al campo, encontraron en las líneas de los sitiadores 27 piezas de artillería, 4 morteros, muchos despojos, inmensa cantidad de víveres, cuatro estandartes y una bandera; cogiéronse además á varios alcaides, oficiales y muchos soldados prisioneros. El xerife Ar-Xid murió en 1727 de edad muy avanzada; sobrepujó en crueldad á su hermano Ismael, y se hacia ascender á miles el número de víctimas inmoladas por sus propias manos: su mayor placer cuando montaba á caballo, segun los historiadores, era desenvainar el alfanje, y al tomar el estribo, segar al vuelo la cabeza del esclavo que se lo daba.

Aun cuando Ismael había dejado 800 hijos, sucedióle al xerife Ar-Xid su hijo Ahmed-el-dehebi, quien habiéndose apoderado de los tesoros de Mequinez, logró que le proclamaran. Murió ahogado en 12 de marzo de 1729, y le sucedió en el Trono, no su hijo Abú-fers, sino Muley-Abdalah, hijo de Ismael.

Abdalah fué un modelo perfecto de crueldad, de avaricia y de perfidia, y tanto y tal fué el enojo que escitó en sus vasallos su abominable conducta, que por cuatro veces le destronaron; pero fué tal su fortuna, que otras tantas volvió á ocupar el Trono. El imperio de Marruecos gozó de alguna tranquilidad desde 1742, época en que recuperó definitivamente el sólio, hasta el 12 de noviembre de 1757, en que murió en el palacio de Fez, que él mismo habia levantado.

A Abdalah le sucedió en el trono su hijo Mohamad, quien tomando el título de Amir-el-mumenin comenzó á llamarse Sidi Mohamad; este príncipe, que durante el trascurso de su reinado dió muy cabales pruebas de su talento y buen corazon, comprendió desde luego que el único medio de hacer prosperar á su país era el de encaminarle á la paz sosteniendo buenas relaciones con las naciones cristianas, y rodeándose de hombres ilustrados; así que los primeros actos de su gobierno fueron restablecer los tratados pacíficos de España, Francia, Suecia, Portugal, Toscana, Austria, Inglaterra, Holanda, Dinamarca y república de Venezuela, y rodearse de cuantos cristianos y aventureros fueron á ofrecerle sus talentos ó su industria, formándose en derredor suyo una colonia de arquitectos, matemáticos, constructores, hidráulicos é ingenieros que lo pusieron bien pronto en estado de acometer las obras y planes que habia concebido en provecho y prosperidad de su país. Durante su reinado se levantó la ciudad de Mogador (1760), se arrojó á los portugueses de Mazagan, se echaron los cimientos del puerto y ciudad de Fedales, y se hicieron otra porcion de obras notables. Sidí Mohamad murió el 11 de abril de 1789 á los ochenta y un

años de edad y treina y dos de Imperio, yendo en persecucion de su rebelde hijo Muley Mohamad Mehdi-el-Jezid, que le sucedió en el trono.

Muley el-Jezid fué proclamado en Rabatt y Salé, y el primer acto de su gobierno fué un alarde ridículo de vano poderío; reuniendo en Tetuan á todos los cónsules cristianos, les amenazó con declarar la guerra á sus soberanos respectivos, esceptuando al de Inglaterra, sino le pagaban los tributos que suponia debérsele.

Este bélico pensamiento lo llevó á cabo únicamente con respecto á España, porque estando Ceuta á las puertas de su imperio, apenas tuvo que dar un paso para atacarla; sus tentativas, sin embargo, fueron vanas, porque en cuantos amagos intentó contra nuestra plaza en otros tantos fué rechazado. Muley el-Jezid tuvo que luchar contra sus hermanos, que se le rebelaron, y murió el 15 de febrero de 1792 en una escaramuza, á los cuarenta y un años de edad y veintidos meses de reinado.

Muerto Muley el-Jezid, el imperio marroquí se dividió en tres distintas soberanias y porciones por espacio de algun tiempo, hasta que proclamado Muley Soleyman en las principales poblaciones, quedó reconocido como señor del imperio. Este Muley Soleyman era hijo de Sidi-Mohamad, y siguiendo la misma política que su padre, se dedicó á proporcionar sosiego y felicidad á su trabajado imperio. Amigo de la justicia, dicen los historiadores, castigaba los desmanes y los delitos; pero prudente y conociendo los defectos de la administracion musulmana, templaba con su clemencia el escesivo rigor de la ley ó de la práctica, dando en sus fallos una prueba cierta de su rectitud y de su equidad.

Concluyó otros nuevos tratados con los Estados-Unidos de la América septentrional, con la ciudad anseática de Hamburgo y con el rey de Cerdeña: su comportamiento con España durante la guerra de la independencia, fué en estremo noble y generoso,

pues nos facilitó por las costas cuantas provisiones y vituallas pedian nuestras plazas del litoral y singularmente Cádiz, residencia entonces de nuestro gobierno.

Otro hecho glorioso, que constituye uno de los principales timbres de este monarca fué la abolicion de la esclavitud en todos los Estados en 1816; mandó tambien en 1817 desarmar toda su marina militar prohibiendo enteramente el corso y la piratería en todos los Estados marroquíes. En una palabra; Muley-Soleyman dió á entender en todos los actos de su gobierno, que además de tener una gran dósis de talento, tenia tambien escelentes cualidades para gobernar un imperio como el suyo tan acabado entonces por las discordias civiles en que se hallaba envuelto. La fortuna, sin embargo, se cansó de favorecerle en los últimos años de su reinado sin duda porque era digno de proteccion, pues una peste primero que diezmó las poblaciones, y una rebelion despues que estalló como un rayo en 1818, contribuyeron á hacer bastante amargos los últimos dias de su imperio. Traspasado finalmente por el dolor, y agobiado por la adversidad, murió en Marruecos el 28 de noviembre de 1822, á los cincuenta años de edad y treinta cabales de reinado. Antes de morir, y como no tuviese mas descendencia que tres hijos de esclavas negras, á los cuales por su orígen no quería dejar el trono, hizo reconocer solemnemente como su sucesor á su sobrino Muley-Abd-el-Rhaman.

El reinado de Abd-el-Rhaman, ofreció poco de notable; parecido bastante á su tio en su carácter afable y cariñoso, antes de ser llamado para ocupar el trono, se encontraba de gobernador en Mogador.

Sus escelentes cualidades como hombre de gobierno le habian granjeado, no solo las simpatías de su tio, sino las del mismo pueblo que con frecuencia le habia visto dictar varias disposiciones. Era mas bien afable y llano que orgulloso, y vestia con tal modestia que apenas se distinguia de sus criados; en cuanto á dotes militares, se cree no fuese muy aventajado su

talento; pero en cambio era bastante entendido en literatura árabe. En los últimos dias de su imperio (setiembre de 1859) fué cuando las kabilas de los riffeños empezaron á hostilizar con algun ardor nuestra plaza de Ceuta. La política de Abd-el-Rhaman con respecto á esta cuestion fué bastante estraña y confusa, y los que entienden algo en cosas de Marruecos achacan su perplegidad á la poca influencia que ejerce la autoridad de los Emperadores sobre las feroces kabilas de los riffeños. Sea de ello lo que quiera, Abd-el-Rhaman murió sin dar satisfacciones á España: armáronse en su Imperio las contiendas civiles de costumbre cuando son muchos los herederos á la Corona, hasta que Sidi-Mohamad ó Mohamet, que era á la sazon gobernador de Marruecos, logró apoderarse del Tesoro imperial, venciendo á sus hermanos y haciéndose proclamar Emperador. Lo que desde su advenimiento al Trono ha ocurrido, y el orígen de la guerra que actualmente sostiene con España, todos lo sabemos, y el autor de este libro se cree dispensado de anotarlo. ¡Quiera Dios que los gloriosos triunfos obtenidos por nuestro ejército al frente del distinguidísimo y valiente general O'Donnell, sirvan de norma para la conducta sucesiva de los Emperadores marroquíes!

FIN DE LA TERCERA Y ÚLTIMA PARTE.

ÍNDICE.

Páginas.

ERRATAS PRINCIPALES.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
40	25	BENGALI.	BENCALI.
40	28	BLNI–SABIH.	BENI–SABIH.
40	32	BULACIAN.	BULAUAN.
42	11	DUBDIÚ.	DUBDÚ.
42	16	EL ARAUCE.	EL ARAISCE.
43	8	A esta linea deben añadirse las siguientes palabras: mismos muros de la ciudad.	

BIOGRAFIA DE GARIBALDI.

BIOGRAFIA Y NECROLOGIA DEL SIGLO XIX.

CELEBRIDADES

CONTEMPORANEAS

NACIONALES Y ESTRANJERAS,

Ó

CUADROS BIOGRÁFICOS Y NECROLÓGICOS DE LOS HOMBRES Y DE LAS MUJERES DE NUESTROS DIAS,
CÉLEBRES POR SU RELIGIOSIDAD, SU PATRIOTISMO,
SU VALOR, SUS DESGRACIAS, SU TALENTO Y SUS CRÍMENES
Ó SUS VIRTUDES,



MADRID.—1859.
BIBLIOTECA DE LA INSTRUCCION UNIVERSAL.
Plaza de Santa María, número 2.

ADVERTENCIA.

Para venir á ocupar un puesto en nuestra galería de *Celebridades contemporáneas*, no basta haber adquirido celebridad en nuestros dias, sino obtenerla por cualquiera de los caminos que abre la suerte en los momentos que La Instruccion universal sale á luz. Nuestros cuadros biográficos, solo encerrarán *las notabilidades del momento*, y serán dibujados y dados al público, cuando todavía resuenen sus nombres en los oidos de nuestros lectores y aun no hayan pasado completamente los sucesos en que figuran. Por su índole, esta obra durará tanto como La Instruccion universal; pero podrá darse por terminada tambien á la conclusion de cada biografía.

A esta obra, seguirán ó acompañarán, segun lo permitan los materiales *del momento*, que tambien *en el momento* serán utilizados, un *Diccionario biográfico de españoles célebres, hasta la conclusion del siglo XVIII*, y otro *Diccionario biográfico-histórico universal*, con cuyas dos importantes obras completaremos, en este ramo, la instruccion general de los españoles.

GARIBALDI.

I.

Soldado, filibustero, general, consagrado desde su infancia á la noble idea de la independencia italiana, cuyo triunfo llevó mas de una vez hasta las puertas de Menza, no conociendo ni los peligros ni las fatigas, siempre pronto á correr al fuego, á arriesgar su vida al frente de sus atrevidos compañeros, á quienes fanatiza con su ejemplo,—¿cómo no se le ha de querer?—Tiene la bravura que habla al corazon, y además la parte pintoresca que habla á la imaginacion. Pertenece á la Italia moderna por la idea; y sus costumbres, su modo de ver, su traje, le colocan en la vieja Italia del Dante y de los Castracani! Mirad esa cabeza bronceada al sol de los dos hemisferios, y que cubre el rojo *capettino* del Dálmata, esas facciones viriles, esa mirada de águila, que revela la fineza del que está acostumbrado á buscar la pista, esa mano colocada fieramente en la cintura, y decir si no es mas bien una figura de la edad media, el vivo retrato de alguno de esos ilustres *condottieri* á quienes se llamaba Fra Moreale en el siglo catorce, ó Alfonso Piccolomini en el siglo diez y seis. Como él, esos gefes famosos admiraron á la Italia con el atrevimiento y habilidad de sus marchas y contramarchas á través de la Umbria, la Toscana, la Romanía y los paises lombardos; pero si se parecen por muchos lados, tambien se asemejan por aquellos en que difieren. Fra Moreale, por ejemplo, tuvo la debilidad de dejarse decapitar, Piccolomini la torpeza de dejarse ahorcar, y Giusseppe Garibaldi sabrá guardarse igualmente de estos dos peligros.

Cosa estraña, este valiente jefe de partido, este famoso capitan del ejército del patriotismo italiano, no es un italiano de pura sangre; José Garibaldi vió la luz del dia en Nice, en ese hermoso pais de la frontera del Var, donde Italia y Francia parecen confundirse. Nació el 4 de julio de 1807, entró desde tierna edad en la marina sarda, y la lucha con los elementos fué la primera prueba en que se templó su valor. Pero la escuadra de su pátria era en suma de una importancia demasiado mínima, para poder ofrecer nada á su ambicion, decimos mas, á su actividad febril, al apetito aventurero de su temperamento. La perspectiva de envejecer en el oficio de guarda-costa le pareció muy pronto de un encanto bastante equívoco, y más de una vez se le oyó decir que preferiría cualquier cosa cuando se le presentára la oaasion de correr en pos de nuevas aventuras.

La jóven Italia levantaba su bandera, Mazzini preparaba su espedicion de 1834. Garlbaidi se enganchó bajo la bandera de la jóven Italia é hizo sus primeras armas por esta noble causa, á la que iba á consagrar su vida entera. El asunto imprudentemente conducido abortó, la policía *hizo numerosas prisiones*, y Garibaldi solo tuvo tiempo para refugiarse á Francia.

La hora marcada para la libertad de Italia, no habia sonado aun; bastóle mirar nuestro reló para convencerse de ello; y poco deseoso de perder su tiempo en informaciones y pasos inútiles; se hizo á la vela hácia Túnez y sentó plaza en la escuadra del Rey. Algunos meses despues, se cansó de sus funciones y pasó á América. En Montevideo, halló al fin lo que buscaba, todo un pueblo de refugiados italianos y de aventureros, prontos á agruparse bajo sus órdenes y hacer con él esa guerra de sorpresa, de emboscadas y de golpes de mano, en que no tiene rival. Un momento, mandó la escuadra del Uruguay; despues, cuando la intervencion anglo-francesa arrojó á los argentinos de la Plata, levantó un cuerpo franco y prolongó la *guerrilla* durante muchos años.

La noticia de los acontecimientos de 1848, llegó demasiado

niobras estraordinarias que se le manden, sino dividiéndose en muchas secciones, dotada cada una de una educacion especial?

Dejamos que resuelvan esta cuestion personas mas competentes; lo que sabemos es que se veia á los soldados llamarse y responderse con silbatos que llevan sin cesar en la boca, como se lleva un cigarro. Se les ha visto subir á los árboles, arrastrarse cargando y tirando, pasar los rios á nado sin mojar su pólvora ni su carabina.

La honradez de Garibaldi es proverbial; jamás ha saqueado ni dejado que saqueen; en 1839, hizo fusilar á muchos de sus soldados culpables de merodeo. Despues de la toma de Roma, y durante la retirada que acabamos de referir, las poblaciones por donde pasaba le alimentaban á él y á su tropa, y les sucedia hacer dobles jornadas de marcha por ir á buscar un punto mas hospitalario cuando los aldeanos intimidados no le llevaban espontáneamente sus ofrendas, lo que rara vez sucedia.

Garibaldi no es ni un místico como Mazzini, ni un hombre de Estado como Manini: es un partidario, un aventurero, un soldado; cree en la Italia y se batirá contra Austria mientras haya uno que se bata contra ella. Encargado por M. de Cavour al principio de este año, de organizar un cuerpo de voluntarios, hizo fusilar sin juicio á gran número de ellos. El ministerio lo llevó á mal, y pidió un poco mas de legalidad en las formas; pero Garibaldi dió por razon, que solo responderia de su tropa á este precio, y que si se le incomodaba, enviaria su dimision y se batiria de otro modo, por lo cual se le dejó tranquilo.

Hay personas que refieren que Garibaldi representa en el ejército el elemento republicano: esto es falso. Garibaldi representa el elemento popular, que ahora es realista. Lo repito, es un soldado, nada mas que un soldado; no es un *bravo*, sino un valiente.

La retirada de Garibaldi se atribuye por el periódico de Turin *La Unione* á un altercado con el general Fanti, á la desercion de sus tropas, que, impacientes de permanecer inactivas,

abandonaban sus cuerpos. Finalmente, hay otro motivo; Mazzini, aprovechando el descontento de las tropas de Garibaldi, renueva sus intrigas. En el caso de que le salieran bien, Garibaldi no queriendo ni comprometerse, ni comprometer con él al gobierno sardo, habia juzgado prudente retirarse.

Por último, Garibaldi, despues de su retirada ha quedado en una perfecta armonía con el rey Victor Manuel, quien, en prueba de su afecto, ha regalado una magnífica pistola al héroe guerrillero; este á su vez le ha prometido que cuente con su espada siempre que peligre la libertad de su patria.

Garibaldi, que en el momento en que escribimos, reside en Niza, ha publicado el siguiente manifiesto:

«A LOS ITALIANOS.

Al ver que con contínuas artimañas y bajo fútiles pretestos se coarta la libertad de accion inherente á mi grado en el ejército de la Italia central, libertad que he empleado siempre en conseguir el objeto á que debe aspirar todo buen italiano, dejo el servicio militar.

El dia en que Victor Manuel vuelva á llamar á sus soldados á la pelea para la emancipacion de la patria, yo encontraré un arma cualquiera y un puesto de peligro al lado de mis dignos compañeros.

La miserable y artera (*volpina*) política que por un momento perturba la majestuosa marcha de nuestra causa, debe persuadirnos mas que nunca de que debemos agruparnos en torno del valiente y leal soldado de la independencia, incapaz de hacer traicion al sublime propósito que ha formado. Hoy mas que nunca debemos apercibir hierro y oro contra todo el que intente volvernos á sumir en nuestras pasadas miserias.»

FIN.

VICTOR MANUEL

REY DE CERDEÑA.

I.

Es un carácter digno de ocupar un dia la historia de Cárlos Alberto, y es al mismo tiempo un personaje dramático en alto grado, y cuyo fin doloroso se parece al quinto acto de una tragedia. Bravo como ninguno, ardiendo en entusiasmo por la idea de la independencia italiana, creyéndose nacido para ceñir á su frente la corona de hierro de los reyes lombardos, la melancolía se apodera de él cuando menos se cree, y sucumbe en Novara vencido por su desaliento; mas aun tal vez que por la suerte de las armas, y hele ahí sombrío y silencioso que se aleja del campo de batalla, deja su ejército y los suyos sin despedirse de ellos, y se dirige hácia el destierro para morir en él como Codrus, como víctima espiatoria. Príncipe estraño, á quien la idea de la independencia y de la unidad de Italia ha matado así como matará á tantos otros; su hijo, educado en su ruda escuela, Victor Manuel, tiene su mismo valor, pero sin premeditacion ni melancolía.

Do quier que suena el cañon, por donde quiera que se oyen disparos de fusilería, le veis correr con la intrepidez de un jefe indio que solo desea la victoria, y solo la victoria. Su cabeza, violentamente echada hácia atrás, su bigote feroz que azota el viento, su gesto y su apostura, espresan el orgullo, la altanería

y la audacia. Y tal como un dia le vísteis tranquilo y soberbio en Palestro, tal se mostró en otro tiempo en Vignale ante su vencedor Radetzky.

II.

No siendo aun Cárlos Alberto mas que un simple príncipe de la casa de Saboya, se casó el 30 de setiembre de 1817, con la princesa Teresa de Toscana (1), de la cual nació Victor Manuel el 14 de marzo de 1820. Desde niño, fué mecido en la cuna por las revoluciones. Su padre, desterrado de su pais durante muchos años, regresó á él, sin embargo, bastante á tiempo para poder vigilar la educacion del futuro heredero del trono, y tambien la de su segundo hijo el duque Fernando de Génova, tan felizmente dotado, y al que una muerte casi súbita arrebató á las mas brillantes esperanzas, el 10 de febrero de 1855.

El gabinete de Turin seguia aun los errores de la política austriaca, cuando Victor Manuel se casó el 12 de abril de 1842 con la archiduquesa Adelaida (1), hija del archiduque Renier, virey en esta época de las provincias Lombardo-venetas, y cuya madre era hermana de Carlos Alberto. ¡Singular destino de las cosas humanas! Seis años despues el suegro augusto huia ante una revolucion que saludaba á su jefe; en Carlos Alberto.

Sabida es la parte gloriosa que Victor Manuel, entonces príncipe de Saboya, tuvo en la guerra contra Austria, y cómo se distinguió en diversos encuentros. Inflamado con los triunfos de Goito y de Pastrengo, y tal vez atraido un poco por el movimiento de retirada de Radetzky sobre el Arige, Carlos Alberto dió órden á una parte de sus tropas de que avanzasen sobre Verona. Los habitantes de esta plaza, exasperados contra la tiranía de los austriacos, solo esperaban la ocasion favorable para sublevarse.

Las ciudades de Santa Lucía de Croce-Bianca; y de San

(1) Nació el 3 de junio de 1822 y murió el 20 de enero de 1856.

Massimo, forman una tercera cintura de puestos avanzados, de que es preciso hacerse dueños, antes de penetrar en Verona. Solo fué con una gran efusion de sangre, como nuestras tropas republicanas, á las órdenes de Scherer, atacaron estas posiciones. San Mássimo, tomado y vuelto á tomar siete veces, por los franceses y los austriacos, concluyó por quedar en poder de estos últimos.

En cualquier parte donde las armas francesas habian sido una vez vencidas, las legiones piamontesas, por bravas que fuesen, conservaban pocas probabilidades de salir vencedoras. Dirigidas contra atrincheramientos de *piedra seca*, tras de los cuales se parapetaba el enemigo, la fusilería y la metralla los destruia.

Los Imperiales se habian emboscado en un cementerio. Un destacamento de la brigada de Avite se lanza al asalto de los muelles, y en ese campo de desolacion y de muerte, envuelto en torrentes de agua en medio de las cruces profanadas, y de los huesos manchados de fango, se atacan, se baten, y se matan á la bayoneta. Despues de muchas horas de una lucha encarnizada y de las mas sangrientas, el Rey, que habia permanecido siempre en lo mas rudo de la pelea, esponiéndose como el último de sus soldados, manda que se batan en retirada, visto lo cual por los austriacos, intentaron perseguir el ala derecha; pero el jóven duque de Saboya, hoy Victor Manuel, por un movimento de heróica ímpetuosidad, se precipitó sobre ellos, y salvó á sus tropas.

III.

La accion de Santa Lucia, á la que siguieron muy pronto las batallas de Custozza y de Sommacampagna, fué para Cárlos Alberto la primera desgracia de la fortuna. Y despues de Volta, y los acontecimientos del palacio Greppi, en Milan, cansado el Rey, apesadumbrado, desalentado por la fiebre y el fastidio, se resignó á pedir un armisticío. El arreglo de este convenio, que

llevaba por artículo primero que la línea de demarcacion de los dos ejércitos seria la frontera misma de los Estados respectivos; este arreglo fué confiado por el Rey del Piamonte al teniente general conde Salasco, y por el mariscal Radetzky al teniente feld-mariscal baron de Hess.

Sabida es la historia del armisticio del 9 de agosto de 1848, y como este convenio de seis semanas concluyó por un estado que ni era la paz ni la guerra, y que Cárlos Alberto debió romper bruscamente una mañana.

«Sé lo que me traeis,» dijo el mariscal Radetzky, adelantándose familiarmente al oficial piamontés, que el 16 de marzo de 1849 fué á denunciarle la vuelta de las hostilidades.

Esperando los acontecimientos que se preparaban, Radetzky habia desmembrado su ejército de tal suerte, que en ocho dias podia hallarse concentrado en el punto de operacion mas lejano. Radetzky conocia alguna cosa las fuerzas piamontesas, y sabia que se dirigian hácia Novara. Tratábase, pues, para él de hacer creer al general Chrzanowsky, que se evacuaba á Milan para ir detrás del Adda, despues pasar de pronto el Tesino, por medio de un movimiento rápido, y arrojarse con todo su ejército sobre el flanco derecho de su adversario, antes que éste tuviese tiempo de preparar su ofensiva. Este plan, por muy sencillo que fuera, no fué desgraciadamente desbaratado por el general Chrzanowsky, el cual se obstinó hasta el último momento en creer que los austriacos iban, como habian hecho anteriormente, á volver á batirse en retirada.

Así es que los soldados piamonteses no dejaron de echar sobre su jefe la responsabilidad de la jornada, convencidos de que si las cosas pasaron de esa suerte en Novara, la culpa fué de los oficiales generales y no del ejército, que hizo cuanto pudo por despedazar á los austríacos.

Cuando se entró en la habitacion que Cárlos Alberto habia ocupado durante la noche, que precedió al desastre de Novara, hallóse junto al lecho una mesa, y encima de la mesa, al lado

de una bugía casi consumida hasta el cabo, su *Viaje á la China*, última lectura á que este rey, que al otro dia daba una batalla, no habia debido prestar, como es de suponer, una gran atencion.

A esta vedada de las armas, sucedió en el combate la actitud de un héroe. Por doquiera donde silbaba la metralla, en lo mas empeñado del fuego, en todos los peligros, hallábanse él y su noble hijo, buscando la muerte á falta de la victoria.

Este fin de Cárlos Alberto, por su miseria y su grandeza, se asemeja á lo mas tierno que haya podido crear la imaginacion de un poeta.

En medio de una noche lluviosa y sombría, presentan al general de Turin los húsares de las avanzadas, una berlina de viaje; un hombre alto y delgado, cubierto el rostro de una palidez, de espectro, bajó de ella:

—Soy el conde de Barge, coronel piamontés. El ejército donde servia esta mañana aun, está en plena disolucion, y deseo ir á Nice.

—Pasad, señor, y que Dios os guarde!

Y el equipage vuelve á partir á galope, llevando consigo al Rey, que va á morir lejos de su patria, en el suelo donde nació en otro tiempo D. Sebastian, ese otro Cárlos Alberto de la edad media portuguesa. Habia en la severa y mística espresion de Cárlos Alberto, en esa figura ascética y marcial, mucho de la fisonomía de la edad media. Al principio de la segunda campaña, al pasar el Adige en medio de su Estado Mayor, se descubrió solemnemente como hubiese podido hacerlo Godofredo de Bouillon al pisar la Tierra Santa.

En Goito recibió un disparo de obús, y su hijo, ese Victor Manuel, el héroe de ayer, un tiro en la pierna.

Cárlos Alberto, ya lo hemos dicho, no mandaba en Novara; dejando á otros la direccion de la batalla, bastante hizo en arrojarse por todas partes en lo mas crudo de la pelea.

Fué uno de los últimos que abandonaron las alturas de la

bicoque, y muchas veces, al retirarse, se volvió hácia los austriacos, deteniendo su caballo en medio del fuego; despues, como las balas parecian no querer alcanzarle, puso su caballo al paso, y entró en la ciudad.

Como continuacion á esta escena de desolacion y desconsuelo, la historia parece haber puesto el encuentro tan dramático del jóven heredero de la corona de Cerdeña en el mariscal Radetzky.

La cita se habia fijado en Vignale, pequeña localidad, situada á algunos metros de Novara, donde el jefe del ejército austriaco, acompañado de una escolta numerosa y espléndida, esperaba hacia algunos instantes, cuando apareció el jóven rey de Cérdeña.

Tan pronto como vió al mariscal y su escolta, Victor Manuel puso su caballo al galope, y lanzándose hácia Radetzky, llegóse á él con estas palabras, dichas con un acento de profunda efusion:

—Mariscal, teneis ante vos á un hijo que ya no tiene padre, un rey que ya no tiene reino, un general que ya no tiene ejército!

El mariscal estrechó la mano del príncipe, y ambos se abrazaron cordialmente. Despues de lo cual, Victor Manuel, Radetzky y el general Hess, entraron á caballo en el patio de una casa vecina, donde se negoció la paz.

Las tres personas de esta escena histórica estuvieron hablando de pié en medio del patio, mientras á su alrededor una compañía de *Sereshans*, pintorescamente vestidos con sus dalmáticas color escarlata, formaban el círculo.

Victor Manuel llevaba uno de esos uniformes espléndidos y pintorescos que tanto agradaban en otro tiempo al rey Murat; lo que produjo en el Estado Mayor austriaco una impresion que no se ha vuelto á borrar desde entonces, fué la actitud de Victor Manuel, su presencia de ánimo, y el tono de dignidad suprema á que además se prestaba tan bien el carácter marcial de su fisonomía.

Terminadas las conferencias, la conversacion se volvió familiar.

—Vosotros, dijo el Rey, me habis cogido en Mortara seis caballos tan magníficos, que temo no volver á tenerlos nunca iguales; entre otros uno moreno bayo, escelente, pero que no está muy seguro de sus piernas delanteras; os lo advierto, para que lo digais así á su feliz poseedor.

Algunos momentos despues, Victor Manuel conoció á uno de sus caballos en la escolta del mariscal. Lo montaba el escudero de Radetzky. Apenas habia hecho el Rey esta observacion, cuando el mariscal dió órden de que fuese restituido á quien correspondía de derecho.

VI.

Esta escena nos presenta por primera vez á Victor Manuel, en el ejercicio de sus funciones reales. ¡Qué principio mas triste de reinado! Vencido en Novara, donde se condujo como un héroe, Cárlos Alberto habia abdicado, y su hijo venia hoy á recibir en cierto modo la investidura de manos del vencedor.

Estas dos escenas de abdicacion y de advenimiento se comentan una por otra, y se concibe que Victor Manuel no las haya olvidado nunca. Desde esta hora de aflicciones y de desastres han pasado diez años, durante los cuales Victor Manuel, con su fé firme en los destinos de Italia, y en la práctica mas leal é inteligente de las libertades constitucionales, ha levantado la fortuna de su casa, y hoy se le ve soberano adorado de su pueblo, jefe militar aclamado por sus soldados, cuyo vigoroso esfuerzo sostiene irresistiblemente un ejército francés; hoy se le ve que viene á su vez á arreglar sus cuentas con Austria, é imponerle ante la Europa una reparacion solemne. Vengar el insulto hecho á su corona, y conquistar la independencia de Italia, fué el sueño del jóven príncipe al tomar las riendas del poder el dia despues de la batalla de Novara; ese sueño, gracias á nosotros,

se ha realizado ya en la parte que en suma le interesaba mas, y en cuanto á los demás, tiene tiempo de esperar.

Mr. de Brignole, que fué en 1850 embajador de Victor Manuel, y cuyo patriotismo aceptó la ruda mision de ir á la corte de Austria á representar á su país vencido, el señor marqués de Brignole, si quisiese hablar, diria muy buenas cosas sobre el modo con que hablaba el príncipe de Schwerzenberg respecto al Piamonte. En vez de procurar no herir las justas susceptibilidades de una casa soberana hácia la cual habia tantas razones para mostrarse generosos, no habia especie de humillaciones que no se creyese con derecho á infligirle, eran alfilerazos contínuos, una mala voluntad obstinada, que en el primer ministro de Francisco José se traslucia por medio de las mas mezquinas miserias, como por ejemplo, hacer esperar durante dos horas en su antesala al enviado de Cerdeña, que veia pasar uno tras otro á todos los personajes inscritos por el ugier en su lista, y concluia por no ser recibido. La calma imperturbable, y la paciencia verdaderamente magnánima que el marqués de Brignole supo conservar durante el tiempo que duró esta mision espinosa, no pueden describirse. Contra las impertinencias calculadas del príncipe Schwarzenberg, un simple diplomático no lo hubiese sufrido, pero Mr. de Brignole era tambien un gran señor, y como tal no podian llegar á él ciertas groserías, lo cual descontentaba mucho algunas veces al príncipe primer ministro, el cual renegaba *in petto* de ver que sus insolencias no servian de nada.

Digo mal, porque estas afrentas habia uno que las sentia cruelmente, y era Victor Manuel, que desde esta época, no descuidó de guardar para sí lo que le correspondia de derecho en las ofensas con que abrumaban á sus representantes.

Semejante á ese Loredano, que trataba comercialmente los asuntos con sus enemigos, el rey de Cerdeña abrió, desde este momento, su libro de cuentas con Austria, libro implacable, en el que despues han venido á amontonarse los agravios á milla-

res, y que no se cerrará de hoy mas sino el dia que en Austria, habiendo sacado de la Italia su último hombre, el hijo de Cárlos Alberto, pueda inscribir friamente con su mano en la última página, la famosa palabra del veneciano: *l'ha pagato*.

La crísis terrible de que el Piamonte acababa de librarse, parecia haber resquiciado el poder por mucho tiempo. Victor Manuel consiguió restablecerlo en sus bienes muy rápidamente. Bastóle para esto dirigirse al régimen representativo y practicarlo lealmente, sin pensar por un momento en salir de los límites de la Constitucion. Cuando las tendencias del clero se volvieron invasoras, se opuso á ellas francamente, y supo resistir con igual firmeza las amenazas de la corte de Roma; resistencia tanto mas valerosa, cuanto que el ultramontanismo en el Piamonte, no *goza* de la impopularidad que se le podria suponer, y cuenta partidarios por millares en los dos estremos de la escuela social.

Al mismo tiempo que rompia abiertamente con las pretensiones clericales, Victor Manuel batia en brecha el radicalismo. Con este motivo la ciudad de Génova, foco ordinario de los descontentos, le conservó cierto rencor. Pero en 1854, habiendo aparecido el cólera, Victor Manuel corrió en lo mas fuerte del peligro, y pagó tan bravamente con su persona, que los menos benévolos fueron contrarios al reconocimiento (1).

Una vez arreglados sus negocios debidamente en lo interior, el hijo de Cárlos Alberto volvió á tomar esteriormente la política de su padre, y se dedicó hábilmente á levantar sus planes de re-

(1) El año 1855 que siguió al del cólera, fué fatal para la familia del rey, que en menos de un mes vió morir uno tras otro á su madre, á su mujer y á su hermano. Victor Manuel, tiene hoy tres hijos: el príncipe Humbert, que nació el 14 de marzo de 1844; el príncipe Amadeo, que nació el 30 de mayo de 1845; el príncipe Othon Eugenio que nació tambien el 30 de mayo de 1845, y dos hijas: la princesa Clotilde, que nació el 2 de marzo de 1843, casada con el príncipe Napoleon, y la princesa Maria-Pie., que nació el 16 de octubre de 1847.

vancha sobre el Austria. Acercóse mas y mas á Francia, entró en la alianza contra Rusia, y por eso conquistó en el país un voto en el Consejo de las grandes potencias, lo que ciertamente puede contarse entre las primeras derrotas que la política seguida por M. de Buol durante la guerra de Oriente, valió ya al Austria. Sin embargo, las relaciones diplomáticas entre las córtes de Turin y Viena se volvian cada vez mas difíciles. La espedicion de Crimea, y los desastres de que fué causa por la Rusia, dejaron en el corazon de esta potencia, los elementos de un ódio implacable contra Austria; el Piamonte no dejó de esplotarlos ofreciendo un puerto á la marina rusa.

Inútil es ahora bosquejar esta fisonomía de rey soldado. Todo el mundo la sabe de memoria. Durante su permanencia en París, Victor Manuel no evitó su presencia; en el teatro, en paseo, en los museos y los jardines, en todas partes se le hallaba, y los que no tuvieron entonces esta buena suerte, pueden hoy procurársela siempre que quieran, visitando los escaparates de Rittuer y Goupill. Mirada inteligente, frente atrevida, facciones irregulares, bigote feroz, todo esto formando un conjunto de los mas simpáticos. En el modo de ver, un abandono cordial y algunas veces, como correctivo, una dignidad soberana, mas que dignidad, decoro, la sangre de los archiduques que se despierta. Refiérese que en Inglaterra, en la córte de la reina Victoria, ese aire de gran dignidad que el hijo de Cárlos Alberto sabe tomar en ocasiones dadas, encantó á todo el mundo.

La idea de la independencla italiana que ha sido siempre el único sueño de su existencia, le ha proseguido siempre como un buen jugador que acecha el momento oportuno, y que cuando conoce que ha llegado la hora, esclama: ¡Vamos allá!

FIN.

FRANCISCO JOSE,

EMPERADOR DE AUSTRIA.

I.

Refiérese que en el momento de aceptar la corona imperial que su padre y su tio acababan de abdicar en su favor, Francisco José exigió que se le dejara pensar, y que al cabo de tres dias de vacilacion y duda, consintió al fin esclamando: —«¡Adios, pues, juventud mia!»— Si esta anécdota es verdadera, espresa en todo caso un sentimiento muy legítimo. Llevar una corona en los tiempos en que vivimos, no es un juego de niños; y cuando esta corona es la de Austria, se concibe que hasta la juventud mas frívola se acerque á ella con un sombrío presentimiento.

Francisco José tenia, pues, razon al hablar de esta suerte; de lo cual, sin embargo, no seria preciso concluir que un príncipe, por el solo hecho de que lleva una corona, debe siempre y necesariamente renunciar á la juventud, la cual tiene consigo cualidades de energía, de resolucion y de entusiasmo, que no son de desdeñar, aun en el gran asunto del gobierno de los hombres.

Por lo demás, eran palabras de príncipe, de las que, seis meses despues, Francisco José ya no se acordaba; y para convencerse de ello, bastaba verle en el baile, desde las primeras notas de la orquesta, correr é invitar á su pareja con el infatigable ardor de una naturaleza, sobre la cual la juventud sabe, cuando quiere, volver á conquistar sus derechos. Conocidas son ciertas

particularidades de los programas de corte, y lo que ordena la etiqueta de que un príncipe no elija las parejas que le agradan, sino despues que haya sufrido las que el ceremonial le inflije. Francisco José tenia por costumbre designar de antemano las personas con quienes *queria* bailar, y, cosa bastante característica de las costumbres de esa aristocracia austriaca, la mas implacable en su orgullo que hay en el mundo, cuando acontecia á una dama jóven verse designada así por el Emperador, el tacto supremo era no dejar vislumbrar esteriormente ninguna señal de satisfaccion particular. Se acogia la invitacion del Soberano con la misma afabilidad poco mas ó menos con que se habria acogido la de cualquier otro caballero, con una calma cuya imponente afabilidad parecia querer decir: «Estamos tan elevadas que lo que otras mil estimarian como el colmo del honor y de la distincion, nos parece á nosotras la cosa mas sencilla y mas ordinaria que hay en el mundo.»

Nada de lo que pasa aquí abajo podria conmover á esas fieras y encantadoras herederas de los Lichtenstein, de los Scwarzentery, de los Tranttmansdorff, de los Esterhazy, y me pregunto qué seria preciso hacer para arrancar á esos lábios sonrosados y desdeñones una sonrisa de admiracion. ¡Rostros encantadores bajo las flores y pedrerías que las coronan, verdaderos retratos de dioses por la imperturbable serenidad! En esta heróica seguridad, en esta calma olimpiana, se reconoce la señal manifiesta de una aristocracia firmemente asentada sobre sus bases, como lo está aun la aristocracia austrica. Aquí, en efecto, la magnitud de las fortunas, la inmensidad de las propiedades territoriales, aliándose á la autoridad tradicional del nombre, dá á la palabra antigua *aristocracia* el sentido que ya de hoy mas ha perdido, y que se habia conquistado en la historia, en la lucha con las coronas y los pueblos.

II.

Todo el mundo conoce el *esclusivismo* de esa parte de la sociedad de Viena, llamada la *flor y nata* de las sociedades conocidas, y el capricho y la preocupacion que reinan en esos pequeños círculos, donde todos los títulos de duque, de conde y de marqués no bastarian en una circunstancia dada á que tuviéseis el derecho de introduccion. Muchas veces, mientras los mas encopetados se pasman de frio á la puerta, un cualquiera ve abrirse ante él el santuario, y para que goceis semejante privilegio, basta haber merecido el patrocinio de algun miembro femenino de esta especie de mística fracmasonería.

Cuando yo estuve en Viena, la primavera de 185..., la condesa de P... y su hija, la graciosa princesa C..., pasaban por pertenecer á la *flor y nata* de la aristocracia, y la mejor recomendacion era el ser visto en los salones de estas damas. En esto, debo á la verdad confesar que por algun tiempo no pude ni aun sopechar el esceso de mi dicha; pero, á Dios gracias, los vieneses, no tardaron en hacérmelo saber. Casi todas las noches iba á casa de la Condesa, que, sabiendo mi gusto particular por las biografías interesantes, tuvo la amabilidad de referirme una tras otra la historia de las distintas celebridades que desfilaban por su salon. Inútil es decir que yo tenia muchas ganas de concoer al jóven Emperador y contemplar de cerca á este feliz mortal, arrancado en un abrir y cerrar de ojos, de una existencia relativamente oscura, y colocado en el trono mas antiguo de la Alemania, con la corona de Carlo-Magno en la cabeza.

¡Qué destino, en efecto! Nadie, hasta entonces, habia oido hablar de este príncipe, y ahora no podríais dar un paso por la calle, ni entrar en una casa sin encontrar su retrato.

—¿Quién es ese jóven que está á caballo? preguntábais á la princesa X... designando la estátua colocada en primer término encima de su consóla.

Y aquella criatura frágil y nerviosa olvidaba su lánguida postura para contestaros irguiéndose con un aire de terror sagrado.

—¡Cálla! ¡no lo sabeis! ¡es el Emperador!

—¿Y ese oficial jóven que figura en ese cuadro en medio de infinidad de veteranos con tantas condecoraciones en el pecho?

—¡Bondad divina! murmuraban persignándose las escelencias; ¿os atreveis á hacer semejante pregunta? ¡es el Emperador!

El Emperador por do quiera, el emperador siempre, á cualquier sitio que se fuera, en cualquier parte donde se pusieran los piés, se tenia ante la vista esa fisonomía adolescente.

Pero no era el retrato lo que deseábamos ver, sino la persona. La ocasion podia ofrecérsenos de varios modos: en el teatro, en la parada, en el baile; esperábamos, y nuestra paciencia no tardó en verse recompensada.

Era en una fiesta en casa del príncipe Liehtenstein. Preciso es haber visto los bailes de Viena para comprender hasta qué punto una contradanza, una mazurka, ó un wals sobre todo, pueden ser artículos de fé; se diria, al ver ese movimiento caloroso, exaltado y lleno de conviccion, que tanto para el hombre como para la mujer, no hay otro fin en la tierra que saltar á dos, tres y cuatro tiempos. Allí es donde Terpsícore se os aparece como la verdadera reina del universo, con sus volantes de puntos de Inglaterra, sus guirnaldas de flores naturales, sus cascadas de diamantes.

Hallábase reunida la Sociedad hacia algun tiempo, cuando un chambelam vino á anunciar al dueño de la casa la llegada de la carroza imperial. La princesa fué á colocarse á la entrada de sus departamentos, mientras el príncipe bajaba hasta la calle. Sin embargo, en lo interior de los salones habíase formado una doble hilera de gente, y pronto se vió volver á aparecer para atravesarla del brazo del Emperador, á la imponente y soberbia princesa Lichtenstein. Francisco José llevaba el uniforme blanco

que se le conocia, el pantalon encarnado, y en su pecho la banda de María Teresa.

Todo el mundo se inclinó, y en el modo en que el Emperador devolvió el saludo, creí notar cierto embarazo, y no sé qué especie de intimidacion muy aplicables además en su estrema juventud, (en esta época no tenia veinte años) y tambien por la rapidez increible con que acababan de llevarle á la cima del poder tantos acontecimientos imprevistos. Hay una porcion de cosas que los soberanos antiguos saben al dedillo, y que los príncipes muy jóvenes deben necesariamente ignorar, sobre todo aquellos á quienes su nacimiento parecia haber colocado lejos de las gradas del trono. Un gran observador del corazon humano, Mr. de Saint-Georges, ha dicho en una de sus óperas cómicas, hablando de la reverencia que existian de muchas clases; la *severa*, la *elegante*, la *graciosa*, la *coqueta*, etc. etc.

Otro tanto podria decirse de la sonrisa de los príncipes, variada tan hábilmente, segun la circunstancia: así es que tenemos la sonrisa grave, la afectuosa, la moderada, la fria, la glacial, toda nna gracia hipócrita que el hombre aprende á conocer por medio de una larga costumbre, y que el jóven Emperador ignoraba, lo cual daba á su presencia un encanto singular.

Era verdaderamente la imágen de la juventud, asustada de la repentína gloria que le rodeaba. Por lo demás, esa flor esquisita de ingenuidad se encontraba tambien en su conversacion, desprovista igualmente de ese arte que dá la esperiencia, de coquetería á cada instante con sus interlocutores, apoyando con solemnidad la menor cosa, y echando el lente á cualquier objeto, al mismo tiempo que se finge prestar la mayor atencion á la persona á quien se habla. Un escritor muy célebre, me referia con este motivo, que una noche, en una recepcion, acababa de oirse cumplimentar por un monarca ilustre, y que estaba aun saboreando la almendra con que tan afanosamente se alimentaban los papagayos literarios, cuando un Chambe-

lan benévolo se acercó á advertirle que no tomase por lo sério las palabras de S. M., que jamás habia leido una palabra de sus obras.

«El rey es tan bueno, añadia el oficioso personaje, que no puede resistir al placer de dirigir un cumplido á cada uno; pero lo que puedo afirmaros es, que no conoce cuatro líneas vuestras, y que lo mismo dice á todo el mundo.» Volver descaradamente la espalda á los son que desgraciados, mientras se envía de lejos á la persona que goza de crédito una mirada favorable, era un ejercicio al que Francisco José parecía estraño en esta época. Lo que por el contrario os chocaba era la vacilacion, el embarazo de un jóven tímido en el fondo, y que, educado hasta entonces en sólidos principios, casi se sonrojaba de tantos respetos y homenajes de que le rodeaban las cabezas grises y los altos dignatarios, á él, que entraba apenas en la vida, y que no habia hecho mérito alguno.

Ciertamente, el jóven Emperador no habria deseado otra cosa que librarse de esta primera turbacion del poder supremo, de este pudor de que tal vez él mismo no se daba cuenta, refugiándose en medio de aquellos grupos de lindas mujeres, que, con la mirada y la sonrisa, parecian invitarle. Entre los jóvenes y apuestos oficiales, Francisco José era el mas jóven y el mas brillante; pero allí se hallaba tambien su madre la archiduquesa Sofía; allí estaban los cancilleres de Estado, los ministros, los grandes mariscales de córte; de toda esta grandeza y de los ojos de todas estas excelencias, se escapaban no sé qué invisibles hilos telegráficos que no tenian precísamente por objeto dirigir al jóven Soberano por la vía en que su edad y sus deseos le arrastraban por instinto.

En fin, sonó el primer wals, y á esta señal libertadora, apartáronse las cabezas graves, y el jóven autócrata de veinte años, fué á invitar á una de sus súbditas, la bella condesa Huniady, á quien llevó en sus brazos con la mayor galantería del mundo, á los dulces acordes de la música de Straus.

«El Emperador baila! murmuraban por todas partes: el Emperador se divierte! ¡Oh prodigio! ¡el mismo se digna ir á invitar! ¡Qué bello es eso, y qué maravilloso! ¡Cuánto tiempo hace que no se habia visto semejante cosa!

En efecto, el uniforme blanco parecia multiplicarse, y en medio del turbillon no se veia mas que á él! Un subteniente que acaba de recibir su primera charretera no salta con mas vigor, indiferencia y placer, hablando con su pareja en los intérvalos de las figuras.

¡Era una cosa encantadora! Para la madre sobre todo, la feliz archiduquesa Sofía, que veia además á sus otros tres hijos agruparse bajo su mirada; este futuro almirante; aquel, reservado de antemano á la administracion de la Lombardía; el tercero, cuya mision no estaba definida aun, pero que no por eso dejaba de bailar á sus anchas el *cotillon*.

Espectadores oscuros, perdidos en aquella multitud deslumbrante, nos deciamos entonces: «Algunos años mas, y sobre ese conjunto de corazones felices, habia derramado la etiqueta un secante polvo, y el fastidio, esa hipocondría de los príncipes, habia marchitado todos esos rostros jóvenes.» El tiempo ha marchado muy pronto; los acontecimientos tambien, y en los campos de batalla de la Lombardía y al ruido de nuestros cañones, es donde hemos visto despues aparecer toda esa gente.

III.

El Emperador Francisco José tiene hoy veinte y nueve años. Nació el 18 de agosto de 1830, y declarado mayor de edad el 1.° de diciembre de 1848, sucedió á su tio el Emperador Fernando I, en virtud de la abdicacion del 2 de diciembre de 1848, y de la renuncia de su padre, el archiduque Francisco Cárlos, á la sucesion al trono del imperio, fechada el dia anterior.

De la Emperatriz Mariana procedió la idea primera de abdicacion.

En el mes de noviembre, la noble y piadosa mujer del bondadoso Fernando, reunió en torno suyo, en Olmutz, á algunos de los grandes dignatarios del imperio, y consultó con ellos sobre su resolucion importante.

El heredero presunto de la corona era el archiduque Francisco Cárlos, hermano del Emperador Fernando.

Pero este príncipe, solamente de algunos años menos de edad, tenia que vencer los mismos obstáculos, las mismas dificultades, que afectaban al gobierno del soberano actual.

Los destinos de Austria debian ser depositados en manos mas jóvenes, así lo pensaron el Emperador y el ban Jellachich. Así se espresó sobre todo la archiduquesa Sofía.

Cualquiera que conociese la sencillez de alma y la piedad profunda del Emperador Fernando, y de su noble esposa la Emperatriz Mariana, comprenderá sin duda que á consecuencia de los acontecimientos de que Viena acababa de ser teatro, una abdicacion, por estos dos augustos personajes, no debió ser un sacrificio muy grande.

Pero cuando se tiene en sí una ambicion muy real, que justifican además el nacimiento y el sentimiento del derecho, y hasta diré la conciencia reconocida de todos, consentir en bajar del rango supremo, retirarse en el momento en que bastaria dar un paso mas para ocupar el puesto que una vida entera os ha preparado á llenar, ¿no es dar un gran ejemplo de abnegacion?

Tal se mostró la archiduquesa Sofía.

¡Mi Emperador! ¡La archiduquesa tiene un modo tan tierno de pronunciar esta palabra! Y por otra parte, preciso es confesar que á esta ternura respetuosa corresponde su hijo perfectamente, no perdiendo jamás de vista la imágen de su madre. Se ha hablado mucho de esta especie de dependencia filial, en que vive Francisco José. Hasta se han atribuido muchas faltas de su política á este supuesto estado de subordinacion. Ese es un error muy grave, y que seria preciso destruir reprochando por

el contrario á la archiduquesa, madre del Emperador, el no inmiscuirse bastante en los asuntos, y no usar de la influencia que le dá esa infinita ternura de su hijo, para hacer prevalecer consejos que ciertamente no serán los mas malos. Prueba de ello es la conducta que ha observado durante los últimos acontecimientos.

Puesto que hemos hablado de esa afectuosa é insistente solicitud que une entre ellos, y á través de todo, á la madre y al hijo, quisiéramos citar á este propósito un rasgo, bien pueril tal vez, pero que se nos permitirá refiramos, porque ha pasado á nuestra vista.

Era en una fiesta en casa del príncipe de Schwartzenberg; la archiduquesa Sofía y el jóven Emperador asistía á ella.

La archiduquesa llevaba un adorno de terciopelo carmesí con lazos de diamantes. Ahora bien, en un movimiento que hizo al volver la cabeza, desprendióse uno de los lazos y cayó á los piés de su sillon, sin que la dama de honor, sentada á su lado reparase en ello.

Pero lo que no habia visto la Dama de honor sentada a lado de la archiduquesa, lo vió el Emperador, que iba sin embargo, valsando; terminada la figura, recogió la alhaja caida, y despues de haberla vuelto á colocar en su sitio con la ágil destreza de una azafata, y lanzándose hácia su pareja, púsose á continuar bailando en dos tiempos.

Todo esto en un abrir y cerrar de ojos, y lo mas naturalmente del mundo.

IV.

La tarea que se ofrecia á la actividad del jóven soberano era muy grave, y por demás dificil. La revolucion habia hecho vacilar tanto mas el edificio ruinoso de la monarquía, cuanto mas se habia guardado, hacia siglos, de no emprender nada para reorganizarla de un modo cualquiera. Ahora bien, de esta obra inevitable de la revolucion, se trataba ahora de conservar lo

que podia ser verdaderamente útil, lo que, sin aminorar las fuerzas del gobierno, sin comprometer su unidad de accion, podia servir para la mejora de los vastos recursos del país, y para apaciguar las diversas clases de la sociedad.

A estas dificultades amenazaban unirse otras complicaciones: la guerra de Italia volvia á empezar; en Hungría estallaba la revolucion por todas partes, y las relaciones con Alemania se entibiaban mas cada dia. De todos estos peligros, el menor era entonces en Italia, donde el mariscal Radetzky se aplicaba á reparar sus brechas. Pero ¿qué hacer con la Hungría que se negaba á reconocer el cambio de reinado, y pretendia absolutamente deshacerse de Austria?

El Emperador Francisco José fué al sitio de Raab el 28 de junio de 1849.

Cuando llegó el Emperador, en lo mas empeñado de la accion, el ejército le saludó como por una inspiracion súbita cantando el himno nacional austriaco: «Dios proteje al Emperador.» (*Goot erhalte deu Kaiser*). En este momento, Schlíck, acababa de colocar en línea siete baterías, con cuya ayuda, al mismo tiempo que ganaba terreno, continuaba metrallando la ciudad. Al cabo de un cuarto de hora cesó el fuego, las líneas esteriores estaban destruidas, y el comandante en jefe, pronto á dar el asalto, se acercó al Emperador y le anunció que dentro de algunos instantes estaria Raab en su poder. El jóven príncipe declaró entonces que queria subir á la brecha al frente del batallon designado para marchar el primero.

—Señor, replicó el general Schlick, esta es la primera vez, y será sin duda la última, que tenga que negar alguna cosa á V. M.; pero si quereis absolutamente entrar en Raab, que sea con el tercer batallon y á mi lado.

A contar desde este momento, el ejército austriaco, apoyado en las fuerzas que el Czar envió en su socorro, volvió á tomar otra vez la ofensiva; de Raab á Villagoch se sucedieron las victorias, y la capitulacion de Goergey puso fin á esta campa-

ña de tres meses, último esfuerzo de la guerra de Hungría.

Entonces vinieron las dificultades de la política interior; todo el tiempo que el conde Stadion permaneció en el poder, vivió en él con la mejor intencion de fundar el gobierno constitucional, ó al menos una cosa que se le pareciese; digamos además, que las miras de este Ministro respecto á la organizacion del sistema provisional eran muy moderadas, y muy propias para satisfacer á la mayoría. Desgraciadamente la falta de salud alejó muy pronto de los negocios á este hombre de Estado, que fué reemplazado por Mr. Bach, uno de esos abogadillos que las revoluciones ponen en evidencia, y que lo primero que hacen es volver la espalda, como advenedizos, á la doctrina que profesaban el dia anterior con el mas sublime entusiasmo. Una vez entrado en el Consejo, Mr. Balch se volvió el íntimo, ó mejor dicho, el mal génio del príncipe Schewarzenberg, que hizo de él un agente benévolo de ese sistema de centralizacion universal, por medio del cual se iba á dar un corte al verdadero espíritu de reforma y de progreso. La emancipacion de la agricultura y de las poblaciones de los campos fué aplazada por las calendas griegas; no se tocó á la administracion de justicia sino para reorganizarla sobre el pié de otros tiempos, y en cuanto á la instruccion pública, se la subordinó al clero, de tal modo, que ya no quedaba al Concordato nada que hacer para entregársela toda entera.

El príncipe Schwrtzenberg, que ejercitaba la política como un gran señor, y con el tono de un hombre que nunca ha dudado de nada, ejerció hasta el fin una influencia irresistible sobre el jóven Emperador, de cuya infancia habia cuidado.

A la muerte de ese Mazarino con espuelas (1) parecia que una nueva era de iniciativa y de libertad iba á abrirse para Francisco José, pero se habia contado sin la influencia clerical, cuya autoridad se hizo sentir sobre todo cuando la guerra de

(1) 5 de abril de 1852.

Oriente. Hablaré del ayudante general del Emperador, de ese conde Grunne, al que una opinion pública, exagerada sin duda, ha atribuido tantos consejos funestos, y cuyo ascendiente es preciso que haya sido un momento muy grande sobre su jóven amo, para haber alejado de él hasta al conde O'Donell, que, en 18 de febrero de 1853, cuando el atentado del húngaro Libeng, se hallaba junto al Emperador y salvó sus dias.

V.

El Emperador Francisco José pasa hoy por un táctico consumado, y entre los veteranos antiguos de su estado mayor, no habria uno, por viejo que fuese, que se atreviera á discutir sus órdenes. Aun en los primeros años de su reinado, donde los placeres y las distracciones ocuparon muy pronto su lugar, si hemos de creer la crónica de los salones y de los teatros imperiales y otros de la buena ciudad de Viena,—aun en la primera embriaguez de la juventud y del poder, las preocupaciones estratégicas, no le abandonaron jamás enteramente. Veíase todos los dias, á una hora fija, con el cuerpo envuelto en su *Attila* de tela blanca, atravesar el Prater á caballo, é irse, en compañía del conde de Grunne, su inseparable ayudante de campo, bien á mandar una maniobra, bien á inspeccionar los cuarteles ó los arsenales.

En 1854, el Emperador Francisco José se casó con la princesa Isabel, hija del duque Maximiliano de Baviera, persona ejemplar y digna por sus cualidades, sus virtudes y su educacion, de fijar un corazon que, hasta entonces, solo habia tenido inclinaciones pasajeras. Si la razon de Estado tuvo sus derecho, en esta union, tambien puede afirmarse que el amor no perdió en ella los suyos, y la inclinacion del jóven Soberano á su lida desposada no dejó de tener su parte novelesca, hasta el punto de que el Romeo coronado, no contento con despedir á Rosalinda,

se abstuvó durante todo un invierno con cualquiera otra mujer que no fuese su Julieta.

A datar desde su casamiento, se empezó á vislumbrar en el humor del jóven Soberano ese tinte de misticismo clerical, que va pronunciándose mas cada dia. Los príncipes galantes hacen los monarcas devotos. Francisco José, á los veinte y nueve años, sufrió el yugo de una camarilla de sacristanes y de generales partidarios del oscurantismo, entre los que es preciso nombrar de los primeros al conde Grunne, que mas arriba he citado, mediano personaje, y cuya desastrosa influencia ha concluido por enagenar todas las adhesiones caballerescas. Antes de admirar al mundo con su ingratitud, segun la única espresion de un hombre de Estado, Austria habia contristado el corazon de sus propios hijos. ¿Qué se ha hecho del ban Jellachich? ¿Qué se ha hecho de aquel á quien se llamaba hace diez años el salvador del imperio? Será que el héroe de los días pasados, engañado en todas las esperanzas que le habian hecho concebir para su pueblo, desprestigiado por las tretas y mala fé del príncipe Schwartzenberg, á los ojos de sus croatas, ha concluido por morir con la amargura y el abandono por haber tenido la locura de creer un instante en los sentimientos generosos del Austria? Cuando el príncipe Schwartzenberg proclamaba á los ojos del mundo la ingratitud como el gran móvil de la política de un país, tenia sus razones para obrar de este modo.

En el fondo era una naturaleza miserable y mezquina, y que no sabiendo hacer nada por las racionalidades de las ventajas que le daba la pacificacion del imperio, despues de los acontecimientos de 1848, trabajaba en preparar la situacion actual. La desgracia de Francisco José, es haberse empeñado con tenacidad, en seguir una política mezquina, que los tiempos condenaban, y contra la cual parecia que las circunstancias mismas del advenimiento al trono de un monarca tan jóven, y á quien dos generaciones alejaban de ella, eran la mas viva protesta!

Corre por el mundo un rumor, segun el cual, el Emperador

Francisco José, es hijo del duque de Reichstadt. Nada es mas falso, y á Viena es donde debe irse para saber la fé que debe darse á esta invencion absurda, contra la cual existen las fechas y lo que vale mas que las fechas, la conducta siempre irreprochable de la archiduquesa Sofía. Por lo demás, difícil sería engañarse y no reconocer en él al verdadero Habsbourg al primer golpe de vista. Francisco José, tanto en lo físico como en lo moral, posee los rasgos caracteristicos de su raza; su labio inferior revela los instintos retrógrados. En el físico, sin embargo, el tipo parece mas bien embellecido, porque ante todo es un brillante caballero, muy esmerado en su modo de vestir y que las costumbres militares de la corte de Austria, se permiten variar hasta lo infinito. El Emperador Francisco José lleva indistintamente el uniforme de coronel de uno de sus regimientos de infantería ó de caballería y como en sus ejércitos hay muchos, y de trajes muy diversos, fácil es adivinar el libre campo que se abre á su fantasía. Sin embargo, la parte pintoresca es menor de lo que se cree. En Austria, los regimientos solo se distinguen por el color de los adornos y del cuello, y el fondo del uniforme es blanco para la infantería, y grís perla para los oficiales de caballería.

El Emperador Francisco José, pasa por muy hábil en todos los ejercicios del cuerpo. Está muy bien á caballo, maneja las armas admirablemente, y Viena no conoce otro que walse con mas gallardía. Respecto á su educacion intelectual se notan las mismas ventajas, y, lo que muchas veces sucede, ha trabajado tanto mas en sus primeros años, cuanto que estaba muy lejos de él reinar un dia. Habla todos los idiomas de sus Estados; decimos mas, todos los dialectos: el italiano como el húngaro, el polaco y el tcheque como el croata y el slovaque: y este precoz cultivo de su espíritu, lo debe al celo vigilante de su madre. Hijo sumiso, esposo lleno de ternura para su mujer y sus hijos, Francisco José tiene las cualidades patriarcales de la casa de Austria, como su orgullo y tenacidad tradicionales.

VI.

A estos rasgos particulares añadiremos una gran templanza y mucha dulzura en el carácter. Por demás está decir que no hablamos aquí sino de su trato en las relaciones cuotidianas de la vida y no de las emociones estraordinarias á que ciertos acontecimientos pueden arrastrarle, irritando hasta el esceso una naturaleza cuyo fondo constituye la tenacidad. La escuela severa por que ha pasado, la inmensa responsabillidad que pesa sobre su frente, parecen haber impreso en toda su persona una dignidad, una reserva muy parecidas á la frialdad, y que apenas permiten apreciar hasta qué dósis puede existir en él ese buen humor familiar, propio de la casa de Habsburgo. Lo que puede decirse es, que lleva en el mas alto grado el sentimiento de su raza, y que el cuidado de conservar intacta la herencia de sus padres le ha preocupado siempre mucho mas que la idea de engrandecer su imperio.

Casado el 24 de abril de 1854 con la princesa Isabel Amalia Eugenia, (que nació el 24 de diciembre de 1831) hija del duque Maximiliano José de Baviera, el emperador Francisco José ha tenido tres hijos. La mayor de las dos hijas, la archiduquesa Sofía, nació el 5 de mayo de 1855, y cesó de vivir el 25 de mayo de 1857; la segunda, la archiduquesa Gisela, nació el 12 de julio de 1856, tiene tres años justos, y el 21 de agosto de 1858 nació el archiduque, príncipe imperial, Rodolfo Francisco Cárlos José.

Respecto al físico, el rostro del jóven Emperador no tiene nada de ese óvalo agudo que se encuentra en sus retratos; es mas redondo; los ojos son pequeños, y á la mirada le falta brillo. La nariz es bien proporcionada, la boca, falta del signo caracter'stico de los Habsbourg, tiene la gracia en la sonrisa, y ostenta al mismo tiempo los mejores dientes del mundo. El pelo, de un castaño oscuro, tiene unl ustre elegante. Se advierte tam-

bien mucha naturalidad en los movimientos de la cabeza y de los hombros. Nada de molicie ni de abandono, pero en cambio, nada que se parezca á la frialdad y á la resolucion de ser imponente en la actitud.

Entre los innumerables bustos que en Viena decoran las vidrieras de los almacenes, no sé á cuál dar la preferencia. Hay uno sin embargo, que se halla en todas partes, y que, en caso de necesidad, pasaria por el menos malo. Le representa ligeramente inclinado hácia atrás, con la mano apoyada en la grupa de su caballo; pero tambien este es demasiado delgado y tiene la cara muy larga.

El Emperador, lo repito, monta muy bien á caballo, con una rara elegancia y mucho aplomo, sin afectar jamás el aire inglés. Cuando le encontrais, su apostura gallarda os encanta, y pasan algunos minutos antes que perdais de vista ese brillante ginete de sombrero engalanado de flotantes plumas y el pecho condecorado, y que pasa al rumor de los clarines, levantando el polvo del camino.

«Hay en efecto, para un príncipe esclusivamente militar, tantas audiencias que dar desde la mañana hasta la noche, que bien pueden las Musas esperar á la puerta!

«No se entra en mi casa segun su vez, sino segun mi órden,» respondia el implacable Schwartzenberg á un diplomático estranjero que se quejaba á él por haber esperado, contra todas las conveniencias, el insigne honor de ser admitido.

Una cosa parecida se responde en la córte de Viena á esas pobres Musas que se han hecho para esperar, y cuya vez vendrá cuando el *militar*, como dicen en Alemania, haya probado muy definitivamente que habia exagerado su mision y su fuerza haciendo que todo descansase sobre él.

FIN.

LORD PALMERSTON.

I.

El hombre de Estado indefinido, el *gentleman* por escelencia, el ministro sempiterno, de la guerra primero, de Negocios estranjeros despues; el heredero de la política de Castelreagh, el miembro indispensable de todos los gabinetes pasados, presentes y futuros, tory ardiente, whig lleno de entusiasmo, rabioso de moderantismo, Caja de Pandora de las mil y una revoluciones europeas, salvacion y ruina de Inglaterra,—tal es lord Palmerston I, hijo de Henry John Temple, tercer vizconde Palmerston de Palmerston, en el condado de Dublin, quincuagésimo segundo representante de una ilustre y antigua casa de orígen anglo-sajon, de donde han salido las ramas ducales de los Buckingham y de los Chaudos, y finalmente, baron Temple de Mount-Temple, en el condado y dignidad de par de Sligo en Irlanda.

Para reunir en sí tantas contradicciones, preciso es en verdad que semejante hombre sea un mundo, sin contar con que no lo hemos dicho todo, y que los títulos ya tan variados; que acabamos de enumerar, no son en último análisis, sino los principales por los que se recomienda nuestro héroe á la justa admiracion de sus contemporáneos y de la posteridad.

En el número de los que íbamos á omitir, hay uno que él solo

haria la gloria de un mortal; queremos hablar de su irresistible seduccion, de su habilidad maravillosa en el arte de agradar. Lord Palmerston pasa por no haber hallado nunca quien le resista. Espiritual, amable, galanteador, lisonjero, dandy, es el *virtuosi*, el Ellevion de ese teatro de la política, cuyos actores representan desde la mañana hasta la noche, y desde la noche hasta la mañana, sin descansar un minuto durante su vida. Y ya hace cincuenta años que esto se prolonga. Cárlos Dickens le ha calificado de actor incomparable para desempeñar los *barbas cómicos*, y añade, que para las prestidigitaciones, transformaciones y juegos de cubilete, nunca ha tenido igual.

¿Cómo comprender y adivinar á ese Proteo, ese mundo de actividad, de intriga y de metamórforsis? Lord Palsmerston abraza el siglo entero hasta el dia de ayer y hoy, y no hay un Estado, un pueblo, cuyos destinos se libren de su infatigable abrazo. Con fecha 1.° de marzo de 1848, no habia escrito menos de dos mil setecientas setenta y cinco relaciones sobre negocios estranjeros. A la hora esta, el guarismo pasa seguramente de cinco mil, á cuyas relaciones oficiales debe añadirse una suma anual de ocho mil despachos; lo cual, en todo el tiempo de sus distintas administraciones, forma un total bastante redondo de treinta y cuatro mil, sin contar todo lo que se trata hablando del brazo, tanto en la caza, en el baile, comiendo, tomando el té, asuntos que por su propia confesion ante un comité de la Cámara de los Comunes, siempre le han salido tan bien, si no mejor que las que se tratan por escrito.

Y pensar que no hemos llegado al fin, y que á pesar de tantas ocupaciones y fatigas, á través de tantas francachelas, calaveradas, escesos de placer y de trabajo, ese hombre estraño, singular, inaudito, no ha cesado nunca de aparecer en todas ocasiones en la tribuna de la Cámara, que ha sostenido diez y ocho mil leyes que han pasado, muchas mas que han sido desechadas,—no hablo de los bills muertos al nacer, ni de las enmiendas que no se han aprobado,—y que como primer ministro

ha unido su nombre á mas de treinta y cinço mil de esos actos del Parlamento que rigen en la vieja Inglaterra.

Despues de esto, que esos actos se contradigan, que se estén dando de cachetes al verse juntos, poco importa. Al contrario, la inmensa originalidad de lord Palmerston consiste en moverse en lo imprevisto, hacer piruetas eternamente con las puntas de un escarpin, con la gracia frívola y amable de un Vestris. Tory con Wellington, whig con Russell, peelista en ocasiones, va del polo Norte al polo Sur; rojo ayer, blanco hoy, negro mañana; y esa gran nacion británica, que ve en él hace cincuenta años á un Bosco político, le aclama y aplaude á cada evolucion nueva. Sabida es la rara aptitud que poseen los ingleses para redactar sólidos comentarios sobre sus hombres de Estado. En ellos no hay carácter político por sencillo y fácil de desembrollar, que no dé materia á tres ó cuatro compendiosos tomos. Con esos hábitos esplicativos, pregúntase uno qué vendrá á ser la historia de lord Palmerston en manos de un juicioso biógrafo que procure poner órden en esa caprichosa y divertida confusion.

En cuanto á mí, veo en él asunto para toda una literatura. Solamente dudo mucho que las presentes generaciones gocen de ella, vista la falta de recursos. Los documentos que sirvan para esta curiosa historia permanecerán en efecto ocultos mucho tiempo, y Dios quiera que cuando aparezcan no estén completamente falsificados.

II.

Emprender escribir sériamente un retrato de Lord Palmerston, ¿quién se atreveria á ello, pregunto yo, quién querria arriesgarse á definir lo indefinible? ¡Lord Palmerston! ¡Ahí es nada! ¡Eso es un artículo de fé ni mas ni menos! Ahora bien, un artículo de fé no se juzga, no se discute, es preciso creer en él pura y simplemente; *¡credo quia absurdum!* Si es verdad que la palabra ha sido concedida al hombre para disfrazar un

pensamiento, un diplomático de los tiempos en que vivimos, debe necesariamente hablar mucho, y eso es lo que siempre ha hecho lord Palmerston, cuyos discursos no tienen otro objeto que el de estraviar á su gente. El menor defecto de Europa es haber creido demasiado de cincuenta años á esta parte en los discursos de lord Palmerston y en todo lo que se dice en Inglaterra, bien en el Parlamento, bien en los periódicos.

Ahora bien, en este gran arte de las reticencias calculadas, lord Palmerston no conoce rival. ¿Le habeis oido en la Cámara alguna vez? ¡Qué elocuencia, qué humor, qué sublime facilidad! Nada le arredra, ni la sátira fina, ni la anécdota trivial, ni aun en caso de necesidad el entusiasmo. Y cuando ha divertido y burládose de un público suficientemente, cuando durante cuatro horas por el reló se ha estado haciendo esperar una esplicacion que no ha llegado, dice su copla final, y termina sus fuegos artificiales con un petardo chistoso, que dá por resultado inevitable provocar en el auditorio una carcajada homérica.

«He reido, ya estoy desarmado.»

En efecto, tener á los risueños de su parte es para lord Palmerston un importante asunto, y en eso estriba sin duda uno de los secretos de su larga fortuna. Pero los actos! los actos! personas mal intencionadas suponen que en esto está el lado crítico. ¿Os gustan las inconsecuencias? en todos sus actos las hay. ¿Pero qué importan las inconsecuencins, qué importan las contradicciones con tal que se salga adelante? Tory primero con los mas reaccionarios, despues liberal con Canning, luego reformador moderado, ¿qué no ha sido, qué no será? ¡Y si tocásemos á su política estranjera, á ¡qué caprichosos disfraces no asistiríamos!

Cuando en 1803, lord Castelrehag se retiró del Ministerio de la Guerra, no se hallaba á nadie para sucederle. Y si esa cartera, lastimosamente comprometida, no estuvo mas tiempo abandonada, fué porque afortunadamente lord Palmerston se encontró en su camino para recojerla bondadosamente, y conti-

nuar con esa gracia y ese *humbug* que se le conoce, la obra de la administracion mas desacreditada. El nuevo Ministro de la Guerra brillaba con todo el brillo de la juventud, y por sus triunfos con las bellas, se le habia apellidado lord Cupido. Sus victorias y conquistas ofrecian otras en un terreno mas vasto, y lord Cupido halló medio entre dos buenas fortunas, de hacer la guerra á Napoleon! Tuvo, pues, su parte en la batalla de Waterloo, y tambien en la caida de Napoleon I. Pero las cosas humanas tambien cambian, y como reparacion suprema, la Providencia habia decretado de antemano que aquel que habia renegado del tio, seria un dia él primero en reconocer al sobrino.

Por hábil que haya podido ser de cincuenta años á esta parte esa política de inconsecuencias deliberadas y de descarados cambios, ha concluido por descontentar á todo el mundo. Lord Palmerston se ha vuelto la pesadilla de todos los partidos; mientras los absolutistas ven en él la encarnacion viva de la idea revolucionaria, pasa entre los radicales por un diplomático taimado, pronto siempre, con su frívola suficiencia y sus sagaces perfidias, á vender á la reaccion la causa de la libertad. Como jamás ha demostrado la menor simpatía por el gobierno austriaco en Italia, el Gabinete de Viena le llama profesor de barricadas, y por otra parte, ha sabido captarse perfectamente las iras de Kossuth y de Mazzini, por el poco celo que ha puesto en desempeñar en Hungría y en Italia los asuntos de la república.

Los liberales del continente, tambien pudieron creerse con derecho á contar con él, pero los ha engañado como á tantos otros, porque lord Palmerston no ha tenido ni tendrá jamás por móvil sino el interés inglés del momento, y fiarse en sus principios es buscar contrariedades.

—Si yo no fuese francés, le decia uno de nuestros hombres de Estado en un arranque de entusiasmo británico, si no fuese francés, querria ser inglés.

—Yo, caballero, replicó lord Palmerston, si no fuera inglés, querria ser inglés!

«¡*Civis romanus sum!*» Así respondia á sir Roberto Peel, que despues de condenar implacablemente su política, terminaba el apóstrofe esclamando: «No importa, como inglés, no debemos por eso estar menos orgullosos de él!» Y Bulwer há dicho en el mismo sentido y en un verso famoso: «Todo el que odie á Inglaterra, debe odiarle con toda su alma.»

Who hateth England hateth hin the most.

III.

Dicho se está que una política tan escéntrica, tan *caprichosa* como esa, debe parcerse mucho, así en su prestigio como en sus inconvenientes, á la personalidad del hombre de Estado que la representa. Casi me atreveria á decir que el modo con que lord Palmerston practica su política, le ha valido mas enemigos que su política misma. En efecto, figúrense nuestros lectores una indomable energía, que raya á veces en la brutalidad; y en la eleccion de los medios, qué falta de escrúpulos, qué modo de saltar por encima de la dificultad del momento, aun á costa de crearse mil complicaciones que será preciso resolver despues! ¿Habeis visto alguna vez un gabinete de mágia blanca? Allí hay treinta aparatos, todos sirven para hacer suertes, y ninguno se parece á otro. Lord Palmerston es un laboratorio de este género; los cubiletes que emplea no tienen, ni en la forma ni en el uso ninguna relacion entre sí; este sirve para cierto escamoteo, aquel para otro de distinta clase, y el conjunto de todas estas suertes es el que compone la fisonomía kaleidoscópica del gran hombre de Estado actual de Inglaterra!

Lord Palmerston cuenta hoy setenta y cinco años, y la edad no le ha encorvado. Continúa siendo el galanteador esbelto y elegante, el infatigable adepto de Pafos y de Idalia, al mismo tiempo que en las discusiones del Parlamento es el hábil vir-

tuosi, siempre pronto á la maniobra, y cuya réplica no dá cuartel. Su receta para no envejecer es la misma que empleó el difunto duque de Wellington, la misma que tan bien saben usar lord Brougham, lord Lyndurst, y tantos ilustres jóvenes octogenarios que son la honra de la Cámara de los Pares y de la de los Comunes; mucha actividad física unida á mucha actividad moral, un constante y perfecto equilibrio conservado á fuerza de ejercicio y de distraccion, entre la vida intelectual y la vida orgánica.

Lord Palmerston trabaja en Lóndres todos los dias de diez de la mañana á cuatro de la tarde, monta á caballo y va al parque, come bien, y con apetito, charla, bromea y juega como un chico; despues vuelve al trabajo, y va al Parlamento hasta las tres de la mañana.

En el campo, la misma actividad. Un americano, en la pintura que traza de una visita á Broadlands en casa de lord Palmerston, refiere que al dia siguiente de su llegada, el noble vizconde le propuso dar un paseo á caballo antes de comer.

—Os enseñaré la New-Forest, dice su señoría.

—Está lejos? preguntó su huésped.

—No, á unas diez millas solamente.

El americano se escusó.

—¿Os cansaría un paseo á galope de esa especie? preguntó el Ministro.

Esto pasaba á fines de 1850, y cuando lord Parmerston se admiraba de que un paseo á galope de unas veinte millas (inclusa ida y vuelta), pudiese servir de cansancio, entre los demás quehaceres del dia, tenia mas de sesenta y siete años y debia, como Ministro de negocios estranjeros, defender su política de los incesantes ataques de la oposicion.

Se puede no ser partidario de todas las ideas políticas de lord Palmerston, pero no se le pueden negar dos cosas:

Que es uno de los hombres mas notables de nuestra época.

¡Que es el inglés mas inglés que existe!

9.ª *entrega* 8 *págs.*, 47 *á* 56.

IV.

Ninguna existencia habrá sido en suma mas completa que la de lord Palmerston. Esa dictadura absoluta que ejerce hoy en la política, la ejerció desde que tenia veinte años en la sociedad de los tres reinos; como tipos del perfecto gentleman y rey de la moda, los Brummel y los d'Orsay, están muy lejos de él. Era una verdadera rabia imitar el corte de sus vestidos y de sus cabellos. El lazo de su corbata era una especie de ukace entre los dandys y los leones del dia, que se prosternaban sin resistencia ante el Dalai-Lame del esclusivismo.

A lord Palmerston corresponde la insigne gloria de haber empatronado el wals en Inglaterra. Su profesor, un austriaco legítimo, á quien se pagaba una guinea por leccion, hizo tales negocios y se dió tales mañas, que al cabo de dos años murió tísico y millonario.

A propósito de austriacos, hácia esta época de juventud y de placer, fué cuando lord Palmerston y el príncipe Schwarzenberg se encontraron por primera vez en los salones de Lóndres. Secretario de la embajada de Austria en Inglaterra, y por su parte muy calavera (en el buen sentido de la palabra) y decidor, el príncipe entró abiertamente en lucha con el noble vizconde, y cazó, como vulgarmente se dice, en sus tierras, no sin algun éxito, si hemos de creer la balada que añade que, entre estos dos Lovelace de la diplomacia europea, se empeñó una especie de lucha, en la que lord Palmerston no salió siempre vencedor. Tan pronto como el noble vizconde se disponia á dirigir sus homenajes á una bella, apresurábase el príncipe á desbancarlo, y M. Scribe, que tan triunfalmente ha demostrado en el *Vaso de agua*, que las pequeñas causas pueden producir grandes efectos, M. Scribe, hallaría sin duda en el fondo de esta tenaz rivalidad el secreto de la política anti-austriaca de lord Palmerston.

Semejantes pormenores no deben, sin embargo, ser desdeñados, porque de esa dictadura, de esa tiranía que ejerció sobre el bello sexo, durante su período histórico, de esa adulacion universal de que fué objeto, proceden su impertúrbable arrogancia, y ese tono de elegancia frívola y altanera que desde entonces no ha dejado de afectar en los negocios, y que á los setenta años, y aun ante la gota, no se han desmentido todavía.

—Palmerston me tiene con cuidado, nos decia dias pasados en Lóndres un amigo suyo: ¡se tiñe las patillas!

—¿Estais seguro?

—Lo temo, y no os oculto que lo sentiria en el alma, porque eso probaria que empieza á dudar de su juventud.

EL DUQUE DE MÓDENA.

La casa gran-Ducal de Toscana, es una rama segunda de la familia imperial de Habsburgo-Lorena; la casa Ducal de Módena, es la tercera. La constitucion del Ducado, asi como la de las provincias lombardas, que Austria poseia ayer aun, no se remonta simplemente á los tratados de 1815, sino á las negociaciones pacíficas que en 1713 y 1714 pusieron fin á la guerra de sucesinn de España, y por las que el Emperador Cárlos V estipuló ciertas disposiciones en favor de su línea alemana. Casi podria decirse otro tanto de Venecia, cuya adquisicion no fué igualmente sino una especie de indemnizacion por el abandono de territorios amenazados por una ambicion que entonces, como hoy, tomaba la máscara de la nacionalidad italiana.

Ferrara habia sido siempre la residencia de los príncipes de este, cuando en 1538 el Papa Clemente VIII imaginó, bajo un frívolo pretesto, unir esta ciudad á los Estados de la Iglesia; el Ducado fué así aminorándose de edad en edad, hasta el dia en que el torrente de la revolucion francesa se llevó consigo los últimos restos de 1796, y condujo hácia el destierro al duque Hércules III, el cual, á la verdad, cuando la paz de Luneville, fué puesto en posesion del Brisgan, y se vió así indemnizado de los gastos del Austria.

Sin embargo, por muy recompensado que estuviese, no por eso este príncipe dejó de legar sus pretensiones al esposo de su hija, el archiduque Fernando de Austria (1) hijo del Emperador

(1) Nació el 1.º de julio de 1752.

Francisco I, y de María Teresa, y propio hermano de los Emperadores José II y Leopoldo II.

Pero á este no le fué dado tampoco gozar de la herencia. La paz de Presburgo (1805) le quitó el Brisgan, que pasó al ducado de Baden, y murió el 24 de diciembre de 1806, tres años despues de su augusto suegro, que desde 1803 habia llamado al seno del Señor.

Sus hijos fijaron entoncee su residencia en Austria, donde el 6 de enero de 1808 su hija menor vino á ser la tercera mujer del Emperador Francisco, mientras las dos mayores se casaban con los príncipes de Cerdeña y de Baviera.

En cuanto al archiduque Francisco IV, (1) su legítimo y directo heredero, le reemplazó bien pronto el año 1814 en el trono de Módena.

I.

Este príncipe, padre del duque actual, merecería tener su puesto en una galeria de retratos del siglo xv; sin embargo, entre tantos rumores, la mayor parte exagerados, como han corrido respecto á él, no puede menos de reconocerse que fué bajo todos los puntos de vista, uno de esos desdichados príncipes, cuyo reinado perjudicó los asuntos de toda una dinastía. Era en grado supremo el hombre de la desconfianza y de los *rigores saludables*. Maquiavelo le habia adoctrinado como evangelizó despues á tantos otros. Las sociedades secretas le inspiraban miedo; entró en ellas para vigilarlas mejor y su trabajo fué perdido, porque al frente de los agitadores del movimiento de 1831, figuraba el propio jefe de su policía personal.

Este movimiento le obligó á refugiarse en Viena, desde donde

(1) Nació en 1779, y se casó el 20 de junio de 1812 con su sobrina María Beatriz de Cerdeña.

las armas austriacas le llevaron el 9 de marzo á su capital. A datar desde esta época se mantuvo á despecho de las conspiraciones y de las tentativas de asesinato. ¿Por qué medidas de rigor? ¿Por qué actos implacables, inícuos? ¿Cómo saberlo? Es propio del despotismo falsear todos los juicios de la historia, y aun de la historia contemporánea. A fuerza de poner mordazas á la prensa, y de impedir toda especie de protesta, concluye un gobierno por quitarse á sí mismo los medios de dar publicidad á sus actos. Aquel que se arroga él solo el derecho de hablar, las personas honradas no le creen, y lo que para un gobierno regular y honrado sería la hora de la discusion, no es para éste si no la hora de la calumnia.

Que se ha calumniado al duque de Módena, ¿quién lo duda? A pesar de todo, hay entre sus caprichos algunos que en su estravagancia mas fantástica, prueban que tenia un espíritu inflexible en sus convicciones; por ejemplo, el de no haber querido reconocer al gobierno de Luis Felipe, y haberse mantenido firme hasta lo último.

Un príncipe, decía M. de Metternich, es inexorable, inmutable, por todas partes y siempre igual á sí mismo, mientras una doctrina es por el contrario una cosa absolutamente arbitraria, y muy mal empleada en política. En este sentido, puede decirse que no era un doctrinario el difunto duque de Módena, sino un hombre de principios, mas aun, de sistema; así es que por muy pequeño que fuese en Europa, despues de negar toda especie de adhesion á lo que le parecia gobierno de usurpaciones, sostenia en España el partido de D. Cárlos, y contraia para este príncipe un empréstito de venticinco millones en compañía del rey de Nápoles, y del rey de Cerdeña, que no se habia convertido aun á la gran causa de la libertad, que fué, como se dice en pintura, *un segundo retoque*.

Francisco IV murió el 21 de enero de 1846. Su hijo, el duque actual Francisco V, que le sucedió, nació en 1819, y en 1842 casó con la princesa Aldegonda, hija del rey Luís de

Baviera (1). Apenas habia tenido tiempo el jóven soberano de tomar posesion de su trono ducal, cuando ya se inauguraba la era de agitaciones que siguió tan de cerca en Italia al advenimiento de Pio IX. A las dificultades políticas de su situacion, uniéronse muy pronto obstáculos de territorio. Habiendo abdicado el duque de Lucca, el 15 de setiembre de 1847, la mayor parte de sus Estados, debia, segun el testo de los tratados, volver á la Toscana, que por su parte, siempre por los mismos tratados, tenia que renunciar á sus derechos sobre Fivizzano, para que pasasen al Estado de Módena.

Pero aquí empezaron las complicaciones.

La poblacion fivizzana, llevada en esta época del amor mas fiel á sus príncipes legítimos, hizo presente á su gran Duque que no queria, bajo ningun pretesto, separarse de él para ser modenesa. Al mismo tiempo el duque de Módena hacia tomar posesion por sus tropas y sus funcionarios de los Estados, que el derecho europeo ponia bajo la salvaguardia de su corona. La Toscana protestó, *sus ejércitos* volaron á las fronteras, y ya iba á encenderse la guerra entre estos dos pederosos vecinos, cuando el intermediario, esta vez no del Austria, sino del Santo Padre, despues de la Cerdeña, vino por dicha á apaciguarlo todo. Ásí fué como Fivizzano cupo en suerte al ducado de Módena.

La muerte de la Emperatriz María Luisa le valió poco tiempo despues (el 18 de diciembre de 1847) mayor ensanche de territorio. Cuando la rama de los Borbones, que reinaba en

(1) Su hermano mas jóven, el príncipe Fernando (nació el 20 de julio de 1821) entró desde muy niño en el ejército austriaco, fué algun tiempo gobernador de Galitzia, y despues de haberse casado con la archiduquesa Isabel, hija del Palatino, murió el 14 de diciembre de 1849. De las dos hijas de Francisco IV, la mayor, la archiduquesa Teresa (nació el 14 de julio de 1817), se casó con el jefe de la casa de Borbon; y la mas jóven, María Beatriz (nació el 13 de febrero de 1824) se casó en 1846 con el infante D. Juan, hijo segundo de D. Cárlos.

Lucca, pasó á Parma, Módena adquirió el principado de Guastalla.

El duque se habia visto obligado varias veces á reclamar el apoyo de las bayonetas austriacas, y en 1848 concluyó con el gabinete de Viena un solemne tratado de alianza ofensiva y defensiva, lo que no impidió que el mes de mayo siguiente fuesen espulsados violentamente los jesuitas. En vano quiso el príncipe hablar á los amotinados; tuvo que salir de sus Estados, invadidos ya por los bandos revolucionarios que, desbordando de las legaciones, proclamaban á porfia su destronamiento, y bajo la direccion del Farini de la época, decretaron la anexion al Piamonte. Pero esta comedia solo duró un momento, y el 10 de agosto entraba en su capital Francisco V, sin que esta restauracion se señalase de otro modo que con una amnistía, y medidas de conciliacion de toda especie. Porque, conviene decirlo, el duque reinante de Módena no es ni un Tiverio, ni un César Borgia, y si no tuviese en contra suya las escentricidades absolutistas de su padre, demasiado célebre, sus enemigos se verian muy apurados para redactar su acta de acusacion.

II.

Además, sería preciso tratar de ponerse de acuerdo de una vez sobre la cuestion de principios, de la que los adversarios de la política, del derecho y del órden no dejan nunca de servirse, segun los intereses de la argumentacion del momento. Si, por ejemplo, les hablais de la señora duquesa de Parma, de ese espíritu recto, tan firme, tan práctico, tan profundamente impregnado del liberalismo de los tiempos modernos, ese gran corazon de madre y de cristiana, abierto á la caridad, á la clemencia, y que ningun deber como ninguna prueba han cogido de improviso,—os responderán que en efecto la ilustre hija del duque de Berry ha cumplido en el poder las promesas de la sangre de que sale, que su regencia fué un gobierno de inde-

pendencia, de libertad, de reparacion; un gobierno honrado y nacional, pero que aquí se trata pura y simplemente de una cuestion de principios, y que en semejantes casos es muy mal hecho pretender argüir los méritos y virtudes de una mujer; que *es hacerse el sentimental* insistir en este punto, y que en política nada es mas ridículo ni mas necio que el sentimentalismo.

El argumento puede ser verdadero, y nosotros lo aprobaríamos voluntariamente, pero á condicion de que se atendrian á él, y que despues de haber desconocido de propósito, en nombre de la inflexibilidad del principio, los imprescriptibles derechos de la señora duquesa de Parma, no se hiciese del restablecimiento de los demás soberanos, una pura y simple cuestion de personas.

Porque si por una parte no deben invocarse las cualidades de alma y de espíritu de la señora duquesa de Parma, es evidente que por otra solo habria falta de lógica y mala fé en querer hacer á los hijos de los duques de Módena y Toscana, responsables de los errores y del despotismo de sus padres.

«¡Os engaña, esclaman de antemano los revolucionarios, cuando el jóven heredero de la corona de Toscana viene á ofrecer una constitucion; os engaña: su padre estaba en el campo de los austriacos!»

—Pero, les contestais, la señora duquesa de Parma no estaba allí, en el campo de los austriacos; y en cuanto á la inteligencia de las necesidades de la hora presente, no hay duda que ha hecho sus pruebas.

—Es posible, pero en eso no vemos mas que una cuestion de sentimentalismo.

En otros términos:

«Si, por fortuna, nos sucede á fuerza de buscar, que hallamos en la política de los duques de Toscana y de Módena, aunque sea en su vida privada, un acto capaz de escitar el ódio sobre sus personas, nos apresuramos á esplotarle; pero si por el con-

trario, esa política y esa vida privada no nos ofrecen mas que virtudes y abnegacion, como sucede con la señora duquesa de Parma, estamos firmemente resueltos á pasar adelante, y á no ocuparnos sino del principio.»

Hablemos claro; lo que se quiere es el desórden, un desórden bien organizado, del que se pueda uno maravillar á cierta distancia, con gran admiracion de los espíritus crédulos. Se vuelve á tomar por pretesto los preliminares de Villafranca, que, al mismo tiempo que proclamaban la independencia italiana, respetaban derechos inviolables, y por ódio á las casas reinantes, se va hasta querer sacrificar la autonomía de los ducados.

Ahora bien; estos preliminares han resuelto la cuestion de un modo demasiado absoluto, para que el mismo rey Victor Manuel, que los ha firmado, pueda olvidar que la restauracion de los príncipes italianos es una de las condiciones de la cesion de la Lombardía. En último resultado, no se puede querer tomar lo que no se ha cedido, sin oponerse á despojarse del derecho de guardar lo que se ha recibido.

¿A quién se hará creer, además, que Estados como Toscana, Parma y Módena, á los que la paz de Villafranca garantiza de hoy mas un gobierno nacional, irian ex-profeso, para ser provincias piamontesas, á renegar de su tradicion histórica, de esa tradicion, de que se muestran con tan justo derecho tan celosas las menores municipalidades? Despues, como si la cuestion de los ducados no fuese bastante grave, se la complica con la cuestion de las legaciones, se confunden los intereses, y se arregla de modo que las dificultades no puedan revolverse aisladamente, y los directores del movimiento parecen no apercibirse de que á fuerza de acumular obstáculos, de crear compromisos, cansan á la Europa.

Las restauraciones hoy son imposibles por medio de las armas. ¿Quién lo duda? ¿Quién seria bastante criminal, bastante loco, para atreverse á intentar una empresa contra la formal voluntad de los pueblos, libre y sinceramente espresada? Pero

si, como lo aseguran personas bien informadas y que han visto las cosas de cerca, habia en estas manifestaciones un enorme aparato (1), si el deseo de las poblaciones estaba aquí mucho menos en juego de lo que se nos ha venido ponderando, podria muy bien suceder entonces que en un momento dado, lo que no puede ni debe llevarse á cabo por medio de la fuerza, se hiciese pura y simplemente por cansancio y laxitud. En casos semejantes, el tiempo es un gran maestro, y si yo fuese M. Farini, detestaria cruelmente á la Francia por su política espectante y dilatoria, mas eficaz tal vez para las restauraciones que un ejército valiente y numeroso.

Durante las célebres conferencias de la isla de los Faisanes, los plenipotenciarios españoles escribian á Madrid, que se veian muy acosados por los de Francia, y el ministro español respondió: FASTIDIADLOS.

III.

De los tres soberanos desposeidos, si es que la desposesion se consuma, el duque de Módena seria aun el menos digno de lástima, porque no tiene hijos, y la inmensa fortuna de la casa de este le permitiria siempre representar una gran figura, hasta entre las testas coronadas. Entre las varias residencias verdaderamente reales que posee en Austria, no tendria mas que elegir. Ya en mas de una ocasion, la alteza, desterrada de sus estados por la guerra ó las discordias civiles, ha ido á meditar bajo esos grandes árboles, y á instalarse en esos palacios; esta vez se estableceria definitivamente allí, filosofando á su antojo sobre la nada de las grandezas humanas, en medio de todos los esplendores de la existencia y de las obras maestras mas raras de esa ingrata Italia, que quiere enviarle á guardar sus rebaños.

¿Irá? Lo dudamos, sobre todo, conocida como es esa natura-

(1) Véase la nota del *Moniteur*.

leza fiera y orgullosa, esa inflexible y fria voluntad de archiduque.

El duque de Módena es muy querido en Viena, y nadie como él goza de las simpatías de Francisco José. Despues de la batalla de Solferino, fué el primero, y durante toda la noche, el único confidente de las desgracias del jóven emperador, quien, todo asustado se lanzó hácia él con los ojos llenos de lágrimas, y el corazon henchido de amargura. A la puerta de aquel estrecho cuarto donde los dos augustos parientes se condolian juntos, agolpábanse todos los grandes del imperio; todos los héroes de esa batalla perdida, los Schlick, los Benedek, los Hess, los Grunne, y nadie entró hasta por la mañana. ¡Aquella noche, el emperador de Austria y el duque de Módena la pasaron solos, ocupados... en llorar juntos! Tales circunstancias no se olvidan, y conviene representarse esa escena lúgubre y solemne para comprender bien el sentido é importancia de las palabras de Francisco José: «¡El duque de Módena estaba conmigo, y yo no abandonaré á mis aliados!»

FIN.

EL GENERAL FILANGIERI

Y

EL REY FERNANDO II.

«Si yo fuese Dios Padre, decia Steudhal, pasaria seis dias de la semana en el cielo, y el sétimo en Nápoles, calle de Toledo, ó en Chiaja.» En efecto, ¿qué otro pais mas bello que el reino de las Dos-Sicilias? Pero en cambio, ¡qué historia mas triste la suya! ¿En qué consiste esto? Influencias enervantes del clima, diversidad de razas que componen la poblacion; con semejante materia y buena voluntad se escribirian magníficos capítulos. Hagamos otra cosa mejor, no los escribamos. Sobre una masa de cerca de 500,000 habitantes, Nápoles encierra como unos 100,000 lazzaroni: de ahí todo un sistema de gobierno mas malo que bueno, pero que sin duda alguna tiene su razon de ver, como otros tantos sistemas que no valen mas.

¿Qué es un lazzaroni?

El lazzaroni, que toma su nombre del bíblico Lázaro, es el mayor vagamundo de los séres de la creacion, y sin embargo el mas feliz: el mas feliz porque vive contento bajo el cielo azul de Sicilia; el mas contento, porque nada necesita. Viene la noche, se instala sobre las gradas de mármol de un palacio, y la bóveda estrellada le sirve de techo. Al dia siguiente se despier-

ta, besa piadosamente un escapulario, y se encomienda á un patrono como en la *Muda de Portici.*

Fernando II fué el verdadero rey de los lazzaroni; este monarca, tan desacreditado en los consejos de Europa, era muy popular en su reino. Los lazzaroni por una parte, los suizos por otra, y el general Filangieri por ministro, no pedia mas para reinar. Hubo, sin embargo, un momento en que creyó que esto era demasiado; Filangieri le parecia un jacobino, y le despidió cortésmente, recomendándole no obstante á su sucesor, el cual tuvo buen cuidado de mirarse mucho en ello antes de hacerle su primer ministro. Preciso es en verdad, estar en la córte de Nápoles, para que un hombre como el general Filangieri pueda representar una idea de movimiento y de progreso.

Veamos este jacobino.

I.

El general Filangieri, príncipe de Satriano, es hijo del ilustre jurisconsulto, y nació en Cava, pequeña ciudad del *Principato citeriore*, el 15 de mayo de 1784. Despues de haber desde muy temprano abrazado la carrera de las armas, era aun muy jóven, teniente de caballería, cuando en 1808 tuvo que dejar con su familia los Estados de Nápoles á causa de sus opiniones liberales. El primer cónsul le admitió en su Prytaneo, de donde salia en 1803 para ser incorporado, en cualidad de subteniente esta vez, en la 33 media brigada que operaba en Hannover á las órdenes del general Mortier. Eran sus primeros hechos de armas, y en ellos se distinguió. Sus hojas de servicio hablan de una herida que recibió en Vliessingen, salvando en medio de los muertos y heridos, una chalupa cañonera. En la campaña de 1807, en un encuentro con el cuerpo de Meerfeldt, se apoderó de una bandera austriaca, y recibió dos bayonetazos. Capitan en Austerlitz, tomó al frente de sus granaderos, dos reduc-

tos colocados á la entrada del pueblo de Tellnitz, cogió cuatro cañones, y recibió una herida de bala en el rostro.

Vuelto á Nápoles, entraba Filangieri en 1806 en el Estado mayor de José Bonaparte, y nombrado ayudante de campo del general Mathieu Dumas, se hacia notar en el sitio de Gaeta, impidiendo que la flota anglo-siciliana quemase el puente del Garigliano. Cuando mas adelante, José vino á ser Rey de España, le acompañó en cualidad de oficial de órdenes; pero despues de la batalla de Búrgos, tuvo que regresar á Nápoles, de resultas de un duelo desgraciado, en el que Filangieri mató á su adversario, el general Franceschi, un sardo. Coronel del 8.° regimiento de línea en 1812, fué hecho mariscal de campo (general-mayor) en 1813; despues, en 1814, ayudante de campo de Murat, que le tomó en confianza, y le encargó de importantes misiones diplomáticas en Viena, Paris y Milan. El 4 de abril de 1815 pasó el primero el puente del Tanaro, pasó á través de las columuas austriacas, y recibió cuatro balas en el cuerpo, de las que una le rompió la pierna derecha.

En la restauracion de la dinastía de los Borbones, Filangieri permaneció en el servicio, pero sin inspirar gran simpatía en la córte, que lo conservaba separado, como á todos los oficiales muratistas.

Viendo lo cual Filangieri, tomó el partido de pasarse al absolutismo. «Si la montaña no viene á nosotros, vamos á la montaña;» precepto divino que á servido, y que, hasta el fin de los siglos servirá de regla á muchos militares y hombres de Estado mas ó menos ilustres. Unos suponen que con el tiempo las opiniones del general se habian modificado gravemente; otros, sus enemigos, declaran por el contrario, que hizo su evolucion por ódio y celos contra el general Pepe, que se habia puesto al frente del partido de los liberales. Sea como quiera, Filangieri perdió su tiempo, y esta vez al menos sus pasos fueron inútiles, porque las armas austriacas, habiendo vuelto á poner debidamente en su lugar á los constitucionales napolita-

nos, la reaccion victoriosa se creyó dispensada de toda clase de consideraciones con los muratistas defeccionarios, y se vió despedido como los otros.

Su inactividad solo cesó al advenimiento del rey Fernando II. Llamado por el nuevo gobierno, el general Filangieri fué nombrado para la direccion de artillería é ingenieros. El rey le profesaba amistad, gustaba de hablar con él, y le conservaba á su lado, si bien no le dejaba que tomase influencia; porque los verdaderos políticos de Fernando II, las verdaderas autoridades de su camarilla, eran el padre Cosle, su confesor, y el marqués del Carretto, su ministro de policía.

Se ha hablado y escrito mucho sobre Fernando II, y como es justo, la calumnia se ha cebado en él en estos últimos tiempos sobre todo, y desde las famosas denuncias á la Europa de monsieur Gladstone y de lord Palmerston su compañero. Y sin embargo, este príncipe tuvo un magnífico principio de reinado, y dudo que se halle en la historia de Nápoles una época en que la administracion haya hecho mas por el progreso material. El órden restablecido en la hacienda, la libertad de esportacion concedida á los cereales, el ejército y las defensas del país regularmente constituidos, abolidos antiguos privilegios, los monumentos públicos restaurados, nuevas vías, creadas por todas partes, todo esto á propósito para inducir al pueblo á la benevolencia, tanto mas, cuanto que una amistía completa y un sistema de gobierno en estremo bondadoso acompañaron á todas estas medidas. Confieso que fueran engañados los que habian soñado en el establecimiento de instituciones constitucionales. Pero porque Fernando II no fuese modelo de reyes liberales, porqué se obstinó hasta el fin en no conceder reformas en los asuntos de la iglesia, ¿es una razon para que haya merecido las innobles investivas con que se le ha perseguido?

Los reyes son como los demás hombres; los hay buenos, los hay peores, y salvo escepcion muy raras, todos tienen esa mez-

cia de bien y de mal que constituye el fondo de nuestra pobre especie.

Pero la gran habilidad de la polémica, consiste en no presentarlos ante la opinion, sino segun las necesidades del momento; y mientras del uno no se quiere saber sino el bien, del otro no se recuerda mas que el mal. Se recuerda que el rey de Nápoles, solo vivió rodeado de padres jesuitas y de padres capuchinos, y se olvida exprofeso que Cárlos Alberto hizo mucho tiempo lo mismo, y que el valeroso protagonista de la idea de independencia y de unidad en Italia, fué el mas absolutista de los monarcas, antes de haber sido el mas liberal.

II.

Se haria muy mal en querer negar que faltaba absolutamente el sentido constitucional al difunto Rey de Nápoles. Pero tenia cualidades privadas que, á falta de una política inteligente y adecuada al espíritu de la época, le ayudaron á mantener su crédito con las masas, y á conservar por amigos hombres tales como Filangieri.

Era, en caso de necesidad, benévolo, generoso; fiel en sus relaciones, hasta haceros creer en la adhesion mas sincera, y con tal familiaridad, en una ocasion dada, con tanta delicadeza cuando prestaba un servicio! ¡La Europa le juzgaba mal, ó mejor dicho, le juzgaba bien! La Europa no veia de lejos sino su política, y su política era detestable. Quedaban las cualidades privadas, que no dejaban de ejercerse con provecho, tanto sobre los grandes señores de su corte, como sobre la vil multitud. *Misera contribuens plebs,* como hablan en sus cartularios esos orgullosos magyares-húngaros, lo que no les impide pasar en Francia por liberales!

Sucedió un dia que el general Filangieri se halló muy apurado en la hacienda. Para ser un gran militar, lo mismo que para ser un gran escritor, no es siempre indispensable tener en

11.ª *entrega*, 8 *págs.*, 65 *á* 72.

órden sus asuntos; demasiados ejemplos famosos lo han probado, y sin remontarnos hasta César, podriamos citar hechos muy recientes; contentémonos con la historia del general Filangeiri. Prodigalidad ó malas especulaciones, de cualquier lado que viniese el mal, no por eso es menos cierto que la bancarrota era completa. La deuda subia rugiendo como las olas de un mar encrespado que lo va á devorar todo, fama y fortuna; y el desgraciado general, de pié en un promontorio, armaba ya su pistola para saltarse la tapa de los sesos, en el momento que la ola llegase á él.

El rey, que nada sabia, estaba muy tranquilo en su palacio, cuando corrieron á advertirle lo que pasaba.

—Filangieri! dijo; en efecto, ya hace muchos dias que no le veo. Y dió órden á la persona que se habia encargado de dar esta noticia, de que fuese á buscar al general, y le trajera á su presencia muerto ó vivo.

Cuando entró, pálido aun de desesperacion, en el gabinete del Rey, Fernando II se levantó para salir á su encuentro, y recibiéndole en sus brazos, le reprochó con emocion su falta de confianza, y quiso absolutamente saber lo que debia. Filangieri vacilaba en responder, y esplicarse acerca de la cantidad, que era importante, y el rey comprendió que no concluría si no procuraba adivinarlo.

—Vamos á ver, ¿necesitas seiscientos mil francos?

—Ay! señor, suspiró el general.

—¡Ochocientos mil, tal vez! ¡Diablo de hombre!

El general bajó la cabeza.

—Vamos, será un millon.

Y como Filangieri insistia en *guardar silencio*, Fernando II continuó subiendo su escala de números, peldaño por peldaño, hasta cien mil quinientos francos.

Aquí el general hizo un signo afirmativo, y el rey se enjugó la frente esclamando: «¡Uf!» como un hombre sofocado de haber subido nueve pisos.

Fernando II ofreció al instante dar la suma; pero Filangieri creyó al principio que debia rehusar, y hubo respecto á esto una lucha de las mas calorosas entre ambos amigos, á cuya lucha puso fin el rey esclamando:

—Pero si yo te presto esa suma... tómala de todos modos... ya me la devolverás cuando puedas!

La historia no dice si el general Filangieri pagó alguna vez esta deuda en especies sonantes y contantes; pero su adhesion permaneció despues inalterable, y el real bien hechor ha podido morir en la conviccion de no haber hecho un ingrato.

III.

En 1848, cuando las tropas napolitanas partieron para ir á sostener la guerra de la independencia, Filangieri quiso un momento mandarlas; pero encontró en su camino á su viejo antagonista el general Pepe, y se detuvo esperando que sonase la hora de servir á la causa real. La insurreccion siciliana vino algunos meses despues á ofrecer á su celo una gran ocasion de desplegarlo. Dirigió la espedicion contra Messina, tomó la ciudad despues de un bombardeo de cuatro dias, y se aprestaba á llevar su victoria hasta Palermo, cuando la intervencion de los almirantes de las escuadras francesa é inglesa, le obligó, de grado ó por fuerza, á conceder una amnistía.

Hasta la primavera de 1849 no volvió á tomar la ofensiva, al frente de un ejército cuidadosamente elegido, y en el que los suizos ocupaban una buena parte. Los sicilianos combatian á las órdenes de Mierolawski; el general los deshizo en muchos encuentros decisivos, y el 6 de abril en Catana, y el 15 de mayo en Palermo, estinguió de una vez el foco de la rebelion.

La corona á quien Filangieri devolvia así su mas bello floron pagó este glorioso servicio con el título de duque de Taormina, y unió al título un mayorazgo de doce mil ducados. Despues vinieron las grandes condecoraciones en abundancia; de Rusia, de

Austria, de España, llegaban por docenas. Sin embargo, debe creerse que, por muy colmado que se viese de honores y de riquezas, Filangieri no aprobó siempre en el fondo del alma las máximas que el rey Fernando ponia en práctica para gobernar. En estos últimos años sobre todo, estalló el desacuerdo de tal modo, que el general creyó deber alejarse de los negocios, y reriró su apoyo á su real amo y bienhechor, del que permaneció amigo hasta el fin. En efecto, por recomendacion espresa de Fernando en su lecho de muerte, el jóven rey Francisco hizo llamar en junio último al general Filangieri, para confiarle con la cartera de la Guerra la presidencta del Consejo, y nadie ignora que la eleccion fué muy bien vista, aun del partido liberal.

Una gran firmeza de carácter, mucha energía, sangre fria, resolucion, y en el empleo de la fuerza cierta moderacion además: hé aquí á Filangieri. Añadamos una inmensa aptitud para el trabajo, y el conocimiento profundo de los secretos de la administracion, dos cualidades que están muy lejos de ser insignificantes en el nuevo puesto que ocupa. Tambien es un hombre de mundo, hablando de todo en caso de necesidad, y cuya elocuencia anedóctica sabe prodigar cuando se le habla de José Bonaparte, de Murat, y sobre todo del difunto rey, á quien siempre trata con respetuosas consideraciones, aun refiriendo las prácticas de devocion á que este singular monarca tenia la debilidad de recurrir: por ejemplo, esa famosa capa pluvial de no sé qué santo, de que se hacia revestir cuando necesitaba tomar una determinacion solemne, como la de bombardear ó no bombardear á Nápoles!

EL GENERAL CONDE GYULAI.

I.

El antiguo comandante en jefe del ejército austriaco en Italia, es un húngaro de elevada raza, y lleva por nombre Conde Gyulai de Maros-Ne-Metz-Nadaska. Su padre, el general Ignacio Gyulai, militar y diplomático á la vez, como sucede generalmente en Austria, donde los oficiales generales son casi siempre personas de alta clase, su padre no desplegó jamás en ninguna de estas dos carreras sino un talento muy dudoso, y sus compatriotas le echan en cara de haberse dejado pegar y servir de blanco en mas de una ocasion! Sin embargo, el viejo Emperador Francisco tenia por este diplomático y mediano guerrero ternura y simpatías, porque era hombre afecto á su sistema.

El Emperador Francisco I de Austria era uno de esos príncipes que se rodean de todo un sistema como el alma hace del cuerpo, si bien despues de su desaparicion de la escena del mundo no dejan tras sí sino frios é inertes despojos.

Los defectos que tantas veces se han echado en cara á la política austriaca, su inflexibilidad, su lentitud, el misterio impenetrable de que se rodeaba, deben mas bien atribuirse al Emperador que á Mr. de Metternich. Hacienda, Comercio, Guerra, Administracion, todo procedia inmediatamente del Emperador, cuya accion incesante se hacia sentir hasta en los menores deta-

lles. Ni una carta, cualquiera que fuese su objeto, dejaba de pasar por los ojos del monarca, que decidia solo si examinaria él asunto que en ella se trataba, reservándose autorizar despues si lo juzgaba conveniente, la comunicacion de este negocio á los miembros de su gobierno encargados por sus funciones á ocuparse de él.

Esta intervencion directa de la autoridad mas elevada del país tenia dos consecuencias: la primera, halagar singularmente á las clases inferiores, que ponia absolutamente al abrigo de la injusticia; la segunda descontentar á todos aquellos cuya autoridad se hallaba, por decirlo así, mezclada en la cuestion, al menos en ciertas circunstancias. Además, traia consigo una dilacion deplorable en las negociaciones importantes, dilacion que, por lo demás, era tambien el resultado del carácter personal del Emperador. Este príncipe, escrupuloso hasta el esceso, y en el que esta disposicion fué creciendo con la edad, llegó despues á no poder tomar una resolucion cualquiera, persuadido de que cuanto mas la diferia, mas pronto se llegaba á una determinacion mas segura.

El general Ignacio Gyulai, hombre de este sistema, fué pues uno de los que secundaron al viejo Emperador, no dice en el gobieruo, sino en la administracion del país, y vivieron hasta el fin en el seno de la ilusion mas completa, respecto á los sentimientos de que estaba animada la gran masa de las clases inteligentes y que poseen.

Cuando el general Gyulai murió en Viena en 1831, era presidente del Consejo superior de la Guerra, y gozaba del favor del amo en toda su plenitud.

II.

Su hijo, Francisco Gyulai, nació en Pesth en 1799, y entró en el servicio un año despues del Tratado de París. Aunque la paz reinaba por do quiera, sus progresos no fueron por eso

menos rápidos. Teniente coronel en 1830, era en 1831 propietario del regimiento de infantería, número 19, despues general mayor y brigadier; luego en 1846, teniente feld-mariscal y comandante de la division de Viena.

El año siguiente fué encargado de proveer á la defensa del litoral, y durante la revolucion de 1848 tomó una parte activa en el armamento de la marina. En el instante en que el general Zichy se hacia arrojar de Viena, Gyulai mandaba en Trieste y no le costó mucho trabajo conservar esta ciudad, enteramente alemana por otro lado, fuera del movimiento á que los *italianísimos* hubieran querido arrastrarla. Porque Trieste, entendámonos bien, es pura y símplemente una buena ciudad de la Confederacion Germánica, y no piensa, bajo este punto de vista, sino en hacer sus negocios en este muudo, todo lo mejor posible. Aun cuando Trieste estuviese situada á tres mil leguas de Venecia, no por eso podría menos de parecerse por el espíritu y por las costumbres, á su ilustre hermana del Adriático.

El 18 de agosto de 1848, mientras los cañones austriacos amontonaban escombro sobre escombro en la ciudad de los duxes, los mismos cañones austriacos hacian salvas de regocijo en Trieste, que celebraba alborozado el feliz natalicio de su Emperador.

Estátua del Emperador Fernando I en la plaza del Domo; estátua del Emperador Leopoldo en la plaza de la Bolsa; estátua de la Emperatriz María Teresa en el viejo Lazareto; allí solo encontrais á los Augsburgos.

Numine sub nostro felices vivite gentes,
Arbitrii vestri quidquid habetis erit!

Qué diferencia con Venecia! Pero lo repito, nunca tuvieron menos afinidad dos ciudades.

Una es italiana, otra alemana.

Una lo debe todo á su pasado, la otra lo espera todo de su porvenir.

Una es política, otra comercial.

Mientras en Venecia el vendedor abre á las nueve y cierra á las cinco, siempre ansioso de dejar sus asuntos por volver á sus placeres, el comerciante de Trieste está en su mostrador tan pronto como nace el alba, y mucho despues de la noche le encontrais allí todavía.

Ahora bien, para un general austriaco mandar en Trieste en tiempos difíciles, debia necesariamente pasar por una buena fortuna. El general Gyulai ejerció pues su gobierno con una moderacion que las circunstancias le hacian bien fácil.

Desde junio de 1849 á julio de 1850 le vemos Ministro de la Guerra. Segun se refiere, desplegó como tal un talento en la organizacion, que le valió el favor de la córte. Enviado á Italía para mandar en Milan el quinto cuerpo de ejército, vino á ser muy pronto un tipo completo de impopularidad, ni mas ni menos que los demás procónsules, por los que Viena hizo hace veinte y cinco años administrar militarmente sus provincias lombardas.

«Véte, germano, porque te odio; véte, porque el suelo que hollas arde bajo tus piés, y te engañan los que te dicen que aquí puedes dormir en paz. Véte, germano, véte, porque el hombre á quien pertenece esta tierra te odia en el alma.

»Te odia hoy, te odiará mañana, y siempre!

»Tú ries y yo lloro.

»¡Pero guárdate de que tu risa se cambie en amargura, y que mis lágrimas te envenenen al bañarte!»

Este apóstrofe que citamos lo copiamos nosotros mismos hace algunos años, y en una completa paz, de los muros de Milan, donde brotaban todos los dias á centenares, y nos preguntábamos si en presencia de un ódio tan profundamente inveterado, tan implacable, las cualidades personales de un general, de un virey podian aun alguna cosa.

Evidentemente no, y el ejemplo del archiduque Maximiliano lo ha probado demasiado bien.

«¡Vete, germano, porque el hombre á quien pertenece esta tierra te ódia en el alma; te ódia hoy, te odiará mañana, y siempre!»

El maestro Ricci debia dar en la Scala no sé yo qué obra maestra original, suya. Y el dia mismo de la representacion, paseábase con él del brazo en el Corso un amigo suyo. Sabido es el espectáculo animado, brillante y pintoresco que ofrecia todas las tardes este paseo, punto de reunion de todo lo mas ilustre y elegante de Milan. Nuestro amigo iba, pues, hablando de diferentes cosas, cuando se llegó á él el general Gyulai, que tambien paseaba como un buen ciudadano.

Nada en la actitud del general, indicaba que pudiese asustar á nadie, y sin embargo, tan pronto como Ricci le vió pareció turbarse; despues, al cabo de un momento de vacilacion y como hombre que ha tomado definitivamente su partido :

—Os dejo, dijo en voz baja á su compañero; porque todo Milan está aqui á esta hora, y si me viesen pasear con ese oficial austriaco, me silbarian esta noché.

Sin ser, en suma, ni mejor ni mas malo que cualquier otro, el general Gyulai sufria la ley de una situacion que se habia vuelto imposible. La plaza de gobernador de las provincias lombardas era muy comprometida, y morir por morir, valian mas para un viejo soldado los tiros que los alfilerazos.

III.

La guerra estalló y el general Guylai fué nombrado comandante en jefe del ejército austriaco en Italia. ¿Era su talento militar el que le valió tan difícil honra? A decir verdad, las hojas de servicio del conde Gyulai no se recomendaban por ninguna de esas brillantes acciones que en circunstancias graves designan á un hombre acto continuo á la opinion de su país.

Si en 1853 en San Petersburgo, y en 1851 en diversas córtes italianas habia cumplido hábilmente misiones diplomáticas, si

habia, no sin fortuna, aparecido un momento en el Ministerio de la Guerra, estos simples títulos no bastaban, en nuestra opinion, á colocarle entre los lugartenientes mas aguerridos y mas populares del viejo mariscal Radetzky.

Pero aquí se presenta la cuestion de *camarilla*, que es preciso tener en cuenta en todas partes, y en Viena mas que en cualquier otra. El conde Gyulai pertenece por su cuna á lo mejor de la nobleza húngara, á esa raza ilustre de Magyares, á los cuales el príncipe Windisch-Graetz, enviado á Pesth para combatir la insurreccion, decia en 1849: «Entre vosotros y nosotros solo puede haber equivocaciones: *¿no somos gentes de la misma especie?* El conde Gyulai era amigo personal del conde Grunne, consejero íntimo del emperador Francisco José en sus consejos militares, políticos, etc.

¿Qué cosa, pues, mas sencilla y natural que esa preferencia de que fué objeto por parte de la corte? La Fontaine ha escrito un cuento lindísimo titulado: *¿Cómo se hacen cuerdas las niñas?* Otro podria hacerse muy ingenioso que se llamaría: *¿Cómo se hacen sábios los príncipes?* y aconsejaríamos al autor lo dedicacase á S. M. I. R. A. el Emperador Francisco José I.

IV.

Todo el mundo conoce el triste principio de esa campaña. El general Gyulai debia invadir y conquistarlo todo, y por último, no ha conquistado nada sino algunas aranzadas de tierra, de donde las armas francesas le han rechazado con gran pérdida. Vencido en Montebello y en Palestro, perdió la jornada de Magenta. No es aquí nuestro ánimo insultar á un vencido; sabemos que el general Gyulai ha pedido se abra una informacion sobre el modo como se ha portado en ese asunto, comprometido y perdido, segun él, por las inesplicables dilaciones del general Clam-Gallas; está demás decir que nada tenemos que ver en ese proceso. Tambien se ha hablado de desgracia pú-

blica y atentatoria al honor militar de un antiguo servidor encanecido bajo el harnés. Nosotros no lo creemos. Que el Conde Gyulai haya ofrecido su dimision, que el Emperador aceptándola, haya entregado el mando de su ejército al mariscal Hess, y concluido por donde tal vez habria debido empezar, lo cierto es, que á eso no se le puede llamar un hecho sin precedentes. Además, esa dimision pura y simple que se le entregaba, ¿cómo la ha aceptado el Emperador? ofreciendo al Conde Gyulai el puesto de ban de Croacia, vacante por la muerte de Jellachich. Una desgracia que sustituye un oficial general en el sitio y puesto de un hombre tal como Jellachich, á quien llamaban el Bayardo del Austria, no puede tener segun se supone, nada de infamante, y los cartagineses usaban de ella de un modo muy distinto para con con sus generales vencidos.

Verdad es que el conde Gyulai no ha creido deber aceptar este nuevo favor de su soberano.

Despues de haber entregado treinta mil florines de su fortuna particular para socorrer á los heridos, el ex-comandante en jefe ha vuelto á entrar en el ejército como simple coronel del regimiento que lleva su nombre. En este momento sirve en Verona á las órdenes de aquellos á quienes antes mandaba; y si alguna cosa puede hacerle perdonar su mala fortuna, es la resignacion digna y tranquila con que la soporta.

EL MARISCAL MAC-MAHON,

DUQUE DE MAGENTA.

I.

Estamos en los primeros tiempos de la ocupacion de la Argelia por el ejército francés. Mr. de Mac-Mahon no era entonces mas que un simple capitan de Estado Mayor, un jóven muy elegante y ya conocido como uno de esos bravos que al mismo tiempo que mérito tienen *suerte*. Nunca habia sido herido, lo cual, á los ojos de las razas orientales, es una señal de predestinacion manifiesta.

Un dia, el capitan de Mac-Mahon, fué enviado á inspeccionar una especie de cabaña situada en un foso, que se creia abandonado. Corre á él, echa pié á tierra á la orilla del foso, y da una vuelta por la cabaña. ¡Nadie! Entra y en aquel pequeño cuadro de seis ó siete piés, se halla frente á frente de un árabe. Fué obra de un segundo; el oficial francés se vé que le apuntan á boca de jarro, y esta vez la muerte parece inevitable. El dedo del árabe aprieta el gatillo. El tiro ha debido salir; sin embargo, el oficial francés está aun de pié.

El fusil del árabe habia marrado el tiro!

El arma se le escapa de las manos, y con un grito gutural el africano cae de hinojos, convencido de que acaba de cumplirse un milagro, y de que tiene delante de él á uno de esos mortales privilegiados que Dios hace invulnerables.

No necesito decir lo que fué del árabe. Compareció ante el profeta á dar cuenta de su aventura, y ganó el paraiso, cuya esperanza hace á todo buen musulman tan indiferente á las cosas de aquí abajo.

En cuanto al jóven capitan, hoy es mariscal de Francia, y esa *invulnerabilidad* en la que el árabe vió sin duda una señal manifiesta de predestinacion, no se ha desmentido desde entonces. De tantas batallas, entre las que debe contarse á Malakoff y Magenta, y donde ha hecho prodigios de valor, Mr. de Mac-Mahon ha salido siempre ileso, lo que no deja de crear en la guerra cierto prestigio, porque si es mucho ser bravo, tambien es alguna cosa ser afortunado.

La palabra *favorito de la fortuna*, de que tanto se ha abusado en otro tiempo, no es tal vez una palabra tan vana como se piensa; hay en efecto de esos hombres, con los que las cosas mas aventuradas y arriesgadas concluyen siempre en bien.

A esta clase de séres afortunados y de *niños mimados de la victoria*, pertenece, segun parece, el mariscal Mac-Mahon, el heróico destructor de murallas de la torre de Malakoff, y al mismo tiempo el hábil capitan que supo llegar á tiempo cuando fué nombrado en el campo de batalla de Magenta. Tener su estrella allí, arriba es para cualquiera aquí abajo un gran negocio; pero principalmente para el jefe militar que ante todo necesita inspirar confianza en torno suyo. Sin embargo, la mayor parte de las veces basta solo mirar de cerca los actos y el carácter de sus favoritos de la fortuna, para convencerse de que esta no lo ha hecho todo, y que si ha puesto de su parte, ellos por un lado no se han abandonado en brazos de ella. El mariscal Mac-Mahon puede servirnos, en caso de necesidad, de un vivo ejemplo. Dichoso, sí, sin duda, pero á condicion de

que en esta dicha se nos permitirá hacer entrar el talento, la energía, la ciencia y el tacto militar, y todas esas cualidades morales que entran en general por una gran parte en los favores de la fortuna.

Los príncipes de la casa de Orleans tenian una mirada muy perspicaz respecto á los jóvenes oficiales de mérito, y es un honor que no se les podrá negar haber sabido presentir y adivinar de lejos la mayor parte de las grandes celebridades á la órden del dia.

Así sucedió respecto al jóven capitan.

El conde de Mac-Mahon, que nació en 1807, desciende de una antigua familia católica irlandesa, que se agregó al destino de los Estuardos. Hijo de un par de Francia, que fué uno de los amigos personales de Cárlos X, entró en la escuela de Saint-Cyr en 1825, hizo sus primeras armas en la espedicion de Argelia, asistió como ayudante de campo del general Achard en el sitio de Amberes, fué capitan en 1833, y pasó á Africa, donde se distinguió en muchas acciones notables, sobre todo en 1837, en el sitio de Constantina.

El sitio de Constantina es uno de los mas bellos florones de la corona de los Zuavos; durante el establecimiento de las baterías, se les vió en medio del dia, bajo el fuego de la plaza, levantar y arrastrar hasta la cima del Mausourah las piezas de veinte y cuatro que por la nocbe no habian podido arrancar del fango los caballos. El dia del asalto obtuvieron la insigne honra de marchar al frente de la primera columna. Todos los que han recorrido las galerías de Versalles, recuerdan el cuadro admirable de Horacio Vernet. Lamoriciére, en la cima de la brecha donde iba á desaparecer muy pronto en una nube de polvo, en medio de una esplosion horrible; á un lado el comandante Viens, de ingenieros, escalando el lienzo del muro sobre el que iba á ser herido de muerte, y mas abajo el heróico coronel Combes, del 47, y á tantos otros bravos como el pintor no ha conocido, y entre los cuales figuraba el capitan Mac-Mahon.

»Cuando la formacion de los cazadores á pié, refiere un escritor ilustre (1), se pensó naturalmente en poner al frente de los diversos batallones de este cuerpo escogido, á oficiales distinguidos por sus buenos y valientes servicios. Cuando recorreis hoy los cuadros de esos batallones, tales como se compusieron entonces, solo hallais en ellos nombres que se han ilustrado despues: los Mellinet, los Forey, los Ladmirault.

»El conde de Mac-Mahon, capitan de Estado Mayor, señalado en muchas acciones brillantes, fué puesto al frente del décimo batallon.»

En 1845, M. de Mac-Mahon fué nombrado coronel. Absoluto en el mando, intrépido en la accion, la sola vista de su regimiento volvia á los árabes dóciles como corderos. Sabian por mas de una esperiencia adquirida á su costa, que el coronel no se chanceaba una vez empeñada la accion. Y cuando visitaba las montañas kabilas, si hallaba á su paso hombres que deseaban someterse, estos bravos hombres no dejaban por eso de pagar lo atrasado sin decir una palabra.

La revolucion de 1848 que hizo, y sobre todo deshizo tantas fortunas, no ejerció, al menos por el momento, ninguna influencia en la suerte del coronel. Apenas hizo caso de ello en el fondo del Africa, donde recibió en el mismo año su título de general de brigada, y su nombramiento para el mando de la provincia de Constantina.

Despues del golpe de Estado del 2 de diciembre, al que M. de Mac-Mahon permaneció desde luego absolutamente estraño, Luis Napoleon le hizo general de division. Como tal, hizo durante los años siguientes diversas operaciones en Cabylia, y no

(1) Véase *Los Zuavos y cazadores á pié*, pág. 53 y 143. ¿Hay necesidad de nombrar este libro, que todo el mundo ha leido? Obra enteramente militar, de un talento elegante y político, á quien los estudios de historia y de guerra, han hecho historiador en la escuela de César y de Federico, y que en relaciones llenas de energía y claridad revelan un corazon generoso, á quien el trabajo entretiene, y no distrae de su vocacion primera.

tardó en ser uno de los generales africanos mas distinguidos. Parece, á pesar de todo, que no ha solicitado jamás el favor de la corte.

II.

Nombrado general de brigada en 1848, y elevado despues el 16 de julio de 1852 al grado de general de division, el conde de Mac-Mahon se hallaba de cuartel en París, cuando el general Canrobert resignó el mando en jefe del ejército de Crimea. Entonces le sucedió en el mando de su division de infantería. Aquí aun se deja ver esa afortunada suerte que desde el principio de su carrera hasta la batalla de Magenta no ha abandonado jamás el ilustre oficial. En efecto, cuando el general Mac-Mahon fué á ponerse al frente de su division, los malos dias de sitio habian pasado ya, y solo quedaba gloria que conquistar. Llamo malos dias á aquellos en que el bueu éxito definitivo de esta larga y laboriosa guerra podia parecer aun incierto; aquellos en que este valiente ejército, presa de las intemperies del clima, de las privaciones, de las enfermedades, se consumia en trabajos y en pruebas de toda especie, esperando que llegase la hora de dar el asalto. El general Mac-Mahon al menos eso esperó, y casi fué en víspera de la batalla de Malakoff, cuando la feliz influencia que preside á su destino le permitió llegar á ese suelo ingrato y funesto, donde se hallaban hacia tanto tiempo sus demás hermanos de armas, que iban á triunfar á su lado.

Sabido es cómo se portó el heróico general en esa fiesta del 6 de setiembre de 1855. Tambores y clarines baten y llaman á la carga; la primera brigada de la division Mac-Mahon no tiene mas que veinte y cinco á treinta metros que recorrer; á la señal de su jefe, que les enseña el camino, se lanza con un hurra frenético, y en algunos segundos, las tropas han llegado á la parte esterior de Malakoff. Las escarpaduras ofrecen sérios y difíciles obstáculos, pero los soldados se arrojan á los fosos, y

se asen fuertemente á las asperezas del suelo; *ágiles como gatos, saltando como panteras*, aparecen en la cresta de los parapetos, y plantan gloriosamente la bandera de Francia en el bastion enemigo.

«Entraré en él, y estad cierto de que no saldré vivo,» habia respondido la víspera el intrépido general de Mac-Mahon al general Niel, que le decia que el provecho de la jornada consistia en la toma de Malakoff. Y no solo entró en él, sino que se conservó definitivamente, despues de haber resistido durante muchas horas á los desesperados ataques de los rusos, que, cansados de su terquedad, resolvieron al fin retirarse.

Las insignias de la gran cruz de la Legion de Honor y la dignidad de Senador, recompensaron este brillante hecho de armas.

Poco despues de su regreso de la guerra de Crimea, el general Mac-Mahon partió de nuevo para Africa, y en 1857 sometió á la Kabylia. Mas adelante, con motivo de los cambios que hubo en la administracion de la colonia, fué nombrado comandante superior de las fuerzas de mar y tierra, y conservó esta posicion hasta los primeros meses de este año, en cuya época recibió órden de ir á Francia, para tomar un mando en el ejército de Italia. Se le puso al frente del 2.° cuerpo, compuesto casi enteramente de regimientos muy conocidos de él y que habian afrontado mas de veinte veces, bajo este mismo jefe, la borrasca africana. El 31 de mayo, debiendo hacer el ejército un movimiento decisivo, el general Mac-Mahon recibió órden de pasar el Tesino en Túrbigo, para hacer volver á los austriacos y tomarles en flanco, mientras los otros cuerpos, que ya habian pasado el rio, unos sobre el mismo puente, y otros en el puente de San Martino (Buffalora), atacarian al enemigo de frente en las cercanías de Magenta. El general Mac-Mahon atravesó el rio en Túrbigo el 3 de junio por la mañana, y encontrando á eso del medio dia á un destamcaento del ejército austriaco que avanzaba de Milan, le rechazó desde Robechetto. El 4 de junio bajaba

por el lado de Magenta, cuando no lejos de Buffalora se vió atacado por imponentes masas que batió y destrozó para avanzar oblícuamente hácia Magenta. A la historia pertenece decir á través de qué peligros increibles y de qué esfuerzos sobrehumanos llegó. En fin, á eso de las cinco y media conseguia su objeto, y levantaba, por medio de un golpe heróico de mano, la fortuna de aquella jornada.

Tan afable, tan distinguido en las relaciones ordinarias de la vida, como rudo é intrépido guerrero en el campo de batalla, se ha dicho del general Mac-Mahon que unia la energía varonil de un Cambronne al valor elegante de un Richelieu.

Hay verdad en esta frase, y mucha.

«Mi sortija, ¡ah, mi sortija!» esclamaba en Fontenoy un teniente de guardias francesas, corriendo tras de su mano, que acababa de llevarle una bala. La anécdota, lo sé, tiene cierto sabor á un siglo XVIII, y el héroe de Malakoff y de Magenta, hombre de deber ante todo, tiene mas gravedad en el temperamento, de la que indica semejante palabra. Así es, que solo la he citado para indicar un lado encantador de la bravura francesa, el lado del talento, de la elegancia, de la galantería hasta en presencia de la muerte.

III.

El mariscal Mac-Mahon pertenece á esa clase de héroes que tienen en el campo de batalla la libertad y desembarazo que se puede tener en un salon. Tiene, si me atrevo á decirlo, el valor aristocrático. Pero si en él, el soldado se resiente siempre del hombre de mundo, me apresuro á añadir que el hombre de mundo no tiene nada del soldado. Trabajo costaria comprender todo lo que hay de verdadera modestia y de amable reserva en ese ilustre guerrero, que, en todas partes menos en medio de

la mosquetería de la metralla, parece tener empeño en no aparecer en primer término. Bajo este punto de vista, su relacion al Emperador sobre la batalla de Magenta, quedará como un documento ejemplar. Es imposible hablar con mas dignidad tranquila é *impersonalidad* de una accion en la que acaba de tomar uno mismo tan magnífica parte.

Por lo que respecta á lo esterior, la fisonomía del mariscal Mac-Mahon responde exactamente á la idea que de él se puede formar por sus cualidades morales. Su rostro tiene algo de austero y de atractivo á la vez; en él se adivina inmediatamente al hombre del deber, al hombre honrado.

De estatura ordinaria, mas bien delgado que grueso, lo que os choca á primera vista es, como en Lamartine, como en el general Changarnier, la pequeñez de su cabeza. Hace algunos años, el marqués de Mac-Mahon, su hermano, pereció trágicamente en las carreras de Autun, de una caida de caballo. La sociedad parisiense se conmovió vivamente de esta catástrofe, sobre todo el faubourg Saint-Germain á que pertenece su familia, por la cuna y por la alianza. La noble y jóven dama que ayer se llamaba la condesa de Mac-Mahon y que hoy se llama la mariscala duquesa de Magenta, es sobrina del duque de Castries. uno de los últimos, de los mas fieles, y de los mas respetables partidarios de la opinion legitimista. Como los Grouchy, los Davonst, los Lauriston, bajo el primer imperio, el mariscal Mac-Mahon parece representar, en nuestro jóven y valiente ejército, esa tradicion del nombre, que no debe perderse y que se vuelve á hallar hoy como se le halló bajo la república y bajo Napoleon I; porque si Francia es el pais de las victorias de Arcole, de Austerlitz, de Inkerman y de Magenta, tambien es las tierra de la batallas de Rocroi, de Denain y de Contenoy.

Y para los que aman la patria como se la debe amar, exentos de las pasiones de la política, para aquellos cuyo corazon late al recuerdo, al relato de todas sus glorias, la del héroe de Magen-

ta es una de sus figuras mas interesantes, y en el que se resúmen y se personifican, por decirlo así, dos grandes fechas de la historia de nuestros ejércitos; y que, intrépido en medio del fuego, como un zuavo, conserva en su carácter toda la urbanidad y toda la elegancia de un capitan de las guardias francesas.

Cosa singular, el mariscal Mac-Mahon y el general Auger han sido juntos ayudantes del campo del general Changarnier en Africa. ¿Quién hubiera dicho entonces á estos tres ilustres soldados, lo que les reservaba el porvenir? Uno, antiguo compañero de Lamoriciere en la escuela politécnica, entusiasmado noblemente por las ideas de libertad y de progreso, ha muerto como un héroe en el campo de batalla de Solferino; otro, es mariscal de Francia, y todas sus dignidades no son nada al lado de la gloria que ha conquistado y de la estimacion que inspira; el tercero, en fin, el Massena africano, como le llamaba Saint-Arnaud, el *Changarli* (1) como decian los árabes, el gran táctico del ejército francés en Argelia, el salvador de la sociedad contra la demagogia, vive hoy tristemente en un destierro!

«No es la frente la que debe llevarse elevada, es el corazon,» decia Chateaubriand; el mariscal Mac-Mahon conoce esta máxima, y se conforma á ella. La nobleza de su raza, la rectitud de su carácter, su fortuna personal, hacen de él uno de esos hombres escepcionales, que, aislándose en cierto modo en el cumplimiento de su deber, saben arreglarse de modo que sirven al país en primera línea, sin comprometer jamás su independencia.

Por lo demás, es una naturaleza robusta y varonil, que el clima de África ha fortalecido mas bien, capaz de soportar las fatigas y las privaciones con tanta indiferencia como los peligros. Pasar veinte horas á caballo no le cuesta nada. Dícese

(1) *Changer*, es una raiz árabe, que quiere decir abatir.

además que el mariscal es muy bueno para sus soldados, y muy cuidadoso de su bienestar; lo que, unido á las cualidades que se le atribuyen, no puede ciertamente estrañar á nadie. Todo induce, pues, á suponer que hay aún nobles y grandes cosas que esperar del mariscal Mac-Mahon, con tal que le respeten las balas enemigas, y por otro lado es preciso confiar en su destino, porque lo que es respecto á él, puede decirse desde ahora que no hará nada para evitarlas.

EL MARISCAL BARAGUAY

D'HILLIERS.

El Mariscal conde Baraguay D'Hilliers, nació en París el 9 de setiembre de 1795, y es hijo de un bravo general del Imperio. Á los diez y seis años entró en el servicio, é hizo sus primeras armas en 1812, en la campaña de Rusia, donde perdió á su padre, y tal vez hubiese perdido él mismo la vida, á no haber sido por la adhesion de algunos generosos compañeros. En Leipsig le quebró una bala la muñeca izquierda, y habiendo necesitado esta herida la amputacion del antebrazo, condenó al jóven y valiente mutilado á una inaccion dolorosa que se prolongó durante todo el tiempo de las campañas de 1814 á 1815.

Bajo la restauracion, sus opiniones bonapartistas, bien conocidas, no eran á propósito para hacerle medrar, y aunque su madre y una de sus hermanas, casada con el general Damremont (la otra habia casado con el general Foy), perteneciesen al partido legitimista, se descuidó un poco, y sus servicios en la guerra de España solo le valieron el grado de capitan.

Hallábase en Argel al lado del general de Bourmont, cuando estalló la revolucion de julio, y desde esta época parece que solamente se ha empezado á hacer justicia á los notables conocimientos, que sus largos ratos de ócio de oficial subalterno, le pusieron en estado de adquirir. Coronel en agosto de 1830, fué algunos años despues nombrado vice-gobernador, y luego gobernador de Saint-Cyr con grado y título de general.

De 1841 á 1844, el general Beraguay D'Hilliers mandó en Argelia la provincia de Constantina.

En el momento de la revolucion de febrero habia ya dejado el Africa, y se hallaba en Besanzon al frente de una division. Los plenipotenciarios de Mr. Ledru-Rollin y de los *rojos*, como se decia entonces, habian elegido esta ciudad para hacer de ella uno de sus cuarteles generales; pero el general, sin el cual habian contado, los puso á raya. Su actitud, en efecto, fué tal, que los agitadores tuvieron que desocupar el puerto cuanto antes, lo cual agradecieron tanto al general Baraguay D'Hilliers los habitantes del Franco Condado, que le nombraron Diputado. Así es que fué nombrado miembro de las dos Asambleas nacional y legislativa, y su influencia parlamentaria se señaló sobre todo en el gran partido del órden. Cavaignac y él se entendian mal, y mas de una vez cambiaron en las discusiones frases bastante amargas. Con el príncipe presidente, sus relaciones se volvieron al contrario cada vez mas simpáticas, y muy pronto fué nombrado comandante del cuerpo de ocupacion en Roma. Pero el partido ultramontano vió este jefe con desagrado, y no descuidó sus ataques. El general, que por su parte no es muy sufrido, hizo ver al menos, que no cederia tan fácilmente; agriáronse las relaciones, y para evitar conflictos enfadosos, fué llamado el general.

Apenas habia pasado un año desde su regreso, cuando reemplazaba al general Changarnier en el mando militar de París. Al principio se creyó que el general Baraguay-D'Hilliers habia puesto su espada al servicio de la política personal del príncipe presidente. Se engañaban. Cualesquiera que fuesen las causas que dirigieron su conducta, dejó su puesto antes del golpe de estado, y cuando llegó el 2 de diciembre, no se le vió ni entre los generales que combatieron por el príncipe Luis Bonaparte, ni entre los que protestaron. El general se alejó de los partidos, y conservó esa posicion espectante hasta el dia en que el nuevo gobierno, que estaba decididamente fundado, creyó deber ape-

lar á sus sentimientos bonapartistas, y le nombró vice-presidente del Senado.

En 1853, el general Baraguay-D'Hilliers fué enviado como embajador á Constantinopla. Era la época en que se preparaban para la guerra de Oriente, y la situacion exigia una actitud mas militar que diplomática. El general respondió á todas las exigencias de la situacion. En vez de desperdiciar un tiempo en intrigas ordinarias, lo empleó en trabajos de inspeccion, en esfuerzos y en obras de toda especie para la mejor organizacion de las tropas turcas; tratando militarmente hasta las dificultades de chancillería, y respondiendo á no sé qué diplomático en una contestacion: «Que si habia perdido una mano en la batalla de Leipsig, no era á Dios gracias, la de que se servia para manejar la pístola.»

Terminada su mision volvió á Francia, fué nombrado mariscal, y poco tiempo despues del atentado de Orsini recibió el mando superior de las provincias del Oeste.

Verdadero temperamento militar, prefiriendo siempre y por doquiera batirse á negociar, aun sobre las bases mas favorables, el mariscal Baraguay D'Hilliers lleva en su esterior el signo de la energía moral que le caracteriza. Habia en el campo del mariscal Radetzky un soldado valiente, un héroe que se llamaba el general D'Aspre. Era un leon por el valor, pero sus iguales le hallaban algunas veces difícil de tratar, y este mal humor se mostraba sobre todo en campaña.

Hace poco oiamos decir á un oficial estranjero que el mariscal Baraguay D'Hilliers era un D'Aspre francés, y nosotros admitíremos la afinidad, con la condicion de que solo se hablase de la intrépida bravura y de su indomable energía en la resolucion; dos cualidades, en las que en efecto se parecen los dos oficiales generales, y que se dejarian como propias al lugarteniente-feld-mariscal austriaco las desigualdades y mal humor.

M. DE HUMBOLDT.

—

I.

He conocido en otro tiempo á cierto marqués de Chateauneuf, que frecuentaba mucho el teatro de la Opera cómica y de la Comedia francesa. Era una especie de anciano original, muy versado, segun creo, en la biografía de los hombres de fines del siglo XVIII, que suponia haber tratado á todos familiarmente, y acerca de los cuales no os contaba nunca mas que insulseces. «La Place, os decía por ejemplo, Mr. de La Place, ¡pues si era mi amigo íntimo!» Y acto contínuo empezaba á referiros con la mayor sangre fria que el autor de la *mecánica celeste* tenia dos bolsillos en sus pantalones, y llevaba segun la moda del tiempo, dos enormes relojes con sellos, cuyos relojes jamás iban iguales. Eso era todo lo que su conocimiento de veinte años con un astrónomo le habia enseñado de interesante para la ciencia.

Yo pregunto si al querer hablar de M. de Humboldt no me arriesgo á caer en la misma ridiculez. Tomar por el lado puramente anecdótico esa gran figura de sábio, de escritor, de hombre de Estado, es en efecto una idea bastante singular, y de la que podria ofenderse la Academia de Ciencias: pero gracias á Dios no estamos aquí en la Academia de Ciencias, y nuestros lectores no gustarian, segun creo, de un análisis detallado, *ex-*

profeso de la *Monografía de los metastones*, ó del *Synopsis plantarune*; vale mas que intentemos simplemente referirnos al hombre.

Alejandro Humboldt nació en Berlin el 14 de setiembre de 1769, de una familia noble, y tuvo por hermano menor al baron Guillermo de Humboldt, que tomó una parte activa en los asuntos del país, y representó á Prusia en 1818, en el Congreso de Aix-la-Chapelle. No es nuestro ánimo estendernos aquí sobre el período universitario, durante el cual se desarrolló el gusto por las ciencias naturales, que iba muy pronto á arrastrar consigo hasta las emigraciones mas lejanas, al jóven y ya célebre botánico. En 1796, Alejandro de Humboldt, habiendo perdido á su madre, dejó á Yena, donde estudiaba anatomía con Gœthe y Schiller, y se puso á viajar por el Tirol, Lombardía y Suiza. Llegado que hubo á Francia, primero con objeto de tomar parte en la espedicion del capitan Baudin, y despues en la de Egipto, qué se decidia, vióse obligado á renunciar á estos dos proyectos.

Entonces pasó á Madrid. Mr. Bouplam su amigo, preparaba un viaje á América; Alejandro de Humboldt partió con él, y en 1799 recorrieron juntos la Nueda Andalucía, la Guyena, española, la Isla de Cuba.

El año 1801 se volvieron á hallar en las Cordilleras, en 1802 y 1803 visitaban á Méjico y Nueva-España, Filadelfia, y los Estados-Unidos, donde se embarcaban, en fin, para regresar á Europa.

—¡Qué hombre! esclamaba Gœthe; no conozco otro á quien compararlo : es una fuente viva é inagotable; todo lo sabe, y á fondo!

Hombre raro, en efecto, aquel que á los setenta y cuatro años empezaba á escribir el *Cosmos*.

II.

Mr. de Humboldt amaba mucho la Francia; ha frecuentado varias veces París, sobre todo, en 1830, donde fué en su cualidad de antiguo amigo del Duque de Orleans, á cumplimentar al rey Luis Felipe en nombre de Federico Guillermo III.

En 1847 hizo en Francia su última aparicion. Allí permaneció tres meses en aquella época, absorto enteramente en la clasificacion de los materiales que reunia para su grande obra, y librándose del importuno asedio de las visitas, gracias á la franca hospitalidad de M. Mignet, que le habia ofrecido por refugio un gabinete en el instituto.

Decía uno cierto dia á M. de Humboldt: «os amo infinitamente, y os dejo siempre con tanta mas pena, cuanto que sé á no dudar, que tan pronto como os haya vuelto la espalda, vaís á disparar sobre mí algunas de vuestras sátiras.» En efecto, M. de Humboldt no perdonaba á nadie; talento mas mordaz, mas constantemente epigramático, no creo que haya existido, unido á todas las apariencias de una perfecta bondad; os desollaba á su víctima en un momento, sin parecer siquiera que la miraba. Como conocia á la Europa entera, como habia visto el nuevo y antiguo mundo, y lo tenia, como suele decirse, en la punto de los dedos, bastaba pronunciar delante de él el nombre de un personaje contemporáneo, para que en seguida os refiriese su historia hasta en sus mas ínfimos pormenores; ¡y qué historia! rasgos y detalles hasta lo infinito, un fuego graneado de frases ingeniosas, de burlas picantes; todo esto dicho, con una boca amable y risueña, de donde se escapabá la palabra con una especie de silbido viperino.

Una vez de humor de hablar, ya no se detenia; refiérese que cuando su primera estancia en París, visitando una noche al conde Schlabrendorf, un compatriota de raro talento, de un carácter muy noble, y como él, muy amigo de la conversacion, se

prolongó muy tarde la entrevista, hasta las dos de la mañana. Sin embargo, como era preciso separarse, M. de Humboldt se levantó, y su amigo le acompañó con su palmatoria hasta el dintel de la puerta, si bien el amanecer sorprendió de pié en el mismo sitio á nuestros dos imperturbables interlocutores.

Como el canciller de Aguesseau que tenia reservada en su comedor una coleccion de obras nuevas, á fin de utilizar en caso de necesidad los cortos instantes, durante los cuales Mad. de Aguesseau podia hacerse esperar en las horas de las comidas, M. de Humboldt arreglaba su vida de modo que nunca perdia un minuto. Llevaba sin cesar consigo una especie de cuadraditos de papel que llenaba con esa letra fina y encaramada, que si muchas veces tiene la *indescifrabilidad* de los geroglíficos, participa siempre de lo pintoresco.

Esos billetes, que multiplicaba con tanto gusto, eran la mayor parte verdaderas obras maestras de urbanidad y de elegancia. No conozco otro que M. Villemain, que posea entre nosotros hasta ese grado el arte de decirlo todo justa y perfectamente en cuatro líneas; arte encantador tan practicado en la antigua sociedad francesa, que gustaba en todo de poner lo supérfluo al lado de lo necesario. Aun recuerdan algunos una nota publicada hace cuatro ó cinco meses en la *Gaceta de Berlin*, y reproducida por todos los periódicos franceses. En esa nota, monsieur de Humboldt hacia saber *urbi et orbi*, que no contestaria ya en adelante á las innumerables cartas con que le abrumaban, y para llegar á tomar un partido tan estremo, el ilustre sábio habia esperado llegar á sus noventa años. El espíritu se confunde ante tal ejemplo de actividad; que un hombre viva hasta los noventa años, es cosa que se vé todos los dias; pero conservar hasta esa edad la plenitud del génio, conservarse en el favor de los príncipes, y guardar intacta su popularidad entre los representantes de las ideas avanzadas, hé ahí ciertamente lo que vale la pena, y M. de Humboldt puede decirse que fué á la vez un hombre hábil y un hombre feliz.

III.

He hablado del favor de los príncipes. M. de Humboldt lo buscó siempre muy asíduamente, y eso sin que los liberales de Berlin le hayan conservado rencor. Hay un arte de hacerlo todo con gracia, decia un célebre diplomático; M. de Humboldt poseia ese arte hasta el estremo, sabia mejor que nadie conciliar las cosas mas contrarias en la apariencia, y si comia diariamente con los reyes, era para servir mejor la causa de los pueblos! Una noche se le veia figurar en Charlottembourg en el círculo último de su noble amo y amigo Federico Guillermo IV, lo que no le impedia absolutamente presidir el duelo de los insurrectos de Marzo, y protestar con su presencia en sus cívicos funerales contra el espantoso régimen de la tiranía. No critico á M. de Humboldt su deseo de acudir al rededor del trono, y mucho menos le echo en cara su liberalismo; al contrario, en mi cualidad de adorador del genio, admiro que dos principios que padecerian debian escluirse, hayan podido, en ese mortal privilegiado, fundirse hasta el punto de que todos los partidos se atribuyen sus afectos, del mismo modo que todos se atribuyen sus obras.

El palacio de Charlottembourg, no conocia ya huésped mas regular, cortesano mas fiel y mas respetuoso. El ilustre sábio iba allí exactamente dos veces al dia, y los habitantes del *Oranienstrasse* podian decirse sin temor de engañarse: «Son las dos y media, y ahí vá Mr. de Humboldt que pasa en carruaje para ir á comer al castillo!»

Despues de comer se charlaba un rato de sobremesa. Aun me parece verle, con la cabeza algo inclinada á un lado, su placa del Aguila negra en el pecho, su taza de café en la mano, pasando de un grupo á otro, elocuente, espiritual, cortés; pero de una cortesanía incisiva, pero mucho mas inclinada á la burla que á la benevolencia. Mientras hablaba no quitaba la vista del

Rey un segundo, y á la menor señal que se traslucia en el rostro del régio amo, interrumpíase la empezada anécdota, y el celoso servidor volaba al lado de S. M.

A eso de las cinco se salia del castillo, y Mr. de Humboldt volvia á su casa, y trabajaba hasta la hora del *té*.

Aquí, vuelta á vestirse, y vuelta á Charlottembourg. Generalmente era la hora de las reuniones íntimas. El Rey y la Reina se sentaban á una mesa, á cuyo alrededor tomaban todos asiento indistintamente. El Rey dibujaba, la Reina hacia hilas, y Mr. de Humboldt se ponia á leer. A las once se levantaba la sesion; entonces solamente el ilustre sábio entraba en posesion de sí mismo, entonces solamente sonaba para él la verdadera hora de trabajo. Y aun así muchas veces hacia, como vulgarmente se dice, novillos, y no volvia á su casa hasta bien tarde.

Mr. de Humboldt dormia muy poco, y se desquitaba del sueño el tiempo que daba á sus deberes de hombre político y sociable, cuyos deberes llenó hasta el fin con una invariable rectitud. Trabajo costaria citar, en todo el reinado de Federico Guillermo IV, un solo dia en que el autor del *Cosmos* haya faltado á la regla, que se habia impuesto voluntariamente, de asistir á la córte. Una sola vez, y esto lo recuerdan bien los Dangeau de Berlin, no fué á comer. La cosa pareció tan grave, que el rey envió inmediatamente á informarse, y se supo que Mr. de Humboldt estaba muy enfermo. Lo que no impidió, sin embargo á Mr. de Humboldt, que se levantase por la tarde y llegase á Charlottembourg, cuidadosamente empaquetado, para asistir al té del Rey.

Faltar dos veces en un dia á sus hábitos mas caros, hubiese sido demasiado en verdad, y la fiebre no obtuvo eso de él.

El Rey fué quien se admiró al verle entrar en el salon. Pronto á la admiracion sucedió la inquietud, porque semejante imprudencia podia costar cara al ilustre enfermo, y Federico Guillermo al mismo tiempo que le daba gracias por haber luchado valientemente para aparecer al menos en su presencia, le halló

tan pálido y en tan mal estado, que se apresuró á dar órden para que le llevasen al carruaje lo mas pronto posible.

IV.

El Rey de Prusia gustaba mucho de que le leyesen; durante algun tiempo, Luis Tieck, el lector mas afamado que ha tenido la Alemania, había cumplido este cargo de la corte, y desde la muerte del célebre poeta, le habia reemplazado Mr de Humboldt. Con un monarca tan literato, tan artista como Federico Guillermo IV, semejante plaza no podia ciertamente pasar por lo que se llama una canongía. Mr. de Humboldt la desempeñó con un puntual cuidado, y con esa superioridad con que hacia todo cuanto estaba á su cargo. Lo único que se notó fué que Tieck era mas variado en la eleccion de las obras. En vez de pasar de Shakespeare á Calderon, de Moliére á Lessing, ó á Chateaubriand, monsieur de Humboldt apenas leia otra cosa que sus propios libros. Pase aun por las *Consideraciones sobre la Naturaleza*, ¿pero el *Cosmos* no era algo severo para oidos de príncipes tan familiarizados además como se les supone con el *objetivo?*

No importa; el Rey que era la bondad misma, y que, cuando se trataba de agradar á alguno, no vacilaba en sacrificarse, el Rey se resignó con la mejor voluntad. La Reina por su parte, imitó este sublime ejemplo, y noche tras noche fué continuando la lectura del *Cosmos*. Como no se adelantaba sino muy lentamente á través de esa selva espléndida, pero por otro lado muy espesa, y casi inaccesible á los simples paseantes, el asunto se prolongó así dos meses, durante los cuales el Rey y la Reina de Prusia tuvieron una admirable y magnánima paciencia. En cerca de sesenta etapas se habia llegado al término de ese largo viaje, y como todo parecia haber concluido, Federico Guillermo y su augusta compañera, dirigian al ilustre escritor sus felicitaciones, cuando Mr. Humboldt, en el momento de despedirse, en fin, mudó de pronto de parecer, y dijo:

«Acabo de recibir hoy mismo la traduccion francesa de mi obra; esa traduccion me parece tan escelente, que si el Rey y la Reina se dignan permitírmelo, tendré el honor de volver á leerla desde mañana.»

Si aquesta historia os fastidia
Volveremos á empezarla.

Se habia escuchado el original, y se volvió á oir la traduccion; los grandes de la tierra poseen esos tesoros de virtud de que la Providencia los ha dotado, para contentamiento de sus súbditos.

Se estaba entonces en el mes de marzo de 1848, fecha terrible para la monarquía en general, y en particular para la monarquia prusiana. Fácil es de imaginar si las preocupaciones de Guillermo IV y de su familia serian enteramente literarias y artísticas.

V.

Sin embargo, la lectura de la traduccion francesa del *Cosmos* no dejaba por eso de suspenderse. Una noche, en lo mejor de la sesion, óyense á lo lejos disparos de fusil. El Rey palidece y se levanta, ignórase aun lo que es; pero un ayudante de campo acude apresuradamente, y anuncia que se ha insurreccionado una fraccion de la guardia.

Semejante sublevacion en aquel momento era la desesperacion y la ruina. Federico Guillermo y su mujer se precipitan hácia las escaleras; oficiales, chambelanes y señoritas de honor, todo el mundo los siguen; solo Mr. de Humboldt permanece impávido y sin moverse de su sitio, y cuando un momento despues el Rey, tranquilo y ya sereno, vuelve diciendo que solo era una alarma falsa, el autor del *Cosmos* continúa su lectura justamente desde el mismo punto en que el incidente le habia interrumpido. No sé, pero esa perseverancia á través de todo, esa obstinacion intratable en tener á las gentes ocupadas de sí,

al mismo tiempo que tiene su lado cómico, me parece tambien que solo pertenece á las almas verdaderamente bien templadas. No es cosa tan fácil como se cree, imponer de ese modo á un soberano, la autoridad de su pensamiento.

Quiérase ó no, preciso es sufrirla, y esa tiranía tiene, como otras tantas, su razon de ser. Nada es mas ridículo que pretender juzgar á tales hombres por las reglas ordinarias. Los génios como Gœthe, Cuvier, Alejandro de Humboldt, desde la elevada cima donde habitan, concluyen por llegar al mas absoluto indiferentismo en materia de ideas políticas. Esto no será tal vez muy consolador, pero es muy cierto, y el buen juicio público lo comprende así cuando les pasa tantas contradicciones que parecerian chocantes en los demás.

Que M. de Humboldt sea el comensal del rey y vote obstinadamente por el candidato de la oposicion mas avanzada, todos hallan esto muy natural, y el rey el primero. Refiérese que al dia siguiente de los acontecimientos de 1848, un oficial de la guardia, invitado á comer con el príncipe de Prusia, se sorprendió en estremo al verse al lado de un personaje que habia visto algunos dias antes en las barricadas.

Despues de la comida se tomaron informes, y se supo que era Mr. de Humboldt. Singular privilegio de esos hombres estraordinarios, todo les sale bien. El pueblo no los odia porque frecuenten el *Palacio de los Reyes*; y aun pasarian á los ojos de Beranger mismo por *liberales*, si hubiesen observado además escrupulosamente toda su vida el código del perfecto cortesano; los Reyes por su parte les permiten no tener sino simpatías por los partidos estremos, y coquetear incesantemente con la revolucion. Hombres afortunados, esos grandes hombres; viven noventa años, amados, aplaudidos, mimados del mundo entero, del que se burlan, y hasta la muerte tiene con ellos consideraciones y dulzuras. «Alejandro de Humboldt, nos decia una carta de Berlin, al comunicarnos la triste nueva, Alejandro Humboldt no ha muerto, se ha dormido.»

LA PRINCESA DE PRUSIA.

Se ha hablado mucho de la rara belleza de la señora princesa de Prusia; se ha ponderado su elevada inteligencia, su instruccion variada y sólida, su gusto apasionado por las ciencias, las letras y las artes. Todas estas ventajas son reales, y si hubiéseis preguntado á M. de Humboldt, que supongo debia canocerla á fondo, os habria dicho que el mérito aquí es mas que el elogio; pero hay una superioridad en esta señora, que, segun nosotros, no se ha notado bastante, y es la fuerza de carácter, es tambien un buen juicio superior, unido á mucha imaginacion, una voluntad implacable, un tacto supremo en el arte de conducirla, de moderarla, y de disfrazarla en caso necesario.

Nadie ha hecho mas sin que al parecer se creyese que hacia tanto.

Esa ley que se habia impuesto de vivir siempre apartada del mundo, tal vez seria preciso buscar la razon en otra parte que en sus gustos naturales por el estudio y las delectaciones de un círculo íntimo. Ofensas no podia haber para ella en la corte de su cuñado; pero su presencia podia suscitarlas. Hay cierta clase de dolores, de desalientos que acibaran toda una existencia, que nada puede consolar, y que concluirian por amargar el corazon de un ángel. La esposa de Federico Guillermo, la Reina Isabel, que no tuvo hijos, no podia ver en la señora princesa de Prusia sino la afortunada madre del heredero del trono. Se perdona voluntariamente la belleza, la inteligencia, la juventud; pero

hay entre esos dones de la Providencia algunos, que el alma mas noble y mas pura olvida perdonar, y son los celos, aun en una hermana.

Lejos de procurar enorgullecerse con las ventajas de su situacion, la señora princesa de Prusía se ha esforzado siempre por el contrario en hacerlas escusar en cierto modo, viviendo poco en Berlin y mucho en Coblentza y en el gran Ducado de Baden, donde sus virtudes, su perfecta benévolencia, y su tacto esquisito la han hecho popular.

¡Cuántas en su lugar no habrian visto en la ocupacion del gran Ducado por las tropas prusianas, sino una ocasion de dominar y de aparecer! La princesa de Prusia comprendió su papel de otro modo, y á fuerza de prudencia y de gusto, á fuerza de beneficios á los unos y de delicadas déferencias á los otros, consiguió hacer aceptar la autoridad temporal de su marido en un país conquistado á los bandos revolucionarios, pero que era preciso evitar ofender á las poblaciones á quienes se queria protejer, y á la familia soberana á quien se trataba de conservar.

A pesar de su notable aptitud literaria, de sus raros instintos de artista, la señora princesa de Prusia habia nacido para la política; es una mujer de negocios en toda la acepcion de la palabra.

Si hallais en ella la sangre de ese Cárlos Augusto que fué en otro tiempo amigo de Gœthe, preciso es reconocer al mismo tiempo que tambien es la digna hija de su madre, la señora gran Duquesa viuda de Sajonia-Weimar, hermana mayor del Emperador Nicolás, muerto recientemente. En Weimar, bajo el último reinado, la señora gran Duquesa María Paulowna era el alma de su córte y de todo ese país encantador que tanto la debe. Hábil para vigilar los negocios sin pretender dirigirlos, de un espíritu recto, claro, ímperturbable en su justicía, era en política un árbitro irrecusable, y en las cosas de la literatura, la dama modelo por escelencia. Schiller cantó himnos á su gloria, y

Gœthe, cuya inspiracion chistosa y bromista no se detenia ante las mas fieras, no sentia en su presencia otra emocion que la del respeto. No puede imaginarse en efecto fisonomía mas imponente, y bajo esa calma profunda, bajo esa frialdad aparente de un alma que la conciencia de su rango, de su dignidad, no abandonó nunca, ¡cuánta bondad, cuánta dulzura, cuánta simpatía! Cuando entraba en alguna parte, aun sin conocerla, todo el mundo se levantaba involuntariamente. Se hubiese dicho que era la aparicion de la grandeza moral.

La señora princesa de Prusia goza de ese prestigio con su augusta madre, y ciertamente ha sido dado á muy pocas mujeres estar dotadas tan maravillosamente como ellas de las ventajas físicas; pero en los homenajes que inspira su presencia, la belleza se ha presentado siempre en segundo término. La señora princesa de Prusia tiene para ella algo que vale mas; hablo de su ascendiente intelectual y moral, al que tanto en Baden como en Berlin no han podido sustraerse nunca sus enemigos.

LORD DERBY.

I.

Estamos en el año 1485, y en el campo de batalla de Bosworth. El rey Enrique VII de Inglaterra, hasta entonces conde de Richmond, acaba de vencer á Ricardo III, y ante la corona y el cetro que se le trae, «Dios sea loado! esclama, pero ante todo decidme, ¿el jóven Jorge Stanley vive aun?» Ese Jorge Stanley de que habla Shakespeare, es el hermano uterino del rey, el antecesor directo del ex-primer ministro de Inglaterra; el cual, en realidad, desciende de Alfredo y del Conquistador, como la reina Victoria misma (1).

El primer conde de Derby es el padre del *Young George Stanley* de Shakespeare; se habia casado con la condesa viuda de Richmond, y su hijo político, Enrique VII, le dió el mismo año de su advenimiento al trono, el condado, al que ha sucedido el décimo cuarto en línea recta Eduardo Geoffrey Stanley, antes primer lord de la tesorería.

Lord Derby me parece enviado al mundo á fin de demostrar

(1) El anillo de la cadena que une todas las ramas entre sí es Juan de Gand, hijo de Eduardo III, de quien descienden igualmente la casa de Brunswick, y los Stanley, Margarita Tudor, madre del conde de Richmond y de Jorge Stanley, siendo la comun antecesora.

para qué puede servir una aristocracia que tiene sentido comun, y yo enviaria con mucho gusto á los descendientes de los famosos marqueses de Moliére en la escuela de ese gran señor, tan perfectamente de acuerdo con su tiempo. Ved á lord Derby en la Cámara, vedle en Knowsley, en su casa y en sus quintas, en sus caballerizas, en el *turf*; vedle ante todo en Epsom, cuya gloria es sinónima de su nombre, de seguro el propietario de *Taxophilite* (1), y es de otro modo popular que el primer ministro, y el *Derby-Day*, hace olvidar las vacilaciones respecto á la *Reforma*.

Lord Derby es el tipo del *gentleman* inglés de nuestros dias; amando apasionadamente todo lo que un inglés ama, y haciendo bien cuanto hace, menos en política; porque preciso es que nos apresuremos á decirlo, lord Derby no es un hombre de Estado; para esto le faltan muchas cosas; le falta sobre todo lo que, segun sir Roberto Walpole, constituye la primer cualidad de cualquiera que pretende entrar en el gobierno, es decir, amor al poder: *the love of ofice*: lord Derby no gusta del poder sobre todas las cosas; por eso se le ha escapado siempre la elevada fortuna política, y sus mejores amigos tiemblan constantemente por la duracion de un poder, al que saben que su poseedor momentáneo se apega tan caprichosa y tan ligeramente.

Edward Geoffrey Stanley, conde de Derby, ayer aun primer Ministro, y jefe del partido conservador liberal en Inglaterra, empezó su carrera política tomando asiento entre los liberales, porque los Stanley pertenecen á las mas antiguas entre las familias wighs del país. Nació el 29 de marzo de 1796 en Knowsley-Park, en el Lancashire, fué educado en Eton y en Oxford, y entró en 1822 en la Cámara de los Comunes. Allí, sus primeros tiempos pasaron en estudiar el terreno, en hacerse cargo de los usos y del temperamento de la Cámara, y pronto sus *debuts*

(1) Célebre caballo perteneciente á lord Derby, vendido el año último en unos 70.000 francos á lord Glasgow.

oratorios le hicieron ver con sus triunfos, que no habia perdido nada en esperar.

Pronunció su primer discurso solamente en 1824, y la brillante parte que tomó desde la misma sesion, en los debates sobre los asuntos de la Iglesia en Irlanda, le colocó en seguida por su fama al lado de los mejores jueces.

Todos ponderaban su rara habilidad, su tacto ya profundo en el ataque y en la réplica, y M. Macauley decia de él que su ciencia del arte parlamentario era verdaderamente instintiva, y que seria muy difícil citar otro hombre que hubiese adquirido tanta esperiencia de otro modo que á costa de su auditorio.

II.

Semejantes triunfos no tardaron en valer una gran situacion política al jóven aristócrata, que entró como subsecretario de Estado en el departamento de las Colonias, en el Ministerio Canning y Goderich. Mas adelante, cuando á la caida del gabinete Wellington, los whigs, bajo la direccion de lord Grey volvieron á aparecer en el poder despues de una ausencia muy larga, lord Stanley fué nombrado secretario de Estado por Irlanda, puesto que iba á ser muy difícil, á causa de las exigencias siempre mayores del partido agitador, del que el Ministerio, bastante desprestigiado, necesitaba para sostenerse, y el cual solo daba sus votos en cambio de repetidas concesiones.

Sabido es, qué terrible justador era O'Connell, y la táct ca de nuevo género que habia introducido en los debates. Con él fué con quien el jóven Stanley tuvo que habérselas ,y muchas veces soportó él solo el peso de la lucha.

En 1832, desempeñó un papel importantísimo en la discusion sobre el bill de reforma, é hizo pasar en la Cámara de los Comunes la ley sobre la Instruccion pública en Irlanda, cuya ley sustraia á las escuelas primarias irlandesas de la influencia dominante del clero; y en la sesion siguiente, siempre en su cua-

lidad de secretario por Irlanda, empeñó de nuevo la querella con el partido que bajo el nombre de *repealers*, se oponia á la union de los dos reinos. Querella vigorosa en la que lord Stanley mostró mas pasion y energía que nunca, y que por su soberbia aristocrática, á la que el sentimiento de su superioridad intelectual daba esta vez el tono mas irritante, se hizo de numerosos enemigos, y se atrajo furiosos ataques.

Pero estas luchas le convenian: en ellas aparecia como en su verdadero elemento, y si no concedia gracia, tampoco la pedia.

No importa, estos acerbos debates con los demócratas irlandeses, tuvieron por efecto alejarle poco á poco del partido liberal, cuya actitud llena de debilidad para con los *rapealers*, vituperaba por otra parte. Pero en 1834, cuando el Ministerio quiso restringir aun los privilegios de la Iglesia en Irlanda, y hacer concesiones á la oposicion, lord Stanley tomó el partido de salir del gabinete, y en su retirada le siguieron sir James Graham, lord Ripon, y el duque Richmond.

Esta division entre los reformistas de entonces que parecia á primera vista no deber ser sino pasajera, no tardó en ser definitiva, y, si bien fué despues de la caida del Ministerio Grey cuando lord Stanley creyó debia negarse á la oferta que le hacía sir Roberto Peel de entrar en su administracion, nó por eso dejó de votar durante siete años con los conservadores, y cuando el mismo sir Roberto volvió al poder en 1841, concluyó por aceptar, en su combinacion, la cartera de Ministro de las Colonias.

Conservó esta cartera cuatro años, y tomó asiento en este intérvalo en la Cámara alta bajo su mismo nombre de lord Stanley. Sin embargo, su alianza con sus nuevos amigos políticos no debia ser de larga duracion. En 1845, cuando sir Roberto Peel formó el gran designio de emanciparse del sistema proteccionista, y á pesar de la resistencia de la aristocrácia agrícola, de levantar el impuesto á los cereales, lord Stanley no se

atrevió, ni quiso tomar sobre sí el romper con lo que él miraba como los principios fundamentales de la economía política nacional, y resignó sus funciones de Ministro. Al año siguiente le volvemos á hallar al frente de una oposicion proteccionista, cuya causa sostenia en la Cámara de los Comunes lord George Bentinck y Mr. Disraely; causa hace mucho tiempo juzgada por la ciencia política, y desesperada si las hubo; pero lord Stanley ha sido siempre una especie de Caton para las causas desesperadas, y por eso sir Eduardo Lytton le ha comparado con el príncipe Ruperto en su poema romanesco del *New-Timon*.

En 1852, cuando el Ministerio whig, debilitado con la retirada de lord Palmerston, debió abandonar la direccion de los negocios, la division de los partidos hizo recaer el poder en manos de los conservadores, lord Stanley, décimo cuarto conde de Derby por la muerte de su padre, fué quien recibió la mision de formar un gabinete. Convocóse á los nobles, y todo el trabajo que se tomó no sirvió mas que para probar una cosa: la imposibilidad de poner en ejecucion el sistema proteccionista, programa condenado para siempre por la voz unánime del pais. A la apertura del Parlamento reelegido, el Ministerio tuvo que declinar categóricamente toda idea de restablecimiento de impuesto en los cereales, y el único esfuerzo que se intentó para mejorar á los grandes propietarios con motivo de un nuevo reparto del *income-tax*, este solo esfuerzo, aunque muy tímido, bastó para derribar al gabinete. Vencido en la Cámara de los Comunes por una mayoría de 305 votos contra 286, lord Derby se retiró despues de haber permanecido ocho meses al frente de los negocios, y si bien convencido de la impotencia de su partido, tres años despues, á la caida de la combinacion whig-peelista, declinó todo ofrecimiento de formar un gabinete, alegando que un Ministerio hechura suya no podria vivir sino por la gracia y magnanimidad de sus adversarios.

Tres años que pasó en la oposicion proporcionaron á su elocuencia frecuentes ocasiones de señalarse, sin que la autoridad

de su partido haya crecido por eso mucho. Así fué que se le vió despues de la derrota inopinada de lord Palmerston componer esa administracion precaria que, siempre en vísperas de caer, parecia no poder resolverse á ello, y llevaba entre tanto escritas en su bandera las palabras de paz con Europa y simpatías con Austria dentro y fuera: reformas moderadas.

III.

Lord Derby puede pasar hoy por un tory, pero en suma, el liberalismo está tan arraigado en el fondo de su alma, que hacé cincuenta años se le hubiese tomado por un radical. Un gran tory como Pitt, un gran whig como Fox, no sabrian donde colocarse ahora. Lord Derby, á quien se quiere mirar como jefe del partido conservador, pertenece simplemente á esa escuela de eclécticos fundada por Canning, y cuya encarnacion suprema, preciso es confesarlo, no es otra que lord Palmerston. Entre las opiniones y las tendencias de estos dos hombres, la diferencia es tal vez ligera; pero donde se halla un abismo es entre los caracteres, y todo se resume en esta palabra: uno el conde de Derby, es inglés; otro, lord Palmerston, irlandés (1).

La raza anglo-sajona, con todas sus cualidades, y con menos de algunos de sus defectos mas *útiles*, puede hallar un tipo en lord Derby, y este defecto que valdria mas que casi todas sus cualidades, es la obstinacion: lo que los ingleses llaman el *doggduess*, particularidad del perro que nunca suelta la presa.

El año último, apenas hubo caido lord Palmerston del Ministerio, tuvo lugar una pequeña ceremonia, muy usual en Lóndres: la apertura de la esposicion de pintura del *Royal Academy*. Antes de abrirse al público, la galería se inaugurá solem-

(1) Ó por lo menos irlandés de origen. Ese irlandés que habla inglés sin acen- to,—ahí está el peligro,»—ha dicho espiritualmente el autor de *Eothen*.

nemente, y hay lo que se llama *visita privada.* Todos los ministros tienen por costumbre ir allí. El dia de esta visita, lord Derby se encuentra en un salon con lord Palmerston. Ya se deja adivinar que las artes son para los dos un terreno de conversacion mas *neutro*, la política.

—¿Habeis ido esta mañana á la Academia? pregunta el ex-primer lord de la tesorería á un dichoso adversario, y á la respuesta afirmativa:—Hay algo bueno? añade lord Palmerston.

Lord Derby hace un gesto algo desdeñoso, y dice despues en tono sério;

—Oh! sin embargo, no olvidemos un cuadro, una obra maestra! un retrato de lord Strafford de Redcliffe, que tiene algo de maravilloso.

Lord Palmerston inquiere el número.

—Ah! dice su rival, el cuadro me ha chocado de tal modo, que no he olvidado nada de cuanto á él se refiere; es el mismo 174 á la derecha, en el salon grande, á la entrada. Id mañana, no falteis; es un retrato magnífico; un retrato cuya belleza y exacta semejanza nadie sabrá apreciar mejor que vos.

Informado así de la obra maestra, lord Palmerston dá parte á algunos amigos del entusiasmo de lord Derby, y se apresura, como Raoul en los *Hugonotes*, á no ir á la fiesta que le espera sinó muy «bien acompañado.» Llegan en efecto, suben, entran en el salon grande á la derecha, y buscan en el rincon. Un amigo oficioso lleva el catálogo, lo abre, busca el número 174, y el ex-primer Ministro halla en el guarismo indicado por lord Derby, un mal cuadro con esta inscripcion:

«Le Bouc émissaire!» (1)

Era en efecto, no cabia duda, el retrato de lord Redcliffe, á quien, en vísperas de dejar el poder, lord Palmerston habia he-

(1) El macho cabrío emisario.

cho espiar duramente su celo en ejecutar las órdenes de su jefe. Lord Palmerston halló la historia muy chistosa, y soltó una carcajada homérica, y no respondo de que no haya contribuido como sus enemigos á hacer circular la anécdota en Lóndres.

El sello del talento, así como del carácter de lord Derby, lo que esplica su dominacion pasagera en un partido y sus fáciles retiradas de los negocios, es la impetuosidad. Su hijo, lord Stanley, hombre político, y de una práctica muy distinta que su padre, es un hombre jóven porque tiene treinta años, pero es probable que con la edad se corrija de este defecto, mientras que en lord Derby la juventud es incorregible, y aun cuando muriese á los noventa años, la esperiencia no le habria hecho adquirir calma alguna.

IV.

¡Raza singular la de los Stanley! El abuelo, á quien ciertos ancianos llaman aun el «grand lord Derby,» ha matado ciertamente él solo mas zorras, y bebido mas vino de Oporto, que ningun ciudadano de los tres reinos.

Conservaba cierta dignidad hasta en la embriaguez, y tenia cierta especie de gracia en caer debajo de la mesa, cosa que despues de todo puede esplicarse por la prodigiosa costumbre que habia adquirido de hacerlo diariamente. ¡Qué historias se contaban entonces despues de la caza y mientras se bebia, entre el heredero de ese «*young* Stanley» del rey Enrique y sus amigos lord Sefton y uno ó dos *squires* del Lancashire! Lord Derby *sabia* beber y bebia, porque en sus tiempos era uso y costumbre que un gentil-hombre bebiese. No se embriagaban como lo harian hoy los que imitasen vicios que han pasado ya. Lord Derby, el duodécimo conde, era muy gran señor, como lo es su nieto el décimo cuarto, pero lo era de otro modo.

Decia, que el descendiente de los Plantagenets (y aun mas, de los reyes sajones) es aristócrata: lo es bastante, para que un

amigo de M. Disraely haya podido esclamar un dia delante de todo el club: «Y bien, estoy satisfecho, acabo de ver á *Dizzy* (1) que bajaba de Saint-James-Street del brazo con lord Derby. ¡Qué mas puedo ambicionar!

Ahora añadamos el siguiente rasgo que pinta perfectamente la sociedad inglesa: lord Derby, el abuelo, casó en segundas nupcias con miss Farren, célebre actriz de sus tiempos, una especie de señorita Contat británica, cuya reputacion de virtud igualaba á su fama artística. Ved ahora si la palabra baja alianza se ha pronunciado entre esas gentes cuyos antecesores descendian del trono por tantos lazos; ved si lord Derby, el ministro actual, ha creido nunca que debia sonrojarse de su tia, lady Wilton, muerta hace poco, tan universalmente llorada, y cuya gracia esquisita se ponderaba diciendo: «Tenia de quien heredarlo por parte de padre y madre.»

No, lo repito, tipo mas perfecto de lo que debe ser verdadero genkleman en el siglo XIX, solo se halla en lord Derby; pero si se os ocurriese buscar en ese aristócrata verdadero una vanidad, una *ridiculezn obiliaria*, no la hallariais seguramente, desaparecerían huyendo ante la franca sonrisa que provocarian.

Jefe brillante, poderoso por caprichos, franco, altanero, imprudente, ni la gota ni el cansancio pueden destruir su fuerza juvenil, y á despecho del tiempo continúa siendo el estudiante de Eton, el primero en la clase, el mas atrevido en la arena; habla como Gladstone y se bate como Spring, el boxeador mas afamado de Inglaterra. La casa de Derby ha gustado siempre de las riñas de gallos, y durante mucho tiempo fué en lord Stanley una especie de pasion hereditaria. El ardor de sus gallos favoritos es el símbolo de la suya.

A falta de adversarios, buscaria sus amigos. Y sin embargo, ¿quién no escucha encantado el sajon puro de su estilo, esa fra-

(1) Nombre familiar que se dá en Inglaterra al ex-canciller del Echiquier.

se límpida que revela un corazon no menos puro, imprudente hasta la audacia, pero repugnante á toda pequeñez? He referido las cualidades del hombre y del gran señor y termino insistiendo sobre la falta radical del ministro: M. Guizot es quien me va á suministrar los términos para caracterizarle dignamente: «En un régimen libre, el deseo de prevalecer por el gobierno es el derecho de las convicciones sinceras, y el honor consiste en tener esa ambicion y no otra (1).»

(1) Guizot, *Memorias para servir á la historia de mi tiempo*, t. I, pág. 176.

EL PRÍNCIPE SCHWARZENBERG.

El príncipe Félix detestába cordialmente á lord Palmerston, y esto de fecha muy antigua. Antes de volver á hallarse en el terreno de la política, estos dos hombres de Estado, maestros ambos en el arte de agradar, se encontraron en un campo cerrado, menos vasto sin duda, pero no menos ardiente y peligroso, y tal vez si intentásemos remontarnos hasta el orígen de esa implacable animosidad que por poco compromete la paz del mundo, le hallaríamos en cierta rivalidad de salones, ignorada de los unos, olvidada de los otros, pero cuyo áspero y picante recuerdo no cesó hasta que concluyó por irritar en el combate á los dos poderosos antagonistas. ¡Notable fisonomía la de este hombre de Estado!

La vida del príncipe Schwarzenberg, cuando se piensa en ella, es una de las mas completas que pueden verse. Hombre galante, gran señor, diplomático, soldado, primer ministro, siempre supo combinar y fundir en justas proporciones ciertas cualidades particulares á estos diversos estados. En él el soldado se resiente siempre algo del negociador, el diplomático del guerrero, el todo sin perjuicio del hombre galante, del gran señor libertino.

Despues de haber ocupado al mundo con el rumor de sus galantes aventuras, aunque cubiertas de cierto barniz diplomático, la campaña de Italia vino muy á propósito para operar en

él un cambio que habia venido á ser necesario en una existencia que empezaba á ser escandalosa por mas de una aventura demasiado novelesca.

Tal como habia sido en los salones de Nápoles, de Lóndres y de Turin, tal fué despues en su gabinete del palacio de la Cancillería de Viena, y tal se mostró en los campos de batalla, impasible, desdeñoso, soberbio.

Su rostro tenia algo de glacial que desconcertaba, aun cuando afectase su espresion mas amable; y al ver ese cuerpo tan largo y tan delgado, á quien lo ajustado de su *attila* abotonado militarmente hacía aun mas escuálido; al ver esas facciones pálidas y duras, en las que se pintaba al par que una ironía altanera, el sentimiento de la personalidad mas inflexible, os hubiéseis preguntado, por qué inesplicable fuerza de atraccion, este hombre, sin juventud, sin belleza, sin méritos personales, influia así sobre la mas seductora mitad del género humano.

En cuanto á bravo y gran señor, lo era, ¿quién lo duda? Pero tambien los Lobkowitz, los Windisch-Graetz y los Lichtenstein son bravos y muy grandes señores. ¿Qué encanto particular poseia, pues, el príncipe Schwarzenberg para que se le prefiriese á los mas bellos, á los mas valientes, á los mas jóvenes? ¿Cuál era su secreto para llevar en pos de sí tantos corazones? Porque ese hombre estraño no se contentaba con que se le amase, se le adoraba hasta la estravagancia, hasta el delirio, hasta la muerte. Inspiraba las pasiones por docenas, y eso hasta en los últimos tiempos de su vida. Zerlina, Elvira, doña Ana, ¡cuántas víctimas! Era á decir verdad el don Juan de un siglo como el nuestro. A esa sed de placer, á ese ardor eternamente insaciable unía la inteligencia y el amor á los negocios, ese noble empleo de las elevadas facultades del espíritu, cuyas delicias necesita saborear plenamente el sensualismo en nuestros dias. Así es que sus fuerzas se consumieron muy pronto.

Una noche, al vestirse para ir á comer con el Emperador, la muerte vino por él.

—¿Quién va?

—¡Es la estátua!

Siempre el mismo desenlace.

Entonces llegaba á la cumbre de su fortuna, habia reconquistado la Italia á la corona de Austria, hollado la revolucion, humillado á la Prusia, y afirmado en todas partes la soberanía de su jóven amo y señor. Salir á tiempo de este mundo que no habia cesado de prodigarle todas sus fiestas, no fué tal vez la menor señal por el que se dejó ver el afortunado arreglo de su destino. ¡*Sis Felix Schwarzenberg!* decian en el campo de Radetzky sus camaradas, jugando con su nombre. *Feliz*, en efecto, porque la muerte que arrostraba insolentemente parecia empeñarse en huir de él.

En Goito, mientras la mosquetería y la metralla destrozaban las filas, azotaba él su bota con la punta de la espada, no menos desdeñoso frente á las balas y granadas, no menos altanero en su continencia, que lo fué mas adelante en su gabinete de primer Ministro. El bondadoso Radetzky le llamaba espiritualmente su *feld*-diplomático, y cada vez que se ofrecia una negociacion, le encargaba de ella. «¡Oh! en cuanto á eso, ya lo veis, ¡yo no comprendo nada! esclamaba cortando de pronto la conversacion. La diplomacia y los diplomáticos han sido para mí siempre carta cerrada; pero ahi está Schwarzenberg, tratar con él como gusteis, es vuestro hombre.»—Schwarzenberg era, ya lo hemos dicho, su respuesta ordinaria en estos casos, y el maligno anciano esquivábase alegre y satisfecho, dejando frente á frente á los dos agoreros.

El príncipe Schwarzenberg era sobre todo el hombre del buen éxito; nadie mejor que él aprovechó nunca la ocasion cuándo y cómo se le ofrecia. Resta saber si habria sido tan hábil en hacer que se presentase. Sin embargo, séanos permitido dudar que los cálculos de su política tuvieran una gran profundidad. Trataba los negocios militarmente, y digámoslo de una vez algo peligrosamente. A la verdad, su idea de concentracion

15.ª *entrega*, 8 *págs*, 113 *á* 120.

de la Alemania al Austria era digna de su espíritu firme y capaz de empresas atrevidas; ¿pero no habia tambien alguna temeridad en pretender confiar únicamente á la suerte de las armas una cuestion como esta? Parece que en semejante caso, un Richelieu habria contado mas con las costumbres é instituciones de un país protestante y parlamentario.

Ya lo he dicho, en este diplomático habia algo del soldado; y si el espíritu militar que comunicaba á sus designios la energía y la instantaneidad, le impidió muchas veces mirar mas allá del momento, es tal vez porque, en suma, toda buena cualidad tiene su defecto, así como toda medalla su reverso.

Además, feliz como lo era, hubiese sido faltar á su destino no mostrarse aventurero.

¿No tenia su estrella?

¿No tenia su influencia magnética?

Y al escribir esta palabra, la empleo, no ya en sentido figurado, sino en su acepcion real, médica.

En la época en que el príncipe Hohenloe puso el magnetismo á la moda en los salones de Viena, el príncipe Schwarzenberg sintió desarrollarse en él un poder nervioso que hasta entonces habia permanecido en estado latente, y del que bien ó mal siguió usando durante el resto de su vida. Esa fuerza sobre natural no cesó nunca de ejercerse despues en una de sus hermanas de complexion delicada y enfermiza, la cual tomaba del poder magnético de su hermano la poca salud de que gozaba. En la época en que el príncipe era embajador en Nápoles, su hermana fué varias veces de Viena á Roma, adonde este iba por su parte á buscarla, y hacerla revivir en cierto modo al contacto de esa vida nerviosa, cuyos misteriosos tesoros poseia.

Respecto á Italia, el príncipe Schwarzenberg, cuyas ideas liberales no podria negar en mas de una ocasion, permaneció siempre como el hombre de los rigores saludables. «¡La Italia si pentirá!» Tal fué el único cumplido, que el Ministro Presi-

dente del Consejo del Emperador Francisco José halló que responder á la diputacion municipal enviada á Viena por Venecia, al otro dia de su sumision.

El Emperador y la archiduquesa Sofía habian acogido con benevolencia los sentimientos de la orgullosa ciudad, reducida á pedir merced; y cuando la diputacion llegó ante su escelencia, erguido é inmóvil, como lo estaba siempre, el príncipe se dejó saludar, y de aquella máscara impasible y helada, como la estátua del Destino, cayeron estas palabras de hierro:

«¡La Italia si pentirá!»

EL
FELD-MARISCAL BARON DE HESS

I.

En los consejos y en el campo de batalla habia dos hombres que completaban el mariscal Radetzky. Estos dos hombres eran el lugarteniente feld-mariscal Hess, y el lugarteniente feld-mariscal Schoenhals.

En Milan habitaban juntos con el mariscal Radetzky, la Villa-Reale, y la trinidad militar habíase formado ya hacia tiempo, cuando estallaron los acontecimientos de 1848. Táctico hábil y consumado, combinaba Hess los planes de operacion, mientras el conde Schoenhals, hombre de elevada cuna y de gran imaginacion, se encargaba especialmente de la redaccion de los despachos, boletines, manifiestos y órdenes del dia.

Por hoy nos ocuparemos del táctico.

El general Hess nació en Viena en 1788. Tenia diez y siete años cuando empezó su carrera militar. Su inteligencia y sus buenos servicios no tardaron en hacerle notable; fué nombrado muy pronto oficial de estado mayor, y como tal tomó parte en las campañas de 1805, 1809, 1813, 1814 y 1815. Su conducta en la batalla de Wagran, le valió el grado de capitan en el mismo cuerpo, y en 1813 acompañó al general Bubna en su famosa mision á Dresde. Le volvemos á hallar siempre á las órdenes de este mismo general, en la batalla de Leipzig, y en 1814 en los

combates de Ginebra y de Lyon. En 1815, fué cuando entró en el Estado Mayor general, y por la primera vez se vió en posicion de seguir los planes de operacion de grandes ejércitos. Al fin de las guerras del imperio tenia veintisiete años, el grado de mayor, y cuatro cruces.

El jóven oficial, apasionado por el gusto del estudio, aprovechó los dias de calma que sobrevinieron, para entregarse á profundos trabajos de geografía y de historia militares.

Teniente coronel en 1822, coronel en 1829, estaba en 1830 colocado al frente del Estado Mayor del cuerpo de ejército móvil, que operaba en la alta Italia. Estas funciones importantes le pusieron naturalmente en relacion con el general Radetzky, cuya confianza no tardó en conciliarse, llevando á cabo con una rara inteligencia desde el primer momento, todos los planes é ideas del general. Nadie mejor que Radetzky conocia el lado débil del ejército austriaco, nadie mejor que él sabia las reformas que habia de introducir en las maniobras militares; pero al mismo tiempo sabia que para tener el derecho de emitir ciertas ideas, se necesita ocupar ciertos puestos. Asi es que esperó prudentemente á ser comandante en jefe.

Una vez llegado al grado culminante, ya poseia toda la independencia necesaria; solo le faltaba un ayudante, y este ayudante se ofreció á él en Hess. Radetzky se guardó muy bien de no aprovecharse de la ocasion; apoderóse de este espíritu activo, pronto en comprender y formular, le comunicó sus principios, y le dictó en cierto modo las *Instrucciones de campaña*, y las *Instrucciones de maniobra*, dos obras que tuvieron en Europa una gran aceptacion por los hombres competentes, y cuyos preceptos empezó á poner desde luego en ejecucion en Italia el ejército austriaco.

II.

Inútil es decir, que estas reformas triunfaron sin resistencia. Puesto que hoy aun, la escuela de Mela puede tener sus clá-

sicos, puede imaginarse fácilmente la tenaz oposicion que debió promover, hace veinte años, entre los sectarios rutinarios de la antigua estratégia, una reforma dictada por las nuevas necesidades, y por las tradiciones napoleonianas.

Seis ú ocho cabezas empolvadas, reunidas gravemente en Viena, en torno de un tapete verde, disponian en otro tiempo de los movimientos y de la suerte de un ejército. Esas buenas gentes os indicaban en un mapa las operaciones de un ejército de 100,000 hombres, del mismo modo que un consejo áulico de coreógrafos arreglaria un baile; una vez levantado así el plan oficialmente, se sellaba con el gran sello del Estado, y se enviaba por medio de la estafeta al general que mandaba en jefe las tropas de Su Majestad Imperial, Real, Apostólica; cuyo general se hacia batir incontinenti, quedándole en su derrota ese consuelo que los médicos de Molière conceden á sus enfermos: el de morir al menos segun las reglas.

El mariscal Radetzky no era hombre que se dejaba imponer un plan de campaña, y todos los consejos áulicos del imperio habrian perdido en valde su tiempo y su latin. Recuérdese el insolente desdén que afectó en 1848 con la Asamblea de Kremsier, cuando á pesar de las órdenes que recibia de Viena, se retiró á Verona para reunir allí sus tropas, organizar su material, y esperar el ejército de reserva que Nugent le llevaba.

El general Hess pertenece tambien á esa clase de espíritus rectos, y convencidos que pueden pasarse sin el mando; pero que una vez aceptado, pretenden ejercerlo libremente.

En 1834, Hess fué ascendido al grado de general de brigada de infantería, y despues de haber servido mucho tiempo en esta cualidad al frente del Estado Mayor, recibió en 1842 el título de lugarteniente feld-mariscal. Los acontecimientos de 1848 iban á hacer de Hess un comandante superior de la guardia Nacional, cuando Radetzky le llamó á su lado en Italia.

Se ha comparado muchas veces la situacion del general Hess al lado de Radetzky durante los años 1848 y 1849, á la que en

otro tiempo ocupaba al lado de Blucker el general Gueiseneau. Habia la misma confianza por parte de ambos jefes siempre dispuestos á poner su antigua esperiencia y su popularidad al servicio de las ideas y del talento de los subtenientes mas jóvenes.

A su llegada á Italia se halló Hess el ejército austriaco, si no desorganizado completamente, al menos desprovisto y retirado tras el Adige. Con una fuerza solo de 35,000 hombres y amenazado por tres partes por el enemigo, hallábase acampado en medio del famoso cuadrilátero de Peschiera, Verona, Mántua y Legnano. Pero cuando el 25 de mayo, la primera reserva compuesta de unos 19,000 hombres, llegó del Isonzo bajo la direccion del Conde Thurn, Radetzky se preparó á poner en ejecucion los planes largamente meditados de su nuevo contramaestre general. La primera operacion aconsejada por Hess, fué una marcha de flanco muy atrevida, de Verona á Mántua, y casi á la vista del enemigo; esa marcha, que condujo á los combates de Curtatone y de Montanara, tenia por objeto definitivo hacer levantar el bloqueo de Peschiera. La empresa, sin embargo, no triunfó tan completamente como se creia poder esperar, y los jefes del ejército austriaco atribuyeron su mal éxito á la insubordinacion del general D'Aspre, quien, por una de esas tenacidades de que su carrera militar ofrece veinte ejemplos, habia juzgado á propósito no dar.

En efecto, el general D,Aspre era el compañero mas intratable. ¡Miserias de la humanidad! ¡Preciso es que se os encuentre hasta en los héroes! El general D'Aspre estaba sujeto á terribles accesos de gota, y esta enfermedad tenia por resultado paralizar en un abrir y cerrar de ojos todos sus movimientos. Entonces sufria las torturas de un condenado. Pero, á oirle, esas torturas físicas no eran nada comparadas con el suplicio moral que sufria al verse impotente é inepto. ¡Impotente! ¡ese fiero soldado cuyo caballo reliuchaba á los aprestos de una batalla! ¡Inepto! ¡ese vencedor de la víspera de quien depende el triunfo del dia siguiente!—«¡Ahórcate, bravo Crillon! decia en otro tiempo el

rey de Francia, ¡se han batido sin tí!» Pero D'Aspre no queria que se batiesen; este hombre implacable preferia comprometer el éxito de una jornada á enviar sus tropas al combate cuando él mismo no podia conducirlas.

Cuando despues de Goito el mariscal le preguntó severamente ¿por qué no habia llegado al ruido del cañon?—El cañon, respondió D'Aspre con amargura, no lo he oido.—Esta vez la gota le habia vuelto sordo. Fastidiado, de mal humor, sarcástico, disgustado de todo, solo oia la voz del momento; ora, como en Goito y en Peschiera, negándose á asistir, ora, como en Novara, esponiéndose á comprometer la accion con el esceso de su audacia. Se hubiera dicho que en los dias de bienestar quiso recuperar el tiempo perdido y mostrarse heróico para ahora y para despues, de lo cual podia responder menos que nadie.

III.

No voy á improvisar aquí la historia de las batallas de Custozza y de Novara. Despues de Custozza se negoció un armisticio, y el lugarteniente feld-mariscal Hess fué el encargado de poner su nombre debajo de este tratado. Siete meses despues, el 16 de marzo de 1849, habiendo vuelto á empezar las hostilidades, Hess fué tambien el encargado de dirigir la situacíon. El general tenia estudiado hacia mucho tiempo su plan de campaña, y del cual hizo un misterio hasta el momento de la ejecucion. Despues de la batalla de Novara, Radetzky, lejos de procurar apropiarse la parte que podia haber tenido en sus triunfos este oficial general, se reservó el cuidado de consignar él mismo sus servicios. Hé aquí lo que se lee en el parte oficial del mariscal sobre la segunda campaña de Italia: «Entre los fieles compañeros que han sostenido cada uno mis pasos, nombro en primera línea y ante todos á mi contramaestre general el lugarteniente-feld-mariscal Hess.

A él, y de ello hago aquí testimonio desde el fondo de mi corazon, pertenece, y mucho, la mayor parte de los triunfos obtenidos en la última campaña por las armas del Emperador. Pronto á abrazar la situacion con un golpe de vista infalible, hábil en aprovechar la ocasion, y en sacar de ella todas las ventajas posibles, la mirada siempre fija en el objeto..... Yo le habia investido de toda mi confianza, el ejército lo sabia...» Añado á estas palabras la carta escrita á la baronesa de Hess una hora despues de la batalla: «Hemos vencido al enemigo en Novara, y si la gloria de esta jornada me pertenece, de vuestro esposo, señora, es todo el mérito.»

En 1855, cuando la guerra de Oriente, el general Hess recibió el mando superior de los ejércitos de observacion, y la estrategia política que desplegó en esta época, no habrá dejado de contribuir por cierto en gran parte á escitar ese odio irremediable de la Rusia, del que no nos es permitido quejarnos. Por medio de la hábil disposicion de sus dos cuerpos de ejército, uno, colocado en las fronteras de Gallitzia, que amenazaba á la Polonia, y el otro, que ocupaba la Bukowinia y la Transilvania, y hacia frente á los Principados, el general Hess impidió á los rusos que avanzasen por la Dobrudscha hácia los Balkans, y les obligó á desocupar el suelo de los Principados. Así es que creyendo ayudar al Austria, ayudaba á los aliados, adquiriendo por ende, y sin saberlo, un título á su gratitud.

El general Hess pasa hoy por la primera capacidad militar de su pais; es un anciano muy seco y muy verde, de mirada inteligente y viva, de cabellos rubios, muy reservado en su palabra, y, como sucede á los hombres muy ocupados, habla muy poco en el terreno de las vulgaridades.

Si se digna hablar con vos, asistís á la conversacion de un espíritu sólido y convencido, de una razon firme y tranquila. Casado en 1841 con la baronesa de Diller, es muy nombrada en todas partes por sus virtudes domésticas y sus costumbres sóbrias y graves. Apenas le echaríais sesenta años al verle pasar

alto y delgado, envuelto en un capote gris, cuya sencillez no realza de ordinario ningun distintivo.

Y sin embargo, no le faltan honores ni títulos. Sin hablar del capítulo de las cruces, lo que nos llevaria muy lejos, nos contentaremos con decir que el baron Enrique de Hess era aun ayer lugarteniente feld-mariscal, contramaestre general, propietario del regimiento de infantería núm. 49, y consejero del imperio. Nótese que hemos dicho ayer, porque un decreto muy reciente acaba de elevarle á la dignidad suprema de feld-mariscal. Desde la muerte de Radetzky, á quien se llamaba solo mariscal, como en otro tiempo en Francia al mariscal Soult, no habia mas que dos mariscales en el ejército austriaco, que eran el príncipe Windisch-Graetz, y el anciano conde Nugent, padre de la espiritual y encantadora marquesa Strozzi, tan querida hace algun tiempo en la sociedad parisiense, y á la que se veia este invierno en todas las fiestas de las Tullerías.

BENEDEK,

LUGARTENIENTE FELD-MARISCAL.

El general Benedek mandaba uno de los tres cuerpos de ejército que pasaron el Tessino. Nació en 1804 en Œdemburg (Hungría), y pertenece á la clase media, caso bastante raro, entre los oficiales generales del ejército austriaco, lo cual debe tenerse en cuenta; porque prueba á lo menos que el brillante militar en cuestion todo lo debè á su bravura y su talento. Su padre era médico. Luis Benedek entró en el ejército de cadete, fué nombrado subteniente en 1824, y en 1831 fué agregado en calidad de capitan al Estado Mayor del ejército de Italia. En 1846 era coronel, y se hallaba en el asunto de Cracovia, donde contribuyó poderosamente con su energía y su presencia de ánimo á rechazar la rebelion de los campesinos contra la nobleza.

Por estas cualidades de bravura y de imperturbable calma se distinguió en 1848, en la retirada de Milan, y de la famosa marcha sobre Verona. Se distinguió de tal modo en el ataque de Curtatona, que Radetzky publicó su conducta en la órden del dia del ejército, y le recomendó en los términos mas favorables para la cruz de María Teresa.

En la ruptura del armisticio, y cuando el Rey del Piamonte quiso volver á empezar la guerra, Benedek penetró en Mortara al frente de su regimiento, rechazó al enemigo, é hizo prisionera á toda la brigada. En la batalla de Novara, donde un golpe de mano fué igualmente de los mas decisivos, se portó igual-

mente como un táctico hábil, al mismo tiempo que como un vigoroso é intrépido soldado.

Separado del cuerpo de ejército del general D'Aspre, al que habia pertenecido hasta entonces, el caballero Benedek fué enviado al ejército del Danubio, y puesto al frente de una brigada á las órdenes del general Haynau. En Raab, mandaba el movimiento cuya ofensiva obligó á los húngaros á replegarse, y en el combate dado el 11 de julio bajo los muros de Comoru, su defensiva fué tan tenaz, que Georgey, que habia ido á atacarle con todas sus tropas, se vió rechazado en la fortaleza. Herido en Szegedin de un casco de bomba, tardó poco tiempo en restablecerse, y casi despues de las paz volvió á aparecer en Italia para dirigir el Estado Mayor del segundo cuerpo de ejército. El viejo mariscal Radetzky, investido en esta época del mando superior, tenia en mucho su bravura y talento militares. Desgraciadamente esta bravura y talento incontestables, no iban acompañados de un espíritu conciliador. El general Benedek es de un carácter fiero é implacable, y cuyos servicios solo debe reclamar un gobierno cuando se necesita sacar la espada. En aquel momento, creyendo el Austria que podia atraer aun á Italia con medidas generales, alejó al general Benedek, y le nombró gobernador de Cracovia, donde permaneció hasta el mes de abril último.

La guerra estaba resuelta; Austria apelaba á todas sus fuerzas, y Benedek, naturalmente, no debia ser olvidado. Se recordará que su nombre se hallaba con el del general Hess en todas las bocas, como de los tácticos mas distinguidos del ejército imperial. Aunque hoy no sea ya permitido creer que las tropas francesas habrian sido menos victoriosas, si en vez de Gyulai, hubiesen mandado Benedek ó Hess, puede consignarse sin embargo que por parte de los austriacos, la campaña habria podido ser mejor dirigida; y no habiendo figurado el general Benedek sino á las órdenes de otro, seria al menos superfluo pretender poner en duda el valor de su génio estratégico. Todo lo

que puede decirse es que se ha batido bravamente, tanto en Melegnano como en otros puntos, y que se ha hecho digno de esa noble estimacion en que los oficiales franceses tienen hoy á los oficiales del ejército austriaco.

Al principio de la campaña, Benedek mandaba un cuerpo de ejército del ala izquierda. Mas adelante, cuando despues de la batalla de Magenta (4 de junio) el ejército austriaco se replegó sobre la línea del Mincio, recibió órden de detener la marcha de las legiones enemigas, órden que intentó ejecutar el 20 de junio en el combate de Malegnano, que fué una nueva derrota para las armas austriacas. En la batalla de Solferino (24 de julio) Benedek tomó igualmente una parte muy activa.

Enfermo en Verona, abandonó el lecho para ir á mandar el ala derecha, é hizo mucho daño á las tropas piamontesas, sobre las que ya habia obtenido mas de una ventaja, cuando tuvo que dirgirse hácia el centro del ejército austriaco tan vigorosamente amenazado por los franceses.

Benedek es un buen soldado, sólido en el fuego, enérgico en el mando, hasta rudo algunas veces, pero siempre justo, y generalmente amado de los suyos (1).

(1) Al lado del general Benedek, justo es citar al príncipe Alejandro de Hesse, cuya fama y popularidad han crecido mucho en el ejército austriaco. El príncipe Alejandro de Hesse, es hermano menor del gran duque reinante de Darmstad, y por consiguiente hermano de la emperatriz de Rusia. Habiendo permanecido mucho tiempo al servicio de Rusia, se casó, durante el reinado de Nicolás, con una señorita de honor, alianza morganática, de cuyas resultas pasó á las banderas de Austria. En Solferino hizo prodigios de valor, y el emperador Francisco José le habia elegido para llevar á Napoleon III, los diversos mensages que dieron por resultado la paz de Villafranca.

EL MARISCAL CANROBERT.

El antiguo comandante en jefe del ejército de Crimea, nació en 1809, en el departamento del Lot, no lejos del pueblo donde vió la luz Murat. Entró en la Escuela militar de Saint-Cyr en 1826, salió de ella durante el otoño de 1828, como subteniente en el 47 de línea, y en 1835 partió para Africa con el grado de teniente. En la provincia de Orán, donde se estacionaba su regimiento, tomó parte en todas las acciones que á las órdenes de los generales Clausel, D'Arlanges y Letang, tuvieron lugar contra Abd-el-Kader, cuyos triunfos en la Makta daban que hacer á las tropas francesas. En la espedicion de Mascara, el teniente Canrobert llamó por vez primera la atencion de los oficiales superiores, y habiéndose distinguido, así en la toma de Tlennen como en la batalla de la Tafua, fué nombrado capitan en la primavera de 1837.

En el asalto de Constantina tuvo la honra de ser herido al lado del heróico coronel Combes, quien herido mortalmente en la misma brecha, consignaba al espirar su bravura, y le recomendaba al mariscal Valée como un oficial de porvenir.

Nombrado caballero de la Legion de Honor, recibió en 1839 la difícil mision de formar con las bandas de Cabrera, refugiadas en el suelo francés, un batallon para la legion estranjera. Tambien ayudó mucho en el campo de Saint-Omer á la instruccion de los oficiales de las tropas ligeras, que el duque de Orleans habia tomado bajo su direccion personal. En 1841 regresó á

Argelia, y del 6.° batallon de cazadores á pié pasó muy pronto como jefe de batallon al 15.° regimiento de infantería ligera. Sus rasgos de valor en las diversas espediciones de esta época, no podrian enumerarse..

En Behl hizo frente con doscientos cincuenta cazadores á tres mil enemigos, y se batió así durante ocho meses contra las kabilas, sin medir nunca el número de sus adversarios. Coronel en 1848, fué puesto al frente de un regimiento de la legion estranjera, con el que batió á los montañeses del Aures, é hizo prisionero al bey Achmed. Un jefe valiente, secundado por bravos soldados, se vuelve en la guerra el jigante de la fábula, el jigante de los cien brazos, domador del peligro. El coronel Canrobert se hacia notar sobre todo por su presencia de ánimo en las circunstancias críticas. El rasgo siguíente, referido por monsieur Pierre de Castellane, puede dar una idea de ello.

«En 1848, ya coronel de los zuavos, iba del puesto de Aumale á Zaatcha, para tomar su parte en el sitio. El cólera habia invadido su columna, y la diezmaba durante la marcha. Avanzábase con mucho trabajo, y las bestias de carga iban cargadas de moribundos. En el momento mas penoso se advirtió que las tribus nómadas del Sur se disponian á atacarle. Era preciso á cualquier precio evitar el choque, porque iban á faltar transportes para los heridos. El coronel toma en seguida sus disposiciones de combate, despues marcha solo hácia los nómadas con su intérprete, y les dice lo siguiente: «Sabed que llevo la peste con»migo, y sí no nos dejais pasar á mí y á los mios, la arrojo so»bre vosotros.»

Los árabes, que hacia algunos dias iban siguiendo á la columna, llenos de terror, no se atrevieron á atacar y dejaron que pasara. En 1850, el Príncipe presidente hizo ir á Paris al general Canrobert, le dió primero el mando de una brigada de infantería, y despues le nombró su ayudante de campo, cuya posicion ocupaba cuando el golpe de Estado, y que ha conservado despues siendo general de division.

Cuando la guerra de Crimea, el general Canrobert fué investido con el mando de la primera division de infantería, y como tal asistió á los primeros combates. A la muerte del mariscal Saint-Arnaud recogió su herencia, tomando la direccion suprema del sitio de Sebastopol. Mas adelante, dificultades y malas inteligencias, de que no nos es permitido ocuparnos, impidieron las operaciones, y el general Canrobert ofreció su division y llevó el desinterés hasta querer servir á las órdenes de su sucesor el general Pelisier, él que mandaba en jefe el dia anterior.

Las tropas, cuyo bienestar material habia sido siempre lo que mas le preocupara; las tropas, decimos, le adoraban, y por do quiera saludaban su presencia con unánimes aclamaciones. El 26 de julio, un despacho telegráfico del Ministro de la Guerra, le invitó á regresar á Francia, para cuidar el estado de su salud. Habiendo contestado el general á este despacho, que razones de salud no podrian, bajo ningun pretesto, hacerle dejar su puesto en momentos semejantes, el telégrafo habló de nuevo, y esta vez fué para trasmitir una órden del Emperador.

El general Canrobert dejó á Crimea el 8 de agosto para volver á entrar en Francia, donde le esperaba, como anteriormente la confianza de su Soberano, que despues le ha elevado sucesivamente á las dignidades de mariscal, de senador, y de embajador en Suecia.

En la guerra que acaba de terminar con el Tratado de Villafranca, el mariscal Canrobert mandaba el tercer cuerpo de ejército.

M. DE BOURQUENEY.

El plenipotenciario de Francia en las conferencia de Zurich, es un hombre atento, benévolo y amable. La redaccion del *Diario de los Debates*, le vió nacer para la política hará unos treinta años, es decir, á fines de la Restauracion. M. de Bourqueney redactaba la parte estranjera, bajo la elevada inspiracion de M. Bertin de Vaux, y preludiaba, con sus fáciles y multiplicados artículos, ser uno de los primeros en la ciencia del protocolo, como lo fué despues en efecto, ayudado por los acontecimientos. Leia y despojaba los periódicos ingleses y americanos, veia á M. Molé y á M. Guizot, y no perdia un instante; exacto, laborioso, grave, solo dejaba la pluma para tomar las tijeras.

Janin empezaba apenas en esta época, Malte Brun acababa de morir, el astro de los Geoffroy y de los Duvriquet asomaba en el Horizonte, y MM. Saint-Marc, Girardin y Cuvillier-Fléury, al principio de su carrera todavía, ocupaban en el periódico el puesto que hoy pueden tener allí MM. Prevost-Paradol y John Lemoinne. Ilustre y grande período de la época del periodismo! M. Bertin el mayor y su hermano M. Bertin de Vaux, presidian la administracion, y muchas veces, entre estos dos respetables jefes que celebraban consejo, venia á sentarse, al salir de la Cámara de los Pares, M. de Chateubriand.

En torno de M. Bertin el mayor, amable, familiar y hasta paternal, agrupábase con mas gusto la gente musical y literaria,

mientras M. Bertin de Vaux atraia mas especialmente á los políticos.

Diplomático ya, M. de Bourqueney era de los dos campos; y si su cualidad de encargado de noticias políticas le daba derecho de entrada en el palacio de la calle de Luis el Grande, se consideraba como un *dilettanti* bastante fino para no faltar á una sola de esas fiestas que M. Bertin el mayor daba el verano en su villa de Biévres, en esa noble y hospitalaria residencia donde Meyerbeer, Victor Hugo y Rossini se encontraban para aplaudir los valientes ensayos de una gran inteligencia femenina, la única tal vez de su sexo á quien el estudio profundo y las grandes concepciones del arte hayan tentado alguna vez.

En la revolucion de julio, M. de Bourqueney tuvo el buen juicio de dejar el periodismo, y el mejor aun de no dejar el *Diario de los Debates*, cuya alta proteccion iba de allí en adelante á ayudarle á avanzar en su carrera. Despues de haber recorrido con rapidez los grados inferiores de la carrera diplomática, fué nombrado primer secretario en Lóndres, donde el mariscal Sebastiani, cuando era embajador, le invistió con toda su confianza. Familiar con el idioma y las costumbres inglesas, M. de Bourqueney tuvo muy pronto en Lóndres un puesto grato y considerado, y sin igualarse á esa gran aristocracia británica, sin hacer en esa sociedad de los Howard y de los Russell, la brillante figura que el conde de Jarnac, su sucesor, le hizo alíl despues, y desempeñó su puesto con decoro y dignidad.

Una noche, habia concierto en Apsley-House, en casa del duque de Wellington. El mariscal Sebastiani jugaba su partida de whist, y la música formaba un conjunto ruidoso capaz de aturdir los oidos de un sordo; en los salones del *Hig-Life* británico, sabido es que la música no tiene otro destino. Su único objeto es acompañar los mil rumores de la soirée; se habla, se rie, se va y viene, se toman helados, y durante este tiempo Rubini canta la *Niobé*, y la Malibran llora el *Sauce!* Una per-

sona perteneciente á esa sociedad, que podriamos nombrar, nos decia hablando de Chopin: «¡Tiene un talento delicioso! ¡oh! delicioso! *¡casi no hace ruido!... ¡y puede hablarse tan bien!*...

Hablábase pues en Apsley-House, y Mr. de Bourqueney hacia como los demás, cuando desdoblando un programa que tenia en sus manos, se le ocurrió la idea de saber lo que se iba á cantar. Primero era el duo de *Gazza*, por David y la Malibran; ¡digno regalo para un dilettanti! despues seguia una improvisacion de Litsz; ¡bravo! ¡iba de maravilla en maravilla! Por último, para cerrar aquel fuego artificial, y como un bonito ramo, adivinad...

¡El himno á Waterloo!

Aquí, Mr. de Bourqueney frunció las cejas, y sintió que se despertaba en él un doble carácter de francés y de agente oficial del gobierno. Como hemos dicho, el general Sebastiani, que no gustaba de la música, jugaba el whist en uno de los salones inmediatos. Para enterarle de lo que pasaba, Mr. de Bourqueney no hizo mas que ponerle ante los ojos el programa.

El mariscal leyó al principio sin caer en nada; pero de pronto, levantándose bruscamente:

—¡El himno de Waterloo! esclamó con voz casi tonante, y cuya acentuacion apoplética aumentaba aun la solemnidad. ¡El himno de Waterloo! ¡En efecto, nuestro sitio no está aquí! ¡Salgamos, señores, salgamos!

Y dejó el palacio, apoyado en el brazo de Mr. de Bourqueney, y seguido de todos sus agregados.

Inútil es decir que este incidente era el resultado de una simple inadvertencia. Lo mismo que el mariscal Sebastiani, el duque de Wellington no habia leido el programa, y al otro dia todo se esplicó. Pero el embajador de Francia y M. de Bourqueney no por eso dejaron de portarse con dignidad y valentía.

M. de Bourqueney dejó á Lóndres por Constantinopla, donde

llenaba las funciones de embajador, cuando estalló la revolucion de febrero. Colmado de las bondades del Rey Luis Felipe, que siempre le habia tratado con una distincion particular, M. de Bourqueney no podia servir al gobierno de la república; ofreció, pues, su dimision y se retiró á la vida privada, casi al mismo tiempo que MM. de Jarnac, de La Rosiére, y de Lagrenée, que han continuado despues absteniéndose. Una vez libre del cuidado de los negocios, el antiguo embajador de la monarquía de julio se casó, y por su alianza con la familia de Juigné, entró en el barrio de San German, al que no pertenecia. Nada pesa tanto á ciertas organizaciones activas como la ociosidad, y no se pone impunemente una vez mano en los asuntos del pais; M. de Bourqueney se cansó muy pronto de los largos ratos de ocio que le ocasionaba una fidelidad demasiado exagerada para las costumbres francesas. Jóven aun, y capaz para prestar servicios, cedió á las instancias de sus amigos, y dejó que el interés del pais triunfase de honrosas pero inútiles simpatías. Sin duda se nos objetará que M. de Chateaubriand solo tenia para ese modo de obrar una cólera implacable, y que no desperdiciaba ocasion de calificarlo severamente (1). Pero el gran escritor de las *Memorias de Ultratumba* tenia tambien un espíritu muy quisquilloso, y la menor falta de que se le puede acusar, es la de tomar por lo serio una cosa que se ve todos los dias.

Ministro en Viena primero, y embajador despues cerca de la córte, M. de Bourqueney desplegó cuando la guerra de Oriente mucho tacto y talento, preparando la neutralidad de Austria, y conservando en el concierto de las potencias occidentales la antigua y natural aliada de los czares, lo que valió como recompensa al hábil diplomático el gran cordon de la Legion de Honor.

(1) Véase en las *Memorias de Ultratumba*, el generoso apóstrofe, que empieza así: «Sobrevivir á los gobiernos, permanecer cuando un poder se va, declararse en permanencia, vanagloriarse de no pertenecer mas que al pais, ser el hombre de las cosas y no de los individuos, etcétera, etcétera, etcétera.»

M. de Bourqueney tiene unos sesenta años; ha visto mucho, ha observado mucho, y nadie mejor que él conoce el cuerpo diplomático europeo. Talento flexible, insinuante, sabe leer en un despacho lo que en él se halla, y lo que no se halla, y en cuanto á la historia de los tratados, ni el conde de Gerden ni Martens tienen nada que enseñarle.

Ignórase naturalmente la suma de ideas y de iniciativa que llevó al Consejo como Ministro de Negocios estranjeros; pero puede decirse, que todo lo que la esperiencia y una larga práctica pueden dar, lo posee á fondo. En los Ministerios le quieren, porque es por excelencia el hombre de la carrera. Posée tambien una conversacion amena y espiritual. es uno de los primeros dillettanti, y un gran inteligente en vinos. Rossini no tiene prosélito mas celoso, y hasta jurariamos, que la comida dada el 15 de agosto en Zurich, por M. de Bourqueney, fué una comida esquisita.

En el último reinado, casi siempre M. de Bourqueney comia en Palacio. Luis Felipe, que conocia el gusto delicado de su Ministro, se complacia en someter á su apreciacion ciertas rarezas del mejor gusto; y muchos de los ilustres comensales de las Tullerías, en aquella época, recuerdan aun la suave uncion con que M. de Bourqueney, despues de haberla gustado gravemente, respondia inclinándose: «¡Señor, está deliciosa!»

EL
PRÍNCIPE REGENTE DE PRUSIA.

—¿Quién es el Príncipe de Prusia? preguntaba un dia delante de nosotros un estranjero á uno de los hombres mas eminentes de la nueva administracion.

—El Príncipe de Prusia, se le contestó, es un prusiano.

Y en efecto, en esta réplica tan sencilla hay todo un carácter.— El Príncipe de Prusia tiene el aspecto de un verdadero soberano ; alto , robusto , la frente noble y despejada , la lealtad en el rostro. No insisto en la parte militar de su fisonomía; en la monarquía de Federico , en un Estado que ha llegado á ser lo que es por medio de la espada , todo Príncipe lleva al nacer el uniorme , y aun cuando solo tenga por les armas un gusto muy mediano , como mas de una vez se ha visto , la tradicion de familia exige que se tenga el aire marcial. Además, el Príncipe de Prusia tiene todas las cualidades de un soleado, y la vocacion en él sirve de norma á la actitud.

Se reconocerá, sin smbargo, en esa noble figura militar mucha amenidad y cortesía, dones encantadores que el Príncipe ha heredado de su ilustre madre la reina Luisa. Sin duda es muy bello ser un valiente soldado y parecerlo; pero para ser Rey, para ser un Regente sobre todo, se necesitan otras muchas cosas. Ahora bien, en el Príncipe de Prusia se descubre ante todo al militar mas bien que al político.

El Príncipe de Prusia, de un espíritu recto al par que honrado, pertenecé, sin embargo, á esa clase de hombres para los cuales ninguna leccion es perdida.

Tambien él tuvo sus dias malos, sus instantes de turbacion y de error, los que, desgraciadamente para los principios que representan, los legítimos herederos de las razas reales se han sometido como los demás hombres, y si recordamos la emigracion en Inglaterra de 1848, ese abandono precipitado del suelo de la patria en lo mas récio de la tormenta revolucionaria, es menos para reparar una falta olvidada de hoy mas, que para hacer ver lo provechosa que fué esa falta misma para las futuras garantías de la Alemania. No se respira impunemente el aire de un pais libre. Acogido en Inglaterra con los consejos y las instancias del mas ciego de los partidos, el hermano de Federico Guillermo IV hizo en ella en cierto modo su educacion constitucional, y eso fué sin duda lo que mas adelante dió por resultado entre el jóven hijo del Príncipe y la hija mayor de la Reina Victoria, esa alianza de que la Prusia se muestra hoy tan orgullosa con justo título.

Citaremos otra circunstancia que, no menos que esa estancia en Inglaterra, debia servir al Príncipe de Prusia para sacudir por siempre el espíritu de banderia. Se recordarán los violentos debates que se suscitaron con motivo de la Constitucion federal, cuya reforma reclamaba la mayoría de la Asamblea de Francfort. Era el deseo de la Alemania entera, y la Prusia debió asociarse á él; pero á despecho de los mayores esfuerzos estrellóse esa política contra la mala voluntad del Austria, enérgicamente sostenida en esa época por la Rusia. El príncipe de Prusia, que se habia declarado abiertamente por la reforma, esperimentó un resentimiento profundo por dicha derrota, y á datar desde este instante le volvió la espalda al partido de la *Cruz*, que no ha comprendido jamás que pudiese haber salvacion para Prusia, fuera de una absoluta sumision á la política de Austria y de Rusia.

Como repugnaba á su lealtad hacer la oposicion al gobierno de su hermano, se confinó en su mando militar de las provincias rhenanas, donde permaneció hasta el momento en que la guerra de Oriente vino de nuevo á poner frente á frente á los partidos. Sabidas son las disidencias de opinion que estallaron entre el Rey y el príncipe de Prusia, disidencias vigorosamente esplotadas por el embajador ruso, apoyado en el partido de la *Cruz*, y que dieron por resultado la dimision del general de Bonin, Ministro de la Guerra. En cualquier otra parte que en el seno de esta familia real, tan profundamente unida, semejante incidente habria podido traer consigo las peores consecuencias. La inviolable amistad que estos dos nobles corazones se profesaban desde la infancia, resistió á esa prueba como á tantas otras, y si el príncipe de Prusia estuvo en efecto á punto de alejarse de los negocios, el Rey respondió á esa veleidad de desaliento nombrándole general superior de infantería, dignidad equivalente á la de feld-mariscal, de la que solo es uso en Prusia revestir á un príncipe de la sangre.

Este tierno y piadoso afecto de los dos ilustres hermanos, contra el que ningun acontecimiento habia jamás prevalecido, esplica la crísis de dolorosa vacilacion por que tuvo que pasar el príncipe de Prusia, cuando, en vida del Rey su hermano, iba á investírsele con la soberanía. Continuar, tal cual era la política de Federico Guillermo IV, contra la que habia protestado públicamente en estos últimos años sobre todo, no podia convenir á la dignidad de su carácter. Por otra parte, la honradez de su conciencia le reprochaba llevar al gobierno principios que sabia no eran enteramente los del Rey. ¿Qué pensaria de su conducta Federico Guillermo IV?

¿Qué diria de esos cambios su bien amado hermano, si por fortuna despertaba un dia su espíritu del letargo que le consumia? Añadamos que el rumor de estos cambios podia llegar á oidos del augusto enfermo, acompañado de los mas malévolos comentarios. Escrúpulos, se nos dirá; sea por los escrúpulos,

tánto mas, cuanto que en los tiempos en que vivimos son bastante raros para que se haga caso de ellos, aun entre los que están llamados á gobernar á los hombres. Por lo demás, semejantes móviles, solo se encuentran en las almas elevadas, y no podrian contradecir en nada la firmeza, que es una de las notables cualidades del regente, así como de su noble compañera.

El advenimiento constitucional de la Prusia ha sido muy laborioso, incierto, retrógrado algunas veces; no por eso es menos instructivo, y aun esperamos que sea mas rápido. Se echaba en cara á la raza alemana que era demasiado especulativa, abstracta á veces y violenta; que se complacia mas en la vaga independencia de los sistemas que en la libertad práctica de las instituciones; otro tanto sucede respecto á esa supuesta inclinacion nacional ante la cual permanecia firme, tal vez hasta el esceso, Guillermo IV, en su esfuerzo por no admitir en matería de libertades, sino las que él llamaba *consecuencias históricas*, y rechazar las demás como teorías peligrosas. Sea como quiera, la resistencia fué lealmente tenaz, sin ser absoluta; continuó sin destruir, sujetó el impulso sin romperlo, sin falsear gravemente el resorte. De ahí, ese fácil y dichoso progreso de ahora, bajo un nuevo ascendiente; de ese Príncipe ilustrado que lleva la corona, que tiene la mision mas noble que cumplir; esto es, afirmar la Constitucion con la completa accion que se le dejará, la union de los ánimos por medio del movimiento mismo de las Cámaras legislativas, y la justa influencia que este movimiento asegura al patriotismo, al talento y á la aptitud política.

El Rey hoy retirado del conflicto de los negocios, decia hace muchos años en una de las ocasiones solemnes que precedieron á sus luchas intestinas, que Prusia, fuerte con su compacto territorio y con sus quince millones de almas, la Prusia agrícola y guerrera, tenia señalado de hoy mas, un papel importante en Europa, y que no dejaría de desempeñarlo. Preciso es reconocer que su papel puede elevarse mucho en el órden moral y

político, con la entera y feliz accion de las garantías sociales, cuyo cuadro y formas tiene ya la Prusia.

Los ánimos están preparados, á ello: el primer ensayo se ha hecho, los inconvenientes están conocidos y sañalados, las ventajas bien comprendidas. Las doctrinas de M. Aucillon, no hallarían ya en Prusia un solo eco acreditado; todas las opiniones conocidas, quieren igualmente la monarquía obrando por las cámaras y con las cámaras. A esta disposicion dominante, se dirigia últimamente el sábio y firme lenguaje del príncipe depositario de la regencia.

El espíritu penetrante y tenaz que es tambien uno de los atributos de la raza alemana, triunfará sin obstáculo alguno del espíritu de ilusion y de quimera. Prusia es hoy por esto mismo, el terreno mejor preparado; los hombres responden á él en circunstancias dadas; y las prendas mas nobles de lo porvenir le prestan ahora su apoyo. Prusia, bajo tales auspicios, nos parece destinada á dar dentro de poco, dos grandes ejemplos al mundo: la realidad activa de las instituciones libres en una monarquía, y la práctica inteligente y verdadera de esas instituciones, sirviendo á la estabilidad del trono, y á la prosperidad y dignidad del país!

EL MARISCAL NIEL.

I.

En el arma de Ingenieros, el sitio de Sebastopol puso en evidencia dos personalidades notables; el general Todleben, por parte de los rusos, y el general Niel por la de los franceses. Francisco Todleben estaba al principio de su carrera militar, cuando estalló la guerra de Oriente. En menos de un año, y gracias al génio infatigable que desplegó en la defensa, debia pasar sucesivamente por los grados de capitan, comandante, teniente coronel, mariscal de campo, y ayudante general. Tambien á esta guerra el general Niel iba á deber una parte de su ilustracion; lo que hizo delante de Sebastopol pertenece de hoy mas á la historia, que unirá su nombre al recuerdo de ese sitio jigantesco. Y sin embargo, ese nombre tan glorioso no habia pasado hasta estos últimos tiempos de los límites del ejército. Se sabia que la defensa de Sebastopol habia tenido un héroe, se ignoraba que el ataque habia tenido igualmente el suyo, y la popularidad se daba con preferencia al general Todleben. Verdad es que en Francia son asi, muy inclinados á encapricharse con las glorias estranjeras, y á hacerles, aunque sea á costa de los suyos, los honores de sus periódicos y de sus cantatas. Además el general Niel, preciso es confe-

sarlo, no tiene nada de ese prestigio mas ó menos frívolo que presta á la imaginacion y hace de un hombre el leon del dia. Hombre de deber, de estudio, de buen juicio, los novelistas hallarian probablemente su fisonomía algo prosáica bajo el punto de vista del interés dramático; de ese interés no tenemos que ocuparnos; tenemos, á Dios gracias, mucho mas que hacer estudiando una vida honrada, laboriosa, sencilla al par que digna, y de una modestia llena de gracia en medio de los actos mas heróicos.

II.

Francisco Niel, hoy ayudante de campo del Emperador Napoleon III y mariscal de Francia, hizo sus estudios militares en la Escuela politécnica, de donde salió como subteniente del cuerpo de Ingenieros en Metz. Nació en 1802, y en 1827 ya era primer teniente; en 1835 capitan de Ingenieros. En 1836 se embarcaba para Africa, y figuraba en 1837 en el Estado Mayor general del cuerpo de espedicion contra Constantina. La toma de Constantina es el último episodio de la primera época de las guerras de Africa; el tratado de la Tafna estaba concluido, y el último vestigio del gobierno turco habia desaparecido. Empezaba un período de paz relativo. Pero la toma de Constantina, de donde debian datar para la conquista tan fecundos resultados, fué, como es sabido, de las mas rudas y difíciles; fué preciso ir dos veces, hacer dos campañas, y si la plaza concluyó por caer despues de muy sangrientas resistencias, el cuerpo de Ingenieros tuvo muy buena parte en la victoria. Y en este cuerpo de Ingenieros, obrero del buen éxito, el capitan Niel se distinguió de tal modo, que fué cumplimentado por el Ministro de la Guerra, y nombrado despues jefe de batallon, y luego, en 1838, teniente coronel.

Vuelto á Francia, sirvió en Metz en el tercer regimiento de Ingenieros, del que fué coronel en 1846. Su reputacion como uno

de los mas instruidos y de los mas capaces oficiales del cuerpo, hizo que en 1849 fuese agregado á la espedicion de Roma en calidad de jefe de Estado Mayor general, cuyo empleo fué, dos meses despues, seguido de su nombramiento de general de brigada, con el mando superior del cuerpo de Ingenieros durante la espedicion. Así intentó tres semanas durante el sitio de Roma, despues de haberlo intentado en vano el general Oudinot, con fuerzas insuficientes, apoderarse de la ciudad eterna, tan furiosamente defendida por Garibaldi y sus entusiastas legiones. Los hombres peritos en el arte de la guerra, y los eruditos en tan grave cuestion, están de acuerdo en alabar unánimemente el raro talento del mariscal Niel en las operaciones de este sitio; no hay, entre el Estado Mayor del ejército, mas que una voz para ponderar su singular aptitud en discernir el verdadero punto elegible para el ataque, así como tambien para celebrar su ejecucion en los trabajos de trincheras.

Al cabo de tres semanas, habia abierto ya una brecha, que fué atacada el 20 de junio. Despues, á pesar de la mas obstinada resistencia en el interior, habiendo tomado las tropas francesas el primero y principal bastion, siguióse la capitulacion de la ciudad el 5 de julio.

El general Niel, que se habia cubierto de gloria en esta espedicion, fué á su regreso agregado al Ministerio de la Guerra como individuo de la comision de Ingenieros, y desde 1853 era general de division, cuando recibió el mando de las tropas de Ingenieros en el cuerpo de ejército que, en agosto de 1854, se dirigió hácia el Báltico á las órdenes del general Baraguay D'Hilliers.

Tratábase de apoderarse de Bomarsund en las islas de Aland. Este punto, fortificado por la parte del mar, no lo estaba aun por la parte de tierra, sino muy imperfectamente. Las tropas francesas desembarcaron, el general Niel hizo disparar dos baterías contra la torre del Sur que dominaba toda la ciudadela, y en dos dias la artillería rusa fué reducida al silencio. Mientras la

guarnícion, creyéndose atacada solamente por la parte del mar, se reia de una impotente tentativa, el fuego de las baterías francesas fué de pronto á sorprender y conmover tan vigorosamente la plaza, que el dia 16 tuvo que capitular. Esta rápida y brillante espedicion no podia menos de ser en alto grado favorable al general Niel; su fama creció en el ejército, y tambien su favor con el Emperador, que le nombró á principios de 1855 su ayudante de campo, y le encargó casi en seguida de una mision de confianza en Crimea. El sitio de Sebastopol no adelantaba, y la cuestion era saber por qué eran inútiles hacia tamto tiempo los esfuerzos combinados de los franceses y de los ingleses.

La espedicion de Roma y la toma reciente de la fortaleza de Bomarsund, daban una gran importancia á la presencia en Crimea del general Niel. Sin partido tomado de antemano, debia examinar las obras de ataque y de defensa; apreciar las eventualidades posibles, tanto favorables como contrarias, é inspirar nuevas ideas.

Su permanencia en Crimea era un acontecimiento.

El general en jefe acogió con alegría al enviado del Emperador, que empezó en seguida las esploraciones; sondeó el terreno en sus partes mas minuciosas, consideró todos los obstáculos, escuchó las apreciaciones de los jefes distinguidos de las diferentes armas, que hacia cuatro meses seguian paso á paso el progreso ascendente de este estraño sitio, visitó los trabajos de las cercanías, examinó las obras de defensa del enemigo, y las protecciones de toda clase que la naturaleza habia sembrado con profusion en torno de Sebastopol. «Desde su llegada, escribia el general en jefe con fecha 4 de febrero, no ha cesado el general Niel de estudiar la plaza de cerca, plaza que en su inmensa estension, participa de ciudad fuerte, y de campo atrincherado; con su esperiencia ha podido apreciar las dificultades y el aumento que esas dificultades han producido en la desanimacion tan sensible del valiente ejército inglés, con quien hemos empezado á medias el sitio de Sebastopol.»

Se estaba entonces en el mes de febrero de 1855. El sitio de Sebastopol duraba hacia cuatro meses. Una permanencia de tres semanas convenció al general Niel de que el ataque iba dirihido en falso, y que en vez de atacar á la ciudad de Sebastopol, todos los esfuerzos debian encaminarse á hacerlo contra el arrabal de Karabelnaja, porque allí se hallaba el camino que conducia al bastion Malakoff, el punto mas fuerte, y el mas importante de la defensa. «En resúmen, escribia el general, cualquiera que sea el partido que se tome respecto al cerco, y á pesar del peligro que hay en estender hasta la derecha, caminos ya tan adelantados, es preciso atacar la plaza por la parte de Malakoff.»

En efecto, una vez tomado Malakoff, se dominaba toda la parte Sur y el puerto de Sebastopol, y la perspectiva de semejantes ventajas parecia motivar bien los nuevos y terribles sacrificios que debian imponerse para apoderarse de este punto.

El general Niel estaba en Constantinopla, en el momento de embarcarse para Francia, cuando recibió órden de regresar á Crimea. El Emperador queria que el general presenciase el sitio, aunque no fuese mas que para animar las operaciones, y cuando el 7 de abril el general Briot cayó herido á muerte de una bala, el general Niel tomó en su lugar el mando de Ingenieros y la direccion superior de los trabajos de ataque.

El general Niel dirigió al principio el sistema practicado hasta entonces, pero no habiendo dado resultado alguno decisivo el bombardeo del 6 de mayo, el general Canrobert, cuyas relaciones con lord Raglan se habian vuelto muy difíciles, juzgó de su deber abdicar el mando en jefe.

Su sucesor, el general Pelissier, halló en seguida en el general Niel al hombre de su sistema, sistema de energía hasta morir, que debia traer consigo infaliblemente la caida de la fortaleza. Desde entonces los cañones no cesaron de disparar; por una continuacion no interrumpida de bombardeos y de asaltos, se tomaron una tras otra todas las posiciones del ene-

migo, y las tropas de Ingenieros estableciéndose inmediatamente en estas posiciones, en vez de seguir los preceptos de Vauban, y de adelantarse con lentitud y método, no hicieron mas en cierto modo, que proceder por saltos impetuosos, tomando por último punto de mira el frente del reducto de Malakoff donde las victoriosas columnas francesas debian plantar su bandera el 8 de setiembre de 1855.

III.

Por la grandeza de los medios puestos en obra, y la habilidad de la direccion de una y otra parte, el sitio de Sebastopol, que duró mas de trescientos cuarenta y nueve dias, escede tal vez á todo cuanto habia podido verse hasta entonces. Las zanjas de los aliados comprendian una estension de once millas geográficas. Se emplearon mas de ochenta mil gaviones, de sesenta mil fagines, de un millon de sacos de tierra; la batería al fin tenia ochocientas piezas, y el número de disparos contra la fortaleza se eleva á un total de cerca de un millon seiscientos mil. En recompensa de los servicios prestados por él delante de Sebastopol, el general Niel recibió las insignias de gran cruz de la Legion de Honor. Encargado despues por el Emperador de redactar el diario de las operaciones del sitio, escribió una obra notable que ha arrojado una luz brillante sobre esa página de la historia militar francesa, y que ha merecido en Europa la aprobacion de todas las personas competentes. Hoy el general Niel pasa con justo título por uno de los ingenieros mas notables, y su palabra es autoridad.

Su posicion, ya tan elevada en el ejército, habia tomado últimamente una significacion particular, gracias á la confianza en que le tenia el Emperador, del que era uno de los ayudantes de campo, y que mas de una vez le ha empleado en misiones políticas.

Así es, que el general Niel no ha olvidado que fué uno de los

oficiales de la casa que acompañaron al príncipe Napoleon á Turin. Esta mision tenia el doble objeto de representar al Emperador en la ceremonia del casamiento de S. A. Imperial, y al mismo tiempo estudiar la línea de defensa y de fortificaciones del Piamonte.

Al confiar Napoleon III al general Niel el mando del cuarto cuerpo de ejército, solo queria darle ocasion de que ganase el baston de mariscal, reconociendo al mismo tiempo los brillantes servicios prestados en Roma, en Crimea y en el Báltico por este eminente oficial general. La ocasion no se ha hecho esperar, y la dignidad de mariscal de Francia, ese grado supremo de que acaban de investirle, si bien es la recompensa directa de su conducta en la jornada de Solferino, no por eso era menos digno de ella hacia mucho tiempo.

EL PRÍNCIPE DE METTERNICH.

I.

En uno de los arrabales de Viena, en el camino que conduce á Rennweg, se eleva una residencia deliciosa construida á la italiana, y en cuyo frente lleva escritas estas palabras: Villa Metternich. Grupos de árboles y flores, espléndidos bosquecillos de rosas blancas se escapan en guirnaldas de una inmensa fuente de mármol, y adornan el verde tapete de musgo que se estiende delante del peristilo durante la bella estacion, y no podeis poner el pié en el suelo de esa hospitalaria mansion, sin hollar un mosáico que os dice: Salve. El vestíbulo está atestado de objetos de arte, estátuas de Cánova, de Thorwaldsen, de Tencrani; vasos de malaquita, presente de los soberanos del Norte. A la izquierda está el salon que servia en otro tiempo á la princesa; á la derecha se abren los departamentos de recepcion, llenos de obras maestras de toda especie. Allí es donde se retiró el príncipe de Metternich, lejos del rumor de la gran ciudad, y sin embargo, á la vista aun de su movimiento; allí es donde hace pocos dias, el emperador Francisco José, en el momento de partir para Italia, iba á hablar con los augures, y á recogerse á la voz melancólica de lo pasado.

Allí, cualquiera que iba á llamar estaba seguro de hallar á un anciano amable, siempre solícito, y mostrando la urbanidad mas esquisita. M. de Metternich hablaba lentamente, gravemente, lo que unido á la inmovilidad de su fisonomía, á la sobrie-

dad de su gesto, daba á su conversacion algo de solemne y de augural. Cuando digo su conversacion, debería decir su monólogo. Con tales hombres no se debe esperar hablar, porque el interlocutor no hace otra cosa que replicar.

Refieren, juzgan, y la objeccion que les podeis hacer cuando se han pronunciado, les ofrece en seguida horizontes inconmensurables. He visto en mi vida muchos hombres ilustres destronados á quienes devoraba su ociosidad, muchos poderosos del dia anterior que no podian consolarse de su retirada del mundo, pero debo decir que nada de esto se advertia en M. de Metternich. Lo que por el contrario os chocaba en ese patriarca de la diplomacia, era su calma, era esa indulgencia suprema que profesaba á los acontecimientos y personas, cualesquiera que estas fuesen y cualesquiera que fuesen aquellos. Todos los que, despues de las jornadas de marzo y durante su permanencia en Lóndres y en Bruselas, tuvieron el honor de visitarle, fueron testigos de esa dignidad sencilla que sabía conservar en medio de los reveses de la fortuna. «Los séres desocupados, decía con frecuencia, son los que sucumben mas fácilmente á los ataques de la vejez y de la adversidad.»

M. de Metternich amaba ardientemente el estudio, y no cesó jamás de interesarse en la política, aun cuando ya no perteneciese á ella. Por otro lado, ¿ha dejado de pertenecer alguna vez? ¿De lejos ó de cerca, directa ó indirectamente, no ha estado siempre mezclado con la administracion? Refiérese que estando en el poder el príncipe Schwarzenberg rogó un dia al príncipe de Metternich que le ayudase. «¿Habia yo de mezclarme en eso? le respondió el ex-archicanciller; si esa política me hubiese parecido buena, hace mucho tiempo que yo mismo la habria practicado, y puesto que no lo he hecho, es porque la he juzgado mala.» Y mala era en efecto, porque á esa política á vida ó á muerte para con Italia, á esa política de centralizacion y de oposicion interiormente y de ingratitud en lo esterior, debe Austria la posicion crítica en que hoy se halla, lo que no quiere

decir que la política de M. Metternich fuese la buena, aun admitiendo su punto de vista.

Testigo de ello su política cuando la revolucion de Grecia, política de aislamiento y de rencor, que le hizo sacrificar los verdaderos intereses de su pais á la mas mezquina interpretacion del principio de legitimidad. Mientras el 6 de julio de 1827, Francia, Inglaterra y Rusia firmaban el célebre tratado de intervencion armada que debia, tres meses despues, dar por resultado la batalla de Navarino, M. de Metternich, olvidando las ventajas que iba á dejar que la Rusia tomase sobre el Danubio y en el Adriático, se contentaba con hacer votos por el gran Turco, que insistia en mirar como al soberano *legítimo* de las valientes poblaciones insurrectas. ¡Si á lo menos hubiese tenido francamente el valor de su opinion, por muy impopular que fuera, si no hubiese abandonado jamás esa legitimidad cuyo principio conservaba frente á frente de un déspota musulman! ¡Pero no! ¡Apenas habia sido derribado de su trono el rey Cárlos X, cuando se aceptaba el *hecho cumplido* y se reconocia esa separacion de la Holanda y de la Bélgica, que fué el primer ataque vigoroso dado á los tratados de Viena! Verdad es que bajo estas aceptaciones se ocultaba perfectamente el mal humor, y que se reservaba *in petto* hacer pagar con vulgares impertinencias á la monarquía de julio las miserias de que se sentia culpable respecto al príncipe.

Todo el mundo conocia el apóstrofe demasiado famoso de la princesa de Metternich al mariscal Maison.

—Teneis una diadema magnífica, señora, habia dicho una noche en una fiesta el embajador de Luis Felipe á la mujer del archi-canciller de córte y de Estado, la cual respondió fieramente y con ese tono altanero que no tenia igual:

—¡Sí, señor mariscal, y esto al menos no es robado!

La insolencia de semejante alusion no podia ser soportada, y al otro dia el representante del Rey Luis Felipe iba á pedir cuenta de ello á M. de Metternich. El anciano Marqués Maison,

hombre de costumbres poco sufridas, era uno de esos diplomáticos militares de la escuela del mariscal Soult, y que comprendia mejor que nadie lo que se debe á ciertas preocupaciones. Habia habido una ofensa, se necesitaba una reparacion: el embajador de Francia pidió escusas. Y como amenazaba enfadarse sériamente, el príncipe de Metternich arregló el asunto confesando que su querida mitad habia cometido, con efecto, una grosería.

—¡Pero qué quereis, mi querido mariscal, añadió: yo no puedo hacer nada en ello, y yo no la he educado!

II.

La heroina de esta anécdota era la condesa Melania Zichy, tercera mujer del príncipe, que murió en 1854. Por lo demás, los Zichy son muy ricos en escándalos de este género, y muchas de sus palabras permanecerán como clásicas. M. de Metternich, en su juventud, habia sido un buen mozo, y en cuanto á la galantería y aventuras amorosas, se le citaba, bajo el primer imperio, como un verdadero Lovelace. Las personas que le vieron en París cuando el casamiento de María Luisa, os dirán que robaba todos los corazones.

En los salones diplomáticos era sobre todo donde el jóven héroe ejercia sus estragos, y la lista de las víctimas que hizo seria demasiado larga, víctimas de las que mas de una se convirtió de sus resultas en Egeria, lo cual, por otra parte, no deja de reproducirse con frecuencia en la vida de los hombres de Estado, con los que nada se pierde; galantería hoy, política mañana, siempre intriga y misterio, y las mujeres se complacen en las confidencias, y de este modo se desquitan del fastidio.

Hé dicho que el príncipe de Metternich se casó tres veces. Tenia veinte años, cuando el 27 de setiembre de 1795 casó con su primera mujer la condesa Eleonora Kaunit, nieta del archicanciller de María Teresa. Esta alianza con una de las casas mas

grandes del Austria y de las mas opulentas, no hacia mas que aumentar el crédito del jóven diplomático. Asistió como diputado de la nobleza de Wesfalia, al Congreso de Rastadt, donde su padre figuraba en calidad de primer plenipotenciario de la córte de Viena, y en 1801 fué nombrado Ministro en Dresde, puesto que despues de pasados cincuenta años, ocupaba ayer aun uno de sus hijos, el príncipe Ricardo Metternich (1), hijo único de su segunda mujer.

Tuvo siete de la primera, que murió el 25 de marzo de 1825.

Aquí se coloca la historia de su segundo casamiento con la jóven y encantadora María Antonieta de Leykan, que no hizo en cierto modo sino brillar un instante y desaparecer. El Príncipe tenia ya cincuenta y cuatro años cumplidos cuando se enamoró de ella, con un tierno é irresistible sentimiento. La señorita de Leykam no tenia ni gran nacimiento, ni gran fortuna; pero era bella hasta el estremo de deslumbrar á todo un Congreso, y el Príncipe, ardiendo como un Aquiles, el Príncipe, que además tenia nacimiento y fortuna por dos, y aun por cuatro, ofreció galantemente su mano, y se consideró muy feliz al verse acogido.

Quien vió con malos ojos esta cuestion, fué la nobleza de Viena: la *nata* y *flor* de esta nobleza se conmovió, se agrió, y su descontento fué tal que protestó, yendo tan allá esta malevolencia, que cuando dos años despues la jóven princesa murió de parto, corrieron en la ciudad los rumores mas absurdos é increibles. Se habló de envenenamiento, de una máscara aplicada sobre el rostro del cadáver para ocultar á todas las miradas la súbita descomposicion de las facciones, y muchos incrédulos conservan hoy aun la tradicion de los ridículos comentarios que se echaron á volar en esta circunstancia.

El príncipe sintió amargamente la pérdida de su mujer, á

(1) Nació el 12 de enero de 1820, y es actualmente embajador de Austria cerca de la córte de Napoleon III.

quien no habia cesado de adorar, y recibió este golpe con esa dignidad tranquila, ese estoicismo cristiano de que siempre hizo uso en todas las adversidades de la fortuna. No vamos á juzgar la vida política de M. de Metternich, la historia y la posteridad pronunciarán su fallo sobre ella; nosotros somos demasiado modestos para atrevernos á arrogarnos el derecho de hablar en su nombre; pero lo que al menos puede decirse es que su vida privada fué siempre la de un hombre honrado.

El noble empleo que hizo hasta el fin de su inmensa fortuna, le concilió la estimacion de las personas que menos inclinadas se hallaban á aprobar su sistema de gobierno. M. de Metternich no se contentaba con abrir su bolsa como un gran señor á todas las desgracias; como profesaba principios muy religiosos, y los *practicaba*, su caridad iba mas allá de la que, en un hombre de su posicion, tenian derecho á exigir las simples conveniencias.

A cada instante sucedia que se volvia á la mitad de su paseo para ir á visitar á alguna pobre familia que subsistia de su secreta limosna, y que tal vez no haya conocido jamás el nombre de su bienhechor. Cuando el cólera, tomó esta caridad la forma de una verdadera abnegacion; él mismo socorria á los enfermos, y la princesa de Metternich hallaba siempre algun pretesto para acompañarle á estas visitas, y tener su parte en las buenas obras.

Vengamos ahora á la tercera mujer, la condesa Melania Zichy, con quien el príncipe casó el 30 de enero de 1831. Era una jóven linda y graciosa, de mucho talento, pero de muy mal génio, y á la que nada costaba decir una impertinencia; por lo demás, un corazon escelente, y los ojos mas dulces del mundo, lo que, unido á ese ceño adusto y humorístico de los Zichy, componia un conjunto de los mas gratos.

Cuando M. de Metternich la solicitó, la jóven condesa no era ya libre, segun se refiere. La señorita Melania Zichy estaba á punto de *casarse con otro*, como se dice en las óperas cómicas;

pero á la idea de ser esposa del archicanciller del imperio, despertóse su ambicion, tanto, que en un abrir y cerrar de ojos el amor fué derrotado. Viéndose de esta suerte despedido el jóven y elegante caballero con quien se iba á casar, juró no consolarse nunca, y partió para lejanos climas, siempre como en las óperas cómicas. ¡Sin embargo, la noble jóven dió para siempre su palabra al muy alto y muy poderoso anciano, de cuyos destinos participó así antes como despues de 1845, no menos tranquila ni menos altanera, al otro dia de su caida, preciso es decirlo, de lo que lo fué en medio de las grandezas!

Sabidos son los acontecimientos que siguieron en Europa á la revolucion de febrero, y de qué modo el reguero de pólvora encendido en París puso fuego á todas las capitales. En Viena, como en todas partes, se querian reformas, y las hubo. Pero lo que se reclamaba ante todo, era la caida inmediata del hombre de Estado, á quien se atribuia un odio inveterado, una animosidad sistemática contra todo espíritu de progreso.

III.

El 13 de marzo de 1848, la multitud invadia los departamentos del archiduque Luis. El príncipe de Metternich, retirado cerca de allí en una habitacion, hallábase escribiendo un despacho, cuando los clamores siempre crecientes que salian de la pieza inmediata, llegaron á él. Levántase al instante, entra en el salon, y se informa de la causa de semejante gritería; pero apenas ha sabido que lo que se exige es su retirada, con una calma perfecta, y una voz cuyo acento impone á sus mismos enemigos:

«La preocupacion de mi vida entera, dice, ha sido la dicha de Austria, y no podré mirar hoy como un sacrificio el abandono del elevado puesto adonde me habia llamado la confianza de mi soberano, tan luego como esta dimision pueda ser útil á mi país.»

Lo que pasa en tales circunstancias no varia casi nunca, y cuando un Ministro, llámese Polignac ó Metternich, ha arrostrado las iras del pueblo, lo mejor que puede hacer este Ministro en todos los paises es *ausentarse*. Jamás olvidaré á un pobre hombre, vendedor de coco, que iba por el boulevard el 24 de febrero gritando con voz ronca: *A dos cuartos la piel de Guizot*; *¡viva la reforma!* Ahora bien; no eran solo los vendedores de coco de Viena los que pedian *la piel de Metternich*, sino los estudiantes, los obreros, toda una poblacion armada, en el paroxismo del odio.

Tratábase de huir lo mas pronto posible. Pero, ¿cómo salir de la ciudad y ganar á Francfort á través de los paises insurrectos, donde el grito de: *¡Muera Metternich!* servia por do quiera de enseña? Un picador del príncipe, cuyo génio inventivo estaba á la altura de las circunstancias, imaginó al momento un espediente que debia tener buen éxito.

Se *embala* al ex-primer Ministro y á su mujer en un carruaje que despues se forra como un bulto ordinario de hule y de paja, dejando justamente las aberturas necesarias para que penetre un poco de aire, y el equipaje, enganchado en dos caballos de alquiler, sale de Viena al paso, y como pudiera hacerlo un carruaje que saliese del taller de coches, espedido para su destino.

¡Estraña travesía, durante la cual habria momentos de angustia, al mismo tiempo que de meditacion sobre la nada de las grandezas humanas!

Por poco lo echa todo á perder el cochero en un instante, al hacer pasar víveres á los viajeros que se morian de hambre. ¿Necesitaré decir que era un cochero disfrazado? Y en este piadoso servidor, que lleva un sombrero de cuadra y un carrick color de avellana, ¡no se ha reconocido al noble caballero, prometido en otro tiempo de la jóven condesa, y que, de regreso de sus lejanos viajes, despues de haber vuelto á hablar á aquella por quien un corazon no cesó jamás de latir, se consideraba aun demasiado dichoso consagrándole con abnegacion!

20.ª *entrega*, 8 *págs.*, 153 *á* 160.

Despues de haber permanecido en Lóndres algun tiempo el príncipe y la princesa de Metternich fueron á Bruselas, donde permanecieron hasta el mes de junio de 1851, en cuya época les fué permitido regresar á Alemania. En Bruselas, M. de Metternich hacia la vida tranquila y retirada de un sábio. Pasaba el dia estudiando, salia á dar un paseo en carruaje, y á las cuatro de la tarde, y todas las noches, indistintamente, su casa estaba abierta. A las ocho entraba en el salon, donde la princesa recibia en confiancia, y á las diez en punto se retiraba. Ya se comprenderá de qué interés era su conversacion durante este intervalo. Lo que pasaba en Francia en esta época le ocupaba como un problema, que se ingeniaba en resolver con esa juiciosa imparcialidad de un gran espíritu retirado de los negocios, y en cierto modo superior á ellos. Era, si se quiere, una política consultiva; pero ¡qué claridad en las apreciaciones, qué sagacidad en el juicio que formaba de los hombres, y cuántos oráculos salidos de su boca se han realizado ya! La inteligencia tiene, como la virtud, esa especie de dominacion de que no puede uno librarse, y yo esclamaria con sumo gusto al hablar de un personaje semejante congrado á la impopular de todo un siglo: «¡Mucho le será perdonado, porque ha pensado mucho!»

Nada mas fácil, despues de todo, que vilipendiar á tales hombres y denunciarlos, en el artículo de un periódico, á la execracion de las edades presentes y futuras. ¡Cuántas diatribas no se han escrito y se escribirán contra M. de Talleyrand, M. de Metternich, y M. Guizot! Dios no quiera que yo pretenda negar el derecho que hay de vituperar lo que es vituperable, de clamar contra la injusticia; quiero solamente, en el ejercicio de ese derecho, que nadie piense poner en duda alguna menos violencia y resolucion. Pero despues de todo, poco me importa todo eso, y me alegro, porque confieso que tanta responsabilidad me asustaria. A otros, pues, mas hábiles y virtuosos toca el cuidado de recriminar y vilipendiar; yo les abandono la política, y concluyo diciendo como Stendhal: «¡Qué mueble es ese hombre!»

FEDERICO GUILLERMO IV,

REY DE PRUSIA.

I.

Era en 1847: Federico Guillermo IV celebraba en esta época los bellos dias de su reinado, y se consolaba, en medio de sus sábios, de sus poetas y de sus artistas, de las concesiones que el espíritu del tiempo le arrancaba, concesiones doblemente penosas y crueles cuando se piensa que ningun monarca fué tal vez mas celoso que este de los derechos de su corona, y se imagina lo que debió costarle á ese descendiente de los viejos bourgraves de Nuremberg, poner entre él y sus pueblos esa condenada hoja de papel, menos mala, despues de todo, de lo que se dice, porque se la vuelve á hallar en momentos difíciles, y si los individuos pasan, ella permanece: *scripta manent.*

Como tenia el corazon recto y magnánimo, su sueño habria sido el de reinar como un príncipe de la edad media, como un Rey caballero, que desde lo alto del trono hace llover sobre sus pueblos los tesoros de su cordura y de sus beneficios. Tal vez se hubiese decidido á otorgar una Constitucion, pero en su dia, en su hora, despues de haberla elaborado él solo, en silencio, y lentamente impregnada de todas las poesías tradicionales, y de todo el misticismo de lo pasado.

En vez de esto, se le tomó por la fuerza.

Pensaba y queria como Rey; pero el siglo era práctico y po-

sitivo.—Tiempo que se agita, Rey que medita, no podian caminar juntos. ¡Qué de torpezas, cuántas tribulaciones y miserias!

En 1848 fué preciso romper, y si desde entonces el divorcio habia cesado, no sucedió lo mismo con los ataques. Dios, que lee en el corazon de los Reyes, conoce solo el secreto del mal que agita hoy á esa honrada y vasta inteligencia, y todas las ilusiones perdidas en el fondo del corazon de Guillermo IV, cuyo espíritu va languideciendo como otro Rey Lear.

II.

No importa: en esa época no habia tenido aun lugar nada que no fuese irreparable; podia haber dificultades, recriminaciones, pero todo esto sin gran consecuencia; el desaliento, á Dios gracias, no se dejaba presentir, y contra las preocupaciones de lo presente, cuántos consuelos en la poesía y en las bellas artes! Federico Guillermo IV no creó el movimiento romántico, que fué en Alemania el producto del sentimiento nacional sobreescitado contra Francia por las guerras del imperio; pero se apropió sus restos como un refinado dilettanti. El anciano Teck, cuando leia *Phautasus* y *Zerbino* en Charlottenbourg, y cuando veia representar *Le Chat botté* en el teatro de Postdam, podia creerse en los dias de su juventud, cuando tantas obras maestras de que apenas nos ocupamos hoy, electrizaban las nuevas generaciones.

Otra golosina literaria de este Rey era hacer que representasen la *Antígona* de Sófocles, ó *El sueño de una noche de verano,* de Shakespeare, con la música de Mendelssohn.

¡Ay! ¿Quién lo sospecharia? Esos gustos, por muy inocentes, por muy honrosos que nos parezcan, y que, en un gran señor ordinario hubiesen escitado la admiracion, solo hallarán en el público frialdad y burla. La oposicion tomó pretesto de ello para reprochar al ilustre Mecenas que se aislase de la nacion hasta en

sus placeres. Admitimos que ese arcaismo no respondiese á las necesidades del momento, y somos de los que creen que hubiera sido mucho mejor ver á un príncipe suscitar en torno suyo á los grandes poetas, é imprimirles un arranque generoso hácia las cuestiones de interés general, como sucedió en otro tiempo en la pequeña corte de Weimar, cuya fama se elevó á una inmensa altura; pero los Cárlos Augusto son raros en la historia, y todo el mundo no tiene á Goethe y á Schiller á la mano.

Resulta de todo, que en esta ocasion como en tantas otras, se fué injusto y cruel con un rey de elevados instintos y de nobles costumbres, porque si podia hacer bien, podia tambien hacer mas mal, y nada le impedia en último análisis hacerse traducir los vaudevilles del Gimnasio ó del Palacio Real.

Un escritor amigo nuestro, ha trazado, no recordamos dónde, el divertido cuadro de una fiesta de córte, en que el rey Federico Guillermo, á quien tanto deseaba ver, se le apareció por vez primera. La nobleza de provincia habia corrido *in fiocchi*; Cornelio, dejándose distraer de sus composiciones religiosas, habia pintado en estilo dramático, y con una gracia ligeramente afectada, diversos héroes tomados de la *Jerusalem* del Taso; todos los poetas, todos los músicos y tambien todos los ministros y diplomáticos se hallaban presentes, porque con Federico Guillermo IV, Meyerbeer y Cornelio, Ranch y Tieck, pasaban primero; Eichorn y Stolberg, Usedom y Gerlach no venian hasta despues.

Pero recorramos, con los pasos del escritor que mas arriba hemos citado, esa espléndida fiesta, que Berlin no habia vuelto á ver desde los brillantes dias en que el águila prusiana estrechó entre sus garras su cetro real.

«Mi curiosidad é interés en medio de todo aquel murmullo, solo se veian escitados por una sola persona, lo demás me importaba poco. De repente, á través de esa multitud compacta, ábrese un camino en la inmensa estension de los salones, y ade-

lántase un hombre de dominó negro, con quevedos, y saludando á su paso á uno y otro lado. Era el Rey, la única figura que vestia color sombrío en aquella multitud vestida de tantos y tan diversos colores.

Como me hallaba colocado en direccion de sus quevedos, acercóse á mi y me habló de mi última obra en términos verdaderamente amables, que no se parecian en nada á esas obligadas vulgaridades que los príncipes balbucean de ordinario al oyente que se inclina con gran benevolencia. Poco tengo que decir de la fisonomía del Rey, medianamente agradable, si solo se tiene en cuenta la elegancia de la apostura y la belleza de las facciones; pero de una seduccion irresistible bajo el punto de vista de la dulzura afable, de la serenidad y de la estremada benevolencia de la espresion.»

No debemos olvidar la espresion espiritual entre los signos característicos de la figura del Rey. Era preciso verle despues de comer, yendo de un lado á otro, y hablando de todo con un entusiasmo, un talento y una oportunidad de buenas frases, que le habrian envidiado ciertamente los redactores del *Kladderadatasch*.

En estas ocasiones raramente tomaba la palabra el anciano Tieck; escuchaba, ó cuchicheaba con el que tenia al lado, pero su sonrisa maliciosa parecia decir: «Yo tambien tengo talento, y tanto, que he hecho muy difícil que lo tengan los demás.» Su gran asunto, por el pronto, era la lectura. Sabido es cómo sobresalia en este género de ejercicio, y que hubo un tiempo en que la juventud corria á Dresde de todas partes de la Alemania para oirle estudiar las obras maestras de Shakespeare y de Calderon, y pasar revista á todo el teatro griego, porque no se contentaba con leer; esplicaba, comentaba, criticaba, y sus lecturas eran verdaderos cursos de historia literaria.

En Berlin el Rey, tan justo apreciador del talento, y que entendia tan perfectamente poner á cada uno en su lugar, reservaba á Tieck para las reuniones íntimas, para los *círculos de*

familia. Esta especie de ejercicios de lectura eran sin duda alguna muy gratos; pero como ya hacia años que habia dejado de estar en armonía con el movimiento esterior, solo asistian á ellos algunas personas escogidas. El Rey, sentado delante de una mesa, divertíase en dibujar con lápiz asuntos de arquitectura; Tieck leia, y las damas bordaban ó hilaban; en cuanto á los hombres, sus goces no eran muchos, y si dos ó tres luchaban contra Morfeo, los otros cedian dulcemente á sus encantos y no se despertaban sino para echar una ojeada al reló, acechando si llegaba pronto la hora de la cena.

Sin embargo, las soirées musicales atraian al profano vulgar, y la alegre animacion: eran Jenny Lind y la Schræder-Devrient, en las que Meyerbeer acompañaba al piano á la infortunada condesa Rossi, que muy pronto habia de verse envuelta en esos triunfos del teatro, cuyo eco le perseguia ávidamente hasta en los salones. En el número de los huéspedes acostumbrados á estas recepciones íntimas, figuraba el anciano príncipe Wittgenstein, cortesano de la antigua escuela, último ejemplar de una especie que afortunadamente ha desaparecido. Frio, imperturbable en lo esterior, lleno de hiel y de odio interiormente, sabia con la sonrisa en los lábios lanzar á las personas una de esas impertinencias que hacen, segun dice Shakespeare, que el honor se les caiga de la boca como un diente podrido.

El difunto Rey, cuando queria librarse de un importuno, lo entregaba de ordinario al príncipe, que lo ejecutaba de mano maestra. Muy considerado, muy influyente en la antigua córte, el príncipe Wittgenstein era el hombre mas temido de la nueva. Los secretos que poseia y anécdotas escandalosas no se podia calcular, y jugar con él una partida era un honor que los diplomáticos se disputaban, prontos siempre á dejarse ganar. De ahí esas escenas eminentemente cómicas, cuadros impagables de costumbres, dignos de ocupar un puesto en el gabinete de un aficionado á curiosidades históricas. Pequeño de estatura, con un rostro apergaminado de arrugas, y cuyo aire de falsa

bondad intentaba ocultar una espresion harto maligna, tal se os aparecia el príncipe.

Durante el último reinado su crédito influia en todo. Él fué quien impidió á Goethe que fuese á Berlin, respondiendo al personaje que se habia entrometido en la negociacion: «Dejemos eso, yo sé de un modo cierto que al *amo* no le gustaria mucho.» Y tenia mucha razon al hablar así, conociendo, como conocia, el carácter y los gustos de Federico Guillermo III, el cual, en materia de escritores y poetas no quiso jamás á otro que á Augusto Lafontaine, su Homero y su Dios, cuyas novelas le leia en los viajes M. de Gumboldt, como otro Aristóteles. Sin embargo, el príncipe de Wittgenstein gozaba en Berlin de cierta popularidad, su casa de la *Behrenstrasse* era conocida de todos, y cuando su carruaje, al volver una esquina, se paraba ante la puerta donde brillaban dos farrolas, un grupo de pilluelos familiares y burlones se hallaba siempre reunido para saludarle al paso diciendo: «El viejo zorro viene á comer al castillo.»

La fisonomía mas imponente entre los miembros de la familia real, era el Príncipe de Prusia; pero la mas amable, sin contradiccion, el príncipe Augusto. Aunque de una edad ya avanzada, el príncipe tenia el pelo negro, y en sus ojos todo el ardor, toda la petulancia de la juventud. Si el *Almanaque de Gotha* no hubiese hablado, jamás hubiérais vuelto á ver en sus facciones el aire característico de la casa de Prusia.

Figúrense nuestros lectores un general francés del imperio: la misma desenvoltura, la misma decision, iguales modos galantes y caballerescos. El príncipe Augusto habia sido amigo de Mad. de Staél, y habia permanecido mucho tiempo en su casa, en Coppet. Era hermano del novelesco Luis Fernando, en el que adoraban todas las mujeres de aquella época: pareja heróica muy conocida en el país de Citéres, por un número infinito de victorias y conquistas que seria demasiado largo revelar, poéticos dioses en el brumoso firmamento de la Marche.

Sin embargo, los dias de prueba se acercaban, y mientras el

Rey solo soñaba con bellas artes, embellecimientos y grandes siglos, Berlin, inquieto, rencoroso, descontento, el humor sombrío y el espíritu mezquino, censuraba y vilipendiaba.

Dos campanadas fúnebres que sonaron en cierto modo golpe tras golpe, advirtieron á la familia real que se preparara para la catástrofe. La princesa Guillerma murió, y su hijo el príncipe Waldemar no tardó en seguirla á la tumba.

¡Estraña aparicion la de este jóven! Pálido, recogido, taciturno, sombrío, parecia un anacoreta. Reverso de la medalla de sus primos, solo sentia en su alma frialdad por el estado militar. La parada y las maniobras, embriaguez de los príncipes prusianos, no conmovian en modo alguno su corazon. Síntoma caprichoso en un hijo del sobrino del viejo Fritz; se le encontraba pensativo y melancólico por las solitarias alamedas del Thiergarten, y envuelto en su uniforme azul de cielo de oficial de dragones, dejando ver dibujada su alta y delgada estatura.

Muy pronto partió para la India. Este viaje, cuya interesante relacion ha escrito él mismo, debia costarle la vida. Su muerte admiró á todo el mundo, escepto á él, quien, segun se díce, la presentia: ¡triste y pobre destino, existencia perdida en cuidados que contrariaron su desarrollo!

Refiérese que la Reina Cristina de Suecia, para engañar el fastidio de las largas *soirées* de la corte, se divertia en sembrar de flores los escudos de su nobleza, dando un lirio á esta familia, una zarza, un clavel, una rama de yedra á aquella, lo que en suma era un pasatiempo mucho menos reprensible que el que usó despues con el infortunado Monaldeschi. Pues bien, la historia del jóven príncipe Waldemar nos recuerda involuntariamente esa rosa y ese lirio.

El fué en el escudo real de la casa de Prusia, esa flor estraviada entre los leones, las águilas y las espadas. Si en Luis Fernando la Prusia habia tenido un Bayard, tuvo un príncipe Hamlet en ese pálido y melancólico Waldemar. El padre tambien, el príncipe Guillermo, tio del Rey, murió algunos años despues;

era un hombre digno, bueno y escelente, lleno de inteligencia y de quietud, que nunca hizo sombra á nadie, y que tampoco á nadie hizo nunca mal. El príncipe Waldemar tenia por hermano al príncipe Adalberto, hoy general, naturaleza enteramente opuesta, temperamento sano, robusto, alegre, y por hermana á la Reina actual de Baviera, que, soltera aun en esta época, era una de las estrellas de la córte.

EMILIO NAUDIN.

Siempre que la fama trae á nuestro oido el nombre de un artista, le saludamos con verdadero entusiasmo, y nos parece escaso premio todavía, porque sabemos cuán caros hace pagar estos goces á los que proteje, dándolos á conocer en todo el mundo.

Muchas veces hemos oido hablar al público, y en sus palabras hemos descubierto una especie de envidia hácia los hombres célebres.

—¡Qué dichoso es! dicen unos.

—Los aplausos de todos deben hacerle el hombre mas feliz de la tierra, añaden otros.

—¡Todo sonrie para él!

—¡Quién estuviera en su lugar!

Estas y otras frases estereotipadas en las anteriores, son las que manifiestan el efecto que producen las celebridades contemporáneas ó históricas en esa gran masa llamada público, que piensa, siente y se mueve la mayor parte de las veces al unísono.

Pero si nosotros al escuchar estas espontáneas manifestacíones pudiéramos revelar algunos secretos que sabemos, si pudiéramos descubrir algunos misterios de esas existencias que tan felices aparecen á los ojos del mundo, no los creeriamos tan dichosos.

Para alcanzar uno de esos momentos brillantes que consiguen los artistas, han tenido que sufrir muchos instantes de duda, de abatimiento, de desprecio; han derramado muchas lágrimas, y si grande es una ovacion, grandes han sido los tormentos que la han precedido.

No por eso deja de ser aquella uno de los mayores goces de las almas privilegiadas; pero quisiéramos que al envidiar esos sublimes triunfos que consigue el génio, se consagrase un recuerdo cariñoso á sus padecimientos.

Hay sin embargo, algunos artistas para los que sonrie la fortuna desde sus primeros años, y casi siempre son los cantantes los mas favorecidos.

Su escelente voz ha escitado por ejemplo, la codicia de algun *entrepreneur*, y esta cualidad les ha facilitado una posicion tranquila y desahogada. Han comenzado á vivir, han tenido tiempo de pensar en su *yo*, han podido recibir impresiones, una direccion tan hábil como interesada los coloca en esa difícil situacion en que el público es juez y con su fallo puede hacer ó destruir las mas dichosas esperanzas, y hasta esa direccion se encarga de preparar el ánimo del juez y muchas veces *juzga* por sí misma.

Ya ven nuestros lectores á qué poca costa alcanzan algunos séres privilegiados el favor de la fama.

Pero aun en medio de esta fortuna hay oculto un pesar. Cuando el genio triunfa y quiere volar con las alas que le presta el entusiasmo, se encuentra encerrado en una triste fórmula.

—Eres mio por tanto tiempo, le dice su *entrepreneur*, y esta frase mata.

Sin embargo, hay algunos que sin pasar por esta horca caudina, llegan por una senda de flores á los triunfos; hay algunos seres tan afortunados que solo disfrutan, sin rendir el tributo de pesares que casi siempre hay que rendir á la gloria que alcanzan.

La naturaleza parece recomendarlos á la sociedad y esta se esmera en separar de su camino todos los abrojos.

Si tuviéramos que citar un ejemplo, recordaríamos el nombre de un célebre cantante, muy querido del público y que en la actual temporada, pisa por segunda vez, siempre con aplauso, la escena de nuestro régio coliseo.

Nuestros lectores habrán comprendido que aludimos al jóven tenor Emilio Naudin.

Este jóven cantante, que figura hoy en primer término, ha logrado escuchar los aplausos del público en casi todas la grandes capitales de Europa desde que dió su primer paso en el teatro de Cremona en los dias del carnaval de 1844.

Pero una vez que hoy con justicia está llamando la atencion en nuestro Regio coliseo, creemos que podrán interesar algunos datos biográficos de su vida, y antes de hablaros de su mérito como cantante, vamos á consignarlos en este artículo.

Emilio Naudin nació en Parma, su padre era pintor de cámara de S. M. la Reina María Luisa, y el jóven tenor heredó de su familia el amor á las artes que hoy conserva y que tantos aplausos le ha conquistado.

Desde sus primeros años soñó con la vida que hoy hace, y aunque estudió filosofía y á instancias de su padre cursó los primeros años de la carrera de Medicina, la lucha que sostenia su alma venció, y gracias á esta fuerza superior, el arte del canto ganó uno de sus mas privilegiados intérpretes.

Como hemos dicho, hizo su primera salida en el teatro de Crémona.

Una partitura del maestro Paccini, la *Saffo*, le proporcionó los primeros aplausos.

Desde entonces comenzó á ser deseado por los empresarios, y su fama y su mérito crecieron á un mismo tiempo.

Desde entonces ha cantado en los principales teatros de Italia y en muchos de las primeras capitales de Europa.

Crémona, Turin, Varese, Cesárea, Mántua, Verona, Trento,

Venecia, Vicenza, Cesena, Pádua, Bolonia, Módena, Fermo, Roma, Trieste, Florencia, Reggio, Sinigalia, Arcole, Odessa, San Petersburgo, Viena, Nápoles, Vitervo, Palermo, Brescia, Milan, Trevijo y Madrid: hé aquí los puntos que ha recorrido en su corta carrera. En algunos de ellos ha estado tres, cuatro y hasta cinco veces, y siempre ha sido saludado con aplausos, siempre ha encontrado amigos y admiradores.

Muy pocos artistas tienen un repertorio tan numeroso como Naudin. Estudioso y amante de su arte no ha dejado pasar un solo dia sin pensar en él, y en cada nueva representacion añade algun detalle, algun adorno á su particela, procurando siempre rendir el debido culto á la verdad artística que casi todos los cantantes descuidan.

Desde su aparicion en el teatro de Crémona, ha cantado las óperas siguientes: *Saffo, la Sonámbula, Torcuato Tasso, la Italiana en Argel, el Postillon dé Longeaumeau, Hernani, D. Pascuale, L'Albaino, Leonora, Gazza-Ladra, Il Ritorno del signor Zio, Lucía, el Templario, Luisa Strozzi, Saúl, Linda di Chamounix, Lucrecia Borgia, I Lombardi, D. Eustaquio, Juana de Arco, Beatrice di Tenda, I Masnadieri, I Puritani, Atila, Poliuto, I due Fóscari, Luisa Miller, Buondalmonte, Medea, Il Jiuramento, Rigoletto, Ana Bolena, Elixir d'Amore, María di Rohan, Traviata, Trovatore, Fornaretto, Roberto il Diavolo, Cenerentola, Adelia, el Rice, D. César de Bazan, Evelina, Matilde de Estan,* algunas otras que no recordamos.

Solo las óperas que hemos citado ascienden á cuarenta y cuatro, lo repetimos, pocos artistas tienen un repertorio tan rico y tan escogido como Naudin.

Algunos maestros han escrito óperas espresamente para él, y entre estos se cuentan Viceconti, que le escribió la *Evelina*; Pistilli, la *Matilde de Estan,* San Gallo *L'Albaino*, y Pedroti la *Isabella d'Aragone.*

Tambien ha tomado parte en muchos conciertos, y entre

sus triunfos, cuenta algunos académicos que le hacen mucho honor.

Ha sido nombrado socio de las Academias de Santa Cecilia de Bolonia y de Roma, de la de los Quirites de la misma capital, de las Filarmónicas de Viterbo y Florencia. Es profesor honorario de canto de alguna de estas corporaciones, y ha tomado parte en los conciertos de las córtes de Rusia, de Turin, de Florencia y de Parma.

Cuanto pudiéramos decir acerca del mérito del jóven tenor á quien tenemos el gusto de oir en nuestro regio coliseo, lo sabe el público.

Su voz es agradable, su estilo elegante: canta con espresion y comprendiendo bien los papeles que desempeña, sabe espresarlos con inspiracion.

En la *Linda*, en *Poliuto*, en el precioso poema de Bellini *I Puritani*, en cuantas óperas le hemos oido, nos ha dejado un grato recuerdo, que el público y la prensa ha sabido pagarle con aplausos sinceros.

Os deciamos al principio, que Naudin es uno de los artistas mas afortunados que hemos conocido.

Si su brillante carrera no fuese bastante á probarlo, os convenceriais al saber que está unido á una mujer que le hace felicísimo, os convenceriais al saber que para él la familia le ofrece tantos goces, como el mundo en donte tanto brilla.

ADELAIDA RISTORI.[1]

I.

No hay necesidad de preámbulo alguno para escribir la vida de Madama Ristori. En tiempos mas felices que los nuestros, y mas queridos de los poetas y de la poesía, los grandes talentos creadores, los altos intérpretes de las artes no nacian como las gentes vulgares. Un ruiseñor, pájaro de augurios muy dichosos, cantaba su gloria anticipadamente bajo el techo en que nacian, y arrullaba con sus proféticas melodías la cuna donde descansaba el nuevo genio: las abejas de Hybla venian á depositar su miel sobre los infantiles labios del recien nacido; las hadas benéficas, congregadas para la solemnidad del natalicio, prodigaban á la criatura los tesoros de virtud, de belleza y de talento que cabian en sus mágicos conjuros.

Hoy, por el contrario, han desaparecido las hadas despues de haber estampado su último beso en la frente del nieto de un sastre, que se llama Berengér; y no tenemos noticia de que ningun ser sobrenatural, ningun benéfico genio, se haya senta-

(1) Las dos últimas biografías se deben: la primera, al Sr. D. Julio Nombela, y la segunda, la de la Sra. Ristori, al Sr. Pastorfido; publicándola nosotros, como tributo al talento indisputable del autor de la biografía, y de la eminente artista que es objeto de ella.

do en forma visible y tangible á la cabecera de la madre de Adelaida Ristori en los momentos en que esta vino al mundo, allá en la pequeña ciudad de Civitale, en la provincia de Froul, cerca de Udina. Ninguna hada asistió ostensiblemente á su nacimiento ni estendió entonces sobre toda su vida la consabida influencia de su tutela sobrehumana. Adelaida Ristori, hija de dos pobres cómicos, pasó por todas las vicisitudes de la profesion que la impusieron tan luego como principió á ver y entender; y jamás desde entonces ha encontrado otro apoyo ni otra proteccion que su constancia, su talento, su trabajo y los favores del público.

Antonio Ristori, su padre, y Magdalena Pomatelli, su madre, pertenecian á la compañía Cavicchi, una de las sociedades nómadas que recorren con suerte y aventuras desiguales cien ó doscientas ciudades de Italia.

Adelaida hizo su primera salida á la escena á la edad..... de dos meses: figuraba entonces echada dentro de un canastillo en una pieza titulada *Los regalos de año nuevo*. Cuando cumplió cuatro años empezó ya á recitar papeles de niños, que desempeñó esclusivamente hasta llegar á los doce años: con esta edad fué por primera vez contratada por el famoso actor y director Moncalvo, empezando á desempeñar papeles de criada, confidenta y de dama, género á que fué sin duda el que le permitió hacer á los catorce años y por vez primera el papel de Francesca de Rimini en la tragedia de este nombre. Poco tiempo despues dió para su beneficio la representacion de una pieza arreglada del francés por Juan Borghi, á la sazon el primer autor cómico de Italia, y llamada *Los dos fantasmas*.

No tardó Adelaida Ristori en alcanzar cuán difícil era hacer algun progreso en el arte dramático, viviendo siempre de la manera errante é incierta con que lo hacen las compañías nómadas condenadas á plegarse á las exigencias de públicos atrasados y de escenarios subalternos. Aceptó, pues, muy gozosa una ocasion que se la presantaba, y entró en la compañía de

artistas del Rey de Cerdeña, dirigida entonces por el *Capocómico* Gaetano Bazzi, el director mas hábil é inteligente, sin duda alguna, de cuantos tiene la Italia. Bazzi es el autor del mejor, ya que no digamos del solo, tratado de declamacion dramática que existe en aquel país; y á mas de los consejos de su ilustrado maestro, halló Mad. Ristori, entre sus nuevos compañeros, un afecto de madre y las lecciones de un escelente profesor, todo reunido en la admirable actriz Carlota Marchionni. Acababa entonces nuestra trágica de cumplir quince años.

Adelaida Ristori siguió siendo el adorno de la compañía sarda bastante despues de que Mad. Marchionni se retirase del teatro, y desde aquella fecha (1840) trabajó al lado de Amalia Bettini, una de las estrellas mas brillantes de la escena italiana, pero estrella que por desgracia ha pasado como un cometa. Al año siguiente dejó Adelaida aquella compañía que habia presenciado su *debut* en el género sério, y que por una rara coincidencia habia de ser tras largos años testigo de sus mas ruidosos triunfos, y se contrató en la compañía Ducal de Parma, formada por Romualdo Mascherpa.

Adelaida Ristori hizo sus primeras creaciones en el teatro de Brefria en 1841, y durante los años subsiguientes hasta 1846 se presentó ya como una de las mas hábiles actrices cómicas de Italia en los papeles amorosos de primera dama. Mas tarde debia revelar su genio verdadero en una nueva faz de su vida y colocar en su frente la diadema de la musa trágica que hoy resplandece allí con tan brillante fulgor. Pero no debemos hablar aun de ella mas que como de una artista cómica y dramática citando las composiciones que por entonces obtenian su predileccion. Preferia, primeramente, las tres obras maestras de Goldoni; *la Locandiera, Gli Innamorati, Zelinda é Lindoro*; gustaba despues de *la Lusinghiera* y *la Fiera de Nota*; representaba *Cuore ed Arte*, de Leone Fortis, una de las mejores piezas del moderno teatro italiano; entraban tambien en su repertorio *Elisabetta, regina d'Inghilterra,* de Paolo Giacometti; *Picarda*

Donati, tragedia del jóven Marenco, hijo del autor de *Pia de Tolomei*; *I' Giornali,* del periodista Vollo; *La donna de cuaranta anni,* de Martini, comedia séria y elavada, uno de los pocos ejemplos que cuenta Italia de la alta comedia perteneciente al género de la *Camaraderie* y de la *Calumnia* de Mr. Scribe; por fin, todo el teatro (unas veinte piezas) de Gherardo Testa, uno de los autores mas espirituales de Italia, que ha escrito para Mad. Ristori una lindísima comedia titulada: *Il regno di Adelaide,* el reino de Adelaida.

II.

A mas de las admirables facultades con que dotó á Mad. Ristori la naturaleza, bien pródiga esta vez para dicha nuestra, posee esta artista una facilidad de asimilacion verdaderamente milagrosa. Diríase que la inspiracion de los grandes artistas, cuyo talento y sistema tanto ha estudiado, adquiere para inflamar el pecho de la trágica nueva fuerza y energía. En cierto concepto Adelaida Ristori debiera ser comparada á los espejos refractarios que reciben y devuelven con su reflejo el fuego y la luz; mas para que fuera exacta la comparacion, habria que hallar espejos cuyo foco prepotente aumentase la intensidad y el brillo del esplendor que reflejara.

Despues de estudiar con detencion y apropiarse con maña el juego escénico de Carlota Marchionni; despues de reemplazar con ventaja á aquella eminente actriz, que parecia esperar tan solo para retirarse de la escena un sucesor digno de ella, quiso Mad. Ristori rivalizar tambien con Amalia Bettini, colocada entonces con justicia por la voz pública á mayor altura que todas sus émulas. No la fué difícil conseguirlo: dotada tan ventajosamente como lo estaba, no habia ningun artista, por grande que se le suponga, cuyo talento fuera inaccesible á Mad. Ristori, que ya desempeñaba en aquella época papeles de dramas complicados por su argumento, y de dramas puramente sentimen-

tales; de comedias jocosas, de comedias de intriga y de comedias de costumbres. Goldoni no hubiera podido desear mejor intérprete para sus obras llenas de alegría, de giros flexibles y de tipos delicados perfectamente delineados, así como tampoco para sus comedias populares salpicadas de burlas y gracias puramente locales, y de los dialectos animados tan apetecidos por los amantes de la literatura plebeya. Lo propio sucede con los autores nuevos, que queriendo introducir en Italia la alta comedia, la comedia filosófica y moral, harto abandonada por los alegres autores del siglo pasado, encontraban en Adelaida Ristori, libre apenas del traje de Mirandolina, una Cesarina irreprensible. Los mismos dramaturgos, sea porque pensaran en hacer revivir los héroes y heroinas de la historia de Italia, tan rica en dramas concluidos, sea porque quisieran trasportar al otro lado de los Alpes los sangrientos fantasmas evocados por Bixerecourt ó Bouchardy, no deseaban jamás otra reina, ni mas amante, ni mas madre que la admirable artista á quien cuadraban bien todos los papeles, y que lograba imprimir alternativamente, y sin gran esfuerzo, en su semblante noble y bello todas las pasiones, todos los sentimientos, todas las emociones, todas las caretas posibles.

III.

Hablábamos hace poco del año de 1846. Esa fecha memorable en los fastos de la Italia contemporánea, está señalada tambien de la manera mas notable en la existencia de Mad. Ristori. Los distintos episodios que de ella vamos á referir, se hallan muy enlazados á los sucesos políticos de que fué teatro el país, y tuvieron su desenlace en la novelesca trasformacion que hizo de la hija de los pobres cómicos de Civitale, de la artista aplaudida y adorada en toda Italia, la esposa del heredero de una de las mas nobles familias romanas, dando á la Ristori el nombre y el título de Marquesa de Caprânica del Grillo. Algu-

nos de estos detalles llevan un sello tan estraño y tan teatral, que si no pudiéramos garantizar su autenticidad, se les creeria de buena gana invenciones nacidas en la mente de los que surten ordinariamente con sus obras los teatros de los boulevards parisienses.

Durante el curso de las representaciones que dió Adelaida en Roma, inspiró la pasion mas vehemente al Marqués Julian del Grillo, hijo del Marqués de Capránica, propietario del teatro que lleva este nombre y de otro mas considerable conocido bajo el de teatro *Valle*. Era aquel afecto algo mas que uno de esos frívolos sentimientos de que ordinariamente se glorían muchas mujeres de teatro; el jóven amante comenzó con una séria proposicion de casamiento. No habia razon alguna para creer que la noble familia de los Capránicas consintiese en aquel enlace. Esta consideracion obligó á los dos amantes á guardar en el mayor secreto sus relaciones, limitándose á un comercio epistolar, cuyos términos todos pueden imaginarse. Sin embargo de esa prudencia que debe tenerse por algo problemática en los dos jóvenes, el padre de Julian, como si dijéramos ese padre proverbial, terrible, y mucho mas terrible en la realidad que en las comedias, halló un medio muy sencillo de concluir con las relaciones; hizo que su hijo se internase en los Estados Romanos, mientras que Adelaida vivia en Florencia detenida por su contrata. Esta contrata acabó pronto, y la Ristori, aquejada entonces por una enfermedad de laringe, recibió luego una carta desesperanzada de Julian, que se asustaba con la idea de no volverla á ver. Renunciando á todo, no pensando ya en su enfermedad, escapa Adelaida de Florencia, vuela en un carruaje por el camino de Liorna, se embarca en esta ciudad, y despues de una violenta tempestad (único accidente que faltaba para hacer mas dramática la narracion) llega á Civita-Vecchia.

Sabe allí que Julian con su fiel amigo, sobrino del Cardenal Pacca, vive retirado en el castillo de Santa Severa, situado en la campiña de Roma; en uno de aquellos castillos con barbaca-

na, como los que se hallaban un tiempo en las Maremmes de Sienna, donde vimos morir á la Pia de Tolomei de una manera tan real y tan poética á la vez.

La trágica manda desde allá un aviso á Julian: despues va á verle en persona y á pasar á su lado su borrascosa luna de miel. Pero tambien era vana aquella esperanza. Seguia vigilando el Marqués de Capránica, y al saber la huida de la Ristori alcanza del Ministro una órden que manda á su jóven amante con una comision especial á Casena. Quiere Adelaida seguirle; pero tambien es imposible. En aquel momento acababa Pio IX de conceder la amnistía que devolvia á sus hogares las innumerables víctimas del gobierno anterior; no se hallaba una silla de posta; ni siquiera un infame calesin. Pero escrito estaba que los amantes habian de triunfar de todo y vencer los obstáculos casi insuperables que imposibilitaran hasta entonces sus planes, empleando, para realizar este, medios providenciales y semi-fabulosos. He nombrado hace poco á Camille, sobrino del Cardenal Pacca é inseparable amigo de Julian. Este ha sido ni mas ni menos el *Deus est machina* de tan estraño y novelesco amor. Camille ha sido para Julian, lo que Niso para Euriale, lo que Pílades para Orestes. Ha arrostrado por su amigo todos los ódios de una familia irritada; todas las decisivas y rigorosas medidas que son patrimonio ordinario y tradicional de los gobiernos despóticos en general. Camille (y hé aquí lo fabuloso de la historia) parece haber vivido durante estos años borrascosos tan solo para servicio y satisfaccion de su Julian; para ser su consejero, su ayudante; en fin, aquel Guzman proverbial que no reconoce obstáculos: le siguió á todas partes, y especialmente en aquella fuga al través de las Maremmes, espedicion mas sembrada de peligros que puede pensar el lector; le consoló durante las largas ausencias que hacian desesperar á los amantes de volverse á ver: á él por último, iban dirigidas las cartas de Adelaida y de Julian para burlar las pesquisas de que ambos amantes estaban rodeados.

En una palabra, si hay un Dios para los amantes, este Dios adquirió para los que nos ocupan formas humanas bajo el nombre de Camille Pacca.

La familia y las relaciones del jóven Marqués del Grillo se des hacian en esfuerzos por arrancar á este de tan violenta pasion, y le escribian cartas sobre cartas. Fácilmente se comprenderá que esa inundacion epistolar no contenia precisamente ditirambos en obsequio de la Ristori. Pero Julian no ocultaba ninguna de ellas á la que ya consideraba como compañera de toda su vida. Y á cada nuevo insulto, á cada nueva acusacion ó calumnia, repetia únicamente estas cuatro palabras: «¿Quieres que nos casemos?» Pero á pesar de las pocas formalidades que se exigen en la Italia meridional, no eran aquellas circunstancias á propósito para el suceso. Por otra parte, Adelaida sentia cierta repugnancia al pensar en pertenecer subrepticiamente á una familia que así la juzgaba. Partieron pues el uno para Florencia y el otro para Casena. Mas en el trozo de camino que anduvieron juntos, tocóles llegar á una aldea precisamente á la hora de misa. La puerta de la iglesia estaba abierta, el sacerdote se hallaba en el altar. El Marqués Julian del Grillo, la Ristori y su padre, bajaron del coche, entraron en la iglesia, se arrodillaron cerca del altar, y á la sombra protectora de la misa, los dos amantes declararon al sacerdote que se aceptaban mútuamente por marido y mujer, tomando por testigos á los asistentes. Este matrimonio expeditivo, en Italia es válido á falta de otro; solo que para reparar dignamente el escándalo, suelen ambos consortes pasar algun tiempo en una de aquellas prisiones que tanto abundan en aquel *hermoso país* donde florecen con ventura igual los limoneros y los esbirros.

No tardó en llegar la hora de la separacion. Julian pasó á Casena y Adelaida tomó sola el camino de Florencia. La correspondencia volvió á empezar con mas ahinco; pero el jóven Marqués no pudo tolerar largo tiempo la separacion, y cuando menos lo pensaba Adelaida llegó á sorprender á su esposa. Se-

guia pesando sobre ellos el entredicho familiar: Julian se vió obligado para salir de los Estados Romanos, en que su padre le encerraba como en una ancha prision, á disfrazarse de carretero y comprar el pasaporte de un bailarin por 800 escudos. Tuvo, pues, que esconderse en el cuarto de su mujer tan luego como llegó á Florencia; era media noche, y Mad. Ristori le halló en su habitacion al salir del teatro cargada de flores y de aplausos, oculto casi enteramente por las enaguas, vestidos y todo el tren de los trajes teatrales de su esposa.

Bien decia, pues, que esta historia seria juzgada como larga coleccion de invenciones y aventuras inverosímiles si se leyera en una novela en vez de hallarla en una biografía.

IV.

Encontramos aquí un ligero episodio que tendria gran importancia en las obras á que acabamos de aludir y que citaremos nosotros como recuerdo en nuestra verídica relacion. Al volver á Florencia con su marido, Adelaida Ristori, que llevaba en sus entrañas á su primer hijo, fué detenida en Porretla, sitio peligroso entre los confines de Toscana y los Estados Pontificios, por una partida de bandidos verdaderos, tales como no se hallan mas que en España, en Italia y en el teatro de la ópera cómica. Estos bandidos ataron á un árbol al Marqués, á quien uno de ellos vigilaba de cerca con el cañon de su pistola; hicieron acostar al padre de la Ristori en la actitud clásica del viajero robado, y procedieron por otra parte á examinar efectos y bagajes. La nueva Marquesa, sin dejarse intimidar por las amenazas de los ladrones, gritó «¡socorro!» durante todo el tiempo que exigieron estas operaciones; y se atrevió á soltar una carcajada en las barbas del capitan de bandidos que la asediaba con su baston, obrando con tal fortuna en este sistema, que los ladrones se decidieron á retirarse sin demasiado botin.

V.

Todas las historias de amor con obstáculos, como la que acabamos de referir, terminan del mismo modo: la reconciliacion y la bendicion paternal. La que primero prescindió de sus preocupaciones fué la Marquesa de Capránica, santa mujer y escelente madre, que al mirar la gravedad de la pasion concebida por su hijo, sintió alguna curiosidad de saber lo que era en realidad aquella sirena sobre la cual tantas calumnias la habian referido. Dijéronla que la Ristori era una mujer de sentimientos religiosos, sinceros y vehementes, y que la piedad con que embellece á María Stuart en sus últimas escenas salia de la verdadera fuente de la fé y de las creencias; pudo tambien convencerse la Marquesa de que jamás su nueva hija habia faltado á sus deberes de esposa fiel y buena cristiana.

Por otra parte, el corazon maternal de la Marquesa hizo oir su voz afectuosa y comenzó ella á visitar en secreto al primogénito de su hijo Julian y de la Ristori. La reconciliacion se completó muy luego, y gracias á los consejos del Cardenal Pacca, el matrimonio se celebró con regularidad en 1847, el dia de *San Fattibuono*, cuyo nombre parecia ser un benéfico augurio para el fausto acontecimiento. El Marqués padre, no asistió á la ceremonia; pero algun tiempo despues, cuando tuvo Adelaida su segundo hijo, se dejó engañar por un subterfugio y no pudo negar su bendicion á la familia juvenil.

VI.

La nueva Marquesa Capránica del Grillo tuvo que renunciar al teatro. Pero su familia contaba sin el demonio familiar de los grandes artistas que les consume, les devora y les obliga á subir nuevamente á la escena, á arrostrar de nuevo las tempestades del público, á doblarse bajo una lluvia de flores, al grato ruido

de los aplausos. Adelaida Ristori veia en sueños las creaciones de la tragedia, de la comedia y del drama, levantarse á su cabecera; oia los murmullos lejanos de la platea, y se despertaba al rumor de repentinos y fantásticos aplausos.

Un dia supo que un pobre director de escena, llamado Pisenti, acababa de ser encarcelado por sus deudas. Nadie habia impedido á la Marquesa del Grillo el ejercicio de su caridad: organizó, pues, rápidamente tres representaciones para socorrer al empresario arruinado; llegó el dia de la funcion, y tres horas antes de que se abriese el despacho no habia ya medio de acercarse al teatro; la muchedumbre sitiaba las entradas, rompia los cristales y derribaba las puertas. Pisenti se salvó, y la Italia maravillada pidió á gritos la reaparicion de su inimitable artista. Forzoso fué acceder. La Marquesa Capránica comprendió, que insistir, hubiera sido causar gran daño al arte dramático y privar á sus hijos de un rico patrimonio. Dió, pues, su vénia á la noble señora, y la permitió volver á ser para el público su favorita, su ídolo Adelaida Ristori. Hoy no tiene la gran actriz un admirador mas sincero, ni un entusiasta mas vehemente que su padre político.

El descanso de la Ristori habia durado dos años: al terminar estos reunió una pequeña compañía de que ella fué directora é inspiradora suprema; mas los cuidados anejos á la direccion no se acomodaban á su carácter; presentó, pues, voluntariamente su dimision, y la compañía formada hasta cierto punto casualmente, se dehizo tambien como quiso la casualidad, firmando Madama Ristori una ventajosa contrata en la compañía del Rey de Cerdeña, que dirigia Mr. F. Bighetti.

VII.

Decian las gentes en aquella época que faltaba á Mad. Ristori una nota, una sola, para haber recorrido en toda su estension la escala del repertorio dramático tal como lo han constituido

el desarrollo del arte y su perfeccionamiento progresivo. A mas del drama, que florecia á la sazon con todo el ardor de su sávia y todas las galas de su juventud; á mas de la comedia, tan vieja como el mundo y tan adolescente como él, existe la tragedia; género mas divino que humano; la tragedia, género que recuerda los tiempos heróicos y los dioses mezclados á los mortales; género que une á la pompa profaňa de la escena las pompas religiosas de los cultos caidos. La Italia es con la Francia la única que, cual hija primogénita de las civilizaciones antiguas, poseia y posee aun un teatro clásico, del que Alfieri es el nombre mas glorioso.

Ese teatro, alguna vez olvidado por las gentes, conserva sus tradiciones para vestir la escena, para vestir los actores, para la declamacion; y cerca de los autores que se dedican á la interpretacion de obras mas vivas y mas llenas de actualidad, hallábase entonces en Italia toda una clase de artistas sérios, lleňos de conciencia, que se consagraban á la musa trágica y representaban, si no esclusivamente, por lo menos con marcada preferencia, los reyes, las reinas, las heroinas y los semi-dioses, á que Alfieri hizo hablar en su lengua sonora, incisiva y poética, que parece esculpida por Miguel Angel.

Mad. Ristori quiso llevar á su vez el nombre de *Myrra*, que tan célebre debia hacer despues: quiso calzar el coturno, vestir el poplum y la stola, pisar los mosáicos y graderías del palacio de Agamenon y de la curia de Augusto. Pero, ¿quién podia dar lecciones á la que con voz unánime reconocia ya la Italia por su primera actriz? ¿Qué maestro, qué artista estaria bastante seguro de sí mismo para revelar á semejante discípula los secretos de la declamacion clásica, y para enseñarla cómo deben hablar, presentarse y vestirse Antígono ó Virginio? Habia entonces una vieja actriz que habia estado en íntimas relaciones con varias eminencias de la literatura y de la poesía italianas: condenada por las desgraciadas condiciones que sufria el arte dramático en Italia, á formar parte de las compañías que

reunidas al azar y dispersas casi siempre al poco tiempo por la mala fé de los directores, se renuevan todos los años con elementos heterogéneos; la antigua actriz se volvia á presentar de vez en cuando en aquellos papeles sobrehumanos que chocan acaso muy poco á las turbas, pero que las elevan mucho mas que cualquier otro espectáculo.

Iban á oirla y la aplaudian como á un astro que se oculta ó como á un gran personaje de otra época, por admiracion hácia su pasada grandeza ó por respeto á su gloria debilitada, pero brillante todavía. Esa trágica antigua, esa Mlle. George del teatro italiano, se llama Mad. Carolina Ynternari. Ella fué quien aconsejó á la Ristori que se consagrase sériamente á la tragedia, ella fué quien la dijo á propósito de Myrra y de María Stuart:—*¡Tú serás reina!*—como la Marchionni debió decírselo á propósito de la comedia y del drama.

Mad. Ristori habia hecho en Roma un ensayo de tragedia, precisamente con aquella *Myrra*, y tan descontenta habia quedado de sí misma, que habia jurado no volver á pensar en la hija de Cyniras. Hay que advertir que las circunstancias no eran nada favorables á aquel ensayo. Mad. Ristori estaba en cinta, y Roma acababa de dar á luz una república, cuya corta existencia fué por demás borrascosa. ¿Qué podia hacer en la escena la musa de Alfieri, cuando se representaban en la calle y del modo mas sério las mas democráticas tragedias? Por otra parte, surgieron entonces para la cariñosa y juvenil familia de Adelaida y de Julian, ocupaciones de una naturaleza muy poco teatral.

Los franceses sitiaron á Roma. La actriz se trasformó en hermana de la caridad; prodigaba cuidados á los heridos, sin ocuparse de si eran vencidos ó vencedores; hasta creemos que una bomba francesa cayó un dia á guisa de ramillete en la habitacion del jóven matrimonio. ¿Cómo ocuparse del teatro y de la tragedia, cuando las bombas reemplazan á las coronas; cuando los ayes de los moribundos y de los heridos sucedian á los aplausos de una multitud pacífica é inteligente; cuando la guerra civil, en

fin, agita su antorcha en el interior, y los estranjeros metrallean nuestra patria?

Solo, pues, al cesar aquellos terribles trastornos; solo despues que nuestra Italia, esta divina Julieta, tomó su actitud de espera dolorosa, con el flanco abierto por nuevas heridas sobre el mármol blanco de su antigua tumba; solo en 1850 volvió á comenzar Mad. Ristori el curso regular de sus representaciones.

Esta fué la época en que se unió á Mad. Carolina Ynternari, y en que, cediendo á sus consejos, estudió con nuevo ardor el papel de Myrra. Mad. Ynternari se encargó del de Euriclea, la vieja nodriza, para secundar dignamente sus esfuerzos, y ya hemos visto lo que es Myrra interpretada por la señora Ristori: pronto veremos, en las creaciones nuevas que prepara, en *Octavia*, en *Rosmunda*, cómo puede darse á aquellas fantasmas del pasado, la vida, la pasion, el fuego del presente.

¿Será necesario contar el viaje á Francia de la señora Ristori? Datando su llegada solo de tres meses apenas, ¿dejará nadie de recordar con sus mas pequeños detalles, aquella mezcla de desconfianza é incertidumbre que acogió en los primeros momentos á la gran actriz, pero que no tardó en convertirse en el mas vivo entusiasmo, en esta hospitalidad gloriosa que París solo da á los que la merecen? El nombre de la Ristori, conocido ayer del público italiano solamente, resuena hoy en todos los rincones de Europa donde se hable de arte de teatro ó de poesía: mientras que un tratado feliz á los ojos de todo el mundo, la dá en Francia carta de naturaleza, otras naciones mas ricas tal vez que Francia, pero menos favorecidas por el dios de las artes y del teatro, la envidian este tesoro y se lo embargan durante tres meses del año, aprestándose á cubrir su valor con montañas de dollars y de guineas. Pero nosotros las contestamos que esa clase de tesoros no se vende al mejor postor, al que mas ofrezca; la señora Ristori no imitará á esos pájaros de paso que solo se paran donde les llama el ruido de una pitanza dorada y argen-

tina. Siempre será fiel á la Italia en que ha visto la luz y donde su gloria naciente ha desplegado por primera vez las alas, y á la Francia que ha hecho, convengamos en ello, el único pedestal digno de tanto genio.

VIII.

Todavía nos acordamos de la primera representacion que dieron en el teatro italiano la señora Ristori y sus valientes compañeros. Algunos periódicos de teatros habian anunciado tímidamente á la actriz superior; los periódicos grandes se limitaron á insertar entre el progaama de la Comedia Francesa y el del Palais Royal, algunas modestas alusiones en favor de Silvio Pellico y de su intérprete. Dos periódicos solos, el que tiene su mejor gloria en los folletines de Mr. Julio Janin y el esclusivamente literario en que el autor oscuro de esta *biografía* consigna sus sentimientos y sus impresiones respecto de los espectáculos y de los artistas de París, habian hecho objeto especial de sus artículos al nombre de la señora Ristori, y jamás olvidaremos el gesto de lástima, el ademán de asombro cómico que hizo el modesto marido de la gran artista al recibir la noticia de estos dos folletines.

Estaba asustado de este ruido precoz, de esas voces que se elevaban en medio de la indiferente multitud de los periodistas. Revelamos este hecho porque hace honor á las cualidades de talento y de corazon del Marqués de Capránica. Sin embargo, el teatro estaba completamente lleno la primera noche: todos los emigrados italianos corrieron á ver ó mejor dicho á volver á ver á la que les traia los pliegues de su manto de trágica algo de la pátria lejana; de su gloria y de su poesía. Los críticos franceses habian tenido cuidado de no faltar á la cita, y todo ese gentío de fisonomías distintas y caracterizadas, este público invariable que asiste á las primeras representaciones, habia venido igualmente para probar el nuevo fruto del arte dramático

y para emitir su opinion sobre el repertorio y sobre los actores de Italia. El telon se levantó en medio de una espera, de una impaciencia universal, y los actores del Rey de Cerdeña empezaron á recitar los versos pomposos, sonoros y musicales de la tragedia del ilustre cautivo de Spielberg.

Hubo primero un gran silencio; despues largos aplausos al poeta que habia sabido cantar á la Italia en tan hermosos versos; que tan dignamente habia nombrado á aquella tierra madre de héroes y de grandes hombres, tierra cubierta con el polvo de los héroes y vestida con sus monumentos. Conocíase ya aquella magnífica relacion que no dejaba recitar la censura de los austriacos, vigente en la mayor parte de Italia, y se aplaudia gozando aquellos versos presentes en todas las memorias como se disfruta con la vuelta de un amigo con quien se ha vivido largo tiempo y á quien siempre se mira con cariño.

Salió por fin Francisca de Rimini; salió la misma Francisca en la persona de Mad. Ristori: habló de amor, de deber, de fidelidad, de recuerdos de la infancia con los acentos dulces y conmovidos, con la voz suave, acariciadora que da el corazon solo; y el público encantado dejó de respirar para oirla, para escucharla con la mayor atencion, para que ninguna de sus palabras perfumadas escapara á los oidos ávidos y maravillados.

Despues siguió al idilio, á la elegía, al cántico de luto, la verdadera tragedia con sus arrebatos y sus furores; pues si Francisca de Rímini sabia conmover y engendrar dulces emociones, aun lograba mejor quizá terrorizar, inspirar espanto. Todavía recuerdan todos su muerte; fué tan verdadera, tan noble, tan bella, tan desgarradora y tan majestuosa, que el público en masa, apartando el estupor en que le habia sumergido aquella sublime imitacion de la naturaleza, llamó tres veces á la heroina resucitada entre bastidores para gozar de su triunfo. Al dia despues, al lunes siguiente, toda la crítica parisiense, dispensadora de fallos decisivos, mil veces desmentida y sin embargo siempre poderosa, llenó su deber con maravillosa unani-

midad. Si citáramos aquí una de sus apreciaciones dictadas por el entusiasmo mas sincero, tendriamos que citarlas todas. Ningun periódico, ni aun los que están colocados en el último grado de la escala, discordó en lo mas mínimo, y desde la firma que hace cerca de veinticinco años garantiza semanalmente en el *Diario de los Debates* calificaciones confirmadas por la Francia entera, hasta la humilde inicial que firma al pié de un oscuro diario de anuncios y programas las pocas líneas destinadas á llenar un *hueco,* eterno azote tipográfico de la prensa, todo el que maneja una pluma entre los periodistas parisienses, celebró con unísonas palabras el astro que salia sobre la escena italiana de la Francia.

IX.

Despues del éxito de *Francesca de Rimini,* éxito que hubiera sido idmenso para cualquiera otra, que para Mad. Ristori, no era mas que un débil preludio de los triunfos que la preparaba el porvenir: buscó largo tiempo esta actriz el tono necesario para el público parisien, y le dió á conocer sucesivamente *La Locandiera* de Goldoni (en que tan bien le cae el corto tonelete y la cófia de la hostelera Mirandolina), y la encantadora comedia de F. A. Bou, *Niente di Malò*, que la presenta como gran señora en su *negligé* campestre, entre los celos que siguen á la luna de miel, y finalmente el drama de Chiosone la *Suonatrice d'Arpa*, donde Mad. Ristori gasta, segun creemos, mucho talento en cosa que nada vale.

La victoria definitiva estaba reservada para la *Myrra* de Alfieri: al llegar á su representacion, confesaremos sin vergüenza que, despues de tan eminentes críticos, no podemos hablar; nos faltan palabras para expresar el triunfo prodigioso que alcanzó en aquella obra. Por otra parte, lo que dijéramos no sería nuevo para nadie; la Francia entera conoce hoy la tragedia de Alfieri, y las principales ciudades de Europa esperan con

ánsia el dia en que logren ver á Adelaida Ristori en el papel de Myrra. ¡Cuántas veces se ha epresentado esa composicion ante un público numeroso y entusiasta! ¡Cuántas veces se ha llamado á la escena para cubrirla de aplausos á aquella Myrra agotada, quebrantada, respirando apenas despues de su lucha con aquel papel formidable, de épicas proporciones; á aquella Myrra que lleva sobre sus hombros el peso de cinco actos de tragedia, de una situacion abrumadura, siempre extranatural, y prolongada á través de dos mil versos! No hablemos aquí de la crítica de los folletines, ni de los sueltos de la prensa; el entusiasmo salvó todos los límites conocidos; nosotros mismos hemos visto la escena invadida durante los entreactos por cuanto encierra París de espiritual, influyente, escogido.

Los hombres políticos de primer órden, los literatos, los autores dramáticos, los periodistas, venian á mezclarse con los maquinistas, con los comparsas y los bomberos de servicio para ver de cerca á Myrra en los estremecimientos de su agonía, para estrechar la mano de la actriz, dichosa y sorprendida con un recibimiento que tanto merecia, pero que casi turbaba á su modestia.

No queremos resumír ahora las distintas apreciaciones, las diversas impresiones que se estamparon á propósito de la tragedia de Alfieri, del drama de Schiller, traducido por Andrés Maffei, y de la pieza de Cárlos Marenco. Semejantes trabajos no se relacionan mas que indirectamente con la biografía de Adelaida Ristori. Nos limitaremos, pues, á demostrar aquí que el éxito de *María Stuart* y de *Pia de Tolomei*, nada tiene que envidiar á sus predecesores.

X.

El entusiasmo de los italianos por su eminente actriz habia llegado á un punto estraordinario; el de los parisienses hácia su hija adoptiva debia ir aún mas allá. Citaremos muy por en-

cima los numerosos retratos que ya representan á la gran actriz en todos sus papeles principales. *La Ilustracion* francesa, que habia publicado ya una viñeta representando á la Ristori en *Francesca*, acaba de dar otra que la representa en *Myrra*.

Dos hermosas litografías, una sacada en *Myrra* y otra en *María Stuart*, están expuestas en los escaparates de todas las estamperías y librerías; y, como por una rara fatalidad el ministerio público ha de intervenir siempre en Francia en esto de celebridades, la litografía de *Myrra* acaba de ganar un pleito á su falsificacion. Tambien se ha hecho el busto con grandes proporciones, y luego reducciones de ese busto en mármol y en yeso que satisfacen ya con sus numerosos ejemplares las exigencias de todo el mundo; se están ejecutando varios cuadros al óleo que representan á Mad. Risrori de cuerpo entero, y por fin, Mr. Magni, de Milan, ha modelado una estátua pequeña que representa á Mad. Ristori en el papel de *María Stuart*, y que se hallará muy pronto en la mesa de todos los ciudadanos de París, en las chimeneas de empleados, obreros y modistas. Tal es la moneda de la popularidad.

El dia de su beneficio la presentaron sus conciudadanos una medalla hecha en honor suyo con un epígrafe del ex-triunviro de Toscana, Montanelli, medalla en que manifestaban su gratitud hácia la gran artista por el nuevo brillo que acaba de dar á la Italia. Jamás, en efecto, se estudiaron la lengua y la literatura italiana con mas afan que desde la aparicion en París de Madama Ristori.

Su album está colmado de los autógrafos mas ilustres: Lamartine, Alejandro Dumas, Alfredo de Vigni han ambicionado el honor de interpretar en él el entusiasmo de la Francia. En fin, para que no la faltase ningun triunfo, el *teatro francés* la abrió sus puertas. Su aparicion allí fué objeto de una ovacion desconocida en los fastos de aquel teatro; nosotros hemos visto despues de la representacion de *María Stuart* á las actrices

modernas y antiguas echarse de rodillas, besar los pliegues de su vestido y cubrirla de flores y coronas.

Mr. Arsenio Housaye acaba de ofrecerla oficialmente el puesto que ha dejado vacante la marcha de la Rachel. Mad. Ristori no ha prescindido de su modestia, aceptando un peso que para ella no hubiera sido abrumador; pero la actriz italiana habria creido cometer una falta subiendo á un escenario en que no se habla el dulce lenguaje de su país, tan enaltecido por sus labios. Por otra parte el objeto que se propone Mad. Ristori, italiana y patriótica ante todo, es que la musa dramática de Italia reciba en Francia y en todas partes la misma hospitalidad, ya que no la misma munificencia que el canto y el baile italianos. Su mas ardiente deseo es que el teatro italiano, abierto durante seis meses del año á los intérpretes de Bellini, de Rossini, de Donizetti y de Verdi, lo esté tambien tres ó cuatro á los artistas dramáticos de Italia, á fin de que las obras maestras de nuestro teatro no sigan siendo desconocidas del públíco francés.

Este deseo ha sido realizado. Mad. Ristori ha obtenido privilegio para dar durante tres años tres meses anuales de funciones en el teatro italiano de París. La compañía dramática que Mad. Ristori dirigirá el año próximo está ya formada. Los artistas escogidos que la componen, el numeroso personal de que consta, permitirán que se representen obras que hasta ahora no se han podido ofrecer al público por razoues que omitimos.

Mad. Ristori ha recibido de todas partes testimonios del entusiasmo que inspira: hace pocos dias Lamartine, el gran poeta, la levantaba un pedestal al lado del Dante; hoy el jefe del Estado acaba de rendirla por medio de su secretario, Mr. Mocquard, un tributo de que nadie desde Talma habia gozado.

Hé aquí la espresion del deseo imperial:

«El Emperador tendrá gran satisfaccion en oiros antes de vuestra marcha; pero al consentir en que os despidais, S. M., así como el público parisiense, confia en que vuestra ausencia

será muy corta, y entre los aplausos que el Emperador os prepara se hallará, no lo dudeis, la invitacion á que volvais y la esperanza de volveros á ver muy pronto. Me enorgullece, señora, el ser intèrprete de S. M. para con la gran artista italiana que ya se ha hecho francesa, y os ruego acepteis la espresion, etc.»

Estos eran, por fin, los versos de Mr. de Lamartine, tales como ha querido traducirlos algun diario de Madríd:

De Alfieri en nuestro espíritu derramas
la amarga hiel, las iras y el dolor,
y á las páginas mudas de sus dramas
das entusiasmo y luz, vida y color.

Das tu sangre á sus sombras altaneras;
tú logras ser su intérprete, su igual;
y al vivir con tu vida sus quimeras,
el génio os liga en vínculo inmortal.

El drama agitador encierra en vano
cuantos ecos da el alma á la pasion;
de él no brota el dolor sin que tu mano
las cuerdas venga á herir del corazon.

A Francia el Arno trágico te envia
de Alfieri el triunfo á compartir con él;
á él le hizo Dios *poeta*, á tí *poesía*:
la gloria os debe idéntico laurel.

Tus acentos de dicha ó de quebranto
sin júbilo ó dolor nadie escuchó:
lloramos, sí; pero antes ese llanto
de tu abrasado corazon salió.

ALPHONSE DE LAMARTINE.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS BIOGRAFIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

—

PROSISTAS ESPAÑOLES.

DON FRANCISCO DE MONCADA,

CONDE DE OSONA.

OBRAS HISTÓRICAS.—TOMO II.

ESPEDICION

DE LOS

CATALANES Y ARAGONESES

CONTRA TURCOS Y GRIEGOS.

TOMO ÚNICO.

MADRID.—1860.
BIBLIOTECA DE LA INSTRUCCION UNIVERSAL.
Plaza de Santa María, número 2.

DON FRANCISCO DE MONCADA, CONDE DE OSONA.

Nació este historiador en Valencia en los últimos dias de diciembre de 1586. Fué hijo de D. Gaston de Moncada, Marqués de Aytona y Virey un tiempo de Cerdeña y Arago, Embajador en la córte de Roma. El título de Conde de Osona que llevó D. Francisco, era el que correspondia á los primogénitos de los Marqueses de Aytona. Muy niño D. Francisco Moncada, cultivó con notable aprovechamiento las bellas letras, y mas tarde, prestó importantes servicios á su patria, ya como Consejero de Estado y de Guerra, ya como Virey de Flandes, ya como Embajador en Alemania. Se conocen de él varias obras importantes, como *La Vida de Anicio Maulio Torcuato; La Antigüedad del Santuario de Monserrate; La Genealogía de la casa de los Moncadas* y *La Historia de la espedicion de Catalanes y Aragoneses*; pero se supone que aun debió dejar mayor número de obras inéditas, pues un estilo tan formado como el que muestra en esta última obra, anuncia otros muchos trabajos anteriores del mismo género. D. Francisco de Moncada falleció el año de 1635 en el campo de Goch, poblacion del Ducado de Cleves, cuando acababa de obtener dos señalados triunfos, sosteniendo los derechos de la España en Flandes.

ESPEDICION

DE LOS

CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS,

por D. Francisco de Moncada, conde de Osona.

Á DON JUAN DE MONCADA,

ARZOBISPO DE TARRAGONA, PRIMADO DE LA ESPAÑA CITERIOR,
MI SEÑOR Y MI TIO.

Por obedecer á V. I. he puesto en órden esta breve historia, que la soledad de una aldea me la puso entre las manos, con el deseo natural de conservar memorias casi muertas de la patria que merecen eterna duracion. Recogí lo que pude de papeles antiguos de Cataluña, y ayudado de sus escritores y de los griegos, he procurado sacar esta *Expedicion* que los nuestros hicieron á Levante, libre de dos terribles contrarios, descuido de los naturales y proprios hijos, y malicia de los estranjeros, enemigos de nuestro nombre y gloria, que parece que andaban á porfía cuál dellos seria el autor de su muerte. Halléme desocupado; y así, reconocí por obligacion el salir á su defensa: si esta ha sido bastante, no lo puedo asegurar, porque las armas, que son las antiguas memorias y autores, con que me opuse, andan tan confusos y faltos, que apenas me dieron el socorro necesario. Pero ya que no entera ni como ella fué se describa á la posteridad, quedará por lo menos renovada con mas larga relacion de la que los antiguos catalanes nos dejaron; cuyo descuido nació de parecelles que los hechos tan esclarecidos la fama los conservara con mayor estimacion que la historia, y que el tiempo no los pudiera escurecer. Guárdeme Dios á V. I. muy largos años.

Barcelona, 3 *de noviembre de* 1620.

El conde de Osona.

ESPEDICION

DE LOS

CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS.

LIBRO PRIMERO.

PROEMIO.

Mi intento es escribir la memorable espedicion y jornada que los catalanes y aragoneses hicieron á las provincias de Levante cuando su fortuna y valor andaban compitiendo en el aumento de su poder y estimacion, llamados por Andrónico Paleólogo, emperador de griegos, en socorro y defensa de su imperio y casa: favorecidos y estimados en tanto que las armas de los turcos le tuvieron casi oprimido, y temió su perdicion y ruina; pero despues que por el esfuerzo de los nuestros quedó libre dellas, mal tratados y perseguidos con gran crueldad y fiereza bárbara, de que nació la obligacion natural de mirar por su defensa y conservacion, y la causa de volver sus fuerzas invencibles contra los mismos griegos y su príncipe Andrónico; las cuales fueron tan formidables, que causaron temor y asombro á los mayores príncipes de Asia y Europa, perdicion y total ruina á muchas naciones y provincias, y admiracion á todo el mundo. Obra será esta, aunque pequeña por el descuido de los antiguos, largos en hazañas, cortos en escribirlas, llena de varios y estraños casos, de guerras contínuas en regiones remotas y apartadas, con varios pueblos y gentes belicosas, de sangrientas batallas y victorias no esperadas, de peligrosas conquistas acabadas con

dichoso fin por tan pocos y divididos catalanes y aragoneses, que al principio fueron burla de aquellas naciones, y despues instrumento de los grandes castigos que Dios hizo en ellas. Vencidos los turcos en el primer aumento de su grandeza otomana, desposeidos de grandes y ricas provincias de la Asia menor, y á viva fuerza y rigor de nuestras espadas encerrados en lo mas áspero y desierto de los montes de Armenia; despues, vueltas las armas contra los griegos, en cuyo favor pasaron, por librarse de una afrentosa muerte, y vengar agravios que no se pudieran disimular sin gran mengua de su estimacion y afrenta de su nombre, ganados por fuerza muchos pueblos y ciudades, desbaratados y rotos poderosos ejércitos, vencidos y muertos en campo reyes y príncipes, grandes provincias destruidas y desiertas, muertos, cautivos ó desterrados sus moradores, venganzas merecidas mas que lícitas; Tracia, Macedonia, Tesalia y Beocia penetradas y pisadas, á pesar de todos los príncipes y fuerzas del Oriente; y últimamente, muerto á sus manos el duque de Aténas con toda la nobleza de sus vasallos y de los socorros de franceses y griegos, ocupado su estado, y en él fundado un nuevo señorío. En todos estos sucesos no faltaron traiciones, crueldades, robos, violencias y sediciones; pestilencia comun, no solo de un ejército colecticio y débil por el corto poder de la suprema cabeza, pero de grandes y poderosas monarquías. Si como vencieron los catalanes á sus enemigos, vencieran su ambicion y codicia, no escediendo los límites de lo justo, y se conservaran unidos, dilataran sus armas hasta los últimos fines del Oriente, y viera Palestina y Jerusalen segunda vez las banderas cruzadas. Porque su valor y disciplina militar, su constancia en las adversidades, sufrimiento en los trabajos, seguridad en los peligros, presteza en las ejecuciones, y otras virtudes militares, las tuvieron en sumo grado, en tanto que la ira no las pervirtió; pero el mismo poder que Dios les entregó para castigar y oprimir tantas naciones, quiso que fuese el instrumento de su proprio castigo. Con la soberbia de los buenos su-

cesos, desvanecidos con su prosperidad, llegaron á dividirse en la competencia del gobierno; divididos, á matarse; con que se encendió una guerra civil tan terrible y cruel, que causó sin comparacion mayores daños y muertes que las que tuvieron con los estraños.

CAPÍTULO PRIMERO.

Estado de los reinos y reyes de la casa de Aragon por este tiempo.

Antes de dar principio á nuestra historia, importa para su entera noticia decir el estado en que se hallaban las provincias y reyes de Aragon, sus ejércitos y armadas, sus amigos y enemigos: principios necesarios para conocer dónde se funda la principal causa desta espedicion. El Rey D. Pedro de Aragon, á quien la grandeza de sus hechos dió renombre de Grande, hijo de D. Jaime el Conquistador, fué casado con Gostanza, hija de Manfredo, Rey de Sicilia, á quien Cárlos de Anjou, con ayuda del Pontífice romano, enemigo de la sangre de Federiro Emperador, quitó el reino y la vida.

Quedó Cárlos con su muerte príncipe y rey de las Dos Sicilias, y mas despues que el infeliz Coradino, último príncipe de la casa de Suevia, roto y deshecho, vino preso á sus manos, y por su órden y sentencia se le cortó la cabeza en público cadahalso, y para eterna memoria de una víl venganza, y ejemplo grande de la variedad humana. Don Pedro, rey de Aragon, no se hallaba entonces con fuerzas para tomar satisfacion de la muerte de Manfredo y Coradino, ni despues de ser rey le dieron lugar las guerras civiles; porque los moros de Valencia andaban levantados, y los barones y ricos-hombres de Cataluña estaban desavenidos y mal contentos; y tambien porque mostrándose enemigo declarado de Cárlos, provocaba contra sí las armas de Francia, y las de la Iglesia, formidables por lo que tienen de divinas; los reinos de Sicilia y Nápoles lejos de los suyos, sus armas ocupadas en defenderse de los enemigos mas

vecinos. Todas estas dificultades detenian el ofendido ánimo del rey, pero no de manera que borrasen la memoria del agravio. En unas vistas que tuvo con el rey de Francia Filipe, su cuñado, entrevino Cárlos, hijo del rey de Nápoles, y deseando el rey de Francia que fuesen amigos y se hablasen, siempre don Pedro se escusó, y mostró en el semblante el pesar y disgusto que tenia en el corazon, de que todos quedaron mal satisfechos y desabridos; y sin duda entonces Cárlos se previniera y armára, si creyera que las fuerzas del rey de Aragon fueran iguales á su ánimo y pensamiento. Pero el cielo se las dió bastantes para tomar entera y justa satisfacion de la sangre inocente de Coradino por medios tan ocultos, que no se supieron hasta que la misma ejecucion los publicó.

Los míseros sicilianos, incitados de la insolencia francesa, desenfrenada en su afrenta y deshonor, tomaron las armas, y con aquel famoso hecho que comunmente llaman Vísperas Sicilianas sacudieron de la cerviz pública el insufrible yugo de los franceses y de Cárlos, que injustamente les oprimia, dejándoles al arbitrio y sujecion de ministros injustos: causa que las mas veces produce mudanzas en los estados y casos miserables en sus príncipes. Acudió luego Cárlos con poderoso ejército á castigar el atrevimiento y rebeldía de los súbditos. Ellos viendo cerrada la puerta á toda piedad y clemencia, pusieron la esperanza de su remedio y amparo en don Pedro, rey de Aragon, que en esta sazon se hallaba en Africa, como verdadero príncipe cristiano, con ejército victorioso y triunfante de muchos jeques y reyes de Bercería, asistido de la mayor parte de la nobleza y soldados de sus reinos. Llegaron ante su presencia los embajadores de Sicilia, llenos de lágrimas, de luto y sentimiento; bastantes con esta triste demostracion á mover no solo el ánimo de un rey ofendido por particular agravio, pero el de cualquier otro que como hombre sintiera. Acordáronle la muerte desdichada de Manfredo y la afrentosa de Coradino; facilitáronle la venganza con ayuda de los pueblos de Sicilia, tan afi-

cionados á su nombre y enemigos del de Francia; últimamente le propusieron el estado peligroso de su libertad, vidas y haciendas, si no les amparaba su valor, porque ya Cárlos estaba sobre Mesina, y amenazaba el rigor de su castigo un lastimoso fin á todo el reino. Movido destas razones y de las que su venganza le ofrecia, acudió antes que su fama á Trápana con todo su poder, y fué con tanta presteza sobre su enemigo, que apenas supo Cárlos que venia, cuando vió sus armas, y se halló forzado á levantar el sitio y retirarse afrentosamente á Calabria.

Con este hecho, el Pontífice como amigo, y el rey de Francia como deudo, descubiertamente se mostraron favorecedores de Cárlos y enemigos de don Pedro, y tomaron contra él las armas. El rey de Castilla, que por el deudo y amistad debiera ayudalle, se salió afuera, y se inclinó á seguir el mayor poder. Don Jaime, rey de Mallorca, su hermano, tambien le desamparó, dando ayuda y paso por sus estados á sus contrarios, aunque se excusó con las débiles fuerzas de su reino, desiguales á la defensa y oposicion de tan poderoso enemigo: disculpa con que muchas veces los príncipes pequeños encubren lo mal hecho, atribuyendo á la necesidad lo que es ambicion. Don Pedro con esto se halló sin amigos, solo acompañado de su valor, fortuna, y razon de satisfacer el ultraje y afrenta de su casa. Al tiempo que le juzgaron todos por perdido, venció á sus enemigos varias veces, reforzados de nuevas ligas y socorros; todo lo deshizo y humilló en mar, y en tierra; mantuvo el nombre de Aragon en gran reputacion y fama, y fué el primer rey de España que puso sus banderas vencedoras en los reinos de Italia, sobre cuyo fundamento hoy se mira levantada su monarquía. Echado Cárlos de Sicilia, intentó con mayor poder reducilla á su obediencia, y en esta hubo grandes y notables acontecimientos; pero siempre la casa de Aragon se aseguró en el reino con vitorias, no solo contra el poder de Cárlos, pero de todos los mayores príncipes de Europa que le ayudaban.

Murieron ambos reyes competidores en la mayor furia y rigor

de la guerra, y por derecho de sucesion heredó á Cárlos, rey de Nápoles, su hijo primogénito, del mismo nombre, que en este tiempo se hallaba preso en Cataluña. A don Pedro, rey de Aragon, sucedieron sus dos hijos, Alfonso mayor en los reinos de España, Jaime en el de Sicilia. Prosiguióse la guerra hasta la muerte de Alfonso, que por morir sin hijos, fué don Jaime llamado á la sucesion, y hubo de venir á estos reinos, dejando en Sicilia á don Fadrique, su hermano, para que la gobernase y defendiese en su nombre. Despues de su vuelta á España, don Jaime, recuperadas algunas fuerzas de sus reinos, renunció el de Sicilia á la Iglesia, temiendo que las armas castellanas, francesas y eclesiásticas á un mismo tiempo no le acometiesen, y persuadido de su madre Gostanza, que como mujer de singular santidad, quiso mas que su hijo perdiese el reino, que alargar mas tiempo el reconciliarse con la Iglesia. Enviáronse á Sicilia, para poner en efecto la renunciacion, embajadores de parte de don Jaime y de Gostanza, y entregar el reino á los legados del Pontífice romano; pero la gente de guerra y los naturales, indignados de la facilidad con que su Rey renunciaba lo que con tanto trabajo y sangre se habia adquírido y sustentado, y les entregaba tan sin piedad á sus enemigos, de quien forzosamenta habian de temer servidumbre y muerte; pareciéndoles á los sicilianos cierto el peligro, y á los catalanes y aragoneses mengua de reputacion que no lo pudieron las armas de sus contrarios alcanzar en tantos años, se alcanzase por una resolucion de un Rey mal aconsejado, volvieron á tomar las armas, y oponiéndose á los legados, persuadieron á don Fadrique, como verdadero secesor del padre y del hermano, que se llamase Rey y tomase á su cargo la defensa comun.

Fué facil de persuadir un príncipe de ánimo levantado, en lo mas florido de su juventud, y que por otro medio no podia dejar de ser vasallo y sujeto á las leyes del hermano: ocasion bastante, cuando no fuera ayudada de tanta razon, á precipitar los pocos años de don Fadrique. Llamóse Rey, y como á tal le ad-

mitieron y coronaron. Prevínose para la guerra cruel que le amenazaba, asistido de buenos soldados y del pueblo fiel y pronto á su conservacion, teniéndole por segundo libertador de la patria. Opúsose luego á Cárlos, su mayor y mas vecino enemigo; al Papa, que amparaba y defendia su causa, y al Rey don Jaime, que de hermano se le declaró enemigo; cuyas fuerzas juntas le acometieron y vencieron en batalla naval; con que la guerra se tuvo por acabada, y don Fadrique por perdido. Pero la oculta disposicion de la Providencia dívina, que algunas veces fuera de las comunes esperanzas muda los sucesos para que conozcamos que solo ella gobierna y rige, don Fadrique se mantuvo en su reino con universal contento de los buenos, asombro y terror de sus enemigos, y gloria de su nombre.

Deshízose poco despues la liga, por apartarse della don Jaime, Rey de Aragon, con gran sentimiento y quejas de sus aliados, porque sin las fuerzas de Aragon parecia cosa fatal y casi imposible vencer un Rey de su misma casa; y la esperiencia lo mostró, pues apartado don Jaime de la liga, siempre los enemigos de don Fadrique fueron perdiendo, y él acreditándose con vitorias, hasta forzalles á tratar de paces, quedándose con el reino: cosa que de solo pensalla se ofendian. Concluyéronse despues de algunas contradiciones, y se establecieron con mayor firmeza con el casamiento que luego se hizo de Leonor, hija de Cárlos, con don Fadrique; con que el reino quedó libre y sin recelo de volver á la servidumbre antigua, y el Rey pacífico señor del estado que defendió con tanto valor. El rey don Jaime, su hermano, sustentaba sus reinos de Aragon, Cataluña y Valencia con suma paz y reputacion, amado de los súbditos, temido de los infieles, poderoso en la mar, servido de famosos capitanes, aguardando ocasion de engrandecer su corena, á imitacion de sus pasados, El rey de Mallorca, príncipe el menor de la casa de Aragon, gozaba pacíficamente el señorío de Mompeller, condados de Rosellon, Cerdaña y Conflent, difíciles de conservar, por estar divididos y tener vecinos mas

poderosos, entre quien siempre fueron fluctuando sus pequeños reyes; pero por este tiempo vivia con reputacion, y con igual fortuna que los otros reyes de su casa.

CAPITULO II.

Eleccion de general.

Tenian los reinos de Aragon, Mallorca y Sicilia el estado que habemos referido, cuando los soldados viejos y capitanes de opinion que sirvieron al gran rey don Pedro, á don Jaime su hijo, y últimamente á don Fadrique, en esta guerra de Sicilia, juzgándola ya por acabada, hechas las paces mas seguras por el nuevo casamiento de Leonor con Fadrique, vínculo de mayor amistad entre los poderosos en tanto que el interés y la ambicion no le disuelven y deshacen, y deshecho, causa de mas viva enemistad y odios implacables; pareciéndoles que no se podia esperar por entonces ocasion de rompimiento y guerra, trataron de emprender otra nueva contra infieles y enemigos del nombre cristiano en provincias remotas y apartadas. Porque era tanto el esfuerzo y valor de aquella milicia, y tanto el deseo de alcanzar nuevas glorias y triunfos, que tenian á Sicilia por un estrecho campo para dilatar y engrandecer su fama; y así, determinaron de buscar ocasiones árduas, trances peligrosos, para que esta fuese mayor y mas ilustre.

Ayudaban á poner en ejecucion tan grandes pensamientos dos motivos, fundados en razon de su conservacion. El primero fué la poca seguridad que habia de volver á España, su patria, y vivir con reputacion en ella, por haber seguido las partes de don Fadrique con tanta obstinacion contra don Jaime, su Rey y señor natural; que aunque don Jaime no era príncipe de ánimo vengativo, y se tenia por cierte que, pues en la furia de la guerra contra su hermano no consintió que se diesen por traidores los que le siguieron, menos quisiera castigar á sangre fria lo que pudo y no quiso en el tiempo que actualmente le

estaban ofendiendo, siguiendo las banderas de su hermano contra las suyas; pero la majestad ofendida del príncipe natural, aunque remita el castigo, queda siempre viva en el ánimo la memoria de la ofensa; y aunque no fuera bastante para hacelles agravios, por lo menos impidiera el no servirse dellos en los cargos supremos: cosa indigna de lo que merecian sus servicios, nobleza y cargos administrados en paz y guerra. El segundo motivo, y el que mas les obligó á salir de Sicilia, fué ver al rey imposibilitado de podelles sustentar con la largueza que antes, por estar la hacienda real y reino destruidos por una guerra de veinte años, y ellos acostumbrados á gastar con exceso la hacienda ajena como la propria cuando les faltaban despojos de pueblos y ciudades vencidas. Como entrambas cosas cesaron hechas las paces y fenecida la guerra, juzgaron por cosa imposible reducirse á vivir con moderacion.

El rey don Fadrique y su padre y hermano, con su asistencia en la guerra, y como testigos de las hazañas, industria y valor de los súbditos, pocas veces se engañaron en repartir las mercedes, porque dieron mas crédito á sus ojos que á sus oidos, y siempre el premio á los servicios, y no al favor. Con esto no faltaban en sus reinos quejosos y mal contentos, pero no pudieron dar á todos los que les sirvieron estados y haciendas; con que algunos quedaron con menos comodidad que sus servicios merecian. Pero como vieron que los reyes dieron con suma liberalidad y grandeza lo que lícitamente pudieron á los mas señalados capitanes, atribuyeron solo á su desdicha, y á la virtud y valor incomparable de los que fueron preferidos, el hallarse inferiores.

Estas fueron las causas que movian los ánimos en comun para tratar de engrandecerse en nuevas empresas y conquistas. Los mas principales capitanes que animaban y alentaban á los demás fueron cuatro, debajo da cuyas banderas sirvieron: Roger de Flor, vicealmirante de Sicilia: Berenguer de Entenza, Ferran Jimenez de Arenós, ambos ricos-hombres, y Berenguer

de Rocafort; todos conocidos y estimados por soldados de grande opinion.

Comunicaron sus pensamientos entre sus valedores y amigos, y hallándoles con buena disposicion y ánimo de seguilles en cualquier jornada, se resolvieron de emprender la que pareciese mas útil y honrosa. Para la conclusion de este trato se juntaron en secreto, y antes de discurrir sobre su espedicion, quisieron dalle cabeza, porque sin ella fuera inútil cualquier consejo y determinacion, faltando quien puede y debe mandar. Con acuerdo comun de los que para esto se juntaron, fué nombrado por general Roger de Flor, vicealmirante, poderoso en la mar, valiente y estimado soldado, plático y bien afortunado marinero; persona que en riquezas y dinero escedia á todos los demás capitanes: causa principal de ser preferido.

CAPITULO III.

Quien fué Roger de Flor.

Roger de Flor, á quien los nuestros eligieron por general y suprema cabeza, nació en Brindiz, de padres nobles: su padre fué aleman, llamado Ricardo de Flor, cazador del Emperador Federico; su madre italiana y natural del mismo lugar. Murió Ricardo en la batalla que Cárlos de Anjou tuvo con Coradino, cuyas partes seguia, por ser nieto de Federico, su príncipe y señor. Cárlos, insolente con la vitoria, despues de haber cortado la cabeza á Coradino, confiscó las haciendas de todos los que tomaron las armas en su ayuda. Con esta pérdida, quedó Roger y su madre con suma pobreza, y con la misma se crió hasta la edad de quince años, que un caballero francés, religioso del Temple, llamado Vassaill, se le aficionó con ocasion de asistir en Brindiz con el Alcon, nave del Temple, cuyo capitan era. Navegó juntamente con él Roger algunos años, y ganó tan buena opinion en el ejercicio que profesaba, que la religion le recibió por suyo, dándole el hábito de fray sargento, en aquel

tiempo casi igual al de caballero. Con él Roger comenzó á ser conocido y temido en todo el mar de Levante, y al tiempo que Ptolemaide, dicha por otro nombre Acre, se rindió á las armas de Melech Taserat, sultan de Egipto, Roger, como refiere Pachimerio (1), era uno de los que asistian en un convento del Temple; y viendo que la ciudad no se podia defender, recogió muchos cristianos en un navío, con la hacienda que pudieron escapar de la crueldad y furia de los bárbaros.

No le faltaron á Roger enemigos de su misma religion, que envidiosos de sus buenos sucesos, le descompusieron con su maestre, haciéndole cargo que se habia aprovechado por caminos no debidos á su profesion, y defraudado los derechos comunes, y alzádose con todos los despojos que sacó de Acre; que como ya esta célebre y famosa religion se hallaba en su última vejez y cerca de su fin, sus partes se habian enflaquecido con los vicios de la mucha edad y tiempo. La envidia, la avaricia y ambicion habian ocupado sus ánimos en lugar del antiguo valor, y de la mucha conformidad y piedad cristiana que los hizo tan estimados y venerados en todas las provincias.

Quiso el Maestre con esta primera acusacion prendelle, pero Roger tuvo alguna noticia destos intentos; y conociendo la codicia de su cabeza y ruindad de sus hermanos, no le pareció aguardar en Marsella, donde á la sazon se hallaba, sino retirarse á lugar mas seguro, y dar tiempo á que la falsa y siniestra acusacion se desvaneciese. Retiróse á Génova, donde, ayudado de sus amigos, y particularmente de Ticin de Oria, armó una galera, y con ella fué á Nápoles y ofrecióse al servicio de Roberto, duque de Calabria, á tiempo que se prevenia y armaba para la guerra contra don Fadrique. Hizo Roberto poco caso de su ofrecimiento y del ánimo con que se le ofrecia, juzgándole por tan corto como el socorro. Obligó á Roger este desprecio á

(1) Pachymedes (Georg.), *Andronicus Palaeologus, sive historia rerum ab Andronico seniore in Imperio gestarum.* Romæ, 1669.

que se fuese á servir á don Fadrique, su enemigo, de quien fué admitido con muchas muestras de amor y agradecimiento: efectos no solo de su ánimo generoso y condicion apacible para con los soldados, pero de la fuerza de la necesidad de la guerra; porque no fuera cordura desechar al que voluntariamente ofrece su servicio en tiempos tan apretados como en los que corren riesgo la vida y libertad, y cuando se apartan los mayores amigos y obligados. El que llega á ser amigo en los peligros y cuando el Príncipe es acometido de armas mas poderosas, sin obligacion de naturaleza y fidelidad de súbdito, debe ser admitido y honrado, aunque le traiga su propio interés ó algun desprecio ó agravio del contrario; que cuanto mas ofendido, mas útil y seguro será su servicio.

Fuese luego encendiendo la guerra entre Roberto y Fadrique, y Roger acreditóse en ella con importantes servicios, socorriendo diversas veces plazas apretadas del enemigo, y con la pequeña armada que llevaba á su cargo, impidiendo la libre navegacion de los mares y costas de Nápoles, con que llegó á ser vicealmirante, y en menos de tres años hizo cosas tan señaladas, que fué una de las principales causas de conservar á su príncipe en Sicilia, alcanzando juntamente para sí nombre inmortal y riquezas mas que de vasallo. En este estado se hallaba Roger cuando le tomaron los catalanes y aragoneses por general de la empresa que intentaban.

CAPÍTULO IV.

Determinan los capitanes su jornada, y suplican al Rey les favorezca.

Trataron con el nuevo general los capitanes cuál seria la mas conveniente y provechosa empresa, y resolvieron de comun parecer de ofrecerse al Emperador de los griegos, Andrónico, Paleólogo, casi oprimido de las armas de los turcos; porque á mas de que Andrónico se tenia por cierto que buscaba socorros de

naciones estranjeras, dudoso de la fidelidad de los suyos, era príncipe que tenia poca correspondencia con el Papa á quien Roger temia por haber maltratado en tiempo de guerra las provincias de la Iglesia, y siempre vivia con recelos de que el Papa pidiese á don Fadrique su persona como de religioso Templario, para vengarse dél, entregándole á su maestre y religion. Y aunque no se podia esperar de la grandeza de don Fadrique hecho tan feo, pero como los reyes algunas veces no miden sus intereses con lo que deben á su estimacion y fama, olvidan con facilidad los servicios por otras mayores conveniencias. Y pudiera ser que, rehusando don Fadrique el entregar á Roger, fuera ocasion de rompimiento y guerra; y así, no quiso Roger poner á don Fadrique en nuevos cuidados, ni su libertad en peligro si se quedara en Sicilia.

Pachimerio dice (lib. 11, capítulo 13), que el Papa se le pidió á don Fadrique, y que juzgando no ser justo entregar á quien tan bien le habia servido, ofreció entonces de escribir y rogar al Emperador Andrónico le trajese á su servicio, porque desta manera saldría honrado de sus tierras, y el Papa no podria quejarse de que él amparaba los fugitivos de las religiones. Pero en este caso me parece dar mas crédito á Montaner (1), porque al principio deste capítulo escribe Pachimerio que si en esta relacion se apartare de la verdad, no tendrá la culpa el escritor, sino la fama de quien él lo supo, y como la que corria entre los griegos de nuestras cosas era siempre falsa, no se le debe de dar crédito en lo que difiere de Montaner, y fácilmente en este caso les podemos conciliar, porque solo difieren en que Pachimerio da por constante que el Papa pidió la persona de

(1) *Chronica, o descripcio dels fets e hazanyes del Inclyt Rey Don Jaume Primer Rey Darago, de Mallorques é de Valencia: Compte de Barcelona é de Muntpesller: e de motts de sos descendents.*—Feta per lo magnifich en Ramon Muntaner, lo qual serui axi al dit Inclyt Rey Don Jaume, com a sos fills e descendents: es troba present á les coses contengudes en la present historia.—Valencia, por la viuda de Juan Mey, 1558.—Barcelona, en casa de Jaume Cortey, 1562.

Roger á don Fadrique, y Montaner dice que se temió el caso, pero no sucedió; y así no fué mucho que la fama de tan léjos añadie e lo demás.

Despues de haber resuelto todos la jornada, y platicado por algunos dias los medios mas convenientes para su ejecucion, dieron cargo á Roger que hablase á don Fadrique y le descubriese sus intentos, y le suplicase de parte de todos que los favoreciese, porque no fuera justo que se tratára públicamente sin haber precedido su consen imiento y gusto. Roger vino á Mesina, donde el Rey estaba, poco despues de concluido su casamiento con Leonor, hija de Cárlos; y acabadas las fiestas y regocijos de las bodas, hablando en secreto con el Rey, le dijo como los catalanes y aragoneses se querian salir de Sicilia y pasar á Levante, no tanto por el beneficio comun de todos ellos, como por la quietud y provecho que le resultaria si le dejaban un reino tan trabajado por las guerras pasadas, libre de carga tan molesta y pesada como eran ellos en tiempo de paz; que sus personas las tendria siempre á su devocion, y que cuando importase le vendrian á servir de los últimos fines de la tierra; pero que por entonces le suplicaban facilitase su jornada y les ayudase con su autoridad y fuerzas; paga bien merecida á sus servicios.

Respondió el Rey que advirtiesen que la resolucion que habian tomado de salir de Sicilia, aunque le estaba bien para su conservacion, no para su fama, porque muchos podrian entender que su salida era trazada por su órden para quedar libre de sus obligaciones; y que eran de tal calidad las que él reconocia, que por este medio no se podia librar dellas sin conocida nota de ingrato.

Pero si la esperanza de mayores acrecentamientos les llamaba á nuestras empresas, y estaban resueltos que él les asistiria y ayudaria con sus fuerzas, con que ellos fuesen testigos y publicasen la verdad del hecho; y que primero aventurara el reino y la vida, que faltara á la obligacion de tan señalados servicios; pero que la estrecheza del tiempo, por los escesivos gastos de la

guerra, no daba lugar á que el premio igualase á su deseo. Digna respuesta de príncipe esclarecido, tanto mas de estimar, cuanto es mas rara en los príncipes la virtud del agradecimiento y satisfacer grandes servicios, cuando son tales que no se pueden pagar con ordinarias mercedes. Roger estimó, en nombre de todos, tan señalado favor y la honra que les hacia, y fuese luego á dar razon á los capitanes de lo que el Rey habia respondido; y entendido por ellos, lo celebraron y agradecieron con alabanzas.

Fué don Fadrique uno de los mas señalados príncipes de aquella edad, por la grandeza de su ánimo y gloria de sus hechos, cuyo valor deshizo y quebrantó las fuerzas unidas para su ruina, de Italia, Francia y España, y el que á pesar de todos sus competidores, quedó con el reino de Sicilia para sí y sus posteridad, en quien hoy felizmente se conserva. No pudo suceder á don Fadrique cosa que mas le importase para la seguridad y quietud de su nuevo reinado, que librar á su pueblo de las contribuciones y alojamientos de huéspedes tan molestos como suelen ser los soldados mal pagados. Despues que las paces y parentesco desterraron la guerra, por mantenella daban los pueblos de Sicilia con mucha liberalidad sus haciendas á los soldados que los defendian y amparaban contra Cárlos, á quien temian; pero despues que con la paz se les quitó este miedo, comenzaron á sentir la mala vecindad de los soldados y á desavenirse con ellos; disgustos que forzosamente habian de causar daños gravísimos, si la nueva espedicion no los atajara.

CAPITULO V.

Embajada de los nuestros al Emperador Andrónico y su respuesta.

Roger y las demás cabezas principales del ejército resolvieron que luego se enviasen dos embajadores al Emperador Andrónico á proponelle su servicio. Hiciéronse las instrucciones

asistiendo á ellas, con otros capitanes, Ramon Montaner, uno de los escritores de mayor crédito, que intervino siempre en los consejos y ejecuciones mas graves desta espedicion. Entregáronse á dos caballeros, cuyos nombres el tiempo y el descuido dejaron envueltos en tinieblas, para que luego partiesen á Constantinopla, y diesen su embajada de parte de toda la nacion. Llegaron en breves dias con una galera reforzada de Roger. Sabida su venida, y con alguna noticia de la embajada que traian, fueron recibidos de Andrónico con agradecido semblante y muestras de mucho amor. Propuso uno de los dos embajadores, el mas antiguo en años, su embajada; que los catalanes y aragoneses, despues de hechas las paces entre Cárlos, rey de Nápoles, y don Fadrique, rey de Sicilia, á quien ellos servian, determinaron no buscar reposo en su patria, sino acrecentar con nuevos hechos la gloria mil tar y fama adquirida en las pasadas guerras; que tenian para esto fuerzas bastantes en número y valor; soldados ejercitados por una larga y peligrosa guerra, capitanes conocidos por sus victorias y nobleza de sangre; que en nombre de todos ellos le ofrecian su ayuda contra los turcos con doblado gusto y aficion, por ocupar sus armas en favor de la casa de los Paleológicos, amigos únicos de la de Aragon cuando sus partes estaban muy caidas, y dilatar su Imperio, destruyendo juntamente el de los enemigos del nombre cristiano, que con tanta audacia y orgullo le querian establecer en las provincias usurpadas al Imperio griego.

Quedaron los Emperadores contentísimos con la no esperada embajada y ofrecimiento de los catalanes, á su parecer tan importante para sus intereses, porque entendieron que aquellos mismos que se les venian á ofrecer eran los que con tanto espanto y temor de toda Italia ganaron y sustentaron el reino de Sicilia. Agradeció con palabras magníficas el gusto con que toda la nacion le ofrecia servir, y con el mismo les recibió. Quiso que luego se platicasen las condiciones con que habian de militar; y así, los embajadores pidieron, conforme sus instrucciones, el sueldo pa-

ra la gente de guerra, y que á Roger se le diese el título de Megaduque, y por mujer una de sus nietas, porque queria con tales prendas asegurarse mas en su servicio. Andrónico, sin alterar ni mudar cosa de las que le pidieron, las concedió, sin reparar en la calidad y estado de Roger, desigual al de su nieta; pero toda esta desigualdad pudo igualar la reputacion de la gente que como general gobernaba, y verse el griego tan oprimido de las armas de los turcos, y poco seguro de la fidelidad de los suyos.

Vivia ciego y desterrado en una aldea de Bitinia Juan Láscar, legítimo sucesor del imperio, y aunque inútil para ocupalle, viviendo él era la posesion de Andrónico tiránica, y causa muy justificada para tomar las armas los mal contentos del gobierno presente; y asi, lleno de temores y recelos, le fué forzoso valerse de naciones extranjeras para la guerra y defensa de su persona. Recibió en su servicio diez mil masagetas, á quien el vulgo llama alanos, gente bárbara de costumbres, cristianos en la fé mas que en las obras. Tenian su morada de la otra parte del Danubio, y reconocian por señores á los scitas de Europa. Enviaron primero al Emperador su embajada ofreciendo servirle. Nicéforo Gregoras (1), autor griego de aquellos tiempos, refiere lo mucho que Andrónico la estimó, con estas mismas palabras: «Fuéle tan agradable al Emperador como si viniera del cielo.» Decia que todos los griegos le eran sospechosos y enemigos, y así contínuamente procuraba amistades y ligas con los extraños, que ojalá nunca lo hiciera. Tambien recibió en su ejército muchas compañías de turcoples (2), que dejaron al sultan Azan y se

(1) Nicephori Gregorae Historia byzantina. Basileae, 1562.—*Eadem gr. et lat., cum notis Jo. Boivin.* Parisiis, 1702; 2 vol.
Cum notis ejusd. Boivini, Hier. Wolfii, Ducangii et Capercnnerii; cura Lud. Schopeni.—Bonæ, Weber, 1829 et 1830; 2 vol.

(2) *Turcopuli*, denominacion que se aplicaba, segun Ducange, á los soldados de armadura ligera, y segun otros, á los hijos de padre turco y madre griega; pero, como lo indica aquí Moncada, *turcoples* eran los turcos convertidos.

bautizaron. Todas estas ayudas las deseaba Andrónico y las estimaba como grandes; y así la que los nuestros le ofrecian, no se puede con palabras encarecer la estimacion que hizo della, por ser de gente tan aventajada á las demás que le servian, y tan temida en aquellos tiempos. Remitió Andrónico los dos embajadores á Roger, concertado el casamiento, y le llevaron las insignias de megaduque, que es lo mismo que entre nosotros general de la mar; dignidad grande de aquel imperio, pero no de las mayores (1).

CAPITULO VI.

Señala sueldo el Emperador á la gente de guerra, y hace muchas honras y mercedes á sus capitanes.

Señaló Andrónico las pagas segun la diferencia de las armas y ocupacion: cuatro onzas de plata cada mes á los hombres de armas, á los caballos ligeros dos, y lo mismo á los pilotos y gente de mando de la armada; á los infantes y marineros una onza, y que siempre que llegasen á la costa de alguna provincia del imperio se les diesen cuatro pagas, y cuando quisiesen volver á sus casas, juntos ó divididos, se les librasen dos para el viaje. George Pachimerio, autor griego, cuyos fragmentos ilustran mucho esta relacion, aunque enemigo grande de los catalanes, dice que las pagas de los catalanes eran doblado mayores que las de los turcoples y masagetas; con que claramente se muestra la estimacion que se hizo de la milica catalana y aragonesa, pues con tan excesiva diferencia la aventajaron á todos los que servian en su imperio. De las pagas, entretenimientos y ventajas que ofreció á la nobleza y capitanes, no señalan los historiadores cosa con particularidad; solo el oficio y dignidad de megaduque

(1) El título de *megaduque*, ó *megadux* en griego, y *magnus dux* en latin, correspondia en el imperio bizantino al grado supremo de la marina. *Quem summa rei nauticae... praefectura erat*, dice el glosario de Ducange.

en Roger, y el de senescal en Corberan de Alet; de donde sospecho que su gusto era el que limitaba sus pagas y sueldo; porque, segun adelante veremos, los generales pedian á su voluntad el dinero con solo señalar la cantidad, sin que para esto hubiesen de dar cuenta á los contadores y ministros de la hacienda de Andrónico.

Los embajadores volvieron á Sicilia, y hallaron á Roger en Lícata, donde aguardaba su vuelta, y sabido el buen despacho que traian, se fué luego á ver con el Rey, á dalle razon del honroso acogimiento que Andrónico hizo á sus embajadores, y cuán largo andaba en ofrecelles mercedes. Publicóse la jornada, y los capitanes recogieron su gente en Mesina, donde la armada se aprestaba, que en pocos dias estuvo en órden para navegar. Era la armada de treinta y seis velas, y entre ellas habia diez y ocho galeras y cuatro naves gruesas, la mayor parte armadas con dinero del Rey y de Roger, que para la ejecucion desta jornada gastó la hacienda que adquirió en las guerras pasadas, y tomó veinte mil ducados de los genoveses en nombre del emperador Andrónico. Fué mucho menos el número de la gente de lo que se creyó; porque los dos Berengueres de Entenza y Rocafort no pudieron juntarse con Roger ni seguirle, porque difirieron su partida para el siguiente año. Berenguer de Entenza esperaba nuevas compañías de gente de Cataluña para acrecentar sus fuerzas y pasar con mayor reputacion. Berenguer de Rocafort se detenia en unos castillos de Calabria, y rehusaba el entregarlos al rey Cárlos de Nápoles hasta quedar enteramente satisfecho de lo que se le debia por razon de su sueldo. Roger, aunque la falta destos dos capitanes le pudiera con justa causa detener, por ser una de las mas principales partes de su ejército, determinó partirse, y embarcó su gente el dia que tenia aplazado. El Rey, á mas de los navíos y galeras que les dió para su viaje, les mandó proveer de vituallas y bastimentos, y el dinero que pudo un príncipe que del reinar solo conoció las fatigas y peligros.

Este fué el premio que se dió á la milicia mas invencible y vitoriosa de aquella edad, y que sirvió por largos veinte años á tres reyes, Pedro, Jaime y Fadrique, alcanzando de sus enemigos cinco vitorias navales, tres en tierra, sin otros encuentros notables, y sin las expugnaciones de fuertes y grandes pueblos, y otros defendidos con loable obstinacion y valor increible. Tal era la moderacion de aquellos tiempos, bien diferentes de los que hoy tenemos, pues vemos soldados que apenas han visto al enemigo cuando ya juzgan por cortas las mayores mercedes.

CAPITULO VII.

Parte de Sicilia la armada, y qué gente y milicia fué la de los almugavares.

Embarcóse toda la gente en el puerto de Mesina, y antes de salir del Faro, se tomó muestra general, y se hallaron, segun Montaner, efectivos mil quinientos hombres de cabo para el servicio de la armada, sin los oficiales, y cuatro mil infantes almugavares. Nicéforo Gregoras, autor poco fiel en algunos destos sucesos, dice que Roger pasó solo mil hombres á Grecia; pero George Pachimerio ya concuerda con Montaner, y afirma que fueron ocho mil los que pasaron. Este, á mi parecer, es el verdadero número; porque seis mil y quinientos soldados de paga es cierto que llegaron hasta el número de ocho con los mil criados y familia de los capitanes y ricoshombres. Y aunque estos dos autores no concordaran, la fe de Nicéforo fuera siempre dudosa; porque á Roger, siendo capitan de solos mil hombres, no me puedo persuadir que Andrónico le hiciera megaduque, y le casara con su nieta sin haber precedido servicios. No parecerá ajeno del intento, pues toda nuestra infantería fue de almugavares, decir algo de su orígen.

La antigüedad, madre del olvido, por quien han perecido claros hechos y memorias ilustres, entre otras que nos dejó confusas, ha sido el orígen de los almugavares; pero segun lo que yo

he podido averiguar, fué de aquellas naciones bárbaras que destruyeron el imperio y nombre de los romanos en España, y fundaron el suyo, que largo tiempo conservaron con esplendor y gloria de grande majestad, hasta que los sarracenos en menos de dos años le oprimieron, y forzaron á las reliquias deste universal incendio que entre lo mas áspero de los montes buscasen su defensa, donde las fieras muertas por su mano les dieron comida y vestido. Pero luego su antiguo valor y esfuerzo, que el regalo y delicias tenian sepultado, con el trabajo y fatiga se restauró, y les hizo dejar las selvas y bosques, y convertir sus armas contra moros, ocupadas antes en dar muerte á fieras.

Con la larga costumbre de ir divagando, nunca edificaron casas ni fundaron posesiones; en la campaña y en las fronteras de enemigos tenian su habitacion y el sustento de sus personas y familias: despojos de sarracenos, en cuyo daño perpetuamente sacrificaban las vidas, sin otra arte ni oficio mas que servir pagados en la guerra, y cuando faltaban las que sus reyes hacian, con cabezas y caudillos particulares corrian las fronteras, de donde vinieron á llamar los antiguos el ir á las correrías, *ir en almugavería*. Llevaban consigo hijos y mujeres, testigos de su gloria ó afrenta; y como los alemanes en todos tiempos lo han usado, el vestido de pieles de fieras, abarcas y antiparas de lo mismo. Las armas, una red de hierro en la cabeza á modo de casco, una espada, y un chuzo algo menor de lo que se usa hoy en las compañías de arcabuceros, pero la mayor parte llevaban tres ó cuatro dardos arrojadizos. Era tanta la presteza y violencia con que los despedian de sus manos, que atravesaban hombres y caballos armados; cosa al parecer dudosa, si Desclot (1) y Montaner no lo refirieran, autores graves de nuestras histo-

(1) *Chronicas ó conquestas de Catalunya, compostes é ordenades per en Bernat de Sclot.* Alias: *De les historics de alguns conmtes de Barcelona, y Reis de Aragó.*—Tradújolo al castellano Rafael Cervera. Barcelona Sebastian de Cormellas, año **1616**; **4.°**

rias, adonde largamente se trata de sus hechos, que pueden igualar con los muy celebrados de romanos y griegos.

Cárlos, rey de Nápoles, puestos ante su presencia algunos prisioneros almugavares, admirado de la vileza del traje, y de las armas, al parecer inútiles contra los cuerpos de hombres y caballos armados, dijo con algun desprecio, que si eran aquellos los soldados con que el rey de Aragon pensaba hacer la guerra, replicóle uno dellos, libre siempre el ánimo para la defensa de su reputacion: «Señor, si tan viles te parecemos, y estimas en tan poco nuestro poder, escoge un caballero de los mas señalados de tu ejército, con las armas ofensivas y defensivas que quisiere; que yo te ofrezco con sola mi espada y dardo de pelear en campo con él.» Cárlos, con deseo de castigar la insolencia del almugavar, aplazó el desafío, y quiso asistir y ver la batalla. Salió un francés con su caballo armado de todas piezas, lanza, espada y maza para combatir, y el almugavar con sola su espada y dardo. Apenas entraron en la estacada, cuando le mató el caballo, y queriendo hacer lo mismo de su dueño, la voz del Rey le detuvo, y le dió por vencedor y por libre.

Otro almugavar en esta misma guerra, á la lengua del agua, acometido de veinte hombres de armas, mató cinco antes de perder la vida. Otros muchos hechos se pudieran referir, si no fuera ajeno de nuestra historia el tratar de otra largamente. La duda que se ofrece solo es del nombre, si fué de nacion ó de milicia en sus principios.

Tengo por cosa cierta que fué de nacion, y para asegurarme mas en esta opinion, tengo á George Pachimerio, autor griego, cuyos fragmentos dan mucha luz á toda esta historia, que llama á los almugavares descendientes de los avares, compañeros de los hunos y godos; y aunque no se hallará autor que opuestamente lo contradiga, por muchas leyes de las *Partidas* se colige claramente que el nombre de almugavar era nombre de milicia, y el ser esto verdad no contradice lo primero, porque entrambas cosas pueden haber sido.

En su principio, como Pachimerio dice, fué de nacion, pero despues, como no ejercitaban los almugavares otra arte ni oficio, vinieron ellos á dar nombre á todos los que servian en aquel modo de milicia, así como muchas artes y ciencias tomaron el nombre de sus inventores. Pero dudo mucho que hubiese quien se agregase á los almugavares, milicia de tanta fatiga y peligro, sin ser de su nacion, porque la inclinacion natural les hacia seguir la profesion de los padres; ni hay hombre que pudiendo escoger, siguiese milicia que desde la primera edad se ocupase con tanto riesgo de la vida, descomodidad y contino trabajo.

Nicéforo Gregoras dice que almugavar es nombre que dan á toda su infantería los latinos (así llaman los griegos á todas las naciones que tienen á su poniente); pero no hay para qué contradecir con razones falsedad tan manifiesta, y mas contra un autor tan poco advertido en nuestras cosas como Nicéforo.

Salió la armada de Mesina, y con próspera navegacion llegó á Malvasía, puerto de la Morea, donde fueron bien recebidos y ayudados con algun refresco por órden del Emperador. Antes de salir llegaron cartas suyas, en que mandaba á Roger que apresurase la navegacion. Partió alegre la gente con el refresco, y en pocos dias la armada arribó á Constantinopla, por el mes de enero, indiccion segunda, segun Pachimerio (lib. 11, capítulo 13), con universal regocijo de la ciudad viendo las armas que les habian de amparar y defender. Andrónico y Miguel, emperadores, y toda la nobleza griega, con mucho amor y muestras de sumo agradecimiento les recibieron y honraron. Mandó luego Andrónico desembarcar toda la gente, y que alojase dentro de la ciudad en el barrio que llamaban de Blanquernas, y el siguiente dia se repartieron cuatro pagas, como estaba concertado.

CAPÍTULO VIII.

Roger se casa. Pelean catalanes y genoveses dentro de Constantinopla.

Parecióle al Emperador Andrónico que convenia á su seguridad y crédito dar á entender que los ofrecimientos hechos á los nuestros se habian de cumplir con mucha puntualidad, y para que esto se mostrase luego con las obras, dió principio por lo que parecia mas difícil, que fué el casamiento de Roger con su sobrina (1) María, con que todos quedaron satisfechos, juzgando por ciertas las demás mercedes, como inferiores y mas fáciles de cumplir. Hiciéronse las bodas con la solemnidad de personas reales, porque el valor de Roger pudo igualar la nobleza de la mujer. Era María hija de Azan, príncipe de los búlgaros, y de Irene, hermana de Andrónico; de quince años de edad, hermosa y por estremo entendida. Entre el mayor placer y gusto de la boda sucedió un alboroto y pendencia entre catalanes y genoveses, que casi fué batalla muy sangrienta, nacida, como muchas veces acontece, de pequeña causa; y aunque Pachimerio dice que fué sobre la cobranza de los veinte mil ducados que prestaron á Roger en Sicilia, y que por sosegallos ofreció el Emperador de pagallos; pero la mas cierta ocasion de la pendencia fué que un almugavar, discurriendo por la ciudad, dió ocasion á dos genoveses, viéndole solo, que burlasen con mucha risa de su traje y figura; pero el ánimo militar del almugavar, mal sufrido en los donaires y motes cortesanos, mas osado de manos que de lengua, les acometió con la espada y trabó la pendencia. Acudieron de una y otra parte valedores y amigos, estando ya los ánimos prevenidos y alterados como sospechooss, y con esto las fuerzas de entrambas naciones se encontraron para su total ruina y perdicion.

(1) Refiriéndose sin duda á ella misma en la página precedente, la llama *nieta*. Andrónico era en efecto tio de María; y aquella inconsecuencia prueba que Moncada no corrigió su obra.

Los genoveses sacaron su bandera ó guion, y acometieron los cuarteles de los almugavares repartidos en el barrio de Blánquernas. Nuestra caballería, reconociendo el peligro de sus almugavares, dividida en tropas, cerró con la gente genovesa mal ordenada. Con esto se dió lugar á que los almugavares saliesen de sus alojamientos y se juntasen para tomar satisfaccion de quien tan injustamente los maltrataba. Peleóse de una y otra parte con obstinacion, hasta que los genoveses, muerto su capitan Roseo del Final, se fueron retirando con notable pérdida y daño.

Andrónico, de las ventanas de su palacio, atento y con gusto miraba la pendencia, cuando los genoveses levemente fueron maltratados y algunos muertos, y con palabras mostró su ánimo mal afecto contra ellos; pero cuando vió que los almugavares con su acostumbrado rigor iban degollando cuanto se les ponia delante, temió que todos los genoveses de Constantinopla no muriesen aquel dia; cosa peligrosa para su conservacion, porque dependia dellos la paz de su Imperio. Tiénese por cierto que Andrónico quisiera sacudirse el yugo de genoveses si pudiera con seguridad, pero era difícil, por tener ellos el poder dividido para que se pudiera oprimir á un tiempo, y si consintiera que los de Constantinopla perecieran, fuera irritar las otras fuerzas que quedaban enteras; y así, con ruegos y promesas pidió á los capitanes que recogiesen y retirasen los suyos, y George Pachimerio refiere que mandó Andrónico á Estéban Marzala, gran drungario (1) y almirante, que fuese á quietar el tumulto y apaciguar las partes, y que fué muerto y despedazado. Finalmente, la presencia y autoridad de Roger y de los otros capitanes pudo tanto, que obedecieron todos, y con mucho peligro les retiraron, porque habian sacado sus banderas con ánimo de acometer á Pera y saquearla, juntando á su venganza su codicia.

(1) *Drungario* era, despues de *Megaduque*, el jefe superior de la marina, y la categoría siguiente era la de *almirante*.

Era esta poblacion de genoveses, dividida por un estrecho cerco del mar, de la ciudad de Constantinopla, llamada de los antiguos Cuerno de Bisancio, y hoy, de los turcos y griegos, Galata. Retirados y sosegados los nuestros, les mandó el Emperador, en agradecimiento de su puntual obediencia, librar una paga. Quedaron muertos de los genoveses en la ciudad cerca de tres mil, y aunque lo peor llevaron ellos entonces, fué causa de mayores daños en lo venidero para los nuestros, porque con esto quedó irritada una nacion émula y poderosa, que importaba su amistad para conservar nuestras armas en aquel Imperio; porque en estos tiempos era grande y temido su poder en todo el Oriente, árbitros de la paz y de la guerra. Tenian ilustres colonias y presidios en Grecia, en Ponto, en Palestina; armadas poderosas; poseian muchas riquezas adquiridas con su industria y valor, y absolutamente eran dueños del trato universal de Europa; con que mantenian fuerzas iguales á los de los mayores reyes y repúblicas. Con esto llegaron á ser casi dueños del Imperio griego. En este tiempo, cuando los catalanes llegaron á Constantinopla, reconociendo las fuerzas que traian, les pareció á los genoveses peligrosa la vecindad de sus armas; y así siempre se mantuvo entre estas dos naciones aborrecimiento y enemistad implacable, que duró muchas edades, hasta que el valor de entrambos se fué perdiendo, juntamente con el imperio del mar, y cesó la emulacion por cuya causa muchas veces con varia fortuna se combatió.

CAPÍTULO IX.

Pasa la armada á la Natolia, y echa la gente en el Cabo de Artacio.

Con el peligro de la pendencia entre catalanes y genoveses advirtió Andrónico los que pudieran suceder, por tener dentro de la ciudad diferentes y varias naciones armadas y ofendidas, que con menos ocasion que la vez pasada vinieran sin duda á

rompimiento. Llamó á nuestros capitanes, y les esplicó brevemente el gusto que tendria de ver sus armas en el Asia, amparando sus miserables y cristianos pueblos, oprimidos de los turcos, y quitada la ocasion de nuevas pendencias y desórdenes. Roger, con sus capitanes, ofreció que embarcaria su gente luego; pero para que su partida fuese con mas gusto, y el ejército quedase satisfecho y seguro de tener en la armada ciertos los socorros y retiradas, le suplicaron nomdrase por general della algun caballero ó capitan que fuese de su nacion, para que dependiese dellos, temiendo que Andrónico diese este cargo á griegos ó genoveses; y fuera cosa peligrosa para su seguridad tener el socorro en poder de gente estraña, con quien siempre hay emulacion y competencias: ocasion de graves pendencias y daños, y mas en los socorros de mar, tan sujetos á las mudanzas del tiempo, que puede la ruindad y malicia de un general retardar el socorro, y hallar razon que disculpe y apruebe lo mal hecho, atribuyendo al tiempo o y á peligros imaginados su tardanza. Andrónico cumplidamente satisfizo á la demanda, dando el cargo de general de la armada, con título de almirante, á Fernando de Aones, caballero de conocida sangre y gallardo por su persona, y juntamente quiso que se casase con una parienta suya, para que el nuevo parentesco diese mas autoridad á su cargo. El título de almirante en aquel Imperio no era tan supremo como lo fué entre nosotros, porque estaba sujeto al Megaduque y dél recebia las órdenes. Mandó el Emperador que un insigne capitan de romeos (1), que se llamaba Marulli, hombre de sangre y Estado, fuese siguiendo las banderas de Roger con su gente, y Gregorio con la mayor parte de los alanos hiciese lo mismo. Embarcóse el ejército en los navios y galeras de su armada, y atravesando el mar de Propontide, dicho hoy de Mármora, tomaron tierra en el Cabo de Artacio, poco mas de cien millas lejos de Cons-

(1) Ducange, en vist de varias autoridades, opina que *romeo* era sinónimo de griego, sobre todo de griego bizantino.

tantinopla, lugar acomodado para la desembarcacion de la caballeria. A este Cabo llama Montaner Artaqui, y los antiguos Artacio, no lejos de las ruinas de la famosa ciudad de Cizico.

Llegó Roger con la armada, y supo que los turcos aquel mismo dia habian querido ganar una muralla ó defensa de media milla de largo, puesta en la parte que el Cabo se continúa con la tierra firme, y que dejaron el combate, mas por la fortaleza del sitio, que por el valor de los que la defendian. Estiéndese este Cabo desde esta defensa ó muralla algunas leguas dentro del mar, y en él hay muchas poblaciones y abundantes valles y fértiles colinas. Era en los tiempos antiguos isla, pero despues se vino á cerrar con las arenas.

Con el aviso cierto que Roger tuvo de que los turcos habian acometido el reparo y defensa del Cabo, y que no podian estar muy lejos, dióse prisa á desembarcar la gente, y envió luego á reconocer el campo de los enemigos, y dentro de pocas horas se supo como estaban alojados seis millas lejos entre dos arroyos, con sus mujeres, hijos y haciendas. En aquel tiempo los turcos, no olvidados aun de las costumbres de los scitas, de quien se preciaan suceder, vivian la mayor parte y la mas belicosa en la campaña, debajo de tiendas y barracas, mudándose segun la variedad del tiempo y comodidades de la tierra. Tenian puesta su mayor fuerza en la caballería, gobernada por capitanes y príncipes de valor, no de sangre, á quien obedecian mas por gusto que por obligacion. Tenian perpetua guerra con los vecinos, sin órden militar, á imitacion de los alárabes, que hoy poseen el Africa. Esta forma de vivir tuvieron desde que dejaron las riberas del rio Volga y entraron en la Asia menor, hasta que la vileza de las naciones de la Asia y Grecia les dió crédito y reputacion. A las monarquías y naciones sucede lo mismo que á los hombres, que nacen, crecen y mueren. Nació Grecia cuando se defendió de Jérjes, y cuando su valor deshizo el poder de tan numerosos ejércitos y forzó al bárbaro monarca que se retirase vencido y pasase el estrecho del mar del Helesponto en una pe-

queña barca, que poco antes soberbio y desvanecido humilló con puente. Tuvo su aumento cuando las armas de Alejandro pasaron mas allá del Gánges, y los límites y fines inmensos de la misma naturaleza no lo fueron de su ambicion. Fué su muerte cuando las armas de los bárbaros, por flojedad de sus príncipes y poca fidelidad de sus capitanes, la pusieron en dura servidumbre.

En este tiempo que Andrónico ocupaba el imperio de Oriente, los turcos se dividieron, y hubo entre ellos algunas guerras civiles, pero por el consejo y autoridad de Orthogules se sosegaron, remitiendo á la suerte sus pretensiones, que, como refiere Gregoras y Chalchondilas (1), se dividieron por suerte las provincias entre siete capitanes, pretensores todos del gobierno universal. Dió la suerte á Caramano la parte mediterránea de la provincia de Frigia hasta Cilicia y Filadelfia, aunque algun autor quiere que este no fuese de los siete capitanes, y que solo reinó en Caria; á Carcano la parte de Frigia que se estiende hasta Esmirna; á Calami y á su hijo, Carasi. La Lidia hasta Misia, Bitinia y las demás provincias junto al monte Olimpo cayeron en la suerte de Otomano, que en aquella edad comenzó á ser temido, y á levantar puco despues su monarquía, venciendo y sujetando los demás tiranos de las provincias que vamos nombrando, con que quedó absoluto señor y príncipe de todas ellas. La Paflagonia y las demás tierras que caen á la parte del Ponto Euxino las ocuparon los hijos de Amurat. En esta forma hallaron los nuestros repartida el Asia, y á los turcos señores della; que fué grande ayuda para nuestras vitorias el estar sus fuerzas divididas.

(1) Chalchondyla (Laonicus), *De origine et rebus gestis turcarum á graeco in latinum conversa á Conrado Clausen*. Basileae, 1556.
Ejustd. his. libri 10, *gr. et lat.*, *ed. C. Ann. Fabroto*. París. 1650.

CAPÍTULO X.

Vencen los catalanes y aragoneses á los turcos.

Con el aviso que Roger tuvo de como los turcos estaban cerca, temiendo perder tan buena ocasion si, advertidos de la llegada de los nuestros, se previnieran ó retiraran, juntó el campo, y en una breve plática les dijo como el siguiente dia queria dar sobre los alojamientos de los enemigos, fáciles de romper por estar descuidados. Propúsoles la gloria que alcanzarian con vencer, y que de los primeros sucesos nacia el miedo ó la confianza, y que la buena ó mala reputacion pendia dellos.

Mandó que no se perdonase la vida sino á los niños, porque esto causase mas temor en los bárbaros, y nuestros soldados peleasen sin alguna esperanza de que vencidos pudiesen quedar con vida. Dispuesto el órden con que se habia de marchar, dió fin á la plática. Oyéronle con mucho gusto, y aquella misma noche partieron de sus alojamientos, á tiempo que al amanecer pudiesen acometer á los turcos. Guiaba Roger con Marulli la vanguardia con la caballería, y llevaba solos dos estandartes, en el uno las armas del emperador Andrónico, y en el otro las suyas. Seguia la infantería, hecho un solo escuadron de toda ella, donde gobernaba Corbaran de Alet, senescal del ejército. Llevaba en la frente solas dos banderas, contra el uso comun de nuestros tiempos, que suelen ponerse en medio del escuadron, como lugar mas fuerte y defendido. La una bandera llevaba las armas del rey de Aragon D. Jaime, y la otra las del rey de Sicilia D. Fadrique: porque entre las condiciones que por parte de los catalanes se propusieron al Emperador, fué de las primeras que siempre les fuese lícito llevar por guia el nombre y blason de sus príncipes, porque querian que adonde llegasen sus armas llegase la memoria y autoridad de sus reyes, y porque las armas de Aragon las tenian por invencibles. De donde se puede

conocer el grande amor y veneracion que los catalanes y aragoneses tenian á sus reyes, pues aun sirviendo á príncipes estraños y en provincias tan apartadas, conservaron su memoria y militaron debajo della: fidelidad notable, no solo conocida en este caso, pero en todos los tiempos; porque no se vió de nosotros príncipe desamparado, por malo y cruel que fuese, y quisimos mas sufrir su rigor y aspereza que entregarnos á nuevo señor. No fué llamado el hermano bastardo, ní escluido el Rey natural; no fué preferido el segundo al primogénito; siempre seguimos el órden que el cielo y naturaleza dispuso; ni se alteró por particular aborrecimiento ó aficion, con no haber apenas reino donde no se hayan visto estos trueques y mudanzas.

Pasaron los nuestros á media noche la muralla ó reparo que divide el cabo de tierra firme, y al amanecer se hallaron sobre los turcos, que como en parte segura, y á su parecer lejos de enemigos, estaban sin centinelas, reposando dentro de sus tiendas con descuido y sueño. Cerró Roger y Marulli con la caballería, metiéndose por las tiendas y flacos reparos que tenian con grande ánimo. Siguiéronle los almugavares con el mismo, dando un sangriento y dichoso principio á la nueva guerra.

Los turcos, á quien la furia y rigor de nuestras espadas no pudo oprimir en el sueño, al ruido de las armas y voces despertaron, y con la turbacion y miedo que semejantes asaltos suelen causar en los acometidos, tomaron las armas para su defensa; pero fueron pocos, divididos y desarmados; con que su resistencia fué inútil y sin provecho contra el esfuerzo y gallardía de nuestra gente, que ya lo ocupaba todo. Pelearon los turcos con desesperacion, viendo á sus ojos despedazar y degollar á sus mas caras prendas de gente que ni aun por el nombre conocian. Alcanzóse cumplidísima victoria, dejando en el campo muertos de los turcos, tres mil caballos y diez mil infantes. Los que quedaron vivos fueron los que, reconociendo con tiempo el desórden y pérdida, y que los catalanes eran impenetrables á los golpes de sus dardos, se pusieron en seguro con la huida;

y el querer muchos hacer lo mismo despues, les causó mas presto la muerte, porque ocupados en retirar sus hijos y mujeres, dejaban la batalla, y luego perecian. La presa fué grande, y los niños cautivos muchos. Refiere Nicéforo, griego de nacion y enemigo declarado de la nuestra, el espanto y terror que causó en los turcos este primer acometimiento con estas mismas palabras: «Como los turcos vieron el ímpetu feroz de los latinos (que así llama á los catalanes), su valor, su disciplina militar y sus lucidas y fuertes armas, atónitos y espantados huyeron, no solo lejos de la ciudad de Constantinopla, pero mas adentro de los antiguos límites de su imperio.» Nuestra gente siguió el alcance poco rato, por no tener la tierra conocida, y volvieron aquella misma noche al cabo, por tener el alojamiento reconocido y seguro.

CAPITULO XI.

Retirase el ejército, para invernar en el cabo de Artacio, á sus alojamientos.

Dieron aviso al Emperador del buen suceso de su vitoria, enviando cuatro galeras con riquísimos presentes para entrambos príncipes, Adrónico y Miguel, y en nombre de los soldados se envió á María, mujer del megaduque Roger, lo mas precioso y rico de la presa. Causó notable admiracion entre los griegos la brevedad con que se alcanzó tan señalada vitoria, y el pueblo la celebró con alabanzas, libre del temor de los turcos, que insolentes con las vitorias alcanzadas de los griegos de la otra parte del Estrecho, amenazaban la ciudad con los alfanjes desnudos; pero casi toda la nobleza, que como fuera justo, debiera mostrarse mas agradecida á tan grande beneficio, manifestó el veneno de sus ánimos, que la envidia de la ajena felicidad no dió lugar á que se pudiese mas encubrir.

Los privados de Andrónico y las personas de mayor estima-

cion de su nacion comenzaron á temer nuestras fuerzas, juzgándolas por superiores á las que ellos tenian, y que dentro de casa tanto poder en manos de estranjeros era cosa peligrosa. Estas pláticas y discursos las alentaba el emperador Miguel, incitado de un oculto sentimiento que causó en su ánimo la vitoria, porque algunos meses antes habia pasado el Estrecho con un ejército poderosísimo, y por miedo de los turcos ó poca seguridad de los suyos se retiró, con gran pérdida de su reputacion, sin trabar ni aun una pequeña escaramuza con el enemigo; y como los catalanes, siendo tan pocos, vencieron á los que él no se atrevió á acometer con tan escesivo número de gente, desto nació su corrimiento, y dél un grande aborrecimiento y deseo de nuestra perdicion.

Los príncipes sienten mucho que haya quien se les iguale en valor, y aun en la dicha aborrecen á quien se les aventaja, porque el poder no sufre virtud y partes aventajadas en ageno sugeto, y mas cuando en su competencia sucede el aventajarse. Si una baja y vil emulacion de un príncipe en hacer versos causó la muerte á Lucano, ¿cuánto mayor fuera si de valor y fortuna se compitiera? Y así, no se debe tener por capitan cuerdo el que intenta una empresa errada por su príncipe, si ya no quiere competir con él del imperio.

Con el buen suceso que tuvieron, no trataron de pasar adelante ni seguir la vitoria; cosa que les hizo perder reputacion, y fué ocasion de hacer muchos escesos en aquella comarca, que irritaron gravemente el ánimo de los naturales y griegos. Cuando quisieron entrar la tierra adentro, comenzó el primer dia de noviembre á entrar con tál rigor el invierno, con vientos frios y agua, que les detuvo. Los rios por sus crecientes sin poderse vadear, la campaña estéril llena de enemigos, los caminos difíciles por donde se habia de marchar para socorrer á Filadelfia, eran causas bastantes para diferir cualquier empresa. Roger, con el parecer y consejo de sus capitanes, se resolvió de invernar en Cízico, lugar acomodado por la fortaleza del sitio y abun-

dancia de las vituallas, y porque el año siguiente fuese menos embarazosa la salida que si hubieran de partir de Grecia y embarcar y desembarcar la caballería tantas veces; cosa de suyo tan molesta. Dieron luego aviso al Emperador desta resolucion, y aprobóla con mucho gusto, porque era lo que mas le convenia, por tener el ejército alojado en la frente del enemigo, y apartado de Constantinopla y de los demás pueblos griegos, donde no faltaran quejas y pesadumbres, aunque cerca de tres meses anduvieron alojados por Asia sin efeto, trabajando la tierra con insoportables contribuciones. Mandó Andrónico que con mucha diligencia se llevasen por mar las vituallas que no se hallaban en el cabo; con que pasaron los nuestros un invierno muy apacible. El megaduque Roger envió con cuatro galeras por su mujer María. El órden que se tuvo en los cuarteles para escusar pendencias entre los soldados y sus huéspedes, fué el siguiente. Los soldados nombraron seis de su parte, y los de la tierra otros tantos, para que de comun parecer y acuerdo se pusiese precio á las vituallas; porque encareciéndose mas de lo justo, fuera gran descomodidad para los soldados, y dándose á precio muy bajo, no resultase en notable daño de los huéspedes, á mas de que faltara el comercio y provision ordinaria, que acudia de todas partes con abundancia. Ordenóse á Fernando Aones, almirante, que con la armada fuese á invernar á la isla de Xio, puerto seguro y vecino de las costas enemigas. Es el Xio isla de las mas señaladas del mar Egeo, por nacer en ella sola el almaste (1), cosa que negó naturaleza á las demás partes de la tierra.

CAPÍTULO XII.

Ferran Jimenez de Arenós se aparta de los suyos.

Concertadas en la forma dicha las cosas de mar y tierra, se pasaba el invierno con sosiego y mucha conformidad, pero lue-

(1) *Almastec* mas bien, ó *almáciga*, especie de goma ó resina.

go nuestras fuerzas se fueron enflaqueciendo con algunas divisiones y discordias civiles.

Ferran Jimenez de Arenós, caballero de gran linaje y buen soldado, se desavino con Roger sobre el gobierno de sus gentes, y pareciéndole desigual la competencia, se apartó del ejército con los suyos; y volviéndose á Sicilia, pasando por Aténas, se quedó á servir á su duque, que le recibió agradecido, y honró con cargos militares; en cuyo servicio se detuvo hasta que la necesidad de sus amigos en Galípoli le llamó, y volvió á juntarse con ellos, aventurando, como buen caballero, la libertad y la vida. Pachimerio dice que la ocasion de apartarse Ferran Jimenez de Roger fué porque muchas veces le advirtió que reprimiese y castigase los soldados, y como vió que en esto no andaba como debia, se apartó de su compañía con los que le quisieron seguir. ¡Notable fuerza de inclinacion, que apenas se apartaba el peligro de las armas estranjeras, cuando ya las competencias y guerras civiles se encendian entre ellos!

En abriendo el tiempo, el megaduque Roger y su mujer María se fueron á Constantinopla con cuatro galeras, á tratar con el Emperador de la jornada, y á pedirle dinero para hacer pagamento general antes que el ejército saliese en campaña. Miguel estaba en Constantinopla, y queriendo Roger visitalle y dalle razon de lo que pensaba hacer aquel año, no le dió lugar, porque se tenia por ofendido del mal tratamiento que habia hecho á los de Cízico, sus vasallos. Esto dice Pachimerio. Lo cierto es que Roger alcanzó de Andrónico el dinero con tanta largueza, que pudo dar dobladas pagas: liberalidad grande, si la falta de hacienda y dinero con qué se hallaba permitiera que se le pudiera dar este nombre. Tiénese por virtud heróica en un príncipe la liberalidad, si en ella concurren dos calidades, tener que dar, y que lo merezca á quien se dá; y cualquiera de estas dos que falte no es liberalidad, sino injusticia; y así, aunque Andrónico repartió las mercedes en personas de grandes merecimientos, como le faltó la primera calidad, que es tener qué dar,

túvose por muy escesivo este donativo, y por yerro muy grave, porque estaba el fisco y cámara imperial tan destruida, que no podia acudir á las pagas ordinarias ni á otros gastos forzosos del imperio. No hay cosa mas perniciosa, que el dinero recogido para la defensa comun, desperdiciarle en gastos voluntarios, y cuando la necesidad aprieta, acudir á nuevas imposiciones y pechos, dando por razon y causa justa el aprieto y la falta que nace de sus escesos y demasías. Las imposiciones son justas cuando es forzosa la necesidad que obliga á ponerlas; pero cuando el príncipe consume la hacienda con dádivas ó gastos impertinentes y escesivos, ninguna justificacion pueden tener, pues solo proceden de sus desórdenes ó descuidos.

Trataron Roger y el Emperador de cómo se habia de hacer la guerra aquel año, y Andrónico solo le encargó el socorro de Filadelfia; lo demás dejó al arbitrio de los demás capitanes y suyo; porque desde lejos y antes de las ocasiones mal se puede ordenar lo que conviene, ni tomar parecer cierto en cosas tan inciertas y varias como se ofrecen en una guerra. Dejó Roger á su mujer María en Constantinopla, y navegó con sus cuatro galeras la vuelta del cabo el primer dia de marzo del año 1303. Luego que llegó se pasaron las cuentas con los huéspedes, tomóse muestra general, y se halló que los soldados en poco mas de cuatro meses, que fué el tiempo que invernaron, habian gastado las pagas de ocho, y algunos de un año.

Sintió Roger el exceso y desórden de los soldados, que como capitan prudente y plático, conoció el mal, aunque como dependia su autoridad del arbitrio de los soldados, no se atrevió á poner el remedio que convenia, porque no se disminuyese ó perdiese. Mal puede un capitan conservar un ejército con puntual y estrecha obediencia si el poder y fuerzas con que los ha de castigar le dan ellos mismos; de que nace la insolencia y libertad.

Roger, conociendo el tiempo, satisfizo los huéspedes, pagando todo lo que habian gastado en mantener los soldados, y no

quiso se les descontase de su sueldo; y así les quedó libre el dinero de las cuatro pagas, que luego les dió, y tomando Roger sus libros de las raciones y cuentas, donde constaba de los gastos excesivos que los soldados habian hecho, los quemó en la plaza pública de Cízico, con que quedaron todos obligados y agradecidos á su liberalidad. Los autores griegos dicen que Cízico y toda su comarca quedó destruida por las crueldades y robos de los catalanes, y que temiendo el Emperador Andónico que Roger no alargase el salir en campaña por la mala disciplina y poca obediencia de los soldados, envió su hermana á los últimos de marzo á Cízico para que exhortase á Roger, su yerno, saliese con el ejército, pues el tiempo y la ocasion convidaban á la guerra, y los soldados recien pagados saliesen con mas gusto.

CAPITULO XIII.

Parte el ejército á socorrer á Filadelfia, y vencen á Camarano; turco, general de los que la tenian sitiada.

El deseo que tenia Roger de salir en campaña, ayudado de la persuasion de su suegro, hizo que luego se pusiese en ejecucion la salida, y así se señaló para los 9 de abril. Estando apercibiéndose ya todos para el viaje, dos masagetas ó alanos esperando en un molino que les moliesen un trigo, llegaron algunos almugavares á tratar con descompostura una mujer que estaba dentro á tomar la harina; salieron á la defensa los alanos, y entre otras razones que dieron contra Roger, su capitan, fué decir que si les daban tales ocasiones, harian del megaduque Roger lo que hicieron del Gran Doméstico (1). Este fué Alejos Raul, que en una fiesta militar le mataron estos á traicion, de un flechazo.

(1) El Gran Doméstico, en griego *megadoméstico*, parece que era respecto á la milicia de tierra lo que el megaduque en la marítima, el grado supremo en el mando del ejército, así como en la casa imperial una de las primeras dignidades.

Refirieron estas palabras á Roger, y por su mando ó consentimiento aquella misma noche los almugavares dieron sobre los alanos, y si la obscuridad de la noche y el cuidado de los vecinos no les defendiera, los degolláran todos. Murieron muchos, y entre ellos un mozo valiente hijo de George, cabeza de los alanos. A la mañana volvieron á toparse, y quedaron los catalanes superiores, habiendo muerto mas de trescientos alanos; y si no se temiera á los vecinos de Cízico, á quien por los malos tratamientos tenian irritados, que no tomasen las armas, y se pusiesen de parte de los alanos, los hubieran sin duda degollado todos. Por este caso se apartó la mayor parte de los alanos del ejército de Roger; solo quedaron con él hasta mil, que con promesas y ruegos los detuvieron. Roger quiso con dinero aplacar al padre por la muerte del hijo, pero Gregorio menospreció el dinero, y al agravio del hijo muerto se añadió la afrenta del ofrecimiento; con que el bárbaro quedó irritado, aunque encubrió la ofensa para mayor venganza.

Este suceso alargó la partida hasta los primeros de mayo que salieron de Cícico seis mil con nombre de catalanes, mil alanos y las compañías de romeos debajo del gobierno de Marulli; pero todos sujetos y á la órden de Roger. Iba tambien Nastago, gran primiserio (1). Llegaron con estas fuerzas á Anchirao, y de allí con gran valor y confianza, que así lo dice Pachimerio, fueron á visitar á Germe, lugar fuerte donde los turcos estaban; y entendida por ellos la resolucion, con sola la fama de su venida dejaron el lugar y se retiraron; pero no pudo ser esto tan á tiempo, que su retaguardia no fuese gravemente ofendida de los catalanes. De allí pasaron á otro lugar que la historia de Pachimerio no le nombra; solo dice que estaba dentro para su defensa Sausi Crisanislao, famoso soldado y capitan de búlgaros, á quien mandó ahorcar con doce de sus soldados los

(1) *Primicerius*, título que, segun la interpretacion de la palabra, equivalia al nuestro de *mayordomo mayor*.

mas principales, sin decir con certeza la ocasion deste castigo; solo se presume que habrian defendido mal algun lugar que estaba á su cargo, ó entregado alguna fortaleza; y queriendo Sausi disculparse, atravesó razones con Roger, que le movieron á meter mano á la espada y herirle, y despues fué entregado á los que le habian de ahorcar. Los capitanes griegos detuvieron la ejecucion y alcanzaron de Roger el perdon, porque le advirtieron el disgusto que tendria el Emperador Andrónico si castigase un hombre de tanta calidad y tan buen soldado sin habelle dado razon. Era Crisanislao uno de los capitanes búlgaros que prendió Miguel, padre de Andrónico, en la guerra de la Chana; y detenido gran tiempo en prision, fué puesto en libertad por Andrónico, y honrado en cargos militares y en gobiernos de provincias, y entonces se hallaba en esta parte de Frigia, ocupado en servicio del Emperador. Luego de allí pasó el ejército á Geliana, camino de Filadelfia, donde le llegó aviso á Roger de algunos lugares fuertes que ocupaban los turcos, significándole la violencia que padecian, y por carta le suplicaban les ayudase, pues eran romeos que se dieron á la fuerza del tiempo, y que se querian levantar contra los enemigos. Roger les respondió que estuviesen de buen ánimo, que él les socorreria. Con esto pasó adelante á meter el socorro en Filadelfia, que era el principal intento que llevaban. Caramano Alisurio, que la tenia sitiada, cuyo gobierno se estendia por esta provincia, con el aviso que tuvo de la venida del ejército de los catalanes, levantó el sitio con la mayor parte de su ejército, y caminó la vuelta dellos, con deseo de vengar la rota del año antes que los catalanes dieron á sus compañeros. Esto pareció que le convenia, y no aguardallos sobre Filadelfia, ciudad grande y con gente armada, que animada del ejército amigo, saldria á pelear. Dejó alugnos fuertes guarnecidos, con que le pareció que los de la ciudad no intentarian el salir; pero dos millas lejos, al amanecer se reconocieron de una y otra parte y se pusieron en órden para pelear. El ejército de los turcos

llegaba á ocho mil caballos y doce mil infantes, caramanos todos, los mas valientes y temidos de toda la nacion, superiores en número á los nuestros, pero muy inferiores en el valor, en la disciplina, en la ordenanza militar y en las armas ofensivas y defensivas; solo habia igualdad en el ánimo y deseo de pelear. Roger dividió en tres tropas su caballería, alanos, romeos y catalanes; y Corbaran de Alet, á cuyo cargo estaba la infantería, la dividió en otros tantos escuadrones, y hecha la señal de acometer, se embistieron con ánimo gallardo y bizarría. Trabóse la batalla muy sangrienta para los turcos, porque los catalanes, mas prácticos en herir, y mas seguros en las armas de ser ofendidos, hacian grande daño en ellos con muy poco suyo. Junto á los conductos de la ciudad fué donde mas reciamente se embistieron. Pero los turcos, valientes y atrevidos, no dejaban por todos los caminos que podian de ofender á los nuestros y poner en duda la vitoria, que hasta el medio dia anduvo varia; pero el valor acostumbrado de los catalanes la hizo declarar por su parte, con notable daño de los turcos. Escapáronse huyendo hasta mil caballos, de ocho mil que entraron en la batalla, y solos quinientos infantes, y Caramano Alisurio se retiró herido. De los nuestros perecieron ochenta caballos y cien infantes. Rehechos sus escuadrones, pasaron la vuelta de Filadelfia, siguiendo lentamente al enemigo y temiendo alguna gran emboscada de sus copiosos ejércitos. Los turcos de los fuertes, sabida la rota, los desampararon y fueron siguiendo su capitan vencido. Fué la presa y lo que se ganó en esta batalla, segun Montaner, de mucha consideracion.

Con esta vitoria comenzaron á levantar cabeza las ciudades de Asia, viendo que los nuestros habian dado principio á su libertad, que los turcos tenian tan oprimida. Llegó esta opresion á tanto estremo, que les quitaba las mujeres y los hijos para instruirles en su seta. Profanaban los templos y monasterios tan antiguos, donde habia depositados tantos cuerpos de santos, y grande memoria de nuestra primitiva Iglesia, que tanto floreció

en aquellas provincias; trocando el verdadero culto en falsa y abominable adoracion de su profeta. Pero como por los justos juicios de Dios estaba ya determinada la destruicion y servidumbre de todo aquel Imperio y nacion fué de poco provecho para alcanzar entera libertad todo lo que los nuestros hicieron; antes parece que se confirmó con esto su perdicion, pues cuando los grandes remedios no curan la dolencia porque se dan, es casi cierta la muerte. Nuestros capitanes se detuvieron antes de entrar en Filadelfia, reconociendo algunos lugares vecinos, adonde se pudieron haber retirado y rehecho; pero todo lo hallaron libre de los turcos, á quien el miedo hizo alargar muchas leguas.

CAPITULO XIV.

Entra en Filadelfia el ejército vitorioso. Gánanse algunos fuertes que el enemigo tenia cerca de la ciudad, y dan segunda rota á los turcos junto á Tiria.

Libres los de Filadelfia del sitio, que tan apretados les tuvo, por el valor de las armas de los catalanes, salieron á recebir el ejército los magistrados y el pueblo, con Teolepto, su obispo, varon de rara santidad, y por cuyas oraciones se defendió Filadelfia mas que por las armas del ejército que la guardaba. Entraron las tropas de nuestra caballería primero, con los estandartes vencidos y ganados de los turcos. Seguian despues el carruaje lleno de los despojos enemigos y gran número de mujeres y niños cautivos, y algunos mozos reservados para el triunfo desta entrada. Las compañías de infantería eran las últimas, y en medio dellas las banderas y los capitanes mas señalados, con lucidísimas armas y caballos, que como cosa nunca vista de los de Asia, les causó grande admiracion. No hubo en aquella entrada soldado, por particular que fuese, que no vistiese seda ó grana, aunque en aquel tiempo los turcos no

usaban trajes costosos; pero entre los despojos de los griegos habian alcanzado gran cantidad de ropa y vestidos de mucho precio, que en esta vitoria se cobraron. Detuviéronse quince dias en la ciudad, entretenidos con las fiestas y regocijos que se les hicieron; porque fué cosa notable el amor y el respeto con que les trataron los naturales, como quien reconocia dellos la libertad y la vida, que tan aventuradas las tuvieron. La necesidad siempre es agradecida, pero como con el beneficio que recibe, se acaba.

Roger salió de Filadelfia á poner en libertad á algunos pueblos de que estaban apoderados los turcos, y entre otros á Culla, algunas leguas mas adelante hácia el levante de la ciudad; pero sabida la retirada y huida de su ejército, se retiraron los turcos. Los naturales los recibieron abiertas las puertas, como quien escapaba de tan dura servidumbre; pareciéndoles que con esto alcanzarian perdon de haberse entregado antes fácilmente á los turcos. Roger perdonó la multitud del pueblo, pero castigó gravemente á muchos. Cortó la cabeza al gobernador, y al mas principal viejo del regimiento condenó á la horca. Estuvo un rato pendiente della sin morir, y atribuyéndolo á milagro, cortaron la soga los que estaban presentes, y le libraron.

Volvió el ejército á Filadelfia, y segun Pachimerio dice, Roger recogió muchos ducados y se hizo contribuir mas de lo que debiera, por sentirse ya en la ciudad la falta de bastimentos, por ser muy populosa de suyo y tener dentro el ejército, despues de haber padecido un largo sitio, que fué tan apretado, que una cabeza de jumento se vendió por un precio increible. Nastogo, duque y primiserio del imperio, que militaba en este ejército con Roger, se apartó dél y se fué á Constantinopla, porque no podia ver, como griego, maltratar á los naturales, y las demasías que Roger hacia con ellos, y así, llegado á Constantinopla, quiso que el Emperador le oyese; y como esto se le negó por los deudos y amigos de la mujer del Megaduque, á lo que yo puedo entender, se fué al Patriarca, y por su medio el

Emperador dió oidos á las quejas que traia contra Roger, de que se encendió en el palacio una gran discordia entre los amigos y émulos del Megaduque.

Pareció á los capitanes del ejército que convenia echar primero al enemigo de las provincias marítimas, porque no quedase poderoso á las espaldas, y porque la vecindad de su armada les diese mas fuerzas y seguridad.

Con esta determinacion partieron luego de Filadelfia para Niza, ciudad de Licia, y de allí á Magnesia, la que está en la ribera del rio Meandro, donde apenas llegó Roger, cuando dos ciudadanos de Tiria vinieron á pedille socorro, diciendo que la ciudad no estaba bastantemente fortificada que pudiese defenderse de los terribles asaltos del enemigo, y que si el socorro se tardaba era cierto el perderse; que los turcos con poco cuidado se podian coger á tiempo que estuviesen derramados por aquellas vegas, y hacer alguna buena suerte, con grande honra del ejército y provecho suyo; que en llegando la noche se retiraban á los bosques, y salido el sol volvian á talar y destruir la campaña. Roger con la mayor presteza y diligencia que pudo tomó la gente mas desembarazada y suelta, y fué la vuelta de Tiria para meterse dentro della antes del dia. Llegó á tan buen tiempo, que los turcos ni le pudieron descubrir ni sentir, habiendo caminado treinta y siete millas en diez y siete horas.

Vino la mañana, y los turcos comenzaron á bejar á la llanura y llegarse á la ciudad, y ya estaban cerca de las puertas para hacer sus acostumbrados acometimientos, cuando Corbaran de Alet, senescal, salió á rebatillos con doscientos caballos y mil infantes. Cargó sobre ellos con tanta gallardía, que les rompió y degolló la mayor parte, pero la que quedaba entera, en reconociendo á los nuestros, se fué retirando hácia la aspereza de la montaña. Corbaran les siguió con parte de la caballería; pero como los caballos de los turcos estaban desembarazados, y los nuestros cargados con el peso de las armas, llegaron á la falda del monte á tiempo que los turcos temorosos y cuidadosos solo

de sus vidas, habian dejado los caballos y mejorándose de puesto, porque tomaron los altos, donde mejor se podrian guardar y ofender impidiendo la subida á sus enemigos.

El senescal, con mejor ánimo que consejo, mandó que se apeasen los suyos, y él hizo lo mismo, y acometió segunda vez á los turcos; pero como ellos estaban en lo alto y tenian algunos reparos, con piedras y flechazos defendian la subida, y tiraban golpes mas seguros y ciertos á los que mas se señalaban. Corbaran, como valiente y esforzado caballero, era de los que mas les apretaban por su persona, y para subir con mas ligereza y andar mas suelto se quitó las armas, y despues el morrion, ocasion de su muerte; porque le dieron un flechazo en la cabeza, de que luego murió, con cuya pérdida los demás se retiraron.

Con la muerte de tal capitan trocóse la vitoria deste dia en tristeza y sentimiento; porque perder una buena cabeza suele causar algunas veces inconvenientes y daños de mayor consideracion que no lo es el provecho que resulta de la vitoria que se adquiere con su muerte. Sintiólo Roger mucho, que le tenia concertado de casar con una hija suya, y puesta en su persona su mayor esperanza. Perdió la vida Corbaran con mas honroso fin que los demás capitanes, porque cayó con la espada en la mano y en la misma vitoria, y no por manos de traidores, como otros compañeros suyos. Es corto el discurso de los hombres, que se tiene por gran desdicha lo que se pudiera contar entre los prósperos sucesos de la vida. Previnole á Corbaran una muerte honrada á otra cruel y afrentosa, pues corriera, como es de creer, el mismo riesgo que los demás capitanes. Enterráronle en un templo dos leguas de Tiria, adonde dice Montaner que estaba el cuerpo de San Jorge.

Hiciéronle compañía diez cristianos, que solos murieron en aquel encuentro. Levantáronle un sepulcro de mármol, y honráronle con grandes obsequias, pues solo para cumplir con su memoria se detuvieron ocho dias. De Tiria despacharon órden á su armada, que estaba en la isla del Xio, para que lo mas

presto que pudiese pasase á tierra firme de la Asia, y que se detuviese en Ania, aguardando segunda órden.

CAPÍTULO XV.

Llega Berenguer de Rocafort con su gente á Constantinopla, y por órden del Emperador se junta con Roger en Efeso.

Llegó de Sicilia Berenguer de Rocafort por este tiempo á Constantinopla con algunos bajeles y dos galeras, y con doscientos hombres de á caballo y mil almugavares, habiendo cobrado ya del rey Cárlos el dinero que le debia, y restituido los castillos de Calabria que estaban en su poder. Mandóle luego Andrónico que, navegando la vuelta de la Asia, procurase juntar sus fuerzas con las de Roger; y así, con mucha brevedad llegó al Xio, adonde halló á Fernando Aones de partida, y juntos llegaron á Ania, de donde avisaron á Roger con dos caballos ligeros de la venida de Rocafort con los suyos. Llegó esta nueva antes de salir de Tiria, y causó generalmente en todo el campo grandísimo contento, así por la gente que Rocafort traia, que era mucha y escogida, como por la opinion que tenia de muy valiente y esforzado capitan. Envió luego Roger á visitarle con Ramon Montaner, y con órden de que se partiese luego de Ania y viniese á Efeso, dicha por otro nombre Altobosco. Partió Montaner con una tropa de hasta veinte caballos y con alguna gente plática para que le guiasen por caminos desviados, por no encontrarse con los turcos, que ordinariamente corrian la tierra y salteaban los caminos mas pasajeros. Valióle á Montaner poco esta diligencia y cuidado; porque muchas veces hubo de abrir camino con la espada: llegó al fin á la ciudad de Ania libre destos peligros. Dió á Rocafort la bienvenida de parte de los suyos, y le dijo lo que Roger ordenaba acerca de su partida. Rocafort obedeció, y dejando para la guarnicion de la armada quinientos almugavares, con lo restante de la gente tomó el camino de Efeso, adonde llegó, acompañado de Montaner, dentro de

dos dias. Esta ciudad es una de las mas señaladas de toda el Asia por su famoso templo dedicado á la diosa Diana. Fué, no solamente reverenciada de los romanos, pero de los persas y macedones, que tuvieron antes el imperio, y todos conservaron sus inmunidades y derechos, sin que se mudasen jamás mudándose los imperios: tanto era el respeto con que veneraban los antiguos las cosas que se persuadian que tenian algo de divinidad y religion. Pero el mayor título que esta ciudad tiene para ser famosa y celebrada, es haber puesto en ella el apóstol y evangelista san Juan los primeros fundamentos de la fé. Deste santo referiré lo que Montaner escribe, que por referirlo en esta misma historia, no parece ajeno de la nuestra.

Dicen que en esta ciudad de Efeso está el sepulcro donde san Juan se encerró cuando desapareció de los mortales, y que poco despues vieron levantar una nube en semejanza de fuego, y que creyeron que en ella fué arrebatado su cuerpo, porque despues no pareció. La verdad desto no tiene otro fundamento mayor que la tradicion de aquella gente, referida por Montaner. El dia antes de San Juan, cuando se dicen las vísperas del Santo, sale un maná por nueve agujeros de un mármol que está sobre el sepulcro, y dura hasta poner del sol del otro dia, y es en tanta cantidad, que sube un palmo sobre la piedra, que tiene doce de largo y cinco de ancho. Curaba este maná de muchas y graves dolencias, que con particularidad las refiere Montaner.

Despues de cuatro dias que Rocafort y Montaner llegaron á Efeso, entró tambien Roger con todo el ejército. Alegráronse todos de ver á Rocafort, amigo y compañero en todas las guerras de Sicilia, por el socorro que les traia, que hallándose lejos y en tierras enemigas, fué de grande importancia, y aumentó mucho las fuerzas de los aragoneses. Diósele luego el oficio de senescal, que vacó por muerte de Corbaran, y para que en todo le sucediese, le dió Roger su hija por mujer, habiendo sido primero concertada con Corbaran; porque con este nuevo parentesco aseguraba Roger la condicion y aspereza de Rocafort, apa-

rejada para intentar cosas nuevas. Dióle cien caballos para la gente que traia, con armas de á caballo y cuatro pagas. En Efeso, dice Pachimerio que Roger y los Catalanes hicieron notables crueldades para sacar dinero, cortando miembros, atormentando, degollando los desdichados griegos; y que en Metellin, un hombre rico y principal, llamado Macrami, fué degollado porque prontamente no quiso dar cinco mil escudos que le pidieron; licencia militar y atrevimiento ordinario en gente de guerra mal disciplinada.

Roger, todo el dinero, caballos y armas que recogió de las contribuciones de las ciudades vecinas, envió á Magnesia con una buena escolta; porque en esta ciudad, como la mas fuerte de aquellas provincias, determinó poner su asiento para invernar. De Efeso se fueron todos juntos á la ciudad de Ania, adonde estaba Fernando Aones con la armada. Hiciéronles un grande recibimiento á Roger y á Rocafort los soldados que se hallaban en Ania, saliéndoles á recibir con grande alegria y cegocijo; porque ya les parecia que juntos eran bastantes á recuperar el Asia, echando della á los turcos. Roger agradeció y satisfizo este buen recibimiento, dando una paga á todos los soldados de la armada; y porque Tiria quedaba desarmada y sin defensa, determinaron que se enviase alguna gente para su seguridad. Fué Diego de Orós, hidalgo aragonés, buen soldado, con treinta caballos y cien infantes, porque con esto les parecia que quedaria en defensa la ciudad y su comarca, fiando mas en la reputacion de sus armas que en el número de la gente; que muchas veces alcanza la reputacion lo que no pueden las fuerzas.

CAPÍTULO XVI.

Reprimen los nuestros el atrevimiento de Sarcano Turco. Llegan nuestras banderas á los confines de la Natolia y reino de Armenia.

Tuvieron nuestros capitanes consejo del camino que tomarian, y concordaron todos en que volviesen otra vez hácia las

provincias orientales, y pasados los montes, entrasen en Panfila, adonde les pareció que estarian las mayores fuerzas de los turcos y habria ocasion de venir con ellos á batalla; que este fué siempre el intento principal que se llevaba; porque siendo nuestro ejército tan pequeño, no se podia hacer la guerra á lo largo y ocupar ciudades y lugares, habiendo de dejar en ellas guarnicion, porque era dividir y deshacer sus fuerzas; y así, pareció siempre acertado caminar la vuelta de los turcos y pelear con ellos.

Pero en tanto que se trataba de poner en ejecucion la salida, Sarcano Turco, con saber que el ejército de los catalanes estaba dentro de la ciudad, se atrevió á correr su vega, llevando á sangre y fuego cuanto se le puso delante. Pagó presto su atrevimiento y locura; porque salieron los nuestros sin aguardar órden ni esperar los capitanes (tanto les ofendía la osadía de este bárbaro), y dieron con tanta presteza sobre él y los suyos, que aunque luego quiso retirarse, no pudo sin mucho daño, porque se halló tan empeñado, que hubo de pelear para huir. Siguieron los nuestros el alcance hasta la noche, y volvieron á la ciudad con nuevos brios, dejando muertos en la campaña de los enemigos mil caballos y dos mil infantes: cosa apenas creida de los que quedaron dentro de la ciudad, porque la salida fué muy tarde y con mucho desórden.

Roger y los demás capitanes, considerando cuán dañosa les pudiera ser la detencion si los soldados advirtieran el peligro de la jornada y camino que intentaban, con el gusto de la vitoria pasada, quisieron que dentro de seis dias marchase el campo. Partieron de Ania, atravesaron la provincia de Caria y todo aquel inmenso espacio de provincias que están entre la Armenia y el mar Egeo, sin que hubiese enemigo que se les opusiese. Marchaba el campo, segun la comodidad de los lugares, muy de espacio, consolando los pueblos cristianos animándoles á su defensa, y con universal admiracion de todos los fieles eran recebidos los nuestros, alegrándose de ver armas cristianas tan aden-

tro, las cuales los que entonces vivian, jamás vieron en sus provincias, aunque su deseo siempre las llamaba y esperaba; per la flojedad de los griegos nunca les dió lugar á que las vieran, hasta que el valor de los catalanes y aragoneses se las mostró.

CAPÍTULO XVII.

Pelean con todo el poder de los turcos los catalanes y aragoneses en las faldas del monte Tauro, y alcanzan dellos señaladísima vitoria.

Poco antes que llegasen á las faldas del monte Tauro, que divide la provincia de Cilicia de Armenia la menor, hicieron alto, y trataron de que primero se reconociesen las entradas y pasos peligrosos, sospechando siempre, como sucedió, que el enemigo no les aguardase. En tanto que esto se consultaba, nuestra caballería, que reconocia la campaña, descubrió el ejército enemigo, que aguardaba el nuestro entre los valles de las faldas del monte. Tocóse arma en ambos ejércitos; y los turcos, viéndose descubiertos y que su traza habia salido vana y sin fruto, se resolvieron luego de salir á lo llano, y acometer á los nuestros, que venian algo fatigados del camino, antes que pudiesen descansar ni mejorar de puesto. Habia en el campo de los turcos veinte mil infantes y diez mil caballos, y la mayor parte dellos eran de los que habian escapado de las rotas pasadas. Tendióse su caballería por el lado izquierdo, y la infantería por el derecho, la vuelta del campo cristiano. Opúsose Roger con su caballería á la del enemigo, que por la frente y costado cerró con la nuestra. Rocafort, con su infantería y Marulli, hizo lo mismo, habiendo primero los almugavares hecho su señal acostumbrada en los encuentros mas árduos, que era dar con las puntas de las espadas y picas por el suelo, y decir: *Despierta, hierro*; y fué cosa notable lo que hicieron aquel dia; que antes de vencer se daban unos á otros la norabuena, y se animaban con cierta confianza del buen suceso.

Trabóse la batalla en puesto igual para todos, con grandes y

varias voces, peleándose valerosamonte, porque pendia la vida y libertad de entrambas partes de la vitoria de aquel dia. Si los nuestros quedaran vencidos, por ser poco pláticos en la tierra y tener tan lejos la retirada, fuera cierta su muerte, ó lo que se tuviera por peor, quedar cautivos en poder de aquellos bárbaros ofendidos. Los turcos tenian tambien igual peligro; porque los naturales de aquellas provincias cristianas adonde estaban, viéndolos rotos y vencidos, les acabaran sin duda, satisfaciendo en ellos una justa venganza. En el primer encuentro, por la multitud y número infinito de los bárbaros, se corrió gran riesgo y estuvo la vitoria muy dudosa; pero cobraron nuevo ánimo y vigor; porque los capitanes repitieron segunda vez el nombre de Aragon, y desde entonces parece que esta voz infundió en los enemigos temor, y en los nuestros un esfuerzo nunca visto. Y como ya de una y otra parte se habia llegado á los golpes de alfanjes y espadas, en que los nuestros tenian tanta ventaja por las armas defensivas, luego se comenzó á inclinar la vitoria por nuestra parte.

Los catalanes ejecutaban en los vencidos su rigor y furia acostumbrada en las guerras contra los infieles, que aquel dia en los turcos todo fué desesperacion, ofreciéndose á la muerte con tanta determinacion y gallardía, que no se conoció en alguno dellos muestras de quererse rendir, ó fuese por estar resueltos de morir como gente de valor, ó porque desesperaron de hallar en los vencedores piedad. En tanto que sus brazos pudieron herir, siempre hicieron lo que debian, y cuando desfallecian, con el semblante y los ojos mostraban que el cuerpo era vencido, no el ánimo. Los nuestros no contentos de haberlos hecho desamparar el campo, les siguieron con el mismo rigor que pelearon en la batalla. La noche y el cansancio de matar dió fin al alcance. Estuvieron hasta la mañana con las armas en la mano. Salido el sol, descubrieron la grandeza de la vitoria; grande silencio en todas aquellas campañas, teñida la tierra en sangre, por todas partes montones de hombres y caballos muertos, que

afirma Montaner que llegaron á número de seis mil caballos y doce mil infantes, y que aquel dia se hicieron tantos y tan señalados hechos en armas, que apenas se pudieran ver mayores; y con encarecer esto no refiere alguno en particular, con grande injuria y agravio de nuestros tiempos, pues tales hazañas merecieran perpétua memoria.

Quedó con tanto brio nuestra gente despues desta vitoria, y tan perdido el miedo á las mayores dificultades, que pedian á voces que pasasen los montes y entrasen en la Armenia, porque querian llegar hasta los últimos fines del imperio romano, y recuperar en poco tiempo lo que en muchos siglos perdieron sus Emperadores; pero los capitanes templaron esta determinacion tan temeraria, midiendo, como era justo, sus fuerzas con la dificultad de la empresa.

CAPÍTULO XVIII.

Con la entrada del invierno vuelven los nuestros á las provincias marítimas. Rebélanse los de Magnesia; póneles sitio Roger, pero llamado de Andrónico, le levanta, y llega á la boca del Estrecho con todo el ejército.

Detuviéronse ocho dias en el lugar de la vitoria, y fueron pocos para recoger la presa. Prosiguieron su camino hasta un lugar que Montaner llama Puerta del Hierro, término y raya de la Natolia y Armenia. Detúvose tres dias Roger, dudoso del camino que tomarian; pero al fin, viendo cerca el otoño, y hallándose tan adentro de las provincias que aun no estaban bien aseguradas á su devocion, se resolvió, con el parecer de sus capitanes, de volver á la ciudad de Ania y pasar en ella el invierno, hasta que fuese tiempo de salir en campaña, pues aquel año se habia roto cuatro veces al enemigo y recuperado tantas provincias. Nicéforo dice que por faltar las espías y gente plática en la tierra dejaron de pasar adelante, porque sin ella fuera cosa muy peligrosa, y Roger era tan diestro capitan, que no se aventurara temerariamente. Hacíanse las jornadas muy cortas, por-

que no pareciese que la retirada era por algun temor, caminando por los puestos que tenian ya reconocidos á la ida. En esta retirada cargan los historiadores griegos á los nuestros de insolentes y crueles, que hicieron mas daño en las ciudades de Asia que los turcos enemigos del nombre cristiano; y aunque creo que fueron algunos los daños, pero no tantos como ellos lo encarecen. Porque el tiempo que los nuestros estuvieron en Asia fué muy poco, y este le ocuparon siempre en vencer y alcanzar señaladas vitorias de sus enemigos, de donde les resultaba infinita ganancia de las presas que hacian, que eran tantas, que algunas veces las dejaban, ó por no poderlas llevar, ó por estimarlas en poco; pero yo doy por verdadero lo que dicen los griegos, mas no por eso se les puede quitar la gloria de sus vitorias. ¿Qué ejército se ha visto que diese ejemplo de moderacion y templanza, y mas el que alcanza muy á tarde sus pagas? No hay duda que un ejército amigo mal disciplinado es tan dañoso en una provincia como el del enemigo; y así los griegos la mayor parte de sus historias entretienen en las quejas destos daños, encareciéndolos mas de lo que debe un historiador.

Veníase el ejército retirando hácia Magnesia, donde Roger tenia la mayor parte de sus riquezas y tesoro, cuando le llegó aviso de los de Magnesia como Ataliote, su capitan, se habia rebelado y degollado la guarnicion de los catalanes que Roger habia dejado, y alzádose con sus tesoros, que habia recogido dentro de la ciudad. El caso pasó desta manera.

Magnesia era una ciudad fuerte y grande, y por entrambas cosas difícil de ganar si los ánimos de los naturales estaban unidos. Sucedió que Roger, mal advertido, les entró á pedir que para cuando él volviese le tuviesen á punto caballos y dinero para socorrer su gente. Ellos, valiéndose del aborrecimiento que los alanos que estaban dentro tenian á los catalanes, y movidos de la codicia de hacerse dueños de los tesoros que Roger habia recogido, se resolvieron de tomar las armas y rebelarse. Comunicado su consejo con Ataliote, y aprobado por él, les pareció

ponelle en ejecucion; porque como antes vivian á modo de ciudad libre, temian venir en sujecion. Los ciudadanos eran muchos y armados, los alanos tambien, y los graneros con abundancia de trigo, armás, dineros y otros pertrechos militares; finalmente, recibiendo fé y juramento entre sí de valerse unos á otros, pasaron á cuchillo parte de los catalanes que estaban dentro, parte prendieron y los pusieron en cárceles muy seguras. Con esto se confirmaron en su rebelion, porque no hay cosa que mas la asegure que un hecho semejante, cuando la atrocidad quita la esperanza de perdon. Este hecho no le parece al griego Pachimerio, que lo refiere, digno de vituperio, antes lo aprueba y alaba; con que claramente se debe tener por apología mas que por historia la suya.

Sabida la rebelion de los de Magnesia por Roger, quiso castigalla luego; y así, con parte de los alanos que le seguian, de los romeos, y con todos los catalanes fué á poner sitio á la ciudad para castigalla, como merecia tan fea maldad. Hizo venir con notable diligencia máquinas y artificios para batilla, y á pocos dias dió un asalto general, en que fueron rebatidos los nuestros con grande mofa y escarnio de los cercados, y á Roger con palabras injuriosas le afrentaban. Quiso Roger rompelles los conductos; pero ellos, advertidos, hicieron una salida con que impidieron el efeto. El cerco se continuaba, y en ese mismo tiempo les vino un despacho de Andrónico en que les mandaba que, dejado el sitio de Magnesia, viniesen á juntarse con Miguel, su hijo, para socorrer al príncide de Bulgaria, cuñado de Roger, porque un tio suyo se le habia levantado con parte del estado, y estaba en punto de perderse si no se le acudia presto con socorro. Tengo por muy cierto que este levantamiento fué fingido por Andrónico, por dar alguna razon aparente para sacar los nuestros de la Asia, de quien temió siempre que, acreditados con tantas vitorias, se alzarian con ella, negándole la obediencia; y para obligar mas á Roger, le puso delante el peligro de su cuñado. A estos daños vive sujeto el capitan que sirve á

príncipes tiranos ó pequeños, en quien siempre la sospecha y recelos tienen el primer lugar en sus consejos. Dichoso el que obedece y sirve á grande y poderoso monarca, en cuya grandeza no puede caber ofensa nacida del aumento de su vasallo. Para tener por ciertos estos movimientos me hace gran dificultad el ver que no trata Nicéforo de ellos, antes bien da diferente causa porque los nuestros no pasaron adelante con sus vitorias, que fué el miedo grande de Andrónico, y sin duda este fué el que detuvo la buena dicha de los nuestros, y el que impidió que no se restaurasen todas las ciudades y provincias del antiguo imperio de los romanos.

Estas son las mismas palabras de Nicéforo: «Roger, despues de haberse juntado en consejo, resolvió de replicar al Emperador, y en tanto ver si podia ganar á Magnesia; pero la resistencia de los de dentro fué de manera, que Roger se hubo de retirar con pérdida de reputacion y gente; y aunque llegó á tratar de concierto con ellos, con solo que le volviesen el dinero, no lo pudo alcanzar. Por esto, y porque los alanos se despidieron, trató Roger de levantarse del sitio, dando por disculpa que el Emperador se lo mandaba; pero muchos no dejaron de tener un oculto sentimiento de salir de aquellas provincias sin castigar lo que habian ganado á la furia y rigor de los bárbaros, que luego las habian de ocupar viéndolas sin defensa. No faltaban entre los soldados ordinarios algunos que, con secretas pláticas, alteraban los ánimos para nuevos movimientos, diciendo: ¿Qué nos importa haber vencido tantas veces si se nos quita el premio de las manos? ¿Para esto salimos de nuestra tierra y del regalo de la patria, para tener por recompensa del peligro de la vida, tantas veces aventurada, una pequeña paga? ¿Despues de ganada una provincia, sacarnos della y darnos por galardon de tantos servicios una nueva y peligrosa guerra? Los capitanes y la demás gente de lustre, aunque disimulaban y en lo exterior se dejaban engañar, sentian mal desta partida, y creyeron que mas habia nacido de los recelos de Andrónico que de los movimientos de

Bulgaria. Llegaron los nuestros á la ciudad de Ania, y de allí tomaron el camino hasta la boca del Estrecho por todas aquellas provincias marítimas, navegando siempre la armada al paso que ellos marchaban por tierra. Con esta órden llegaron al cabo que está en el Estrecho, en frente de Galípoli, que Montaner llama boca de Aner. Avisaron de allí al Emperador como estaban á punto para embarcarse, aguardando nueva órden para partirse. Quedó contentísimo Andrónico de que los catalanes le hubiesen obedecido, y alabándoles por cartas su puntualidad en cumplir sus órdenes, les hizo saber como los movimientos de Bulgaria con solo la fama de que venia el ejército de los catalanes se sosegaron.» Esto es lo que dice Montaner; pero Pachimerio parece que refiere con mas verdad la ocasion que tuvo Andrónico en este segundo despacho de decir que ya estaba todo sosegado; porque Miguel Paleólogo, su hijo, á persuasion de los griegos ofendidos y de los soldados de otras naciones que tenía en su servicio, que como inferiores en número y valor, temian á los catalanes, escribió á su padre Andrónico que no queria que Roger se juntase con su ejército, porque temia guerras civiles, y que la insolencia de los catalanes no la pudiera sufrir si con la misma libertad que en Asia habian de proceder y vivir, y que Gregorio, cabeza de los alanos, estaba con él ofendido por la muerte de su hijo, y que viendo á Roger y á los suyos seria ocasion de algun gran rompimiento. Con esto Andrónico le pareció que seria conveniente buscar algun medio para que esto se compusiese; y así, mandó á su hermana Irene y á su sobrina María que se fuesen luego á Galípoli, y tratasen con Roger que, dejando la mayor parte de su ejército en Asia, con solos mil hombres escogidos pasase á juntarse con Miguel. Consultó el caso Roger con los mas principales capitanes, y á todos les pareció cosa peligrosa el dividir sus fuerzas, y sospecharon luego que esto no fuese principio de alguna muy grande traicion; y así, Roger respondió á su suegra que él no se hallaba con ánimo bastante de persuadir á los catalanes que se dividie-

son, pasando mil dellos á Grecia y que los demás quedasen en Asia. La suegra volvió al Emperador, y le dió razon de lo que habia pasado con su yerno. Con esto se acabó la guerra de Asia en poco mas de dos años; corto espacio de tiempo para tan señalados hechos, bastantes á ilustrar un siglo entero.

CAPÍTULO XIX.

Alójase el ejército en la Tracia Chersoneso, y Roger parte á Constantinopla.

Embarcóse el ejército en las galeras y navíos de su armada, y siguiendo el órden que tenian del Emperador Andrónico, atravesaron el Estrecho, y desembarcaron toda la gente en la Tracia Chersoneso, tomando por plaza de armas y principal cabeza de sus alojamientos á Galípoli, ciudad en aquel tiempo tenida por la mas principal de la provincia, puesta casi á la boca del Estrecho que mira al Norte. Estiéndese este istmo ó Chersoneso de Tracia setenta millas á lo largo y seis en ancho, y en algunas partes menos de tres. Por la parte del Oriente le baña el mar del Estrecho, llamado de los antiguos Helesponto, que divide la Europa del Asia. Cíñele el mar Egeo por la parte del ocaso y mediodía, y por el setentrion el mar del Propóntide, llamado en nuestros tiempos de Mármora. Fué en lo pasado este istmo morada de los cruseos, y hubo en la parte que se continúa con la tierra firme, Lisimachia, célebre por su fundador Lisimacho, que le dió el nombre, y Sexto, lugar conocide por los amores de dos infelices amantes. Pero al tiempo que los catalanes y aragoneses llegaron á esta provincia, apenas parecian sus ruinas; solo en las de la antigua Lisimachia habia un castillo llamado Examille, y muchas aldeas y poblaciones pequeñas, adondè los nuestros se alojaron en tanto que pasaba el rigor del invierno, tomando, como tengo dicho, á Galípoli, ciudad de mediana poblacion, por principal fuerza y presidio para la de-

fensa comun. Guardóse el mismo órden en los alojamientos que el año antes se tuvo en el cabo de Artacio, quedando al parecer todos satisfechos y sosegados. Se fué Roger á Constantinopla con cuatro galeras y con parte de la infantería mas escogida, á verse con el emperador Andrónico y darle la norabuena de la restauracion de tantas provincias del Asia, y recibir juntamente mercedes y honras debidas á tantas vitorias. Llegaron á la ciudad los nuestros acompañando su general, y con universal admiracion de todos les recibieron y acompañaron hasta el palacio, donde el Emperador, con demostraciones y palabras nunca antes usadas, le honró, y Roger, despues de habelle dado entera relacion del estado de las provincias que puso en libertad, le pidió dinero para hacer pagamento general. Respondió el Emperador con mucho cumplimiento, diciendo que era muy debido á su valor no dilatar pagas tan bien ganadas, y que él se las mandaria librar luego. Pero aunque esta respuesta en lo esterior fué la que Roger podia desear, quedó el Emperador muy desabrido desta demanda, porque despues de tan grandes presas y despojos riquísimos de las provincias conquistadas, pedirle luego una pequeña paga, era señal de una codicia insaciable, y que difícilmente todo el poder del imperio griego la pudiera satisfacer. Lo que alcanza el soldado en premio de la vitoria sirve mas para el gusto que para la necesidad; y así, se distribuye con mucha largueza en juegos, en camaradas y en banquetes; pero la paga se estima siempre como cosa que se dá en precio de su trabajo y de su sangre, y acude con ella á su necesidad, y siente mucho que esta se le niegue ó se dilate, y mas cuando el príncipe gasta con gran largueza en una vana ostentacion de su majestad, y deja de acudir á esta obligacion, en la cual se funda y apoya la verdadera grandeza de los Reyes.

CAPÍTULO XX.

Berenguer de Entenza con nuevo socorro llega á Constantinopla, donde se le dió el cargo de megaduque, y á Roger le ofrecieron el de César.

Roger quedó en la ciudad algunos dias solicitando al Emperador para su despacho, y á los ministros de su hacienda, que maliciosamente ocultaban el dinero y ponian dificultades y estorbos en los medios y arbitrios que se daban para su cobranza; artes usadas siempre de los que manejan hacienda de príncipes, aunque en esta detencion concurria el Emperador.

En este medio llegó á Galípoli Berenguer, hombre conocido por su sangre y valor, llamado con grande instancia del Emperador Andrónico; que aunque Berenguer tenia ya ofrecido que le vendria á servir, envió segunda vez por él con embajada particular, ofreciendo hacerle muy aventajadas mercedes. Partió de Mesina Berenguer, solicitado de este segundo llamamiento, y llegó á Grecia con algunas galeras y cinco bajeles armados, y en ellos mil almugavares y trescientos hombres de á caballo, toda gente muy lucida. Detúvose en Galípoli diez dias, donde fué recebido con notable gusto de toda la nacion, hasta saber lo que Roger ordenaba, á quien envió dos caballos para que le diesen aviso de su llegada. Holgóse mucho Roger de tener á Berenguer de Entenza en su compañía, porque habia entre los dos estrechísima amistad y grandes obligaciones para conservalla. Escribióle que viniese luego á Constantinopla, porque el Emperador queria honrar su persona, como se contenia en dos cartas del mismo Emperador con sellos pendientes de oro, que juntamente con la suya le enviaba. Con esto Berenguer de Entenza se fué á Constantinopla, y luego, acompañado no solo de Roger y de todos los de nuestra nacion, pero tambien de muchos griegos principales, que en público

profesaban nuestra amistad, entró en el palacio imperial. Recibióle Andrónico con semblante alegre, pero con ocultos temores y sospechas, porque los catalanes se aumentaban no solo en reputacion, pero con nuevos suplementos de gente; y aunque Andrónico procuró con particular instancia que Berenguer viniese á servirle, fué antes que los catalanes alcanzasen tantas vitorias de los turcos. Pero despues que por ellos creció su estimacion, tuvo por sospechosa compañía tan poderosa dentro de su casa; y Pachimerio dice que el Emperador no le quiso recebir á su sueldo porque venia con mas compañías de gente que él pedia.

Roger de Flor, entre las muchas partes que le hicieron famoso, fué el ser agradecido y reconocer en público sus obligaciones á Berenguer de Entenza, que en los tiempos que pobre y desvalido llegó á Sicilia le amparó y ayudó á levantar su fortuna. Pidió licencia al Emperador para renunciar el oficio de megaduque en Berenguer, dando por motivo su valor y nobleza, igual á la de los reyes, y que caballero de tan alta sangre era justo que tuviese el primer lugar en el ejército. Berenguer de Entenza con igual correspondencia suplicó al Emperador que el título de César que le ofrecia fuese servido de dalle á Roger, persona de tantos servicios, y por el casamiento de su nieta adoptado en la casa real; que él quedaria honrado si Roger lo quedaba: competencia pocas veces usada, no solo en los tiempos presentes, pero ni en los antiguos, donde la moderacion y templanza parece que tuvieron alguna estimacion. Roger, poderoso en riquezas, acreditado con vitorias, estimado por el nuevo parentesco; Berenguer, por sangre y por valor ilustre, parece que entrambos pudieran tener razon de pretender el supremo lugar; pero las mismas calidades que les debieran incitar á la emulacion fueron las que les moderaron, juzgando por muy aventajadas las ajenas y por muy inferiores las proprias.

El siguiente dia despues de la llegada de Berenguer, asistien-

do toda la nobleza de la corte, así extranjeros como naturales, Roger de Flor, habida licencia de Andrónico, se quitó el bonete, insignia de su dignidad de megaduque, y juntamente con el sello, baston y estandarte de su oficio, le entregó á Berenguer: rehusólo, y sin duda no lo admitiera si el Emperador resueltamente no se lo mandára. Causó en los griegos gran admiracion la cortesía de Roger, y Andrónico la celebró y honró con otra mas señalada merced, ofreciendo á Roger título de César, uno de los mayores de su imperio; con que entrambos quedaron obligados, y los griegos ofendidos de ver que Andrónico diese el título de César, desusado ya en aquel imperio por sospechoso á los príncipes. En los tiempos antiguos, cuando floreció el imperio romano, llamar á uno César era señalarle por su sucesor, como lo es entre los emperadores occidentales el Rey de romanos, en Francia el Delfin y en nuestra España el Príncipe. Pero declinado ya el poder de los romanos despues de dividido el imperio, los Emperadores griegos daban solamente el título de César sin algun derecho de sucesion; pero siempre quedó estimado este oficio, puesto que solo es sombra de lo que fué. Túvose despues por el primero hasta que la dignidad de Sebastocrator fué preferida cuando Alejos Comneno dió su segundo lugar en el imperio á Isacio. Esta tambien perdió despues su procedencia y autoridad, cuando el mismo Alejos, por quedar sin hijo varon, casó su hija primogénita Irene con Alejos Paleólogo, dándole título de déspota, que es lo mismo que llamarle á uno señor, y fuera sin duda Emperador si no muriera antes que su suegro; de suerte que la dignidad de César en aquel imperio es la tercera, por ser la primera la de déspota, y la segunda la de sebastocrator. Dice Curopalates (1) que estas tres dignidades

(1) Georg. Codini Curopalatae *De officiis magnae ecclesiae et aulae constantinopolitanae*. Paris., 1648; Venet., 1729.

Esta en efecto parece que era la serie de categorías en el imperio bizantino, á saber: emperador, déspota, sebastocrator, césar, megaduque, panipersebasto, y gran doméstico; mas como dignidades que solian reservarse ó inventarse para los individuos de la familia imperial, experimentaban muchas alteraciones.

no tienen particular ocupacion á que acudir, y que al César le llaman señor, palabra tenida por soberbia, y debida solo á Dios en los tiempos antiguos, aun de los mismos emperadores, pues leemos de Augusto, de Tiberio y de algunos otros, que jamás consintieron que les llamasen señores. Tratábanle de majestad al César; el bonete que llevaba era de oro y grana, y su remate casi como el del Emperador; la capa de grana, las medias y zapatos de color celeste, y la silla como la del mismo Emperador; iba junto al Emperador en las públicas entradas y acompañamientos, y vive dentro de su palacio.

Todo este suceso que se ha referido es conforme se saca de lo que Montaner en su historia, y Berenguer en sus relaciones, nos dejó escrito. Pero George Pachimerio, en el cap. 11 del lib. 12, refiere con alguna variedad este suceso; y así me ha parecido no confundillo con lo de arriba, ya que no los podia conciliar, para que el que lo leyere pueda con claridad hacer juicio de lo que le pareciere mas verdadero.

Determinado ya el Emperador de recibir á Berenguer de Entenza, le envió á llamar muchas veces, que se decia estaba en Galípoli, y para asegurarle le envió sus patentes con sellos pendientes de oro, en que le prometia con juramento que, queriéndose quedar, le trataria con buena voluntad y ánimo amigable, y que cuando se quisiese ir no lo impediria. Berenguer, recibidos los despachos, con la fé y palabra del Emperador se fué á Constantinopla con dos navíos; pero llegado, no quiso salir fuera dellos, y envió el aviso al Emperador de su llegada. Mandóle luego el Emperador llamar, y le envió coches y caballos para que entrase con mucha autoridad y honra; pero Berenguer ni quiso salir de los navíos ni obedecer, pidiendo que el Emperador le enviase en rehenes á su hijo el déspota Juan. Pareció esto mal, así al Emperador como á todos, pues no se fiaba de su palabra y juramento; y así, le dejó muchos dias en los navíos. Finalmente, llegándose el dia de Navidad, le envió á llamar, diciéndole que estuviese de buen ánimo, pues le habia

asegurado con su fé y palabra. Estuvo dudoso mucho tiempo hasta que se desengañó, y se fué al Emperador, de quien fué magníficamente recebido, pero siempre se retiraba á los navíos, adonde el Emperador tuvo siempre cuenta de regalalle. El dia de Navidad le tomó el Emperador el juramento de fidelidad, y con esto le dió la dignidad de megaduque del Senado, y le dió la vara dorada, invencion nueva del Emperador, y le vistieron al modo y uso de senador; con que dejó sus navíos y se fué á posar á Cosmidio, donde estaban sus catalanes, que algunos dellos fueron tambien honrados con títulos y mercedes grandes; y desde entonces Berenguer tuvo grande autoridad con los privados y en los consejos de Andrónico. En el juramento de fidelidad que hizo Berenguer disimuló su engaño, dando muestras de verdad y llaneza, pues habiendo de jurar que seria amigo de los amigos del Emperador, y enemigo de sus enemigos, esceptó á Fadrique de los enemigos, porque decia que le habia jurado antes amistad. Esto pareció á los inteligentes que encerraba en sí algun gran secreto mas de lo que esteriormente parecia; otros lo tomaron bien, diciendo que, como fué fiel á Fadrique, así lo sería al Emperador; con que ganó opinion y gloria, siguiendo la sentencia de Platon, de cuánta importancia sea el parecer bueno y justo para ganar opinion y poder engañar.

CAPÍTULO XXI.

Los genoveses persuaden al Emperador la guerra contra los catalanes, y Miguel Paleólogo hace lo mismo, y alborótase en Galípoli la gente de guerra.

Los genoveses de Pera que poco antes fortificaron y engrandecieron con fosos y murallas, fueron los primeros que hicieron sospechosas nuestras armas, y pusieron duda en nuestra fidelidad, diciendo al Emperador Andrónico que tenian nuevas de poniente que se preparaba una grande y poderosa armada para acometer las provincias del imperio á la primavera, y que esto lo tenian por cierto por manifiestas conjeturas, y que los catalanes que antes estaban en su servicio, y los que despues con

Berenguer de Entenza vinieron, estaban unidos para su daño, y no para su defensa; porque se correspondian secretamente con los de Sicilia, y que el hermano bastardo de don Fadrique, rey de Sicilia, se entendia que venia con doce navíos para juntarse con ellos, y que para entonces aguardaban el declararse y poner en ejecucion sus intentos. Estos fueron los embustes con que los genoveses quisieron destruir los catalanes, y ellos introducirse y hacerse muy confidentes y celosos del bien comun del imperio. Aconsejaron á Andrónico, segun dice Pachimerio, que acometiese desde luego á los catalanes con guerra descubierta; que ellos tenian cincuenta navíos en órden, y que con otros tantos que se armasen por el Emperador, ó se les diese dinero á ellos, aunque fuese en largos plazos, los pondrian ellos en la mar, y que á esto solo les movia ver á los griegos maltratados, la tierra que ya tenian por patria maltratada y destruida de los que vinieron para defendella. No dió el Emperador por entonces crédito á los genoveses, creyendo que eran quimeras fingidas de su maldad y envidia, nacida desde que pusieron los catalanes el pié en Grecia. La fé y juramento prestado de los catalanes tambien lo aseguraba; pero respondióles que agradecia su cuidado y lo que se dolian de los trabajos de los griegos. Mandóles que callasen, y que él consultaria lo que se debia hacer, y que consultado, lo ejecutaría.

En este mismo tiempo la honra y merced que Andrónico hizo á Berenguer irritó el ánimo de Miguel Paleólogo para nuestra ruina, y persuadido de los griegos, comenzó luego á tratar della, intentando para esto todos los medios mas eficaces que pudo, atropellando leyes divinas y humanas. Estaban los griegos tan envidiosos y soberbios, que con rabia y furor increible, aunque con algun secreto, andaban maquinando traiciones y alevosías; con lengua y manos solicitaban á Miguel, ya mal afecto contra nosotros, encareciendo la gran reputacion de las armas de los catalanes, y que ocupaban los supremos cargos de su imperio en grande mengua de su majestad y deshonor suyo. Creyeron

siempre los griegos que nuestros catalanes fueran como los alanos y turcoples, que no se les levantaban los pensamientos á mas que vivir con una triste y miserable paga; pero cuando vieron proveidos en ellos los oficios de César, megaduque, senescal y almirante, y que tenian brios para aspirar á los que quedaban, advirtieron su daño y comenzaron á sentirse de que las fuerzas y honras del imperio se pusiesen en manos de estranjeros. Al tiempo que entre los griegos corrian estas pláticas y sentimientos, los soldados de los presidios, por parecerles que la paga se dilataba, maltrataron á los griegos de los pueblos donde estaban alojados; mal forzoso de la guerra, y que difícilmente el rigor militar de los mas insignes capitanes lo ha podido atajar.

Miguel Paleólogo, atento á todas las ocasiones de calumniar toda nuestra nacion, se valió desta para persuadir á su padre, diciendo que sino se atajaba luego la insolencia de los catalanes, seria la total perdicion del Imperio y de su casa; porque no contentos con la paga y sueldos tan escesivos y con los despojos riquísimos del Asia, oprimian los pueblos amigos para satisfacer su codicia; que no por haber vencido á los turcos quedaba el Imperio libre de servidumbre, sí se esperaba mas insufrible y cruel de los catalanes, en cuya mano estaba puesta la libertad comun, que en vano la habia recuperado su abuelo Miguel Paleólogo, echando á los latinos del Imperio, si segunda vez se les habia de entregar voluntariamente; que esto estaba muy cerca de suceder sino se atajaba su insolencia; que les quedaban aun fuerzas á los griegos, si sus trazas saliesen vanas, para que de cualquier manera se oprimiese á los catalanes; que la obligacion en que la habian puesto con librar sus provincias de los turcos, ya su arrogancia y mala correspondencia la habia borrado, y sus vitorias merecian nombre de agravios, no de servicios; pues en vez de establecer sus armas en una segura paz el Imperio, hacian nueva guerra á los pueblos amigos con intolerables contribuciones y malos tratamientos.

Andrónico, apretado de la persuasion del hijo y de sus privados, que contínuamente con quejas y sentimientos lloraban la miseria de los griegos en tanto deshonor suyo, mostró luego contra los catalanes el efeto de sus pláticas, respondiendo á Roger y á Berenguer, que le pedian dinero para la guerra, que no les queria pagar hasta que hubiesen pasado á la Asia y diesen principio á la guerra; lenguaje nunca antes usado de Andrónico, que hasta entonces fué mas largo en hacerles merced y darles dinero que solícitos ellos en pedille. La respuesta de Andrónico llegó á los oidos de los de Galípoli, y fué tan grande el alboroto y motin que causó en todo el campo, que forzaron á los capitanes á tomar las armas para acometer los lugares del Imperio, y apoderarse de algunas fuerzas y presidios. En tanto que Andrónico dilataba el darles satisfacion, mostraron gran sentimiento de sus dos capitanes Roger y Berenguer, por parecerles que con su peligro y sangre se querian engrandecer, y que por no disgustar al Emperador, de quien esperaban sus mayores acrecentamientos, no le apretaban como debieran para que se les diese á ellos pagas tan bien merecidas. Estas sospechas llegaron á tiempo, que resolvieron de enviar embajadores al Emperador, pidiendo que les pagasen, y que continuarian su servicio con mucha fidelidad, castigando los escesos de los que se atreviesen á ofender y maltratar los pueblos amigos. Esta embajada tan cortés, dice Pachimerio que fué por el miedo que tuvieron del ejército de Miguel Paleólogo, que se habia juntado para reprimir su atrevimiento y osadía. Recebida del Emperador esta embajada, luego le pareció imposible el satisfacer, por las grandes pagas que le pedian; pero por no llegar á rompimiento y á una guerra declarada, les remitió á Berenguer de Entenza para que por su medio se quietasen con dalles parte del dinero que le pedian. Contentáronse por entonces con el dinero que se les dió, y con él se fueron á Galípoli, donde ya habia llegado Roger con su mujer, suegra y cuñado, que quisieron acompañarle, y tambien, á lo que yo sospecho, por tener

Roger cerca de sí á Irene, su suegra y hermana del Emperador, como en rehenes, por si acaso contra él se quisiese proceder como rebelde cuando el alboroto y motin pasara mas adelante.

CAPITULO XXII.

Págase la gente de guerra por órden de Andrónico con moneda corta. de donde nacieron nuevos alborotos.

Andrónico, forzado de la necesidad, con astucia y fraude griega mandó librar la moneda de plata que se dió á los embajadores para hacer el pagamento, muy menoscabada y falta en mas del tercio de su antiguo valor, y quiso que la recibiesen los soldados como si fuera muy entera. Los capitanes, poco advertidos del engaño, fácilmente se dejaron persuadir, y solicitados de los soldados, que casi amotinados pedian sus pagas, tomaron el dinero y le trajeron á Galípoli, donde se tomó muestra y repartió con quejas y sentimientos; pero al fin con solo el nombre de que los pagaban, aunque conocieron la falta, se sosegaron. Diferentemente lo hicieron los genoveses poco despues, que concertados por el Emperador por cierta cantidad de dinero de enviar su armada contra los catalanes, pagándoles con esta misma moneda, se la volvieron á enviar,y deshicieron la armada. Cuando los aragoneses y catalanes contentos con el dinero de las pagas, quisieron pagar los huéspedes griegos y dalles entera satisfacion, rehusaron recebir la moneda al precio que se les daba, y como la comida y sustento necesario no sufre dilaciones, forzaban á los griegos á que se las diesen, y recibiesen la moneda. Con esto se fueron alterando los griegos, y los catalanes á buscar la comida con las armas; con que todos los pueblos de aquella comarca quedaban desiertos. Andrónico, con infinitas quejas de los desórdenes y demasías de los soldados, se inclinó á seguir el parecer de su hijo, y poner remedio eficaz y violento á tantos daños. Pudiéranse atajar si la diversidad de cabezas que habia en nuestro ejército tuvieran en-

tera autoridad con los súbditos, y ellos estuvieran unidos; porque siempre que un príncipe usa de trazas tan indignas de su obligacion, como fué dar á los catalanes moneda tan falta por su antiguo precio, y no mandar con universal edicto que la recibiesen todos los súbditos de su Imperio al mismo precio, es dar ocasion cierta de venir á rompimiento el pueblo y la milicia. Tiénese por cierto que este medio fué trazado por entrambos Emperadores Andrónico y Miguel, para que los catalanes maltratasen á los griegos, y ellos, ofendidos, tomasen las armas para su venganza; con que les pareció que los catalanes quedarian perdidos, y ellos libres de su obligacion. Salió bien la traza, porque los nuestros, faltos de dinero, se entraban por las aldeas y pueblos grandes, y se hacian contribuir, y en hallando resistencia, con la acostumbrada licencia militar maltrataban de manos y de lengua á quien se les oponia. Nicéforo, autor griego, como de la parte ofendida, cuenta largamente los escesos de aquella milicia, y muchos mas Jorge Pachimerio, que dando lugar á su pasion, muerde con mayor malignidad; pero Montaner niega que los catalanes se mostrasen implacables y crueles con los griegos; antes dice que les ayudaban y socorrian, porque con la furia de los turcos, los fieles de las provincias de la Asia, huyendo de tan cruel servidumbre, se recogian á Constantinopla, y perecian en los muladares de hambre y de miseria, sin que á los griegos les moviese á lástima la desdicha de los que tenian por compañeros y amigos, y que los catalanes con mucha liberalidad y largueza socorrian á muchos que padecian en este comun trabajo.

El crédito que se debe dar á estos historiadores, el que leyere esta relacion puede fácilmente ser juez, precediendo primero la noticia de sus calidades. Nicéforo y Pachimerio, griegos, y en muchas partes poco cuidadosos de escribir la verdad, ofendidos por comunes y particulares agravios de los nuestros, lejos de las ocasiones; Montaner, español, testigo de vista de todos estos sucesos, y que la llaneza de su estilo y del tiempo que es-

cribió parece que asegura la verdad de los acontecimientos que refiere.

El Emperador Andrónico, temiendo que Roger descubiertamente no tomase las armas contra él, y siguiese la voluntad de los catalanes, ofendidos del engaño que hubo en las monedas de sus pagas, quiso que el príncipe Marulli, general de los romeos que militaban con Roger en el oriente, fuese de su parte á traerle á Constantinopla, y le asegurase de su voluntad, que siempre habia sido de hacelle merced y engrandecelle; y juntamente le ordenó que dijese á su hermana Irene que se viniese con él, por parecelle que tendria autoridad con el yerno para persuadille lo que importase. Llegó con esta embajada Marulli á Galípoli, y Roger claramente le respondió que no pensaba salir de Galípoli sin hacerse mas sospechoso á los suyos con asistir en Constantinopla. Irene tambien se excusó por la falta de salud, que no le daba lugar de ponerse en camino. Con esto Marulli volvió á Constantinopla, y desengañó al Emperador, que si no pagaba el ejército por entero, no habia tratar de conciertos. Con todo este desengaño porfió segunda vez, por medio de su hermana, á persuadille que pasase al oriente con algun socorro que le enviaria, porque Filadelfia estaba en mayor aprieto que el año antes, y que la necesidad que padecian no perdonaba aun á los muertos. Bien quisiera Roger obedecer al Emperador, pero los soldados estaban mas irritados que nunca, y si Roger entonces mostrára gusto de dárselo al Emperador, peligrara su autoridad y su vida.

En este mismo tiempo Berenguer de Entenza, viendo que todo estaba lleno de s specha y miedos, y que los griegos le miraban como catalan, y los catalanes entraban en desconfianza de su fé porque estaba cabe el Emperador en lugar tan supremo, y que aquello no podia ser sino estando de su parte, aprobando lo mal que el Emperador lo hacia con ellos; finalmente, estando ya las cosas de los catalanes y Andrónico en términos que no se podia estar neutral ni ser medianero entre estas di-

ferencias sin gran riesgo de perdellos á todos, Berenguer se resolvió de acudir á su primera obligacion, y preferir á su particular acrecentamiento el público honor y estimacion de la nacion que estaba cerca de perderse. Pidió licencia á Andrónico para volverse á Galípoli, y aunque el Emperador con ruegos y dádivas le procuró detener, no dejó de embarcarse en dos galeras que tenia al puerto de Blanquernas, por la puerta del Emperador, y dice Pachimerio que se embarcó con el semblante triste, y que mostraba el combate de pensamientos que llevaba. De la galera volvió á enviar al Emperador treinta vasos de oro y plata que le habia dado, y añade el mismo autor que las insignias de la dignidad de megaduque las arrojó en el mar, mostrando que desde entonces renunciaba la amistad del imperio.

Esta accion, que en los griegos se condena por muy infame y vil, fué la mas digna de alabanza que este gran caballero hizo en el oriente; porque ni las honras ni los cargos no le pudieron apartar de lo justo; ejemplo grande para los que quieren introducirse con daño del bien público y reputacion de la patria, como á muchos acontece, que olvidados de lo que deben á sus sangre y á su naturaleza, la dejan maltratar por pequeños intereses, que las mas veces dellos no les queda sino solo la infamia por premio de su ruindad.

Estando ya para partirse Berenguer, el Emperador le envió á llamar muchas veces, sin que pudiese creer que Berenguer le dejaria. Ofreciéronle al Emperador ciertos hombres de Malvasía de acometer las dos galeras de Berenguer y vengar la poca estimacion que hacia de su amistad, y juntamente cobrar ellos una galera que tenian á partido en servicio de Berenguer; pero el Emperador no permitió que se ejecutase, porque pensó reducille. Aquella noche Berenguer se hizo á la vela y se vino á Golípoli, donde halló todas las cosas llenas de mil sospechas y recelos.

CAPITULO XXIII.

Dá el Emperador Andrónico en feudo á los capitanes catalanes y aragoneses las provincias del Asia.

El Emperador deseaba dividir los catalanes entre sí, para despues podelles castigar mas á su salvo. Volvió á persuadir á Roger lo que antes por medio de Canavurio, familiar ministro de Irene, su suegra, el cual, despues de ir y venir muchas veces de Constantinopla á Galípoli, concertó el mayor negocio para los catalanes que se pudo desear para su grandeza y aumento, si como se les ofreció se les cumpliera; pero la insolencia de los soldados, la envidia de los griegos, la instancia del hijo trocó el amor y aficion que Andrónico tenia á nuestras cosas en mortal aborrecimiento; y así, se determinó entre el Emperador y su hijo dar aparente y honrosa satisfacion á los catalanes, y ocultamente trazar su perdicion y ruina; y aunque esto no lo dicen los historiadores, déjase fácilmente entender por lo que despues se hizo. Andrónico, por medio de este Canavurio, y forzado del temor de las armas de los catalanes y del socorro que la fama habia publicado que venia de Sicilia, y que con tan largas pagas estaba el fisco y cámara imperial destruida, y que las rentas del imperio no eran suficientes para los gastos ordinarios y forzosos, y que como á príncipe le tocaba prevenir el remedio, y ellos, como capitanes obligados y amigos, debian ayudalle á poner en ejecucion lo que á todos les importaba igualmente; al fin se concertó entre el Emperador y Roger, despues de largas y pesadas consultas, lo siguiente: que desde luego diese Andrónico las provincias de la Asia en feudo á los ricoshombres y caballeros catalanes y aragoneses, con obligacion que siempre que fuesen llamados y requeridos por él ó por sus sucesores, acudiesen á servílle á su costa, y que el Emperador no estuviese obligado á dar despues de la conclusion de este trato sueldo á la gente de guerra; solo les habia de socorrer cada un año con

treinta mil escudos y con ciento y veinte mil modios de trigo, dándoles el dinero de las pagas corridas hasta el dia deste concierto. Con este trato quedaron nuestras cosas, al parecer, en suma grandeza; porque los catalanes se vieron señores de todas las provincias de Asia, así por dárselas el Emperador en paga de sus servicios, como porque las ganaron con las armas y libraron de la servidumbre de los turcos; títulos que cualquiera dellos era bastante á darles el derecho señorío de todas ellas. Esta fué una de las cosas mas señaladas desta espedicion y que mas puede ilustrar la nacion catalana y aragonesa; pues cuando los romanos, vencido Mitrídates, ganaron el Asia, alcanzaron una de sus mayores glorias, y lo que el valor de tantos famosos capitanes y ejércitos conquistó en muchos años, lo adquirieron los nuestros en menos de dos: y si con engaños y traiciones no les atajaran su fortuna, quedaran absolutos señores y príncipes de la Asia, y quizá, si se conservaran, detuvieran los turcos en sus principios, y no les dieran lugar á dilatar ni engrandecer los límites inmensos del imperio que hoy poseen.

Estos conciertos se juraron delante de la imágen de la Vírgen, costumbre antigua de aquel imperio. En esta donacion concuerdan Pachimerio y Montaner; solo el griego difiere en una circunstancia, porque dice que Andrónico exceptó algunas ciudades, que no quiso que se incluyesen en la donacion.

CAPITULO XXIV.

La gente de guerra con mayor furia que antes se alborota porque tiene alguna desconfianza de Roger.

El emperador Andrónico, para cumplimiento del juramento hecho, envió á Teodoro Chuno que llevase á Roger los conciertos firmados y sellados con sellos de oro, y treinta mil escudos y las insignias de césar, y que el trigo estaba ya recogido para entregarle á quien Roger ordenase. Caminaba la vuelta de Ripi Teodoro, y como cuerdo y plático, junto á Ripi se detuvo,

porque supo que las cosas de Galípoli y de los catalanes se iban empeorando. Resolvió de no pasar adelante hasta saber de cierto el estado de las cosas, á mas de que temia á Roger por estar ofendido de un hermano suyo, que estaba en Cancilio, de donde muchas veces habia salido con gente armada en su daño. Así parece que por cierta providencia envió á Canavurio que fuese antes á la hermana del Emperador, para que primero á ella le diese aviso de lo que pasaba, y juntamente volviese á significalle la disposicion y estado del nuevo motin, porque su persona y el dinero no lo queria aventurar sin mas seguridad de la que tenia. Pasó adelante, caminando siempre muy despacio, para dar tiempo á Canavurio que se pudiese informar, y volvelle á encontrar antes del peligro. Junto á Brachialio tuvo nuevas llenas de sospechas, porque tuvo aviso que Roger no recibiera las insignias de césar por no hacerse mas sospechoso á los suyos, de quien ya comenzaban á tener alguna desconfianza, por velle rico y honrado, y ellos defraudados de su sueldo. Temió Teodoro, y resolvió de asegurarse, retirándose al fuerte de Ripi, donde estuvo algunos dias. Como vió que no se sosegaba la gente, temió que si los catalanes entendieran que él estaba en Ripi con treinta mil escudos, no le acometiesen para quitalle el dinero; y así, una noche con gran secreto, con todos los recaudos que traia se fué á Constantinopla, y dió razon al Emperador de lo que le habia detenido y forzado á volver atrás sin ejecutar su órden. Roger juzgó que convenia para su reputacion y seguridad satisfacer al ejército de las sospechas viles de su fé; y así ordenó á las principales cabezas del ejército que se viniesen á Galípoli, dejando aseguradas las plazas que tenian á su cargo. Juntos todos, les dijo que los trabajos y peligros que habia padecido por el aumento y bien de la nacion catalana y aragonesa no merecian tan mala correspondencia como tener duda de su fidelidad; que él habia probado su intencion en la guerra de Sicilia, sirviendo al Rey y gobernando siempre gente catalana y con ser aquellos tiempos tan sospechosos, nadie se atrevió á

ofendelle; que en las guerras del Asia habia acudido á la obligacion que fué llamado, y que el Emperador aunque le habia hecho muchas honras, no las tenia él por iguales á sus servicios, y cuando lo fueran, que él no era hombre que por corresponder á ellas olvidaria las obligaciones que tenia en primer lugar; que el Emperador le queria hacer césar, y que él no queria mas recibir honras sin que á ellos se les diese entera satisfacion, y que por solo venirles á socorrer y animar habia salido de Constantinopla y dejado al Emperador, que le queria detener y acrecentar; que él estaba resuelto de correr la fortuna que ellos, y que si el Emperador con su ejército les acometiere, procuraria, por el juramento hecho, ceder si pudiese á su rigor, pero que cuando conviniese, forzosamente habian de venir á las armas, y las suyas siempre se habian de emplear en la defensa comun contra los griegos. Con esta plática Roger aseguró su crédito, y los catalanes, satisfechos de sus sospechas, con el reconocimiento que siempre, le dieron disculpa de los recelos mal fundados de algunos. En este mismo tiempo sucedió, para mayor descrédito de nuestras armas, que los turcos acometieron la isla del Xio, que estaba á cargo de Roger y los suyos, y casi toda ella la tomaron, sino fueron algunos que se pudieron retirar á la fortaleza en cuarenta barcos que pudieron juntar, y estos tambien se perdieron lastimosamente, rotos y deshechos de una furiosa tormenta junto á la isla de Sciro. Con esta pérdida los ánimos de los unos y de los otros se fueron irritando; los griegos porque les pareció que los catalanes, ya que les molestaban tanto con las ordinarias contribuciones, no fuesen bastantes para defendelles del rigor y sujecion de los infieles; lo catalanes tambien atribuyeron esta pérdida á la dilacion de Andrónico en no cumplilles lo que tantas veces se les habia ofrecido, y que si se les pagara con tiempo, pudieran ellos acudir á su obligacion y defender lo que estaba á su cargo. La falta de dinero les obligó á que con mayor desórden le fuesen á buscar por todos los lugares de Tracia.

CAPITULO XXV.

Conclúyese el trato de pasar al oriente, y Roger recibe las insignias de césar y dinero.

Llegó á los oidos de los emperadores Andrónico y Miguel lo que Roger públicamente dijo; y ofendidos gravemente, quisieron con el ejército que tenian junto en Andrinópoli acometer el de los catalanes; pero Andrónico, á persuasion de Azan, cuñado de Roger, á quien poco antes habia dado la dignidad de panipersebastor (1), mandó á su hijo que no lo ejecutase, esperando siempre por medio de su sobrino reducir á Roger, á quien Azan escribió la justa indignacion del Emperador, y que la mayor disculpa que podria dar seria pasar el ejército en Asia y comenzar la guerra. Respondió Roger á su cuñado, y al Emperador en la misma conformidad escribió, que la necesidad le habia obligado á dar de palabra satisfaccion á todo el ejército, porque si no lo hiciera, se acabaran de confirmar en sus sospechas, y que sin duda le mataran; que él siempre seria fiel y reconocido á las muchas honras y mercedes que de su mano habia recibido, y que si de lengua le habia ofendido, fué porque los catalanes no le ofendieran con efeto, tomando por cabeza otro capitan que libremente les dejara ejecutar su ímpetu; que se sirviese de socorrelles con algo, porque de otra manera no se atrevia á reducillos, porque él apenas tenia mil hombres que le obedeciesen. Con esta carta el Emperador volvió á mandar á su hijo que no les ofendiese, pero que impidiese sus correrías.

Azan, que deseaba conservar á su cuñado Roger, persuadió al Emperador que le volviese á enviar lo que Teodoro Chuno poco antes le llevaba, y que con esto pasaria á la Asia; y así, el Emperador le envió las insignias de césar, y el dia de la resur-

(1) Traducido al latin, *totus augustus*: título de mero honor, reservado, como dejamos dicho, para individuos de la familia imperial, desde que Alejo Commeno distinguió con él á Miguel Taronita, pariente suyo.

reccion de Lázaro fué vestido y aclamado por césar, y se le dieron treinta y tres mil escudos y cien mil modios de trigo; pero resueltamente le mandó el Emperador que despidiese toda la gente; solo se quedase con mil hombres. Roger mostró con aparentes demostraciones que obedecia, pero con secreto disponia sus consejos para cualquier acontecimiento. Envió á Berenguer de Entenza parte de su gente, que ya estaba declarado por rebelde y enemigo del imperio; la otra envió á Cízico Metelin, donde ya habia guarnicion de catalanes. Recogió, á mas del trigo que el Emperador le daba, otra mayor cantidad de la que los catalanes recogieron de las contribuciones.

CAPÍTULO XXVI.

Pártese Roger á verse con Miguel Paleólogo; contradícelo María su mujer y los demás capitanes.

En este tiempo, que los catalanes andaban llenos de tantos temores y esperanzas, ya Andrónico y Miguel trazaban de qué manera podian hacer un castigo señalado en ellos y castigar con sumo rigor su atrevimiento; que aunque esto claramente no lo dicen los historiadores griegos, el efecto lo publicó, y descubrió su alevosía. La desdichada suerte de Roger abrió el camino para que esto se ejecutase con gran seguridad de los griegos y notable pérdida nuestra. Llegóse el tiempo de la partida de Grecia para proseguir la guerra, y Roger determinó de ir á verse con Miguel Paleólogo para darle razon de lo que se habia tratado con su padre en materia de la guerra, y pedirle dinero, como Nicéforo dice. Pero María, mujer de Roger y su madre y hermanos, que como ladrones de casa, conocian bien la condicion de los suyos, sentian muy mal desta ida; y María, como á quien mas le importaba, advirtió á su marido en secreto que no se fuese ni se pusiese voluntariamente en las manos de Miguel, y que no ofreciese la ocasion á quien con tanto cuidado la buscaba; que advirtiése cuán huérfana quedaba ella, cuán desamparados

los suyos si faltase su gobierno; que no se fiase tanto de su ánimo; que no diese crédito á sus palabras, nacidas no solo de su cuidado, pero de ciertas y seguras señales que tenia de que Miguel Paleólogo procuraba su ruina.

Todas estas razones, acompañadas con lágrimas y ruegos, dijo María á su marido Roger, porque como griega y persona tan íntima de la casa del Príncipe, aunque se recelaban de ella porque no descubriese sus trazas, con todo este recato llegaban á su noticia muchas, que como mujer cuerda y cuidadosa de la vida del marido, pudo advertir y descubrir algo de lo que se maquinaba contra él. Hizo poco caso Roger de sus consejos, y ella, cuanto menos recelo descubria en el marido, tanto mas crecia su cuidado, y procuraba intentar algunos medios para persuadirle; y el que debiera ser mas eficaz, fué llamar á los capitanes mas principales del ejército, y descubrióles sus justas sospechas, para que pidiesen á Roger que suspendiese su ida de Andrinópoli para visitar á Miguel Paleólogo. Al fin todos los capitanes juntos, á instancia de María, cuyas sospechas no les parecian vanas, fueron á Roger y le pidieron que dejase ó siquiera difiriese la jornada hasta estar mas asegurado y satisfecho del ánimo de Miguel. Respondióles resueltamente que por ningun temor que le pusiesen delante dejaría de hacer su viaje y cumplir con obligacion tan forzosa como visitar á Miguel, á quien debia el mismo respeto que al Emperador su padre; que si antes de partir de Grecia para la jornada de Asia no se le daba razon de todos sus consejos y determinaciones, era darle ocasion de desavenirse con ellos; cosa de grande inconveniente para la conservacion de todos ellos; que los recelos de María, su mujer, nacian de amor y temor de perdelle, y que pues eran sin otro fundamento, no era justo que le detuviesen.

Llamado Roger de su fatal destino, ni advirtió su peligro, ni advertido, lo temió. Muchas veces, por mas aviso que un hombre tenga, no puede escapar de la muerte y fines desastrados; y aunque Dios nos advierte con señales manifiestos y claros,

puede tanto una loca confianza, que nos quita el discurso para que no veamos los peligros donde está determinado nuestro fin y castigo. En este caso de Roger, ni su buen discurso ni el conocimiento grande de la naturaleza de los griegos, ni los avisos de su mujer, ni los ruegos de los suyos pudieron detenerle para que voluntariamente no se entregase á la muerte.

Resuelto ya de partirse, María su mujer con todos los de su casa no quiso quedarse en Galípoli, porque como tenia por cierta nuestra perdicion, no le pareció aventurarse, pues la obligacion de asistir en Galípoli faltaba con ausentarse su marido. Mandó Roger que Fernando Aones con cuatro galeras la llevase á Constantinopla, y él, con trescientos caballos y mil infantes, dejando en su lugar á Berenguer de Entenza, caminó la vuelta de Andrinópoli, dicha por otro nombre Orestiade, ciudad principal de Tracia, y corte de muchos Emperadores y reyes, y que entonces lo era de Miguel. Zurita quiere que Andrinópoli y Orestiade sean lugares diversos, porque no llegó á su noticia que esta ciudad tenia entrambos nombres. Nicéforo la llamó Orestiade con el nombre mas antiguo, y Montaner, Andrinópoli, que fué el mas moderno y el que entonces le daban los griegos, y el que hoy conserva con poca diferencia.

Supo el emperador Miguel á 22 de abril como el césar Roger venia, porque Azan, su cuñado, se lo hizo saber. Alteróse estrañamente Miguel desta venida, y con un caballero de su casa le envió á preguntar, una jornada antes que llegase, si el Emperador su padre se lo habia mandado, ó él movido de su sola voluntad. Respondió el César con palabras llenas de humildad que solo iba para darle obediencia y mostrar la servitud que le debia, y juntamente para conferir con él el viaje que habia de hacer al Oriente. Con esta respuesta se sosegó Miguel y mostró que gustaba de su venida. Envió luego á recibirle con la benignidad y cortesía que convenia. Era miércoles de la segunda semana de la pascua que llaman de Santo Tomás. Vióse aquella

misma noche con el Emperador, de quien fué recibido y acariciado con grandes demostraciones de amor.

CAPÍTULO XXVII.

Matan á Roger con gran crueldad los alanos, estando comiendo con los emperadores Miguel y María, y á todos los que fueron en su compañía.

Con el buen acogimiento que Miguel hizo á Roger y á los suyos, creyeron que las sospechas de María fueron sin fundamento, y vivian tan sin cuidado ni recelo del daño que tan vecino tenian, que divididos y sin armas discurrian por la ciudad como entre amigos y confederados. Estaban dentro della los alanos con George, su general, cuyo hijo mataron en Asia los catalanes. Estaban tambien los turcoples, parte debajo del gobierno del búlgaro Basila; la otra obedecia á Meleco.

Los romeos estaban debajo del gran primiserio Casiano y del duque y gran prtncipe de compañías llamado Etriarca (1). Todos estos tuvieron por sospechosa la venida de Roger, y que solo venia á reconocer las fuerzas de Miguel, con pretesto de dalle la obediencia, y segun ellas disponer sus consejos. El que mas alteraba y movia los ánimos contra Roger y los catalanes era George, cabeza de los alanos, que, con deseo de tomar satisfacion, intentaba todos los medios que podia; finalmente, ó fuese por solo su motivo, ó con permision y órden del emperador Miguel, el dia antes de la partida de Roger, estando comiendo con el emperador Miguel y la emperatriz María, gozando de la honra que sus príncipes le hacian, entraron en la pieza donde se comia George, alano, Meleco, turcople, con muchos de los suyos, y Gregorio: el primero cerró con Roger, y des-

(1) Este, que parece un nombre propio, puede significar tambien el cargo del *Heteriarca*, que era el jefe de las cohortes destinadas á la guardia de la persona del Emperador. *(Duc. in not. ad Annae Alexiadae,* edit. Paris., pág. 227.)

pues de muchas heridas, con ayuda de los suyos le cortó la cabeza, y quedó el cuerpo despedazado entre las viandas y mesa del Príncipe, que se presumia habia de ser prenda segurisima de amistad, y no lugar donde se quitase la vida á un capitan amigo y de tantos y tan señalados servicios, huésped suyo, pariente suyo, y como tal, honrado en su casa, en su mesa y en presencia de su mujer y suya. No se pudieron juntar, á mi parecer, mayores circunstancias para acrecentar la infamia deste caso; hecho por cierto indígno de lo que tiene nombre y obligaciones de príncipe, que las mas principales son las que mas se apartan de parecer ingrato y cruel, aunque es verdad que los príncipes raras veces se reconocen por obligados, y cuando se tienen por tales, aborrecen la persona de quien les tiene obligados; pero esto no llega á tanto que, perdiendo de todo punto el miedo á la fama, descubiertamente le acaben y destruyan. Lo cierto es que comunmente puede mas en un príncipe un pequeño disgusto para castigar, que grandes y señalados servicios para perdonar ó disimular algunas ofensas de poca ó ninguna consideracion. Pero ¿qué maldad hay que no acometa un príncipe injusto si se le antoja que importa para su conservacion? Porque el juicio y castigo de Dios, á quien solo se sujetan y temen, le miran tan de lejos, que apenas le descubren, no acordándose por cuán flacos medios vienen tambien á ser castigados, pues la mano de un hombre resuelto suele quitar reinos y vidas.

Este desastrado fin tuvo Roger de Flor, de edad de treinta y siete años, hombre de gran valor y de mayor fortuna, dichoso con sus enemigos y desdichado con sus amigos; porque los unos le hicieron señalado y famoso capitan, y los otros le quitaron la vida. Fué de semblante áspero, de corazon ardiente, y diligentísimo en ejecutar lo que determinaba; magnífico, liberal, y esto le hizo general y cabeza de nuestra gente, pues con las dádivas granjeó amigos que le pusieron en este puesto, que fué uno de los mayores, fuera de ser Emperador ó Rey, que hubo en aquellos tiempos. Dejó á su mujer preñada, y despues parió

un hijo, que Montaner refiere que vivia en el tiempo que él comenzó su historia.

Nicéforo solo dice que junto al palacio del emperador Miguel le mataron, sin decir por cuyo órden fué ni quién lo hizo; pero Pachimerio concuerda con Montaner en lo mas esencial; porque refiere que saliendo el César fuera de la cámara imperial despues de haber comido con los emperadores, le embistieron los alanos de George, y que Roger, viéndose acometido, se retiró hácia donde estaba la Emperatriz augusta, y cayó muerto junto á ella, atravesado de una estocada por las espaldas; y que cuando le llegó la nueva á Miguel, que estaba en otro cuarto de su palacio, del suceso de Roger, y que todo estaba alborotado por las muertes que los alanos ejecutaban en los catalanes descuidados, perdió casi el sentido, y preguntó si la Emperatriz habia recibido algun daño y si estaba segura; pero luego supo la ocasion de la muerte de Roger, y mandó que George viniese á su presencia, y le preguntó la ocasion que habia tenido para hacer la muerte de Roger, y que le respondió que porque el imperio tuviese un enemigo menos. Así disculpa Pachimerio esta maldad; pero ya que Miguel espresamente no fué autor desta muerte, pero por lo menos la consintió y dejó de castigalla; con que se hizo participante del delito.

No se satisfacieron los alanos con solo la muerte de Roger; porque al mismo tiempo acometieron todos los catalanes y aragoneses que estaban en su compañía, y con atroces muertes los despedazaron; y dice Pachimerio que Miguel mandó á su tio Teodoro que detuviese á los alanos y á las demás naciones, que encarnizadas con nuestra sangre, salieron de Andrinópoli á degollar todos los que topasen de nuestra nacion, que habia muchos alojados por aquellas aldeas, y que esto lo hizo Miguel porque temió que los suyos no fuesen vencidos y que su ímpetu no les perdiese.

Con esto me parece que claramente se descubre el ánimo de Miguel que fué sin duda de acaballes á todos. Toda la gente

de á caballo que estaba junta acometieron á todos los catalanes y aragoneses dentro la ciudad y fuera della; pero algunos heridos y maltratados tomaron las armas y perdieron la vida que les quedaba con igual daño del enemigo. Escaparon solo tres caballeros desta lastimosa tragedia, puesto que Nicéforo dice que escapó la mayor parte. El uno se llamaba Ramon Alquer, hijo de Gilabert Alquer, natural de Castellon de Ampúrias; los otros dos eran Guillen de Tous y Berenguer de Roudor, de Llobregat; los demás, aunque no murieron luego fueron entonces puestos en hierros, y despues con mayor crueldad quemados, como des se pues referirá, por relacion de Pachimerior Estos tres caballeros defendiéndose valerosísimamente, ganaron una iglesia, y apretándoles mucho en ella, se hubieron de retirar á una torre della, peleando con tanta desesperacion desde lo alto, que no fué posible, por mas que se procuró, matarles ni rendirles. Miguel, despues de haber ejecutado su crueldad, quiso ganar fama de piadoso y elemente; y así, mandó que nadie les ofendiese, y dióles salvo conducto para volver á Galípoli. Nicéforo difiere algo de Montaner en este hecho, porque dice que Roger fué con solos doscientos caballos á Andrinópoli, y no para solo verse con Miguel y darle cuenta de lo que se habia determinado en materia de la guerra, como Montaner escribe, sino para pedirle dinero, y cuando lo rehusase, hacérselo dar por fuerza. Estas son palabras de Nicéforo, y á lo que yo puedo entender, que Miguel estaba en Andrinópoli con un poderoso ejército; y no parece que un capitan tan prudente como Roger, á quien los mismos griegos llaman, siempre que se ofrece ocasion, hombre de gran prudencia, hiciese tan gran desatino, como lo fuera ir con solos trescientos de á caballo á amenazar un Emperador que se hallaba dentro de una ciudad grande y con un ejército poderoso.

CAPÍTULO XXVIII.

La gente de guerra toma descubiertamente las armas contra los griegos, y en diferentes partes del imperio se matan los catalanes y aragoneses.

La gente de guerra que estaba con Berenguer de Entenza y Rocafort les pareció tentar el ultimo medio para que Andrónico les pagase. Enviaron al Emperador tres embajadores, para que resueltamente le dijesen que si dentro de quince dias no se les acudia con parte de lo mucho qne se les debia, les era forzoso apartarse de su servicio y dar lugar á que sus armas alcanzasen lo que su razon y justicia nunca pudo. Recibió el Emperador estos tres embajadores, que fueron Rodrigo Perez de Santa Cruz, Arnaldo de Moncortes y Ferrede Torrellas, y en presencia de la mayor parte de sus consejeros y ministros, y con mucha aspereza, les dijo que el imperio de los griegos no estaba tan acabado y destruido, que no pudiese juntar ejércitos poderosos para castigar su atrevimiento y rebeldía, y aunque eran muchos los servicios que le habian hecho en la guerra de Oriente, ya los habian borrado con sus escesos y demasías y con la poca obediencia y respeto que tenian á su corona; que él haria lo que tocaba y fuese razon: en lo demás les aconseja que no se precipitasen con desesperacion á lo que tan mal les estaba, y que no pidiesen con violencia lo que con la misma se les podia negar; que la fidelidad de que ellos tanto se preciaban se perdia, si las mercedes se pedian por fuerza á su príncipe.

Sin querer oir su respuesta ni dar lugar á mas satisfacion, les mandó el Emperador que con mas acuerdo se resolviesen y le hablasen. Despues dentro de pocos dias llegó la nueva á Constantinopla de la muerte de Roger y de algunas crueldades que los nuestros hicieron en Galípoli, y el pueblo se levantó contra los catalanes, segun dice Pachimerio; pero Montaner refiere que en un mismo tiempo en todas las ciudades del impe-

rio se degollaron los catalanes por órden de Andrónico y Miguel. Puede ser que en esto Montaner ande algo apasionado, atribuyendo toda la culpa á los Emperadores; pero lo que yo tengo por cierto, que el pueblo irritado ejecutó esta maldad, y ellos no la atajaron.

En Constantinopla se levantó el pueblo, y acometió los cuarteles á do estaban los catalanes, y como si fueran á caza de fieras, les iban degollando y matando por la ciudad. Despues de haber degollado muchos, fueron á casa de Raul Paqueo, pariente de Andrónico y suegro de Fernando Aones el almirante, y pidió el pueblo que luego se les entregasen los catalanes que habia dentro; y porque esto no se hizo tan presto como ellos quisieron, pegaron fuego á la casa, con que se abrasó todo cuanto habia dentro; y aquí tengo por cierto que los tres embajadores y el almirante perecieron. El patriarca de Constantinopla salió á reprimir la multitud amotinada, y sin hacer efeto, con mucho peligro se retiró. La mayor dificultad que se ofreció para no poder oprimir á los catalanes todos á un tiempo, fué por estar Galípoli bien defendido, y los que estaban alojados en las aldeas con las armas en la mano, y mas advertidos que los otros que estaban en diferentes partes.

Miguel, temiendo que los de Galípoli, sabida la muerte de Roger, no le acometiesen, mandó que el Gran Primiserio fuese con todo lo grueso del ejército sobre Galípoli. Ejecutóse luego, y con la caballería mas ligera se enviaron algunos capitanes para que les acometiesen antes que pudiesen ser avisados. Cogieron á la mayor parte divididos por sus alojamientos, en sus lechos y en sumo descanso; porque entre los que tenian por amigos les parecia inútil el cuidado de guardarse. Entró esta caballería por algunos casales, pasando por el rigor de la espada todos los aragoneses y catalanes que toparon. Las voces y gemidos de los que cruelmente se herian y mataban avisaron á muchos, que se pudieron poner en seguro; y la codicia de los vencedores, que ocupados en el robo dejaban de matar, tam-

bien dió lugar á que muchos se escapasen. En Galípoli, aunque lejos, se sintió el ruido y voces confusas con que los nuestros tomaron las armas, y quisieron salir á reconocer la campaña y certificarse del daño que temian; pero Berenguer de Entenza y los demás capitanes detuvieron el ímpetu de los soldados, que en todo caso querian que se les diese franca la salida; y como la obediencia de aquella gente no estaba en el punto que debiera, no se atrevió Berenguer á enviar algunas tropas á batir los caminos, á tomar lengua, porque temió que trás de ellas seguiria el resto de la gente, quedaria Galípoli sin defensa, de cuya conservacion pendia la salud comun.

Discurríase variamente entre los nuestros la causa de tanto alboroto en las campañas y caserías vecinas de Galípoli. Decian unos que los griegos, oprimidos de la gente militar, se habrian conjurado y tomado las armas para alcanzar su libertad; otros que, atravesando aquel angosto espacio de mar los turcos, acometian sin duda á nuestros cuarteles; pero en esta variedad de discursos jamás pudieron atinar la verdad de caso tan inhumano. Con la noche y confusion del caso, algunos de los nuestros llegaron á Galípoli libres, y solo dieron noticia de que dentro de sus casas, en sus alojamientos, habian sido acometidos de gente militar y armada.

CAPÍTULO XXIX.

Berenguer de Entenza y los que estaban dentro de Galípoli, sabida la muerte de Roger, degüellan todos los vecinos de Calípoli, y el campo enemigo los sitia.

Estando en esta turbacion, tuvieron aviso cierto de la muerte de Roger y de la universal matanza de los catalanes y aragoneses en Andrinópoli, y juntamente de la que en la comarca de Galípoli se ejecutaba por órden de Miguel. Fué tanta la rabia y coraje de los catalanes, que dice Nicéforo, y concuerda con él Pachimerio, aunque Montaner lo calla, que mataron todos los vecinos de Galípoli, no perdonando á sexo ni edad; y Pachime-

rio encarece mas la inhumanidad del caso, diciendo que hasta los niños empalaban; fiereza y maldad abominable, si fué verdad, aunque se puede dudar, por ser griego y enemigo este autor. Pero si en algun esceso tiene lugar la disculpa, fué en este, pues con el ímpetu de la cólera la ejecutaron contra los griegos que tuvieron delante, en satisfaccion de otra mayor crueldad hecha por ellos con mucho acuerdo y sin causa. Desde este punto todo fué crueldad, rabia y furor de entrambas partes, que parece que la guerra no se hacia entre hombres, sino entre fieras. Pero sin duda que las crueldades de los griegos escedieron sin comparacion á las que hicieron los catalanes; porque nunca violaron el derecho de las gentes ni ofendieron á sus enemigos debajo de palabra ni seguro, aunque en otras cosas los nuestros anduvieron muy sobrados, y no guardaron las leyes de una guerra justa; pero la ocasion desto fué no quererlas guardar los griegos, con que quedan bastantemente disculpados los catalanes y aragoneses en esta parte, pues forzosamente la guerra se hubo de hacer con igualdad. Juntáronse los capitanes con harta confusion y sentimiento á tratar de su remedio. Estaban en un estado tan lastimoso, que aun los mismos enemigos se podian compadecer de su miseria. Perdidos todos sus servicios, con que algun tiempo pensaban alcanzar quietud y descanso; perdida la reputacion por el castigo, porque con él se habia dado ocasion para que todo el mundo les tuviese en poco, pues tras tantas vitorias merecian tal premio, muertos gran parte de sus amigos, y su muerte á los ojos.

Hallábase á la sazon Galípoli sin bastimentos y sin fortificacion alguna, cuando los enemigos, que allegaban al número de treinta mil infantes y catorce mil caballos, entre las tres naciones de turcoples, alanos y griegos, se pusieron casi sobre sus murallas, amenazando á los nuestros un lastimoso fin; porque el emperador Miguel juntó las fuerzas que pudo de Tracia y Macedonia, á mas de la gente que ordinariamente llevaba sueldo del imperio; y para dar mas calor se salió de Andrinópoli, y se

fué á Panfilo, y de allí envió al gran duque Eteriarca á Basila, y al gran bausi (1) Umberto Palor á Brachialo, cerca de Galípoli, para apretar mas los cercados. La primera resolucion que se tomó fué fortificar el arrabal, porque el enemigo no le ocupase, y no llegase sin perder gente y tiempo, cubierto de las casas, á nuestros fosos y murallas, aunque en esto no dejaba de haber dificultad, por ser grande el espacio de los arrabales, y desigual para su defensa el pequeño número de nuestra gente. Hecho esto, determinaron de enviar embajadores al emperador Andrónico, que en nombre de toda nuestra nacion se apartasen de su servicio, y le retasen para que ciento á ciento ó diez á diez, conforme al uso de aquellos tiempos, combatiesen en satisfaccion de su agravio y de la muerte afrentosa de Roger y de los suyos, hecha tan alevosamente por Miguel su hijo y por los demás griegos. Enviáronse un caballero que Montaner llama Siscar, y á Pedro Lopez, adalid, y dos almugavares y otros tantos marineros, que eran de todas las diferencias de milicia que habia en nuestro ejército; y esto fué antes que se supiese en Galípoli la muerte de los tres Embajadores primeros que fueron por órden de Berenguer de Entenza. En tanto que se esperaba la última resolucion de Andrónico por medio destos embajadores, el enemigo, poderoso en la campaña, apretó el sitio de Galípoli, y los nuestros con su valor acostumbrado, con salidas y escaramuzas ordinarias le fatigaban y detenian.

CAPÍTULO XXX.

Tienen los nuestros consejo; síguese el de Berenguer de Entenza, no por el mejor, pero por ser del mas poderoso.

Habia entre los capitanes de Galípoli diversas opiniones sobre el modo de hacer la guerra; y así, convino que las principales cabezas se juntasen en consejo para resolverse. Berenguer de

(1) Dignidad de que no hallamos noticia en los historiadores bizantinos que hemos consultado, quizá por la manera viciosa de escribir esta palabra.

Entenza dijo: «Si el valor y esfuerzo de hombres que nacieron como nosotros, amigos y compañeros, en algun trabajo y desdichas pudiera faltar, pienso sin duda que fuera en la que hoy padecemos, por ser la mayor y mas cruel con que la variedad humana suele afligir los mortales, el ser perseguidos, maltratados y muertos por los que debiéramos ser amparados y defendidos. ¿De qué sirvieron las vitorias, tanta sangre derramada, tantas provincias adquiridas, si al tiempo que se esperaba justa recompensa debida á tantos servicios, con bárbara crueldad se ejecuta contra nosotros lo que vemos y apenas damos crédito? Por mayor suerte juzgo la de nuestros compañeros, que murieron sin sentir el agravio, que la nuestra, que habemos de perecer con tan vivo sentimiento; porque dejar de tomar satisfaccion de tantas ofensas y retirarnos á la patria, fuera indigno de nuestro nombre y de la fama que por largos años habemos conservado; ni los deudos ni los amigos nos recibieran en la patria, ni ella nos conociera por hijos si, muertos nuestros compañeros alevosamente, no se intentara la venganza, y se borrara con sangre enemíga nuestra afrenta.

Las pocas fuerzas que nos quedan, avivadas con el agravio, al mayor poder se podian oponer, y mas favorecidas de la razon, que tan claramente está de nuestra parte. Vuestro ánimo invencible en la dificultad cobra valor, y en el mayor peligro mayor esfuerzo. El Asia quedó libre de la sujecion de los turcos por nuestras armas; nuestra reputacion y fama tambien lo ha de quedar por ellas; y si Grecia se admira de tantas vitorias, hoy sentirá el rigor de vuestras espadas, que no supo conservar en su favor y defensa. Todos nos deben de tener por perdidos, ó por lo menos navegando la vuelta de Sicilia con los navíos y galeras que nos quedan; pero su daño les desengañará, que ni el ánimo les acobardó, ni el agravio antes de su venganza permitió nuestra vuelta. Defender á Galípoli es lo que ahora nos importa, por estar á la entrada del Estrecho, de donde se puede impedir la navegacion y trato destos mares siem-

ore que no corrieren por ellos armadas superiores á la nuestra; y así, es forzoso buscar bastimentos y dinero para sustentalle. Los socorros tenemos lejos, tardos y quizá dudosos, porque á nuestros reyes ocupan otros cuidados mas vecinos. Todos los príncipes y naciones que nos rodean son de enemigos; no hay que esperar otro socorro sino el que estos navíos galeras que nos quedan podrán alcanzar de nuestros contrarios. Con esto haremos dos cosas importantes, buscar el sustento que nos va a faltando, y divertir al enemigo del sitio que tanto nos aprieta: y puesto que la guerra se deba hacer, como ya está determinado, es bien que sea en parte donde los enemigos no estén tan superiores, y se pueda mas fácilmente alcanzar la vitoria, para que el crédito y reputacion de nuestras armas vuelva á u debido lugar y estimacion. Las costas destas provincias vecinas viven sin recelo, pareciéndoles que nuestras fuerzas no on bastantes á defendernos en Galípoli, y en tanto que el sitio urare, no dejaremos estas murallas. Este descuido parece que os ofrece una ocasion cierta de hacelles mucho daño si con uestras galeras y navíos acometemos estas islas y costas del nperio; y pues soy autor del consejo, lo seré de la ejecucion.»
las últimas palabras de Berenguer de Entenza, Rocafort se evantó con semblante y voz alterada, señales de su ánimo cupado de la ira y venganza, y dijo: «El sentimiento y pasion on que me hallo por la muerte de Roger y de nuestros capitaes y amigos, no es mucho que turbe la voz y el semblante, ues enciende el ánimo para una honrada y justa satisfaccion. or el rigor de nuestro agravio, mas que por la razon, debiémos hoy de tomar resolucion; porque en casos semejantes la resteza y poca consideracion suelen ser útiles, cuando de las onsultas salen dificultades. Retirarnos á la patria, mengua y renta de nuestro nombre seria, hasta que nuestra venganza ese tan señalada y atroz como lo fué la alevosía y traicion de s griegos; y así, en este punto siento con Berenguer de Ennza; pero en lo que toca al modo de hacer la guerra, opuesta-

mente debo contradecille, porque paréceme yerro notable dividir nuestras fuerzas; que juntas son pequeñas y desiguales al poder del enemigo que nos sitia. Yo doy por cierto y constante que Berenguer robe, destruya y abrase las costas vecinas, como él ofrece; pero, ¿quién nos asegura que al tiempo que él estuviere corriendo los mares, los pocos que quedaren en Galípoli no sean perdidos? Y entonces Berenguer, ¿adónde pondrá su armada, dónde los despojos de su vitoria?

»No le queda puerto ni lugar seguro hasta Sicilia; pues yo por mas cierto tengo el perderse Galípoli, si él sacare la gente que está en su defens para guarnecer la armada, que seguro da su vitoria. Todos los capitanes famosos ponen su mayor cuidado en socorrer una plaza que el enemigo tiene sitiada, y para esto aventuran no solo lo mejor y mas entero de su campo, pero todas sus fuerzas; ¿y Berenguer estando dentro se ha de salir? ¿Quién asegura al soldado que su ida ha de ser para volver? El miedo y recelo comun no se puede quitar, aunque su sangre y hechos claros son seguras prendas para los que nacieron como él. Nuestra venganza ya no pide remedios tan cautos y dudosos, ni á nosotros nos conviene el dilatar la guerra por ser poca antes de ser menos; ejecutemos la ira; aventúrese en un trance y peligro nuestra vida, y así, mi último parecer es de que salgamos en campaña y demos la batalla á los que tenemos delante. Y aunque por la muchedumbre del ejército enemigo se puede tener la muerte por mas cierta que la vitoria, la causa justa que mueve nuestras armas y el mismo valor que venció á los turcos, vencedores de los griegos, tambien pueden darnos confianza de romper sus copiosos escuadrones, y abatir sus águilas como se abatieron sus lunas, y cuando en esta batalla estuviere determinado nuestro fin, será digno de nuestra gloria que el último término de la vida nos halle con la espada en la mano y ocupados en la ruina y daños de tan pérfida gente.» Prevalció este último parecer en los votos de los que se consultaban, por ser el mas pronto, aunque de mas peligro y

de mas gallardía; pero el poder de Berenguer de Entenza, mayor entonces que el de Rocafort, no dió lugar á que la ejecucion fuese la que determinó la mayor parte. Y Ramon Montaner dice que las razones y ruegos de muchos no le pudieron hacer mudar de parecer.

En este medio tuvieron aviso que el infante don Sancho de Aragon habia llegado con diez galeras del Rey de Sicilia á Metellin, isla del Archipiélago y de las mas vecinas á Galípoli. Berenguer de Entenza y los demás capitanes enviaron luego á supicalle viniese á Galípoli á tomalles los homenajes y juramentos de fidelidad por el Rey de Sicilia. Encarecieron su peligro y el descrédito del nombre de Aragon si no los socorria; súbditos que le habian hecho tan ilustre y grande. Don Sancho mostró luego con su presta resolucion el deseo de su bien y conservacion. Partió de Metellin con sus diez galeras, y vino á Galípoli, donde fué recibido con universal aplauso, creyendo que les ayudaría para tomar entera satisfacion de sus agravios, sirviéndole con parte de los pocos bastimentos y dinero que tenian; y sin precisa obligacion de obedecelle, todos les reconocieron por cabeza.

CAPITULO XXXI.

Los embajadores de nuestto ejército, á la vuelta de Constantinopla, por órden del Emperador fueron presos y muertos cruelmente en la ciudad de Rodesto.

Los embajadores de nuestra nacion, enviados á fin de romper los conciertos que tenian con el Emperador, y hecho esto, desafialle, con harto peligro llegaron á Constantinopla, y puestos ante el bailío de Venecia y la potestad de Génova, y de los cónsules de los anconitanos y pisanos, magistrados y cabezas destas naciones que tenian trato y comunicacion en las provincias del imperio, dieron las manifiestas siguientes: que habiendo entendido que por órden del emperador Andrónico y su hijo Miguel, en Andrinópoli y en los demás lugares de su imperio

se habian degollado todos los aragoneses y catalanes que se hallaron en ellos, tanto soldados como mercaderes, viviendo ellos debajo de su proteccion y amparo, por cuya satisfacion los catalanes y aragoneses de Galípoli estaban resueltos de morir, y que estimaban en tanto su fé y palabra, que querian antes de romper la guerra, que constase como ellos, en nombre de todos los de su nacion, se apartaban de los conciertos y alianzas hechas con el Emperador, y que así los públicos instrumentos de allí adelante fuesen inválidos y de ningun valor, y que le retaban de traidor, y ofrecian de defender lo dicho en campo, ciento á ciento ó diez á diez, y que esperaban en Dios que sus espadas serian el instrumento con que su justicia castigaria caso tan feo, pues á mas de violar la fe pública matando los estranjeros que pacíficos y descuidados trataban en sus tierras, habian dado cruel y afrentosa muerte á quien les habia librado della, defendido sus provincias, abatido sus enemigos y engrandecido su imperio. Que la insolencia de los soldados no era bastante causa para que contra ellos se ejecutara tan inhumana resolucion. Castigáranse los soldados culpados á medida de sus delitos, sin que sus servicios les sirvieran de moderar la pena. Diéranles navíos y con que volver á la patria; que bastante castigo fuera enviarles sin premio; pero sin perdonar á sexo ni edad, llevando por un parejo inocentes y culpados, malos y buenos, habia sido suma crueldad. Dado el manifiesto, el bailío de Venecia con los demás dieron razon al Emperador desta embajada, y queriendo tratar de algun acuerdo, no se pudo concluir, estando los ánimos tan ofendidos y cualquier palabra y fé tan dudosa; y así, se tuvo por mas conveniente para entrambas partes una guerra declarada que una paz mal segura; que adonde falta la fé, el nombre de paz es pretesto y materia de mayores traiciones. Respondió el Emperador que lo sucedido contra los catalanes y aragoneses no habia sido hecho por su órden; y que así, no trataba de dar satisfacion; siendo verdad que poco antes mandó matar á Fernando Aones el almirante y á todos los catalanes y

aragoneses que se hallaron en Constantinopla, que habian venido con cuatro galeras, acompañando á María, mujer del César, á su madre y hermanos; y aun Montaner aprieta mas el hecho, pues dice que el propio dia se ejecutaron estas muertes. Pidieron los embajadores que se les diese seguridad para su vuelta á Galípoli; fuéles luego concedido, dándoles un comisario: con tanto se partieron á Rodesto, treinta millas lejos de Constantinopla, y por órden del comisario que les acompañaba fueron presos, y hasta veinte y siete, con los criados y marineros, en las carnicerías públicas del lugar les hicieron cuartos vivos. Esta maldad me parece que puede disculpar todas las crueldades que se hicieron en su satisfacion, porque ninguna pudo llegar á ser mayor que violar con tan fiera demostracion el derecho universal de las gentes, defendido por leyes humanas y divinas, por inviolable costumbre de naciones políticas y bárbaras. Este desdichado fin tuvieron las finezas de un capitan poco advertido. Dignas de alabanza son cuando hay seguridad en la fé y palabra del príncipe enemigo, pero cuando está dudosa, por yerro tengo el aventurarse. Nuestro rey el Emperador Cárlos V pasó por París, y se puso en las manos de su mayor émulo; fué su confianza tan alabada como la fé de Francisco; pero si la reina Leonor no avisara á Cárlos, su hermano, de lo que se platicaba, fuera la confianza juzgada por temeridad, y la fé por engaño; con que claramente se muestra que alabamos ó vituperamos por los sucesos, no por la razon. Berenguer de Entenza hizo notable yerro en enviar embajadores á príncipe de cuya fé y palabra se podia dudar; porque quien con tanta alevosía y crueldad quitó la vida á Roger y á los suyos, de creer es que en todo lo demás no guardára fé, ni diera por legítimos embajadores á los que venian de parte de los que él tenia por traidores; á mas de que habiendo en los vecinos de Galípoli ejecutado tan gran crueldad, se habia de temer otra mayor siempre que la ocasion se la ofreciera.

CAPITULO XXXII.

Envianse embajadores á Sicilia, y sale Berenguer con su armada; gana la ciudad de Recrea, y vence en tierra á Calo Juan hijo de Andrónico.

Luego que se supo en Galípoli la muerte de sus embajadores, no se puede con palabras encarecer lo que alteró los ánimos y encendió los corazones á la venganza el verse maltratar tan inhumanamente de los que debieran ser amparados y defendidos. Cargaba todos los dias sobre Galipoli gente de refresco, y apretaban á los de dentro mas con el impedirles que no entrasen bastimentos por tierra, que con las armas. Berenguer de Entenza y todos los capitanes, con la resolucion que habian tomado de no salir de Grecia sin haberse vengado, prevenian socorros; y así, les pareció que hiciesen dueño de sus armas al rey don Fadrique, y que le jurasen fidelidad para obligalle mas á su defensa. Este fué su principal motivo, aunque al Rey con razones de mayor consideracion y de mayor utilidad le persuadian. Recibió el juramento de fidelidad en nombre del Rey don Fadrique un caballero de su casa, que se llamaba Garcilopez de Lobera, soldado que seguia las banderas de Berenguer, y juntamente le eligieron por su embajador al Rey, con Ramon Marquet, ciudadano de Barcelona, hijo de Ramon Marquet, ilustre capitan de mar, á lo que yo presumo, del gran Rey don Pedro, y Ramon de Copons, para que fuesen testigos del juramento de fidelidad que habian prestado en manos de Garcilopez de Lobera, y le diesen larga relacion del estado en que se hallaban; que si en su memoria tenia sus servicios, se acordase de dalles favor, pues en ello no solamente interesaban ellos, pero su aumento y grandeza; que advirtiese la puerta que le abrian ellos para ocupar el imperio de oriente, y q e se valiese de su venganza y desesperacion, pues ellos ya estaban aventurados. Partiéronse los tres embajadores á Sicilia; con que la gente quedó con algunas esperanzas de que don Fadrique les socorreria; porque siem-

pre, aunque sean muy flacas, animan y alientan á los muy necesitados.

El infante don Sancho, á la partida destos mensajeros ofreció, no solo de seguir y acompañar á Berenguer en la jornada que tenia dispuesta, pero asistilles con sus diez galeras, hasta que se supiese el ánimo y voluntad del Rey. Entenza, en nombre de todos, aceptó el ofrecimiento, y agradeció al Infante el haber tomado tan bon adáresolucion, digna de un hijo de la casa de Aragon. Con esto apresuró Berenguer su partida y embarcó la gente; pero al tiempo que quiso salir, don Sancho mudó de parecer, olvidado de la palabra que poco antes habia dado, y faltando á su mismo honor y reputacion; cosa que causó en todos novedad, ver en tan poca distancia tomar tan diversas y encontradas resoluciones, sin haberse podido ofrecer por la cortedad del tiempo, nuevos accidentes que le pudieran obligar. Y si los pudiera haber de tal calidad que obligáran á romper palabras dadas con tanto fundamento y razon, no se puede averiguar por lo que los antiguos no dejaron escrito, la causa que pudo mover al Infante á tomar resolucion tan en descrédito suyo; pero por lo que respondió á Berenguer cuando le pidió que cumpliese su palabra, que fué decir solamente que así cumplia al servicio de su hermano, se puede presumir que advirtió el Infante que habia paces entre Andrónico y don Fadrique, y que sin expresa órden suya no habia de ocupar sus galeras en daño de un príncipe amigo. Esto bien me parece que pudiera disculpar al Infante para no quedarse cuando no lo hubiera ofrecido; pero empeñada su palabra, y viendo maltratar los mejores vasallos y súbditos del Rey su hermano, grande desconocimiento y mengua fué el no asistilles y ayudalles; porque ya Andrónico degollando á los catalanes y aragoneses que se hallaba en su imperio rompió las paces primero.

Berenguer, con el sentimiento que debia, segun él refiere en su relacion que envió al Rey don Jaime II de Aragon, dijo al tiempo que se partia; cuando sus ruegos y razones no le pudie-

ron detener, que el infante fué como le plugo, y no como hijo de su padre. No perdieron los nuestros ánimo con la partida de don Sancho, ni verse desamparados de la mayor fuerza les hizo mudar parecer. Berenguer de Entenza embarcó en cinco galeras, dos leños con remos, y diez y seis barcos, ochocientos infantes y cincuenta caballos, y salió de Galípoli la vuelta de la isla de Mármora, llamada de los antiguos Propóntide. Llegó á ella, echó su gente en tierra, y saqueó la mayor parte de sus pueblos, degollando sus moradores, sin perdonar edad ni sexo, destruyendo y abrasando lo que les pudiera ser de algun provecho y comodidad; porque como fué esta empresa la primera que ejecutaron despues de tantos agravios, mas se dió á la venganza que á la codicia. Con la misma presteza y rigor volvió Berenguer á las costas de Tracia, y continuando los buenos sucesos, despues de algunas presas de navíos, acometió á Recrea, ciudad grande y rica, y con poca pérdida de los suyos la entró á viva fuerza. Ejecutóse en los vencidos el rigor acostumbrado; y recogido á los navíos y galeras lo mas lucido y rico de la presa, entregaron á la violencia del fuego los edificios, porque hasta las cosas insensibles y mudas quisieron que fuesen testigos y memoria de su venganza. Andrónico tuvo aviso de la pérdida de Recrea en tiempo que juzgaba á los pocos catalanes huyendo de la vuelta de Sicilia, y para atajar los daños que Berenguer hacía de toda aquella ribera de mar que los griegos llamaban de Netura, mandó á Calo Juan, déspota, su hijo, que con cuatrocientos caballos y la infantería que pudiese recoger se opusiese á Berenguer, y le impidiese el echar gente en tierra.

Junto á Puente Regia supo Berenguer que Calo Juan venia, y el número y calidad de sus fuerzas, y aunque en lo primero se juzgó por muy inferior, en lo segundo le pareció que aventajaba á su enemigo; y así resolvió de echar su gente en tierra, y recibir á Calo Juan, que, avisado tambien por sus corredores como Berenguer con su gente habian puesto el pié en tierra, apresuró el camino, temiendo que no se retira-

sen, porque nadie pudiera creer que ricos y llenos de despojos quisieran los nuestros aventurarse sino forzados. Llegaron con igual ánimo á embestirse los escuadrones, y en breve espacio se mostró claramente que el valor es el que da las vitorias, y no la multitud, porque los nuestros quedaron vencedores siendo pocos, y los griegos rotos y degollados siendo muchos. Calo Juan escapó con la vida, y llegó á Constantinopla destrozado. Andrónico hizo tomar las armas al pueblo, porque toda la gente de guerra estaba sobre Galípoli, y temió que Berenguer no le acometiese la ciudad. Esta rota se dió el último dia de mayo del año 1304. Fueron tan prontas estas vitorias, y alcanzadas en tan diversas partes y tan á tiempo, que los griegos juzgaron por mayores nuestras fuerzas, y que no era un solo Berenguer el que les hacia el daño, sino muchos.

CAPITULO XXXIII.

Prision de Berenguer de Entenza, con notable pérdida de los suyos.

Con tan dichoso principio como tuvieron nuestras armas contra los griegos, gobernadas por Berenguer de Entenza, pareció pasar adelante y valerse de la fortuna y tiempo favorable, siendo el fin y remate de una vitoria el principio de otra. Resolvieron los nuestros acometer los navíos que estaban surgidos en los puertos y riberas de Constantinopla y quemar sus atarazanas; empresa de mayor nombre que dificultad. Navegaron para ejecutar su determinacion por la playa entre Paccia y el cabo de Gano con buen tiempo; pero al amanecer descubriendo velas de la parte de Galípoli, tomáronse pareceres sobre lo que se debia hacer, viéndose cortados para volver á Galípoli, y todos conformes se metieron en tierra, y puestas en ella las proas lo mas cerca que pudieron, las popas al mar, porque en aquellas que las proas no iban guarnecidas de artillería la mayor defensa era lo alto de las popas. Tomaron las armas, y

bien apercibidos aguardaron lo que las diez y ocho galeras intentarian, que ya venian á dar sobre las nuestras. Estas diez y ocho galeras eran de genoveses, que ordinariamente navegaban aquellos mares, porque su valor ó codicia les llevaba por lo mas remoto de su pátria, como á los catalanes de aquel tiempo. Reconocidos de una y otra parte, los genoveses fueron los primeros que les saludaron, con que los nuestros dejaron las armas, y como amigos y aliados se comunicaron y hablaron.

Advirtieron luego los genoveses, por lo que oyeron platicar de los sucesos que Berenguer habia tenido, la mucha ganancia que les resultaría y el gusto que darian al Emperador Andrónico y á los griegos si prendiesen á Berenguer y le tomasen sus galeras; y juzgando por menor inconveniente romper su fé y palabra que dejar de las manos tan importante y rica presa, enviaron á convidar á Berenguer de Entenza, dándole palabra de parte de la Señoría que no se les haría agravio ni ultraje alguno; que viniese á honrar su capitana, donde tratarian algunos negocios importantes á todos. Con esto Berenguer, sin advertir en lo pasado y en los daños en que su confianza le habia puesto, se fué á la capitana, donde Eduardo de Oria con otros muchos caballeros le recibió y acarició. Comieron y cenaron juntos con mucho gusto y amistad; tanto, que Berenguer se quedó á dormir en la capitana, prosiguiendo hasta muy tarde algunas pláticas en razon de su conservacion. A la mañana, cuando quiso volverse á su galera, Eduardo de Oria le prendió y desarmó, y otros genoveses hicieron lo mismo con los demás que le acompañaban, y las diez y ocho galeras dieron sobre las nuestras, desapercebidas y descuidadas. Ganáronse luego las cuatro con pérdida de doscientos genoveses; pero la galera de Berenguer de Villamarin, que tuvo algun poco de tiempo para ponerse en defensa, la hizo de manera, que con tener sobre sí diez y ocho proas, no la pudieron entrar hasta que todos los que la defendian fueron muertos, sin escaparse un hombre solo: tanta fué la obstinacion con que pelearon. Murieron en el combate

desta sola galera trescientos genoveses, y fueron muchos mas los heridos. Pachimerio dice que los genoveses aquella noche que llegaron á juntarse con las galeras catalanas despacharon secretamente una de sus galeras á Pera, dándoles aviso que estaban los catalanes, los cuales les decian que Andrónico estaba indignado contra ellos y que les queria castigar, y que les persuadian que juntos acometiesen á Constantinopla. Llegado el aviso á Pera, los genoveses dieron razon al Emperador, y que él les ordenó que les acometiesen, ofreciendo de hacelles muchas mercedes; y así, al otro dia ejecutaron lo referido. Este lastimoso fin tuvo la jornada de Berenguer, mal determinada, bien ejecutada, digna de mayor fortuna; pero ¡qué difícilmente los consejos humanos pueden prevenir casos semejantes! Discurrióse en la determinacion desta jornada entre los capitanes de los peligros que pudieran sobrevenille, y con ser tantos y tan varios los que se propusieron, fué este accidente ni imaginado ni previsto; con que claramente se muestra que los juicios de los hombres, aunque fundados en razon, no pueden prevenir los de Dios. Al infante don Sancho se debe culpar, porque fué la mas cercana causa de esta pérdida. Si como debiera, acompañara á Berenguer, fueran las vitorias que se alcanzaron mayores, los genoveses no se atrevieran, y las fuerzas de Galípoli se aumentaran; con que la guerra se hiciera con mayores ventajas y reputacion. Berenguer con serviles prisiones fué llevado con algunos caballeros de su compañía, á Pera; y porque temieron que Andrónico no se les quitase para satisfacer en su persona los daños recebidos, le pasaron á la ciudad de Trapisonda, puesta en la ribera del mar de Ponto, donde los genoveses tenian factoría, y le tuvieron en ella hasta que las galeras volvieron. Los genoveses hicieron una cosa bien hecha; porque luego que tomaron las galeras catalanas se vinieron á Pera, sin querer entregar ningun prisionero á los griegos ni vender cosa de la presa, aunque el Emperador les acarició y honró.

Con este buen suceso trató el Emperador con los mismos ge-

noveses que emprendiesen de echar á los catalanes que estaban en Galípoli, y ellos se lo ofrecieron con que les diese seis mil escudos. Fué contento Andrónico de dallos, y así se los envió; pero ellos, como gente atenta á la ganancia, pesaron el dinero, y hallándole falto, se lo volvieron á enviar. Andrónico replicó que les satisfaria el daño, y entonces ya no quisieron, porque informados mejor de lo que emprendian, no les pareció igual paga. Supo el Emperador que traian á Berenguer preso; procuró con amenazas y ruegos que se le entregasen, y últimamente ofreció por su persona veinte y cinco mil escudos. Todo se le negó, temiendo, á lo que yo sospecho, que el rey de Aragon no hiciese gran sentimiento si Berenguer, tan grande y principal vasallo suyo, padeciera afrentosa muerte en poder del Emperador Andrónico; el cual tentó el medio mas eficaz que pudo, ofreciendo á ciertos patrones destas galeras, para que con algun engaño se le entregasen ocho mil escudos y diez y seis pares de ropas de brocado; pero descubierto el trato, no quisieron que Andrónico tentase alguna violencia; y asi, se partieron, dejando muy desabrido al Emperador. A la entrada del Estrecho Ramon Montaner, de parte de los que quedaban en Galípoli, llegó con una fragata á pedir á Eduardo de Oria le diesen la persona de Berenguer, y ofreció el dinero que pudieron recoger por su rescate, que fueron hasta cinco mil escudos; pero los genoveses no quisieron, ó por parecelles poca la cantidad, á lo que tengo por mas cierto, ó por no irritar el ánimo de Andrónico si ponian en libertad un enemigo suyo en puesto que se tenia por sus mayores enemigos, de donde con mayor daño pudiese segunda vez destruir sus provincias y asolar sus ciudades. Desesperada Montaner de alcanzar su libertad, dióle parte del dinero que traia, y le ofreció que en nombre del ejército se enviarian embajadores al rey de Aragon y al de Sicilia para que se satisfaciese agravio tan notable como prender debajo de seguro un capitan de un rey amigo.

CAPITULO XXXIV.

Los pocos que quedaron en Galipoli dan barreno á todos los navios de su armada.

Preso Berenguer de Entenza, y muertos los mejores caballeros y soldados que le siguieron, quedaron solos en Galípoli con Rocafort, su senescal, mil y doscientos infantes y doscientos caballos y cuatro caballeros, buenos soldados, Guillen Siscar y Juan Perez de Caldés catalanes, y Fernando Gori y Jimeno de Alvaro, aragoneses, y con ellos Ramon Montaner, capitan de Galípoli. Este tan poco número de gente defendió aquella plaza, y cuando supieron que Berenguer con su armada se habia perdido, y que el socorro que esperaban habia de venir por su mano ya no tenia lugar, y aunque reconocieron el peligro cierto, no perdieron el ánimo; antes cobrando de la adversidad mayor esfuerzo, dieron ejemplo raro á los venideros de lo que se debe hacer en casos donde el honor corre riesgo de que alguna mal advertida resolucion manche su limpieza, conservada largos años sin nota de infamia.

Tuvieron consejo, y en él hubo diferentes pareceres. Hubo algunos que les pareció forzoso el desamparar á Galípoli, y que tratar de defendella era desatino; que se embarcasen en sus navíos y fuesen la vuelta de la isla de Metellin, porque con facilidad la podrian ganar y con la misma defendella, de donde correrian aquellos mares con mas seguridad suya y daño del enemigo; y que sus pocas fuerzas no daban lugar á mayor satisfacion. Fué tan mal recibido este consejo de los mas, que con palabras llenas de amenazas le contradijeron, y determinaron que Galípoli se defendiese, y que fuese tenido por infame y traidor el que lo rehusase. Estimaron en tanto su determinacion, que por quitarse el poder de mudalla barrenaron los navíos; con que perdieron la esperanza de la retirada por mar, quedándoles la que abriesen sus espadas en los escuadrones enemigos. Si-

guieron el ejemplo de Agatocles, en Africa, y le dieron á Hernando Cortés en el nuevo mundo; entrambos celebrados en la memoria de los hombres por los mas ilustres que el valor humano pudo emprender. Agatocles, Rey de Sicilia, pasó con una armada á la Africa contra los cartagineses. Echada su gente en tierra, echó á fondo sus navíos, con que forzosamente hubo de vencer ó morir; pero este tenia mas confianza y razon de vencer, porque llevaba consigo treinta mil hombres, y la guerra solamente contra Cartago. Los catalanes se hallaron pocos lejos de su patria, y la guerra contra todas las naciones del Oriente. Superior á la mayor alabanza fué la determinacion de Cortés; porque ¿quién pudo en ignotas provincias, distando inmenso espacio de su patria, echar á fondo sus navíos y escoger una muerte casi cierta por una vitoria imposible, sino un varon á quien Dios con admirable providencia permitió que fuese el que á su verdadero culto redujese la mayor parte de la tierra? No quiero hacer juicio si este ó el de los catalanes fué mayor hecho, porque pienso que son entrambos tan grandes, que fuera hacelles notable injuria si para preferir al uno buscáramos en el otro alguna parte menos ilustre por donde le pudiéramos juzgar por inferior. Españoles fueron todos los que lo emprendieron; sea comun la gloria.

CAPITULO XXV.

Salen los nuestros de Galípoli á pelear con los griegos, y alcanzan de ellos señaladísima vitoria.

Despues de barrenados los navíos, contentos de verse fuera del peligro de perder la reputacion con la retirada, dispusieron su gobierno. Dieron á Rocafort doce consejeros por cuyo parecer se gobernase. Esta eleccion se hacía por los votos de la mayor parte del ejército, y su poder en lo consejos era igual al de Rocafort, y él ejecutaba lo que por parecer de los demás se resolvia. Hicieron sello para sus despachos y patentes, con la imágen de san George, y escritas en su orla estas letras: *Sello*

de la hueste de los francos que reinan en Tracia y Macedonia. Prudentemente, á mi juicio, pusieron en lugar de catalanes, francos, por ser nombre mas universal y menos aborrecido, y quisieron mostrar que aquel ejército era compuesto de casi todas las naciones de Europa contra los griegos, y que era causa comun de todos el socorrelles. Por grandeza de ánimo tengo no estrecharse los hombres al nombre de su patria, porque con este nombre no se estrañasen los españoles de otras provincias, italianos y franceses; sino dilatalle por todo el orbe de la tierra, patria comun de todos los vivientes.

El enemigo se venia llegando á las murallas de Galípoli y estrechaba á los sitiados; y como en las ordinarias escaramuzas, aunque con mayor daño de los griegos, se perdia gente de nuestra parte, resolvieron de salir á pelear todas con sus fuerzas y aventurar en un trance de una batalla su vida y libertad: consejo que le deben seguir los que no pueden largo tiempo conservar la guerra. No se hallaron en Galípoli para salir á pelear, entre infantes y caballeros, mil y quinientos, puesto que Nicéforo dice que fueron tres mil; pero el autor escribió por relacion de los griegos, á quien el temor pudo engañar, y parecer doblado el número de los enemigos.

Levantaron un estandarte, antes de salir á pelear, con la imágen de San Pedro; pusiéronle sobre la torre principal de Galípoli con grandes demostraciones de piedad; y puestos de rodillas, despues de haber hecho una breve oracion al santo, invocaron á la Vírgen. Al tiempo que empezaron la salve con devotas aunque confusas voces, estando el cielo sereno, les cubrió una nube, y llovió sobre ellos hasta que acabaron, y luego de improviso se desvaneció. Quedaron admirados de tan gran prodigio, y sintieron en sus corazones grandes afectos de piedad y religion, con que les creció el ánimo, y tuvieron por cierta la vitoria, pues con tan claras señales el cielo les favorecia. Reposaron aquella noche, no con poco cuidado de que fuese la última de su vida. Sábado por la mañana, que fué el siguien-

te, á los 21 de junio, salieron de sus murallas y reparos. El enemigo, dejando por guarda de sus reales, que estaban en Brachialo, dos millas de Galípoli, parte de su ejército, con ocho mil caballos y mayor número de infantes se adelantó á pelear. Los nuestros echaron su caballería por el lado izquierdo de su infantería, abrigándose por el derecho del terreno algo quebrado. Guillen Perez de Caldés, caballero anciano de Cataluña, llevaba el estandarte del rey de Aragon; Fernan Gori el de don Fadrique, Rey de Sicilia; que olvidados de sus príncipes, jamás olvidaron su memoria; el de San George dieron á Jimeno de Alvaro, y Rocafort encomendó el suyo á Guillen de Tous. Las centinelas que estaban en lo alto de las torres de Galípoli dieron la señal de acometer, porque descubrian mejor al enemigo, que venia mejorándose por los collados.

Cerraron de una y otra parte con gallardía, y fué tanta la furia del primer encuentro, que afirma Montaner que los que quedaron dentro de Galípoli les pareció que todo el lugar venia al suelo, á semejanza de terremoto. No pudieron los griegos contra soldados tan pláticos y valientes, aunque con tanta desigualdad, salir con vitoria. Dieron luego la vuelta hácia sus reales, donde pensaron rehacerse. Los que quedaron en su defensa, viendo su gente rota, salieron á detener al enemigo, que con furia y rigor increible venia ejecutando la vitoria. El nuevo socorro de gente descansada detuvo algo á los vencedores porque era la mejor del ejército; pero repetido el nombre de San George, cerraron con igual ánimo, y segunda vez vencieron á los griegos, ganándoles sus alojamientos. Volvieron las espaldas Umberto Palor, Basila y el grande Eteriarca.

Siguióse el alcance veinte y cuatro millas hasta Monocastano, degollando siempre sin resistencia alguna, porque la huida les hizo dejar las armas con que apretados pudieran defenderse de los nuestros, que esparcidos, cansados y pocos, les seguian; pero la vileza de los griegos era tanta, que refiere un autor que por las heridas en el rostro no osaban volvelle, aunque con so-

lo este riesgo se pudieran defender; última miseria á que puede llegar un hombre, cuando teme las heridas mas que la infamia. La mayor parte de los griegos vencidos murieron ahogados, porque seguidos de los catalanes, de quien no esperaban buena guerra, sino afrenta y muerte, se arrojaban en los barcos y leños de la ribera, cargando en ellos mas gente de la que pudieran llevar; con cuyo peso, con la priesa de los que entraban, venian al fondo y se abrian, ayudando á esta pérdida los propios catalanes, que metidos en el agua, á cuchilladas, y asidos de los bordes de los barcos, les forzaban á echarse en el agua ó morir. Con la noche dejaron el alcance, y cerca de la media volvieron á Galípoli, sin haber reconocido los despojos que el enemigo les dejaba, juzgando por mayor ganancia quitar vidas y derramar sangre de los que con tanta impiedad quitaron las de sus compañeros y amigos. A la mañana salieron á recoger la presa, y fué de manera, que tardaron ocho dias en retiralla dentro de Galípoli; vestidos de seda y oro (en aquel tiempo mas estimados por no ser tan comunes) en gran cantidad, armas lucidas y joyas de mucho precio, tres mil caballos de servicio, y bastimentos en tanta abundancia, que en muchos dias no se pudiera temer en Galípoli falta dellos. Murieron de los vencidos veinte mil infantes y seis mil caballos, y de los nuestros un caballo y dos infantes: no me atreviera á referillo, por parecerme caso imposible, si autores de mucho crédito no refirieran semejantes acontecimientos. Paulo Orosio, escritor antiguo y cristiano, cuenta de Agatocles que degolló con dos mil hombres treinta mil cartagineses con su general Annon, y él perdió solos dos hombres.

CAPÍTULO XXXVI.

Previénese Miguel Paleólogo para venir sobre Galípoli; los nuestros salen á pelear con él tres jornadas lejos, y entre los lugares de Agros y Cipsela se da la batalla; sale della Miguel vencido y herido.

La buena dicha de nuestras armas puso en cuidado al Emperador Andrónico y á Miguel su hijo, porque nunca creyeron que gente tan poca se les pudiera dar, y forzalles á poner todas

las fuerzas del imperio para su ruina. Con el suceso de Galípoli resolvieron los Emperadores de juntar sus gentes, y dar sobre los nuestros antes que pudiesen de Cataluña ó Sicilia llegar socorros. Destas prevenciones y aparatos de guerra fueron los nuestros avisados por una espía griega, que Montaner envió con harto recelo de que volviese, porque otras de la misma nacion, que á diversas partes se enviaron, no volvieron. Catalanes no podian servir en esta ocupacion, porque siempre eran conocidos, aunque con traje y lenguaje griego se procuraban encubrir. Con este aviso se resolvieron todos de salir á buscar al enemigo la tierra adentro; resolucion tan gallarda como cualquiera de las otras que tomaron. No pienso yo que tantas finezas y bizarrías se puedan haber leido en otras historias; y así, algunas veces temo que mi crédito y fé se ha de poner en duda; pero advertido el que esto leyere que Nicéforo Gregoras y Pachimerio, autores griegos, y por serlo enemigos, y Montaner, catalan, concuerdan en lo que parece mas increible, tendrá por verdad lo que escribimos. Montaner refiere que la principal causa que les movió á seguir este consejo fué verse ya ricos y prósperos, y temer que la sobrada aficion de sus riquezas y el temor de perdellas no les hiciera perder algo de su reputacion. Siguiendo los consejos mas cautos y menos honrosos, dejaron en Galípoli de guarnicion, donde quedaban su hacienda, mujeres y familia, cien almugavares, y partieron la vuelta de Andrinópoli, plaza de aquel ejército que se juntaba contra ellos, con firme determinacion de pelear con Miguel, aunque fuese asistido del mayor poder de su imperio. Caminaron tres dias por Tracia, destruyendo y talando la campaña. Llegaron á poner una noche sus cuarteles á la falda de un monte poco áspero. Las centinelas que pusieron en los altos descubrieron de la otra parte grandes fuegos; enviáronse reconocedores, y poco despues volvieron con dos griegos prisioneros, de quien se supo la ocasion de los fuegos, que fué por estar Miguel acuartelado con seis mil caballos y mucho mayor número de infantes

entre Agros y Cipsela, dos aldeas pequeñas, aguardando lo restante del campo. Quisieron algunos que aquella misma noche se atravesase la montaña que les dividia, y diesen sobre los enemigos descuidados; y no mé parece que aprobaron este consejo, no sé por qué razon; porque, puesto que forzosamente se habia de pelear con ellos, mas fácil fuera con la oscuridad y confusion de la noche aventurarse, que aguardar la mañana, cuando siendo tan pocos pudieran ser mejor reconocidos. Despues de haberse todos confesado y recibido el sacramento de la Eucaristía, hicieron un solo escuadron de su infantería, y la caballería dividen igualmente en dos tropas, á cada lado del escuadron la suya, y otro escuadron dejaron en la retaguardia para socorrer adonde la necesidad le llamase. Caminaron la vuelta del enemigo; al salir del sol se hallaron de la otra parte de la montañuela, de donde descubrieron al enemigo, mas poderoso de lo que la espía les dijo, y fué porque dos horas antes llegó la mayor parte de su ejército, que le faltaba. Reconoció el enemigo su venida; y como entre infantes y caballos no llegaban á tres mil los nuestros, juzgaron que venia á rendir las armas y entregarse á la clemencia de Miguel; y esto lo tuvieron por tan cierto, que ni querian tomar las armas ni salir de sus cuarteles. Pero Miguel, que con tanto daño suyo conocia por esperiencia el valor de sus enemigos, sacó su gente, y él se armó y puso á caballo, ordenando los escuadrones en esta forma. La infantería, repartida en cinco escuadrones, á cargo de Teodoro, tio de MIguel, general de toda la milicia, que habia venido del Oriente; en el cuerno siniestro puso las tropas de caballería de los alanos y turcoples, á cargo de Basila; en el cuerno derecho se puso la caballería mas escogida de Tracia y Macedonia, con los valacos y los aventureros, á órden del gran Etriarca; en la retaguardia quedó Miguel con los de su guarda y parte de la nobleza que asistia á su defensa. Acompañábale el déspota su hermano, y Senacarip Angelo, que este dia no quiso tener gente de guerra á su cargo, por hallarse ocupado en la

defensa del Emperador y tener cuidado de la seguridad de su persona. Reconoció Miguel sus escuadrones, y animados á la batalla, vinieron cerrando.

Los nuestros, divididos en cuatro escuadrones, con gran ánimo y resolucion, los primeros con quien se toparon fueron los alanos y turcoples, que su caballería (1) embistió el primer escuadron de almugavares, que invencible quebrantó su furia; tanto, que dice Pachimerio que luego se retiraron huyendo, aunque Nicéforo dice que los masagetas y turcoples, cuando tocaron las trompetas para embestir, huyeron, porque tenian resuelto los alanos de no servir al Emperador, y los turcoples tenian trato con los catalanes. De cualquier manera que ello fuese, ó despues de haber embestido ó antes, ellos huyeron, y la infantería, descubierta por el siniestro lado de toda la caballería que le sustentaba, quedó, dice Nicéforo, como la nave sin árbol y sin velas en la mayor furia de la tempestad. Parte de nuestra caballería, que se habia juntado de almugavares y marineros, habia desmontado y acometido á pié por aquella parte. La ocasion que tuvieron para desmontar estas tropas fué solo por hallarse inútiles en este género de servicio, y que si no dejaran los caballos no pudieran pelear.

Los demás escuadrones de infantería, libres de la mayor parte de la caballería enemiga que les pudiera dañar, cerraron por la frente tan vivamente, que degolladas las primeras hileras, donde estaban sus mas lucidos y valientes soldados, todo lo demás de la infantería se puso en huida, aunque la caballería de Tracia y Macedonia, como la mejor y de mayor reputacion de aquellas provincias, mantuvo por gran rato su puesto, peleando con nuestra caballería, y defendió uno de sus escuadrones que no fuese roto hasta que los almugavares le abrieron por el otro

(1) *Cuya caballería*, debiera decir, pues el *que* precedente no puede interpretarse como causal; pero este y otros descuidos que advertirán los lectores, provienen de que MONCADA no dió á su escrito la última mano.

costado y por la frente, y entonces su caballería con mucha pérdida dejó el puesto, huyendo la vuelta de Cipsela. Miguel, como buen príncipe y valiente soldado, viendo sus escuadrones rotos, y su caballería parte retirada y parte deshecha, y en quien tenia puesta la mayor esperanza de vencer, sacó su caballo la vuelta del enemigo, y luego repentinamente quedó el caballo sin freno, y se arrojó la vuelta de los enemigos. Detenido de los que estaban en su guarda,, hubo de subir en otro caballo, y sin tener por mal agüero el haber perdido el freno su caballo se metia por lo mas peligroso, y con gran presteza animaba á unos, socorria á otros, cuándo con amenazas, cuándo con ruegos llamando á sus capitanes y maestres de campo por sus nombres, que volviesen las caras, que resistiesen, que no perdiesen aquel dia con tanta mengua la reputacion del imperio romano. Los soldados y capitanes, perdido una vez el miedo á su fama, y puesto en ejecucion caso tan feo como desamparar la persona del Príncipe, tambien le perdieron á sus ruegos y quejas; porque cuanto mayor es la infamia de un hecho, tanto mas difícil es el arrepentimiento. Entonces Miguel quiso con el ejemplo, ya que no pudo con las palabras, obligalles; y juzgando por grande afrenta no aventurar su vida por la de los suyos, vuelto á los pocos que le seguian, les dijo: «Ya llegó el tiempo, compañeros y amigos, en que la muerte es mejor que la vida, y la vida mas cruel que la misma muerte. Muérase con reputacion, si se ha de vivir con infamia.» Y levantando el rostro al cielo, pidiéndole su ayuda, se arrojó con su caballo en medio de los nuestros.

Siguiéronle hasta ciento de los mas fieles, y por un grande espacio puso la vitoria en duda: tanto puede en semejantes ocasiones la persona del príncipe que se aventura. Hirió á muchos y mató á dos. Un marinero catalan, llamado Berenguer, que en la jornada deste dia se halló sobre un buen caballo y con lucidas armas, despojos de la vitoria pasada, anduvo entre los enemigos tan bizarro, que Miguel por entrambas causas le tuvo por algun

señalado capitan de nuestra nacion, y con deseo de mostrar su esfuerzo, se fué para él y le dió una cuchillada en el brazo izquierdo. Revolvió sobre Miguel el marinero con tanta presteza, que sin darle tiempo de sacar su caballo, á golpes de maza le hizo saltar el escudo, y le hirió en el rostro, y al mismo tiempo le mataron á Miguel el caballo, y le tuvieron casi rendido; pero algunos de su guarda le socorrieron valientemente, y uno dellos le dió su caballo, con que se salvó, quedando muerto por librar á su príncipe. Miguel, perdida la mayor parte de su gente, y libre del peligro por su valor y por su dicha, se salió de la batalla, llevado mas por la fuerza de los suyos que por su voluntad. Intentó muchas veces volver á cobrar la reputacion perdida; pero siempre fué detenido, y su coraje reventó en lágrimas. Retiróse dentro del castillo de Agros, con que la vitoria se declaró por nosotros. No se siguió el alcance, porque entendieron siempre que á los griegos les quedaban fuerzas enteras para volver segunda vez á pelear y temieron alguna emboscada segun Pachimerio dice; y añade que fué particular providencia de Dios el miedo que tuvieron los catalanes de la emboscada, para detenelles que no ejecutasen la vitoria, donde perecieran muchos mas, y Miguel llegara á sus manos. Contentáronse con quedar señores del campo, y aguardar la mañana, que les desengañaria de sus sospechas. Toda aquella noche se estuvo con las armas en la mano. Llegó la mañana, y reconocieron que su vitoria habia sido con entero cumplimiento. Acometieron á Apros el mesmo dia, que defendido solo de sus vecinos, fácilmente se entró. En este lugar se detuvieron ocho dias para que los heridos se curasen y los demás descansasen del trabajo y fatiga de la batalla. Súpose luego como la gente que Miguel aguardaba, segun las espías refirieron, ya se le habia juntado antes de la batalla, y que todo estaba vencido. Perecieron, segun Montaner, del enemigo diez mil caballos y quince mil infantes; de los nuestros veinte y siete, y nueve caballos. Retirado Miguel dentro de Agros, no se tuvo por seguro

y aquella misma noche se salió y se fué á Panfilo, y de allí á Didimoto, donde estaba su padre, de quien cuenta Nicéforo que fué reprehendido gravemente porque puso su persona tan atrevidamente en tanto riesgo; que lo que en un soldado ó capitan se debia de alabar, en un Emperador era digno de reprehension: palabras nacidas de la aficion de un padre, mas de lo que debiera aconsejar si no lo fuera; porque no sé yo que tenga el Príncipe mayor obligacion de aventurarse que la que Miguel se aventuró, cuando vé sus escuadrones deshechos, su reputacion en peligro, su gente muerta y sus estados perdidos. ¿Qué Príncipe de los celebrados en la memoria de las gentes dejó de poner su vida al mayor riesgo, cuando la importancia y grandeza del caso es de tal calidad?

Con esta vitoria la mayor parte de la provincia de Tracia quedó por despojos de los nuestros. Las ciudades populosas y fuertes no padecieron en esta comun tempestad, porque siendo los catalanes tan pocos, no se querian ocupar en asaltar murallas, donde forzosamente habian de perder gente; y si algunas tomaron, fué porque el descuido del enemigo les convidó para que lo pudiesen hacer sin aventurarse mucho. Los moradores de las aldeas y poblaciones de griegos de toda la provincia, sabida la pérdida de su ejército, dejaron sus casas y sus haciendas y el trigo que estaba ya para recoger, y peregrinando por reinos vecinos, acrecentaron el temor de nuestra venganza: y dice Pachimerio que entraba de todas partes infinita gente huyendo, y que parecia Constantinopla la esfera de Empedocles (1). Fué ocasion esta vitoria de que sucediese en Andrinópoli un caso

(1) Este símil, usado en efecto por Pachymeres, aunque no al describir la batalla de Apros, sino en el lib. 6, cap. 25 de la *Historia de Andrónico*, creemos que necesita alguna interpretacion. La frase es completamente metafórica; y alude á cierta secta de filósofos que habia en Corinto, llamados *anemocetas*, los cuales suponian tener potestad sobre los vientos, guardándolos encerrados y adormecidos en una especie de odre ó *esfera*, donde, como en la cueva de Eolo, ó mas bien en las odres de Ulises, se hallaban reducidos á una opresion rigorosa. A aquella secta

lastimoso á los catalanes que estaban presos desde la muerte de Roger, que llegaban al número de sesenta. Tuvieron aviso de la vitoria de Agros, animáronse á intentar su libertad. Estaban en una cárcel fuerte de una torre; rompieron los grillos, y acometiendo una puerta, no la pudieron abrir; subieron á lo alto de la torre para reconocer algun camino de su libertad; no fué posible hallarle, y como desesperados de hallar piedad en los griegos, desde arriba, con las armas que pudieron alzanzar, pelearon valientemente con los ciudadanos de Andrinópoli, que sitiaron la torre y la procuraron ganar á fuerza de armas; pero fué tanto el valor de los que la defendian, que no fué posible hacerles daño. Finalmente, despues de muchas heridas, los ciudadanos, desesperados de podelles rendir, se resolvieron de quemar todo el edificio y torre. Diéronle fuego por todas partes, y en poco rato se encendió con gran ruina del edificio. Por entre las llamas y el fuego arrojaban piedras y dardos, y medio abrasados peleaban. Despidiéronse, y abrazados unos con otros, hecha la señal de la cruz (así lo dice Pachimerio), se arrojaron en el fuego todos; y entre ellos dos hermanos de linaje ilustre y de ánimo valeroso, abrasándose con gran lástima de los circunstantes, se arrojaron de la torre, y escaparon del fuego, que con mas piedad les perdonó que el hierro de los pérfidos griegos, de quien fueron despedazados. Entre estos sesenta, solo hubo uno que diese muestras de rendirse, á quien los otros arrojaron de la torre. Despues de haber destruido y talado la mayor parte de la provincia, volvieron á Galípoli, acrecentados de reputacion, de hacienda y de gente que se les juntaba de italianos, franceses y españoles, que pudieron escapar de la crueldad y furia de los griegos.

pertenecia Empedocles, y á su odre ó esfera hace referencia el símil; porque verdaderamente las fuerzas de los griegos, agolpados y como sujetos en Constantinopla, parecian á las de los vientos metidas en tan pequeño espacio. Quien desee aclaraciones mas ámplias sobre la expresion *esfera de Empedocles* puede consultar el *Glosario* de Pedro Posin á la *Historia de Pachymeres*, de Miguel Paleólogo, edicion de Roma, de 1666, pág. 417.

CAPÍTULO XXXVII.

Estado de las cosas de Andrónico y de los griegos.

En todos tiempos y edades se ha mostrado la igualdad de la justicia divina, pero en unos se ha señ lado mas que en otros con el azote de alguna pestilencia, hambre ó guerra. Esta última se tomó para castigo de Andrónico y de los griegos, que apartados de la obediencia de la romana Iglesia, madre universal de los que militan en la tierra, cayeron en mil errores, y por ellos y por los demás pecados que antes se siguieron permitió Dios que los catalanes fuesen los ministros de su ejecucion. Añadióse á los daños de la guerra males y divisiones caseras, que entre los príncipes suele ser el último y mayor de los trabajos, porque con él se confunden los consejos y se enflaquecen las fuerzas, y es un breve atajo para su ruina.

Irene, mujer del Emperador Andrónico, juzgaba por cosa indigna de su grandeza y sangre que sus tres hijos Juan, Teodoro y Demetrio no tuviesen parte en el imperio de su padre, por tener hijos de otra madre, llamados primero á la sucesion, Miguel, ya nombrado por Emperador, y Constantino, déspota. Procuró por todos los medios posibles que su marido Andrónico dividiese entre sus hijos algunas provincias de su imperio; no le fué concedida esta demanda. Volvió segunda vez á tantear otro medio, mas perjudicial y dañoso para el imperio que el primero, y fué pedir que les declarase sucesores y compañeros de Miguel, su hermano; negósele tambien; con que Irene, mujer ambiciosa, conociendo el amor grande de su marido, y que apartándose del doblara á su constancia, y que el deseo de volvella á ver fuera mas poderoso que lo habian sido sus ruegos, fuese á Tesalónica con gran contradicion de su marido, aunque por no publicar males tan íntimos y secretos, mostró en lo esterior que no le desplacia. Nunca ausencia se tomó por medio para acrecentar

una aficion; antes suele ser con que la mayor se desvanece, como siempre suele esperimentarse. El amor y aficion de Andrónico se fué perdiendo, y la mujer, al mismo paso desesperando y cerrando la puerta á su pretension, trocó los ruegos en amenazas. Admitió pláticas y tratos de príncipes estranjeros enemigos de Andrónico; envió á llamar á su yerno Crâles, príncipe de los tribalos (1) y de Servia, casado con su hija Simónide, y le dió todas las joyas y tanto dinero, que Nicéforo quiere que con él se pudiera fundar renta para sustentar cien galeras en defensa de los mares y costas del imperio. Con esta division ¿qué poder no se deshiciera, qué reino no se acabara, y mas sobreviniendo un ejército de gente enemiga á quien el deseo de su venganza puso en la necesidad de morir ó vencer?

CAPÍTULO XXXVIII.

Los nuestros hacen algunas correrías, y toman á las ciudades de Rodesto y Paccia

Retirados á Galípoli despues de la vitoria, quedaron dueños absolutos de la campaña, y Andrónico sin atreverse á salir de Constantinopla ni Miguel de Andrinópoli: tan apretados les tuvieron nuestras armas. Andrónico, á las quejas de tantos daños como hacian los catalanes en sus provincias, encogió los hombres, atribuyendo á sus pecados el castigo que Dios le enviaba, y confesaba que no era poderoso para resistilles. Hasta Maronea, Ródope y Bizia, ciento y setenta millas de Galípoli, entraban haciendo correrías, con universal temor y asombro de todas las provincias, porque no habia lugar que estuviese libre de su furia, por remoto y apartado que fuese. Las ciudades que por su fortaleza de muros no podian ser acometidas, sentian estos males en sus vegas y en sus jardines, quemando y talando lo mas

(1) *Tribalos ó tribalios*, pueblos de la Misia inferior; búlgaros. (Valbuena, *Dicc. lat. esp.*)

estimado, y haciendo prisioneros á muchos, de quien sacaban grandes y contínuos rescates; y no solo compañías enteras, pero cuatro ó seis soldados hacian estos lances. Pedro de Maclara, almugavar servia en la caballería, hallándose una noche entre sus camaradas desesperado de haber perdido lo que tenia al juego, resolvió de rehacer la pérdida y despicarse con algun daño de sus enemigos, de que le resultase provecho. Subió á caballo, y con dos hijos que tenia, caminando siempre entre enemigos, llegó á los jardines que están pegados á Constantinopla; donde luego la suerte le puso entre manos un padre y un hijo mercaderes genoveses. Hízolos prisioneros, y dió con ellos en Galípoli sin que persona alguna se lo estorbase, con haber veinte y cinco leguas de retirada. Hubo por su rescate mil y quinientos escudos, con que el almugavar recompensó lo perdido y ganó reputacion de valiente y plático soldado. Estas y muchas otras correrías refiere Montaner que se hacian con igual felicidad y admiracion: á tanto llegó el atrevimiento de los catalanes.

Vióse Roma cabeza del mundo, conocida entonces en tanta grandeza y gloria, que desvanecida con sus vitorias y triunfos, se atribuyó el renombre de eterna; pero las armas de los godos y vándalos mostraron cuán breves fueron sus glorias y cuán falso su atributo. Lo mismo sucedió á Constantinopla, cabeza del Imperio oriental, en quien justamente se levantaron y merecieron el poder y la piedad por el grande Constantino, en cuyos sucesores se conservó, hasta que la ira de Dios ejecutó su castigo, entregándola por despojos á naciones estrañas, y en este tiempo casi forzada de pocos catalanes y aragoneses á recibir leyes la que las daba á tantos reinos y gentes.

Ardia en los corazones de los catalanes el deseo de vengar la muerte afrentosa de sus embajadores en los naturales y vecinos de Rodesto, donde tan inhumanamente fueron despedazados y muertos. Salieron á esta jornada hasta los niños, en quien fué mas poderosa la pasion de su venganza que la flaqueza de su

edad. Estaba esta ciudad ribera del mar, sesenta millas de camino por tierra de Galípoli. Para llegar á ella forzosamente se habian de dejar los nuestros pueblos enemigos á las espaldas, y esta seguridad causó descuido en los vecinos de Rodesto, porque nunca creyeron que los catalanes se aventurarian sin tener la retirada llana y sin peligro; pero estas dificultades fueran bastantes si el agravio no las atropellara. Al amanecer escalaron las murallas y la entraron sin hallar resistencia, ejecutando muertes con tanta crueldad, que por este hecho primeramente, y por los demás que fueron sucediendo, quedó entre los griegos hasta nuestros dias por refran: «La venganza de catalanes te alcance.» Esta es la mayor maldicion que entre ellos tiene agora la ira y el aborrecimiento: tan viva se les representa siempre la memoria de aquel estrago.

Dice Montaner, encareciendo el desórden que hubo por nuestra parte, que los capitanes y caballeros no pudieron detener ni impedir las crueldades que los vencedores ejecutaron en los vencidos, porque perdido el temor de Dios y el respeto debido á sus capitanes, y el de su misma naturaleza, despedazaban cuerpos inocentes, por la edad incapaces de culpa; hasta los animales quisieron entregar á la muerte, porque en el lugar no quedase cosa viva. De allí pasaron á Paccia, ciudad vecina, y la ganaron con la misma facilidad y trataron con el mismo rigor. Parecióles á nuestros capitanes ocupar estos puestos, porque la gente iba creciendo y era ya bastante para dividirse y acercarse á Constantinopla, cuya perdicion y ruina era el último fin de sus peligros y fatigas. A Montaner dejaron en Galípoli solo con algunos marineros, cien almugavares y treinta caballos.

CAPITULO XXXIX.

Fernan Jimenez de Arenós llega á Galipoli, entra á correr la tierra, y al retirarse rompe dos mil infantes y ochocientos caballos del enemigo.

Fernan Jimenez de Arenós, uno de los mas principales capitanes aragoneses que vinieron por Roger en Grecia, por al-

gunos disgustos, como dijimos arriba, se apartó de nuestra compañía. Con los pocos que le siguieron se fué al duque de Aténas, donde se detuvo algun tiempo, sirviendo en las guerras que el duque tuvo con sus vecinos, que fueron muchas y varias; accidentes forzosos que padecen los estados pequeños que tienen por vecinos príncipes poderosos. En todas ellas Fernan Jimenez ganó reputacion y ocupó lugar honroso; pero el peligro de sus amigos en su ánimo pudo tanto, que dejó sus acrecentamientos seguros y ciertos por socorrerle con su persona. Habida licencia del duque, con una galera, y en ella ochenta soldados viejos, llegó á Galípoli. Fué de todos recibido con notables muestras de agradecimiento. Diéronle muchos caballos y armas para poner su gente en órden, y con algunos amigos que le quisieron seguir juntó trescientos infantes y sesenta caballos, y con ellos entró la tierra adentro. Despues de haberse visto con los capitanes que estaban en Rodesto y Paccia, y comunicado con ellos su resolucion, caminó con su gente la vuelta de Constantinopla, y pasado el rio que los antiguos llamaron Batinia, saqueó y quemó muchos pueblos á vista de la ciudad. Andrónico, de los muros miraba como se ardian las casas; y creyendo que todo nuestro campo era el que tenia delante, no quiso que saliese gente; antes la puso en guarda y seguridad de Constantinopla, repartida por sus muros, esperando que nuestras espadas se habian de emplear aquel dia en su última ruina. Recelos fueron estos de Andrónico bien fundados y advertidos, porque el pueblo, lleno de pavor, acostumbrado al ocio, no trataba de tomar las armas para su propia defensa. La gente de guerra mercenaria de turcoples y alanos, ni por naturaleza, ni por beneficios obligada al servicio de su príncipe, rehusaba y temia los peligros, á mas de las sospechas del trato que tenian con nuestros capitanes. Entre estos temores y desconfianzas andaba metido Andrónico, cuando supo que Fernan Jimenez de Arenós con solos trescientos era el autor de tantos daños, y que Rocafort con el grueso de su ejército andaba junto á Ró-

dope. Entresacó Andrónico de su caballería ochocientos, y con dos mil infantes les mandó salir á cargar á Fernan Jimenez, que se retiraba con riquísima presa. Salieron buen ánimo y resolucion, y pasando aquella noche el rio, ocupando un puesto aventajado, paso forzoso para los nuestros, se pusieron en emboscada. Descubriéronla luego los corredores de Fernan Jimenez; y como la retirada no podia ser por otra parte, hecho alto, dijo á los suyos: «Ya veis, amigos, que el enemigo nos tiene cerrado el paso, y que solo puede allanalle nuestro valor. Lo que en esto se interesa no es menos que la vida, puesta en último peligro. Los contrarios que tenemos delante son los mismos que habeis vencido tantas veces con mayor desigualdad; su multitud solo ha servido siempre de aumentar nuestras vitorias; tan segura la tenemos en esta como en las demás ocasiones, pues se resuelven, segun vemos, de aguardarnos y pelear. El puesto aventajado les dá confianza, olvidados de que nuestras espadas penetran defensas y reparos inespugnables. Conozca esta gente vil que donde quiera les ha de alcanzar el rigor de nuestra justa venganza.»

Dicho esto, hizo cerrar su infantería de almugavares, y él con sus pocos caballos embistió las tropas de la caballería enemiga. Peleóse valientemente; pero los dos mil infantes griegos, acometidos de los trescientos almugavares, fueron casi todos degollados con tanta presteza, que tuvieron lugar de socorrer á Fernan, que andaba peleando con la caballería; y fué tan importante su ayuda, que luego dejaron los enemigos el paso libre, con pérdida de seiscientos caballos entre muertos y presos. Vitoriosos y llenos de despojos, pasaron adelante, y llegaron á Paccia, donde Rocafort poco antes habia llegado de correr de Ródope.

CAPÍTULO XL.

Fernan Jimenez gana el castillo y lugar de Módico.

Pareciale á Fernan Jimenez que para asegurar sus cosas importaba tomar alguna plaza donde pudiese tener cuartel aparte del que tenia Rocafort, porque su condicion no daba lugar á que pudiesen vivir juntos. La nobleza de sangre de Fernan y su trato llevan tras sí á muchos de los que seguian á Rocafort; pero temiendo su ira, como del mas poderoso, no osaban descubiertamente dejarla sin tener la seguridad de alguna plaza. Módico, lugar del enemigo mas vecino, puesto á la parte del Estrecho, al mediodia de Galípoli, fué el que pareció intentar de Ganalla por interpresa; y como no les sucedió bien, pegados casi al lugar se fortificaron y abrieron sus trincheras. Condenaban la resolucion de Fernan los bien entendidos del arte militar, porque con doscientos infantes y ochenta caballos que solos tenia no se podria emprender cosa tan difícil como lo era ganar un pueblo, habiendo dentro setecientos hombres para tomar armas; pero la vileza de sus ánimos y la constancia de los nuestros hizo fácil lo imposible. Cuando á una nacion le falta la industria y el valor, forzosamente ha de dar buenos sucesos al enemigo que la quisiere sujetar, porque ni el número de la gente ni la defensa de las murallas le sirve de reparo.

Los miserables griegos deste pueblo, con ser setecientos, y los nuestros apenas trescientos, se encerraron dentro de sus murallas, como si todo el campo de los catalanes les sitiara, sin salir á pelear ni á deshacer lo que su enemigo trabajaba para su ruina. Fernan Jimenez levantó un trabuco, y con él batió algunos dias lo que parecia mas flaco; pero tiraba piedras de tan poco peso, que no hacia daño en sus murallas, fuertes y muy levantadas. Arrimábanse escalas algunas veces, y todo fué sin fruto. Montaner de Galípoli socorria con bastimentos y vituallas;

solo los nuestros cuidaban de asegurarse dentro de sus fortificaciones, dando cuidado al enemigo, y rendille á vivir mas descuidado. Con su asistencia y pertinacia alcanzaron al fin lo que pretendian; porque los griegos, despues de largos siete meses de sitio, creció en ellos el desprecio de sus enemigos, y al mismo paso el descuido de guardarse. Las centinelas eran pocas, y estas no muy ordinarias.

El 1.° de julio celebraron los griegos dentro de su pueblo con gran solemnidad una de sus fiestas; y como el mayor de sus deleites es el del vino, vicio que en todas las edades infamó mucho esta nacion, bebieron de manera, olvidados de que el enemigo estaba sobre sus murallas y atento á las ocasiones de su daño, que unos bailando, otros á la sombra durmiendo, dejaron de guarnecer las murallas como solian. Fernan Jimenez, desesperado ya de que Módico se le rindiese y de tomalle, estaba dentro de su tienda dudoso de lo que habia de hacer, cuando las voces y algazara de los que bailaban le sacó de su tienda. Poco á poco se arrimó á las murallas, y reconociéndolas sin gente, mandó que ciento de los suyos diesen una escalada, y él con lo restante acometeria la puerta. Púsose con diligencia increible esta ejecucion en efeto. Los ciento arrimaron las escalas, y subieron hasta setenta de ellos sin ser sentidos, y ocuparon tres torreones. Los griegos, despertando de sueño tan dañoso, tomaron las armas, incitados mas por la fuerza del vino que por su valor, y procuraron echar de los torreones á los nuestros. En este combate ocupados todos, no acudieron á la puerta que Fernan habia acometido; y así, sin tener quien la defendiese, la puso por el suelo, y entró á pie llano por el lugar, dando por las espaldas á los que combatian los torreones.

Fuéronse retirando y defendiendo en las torres estrechas de las calles, y últimamente pusieron su seguridad en la huida, y con ella dejaron libre el lugar y el castillo á Fernan con la mayor parte de sus haciendas. Este fin tuvo el sitio de Módico y la dichosa pertinacia de un aragonés en los ocho meses que duró

este sitio. No hallo cosa notable que escribir de los nuestros que estaban en los demás presidios; solo ordinarias correrías la tierra adentro para buscar el sustento forzoso.

CAPÍTULO XLI.

Divídense los nuestros en cuatro plazas; Montaner rompe á George de Cristopol.

Ganado el lugar y castillo de Módico, Fernan Jimenez de Arenós, le tomó por presidio y plaza suya. Rocafort dividió su gente en Rodesto y Paccia, y Montaner, escribano de racion, quedó gobernando en Galípoli, donde los bastimentos y armas de todo el campo se juntaban y prevenian. Si á los soldados de los demás presidios les faltaban armas, caballos y vestidos, acudian á Galípoli.

Allí residian los mercaderes de todas naciones, los heridos, viejos y otra gente inútil, que, como lugar mas apartado del enemigo, se tenia por mas seguro. Con este medio de gobierno se sustentaron los cinco años, sin que en todas aquellas comarcas se labrase campo ni viña, cogiendo solamente lo que la tierra naturalmente producia. Esta manera de hacer la guerra los tiempos la han mudado y mejorado; porque el principal intento no es desolar y trocar en desiertos las campiñas, sino conservarlas para el uso propio; porque ganarse una provincia para destruilla y totalmente impedir la cultivacion de sus campos, es lo mismo que no ganalla, y mas cuando de sus frutos necesariamente se han de valer si quisieren sustentarse en ella. Por no advertir estos inconvenientes los nuestros y no moderarse en sus crueldades, que eran las que desterraban de los pueblos los labradores, se vieron en tanta necesidad, que con estar llenos de vitorias, la falta de los víveres les sacó de Tracia con mucho peligro y daño. Jorge de Cristopol, caballero rico y principal de Macedonia, venia de Salonique á Constantinopla á verse con el Emperador Andrónico, con ochenta caballos. Tuvo

noticia que Galípoli estaba con poca gente, y pareciéndole que podria hacer algun buen lance, dejó su camino, y con buenas espías llegó cerca de Galípoli sin ser sentido, y encontróse luego con algunos carros y acémilas que habian salido á hacer leña. El que los llevaba á su cargo era Marco, soldado viejo en la caballería. Viéndose acometido tan improvisamente, dijo á la gente de á pié que se retirasen entre las paredes de un molino, y él tomó la vuelta de Galípoli. La gente de Jorge, sin detenerse en ganar el molino, fueron siguiendo al soldado, para que el aviso y ellos llegasen á un tiempo; pero como mas plático Marco en la tierra, dió el aviso primero á Montaner, capitan de Galípoli; con que todos tomaron las armas y se pusieron á la defensa de sus murallas, y con catorce caballos y algunos almugavares Montaner salió á reconocer el enemigo y entretenelle, mientras la gente esparcida fuera del lugar tuviese tiempo de retirarse. Topáronse luego, y Montaner, hecha una pequeña tropa de sus catorce hombres, cerró con los ochenta, y peleó tan valientemente, que Jorge se retiró con pérdida de treinta y seis de los suyos muertos ó presos. Fuéle Montaner siempre cargando, hasta que llegó al molino. Cobró las acémilas y salvó la gente. Vuelto á Galípoli, se pusieron en libertad los prisioneros y repartieron la ganancia: á los hombres de armas veinte y ocho perpres de oro (1), catorce á los caballos ligeros, y siete á los infantes.

CAPÍTULO XLII.

Rocafort y Fernan Jimenez de Arenós toman al Estañara y cobran sus cuatro galeras.

Al mismo tiempo que Montaner hizo tan buena suerte contra Jorge, Rocafort y Fenran Jimenez de Arenós juntaron la gente

(1) Cuando la negociacion del rescate de Berenguer de Entenza, de que ya se ha hablado, dice el mismo Montaner en su crónica citada estas palabras: *E yo entrel veure, e volgui donar X milia perpres de oro, qui val hu X sous barceloneses, e quel nos lexassen, e non volgren fer.* Segun D. José Salat, en su *Tratado de las monedas de Cataluña*, un sueldo de terno barcelonés equivalia á veinte sueldos corrientes.

que estaba dividida en Pacera, Rodesto y Modico, y entraron por Tracia hacia el mar Mayor, haciendo lo que siempre, pegando fuego á los lugares despues de saqueados, talar y abrasar los frutos de las campiñas, cautivar, matar; jamás aflojando en su venganza.

Parecioles intentar de tomar Estañara, pueblo de mucho trato, á la ribera del mar de Ponto, donde se fabrican la mayor parte de los navíos de Tracia. Atravesaron largas cuarenta leguas; entraron en el lugar sin hallar resistencia, porque nunca temieron á los catalanes, estando tan apartados de sus presidios para vivir con cuidado. Ganado el lugar, acometieron los navíos y galeras del puerto, que afirma Montaner que fueron ciento cincuenta bajeles, y todo se les hizo llano en el mar como en la tierra. Recogieron riquísima presa, y cobraron sus cuatro galeras, que los griegos tomaron en Constantinopla cuando mataron á Fernando Aones, su almirante. Fué notable el espectáculo de aquel dia, porque, turbado el órden de la misma naturaleza, anegaron la tierra, rompiendo algunos diques que detenian el agua de las acequias, y en el mar pegaron fuego á los navíos, sirviendo los elementos de ministros de su venganza, y saliendo de sus límites y jurisdiccion para ruina de sus contrarios; parecia que volvian á su primer confusion, segun andaba todo trocado.

Murieron muchos quemados en el agua, otros ahogados en la tierra; solo reservaron del incendio sus cuatro galeras, que estando cargadas de despojos y reforzadas de gente, se enviaron á Galípoli. Pasaron por el canal de Constantinopla con mayor espanto de los enemigos que peligro suyo, porque no hubo quien se les opusiese. Rocafort y Fernan tomaron el camino de sus presidios muy poco á poco, corriendo por entrambos lados la tierra para buscar el sustento forzoso y quitársele á su enemigo, que desamparando los lugares, se retiraba á lo mas áspero de sus montañas. Andrónico, sabida la pérdida, no le parecieron bastantes sus fuerzas para podella restaurar, saliendo á cortalles

el camino; antes desesperado, entregó sus provincias al rigór de las armas enemigas, desconfiando nó tanto del valor como de la fé de los suyos; daño que padecen todos los príncipes que por su crueldad y tiranía hacen á los mas fieles desleales.

En el imperio griego se introdujeron los príncipes mas por aclamacion del ejército que por derecho de sucesion; y como temian perder el lugar por las mismas artes que le ocuparon, andaban con perpetuos recelos y temores, así de los súbditos que se aventajaban á los demás en valor y consejo, de los ricos, de los honrados, de los bienquistos, como de los atrevidos y sediciosos, igualmente afligidos de las virtudes de los unos y de los vicios de los otros. Desto nacieron las crueldades entre los desta nacion de quitar la vista, las orejas y las narices; proscripciones, destierros, muertes por vanas sospechas imaginadas ó fingidas para quitarse el miedo de la emulacion, y las mas veces fueron oprimidos de lo que nunca temieron. Andrónico, tenido por príncipe de singular prudencia, á lo último de sus años su nieto Andrónico le quitó el imperio, prevenidos sus consejos por el atrevimiento de un mozo; este fin tienen siempre los reinados é imperios que con razones políticas solamente se quieren conservar y emprender.

CAPÍTULO XLIII.

Los catalanes y aragoneses, por dar cumplimiento á su venganza, á las faldas del monte Hemo, vencen á los masagetas.

No estaban los catalanes y aragoneses á su parecer enteramente satisfechos si los masagetas con su general Gregorio, principal ministro de la muerte del césar Roger y de los que con él iban, se retiraban á su patria sin llevar justa recompensa del agravio que dellos recibieron. Y como por los avisos que tuvieron se supo que los masagetas, con licencia de Andrónico, se volvian á su patria cansados de los trabajos y fatigas de la guerra, prefiriendo la servidumbre y sujecion de los scitas, sus an-

tiguos señores, á la libertad que gozaban entre los griegos (tanto puede el amor de la patria, que hace parecer dulce la sujecion y libertad, fuera della insufrible); pareciales á los nuestros lance forzoso, puesto que les habian de buscar, salir luego en su alcance antes que pasasen el monte Hemo, que divide el imperio de los griegos del reino de Bulgaria; porque fuera mal advertida resolucion si dentro de Bulgaria les siguieran, así por ser la retirada difícil, por la angostura de los pasos, entradas y salidas del monte, como por ser la gente de Bulgaria belicosa, y entonces amiga de Andrónico. Juntos los capitanes en Paccia, resolvieron que para esta faccion se debia hacer el mayor esfuerzo; y así, para poder sacar mas gente, desampararon á Paccia, Módico y Rodesto; solo quedó Galípoli, donde se retiraron todas las mujeres, debajo del gobierno de Ramon Montaner, con doscientos infantes y veinte caballos. Replicó Montaner diciendo que no le estaba bien á su reputacion faltar en la jornada que todos se aventuraban; pero los ruegos del ejército le obligaron á quedarse, y la confianza que de su persona hicieron encargándole la defensa de sus mujeres, hijos y haciendas. Ofreciéronle del quinto de la presa un tercio, y otro para sus soldados; y con ser la ganancia cierta y sin peligro, muchos de los soldados la estimaron en poco, y quisieron mas seguir el ejército, saliendo de noche á juntarse con Rocafort; á otros Ramon Montaner dió licencia, viéndoles resueltos de partirse sin ella, y movido de algun interés, porque le ofrecieron partir con él la parte de la presa que les cupiese. Con esto los doscientos infantes quedaron en ciento treinta y cuatro, y los veinte caballos en siete. Las mujeres eran mas de dos mil; y así, dice el mismo Montaner: *Romangui mal acompanyant de homens, y ben acompanyant de fembres*. Enviáronse con buenas escoltas á Galípoli todas las que estaban en los presidios, y luego nuestros capitanes partieron de Paccia á grandes jornadas la vuelta de los masagetas, que, avisados del intento de los catalanes, apresuraron su partida; pero su diligencia no pudo ser mayor que su desdicha;

porque sus enemigos, despues de doce dias de camino, les alcanzaron antes de pasar el Hemo. Los reconocedores del campo de los catalanes una tarde descubrieron el de los masagetas, y por los de la tierra se supo que eran tres mil caballos y seis mil infantes, y el bagaje infinito, por llevar sus familias y haciendas. Rocafort y Fernan Jimenez fuéronse mejorando con su gente por asegurarse de que los masagetas no se les fuesen por piés, y descansaron el dia siguiente dentro de sus alojamientos. Al amanecer del otro, alentada su gente con el reposo, presentaron la batalla al enemigo. Los masagetas, gente la mas valiente de todas las naciones de Levante, admirados mas que atemorizados del caso, tomaron las armas y salieron á recibir sus enemigos en la defensa de sus hijos y mujeres. Gregorio, general, principal ministro de la muerte del césar Roger, con mil caballos dió principio al terrible y espantoso combate, oponiéndose á nuestra caballería, que iba á meterse entre los reparos que tenian hechos con los carros. Trabóse sangrienta batalla, porque fueron las demás tropas de una y otra parte cerrando con la infantería. Viéronse notables hechos en armas, porque iguales en valor, aunque desiguales en número, combatian. El teatro desta tragedia era un llano que por espacio de dos leguas se estendia á las faldas del Hemo. La caballería, destrozadas las armas, muertos los caballos, las espadas y mazas rotas, con las manos, con los cuerpos se sustentaba en la pelea. A unos daba ánimo el deseo de venganza insaciable, á otros la necesidad última de su propia defensa, y en todos gobernaba el caso, porque los masagetas estaban ya todos fuera de sus reparos peleando trabados y confusos con los nuestros. Hasta medio dia anduvo la vitoria dudosa y varia; pero muerto Gregorio cabe sus banderas con los mas valientes capitanes, se inclinó á nuestra parte. Quisieron los vencidos rehacerse dentro de los reparos, pero no fué posible, porque los vencedores entraron juntamente con ellos, dándoles la muerte entre los brazos de sus mujeres; á quien muchas veces alcanzaba la espada, porque sin escepcion de sexo ni edad salian á

la defensa de sus hijos y maridos, ofreciendo sus cuerpos al rigor de la muerte. Acrecentó la vitoria el detenerse los masagetas en poner en los caballos á sus mujeres y hijos para huir; porque si de solo sus personas cuidaran, pocos se dejaran de librar huyendo; pero el amor natural, poderoso aun entre los bárbaros á despreciar la muerte, les detuvo para mayor daño suyo. Esparcidos por la llanura, caminaban al guarecerse de la montaña, mas los caballos, cansados, poco ayudados de las mujeres, mas llenos de temor é impedidos de los niños que en los pechos y en los brazos sustentaban, no pudieron salvarse. En este alcance perecieron casi todos, porque desesperados revolvian sobre los nuestros, á cuyas manos hechos pedazos, rendian la vida por dar lugar á que sus mujeres se alargasen. No escaparon de nueve mil hombres que tomaban armas, trescientos vivos, y en esto concuerdan Nicéforo y Montaner. Sucedió en este alcance un caso tan estraño como lastimoso. Viendo la batalla perdida y que las armas catalanas lo ocupaban todo, un masageta, mozo valiente y bravo, quiso acudir al remedio de la huida, mas por librar á su mujer hermosa y de pocos años que por temor de perder la vida. Con la priesa que el peligro pedia sacó su mujer de los reparos y tiendas, donde todo andaba ya revuelto con la sangre y con la muerte, y puesta sobre un caballo, el primero que el caso le ofreció, y él en otro, tomaron el camino del monte. Tres soldados nuestros, movidos de su codicia ó quizá de la hermosura y bizarría de la mujer, la fueron siguiendo. Reconoció el marido sus enemigos y el cuidado con que le venian siguiendo. Echó el caballo de su mujer delante, y con el alfanje le iba dando, y animaba con voces; pero el caballo se rindió al calor y al cansancio.

Con esto el masageta tuvo por menor mal dejar la mujer que morir él, y dando riendas y espuelas á su caballo, pasó adelante; pero las lágrimas y quejas tan justamente vertidas de su mujer le detuvieron. Revolvió su caballo, y emparejando con ella, le echó los brazos, y con besos y lágrimas se despidió y apartó en-

ternecido, y levantando luego el alfanje le cortó de una cuchillada la cabeza. Bárbara y fiera crueldad y estraña confusion de accidentes, que puedan en un mismo tiempo andar juntos los abrazos con el cuchillo, y los besos con la muerte; efectos todos de la pasion de un amante. Amor tierno dió los abrazos y besos; celos insufribles el cuchillo y la muerte, porque sus enemigos no gozasen lo que él perdia, y vencieron los celos: dos efetos igualmente poderosos en el ánimo del hombre, amor y deseo de vivir. Al mismo tiempo que cayó la mujer muerta del caballo, le cogió por la rienda Guillen Bellver, uno de los tres que la seguian; pero el masageta, bañado de sangre propria vertida por sus manos, con increible furia y braveza, de una cuchillada quitó el brazo y la vida á Guillen, y revolviendo sobre Arnau Miró y Berenguer Ventallola, dando y recibiendo heridas, cabe el cuerpo difunto de la mujer cayó muerto; y no parece que cumpliera con las leyes de amante si, como sacrificó la vida de su mujer á sus celos, no sacrificara la suya á su amor. De cualquier manera fué el caso indigno de hombre racional, cuando no cristiano. De Radamisto, hijo de Tarasmanes, rey de Iberia, nos cuenta Tácito un suceso semejante, cuando huyendo con su mujer Cenobia en sendos caballos, junto al rio Araxes, viéndola rendida por estar preñada, y temiendo que no llegase á manos de su enemigo ofendido prenda en quien pudiese con grande mengua y afrenta suya vengarse, le dió cinco heridas y la echó en el rio; pero Cenobia tuvo diferente fin que la mujer del masageta, porque unos villanos la sacaron del rio, la curaron y entregaron al rey Tiridates, enemigo de Radamisto.

Los nuestros despues de la vitoria recogieron la presa y los cautivos, y dieron la vuelta á sus presidios con grande alegría y regocijo de haber dado fin á su venganza con tanto cumplimiento. El camino que llevaron fué con fatiga y peligro, por ser largo, y la tierra enemiga, puesta en armas, retirados en lugares fuertes los frutos recien cogidos de las campiñas; con que la comida las mas veces se compraba con sangre y vidas.

Hay entre Nicéforo y Montaner alguna diversidad en la relacion desta jornada. Nicéforo dice que los catalanes la emprendieron á persuasion de los turcoples, porque en el tiempo que juntos militaban debajo de las banderas del imperio, los masagetas, como mas poderosos en la reputacion, de las presas siempre les trataron con desigualdad, y les hicieron agravio, de que quisieron los turcoples por este camino tomar satisfacion. Montaner solo dice que fue pensamiento de los catalanes, y déjase bien creer, porque en materia de venganza no habia para qué solicitalles. Lo que yo tengo por cierto es que los turcoples fueron los que les avisaron de la partida de los masagetas, y que algunos siguieron á los catalanes, pero no toda la nacion junta, ni Meleco su capitan; porque despues desta vitoria dejaron al emperador Andrónico, y vinieron á servir á los catalanes, como en su lugar se dirá.

CAPÍTULO XLIV.

Acometen los genoveses á Galipoli, y retíranse con pérdida de su general.

En el mismo tiempo que Rocafort y Fernan Jimenez alcanzaron vitoria de los masagetas, Ramon Montaner, capitan de Galípoli, la alcanzó de genoveses. Fué el suceso notable, y en que claramente se muestra cuán varios son los accidentes de una guerra, pues algunas veces las vitorias y pérdidas nacen de causas ni previstas ni esperadas. Antonio Spinola con diez y ocho galeras genovesas llegó á Constantinopla para traer al marquesado de Monferrato á Demetrio, tercer hijo de Andrónico y de la emperatriz Irene, y platicando con el Emperador del estado de las cosas de los catalanes, el Spínola, con mas temeridad que cordura, ofreció de tomar á Galípoli y echar los catalanes de Tracia, si le daba palabra de casar á Demetrio, su hijo tercero, con la hija de Apicin Spínola; premio debido á tan señalado servicio. Andrónico aceptó el partido y empeñó su pa-

labra que casaria á su hijo. Con esto el genovés arrogante con dos galeras llegó á Galípoli debajo de seguro. Preguntó por el capitan, y llevado á donde estaba, con semblante soberbio y descortés le dijo: «Yo soy Antonio Spínola, general de la república: vengo á ordenaros que sin réplica y dilacion dejeis libres estas provincias y os retireis á vuestra patria; porque de otra manera os echaremos con las armas, y estareis sujetos á su rigor.» Ramon Montaner, reconociéndose sin fuerzas, como cuerdo y buen soldado respondió reportado con mucha blandura y cortesía, que el salírse de Galípoli y de Tracia no era cosa que tan arrebatadamente se podia hacer como él queria, y que amenazalles con sus armas era cosa muy fuera de toda razon, y de las paces que tenian sus reyes y su república; que él estaba puesto en guardalla mientras ellos la guardasen. Replicó Antonio, y segunda y tercera vez desafió á todos los catalanes con palabras llenas de mil ultrajes, y quiso que constase su desafío por fé pública de escribano. Montaner, irritado de tanta insolencia, perdió el sufrimiento y respondió con valor, que la guerra que les denunciaba de parte de su república era injusta, y que así, protestaba delante de Dios y por la fé comun que profesaban, que todos los daños, derramamiento de sangre, robos, incendios y muertes serian por su causa, porque ellos forzosamente se habian de oponer á tan injusta ofensa; que la república de Génova no tenia jurisdiccion para requerille saliesen de Tracia, no siendo aquella tierra sujeta á su señorío; que si su derecho solo le fundaban en su poder, viniesen á echarles; que el suceso mostraria la diferencia que hay del decir al hacer; que Andrónico era cismático, fementido, y que sus armas se habian de emplear en su ruina á pesar de genoveses. Luego con esta respuesta Antonio volvió á sus galeras, y con ellas á Constantinopla, y dió cuenta al Emperador de lo que habia pasado, y ofreció de dalle luego ganado á Galípoli, por la poca defensa que tenia. Andrónico, codicioso de ganar el presidio de sus mayores enemigos, dió al Spínola siete galeras con su capitan

Mandriol, genovés de nacion, para que juntas con las diez y siete, facilitasen mas la empresa. Antonio embarcó á Demetrio, y con veinte y cinco galeras llegó al dia siguiente á las dos, despues de medio dia, á los Palomares, cerca de Galípoli, y comenzó á desembarcar la gente.

Montaner con los pocos caballos que tenia, arriscado y valiente, á la lengua del agua impedia la desembarcacion. Pero diez galeras, apartándose de las demás, libremente pusieron en tierra la gente que traian. Hirieron á Montaner y le mataron el caballo; y creido los genoveses que su dueño lo quedaba, dijeron á voces: «Muerto es el capitan, y Galípoli nuestro;» pero socorrido de un criado, escapó de sus manos con cinco heridas. Retiróse dentro de Galípoli bañado en sangre propia y ajena, y causó alguna turbacion, creyendo que las heridas de su capitan eran mortales. Reconocidas luego, fué de tan poco cuidado, que ni el pelear, ni el gobernar le impidieron. Guarneciéronse las murallas de Galípoli con dos mil mujeres, siendo cabo de cada diez un mercader catalan, y con chuzos, espadas y piedras se pusieron á la defensa de su libertad, sucediendo no solo en el cargo, pero en el valor de sus maridos. Dueños ya los genoveses de la campaña, ordenadas sus haces, llegaron á Galípoli, y arrimaron sus escalas, tirando innumerables dardos; apretaron gallardamente el asalto, y mas cuando vieron las murallas solo defendidas de mujeres. La resistencia mostró luego que solo en el nombre lo parecian, y en el esfuerzo y constancia varones invencibles. Rebatidos, con muchas muertes y heridas, de las murallas, creyeron de la flaqueza natural del sexo, si porfiadamente se combatia, se rendiria. Volvieron segunda vez al asalto, pero con mayor daño se retiraron. Miraba Antonio Spínola de su capitana el combate; y viendo su gente rendida, desesperado de poder hacer algun efeto con sola la que tenia en tierra, acudió con su persona y con cuatrocientos caballos á dar calor al asalto. Llegó á las murallas, conociendo el daño de cerca, y tanta gente muerta. Quisiera no haberse empeñado; animó á los suyos, y

acometieron con valor. Renovóse el combate, y en las mujeres creció el ánimo con el peligro llenas de sangre y heridas, tan asistentes en sus postas, que alguna de ellas con cinco heridas en el rostro no quiso dejar la suya, juzgando que tan honrado puesto como ocupar el que el marido debiera tener, no se habia de perder sino con la vida. Los genoveses, afrentados de verse tan gallardamente rebatidos de mujeres, obstinadamente peleaban; en caer uno muerto de las escalas, habia otro que se ofrecia al mismo peligro. Ramon Montaner, visto el daño que habian recibido los genoveses, y que ya no tenian dardos que tirar, sus escuadrones deshechos, la mayor parte heridos, los demás cansados y rendidos al rigor del combate y del tiempo, por ser el mes de julio, poco despues del mediodia, con cien hombres y seis caballos, sin armas defensivas, por ir mas sueltos, salió á pelear. Abierta una puerta de Galípoli, se arrojó con seis caballos sobre el enemigo, desalentado de la fatiga del calor y de las armas, siguiéronle los cien hombres, y con poca resistencia todo lo vencieron y degollaron. Tomaron los vencidos la vuelta de sus galeras; apretados siempre de sus enemigos, perecieron casi todos en el alcance. Las galeras tenian las escalas en tierra, y hubo algun catalan que siguiendo á su enemigo, llegó á darle muerte dentro de la galera; y si Montaner aquel dia tuviera mas gente de refresco, pudiera ser que muchas de las galeras genovesas quedaran en su poder. Demetrio, hijo del Emperador, y los demás capitanes que quedaban vivos se alargaron de tierra, teniendo el atrevimiento y osadía del vencedor. Los cuatrocientos caballos murieron todos, y su capitan Antonio en el mismo lugar donde de parte de su república retó á todo nuestro ejército y le denunció la guerra: fin justamente merecido de un hombre tan arrogante, y que tan fuera de toda razon rompió una guerra; y su pérdida fué aviso para los que ofrecen á los príncipes empresas sujetas á la incertidumbre de la guerra por muy fáciles y seguras. Encendida una guerra y empuñada una espada, lo muy cierto está dudoso, cuanto mas lo que está en

duda. Antonio Rocanegra, capitan genovés, hallando cortado el paso para sus galeras, con hasta cuarenta soldados se puso en defensa en lo alto de un collado. Llegó este aviso á Montaner despues que los pocos genoveses que quedaron se habian con tanta infamia y daño retirado á sus galeras y alargado con ellas; revolvió con la gente que tenia hácia donde el genovés estaba con los suyos; peleó con ellos, y parte rendidos, parte muertos, quedó solo Antonio Rocanegra con un montante, haciendo bravas y estremadas pruebas de su valentía. Aficionado y obligado Montaner, aunque enemigo, de tanto valor, detuvo los soldados que le tiraban y procuraban matar, y con mucha cortesía le pidió que se diese á prision. Pero el genovés temerario, resuelto de morir antes que rendir las armas, menospreció los ruegos y cortesía de Montaner, con que provocó la ira á los vencedores, que cerrando con él, le hicieron pedazos; con que los catalanes quedaron señores del campo y de la vitoria. Las diez y siete galeras de genoveses no osaron volver á Constantinopla. aunque la necesidad y falta de gente les pudiera obligar; pero temiendo la indignacion de Andrónico y la insolencia de los griegos, desembocaron el Estrecho y fueron la vuelta de Italia, llevando en ellas á Demetrio. Las otras siete galeras gobernadas por Mandriol, vueltas á Constantinopla, avisaron á Andrónico del suceso.

Llegó la voz del peligro en que estaba Galípoli á nuestro ejército que se venia retirando á sus presidios, despues de la vitoria que se alcanzó contra los masagetas; y temiendo perdelle antes de poder ser socorrido, apresuró el camino, y llegó dos dias despues que los genoveses se embarcaron vencidos. Fué el sentimiento universal en todos por no haber llegado á tiempo á castigar en los genoveses tanta deslealtad como romper las paces con ellos estando ausentes, y acometer su presidio defendido de mujeres. Acrecentaba mas este sentimiento el verlas heridas y maltratadas; pero el gusto de la vitoria le quitó luego, y juntos celebraron el contento y regocijo de entrambas vitorias.

CAPÍTULO XLV.

Los turcos y turcoples vienen al servicio de los catalanes.

En tanto que las armas catalanas y griegas se ocupaban en su misma ruina, los turcos, libres del miedo que el ejército de entrambas les pudiera dar si concordes y unidos prosiguieran la guerra, volvieron á seguir el curso de sus vitorias y ocupar las provincias del Asia, no temiendo ejército que se les opusiese á la corriente de su próspera fortuna. Porque, segun cuenta Pachimerio, el año veinte y cuatro del reino de Andrónico, que fué el de Cristo 1306, los griegos desampararon de todo punto el Asia, y esto fué tres años despues que los nuestros salieron della; de donde se colige manifiestamente el daño que resultó de la division y discordia de los catalanes y griegos, pues con ella se perdió la ocasion de oprimir aquella soberbia nacion en sus principios, que en este tiempo se pudiera haber hecho con poca dificultad.

Los turcos, absolutos señores de la Asia, deseaban poner el pié en Europa y dilatar sus vencedoras armas en Poniente. Detuvo algunos años el cumplimiento de su deseo la falta de navíos con que pasar los que estaban de la otra parte del Estrecho de Galípoli. Valiéndose de la ocasion presente de ver á los capitanes enemigos de los griegos, enviaron á Galípoli sus mensajeros á tentar el ánimo de los nuestros, y si admitirian algun trato queriendo venilles á servir. Mostraron que no les desplacia. Los catalanes con esto enviaron á los mensajeros una fragata armada, y con ella vino Ximelix, su capitan, con diez compañeros, á concluir el trato. Ofreció de parte de los suyos venir con ochocientos caballos y dos mil infantes, y prestar juramento de fidelidad al general de los catalanes. Las condiciones fueron que se les señalase cuartel á parte donde pudiesen vivir juntos con sus familias; que de las presas se les diese la

mitad de lo que se daba al soldado catalan; que siempre que quisiesen volver á su tierra pudiesen, sin que les hiciese violencia para detenelles. Oido lo propuesto por el turco, de comun consentimiento les admitieron á su servicio, ofreciendo de cumplir con las condiciones con juramento. Con esta respuesta Ximelix volvió á pasar el Estrecho y á prevenir su gente en tanto que la armada llegaba, y poco despues, embarcados en los navíos y galeras que se pudieron juntar, llegaron á Galípoli dos mil infantes y ochocientos caballos turcos, con sus hijos y mujeres y haciendas. Este fué el hecho de los catalanes condenado de los antiguos y modernos escritores por muy feo: pasar en Europa á los bárbaros infieles enemigos del nombre cristiano, manchando la gloria de aquella expedicion con tan impío y detestable consejo, como lo fué abrir el camino de Europa á tan gallarda y poderosa nacion. Injusto cargo fué sin duda el que estos escritores ponen á los catalanes, dejándose llevar de la pasion ó del descuido de no advertillo: yerro en un escritor grave.

Impío consejo fuera el de los catalanes, y pernicioso para su libertad, si los turcos que admitieron en su favor fueran superiores en fuerzas, porque entonces libremente pudieran introducir su seta y hacer daño á nuestra fé, y juntamente oprimir la libertad de quien los llamó. Los socorros y ayudas no han de ser mayores que las proprias fuerzas, porque no suceda lo que á un Scipion en España, cuando treinta mil celtiberos con perfidia notable le desampararon, y él, como inferior, no los pudo detener; de donde Livio sacó un importante documento. Los turcos no llegaban á tres mil, en número, en armas, en valor inferiores á los catalanes; de manera que no se pudiera presumir que los turcos hicieran mas de lo que ordenaban los catalanes, y siendo ellos cristianos, cierto es que su fé no pudiera peligrar que aquellos bárbaros viéndose tan inferiores la ofendieran. En las comunidades del reino de Valencia, en tiempo de nuestros abuelos, los que mas fielmente sirvieron

fueron los moros, y el servirse dellos contra cristianos se tuvo por lícito y necesario.

No de otra manera sirvieron los turcos á los catalanes en Grecia, además de que la propria defensa disculpa cualquier yerro que en esto se pudiera haber hecho. No se hallará república ni príncipe apretado de guerras estranjeras ó civiles, que haya dejado de llamar en su ayuda gentes de religion y costumbres diferentes, y muchas veces dieron entrada en sus reinos á los mas poderosos por librarse del presente daño, sin advertir que pudieran quedar por despojos, vencidos ó vencedores. El peligro vecino alguna vez se ataja con otro mayor, y puesto que de cualquiera manera se haya de perecer, bueno es dilatallo, y escoger el mas remoto y el que puede dejar de ser. Si los catalanes hicieran lo que hizo Stilicon y Narses, el uno llamando á los godos, el otro á los longobardos, para la ruina de Italia y del imperio, no pudieran ser mas ofendidos de las plumas y lenguas de la historia: unos les llaman impíos, sacrílegos; otros piratas, comun pestilencia de las gentes, hombres sin Dios, sin ley, sin razon; y todo nace porque en su favor llamaron á los turcos, que entendido esto por mayor, ofende algo las orejas cristianas; pero bien advertido y averiguado, no hay razon para culpalles levemente, cuanto mas para ofendelles con palabras tan descompuestas y llenas de injurias y afrentas. Mil leguas de su pátria, sus capitanes y embajadores muertos á traicion, ¿qué sufrimiento no irritára? ¿Qué medio, por violento que fuera, no intentára su afrenta? Cuando hubiera yerro, esto pudiera moderar el juicio del escritor. Hállase tambien alguna dificultad acerca del tiempo en que pasaron los turcos, porque Nicéforo dice que fueron llamados de los catalanes antes de la batalla de Agros, cuando se supo que Miguel venia sobre ellos, y que solos fueron quinientos los que pasaron. Esta narracion de Nicéforo la tengo por falsa, porque Montaner en el número y en el tiempo le contradice, y como testigo de vista se le debe dar mas crédito, aunque catalan y ofendido; porque en el discurso

de su historia refiere muchas cosas contra los de su nacion, y condena lo mal hecho con libertad y sin respeto, y no es de creer que quien dice la verdad en su daño, no la dijera en lo que tan poco importaba á su gloria, como venir los turcos cuatro años antes ó despues. Zurita, siguiendo la relacion de Berenguer de Entenza, difiere tambien de Nicéforo; porque dice que el mismo Berenguer de Entenza llamó á los turcos despues que supo la muerte de sus embajadores, y que pasaron á Galípoli mil quinientos caballos, y le prestaron juramento de fidelidad. Esto tambien lo tengo por falso, porque parece imposible que en quince dias que Berenguer se detuvo en Galípoli despues que se declaró por enemigo del Imperio, llamase á los turcos que estaban en Asia, y se concertase con ellos, y se juntasen mil y quinientos caballos, y se embarcasen y viniesen á prestarle juramento de fidelidad; que son cosas que aunque se hicieran con suma presteza, no pudieran concluirse en quince dias. La verdad del tiempo en que pasaron los turcos la refiere claramente Montaner, que fué cuatro años despues desta jornada, y para tener esto por cierto no se halla dificultad ni imposibilidad alguna, como las hay, y muy grandes, en lo que dicen Nicéforo y Zurita; y así, en materia de los hechos de los turcos solo seguiré á Montaner, porque le tengo por mas verdadero, y que intervino y asistió en todas estas jornadas.

En este mismo tiempo los turcoples que servian al Emperador, declarados por rebeldes, porque á imitacion de los catalanes quisieron que se les pagase el sueldo ó hacerse contribuir con las armas, no pudieron, por ser pocos, mantenerse de por sí, y enviaron á decir á los catalanes que si les admitirian en su compañía. Respondieron que viniesen seguros, que con ellos se usaria lo mismo que con los turcos, y con mayores ventajas, por ser cristianos. Vinieron hasta mil caballos buenos, y prestaron juramento de fidelidad debajo de los mismos conciertos que lo hicieron los turcos. Pusiéronse á órden de Juan Perez de Caldés. Quedó el Emperador Andrónico sin la milicia

estranjera, despues que los alanos y turcoples se apartaron de su servicio, tan falto de soldados, que libremente se podia acometer cualquier empresa, por grande que fuese, en las provincias de su imperio, sin tener quien se lo impidiese. Estas fuerzas que perdió el Emperador acrecentaron las de Rocafort, porque turcos y turcoples igualmente le respetaban y reconocian por suprema cabeza, y con esta seguridad de verse tan obedecido, y amado dellos, se desvaneció y se hizo odioso á muchos, por la insolencia y poder absoluto con que lo gobernaba y mandaba todo.

CAPITULO XLVI.

Sucesos de Berenguer de Entenza despues de su prision hasta su libertad, y su vuelta á Galípoli.

Con los nuevos socorros de turcoples y turcos, y de muchos otros españoles que andaban antes encubiertos en los lugares del imperio, como mercaderes ó debajo del nombre de otra nacion, se aumentaron los nuestros, porque acreditados con tantas vitorias, todos procuraban su amistad: movidos algunos con el deseo de venganza, los mas con su codicia, querian participar de las riquezas que la fama publicaba que habian adquirido en aquella guerra. En este mismo tiempo Berenguer de Entenza, despues de su larga y trabajosa prision, y haber peregrinado en vano por las córtes de algunos príncipes de Europa para dar calor á la empresa de los catalanes, llegó á Galípoli con una nave y con quinientos hombres, gente toda de estimacion. Turbó la paz y sosiego del ejército su venida, por las competencias del gobierno que entre Rocafort y él se levantaron; pero antes de escribir las causas y razones que los unos y los otros tuvieron de competir, será bien dar una larga relacion de lo que sucedió á Berenguer desde que le prendieron hasta su vuelta.

Despues que Ramon Montaner, por órden de los capitanes del ejército, intentó, sin podello concluir, el rescate de Berenguer

cuando las galeras de genoveses pasaron por el Estrecho de Galípoli á la vuelta de Trapisonda, se tuvo por cosa muy cierta que en llegando á Génova se pondria á Berenguer en libertad y se le daria satisfaccion, por ser vasallo y capitan de un rey amigo. No sucedió como pensaron; antes bien la República autorizó caso tan feo, ni castigando á su general, ni dando libertad y enmienda de lo perdido á Berenguer; porque siempre que el delito no se castiga, se prueba. Llegó á noticia de los catalanes de Tracia como Berenguer estaba detenido en Génova en cárceles indignas de su persona, sin tratar de dalle libertad, y determinaron de comun parecer, ya que por las armas no se podia intentar, suplicar al rey de Aragon don Jaime interpusiese su autoridad con los de aquella República. Para esto se nombraron tres embajadores, que fueron García de Bergua, Perez de Arbe, Pedro Roldan, entrambos del Consejo de los Doce. Llegaron á Cataluña, y dieron al Rey su embajada: propusieron el agravio grande que se les habia hecho en prender debajo de fé y palabra á Berenguer, su capitan, y continuar lo mal hecho alargando su libertad; que de parte de todos venian ellos á echarse á sus piés, esperando de su clemencia que, olvidados los disgustos pasados, daria el remedio que conviniese, y buen despacho á su peticion. Diéronle particular relacion de sus vitorías y del estado en que se hallaban sus cosas y las del imperio, cuyo señorío le ofrecieron si les ayudaba con calor, por estar sus provincias sin defensa, espuestas al rigor y armas del que primero las acometiese; y que tendrian por uno de sus mayores blasones poder, á costa de su trabajo y de su sangre, acrecentar su corona y hacer obedecer su nombre en lo mas remoto y apartado de Europa y Asia. Respondió el Rey que por dar gusto á tan buenos vasallos pondria su autoridad y las armas cuando importase, y mas por Berenguer de Entenza, uno de sus mayores vasallos. En lo de dalles socorro se escusó, por parecelle que al Rey don Fadrique de Sicilia, su hermano, le convenia mas el dársele; que él estaba lejos, y que difícilmente

se podrian dar las manos ni sustentar, cuando se ganasen las provincias de Grecia, con Cataluña; pero agradeció y estimó su voluntad. Hecha esta diligencia, los tres embajadores se fueron á Roma á representar al Papa la ocasion que tenia de reducir aquel imperio de Grecia á su obediencia si á los catalanes de Tracia se les daba alguna ayuda grande, como lo seria si á don Fadrique se le concediese la investidura para que con su persona pasase á la empresa, con un legado de la Santa Sede, y se publicase la cruzada en favor de los que irian ó ayudarian con limosnas. El Papa no recibió bien esta embajada ni le pareció ponella en trato, porque de suyo habia grandes dificultades, y la mayor era el temer que la casa de Aragon no se engrandeciese por este medio. El rey don Jaime, pára cumplimiento de su promesa, envió su embajada á la República de Génova, significando el sentimiento grande que habia tenido de la prision de Berenguer, uno de sus mayores y mas principales vasallos; y que esto habia sido contravenir á los tratados de paz si con sabiduría de la Señoría se hubiese ejecutado; que les pedia pusiesen en libertad á Berenguer, y le diesen satisfacion del daño que habia recibido, porque de otra manera no podia dejar de hacer alguna demostracion. La República determinó de venir en lo que el Rey mandaba, y respondió que habia sentido lo que Eduardo de Oria, su general, hizo con Berenguer de Entenza, y que fué motin de la gente vil de las galeras el que causó tan grande esceso; que no se pudo atajar por los capitanes y general hasta despues de ejecutado; que ellos pondrian desde luego á Berenguer en libertad; y nombraron once personas para que se juntasen con los diputados que el Rey enviaria en el lugar donde fuese servido, para tratar de la enmienda que se habia de dar á Berenguer por los daños que habia recibido en la pérdida de las galeras y en su prision. Con este buen despacho se despidieron los embajadores del Rey, y la República envió otros para que de su parte representasen lo mismo, y el vivo sentimiento que habian tenido todos los della de que

su general, auque sin culpa, hubiese ofendido sus vasallos; y que luego que se supo, mandaron que á Berenguer le llevasen á Sicilia, y le restituyesen lo que le habian tomado.

Suplicáronle despues que mandase á los catalanes que dejasen la compañía de los turcos, y se saliesen de aquellas provincias donde ellos tenian la mayor parte de su trato, y que le iban perdiendo por los daños y correrías que continuamente se hacian por ellas. El Rey ofreció que se lo enviaria á mandar si Berenguer quedaba satisfecho. Puesto Berenguer en libertad, el rey envió sus diputados á Mompeller, lugar que se señaló para tratar de la recompensa; y la república envió á Señorino Donzetli, Meliado Salvagio, Gabriel de Sauro, Rogerio de Savigniano, Antonio de Guillelmis, Manuel Cigala, Jacomo Bachonio, Rafo de Oria, Opisino Capsario, Puidero Gignolo y Jorge de Bonifacio, todos de su consejo. Estos fueron los que se juntaron con los diputados del Rey, y despues de muchas juntas y acuerdos que se propusieron, jamás por parte de la Señoría se vino bien á ellos, hallando en todos acasiones de dudar para concluir; y últimamente se deshizo la junta sin dar alguna satisfacion por parte de la Señoría; y con esto pareció que la respuesta tan cortés que dieron al Rey fué para que en este medio el Rey mandase á los catalanes que no innovasen por el camino de las armas cosa contra genoveses, pues amigablemente se ofrecieron á componello. Berenguer, desesperado de poder alcanzar la recompensa, se fué al Rey de Francia y al Papa á tentar segunda vez que diesen ayuda á los catalanes de Tracia, proponiendo lo mismo que los tres embajadores propusieron; pero ni el Rey ni el Papa quisieron dársele, y él se hubo de volver á Cataluña, donde vendió parte de su hacienda, y juntó quinientos hombres, todos gente conocida y plática; y embarcado en un grueso navío, dejó la quietud de su casa por acudir á los amigos que tenia en Galípoli.

CAPITULO XLVII.

Berenguer de Entenza y Berenguer de Rocafort dividen el ejército en bandos.

Berenguer de Entenza luego que llegó á Galípoli quiso ejercitar su cargo como solia antes de ser preso, y Berenguer de Rocafort dijo que ya las cosas estaban trocadas, y que no tenia que gobernar mas de los que traia; que los demás ya tenian general. Alteráronse los ánimos, pretendiendo todos que se les debia la suprema autoridad. Los amigos y allegados de cada cual dellos, con palabras descompuestas y llenas de arrogancia, amenazaban que con las armas se harian obedecer. Dividido el ejército con esta competencia, todo andaba desordenado y cerca de llegar á grande rompimiento, movidos de algunos chismes que se andaban refiriendo. Estuvieron cerca de venir á las manos, porque no falta entre tantos quien gusta de revolver, por hacer daño al enemigo ó acreditarse con el amigo. Esforzaban entrambas las partes su pretension con razones muy bien fundadas. Por la de Berenguer se decia que antes de su prision era general, y habia sido el primero que acometió felizmente las provincias del Imperio, y que por la alevosía de los genoveses se habia perdido, no por haber faltado á lo que debia. Despues de una larga prision, padecida por ser su general, no habia de ser ocasion de quitalle el cargo, antes bien de honralle con él cuando no le hubiera tenido; que por desdichado no habia de perder lo que ganó por su valor; que en viéndose libre vendió parte de su hacienda para dalles socorro; y á esto se añadia lo que á Rocafort le ofendia mas, la diferencia tan desigual de la calidad, trato y condicion: Berenguer, rico hombre, Rocafort, caballero particular; el uno cortés, liberal, apacible; el otro áspero, codicioso, insolente.

Por la parte de Rocafort esforzaban sus amigos su pretension con razones de gran consideracion. Fundaban su derecho di-

ciendo que Rocafort habia gobernado el campo como supremo capitan seis años; que cuando tomó á su cargo el gobierno estaban nuestras partes de todo punto perdidas, y con su industria y valor lo habia restaurado, y que su nacion en su tiempo se habia hecho la mas poderosa y estímada de todo el oriente; que seria cosa muy injusta quitarle el gobierno al tiempo de la felicidad, habiéndole tenido en tiempos tan apretados; que muchas veces se deseó la muerte por menor mal del que se esperaba; que el fruto de los trabajos los habia de gozar quien los padeció, antes que los demás, por nobles y grandes que fuesen, y que seria un agravio muy notable si le quitaban el puesto en que habïa acrecentado su nombre con tan señaladas vithrias y librado su gente de una triste y miserable muerte, que siempre tuvieron por cierta. Mientras de una y otra parte se trataba del caso, vinieron casi á rompimiento, remitiendo su pretension á las armas; con que muchas veces dentro de las murallas de Gallípoli estuvieron para darse la batalla, porque como no habia quien pudiese decidir la causa por estar el ejército dividido, llevados todos de las obligaciones y aficion que cada cual tenia, no se podian gobernar ni limitar como convenia para el bien comun. Hubo algunos bien intencionados, que prefiriendo el bien público á sus particulares intereses, se mostraron neutrales y se pusieron de por medio para concertalles; cosa de mucho peligro cuando las partes están ya declaradas, porque siempre se juzgan por enemigos los que no son amigos, y vienen á ser aborrecidos de los unos y de los otros. El bando de Berenguer de Entenza, si con este medio no se llegara á impedir el venir á las armas, se hubiera sin duda perdido, porque al de Rocafort seguia la mayor parte de los almugavares y todos los turcos y turcoples, por haber jurado fidelidad en manos de Rocafort, á quien ciegamente obedecian. Berenguer tenia mucha menos gente que Rocafort, aunque era la mejor, porque siempre los menos suelen ser los mejores. Persuadieron á Rocafort los que trataban del concierto que remitiese su justicia y su derecho en

lo que determinasen los doce consejeros del ejército, poniéndole delante los inconvenientes grandes si el negocio llegaba á rompimiento; porque aunque se degollase todo el bando de Berenguer, no pudiera ser sin gran pérdida suya, y que despues quedaria sin fuerzas para resistir tantos enemigos como por todas partes le cercaban; que no eran tiempos aquellos que por intereses particulares fuese reputacion el venir á las armas, de donde se podria seguir el perdella toda la nacion; que ganaria mas gloria en ceder del derecho que pretendia que si venciera á Berenguer. Ultimamente, Rocafort vino bien en esto, por temer los daños que se podrian seguir, ó por parecelle que los doce consejeros estarian mas de su parte que de la de Berenguer, á quien fácilmente persuadieron lo mismo. Declararon los jueces que Berenguer, Rocafort y Fernan Jimenez gobernasen cada cual de por sí, y que los soldados tuviesen libertad de servir debajo del gobierno que mejor les pareciese, sin que para esto se les hiciese violencia por ninguna de las partes. Fué el medio mas acertado que en este caso se pudo tomar; porque declarar por capitan general el uno, era sujetar el otro á su émulo y competidor, y primero escogiera la muerte cualquier de ellos que esta sujecion; además de que los doce no tenian autoridad para mandar que se obedeciese á quien ellos eligieran, porque no eran mas que medianeros para concertar las partes. Quedaron por entonces en lo esterior algo sosegados, pero los ánimos secretamente muy alterados y sospechosos, deseando ocasion de vengarse del agravio que cada cual imaginaba que se le hacia; que todo lo que no es alcanzar uno su pretension como la desea, lo juzga por agravio. Las mas veces se imposibilitan las empresas por las competencias de los que mandan, cuando no los gobierna algun príncipe grande y poderoso que puede reprimir las insolencias de los atrevidos y ambiciosos; y por mucha moderacion que haya en los principios de una empresa, despues de los malos ó buenos sucesos siempre se siguen ruines interpretaciones, de que toman mayor osadía los inquietos, y muchos bue-

nos se ven obligados á defenders, porque con esto se levantan tantas máquinas de recelos, envidias y aborrecimientos, que parece imposible librarse; y así, se ha de tener por cosa muy notable que durase ocho años esta empresa de los catalanes y aragoneses libre deste daño. La empresa que Godofré hizo á la Tierra Santa, con ser la mas ilustre de todas las que refieren las historias, en sus principios padeció este daño, por las competencias entre Tancredo y Baldovino, entre Boemundo y el conde de Tolosa; porque siempre en algunos pudo mas la ambicion que la piedad, principal motivo de aquella empresa. Fernan Jimenez de Arenós, aunque por el concierto pudiera dividirse y gobernar por sí, no quiso apartarse de Berenguer de Entenza, porque le pareció que no perdia reputacion en obedecer á un hombre igual en sangre y mayor de años, y tambien por ser muy pocos los que le seguian, y temerse de Rocafort; y así, Berenguer y Fernan unieron sus fuerzas por ser mas respetados y temidos.

CAPITULO XLVIII.

Rocafort pone sitio á Nona, Berenguer á Megarix, y Ticin Jaqueria, genovés, con ayuda de gente catalana toma el castillo y lugar de Fruilla.

Aunque por los conciertos hechos pareció que todo quedaba en paz, no se aseguraron los unos de los otros, ni dejaron de vivir llenos de recelos, acrecentando de cada dia mas el aborrecimiento, y cerrada de todo punto la puerta á tratos de concordia; porque como todos se hubieron de declarar, dejó de haber neutrales y medianeros para averiguar algunas cosas que siempre ocurrian de jurisdicion; el peligo les hizo apartar, ya que otra razon no pudo. Berenguer fué á poner sitio sobre Megarix, y Rocafort, en su emulacion, fué á ponelle á Nona, sesenta millas de Galípoli y treinta de Megarix; y aun se tuvo por corta la distancia, segun estaban los ánimos alterados, y particularmente los del bando de Rocafort, que, como superiores,

les parecia mengua que los otros se atreviesen á competir. Los turcos y turcoples y los almugavares siguieron á Rocafort, y algunos caballeros; con Berenguer se fueron los aragoneses y toda la gente noble que servia en la mar. Montaner, por su oficio de maestre racional, no tuvo por qué declararse, por haberse de quedar en Galípoli; y así, quedó solo por confidente de entrambos.

En este mismo tiempo, Ticin Jaquería, genovés, gobernador del castillo y lugar de Fruilla, vino al servicio de los catalanes con un bajel de ochenta remos. La causa de su venida fué deseo de satisfacer un agravio con ayuda de los catalanes; porque muerto un tio suyo, que se llamaba Benito Jaqueria, en cuyo nombre habia gobernado el castillo cinco años con cuidado y fidelidad, segun él decia, habíale heredado un otro tio suyo, que luego vino á Fruilla, y sobre la averiguacion de ciertas cuentas tuvieron algunos disgustos; y vuelto á Génova el tio, tuvo aviso Ticin que enviaba cuatro galeras para prendelle. Sintió el agravio el genovés, y quiso luego vengarse; pero no pudo hacerse dueño del castillo, porque no tenia fuerzas para sustentarse solo de por sí, ni bastante gente de confianza para echar los amigos de su tio; y así, con esperanza de que hallaria en los catalanes lo que deseaba, vino á Galípoli. No halló á los generales, y dió razon á Montaner de la ocasion que le traia. Ofreció servir con fidelidad; y asi, le asentó Montaner en los libros á él y á diez caballos armados, para que todos ganasen sueldo en su provecho. Esto se acostumbraba de hacer con algunos caballeros y gente principal, asentalles el sueldo por mas gente de la que traian, para hacelles esa comodidad. Pidió luego Ticin á Montaner que le diese gente, que él ofrecia de poner en sus manos el castillo y el lugar, de donde le podria resultar grande provecho. Montaner no trató de la justicia y razon del hecho, sino solo de favorecer á quien pedia su ayuda y se ponia debajo de su amparo. Diéronle luego armas, caballos y las demás cosas para poner en órden los suyos, que llegaban hasta cincuenta;

dióle gente de socorro, porque Montaner, como enemigo mortal de genoveses, no quiso perder la ocasion de hacelles algun daño. A Juan Montaner, su primo, y á cuatro consejeros catalanes se encomendó el socorro, con órden que no se hiciese cosa sin tomar parecer de Ticin Jaqueria. Partieron de Galípoli al otro dia del domingo de Ramos con una galera bien armada y cuatro bajeles menores. Navegaron la vuelta del castillo de Fruilla, donde se llegó víspera de Pascua ya noche. El mozo Jaqueria, sentido del agravio, ejecutó su determinacion. Desembarcó su gente con el silencio de la noche, y arrimaron sus escalas. Subieron por ellas treinta genoveses de los de Jaqueria y cincuenta catalanes. Vino luego el dia, con que fueron descubiertos y se les defendió la entrada; pero peleando valientemente, ganaron una puerta por la parte de adentro, y abierta, dieron libre entrada á los demás que quedaban fuera. Hízose grande resistencia al principio por los que defendian el castillo, que pasaban de quinientos hombres, no tan bien armados como los nuestros ni tan resueltos. Murieron hasta ciento y cincuenta de los enemigos. Hubo algunos cautivos, pero la mayor parte escapó con la huida. El castillo ganado, la villa, que era de griegos, sin defensa alguna, se acometió luego, antes que los naturales pudiesen ponerse en resistencia ni esconder su hacienda.

Fué la presa riquísima, porque, á mas del oro y plata y vestidos de precio que se ganaron, se tomaron tres reliquias grandes que estaban en el castillo empeñadas por los turcos al genovés Benito Jaqueria. Teníase por tradicion que San Juan Evangelista las habia dejado en el sepulcro, de quien arriba hicimos mencion. Las reliquias fueron un pedazo del leño de la Cruz, de la parte donde Cristo reclinó su cabeza. Así lo refiere Montaner, y este San Juan le trujo siempre pendiente del cuello el tiempo que vivió entre los mortales. Estaba entonces con un engaste de oro, con joyas de mucho precio; una alba, con que el santo decia misa, labrada por las manos de la Vírgen, y el Apocalípsis escrito por el mismo santo, con unas cubiertas

de admirable arte y riqueza. Pareció á Juan Montaner y á Ticin Jaqueria que Fruilla estaba lejos de los presidios para podella sustentar; y así, la desmantelaron, satisfecho el genovés de su tio, y todos los demás del oro que se ganó; con que volvieron á Galípoli, y dieron á Ramon Montaner y á los demás la parte que les cupo, y de las reliquias le cupo por suerte el leño de la Cruz, que sin duda hubiera llegado á estos reinos si en Negroponte, á vuelta de la demás hacienda, no le robaarn este gran tesoro. Animado con el suceso pasado Ticin Jaqueria, le pareció acometer alguna empresa, y ganar algun lugar dónde pudiese estar de asiento. Dióle tambien pará esto Montaner alguna gente, y con ella poco despues ganó un castillo en la isla de Tarso, y le mantuvo, no sin gran provecho de nuestra nacion, como adelante veremos.

CAPÍTULO XLIX.

El infante don Fernando, hijo del Rey de Mallorca, enviado del Rey don Fadrique, llega á Galipoli para gobernar el ejército en su nombre.

Divididos los capitanes en los sitios de Nona y Megarix, el infante don Fernando, hijo del Rey de Mallorca, con cuatro galeras llegó á Galípoli, por órden del Rey de Sicilia, don Fadrique; porque juzgó que importaba para el aumento de su casa enviar persona puesta por su mano, que gobernase el ejército de los catalanes de Tracia, pues ellos mismos le habian llamado y prestado juramento de fidelidad, no acordándose quizá de que esto habia sido cinco años antes, cuando la necesidad les obligó, y que entonces pudiera haber dificultad en admitirle. Tomó el Infante esta jornada á su cargo por servir al Rey solamente, y él se la encargó, con palabra de que no se casaria en Francia sin su consentimiento, y que gobernaría aquellos estados en su nombre. Tanta estimacion se hizo de aquellas armas cuando las vieron superiores á las del imperio, que no las quisieron apartar de su obediencia los reyes, aunque fuese para un infante de

su misma casa. Don Fadrique, príncipe de singular prudencia y maestro grande de la arte de reinar, no quiso empeñar su reputacion en nuestras armas, porque las tuvo por perdidas cuando le pidieron socorro, ni declararse por enemigo de Andrónico hasta que le vió sin fuerzas para defenderse; pero los accidentes fueron tan diferentes de lo que se presumia, que la resolucion del Rey, con tanta razon determinada, vino, como veremos, á no tener el efecto que tuviera si antes les socorriera.

La venida del Infante dió notable contento á los que entonces se hallaron en Galípoli, particularmente á Montaner, grande criado y apasionado de su casa. Admitiéronle como á lugarteniente del Rey sin dificultad ni réplica todos los que se hallaron presentes, que aunque fueron pocos, por ser los primeros se les agradeció de parte del Rey. Enviáronse luego correos á los tres capitanes principales, Entenza, Rocafort y Fernan Jimenez, haciéndoles saber la venida del Infante, y juntamente les remitieron las cartas del Rey que vinieron para ello, dándoles razon de como venia á gobernalles en su nombre. Dió Montaner para su servicio cincuenta caballos y mayor número de acémilas que hubo menester para su casa; y porque la posada de Montaner era de las mejores de Galípoli, se salió della y se la dió al Infante.

Berenguer de Entenza, estaba sobre el sitio de Megarix, treinta millas de Galípoli, donde recibió el aviso de la venida del Infante por los dos caballeros que Montaner envió para que se la diesen, juntamente con la carta del Rey. Partió luego con pocos y llegó á Galípoli el primero de los capitanes, dió la bienvenida al Infante y le juró por su general y suprema cabeza. Luego tras él vino Fernan Jimenez de Arenós de Módico, y siguió en todo á Berenguer. Mejoróseles el partido á estos dos ricoshombres, porque su bando, menos poderoso, siempre tenia al de Rocafort, y con la venida del Infante parece que todo se habia de sosegar, y las cosas, fuera de sus lugares por la violencia de uno, volverian al suyo, y serian todos estimados segun sus

merecimientos y calidades. Fué el contento universal en todos, así del bando de Berenguer como de Rocafort, á quien alteró mucho la venida tan fuera de tiempo del Infante, sin duda que desde luego le negara la obediencia, si no fuera porque conoció en los suyos el gusto que les habia dado esta nueva. Hallóse en notable confusion; era hombre sagaz y prevenido en todos sus consejos, pero no pudo prevenir con sus artes acostumbradas lo que nunca pudo temer. Despues de haber consultado con sus íntimos amigos el caso, pareció que convenia responder mostrando mucho gusto de la venida del Infante, único deseo de todos ellos, y que por estar el sitio tan adelante no se atrevia á dejarle para ir á darle obediencia; que le suplicase de parte de todos que viniese á Nona, donde le esperaba con mucho gusto. En esta sustancia se respondió al Infante, y él entre tanto, con los deudos y amigos confidentes, dispuso los ánimos á seguir su parecer y consejo. Llegó la respuesta de Rocafor á Galípoli, y el Infante no quiso determinarse sin el parecer de Berenguer de Entenza y de Fernan Jimenez, y de algunos otros capitanes bien afectos á su servicio y de gran conocimiento de las trazas y designios de Rocafort. A todos pareció peligrosa la detencion, y que debia el Infante partir luego, porque el ejército no se enfriase en el gusto que tenia de su venida, y Rocafort no tuviese tiempo de concluir ni mover nuevas pláticas en deservicio del Rey, y escluir del gobierno su persona. Con esta resolucion dispuso el Infante su partida; fué acompañado de la mayor parte de la gente de Berenguer de Entenza y de Fernan Jimenez; sus personas no pareció llevallas, porque no fuera acertado, antes de tener ganada la voluntad de Rocafort y los suyos, ponerle delante por primera entrada sus competidores en mejor lugar cabe el Infante; y así, difirieron la ida de esos dos ricos-hombres cuando el Infante hubiese jurado, porque entonces, estando con entera autoridad, se podrian hacer las amistades.

CAPITULO L.

El Infante es excluido del gobierno por las mañas de Rocafort.

Partióse el Infante de Galípoli con el mayor acompañamiento que pudo, llevando consigo de los capitanes conocidos solo á Montaner, y en tres dias de camino por la costa llegó al campo, donde fué recibido con universal regocijo, y Rocafort con grandes desmostraciones de contento, le festejó los dias que tardó á poner en plática las órdenes de su tio. Esperaba el Infante que Rocafort se comidiese sin volver segunda vez á requerille; pero como vió que alargaba el obedecer al Rey, y no se daba por entendido, le dijo que él queria dar luego las cartas del Rey que venian para el ejército, y decilles de palabra el intento de su venida, y que para esto mandase juntar el consejo general. Obedeció Rocafort con muestras de mucho gusto, y para el dia siguiente ofreció de tenelle junto; porque ya en los pocos dias que tardó el Infante previno á sus amigos que echasen voz por el campo que seria bien andar con mucho tiento en la resolucion que se debia tomar de admitir al Infante por el Rey, y que por lo menos no se determinasen luego. Hízose esto con mucha arte, porque siempre se temió que viendo el ejército al Infante, no aclamase luego al Rey y le admitiese. Pareció á todos el consejo avisado y cuerdo, porque el vulgo ignorante raras veces penetra segundas intenciones; y así, le siguieron. El dia siguiente la confusa multitud del consejo general, que constaba de todos los que ganaban sueldo, junta en el campo, esperó al Infante. Vino acompañado de los de su casa y de muchos capitanes; entregó las cartas á un secretario, y mandó que en público se leyesen. Leidas, les declaró brevemente como el Rey, movido de sus ruegos, habia admitido el juramento de fidelidad que sus embajadores le hicieron; y aunque para sus reinos no podia ser útil el encargarse de su defen-

sa, habia querido mostrar el amor que les tenia, posponiendo su conveniencia á la dellos; y así, le habia mandado que con su persona viniese á gobernalles en su nombre, y les ofreciese que siempre acudiria con mayores socorros. Respondiéronle, segun Racafort pretendió, que ellos tendrian su acuerdo sobre lo que se debia hacer, y que tomado le responderian. Con esto los dejó el Infante y se fué á su posada. Quedó Rocafort con ellos, y poco seguro de la determinacion que tanta gente junta pudiera tomar, y temiéndose de algunos caballeros, que aunque eran sus amigos, deseaban que el Infante quedase á gobernalles, les dijo que el caso de que se trataba no podia discurrirse bien entre tantos, porque la multitud siempre trae consigo confusion, la cual no da lugar á considerarse por menudo las dificultades que suelen ofrecerse en materia de tanto peso; que se escogiesen cincuenta personas, las de mayor crédito y confianza, para que estas fuesen platicando y discurriendo el negocio con las conveniencias y contrarios que en él habia; y tomada la resolucion que les pareciese, la refiriesen á los demás, para que juntos libremente la condenasen ó aprobasen; con que se escusarian los inconvenientes de haberlo de comunicar con tantos. Túvose por acertado el parecer de Rocafort; que cuando el vulgo se inclina á dar crédito á uno, en todo le sigue, sin hacer diferencia de los buenos ó malos consejos, porque mas se gobierna con la voluntad que con la razon. Luego nombraron cincuenta personas para que juntamente con Rocafort lo tratasen, no advirtiendo con cuánta mayor facilidad se pueden cohechar los pocos que los muchos. Con esto tuvo hecho su negocio, porque los cincuenta fueron casi todos puestos por su mano, y á los pocos de quien no podia fiar igualmente que de los demás, fué fácil el persuadirles, á mas de no faltarles razones, y de mucho fundamento, para esforzar la suya. Juntáronse los cincuenta con Rocafort, y él les dijo lo siguiente: «La venida del señor Infante, amigos y compañeros, ha sido uno de los mayores y mas felices sucesos que pudiéramos desear, al fin

enviado por la poderosa mano de quien hasta al presente dia nos ha conservado con grande aumento de nuestro nombre y confusion de nuestros enemigos; porque ya se ha dado fin á nuestros trabajos, y principio á una felicidad muy entera, por tener prendas tan propias de nuestros reyes, á quien podemos entregar con seguridad la libertad y la vida, recibiéndole, no como él quiere, por lugarteniente de su tio, sino como á príncipe absoluto, y sin sujecion y dependencia alguna. Por grande yerro tendria, si la eleccion de príncipe pende de nosotros, escoger al que vive ausente y ocupado en gobernar mayores estados, y dejar al desocupado y libre de otras obligaciones, y el que ha de vivir siempre entre nosotros y correr la misma fortuna de los sucesos prósperos y adversos. Si á don Fadrique recibimos por Rey, á manifiesta servidumbre nos sujetamos, porque con su persona no podrá asistirnos, y necesariamente habrá de enviar quien en su nombre gobierne éste vitorioso ejército y las provincias que por él están sujetas. ¿Qué mayor desdicha se podrá esperar, si por premio de nuestras vitorias venimos á ser gobernados por otra mano que la propia de nuestro príncipe? Y el mismo Rey don Fadrique procurará nuestra defensa en cuanto no le estorbare á la del reino ne Sicilia. Pues ¿por qué se ha de admitir tanta desigualdad? Los trabajos, los peligros, las pérdidas para nosotros solos; pero la gloria y provecho, no solo igual, pero mayor y mas segura para el Rey. Si nos perdemos, quedando muertos ó en dura servidumbre, libre don Fadrique y tan gran príncipe como antes; pero si ganamos nuevas provincias y estados, todos han de venir á ser suyos. Pues ¿puede algun cuerdo con esta desigualdad, hallándose libre para escojer dar la obediencia á príncipe con tales calidades? A mas desto, ¿no se os acuerda la paga que nos dió por tantos servicios al partir de Sicilia? ¿Qué fué mas que un poco de bizcocho, y otras cosas que no pueden negarse á los siervos y esclavos? No, amigos; no nos conviene tomar por Rey á don Fadrique, pues no se acordó de nosotros al tiempo que le pediamos

su ayuda y cuando nos importaba tanto el dárnosla, sino cuando á él convino y á nosotros no nos es de provecho. Esto se echa bien de ver agora, pues no nos envia armas, gentes, bastimentos ó dineros, ni otra cosa necesaria para la guerra, sino cabeza y general que nos gobierne, como si tuviéramos falta desto, y no se hubieran alcanzado muchas vitorias sin tenerle puesto por su mano.

No consintamos que el premio de nuestros servicios se distribuya por mano de sus ministros y goberdadores, en quien siempre puede mas la pasion que la verdad, mas su particular interés que la comun utilidad; porque tratan las provincias como quien las ha de dejar, y como en la posesion temporal de ajena propriedad, gozan de lo presente sin ningun cuidado de lo venidero, y mas estando el Rey tan apartado, á quien nuestras quejas llegarán tarde cuando sean oidas, y los socorros tan á tiempo como el que ahora nos envia, despues de seis años que que con grande instancia se lo pedimos. En esto finalmente me resuelvo, que escluyamos á don Fadrique por don Fernando; tengamos presente al príncipe por quien aventuramos la vida, y sea testigo, pues ha de ser juez, de los servicios que le hiciéremos, y cuide de nosotros como de sí mesmo, pues nuestra conservacion y vida corre parejas con la suya. Conténtese don Fadrique con Sicilia, ganada y conservada por nuestro valor; deje á don Fernando, su sobrino, los trabajos de una guerra incierta y peligrosa, estas provincias destruidas, y sola la esperanza de conquistar nuevos reinos y señoríos.»

Con esta plática los pocos dudosos que habia se resolvieron con el parecer de Rocafort, y luego dos de los cincuenta electos dieron razon de la determinacion que habian tomado á todo el campo, refiriendo las mismas razones de Rocafort. Túvose con aplauso general de todos por acertada aquella determinacion, y quisieron que luego se diese la respuesta al Infante. Fueron para esto los cincuenta, y propusiéronle su embajada. Don Fernando, como buen caballero, respondió que él venia de parte de

su tio, y que con su autoridad y fuerzas habia tomado aquella empresa á su cargo, y seria faltar á su obligacion si con puntualidad no ejecutaba las órdenes de quien le enviaba, y que por ningun caso admitiría el ofrecimiento que le hacian, sino recibiéndole como lugar-teniente de su tio don Fadrique. Rocafort siempre publicó que el Infante por tener alguna disculpa con el Rey, no admitiria luego el ofrecimiento que le hacian, y con esto engañó la mayor parte del ejército; porque si hubiera quien les persuadiera y desengañara que el Infante por ningun caso se quedara á gobernalles como á príncipe, sin duda que le admitieran por el Rey. Quince dias se pasaron en este trato, y el Infante creyó siempre que aquellas eran palabras de cumplimiento, y que á lo último obedecerian al Rey. En este medio Rocafort, como de su parte tenia todos los turcos y turcoples á su disposicion, y parte del ejército que le seguia, la otra, como inferior, no le osaba contradecir.

Con esto quedó todo el ejército que estaba debajo de su mano resuelto de no admitir el Infante por el Rey; y á la verdad su intento no era excluir á don Fadrique por don Fernando, porque con ninguno de ellos se pudiera conservar; pero como hombre sagaz y que conocia al Infante por uno de los mejores caballeros de su tiempo, y que no tendria mala correspondencia con el Rey su tio, le propuso al ejército para que escluyesen al Rey, prefiriendo al Infante, de quien estaba cierto que no lo admitiria; y como la mayor parte del ejército con este engaño de Rocafort se declaró por el Infante contra el Rey, despues no quisieron elegir á quien una vez escluyeron. Todos estos embustes tramaba Rocafort, seguro que aunque despues se descubriesen, no le causarian daño, por tener de su parte á los turcos y turcoples, que juntos con los confidentes, era la mayor parte del ejército.

No se puede negar que en esta parte Rocafort podria tener alguna disculpa, aunque fuera de natural y condicion mas moderado: porque despues de tantas vitorias, y haber gobernado un ejército cinco años, justamente pudiera rehusar el no admitir un superior, cuyo favor habian prevenido sus mayores enemigos Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez, que siempre serian preferidos por su calidad y mejor correspondencia. Y aunque el Infante, por quitar toda sospecha, les hizo quedar en Galípoli, no por eso se la quitó á Rocafort; antes ese mismo cuidado con que prevenian las ocasiones esteriores de que pudiese tenerla, se la acrecentaba mas, creyendo siempre que era tener sobrada confianza de Berenguer y de Fernan, y que ellos la tenian del Infante, pues no mostraban queja de no habelles admitido en su compañía. No hay cosa que mas penetre y descubra que los recelos y temores de perder un puesto tan superior como el que Rocafort tenia, y mas en un sugeto de tantas partes y esperiencia.

CAPÍTULO LI.

Rocafort, antes de partirse el Infante del ejército, ganó á Nona, y de comun acuerdo de los capitanes, deja el ejército los presidios de Tracia y determina pasar á Macedonia.

La venida del Infante don Fernando al ejército acabó de poner en desesperacion á los griegos que estaban sitiados, y dentro de pocos dias se hubo de entregar con mucha pérdida en las manos del vencedor, porque aunque no perdieron las vidas, quedaron sin haciendas. Berenguer de Entenza tambien tomó á Megarix. Sentíase ya en nuestro campo gran falta de vituallas, porque diez jornadas al contorno de Galípoli estaba todo talado y destruido; que los cinco años últimos, de los siete que estuvieron en esta provincia, se mantuvieron de lo que la tierra sin cultivar producia, pues no llegaban á los árboles y viñas sino para quitarles el fruto. A lo último vino esto á faltar, y fué forzoso

tratar de buscar otras provincias donde entretenerse y poder vivir. Habíase diferido esto por las enemistades de Entenza y Rocafort, que estaban aun tan vivas, que no se osaban mover de sus alojamientos ni juntarse, por el recelo que se tenia que entrambas las dos parcialidades no llegasen á rompimiento: tanto pueden disgustos é intereses particulares, que impiden el remedio comun, y quieren mas perecer con ellos que vivir cediendo de sus locas y vanas pretensiones. Todos fueron de parecer que desmantelasen á Galípoli y los demás presidios, y en esto conformaron los capitanes competidores juntamente con los turcos y turcoples; y asi, suplicaron al Infante la gente buena y libre de pasiones, que fuese servido de no desampararles hasta dejarles en otra provincia, porque debajo de su autoridad y nombre irian todos muy seguros, y en este medio se podrian concertar las diferencias de Entenza y Rocafort. El Infante tuvo su acuerdo por bueno, y ofreció de hacello; y á lo que yo puedo entender, movido de lástima de que Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez de Arenós quedasen en las manos de Rocafort, á quien el respeto del Infante parece que detenia la ejecucion de su ánimo vengativo, quiso tentar si con esta detencion podria concertar estas diferencias, y dejalles con mucha paz y quietud, para que unidos y conformes pudiesen hacer mayores progresos, esperando siempre que obedecerian al Rey, aunque por entonces lo hubiesen rehusado. Juntó el Infante las cabezas principales del ejército, con todos los del consejo, y resueltos ya de salir de aquellos presidios que tenian en Tracia por habelles forzado la necesidad y falta de vituallas, trataron qué camino tomarian y qué ciudad en Macedonia ocuparian. Hubo diferentes pareceres, y últimamente pareció el mas acertado que se acometiese la ciudad de Cristopol, puesta en los confines de Tracia y Macedonia, por tener la entrada de las dos provincias fácil y la retirada segura, y los socorros de mar sin podérselos impedir, como en Galípoli, que ocupado el Estrecho con pocos navíos de guerra, impedian el libre comercio que venia por mar á dalles alguna

ayuda. Ordenóse que Ramon Montaner, con hasta treinta y seis velas que habia en nuestra armada, y entre ellas cuatro galeras, llevasen las mujeres, niños y viejos por mar á la ciudad de Cristopol, despues de haber desmantelado todos los presidios que en aquellas costas se tenian por nosotros, como Galípoli, Nona, Paccia, Módico y Megarix. El Infante y los demás capitanes ordenaron en esta forma su partida. Berenguer de Rocafort con los turcos y turcoples y la mayor parte de los almugavares saliese un dia antes que Berenguer y Fernan Jimenez, y que siempre se guardase este órden en el camino, siguiendo siempre Berenguer á Rocafort una jornada lejos; y esto se hizo por quitar las ocasiones que pudiera haber de disgustos si los dos bandos juntos se alojaran, donde forzosamente sobre el tomar los puestos vinieran á las manos. Púdose sin peligro dividir sus fuerzas, por no tener enemigo poderoso en la campaña que les pudiese prontamente acometer, porque divididos el espacio de un dia de camino, no se pudieran socorrer si le tuvieran; pero toda la gente de guerra atendia mas á defenderse dentro de las ciudades que salir á ofender nuestro ejército: cosa que tantas veces emprendieron con notable daño suyo y gloria nuestra. Juntos en Galípoli, despues de haber desmantelado todos los demás presidios, partió Rocafort con su gente por el camino mas vecino al mar, y al otro dia le siguió Berenguer de Entenza y el Infante, ocupando siempre los puestos que Rocafort dejaba. Despues de haber caminado algunos dias, comenzaron á entrar en lo poblado de la provincia, adonde sus armas antes no habian llegado. Los griegos, con el pavor del nombre de catalanes, huian la tierra adentro, dejando en los pueblos bastimentos en grande abundancia, con que los nuestros pasaban con mucha comodidad, y libres del daño, que siempre creyeron, de faltarles con qué vivir. Esta fué una de sus empresas grandes, entrarse por tierras y provincias no conocidas, sin tener seguridad de alguna plaza ó de algun príncipe amigo. La espedicion de los diez mil griegos que cuenta Jenofonte, fué de las mayo-

res que celebra la antigüedad; pero siempre los griegos llevaban por fin llegar á su patria, y parte con armas atravesaban provincias y naciones estrañas; pero los catalanes solo tenian por fin de aquel viaje, no el descanso de su patria, sino la espugnacion de una ciudad grande y fuerte, que resolvieron de acometer antes de salir de Galípoli, y que el fin de una fatiga y peligro grande fuese el principio de otro mayor.

CAPITULO LII.

La vanguarda del campo del Infante y Berenguer alcanza la retaguarda de Rocafort, y llegan casi á darse la batalla; mata Rocafort á Berenguer de Entenza; y Fernan Jimenez de Arenós, huyendo del mismo peligro, se pone en manos de los griegos.

Llegó Rocafort con su ejército á una aldea dos jornadas lejos de la ciudad de Cristopol, puesta en un llano abundante de frutas y aguas, las casas vacías de gente, pero llenas de pan y vino y de otras cosas, no solo necesarias, pero de mucho gusto y regalo. Detuviéronse en tan buen alojamiento mas de lo que debieran soldados pláticos y bien disciplinados; cerca de medio dia aun no habian partido, porque la gente derramada por aquella llanura, con el regalo de la fruta que se hallaba en los árboles, se entretuvo de manera que no se pudo recoger antes. La vanguarda del campo del Infante, donde iba Berenguer de Entenza, porque salió mas temprano de lo que acostumbraba, alcanzó la retaguarda de Rocafort. Por huir del calor del sol, partieron antes del amanecer, y sin advertillo se hallaron sobre los de Rocafort. Alteróse su retaguarda, y vueltas las caras, viéndose tan cerca los de Berenguer, juzgaron que venian á romper con ellos: tocóse arma con gran confusion, y la vanguarda del uno con la retaguarda del otro se encontraron. Rocafort, luego que reconoció la gente de su contrario, tuvo por cierto que venia con determinacion de ejecutar algun mal intento, pues no pudiera ser otra la causa que á Berenguer le obligára á romper los

conciertos sin primero avisar. Un hombre sospechoso nunca discurre ni piensa lo que le puede quitar la sospecha, sino lo que se las acrecienta.

Rocafort no consideró su descuido en diferir la partida hasta medio dia, y acordóse que Berenguer de Entenza habia madrugado mucho. Al fin, ó por pensarlo así, ó por tomar la ocasion de venir á las manos con él, mandó subir á caballo su gente, y él hizo lo mismo armado de todas piezas, y partió con gran furia contra la gente de Berenguer de Entenza, á quien la suya habia ya acometido, trabándose una cruel y sangrienta escaramuza. Llegó tambien aviso al Infante y á los demás capitanes del desórden. Salió Berenguer de Entenza el primero á caballo y desarmado, con solo una azcona montera, como persona de mas autoridad, á detener los suyos y retirarlos. Gisbert de Rocafort, hermano de Berenguer, y Dalmau de San Martin, su tio, vieron á Berenguer que andaba metido en los peligros de la escaramuza; ó que les pareciese que animaba su gente contra ellos, ó lo que se tiene por mas cierto, viendo la ocasion de satisfacer su mal ánimo y quitar el émulo á su hermano, Gisbert y Dalmau cerraron juntos con él. Berenguer de Entenza, que, como inocente y buen caballero, viendo que los dos hermanos se encaminaban para él, vuelto á ellos, les dijo: «¿Qué es esto, amigos?» Y en este mismo tiempo le hirieron de dos lanzadas, con que aquel valiente y bravo caballero cayó del caballo, muerto, sin poderse defender, por estar desarmado, descuidado y entre sus amigos. Encendióse mas vivamente la escaramuza despues de muerto Berenguer, y los Rocaforts ejecutaron su venganza matando muchos de los de su bando.

No puede ser mayor la crueldad que, despues de haber vencido y muerto su contrario, degollar y despedazar los vencidos, en quien no pudiera haber resistencia, despues de perdida su cabeza, en admitir á Rocafort y obedecelle; pero su soberbia y arrogancia fué tanta, que no hacia ya la guerra á sus enemigos, sino á su propia naturaleza, y solicitaba á los turcos y turcoples

para que inhumanamente acabasen todos los del bando de Berenguer, sin escepcion alguna de persona. Fernan Jimenez de Arenós, con el mismo descuido que Berenguer de Entenza, iba desarmado, y retirando su gente á cuchilladas, fué advertido de la muerte de Berenguer, y que con cuidado le iban buscando para matalle; y así, con alguna gente que pudo recoger y llevar tras sí, se salió del campo, y tuvo por mas seguro entregarse á los griegos que á Rocafort. Fuese á un castillo que estaba cerca, donde fué recibido debajo de seguro, con que se presentase delante del Emperador Andrónico. El Infante, por amparar y defender la gente del bando de Berenguer, salió armado con algunos caballeros que le siguieron, y se puso con valor á los turcos y turcoples, que asistidos de Rocafort, todo lo pasaban por el rigor de su espada. Pudo tanto la presencia del Infante, que Rocafort, puesto á su lado porque los turcos no le perdiesen el respeto, retiró su gente, despues de haber tan alevosamente muerto á Berenguer y tanta gente de su bando.

Quedaron muertos en el campo ciento y cincuenta caballos y quinientos infantes, la mayor parte de las compañías de Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez de Arenós. Sosegado el tumulto y retirada la gente á sus banderas, el Infante y Rocafort vinieron juntos á la plaza del lugar, donde tenian el cuerpo de Berenguer tendido. Apeóse el Infante de su caballo, y abrazado con el cuerpo difunto, dice Montaner que lloró amargamente, y que le abrazó y besó mas de diez veces, y que fué tan universal el sentimiento, que hasta sus mismos enemigos le lloraron. Vuelto el Infante á Rocafort, con palabras ásperas le dijo que la muerte de Berenguer habia sido malamente hecha por algun traidor. Rocafort con palabras humildes respondió que su hermano y tio no le conocieron hasta que le hubieron herido.

Con ésto se hubo de satisfacer el Infante, pues no tenia fuerzas para castigar tanto atrevimiento, y sin duda que hiciera

alguna demostracion si no se hallara con tan poca gente. Mandó que para enterrar el cuerpo de Berenguer y hacerle sus obsequias se detuviese el ejército dos dias, porque quiso honrarle con lo que pudo; y así se hizo. Enterráronle en una ermita de San Nicolás que estaba cerca, junto del altar mayor; sepulcro harto indigno de su persona, si consideramos el lugar humilde y poco conocido donde le dejaron, pero célebre y famoso por ser en medio de las provincias enemigas, cuya inscripcion y epitafio es la misma fama, que conserva y estiende la memoria de los varones ilustres que carecieron de túmulos magníficos en su patria, por haber perecido en tierra ganada y adquirida por su valor. Este fin tuvo Berenguer de Entenza, nobilísimo por su sangre y celebrado por sus hazañas, y por entrambas cosas estimado de reyes naturales y estraños. En sus primeros años sirvió á sus príncipes, primero en Cataluña y despues en Sicilia, con buena fama, donde alcanzó amigos y hacienda para seguir el camino que la fortuna le ofreció de engrandecerse y alcanzar estado igual á sus merecimientos; que aunque en su patria le poseia grande, pero no de manera que su ánimo generoso y gallardo cupiese en tan cortos límites como los de la baronía que hoy llamamos de Entenza. Fué Berenguer animoso y valiente con los mayores peligros, fuerte en los trabajos, constante en las determinaciones, igualmente conocido por los sucesos prósperos y adversos, porque en medio de su felicidad padeció una larga y trabajosa prision, y apenas salido della y restituido á los suyos, cuando otra vez la fortuna se le mostraba favorable, murió á traicion á manos de sus amigos, en lo mejor de sus esperanzas.

El Infante, despues de sosegado el alboroto, envió á llamar á Fernan Jimenez, ofreciéndole que podia venir seguro debajo de su palabra. Respondió que le perdonase, que ya no estaba en su libertad para cumplir sus mandamientos, porque habia ofrecido de presentarse ante el emperador Andrónico con toda su compañía. Túvole el infante por disculpado, y Fernan Jimenez, des-

pues de haber recogido los suyos, se fué á Constantinopla, donde le recibió Andrónico con muchas muestras de agradecimiento de que le hubiese venido á servir, y por mostrarlo con efeto, le dió por mujer una nieta suya, viuda, llamada Teodora, y el oficio de megaduque, que tuvo Roger y despues Berenguer de Entenza. Con esto quedó Fernan Jimenez de los mas bien librados capitanes desta empresa, y el que solo permaneció en dignidad y escapó de fines desastrados.

CAPITULO LIII.

Deja el Infante nuestra compañía, y lleva consigo ó Montaner, despues de entregar la armada.

En este medio que el Infante se detuvo en el lugar donde mataron á Berenguer, llegaron sus cuatro galeras con sus capitanes, Dalmau Serran, caballero, y Jaime Despalau, de Barcelona; y alegre de tener galeras con que apartarse de Rocafort, mandó juntar consejo general, y volvió segunda vez á requerilles si le querian recibir en nombre de su tio don Fadrique, porque cuando no quisiesen, estaba resuelto de partirse. Rocafort, autor de la determinacion pasada cuando se les propuso lo mesmo, como mas poderoso entonces, despues que le faltaban sus émulos, en quien pudiera haber alguna contradicion, fuéle fácil tener á todo el campo en su opinion, porque sus pensamientos ya eran mayores que de hombre particular. Respondieron al Infante lo que la vez pasada, y con mayor resolucion. Con esto se tuvo por imposible y desesperado el negocio; y así, se embarcó el Infante con sus galeras, dejando á Rocafort absoluto señor y dueño de todo, y navegó la vuelta de la isla de Tarso, seis millas lejos de la tierra firme donde estaba el campo. Llegó el infante á la isla casi al mismo tiempo que Montaner con toda la armada, y despues de haberle referido la maldad de Rocafort y pérdida de tan buenos caballeros como eran Berenger de En-

tenza y Fernan Jimenez de Arenós, le mandó de parte del rey y suya que no se partiese de su compañía. Obedeció Montaner con mucho gusto, porque estaba rico y temia á Rocafort, aunque era su amigo.

La amistad de un poderoso insolente siempre se ha de temer, porque la amistad fácilmente se pierde, y queda el poder libre de respetos para ejecutar su furia y sus antojos. Suplicó al infante fuese servido de detenerse mientras él con la armada daba razon á los capitanes del campo de lo que se le habia encargado, que eran la mayor parte de sus haciendas y todas sus mujeres y hijos.

Fué contento el Infante de aguardalle, y con esto Montaner con la armada llegó á una playa donde estaba alojado el ejército, una jornada mas adelante de donde los dejó el Infante. No quiso que persona alguna desembarcase hasta que le aseguraron que no se haria daño á las mujeres, hijos y haciendas de los de Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez, y que les dejarian libres para ir donde quisiesen. Con este seguro desembarcó todos los que quisieron ir al castillo donde Fernan Jimenez se habia retirado. Diéronles cincuenta carros, y con doscientos caballos de turcos y turcoples de escolta, y cincuenta cristianos, les enviaron al castillo. A los que no quisieron quedarse ni con Rocafort ni con Fernan Jimenez, se les dieron barcas armadas hasta Negroponte.

En esto se entretuvo el campo dos dias; y Montaner, ya que se queria partir, hizo juntar consejo general, y despues de haberles entregado los libros y el sello del ejército, les dijo que el infante don Fernando, de parte del Rey y suya, le habia mandado que le siguiese, á quien era forzoso obedecer, y que no lo habia querido hacer antes hasta haber dado descargo de lo que se le encomendó; que él se iba con grande sentimiento de dejarles, aunque por su mal proceder dellos pudiera no tenelle, pues daban tan mala recompensa á los que les habian gobernado y sido sus generales; que Berenguer quedaba muerto

por sus escesos, y Fernan Jimenez entregado á la fé dudosa de los griegos. Estas razones dijo Montaner por la seguridad que tenia de los turcos y turcoples, á quien siempre trató con mucho amor, y ellos, reconocidos, le llamaban *Cata*, que en su lenguaje quiere decir padre; y aunque Rocafort lo mandara, no intentaran cosa contra él. Toda la nacion junta le rogó que se quedase, y los turcos y turcoples hicieron lo mismo, solicitando siempre á Rocafort que le detuviese; pero como estaba ya resuelto de partirse, y habló con alguna libertad en favor de Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez, no quiso ponerse en peligro ni dar ocasion á Rocafort que con pequeña ocasion le diese la muerte, como á los demás.

Con esto se partió del ejército con un bajel de veinte remos y dos barcas armadas, en que puso su hacienda y la de sus camaradas y criados. Llegó á la isla de Tarso, donde el Infante le esperaba, y en ella se detuvieron algunos dias para tomar bastimentos y consultar la navegacion que habian de hacer. Detúvoles tambien el buen acogimiento que hallaron en Ticin Jaqueria, aquel genovés que con ayuda de Montaner saqueó el castillo de Fruilla y despues ocupó el de aquella isla, donde con muestras de sumo agradecimiento les entregó las llaves del castillo y les ofreció servir con su vida y hacienda. Siempre el hacer bien es de provecho, y la recompensa viene muchas veces de quien menos se pensó que la pudiera hacer; y lo que se perdió en muchos beneficios, de uno solo que se agradezca se sigue mayor utilidad que daño de todos los que se perdieron. Halló Montaner, con el Infante, seguridad en el puerto, regalo en lo que se les dió para su sustento, por solo haber ayudado antes al genovés, aunque fue con su mismo interés y provecho.

CAPÍTULO LIV.

Pasa el ejército á Macedonía.

Apartado Montaner del campo, Berenguer de Entenza muerto, y Fernan Jimenez huido, quedó solo Rocafort absoluto señor y dueño de todo; y así, mudaba á su gusto y antojo las determinaciones de todo el consejo. La resolucion que se tomó entre todos los capitanes antes que saliesen de sus presidios fué de acometer á Cristopol y hacerse fuertes en él, como lo hicieron en Galípoli, y tener las dos provincias de Tracia y Macedonia vecinas, para hacer sus entradas. Pareció al principio fácil la empresa, porque creyeron cojer á los griegos descuidados y sin tiempo para prevenirse, y sin duda que les saliera bien el pensamiento si en el camino no se detuvieran cuatro dias en vengar sus particulares agravios ó pasiones; con que tuvieron los griegos espacio y lugar bastante, no solo para defenderse, pero tambien para ofenderles y acabarles, si entre los griegos hubiera hombre de valor y cuidado. La dilacion de las ejecuciones en la guerra es muy perniciosa, y muy útil cualquier presteza; que por faltarles á muchos un dia, una hora, y aun menos tiempo, perdieron grandes lances y ocasiones.

Rocafort, despues que supo que la ciudad estaba puesta en defensa, se resolvió de pasar al Estrecho de Cristopol, que es la parte marítima del monte Ródope, y no detenerse en acometer el lugar. El siguiente dia con todo el campo pasó el Estrecho, no sin gran fatiga, porque el camino era áspero, los bagajes muchos, y los niños, mujeres y enfermos. Los griegos, aunque advertidos del camino que llevaban los catalanes, no pudieron ó no osaron atreverse á impedilles el paso. Atravesado el monte Ródope, bajaron á los campos de Macedonia cerca de ocho mil hombres de servicio entre todas las naciones; bastante ejército para cualquier grande empresa si los ánimos estuvieran unidos,

y la muerte de Berenguer no hubiera hecho odioso á Rocafort aun á sus proprios amigos, porque desde entonces él se desvaneció y ellos se ofendieron. Al fin del otoño se hallaron en medio la provincia de Macedonia, los pueblos enemigos poderosos, y aun no maltratados con la guerra; pero los daños de Tracia, su provincia mas vecina, les sirvió de escarmiento para prevenirse dentro de las ciudades, y recojer los frutos de la campaña. Cuidadosos, pues, los catalanes de poner su asiento por aquel invierno en algun sitio acomodado, corrian toda la tierra, reconociendo puestos que poder ocupar y recojer bastimentos y vituallas compradas con sangre y con dinero. Ultimamente, despues de haber hecho grandes daños en toda la provincia, se hicieron fuertes en las ruinas de la antigua Casandria, uno de los mejores puestos de toda la provincia, por estar vecino al mar, y toda la comarca de aquel cabo fértil y apacible, por los muchos senos y entradas que el mar hace, y de donde fácilmente; ó por lo menos con mas comodidad que de otro cualquier lugar, podian hacer sus entradas la tierra adentro; y tener la Tesalónica, cabeza de la provincia, en continuo recelo de su daño.

CAPÍTULO LV.

Prision del infante don Fernando en Negroponte.

Partió el Infante de la isla de Tarso con Ramon Montaner, y mandó que se le entregase á Montaner la mejor galera, que fué la que llamaban Española.

Con estas cuatro galeras, un leño armado y una barca de Montaner, fueron navegando por la costa de Tracia y Macedonia, hasta el puerto de Almiro, lugar del ducado de Atenas, donde el Infante habia dejado cuatro hombres cuando venia, para hacer bizcocho para cuando se volviese. Halló el Infante que, contra la fé y palabra comun, le habian tomado el bizcocho, y maltratado los cuatro que lo hacian. Tomó el Infante

luego satisfacion del daño que habia recibido, echando gente en tierra y saqueando el lugar de Almiro, donde todo se llevó á sangre y fuego. Despues de haber saqueado, y satisfecho la pérdida pasada, de allí pasaron á la isla que Montaner llama Espol; yo entiendo que fué la que hoy se llama el Sciro. Saqueó toda la isla y combatió el castillo sin fruto. De allí tomaron el cabo de la isla de Negroponte, y quiso el Infante entrar en la ciudad, porque cuando vino á Romania estuvo en ella y fué muy bien recebido y festejado.

Montaner y los demás capitanes de esperiencia le advirtieron que no convenia poner á riesgo su persona y la de los que con él iban, despues de haber saqueado los lugares del duque de Atenas, con quien los señores de Negroponte tenian confederacion. No dió crédito ó sus buenos consejos; y usando de su poder absoluto, con evidente peligro entró en la ciudad, y hallaron en el puerto diez galeras de venecianos que habian venido á instancia de Cárlos de Francia, á quien dió el Papa la investidura de los reinos de Aragon cuando el rey don Pedro ocupó á Sicilia.

Traian un caballero francés, llamado Tibaldo de Sipoys, para que en nombre de Cárlos, su príncipe, tratase en Grecia nuevas confederaciones y amistades, y particularmente de los nuestros, de quien esperaba Cárlos su remedio, porque tenia pensamiento de venir en persona, por los derechos que pretendia al imperio, á echar dél al emperador Andrónico. El Infante ya no tuvo lugar de arrepentirse ni volver atrás, porque fuera dar mayor sospecha; pero antes de desembarcar, quiso que le asegurasen y diesen palabra de no ofendelle. Hiciéronlo con mucho gusto al parecer; Tibaldo el primero, y los capitanes de las diez galeras venecianas, que se llamaban Juan Tarin y Marco Misot, y los tres señores de Negroponte. Con esto le pareció al Infante que estaba seguro. Saltó en tierra, donde le convidaron para asegurarlle mas y quitar á las galeras la mayor defensa, que era el es-

tar allí su persona y las de quien siempre le acompañaban, que entre ellas fué la de Montaner.

Apenas puso el Infante el pié en tierra, cuando las diez galeras venecianas dieron sobre las del Infante y el bajel de Montaner, donde acudió mucha gente, porque tenian noticia que habia dentro grandes riquezas. Mataron al entrar cerca de cuarenta hombres que se quisieron defender, y al mismo tiempo prendieron al Infante, con hasta diez de los mas principales que estaban en su compañía. Tibaldo luego libró la persona del Infante á micer Juan de Misi, señor de la tercera parte de Negroponte, para que le llevase al duque de Atenas en nombre de Cárlos de Francia, cuya órden se aguardaria para disponer de la persona del Infante. Lleváronle con ocho caballeros y cuatro escuderos á la ciudad de Aténas, donde fué entregado al Duque, y por su órden con muchas guardas llevado al castillo de San Tomer, donde permaneció prisionero algunos dias.

CAPÍTULO LVI.

Rocafort y su gente prestan juramento de fidelidad á Tibaldo de Sipoys, en nombre de Cárlos de Francia.

En este tiempo ya Tibaldo trataba de traer al servicio de Cárlos á Rocafort y á toda la compañía, y procuraba granjearles por todos los medios que pudo. No faltó quien le advirtió que en ninguna cosa podia ganar mas la voluntad de Rocafort, que entregándole dos de aquellos prisioneros que tenia; que el uno de ellos era Montaner, y el otro Garci Gomez Palacin, enemigo grande de Rocafort. Tibaldo dió crédito al aviso, y sin mas averiguacion embarcó en sus galeras á Montaner y á Palacin, y él en persona partió la vuelta del cabo de Casandria, donde estaban los nuestros con Rocafort; y apenas hubo llegado á su presencia, cuando le presentó los dos prisioneros, pareciéndole que habian de ser el medio de sus amistades, y así fueron ellas

tan desdichadas, pues se fundaron en la sangre y muerte de un inocente. Entregáronse ambos prisioneros, pero con diferente suerte; porque al uno le apartaron para quitarle la vida, y al otro para darle libertad. Honraron con grandes demostraciones de contento á Montaner, y á Palacin mandó Rocafort cortarle luego la cabeza, sin darle mas tiempo de vida de la que el verdugo tardó á darle la muerte, y sin que persona alguna se atreviese á replicar sobre ello á Rocafort. Que se halle hombre tan ruin como Rocafort entre tantos soldados y capitanes, no me causa admiracion; pero ¡que entre todos ellos no se hallase un hombre de bien que detuviera ó replicara á Rocafort, advirtiéndole siquiera que ofendia su fama y oscurecia sus hechos con ejecucion tan inhumana y fuera de tiempo! Era Garci Gomez Palacin aragonés, valiente soldado y honrado caballero, aunque desdichado; principal capitan y valedor del bando de Berenguer de Entenza y Fernan Jimenez de Arenós. Con este hecho, indigno de cualquier hombre que lo sea, perdió Rocafort amigos y reputacion, pues dar la muerte á un caballero que se retiraba como vencido á la patria, de donde no le pudiera ofender ni impedir su grandeza, fué indicio y señal manifiesta de su crueldad y fiereza. Montaner, como habia sido maestre racional de nuestro ejército, y era el que mandaba todos los oficiales de pluma, tenia granjeados con su buen término y verdad los ánimos de todos los soldados; y así, le amaban como á padre: cosa raras veces vista, amar los soldados la gente de pluma, á quien ordinariamente aborrecen y murmuran, porque les parece que estando descansados, con trampas y enredos, en daño de la milicia se acrecientan y enriquecen, y ellos con mil trabajos y peligros viven siempre en una miserable suerte.

Recibieron todos á Montaner con regocijo general, y luego le dieron una posada de las mas honradas que habia, y los turcos y turcoples los primeros le presentaron veinte caballos y mil escudos, y Rocafort un caballo de mucho precio y otras

cosas de valor, sin que hubiese persona de estimacion en todo el ejército que no le diese algo. Tibaldo de Sipoys y los capitanes venecianos que le entregaron, quedaron corridos de ver que se hiciese tanta honra á quien ellos habian robado cuanto tenia, y temieron que no le hiciese daño en desbaratar sus trazas y pretensiones; pero Montaner era cuerdo, y como no le pareció cosa segura quedarse en nuestro campo, ni las impidió ni las favoreció.

Rocafort, que hasta entonces habia estado dudoso en aceptar lo que por parte de Cárlos de Francia le ofrecia Tibaldo de Sipoys, porque el respeto de la casa de Aragon le detenia, pero cuando tuvo por cierto que por no haber querido admitir al Infante por el rey don Fadrique, las casas de los reyes de Aragon, Sicilia y Mallorca le serian enemigos, vino en lo que Tibaldo deseaba, que la compañía le recibiese por su general en nombre de Cárlos de Francia, ofreciéndoles el sueldo aventajado y grandes esperanzas, que era lo que les podia dar. Con esto le juraron fidelidad, forzados, á lo que yo puedo juzgar, de la violencia de Rocafort, porque desechar á su príncipe natural y tomar al extraño y enemigo, no es posible que los catalanes y aragoneses voluntariamente lo consintiesen, ni Rocafort lo intentase, sino por la seguridad que tenian en los turcos y turcoples y parte de la almugavería, que ciegamente le obedecian; aunque lo que Rocafort hizo no parece que fuese traicion, porque no tomó las armas contra sus príncipes, sino solo se apartó de su servicio: cosa en aquellos tiempos lícita y usada, y mas cuando precedian agravios. Ni menos fué por aborrecimiento que tuviesen á la casa de Aragon y amor á la de Francia, sino que quiso arrimarse por entonces al príncipe menos poderoso, para con mas facilidad apartarse dél cuando sus cosas llegasen al estado en que esperaba verse. Porque corria una voz entre muchas, que Rocafort se queria llamar rey de Tesalónica ó Salónique, y no era esto sin algun fundamento, pues habia mudado el sello del ejército, que era la imágen de San Pedro, y en

su lugar mandó poner un rey coronado: señales evidentes de sus altos y atrevidos pensamientos. Tales brios cobra el que tiene en su mano un ejército vitorioso y amigo; y pienso que fueran mas que pensamientos, y que sin duda llegara á ser príncipe absoluto, si su grande avaricia y soberbia no atajara los pasos de su próspera fortuna, al tiempo que le ofrecia un estado con que pudiera fundar y engrandecer su casa. Que si Rocafort viviera cuando los nuestros ocuparon los estados de Aténas y Neopatria, tengo por sin duda que no llamaran al rey de Sicilia, sino que le recibieran por su príncipe y señor, pues se pudiera hacer con muy justo título, habiendo sido Rocafort su general tantos años, en tiempo de tantos trabajos, y debajo de cuyo mando y gobierno habian alcanzado tantas vitorias y dado glorioso fin á tan señaladas empresas.

Luego que las galeras venecianas vieron á Tibaldo general del ejército en nombre de Cárlos, partieron la vuelta de su casa, y Ramon Montaner con ellas, aunque le rogaron mucho que se quedase; pero como él conocia la poca seguridad que habia en la condicion de Rocafort, jamás quiso quedarse, ni aun pidiéndoselo muy encarecidamente el mismo Tibaldo.

CAPÍTULO LVII.

Montaner con las galeras venecianas vuelve al Negroponte, y en Aténas se ve con el infante don Fernando.

Juan Tari, general de las galeras venecianas, por órden de Tibaldo dió una galera á Montaner para que llevase en ella sus criados y su ropa, y su persona se embarcó en la capitana con Tari, de quien fué por estremo regalado y servido. A mas de esto, Tibaldo dió cartas á Montaner para Negroponte, en que mandaba que se le restituyese todo lo que se le habia robado de su galera cuando prendieron al Infante, y esto so pena de la vida y perdimiento de bienes si alguno lo ocultase. Con este buen

despacho partió Montaner á Negroponte con las galeras venecianas, donde llegaron con buen tiempo, y luego se notificaron las cartas de Tibaldo al justicia mayor de venecianos. Hiciéronse luego pregones con las penas dichas á los que no restituyesen, y Juan Damici y Bonifacio de Verona, como señores tambien de la isla, hicieron los mismos pregones cuando vieron la carta de Tibaldo, supremo ministro en aquellas partes del rey de Francia. Fueron los pregones poco obedecidos, porque no se hicieron sino solo para satisfacer y cumplir con esta demostracion con Tibaldo; porque Montaner no cobró cosa alguna de las perdidas ni se le dió otra satisfacion. Montaner, como verdadero criado y servidor del Infante, pidió á Juan Tari que le diese lugar para ir á la ciudad de Aténas á verle y consolalle en su prision; que como nació súbdito de los de su casa, no podia dejar de acudir en caso tan apretado como el velle preso. Tari con mucha cortesía le ofreció de aguardar cuatro dias en Negroponte, en que tendria bastante tiempo para ir á visitar al Infante y volverse, porque de Negroponte Aténas habia solas veinte y cuatro millas. Partió Montaner con cinco caballos, y en llegando á la ciudad quiso ver al Duque, y aunque le halló enfermo, le dió lugar para que le viese, y le recibió con mucha cortesía, y con palabras muy encarecidas le significó el sentimiento que habia tenido del suceso de Negroponte cuando le robaron su galera, y freció que en todo lo que se le ofreciese le ayudaria con véras. Montaner respondió que estimaba mucho la merced y honra que le hacia; pero que solo deseaba ver al infante don Fernando. Dióle licencia el Duque con mucho cumplimiento, y mandó que el tiempo que Montaner estuviese con el Infante, todos cuantos quisiesen pudiesen entrar en el castillo y visitalle. Dieron luego libre la entrada de Sant Ober; y Montaner, en viendo al Infante, las lágrimas le sirvieron de palabras, que mostraron el sentimiento de ver su persona puesta en manos de estranjeros. El Infante, en lugar de recibir algun consuelo de Montaner, fué él el que se le dió y animó con palabras de grande valor y constancia. Dos dias se

detuvo Montaner en su compañía, platicando los medios mas necesarios para su libertad, y últimamente, quiso quedarse para servillc y asistille en la prision; no lo consintió el Infante, por parecelle mas conveniente que fuese á Sicilia á tratar con el Rey de su libertad. Dióle cartas para el Rey, y le encargó que, como testigo de vista, refiriese á su tio todo lo que habia pasado en Tracia y Macedonia acerca de admitille en su nombre. Con esto se despidió Montaner, y fué á tomar licencia del Duque para volverse, de quien fué regalado con algunas joyas, que le fueron de mucho provecho, porque todo el dinero que traia habia dejado al Infante, y repartido sus vestidos entre los que le servian. Vuelto á Negroponte, se partieron luego las galeras, y navegando por las costas de la Morea, llegaron á la isla de la Sapiencia, donde toparon cuatro galeras de Riambau Dasfar, de quien ya tenia lengua Montaner.

Los venecianos, sospechosos siempre, como gente de república, apartándose con Montaner, le preguntaron si Riambau Dasfar era hombre que les guardaria fé. Respondióles que era buen caballero, y que él no seria enemigo ni haria daño á los amigos del rey de Aragon, y que con seguridad podrian estar todos juntos y honrar á Riambau. Con esto se sosegaron, y Montaner pasó á la galera de Riambau Dasfar, y luego todas se juntaron, y se convidaron los capitanes con mucha llaneza y seguridad. Llegaron á Clarencia, donde se detuvieron las galeras venecianas, y entonces Montaner se pasó á las de Riambau, en cuya compañía llegó á Sicilia, y en Castronuevo se vió con el Rey, y le dió larga relacion de lo que pasaba, jnntamente con la carta del Infante. Mostró el Rey gran sentimiento, y luego escribió al rey de Mallorca y al rey de Aragon para que todos juntos ayudasen á la libertad de don Fernando; y en este medio Cárlos, hermano del rey de Francia, escribió al duque de Atenas que enviase la persona del Infante al rey Roberto de Nápoles. Obedeció el Duque; y así, vino el infante á Nápoles preso, donde estuvo un año en una cortés prision; porque salia

á caza y comia con Roberto y con su mujer, que era su hermana. El rey de Mallorca, su padre, por medio del rey de Francia le alcanzó libertad; con que el Infante vino á Colibre á verse con su padre.

CAPÍTULO LVIII.

Prision de Berenguer y Gisbert de Rocafort.

Los nuestros, despues que admitieron por capitan general á Tibaldo, y le juraron en nombre de Cárlos, hermano del rey de Francia, mantuvieron el puesto de Casandria, sustentándose de las correrías y entradas que hacian la tierra adentro, hasta llegar á Tesalónica, donde estaba la Emperatriz con toda su córte, con todas las riquezas y tesoros del imperio de los griegos, que esta ambiciosa mujer habia recogido para acrecentar á sus hijos, en grave daño de Miguel, su entenado, sucesor legítimo del padre. Mientras Rocafort, sin recelo de mudanza, trataba de su aumento y grandeza, llegó el fin de su prosperidad y principio de su desdicha, que las mas veces suele ser en la mayor confianza y seguridad del hombre, para que se conozca claramente la instabilidad de las cosas humanas, y que no hay poder que pueda en sí propio asegurarse, porque las causas de su acrecentamiento son las mismas de su ruina. La primera causa y motivo que tuvieron sus enemigos para derriballe fué conocer en él un grande desconocimiento de lo que debia á su propia naturaleza y sangre, pues á mas de ser cruel, era codicioso y lascivo: insufribles vicios en los que mandan; porque la vida, honra y hacienda, bienes los mayores del hombre mortal, andan siempre en peligro. El deseo de tomar satisfacíon y venganza de los agravios recibidos de Rocafort, con el miedo se encubrieron, hasta que tomaron la ocasion del poco caso y respeto que Rocafort tenia á Tibaldo, y secretamente pusieron en plática su libertad, pareciéndoles que halla-

rian en Tibaldo, como en hombre ofendido, el remedio de sus agravios, pues casi eran comunes á todos. Dijeron á Tibaldo que les ayudase á salir de tan dura servidumbre y que se reprimiese la insolencia de Rocafort; pues olvidado de lo que debia hacer un buen gobernador y capitan, atropellando las leyes naturales, usaba de su poder en cosas ilícitas y fuera de toda razon, y de los súbditos libres como de sus esclavos, y de los bienes ajenos como suyos propios.

Que ya era tiempo que las maldades de Rocafort tuviesen castigo, y sus trabajos y peligros fin; que pues él era la suprema cabeza, pusiese el remedio conveniente y diese satisfacion á tantos agraviados. Tibaldo, como solo y forastero, temiéndose que no fueran echadizos de Rocafort para descubrir su ánimo, respondió con palabras equívocas, ni cargando á Rocafort ni desesperándoles á ellos. Era el francés hombre muy prudente y de grande experiencia, y quiso, aunque agraviado de Rocafort, tentar el camino mas suave para moderalle; porque como el principal motivo de su venida habia sido para tener de su parte nuestro ejército, no reparaba en su particular autoridad, sino en lo que habia de ser de importancia para el príncipe cuyo ministro era. El primer medio que tomó fué hablar con gran secreto á Rocafort y pedille que se fuese á la mano en sus gustos, poniéndole delante los daños que le podrian causar. Pero Rocafort, poco acostumbrado á sufrir personas que pretendiesen detener y corregir sus desórdenes, respondió á Tibaldo con tanta aspereza, que le obligó á poner remedio mas violento; y desesperado de poder mantener á Rocafort en el servicio de su príncipe si no se le consentian sus ruindades, determinó vengarse dél y dejar nuestra compañía. Pero disimuló esta determinacion hasta que un hijo suyo viniese con seis galeras de Venecia, adonde le habia enviado algunos meses antes. Llegaron dentro de pocos dias; y Tibaldo, cuando se vió seguras las espaldas, envió con gran secreto á decir á los capitanes conjurados que le hiciesen saber en lo que estaban resueltos de los

negocios de Rocafort. Ellos respondieron que juntase consejo, y que en él veria los efetos de su determinacion. Dióse Tibaldo por entendido, y al otro dia hizo juntar el consejo, publicando que tenia cosas importantes que tratar en él. Vino Rocafort con la insolencia y arrogancia que acostumbraba. A la primera plática que se propuso, comenzaron todos á quejarse dél; pero como hasta entonces no habia tenido hombre que le osase contradecir ni que descubiertamente se le atreviese, alborotóse extrañamente, y con el rostro airado y palabras muy pesadas los quiso atropellar, como solia. Entonces los capitanes conjurados se fueron levantando de sus asientos; y llegándosele mas, multiplicando las quejas y acordándose de los agravios que á todos hacia, diciendo y haciendo, le asieron á él y á su hermano, sin que pudiesen resistirse, porque los conjurados eran muchos y resueltos. Luego que tuvieron presos á entrambos hermanos y entregados á Tibaldo, acometieron la casa de Rocafort y la saquearon toda, alargándose la licencia militar, como suele en casos semejantes, sin detenelles el respeto que debian tener á las paredes de quien habia sido su general tantos años, y con su espada y valor haberles defendido tantas veces.

CAPÍTULO LIX.

Tibaldo, llevando consigo los dos hermanos presos, deja el ejército, y los lleva á Nápoles, donde les dieron muerte.

La prision de Rocafort causó diferentes efetos, porque sus amigos se entristecieron, como participantes de sus delitos, y hubieran hecho alguna demostracion de libralle, si no dudáran de que un caso tan grave no era posible haberse emprendido sino con gran prevencion de ayuda y lados; y mas, que aun no habian reconocido cuáles eran amigos ó enemigos declarados: cosas que muchas veces suele ser de importancia para los que acometen casos tan repentinos y prontos. Los turcos y turcoples que eran los fieles á Rocafort, quedaron tan pasmados y atóni-

tos del hecho, que no pudieron tomar resolucion. Los almugavares estaban divididos: la mayor parte le amaba, la otra le aborrecia; pero toda la gente de estimacion y la nobleza, como la mas ofendida, era la que procuraba con muchas veras su perdicion. Aquella noche que Rocafort estaba preso fué toda inquieta y llena de recelos. A la mañana ya pareció que habia mas sosiego, porque supieron que Rocafort y su hermano estaban vivos. Pero cuando á Tibaldo le pareció que tenia á todos los del ejército mas descuidados y seguros, una noche con gran secreto embarcó á los dos hermanos Rocaforts en sus galeras, y él juntamente con ellos navegó la vuelta de Negroponte, dejando burlada toda nuestra compañía. A la mañana, cuando vieron partidas las galeras, y que Tibaldo se llevaba en ellas á los dos hermanos, alteráronse todos mucho, y decian que aunque Rocafort fuese de tan ruines costumbres, era su capitan, y no les parecia justo entregarle á sus enemigos para que hiciesen escarnio dél y de nuestra nacion, dándole una muerte vil y afrentosa, en mengua de todos ellos; que si Rocafort la merecia, que se la hubiera dado el ejército por sus manos, y no ponerle en las de sus mayores enemigos. Con esta plática se fueron encendiendo los ánimos, atizados de los amigos íntimos de Rocafort, de suerte que llegaron á tomar las armas los almugavares y turcos contra los que se habian señalado en su prision, y con una furia y coraje increible los iban buscando por sus alojamientos y matando los que topaban, sin que hubiese soldado ni caballero que se atreviese á resistirles; tanta fué la aficion y voluntad que la gente de guerra tuvo á Rocafort, que jamás la pudieron borrar sus maldades y ruin correspondencia con los amigos, ni en esta ocasion pudo sosegarse hasta vengarle y satisfacerse muy á su gusto. Quedaron muertos deste alboroto ó motin catorce capitanes de los mas conocidos enemigos de Rocafort, y otra mucha gente de los aficionados y criados destos capitanes, que quisieron al principio resistir: cosa notable que los nuestros, puestos en medio de sus enemigós, tres años con-

tínuos tuviesen ellos siempre guerra civil, derramándose mas sangre que en todas las demás que tuvieron con los estranjeros. Y aunque las guerras civiles son de ordinario ocasion de no tenerlas con los estranjeros, no sucedió esto á los nuestros, pues á un mismo tiempo acometian al enemigo y se mataban entre ellos.

Tibaldo llegó á Nápoles con los dos hermanos Rocaforts, presos, y los entregó al Rey Roberto su mortal enemigo. El orígen desta enemistad fué no haberle querido Berenguer de Rocafort entregar unos castillos de Calabria, que por razon de las paces hechas entre los Reyes le pertenecian, hasta que le satisfaciesen lo corrido de sus pagas á él y á su gente; y como los Reyes tienen por injuria y atrevimiento grande pedilles paga de servicios por medios violentos, aunque por entonces satisfizo á Rocafort, quedóle siempre vivo el sentimiento deste agravio. Mandó luego que los llevasen á los dos hermanos al castillo de la ciudad de Aversa, y que encerrados en una obscura prision, los dejasen sin darles de comer hasta morir. Fué Berenguer de Rocafort el mas bien afortunado y valiente capitan que hubo en muchas edades, y el mas digno de alabanza, si al paso de su prosperidad no crecieran sus vicios. Sirvió al Rey don Pedro y á sus hijos don Jaime y don Fadrique, de capitan. Despues con nuevos pensamientos se juntó con Roger en la Asia, adonde fué con no pequeño socorro. Por muerte de Corbaran de Alet fué senescal, maestre de campo, general del ejército, y despues de muerto Roger, y Berenguer preso, le gobernó por espacio de cinco años sin competidor alguno, y en este tiempo destruyó muchas ciudades y provincias. Venció tres batallas con muy desigual número de gente, y en una dellas un Emperador de oriente; y mantuvo una guerra tanto tiempo en el centro de las provincias enemigas; y últimamente atravesó con su ejército desde Galípoli á Casandria, quemando y destruyendo cuanto se le puso delante. Nunca fué vencido ni aun en pequeñas escaramuzas. Triunfó de todos sus enemigos, y en todas las guerras

civiles y estranjeras fué siempre vencedor; pero el remate de todas estas dichas paró en una triste prision y miserable muerte, aunque, al parecer de todos, justísimo castigo del cielo, por la sangre inocente que derramó de sus amigos y de otros muchos que injustamente murieron á sus manos. Gisbert de Rocafort siguió la misma fortuna que su hermano; pero segun se colige de los historiadores de aquellos tiempos, no procedió tan disolutamente como él, aunque fué participante y compañero en muchos de sus delitos, y particularmente en la de Berenguer, y quizá por no tener el lugar de su hermano fué menos notado; porque los vicios se descubren mas en la mayor fortuna. Quién fuesen estos caballeros, ó de qué familia de las muchas que en Cataluña hubo deste apellido, Montaner lo calla, como de muchos otros que se hallaron en esta grande empresa, que ni aun escribió sus nombres: yerro por cierto ó descuido muy notable y de grandísimo perjuicio para las casas nobles que hoy permanecen en estos reinos, cuyos pasados se hallaron en esta tan señalada expedicion.

CAPITULO LX.

Eligen los catalanes gobernadores; y solicitados del duque de Atenas ofrecen de serville.

Despues del miserable caso de Rocafort y de los que por él se siguieron, quedó nuestro ejército, no solo sin cabeza, pero sin personas capaces de tanto peso; porque el gobierno de tan varias gentes, acostumbradas á obedecer famosos capitanes, y envejecidas debajo de su mando, mal se pudiera entregar á quien no fuera igual á los pasados en valor y nobleza de sangre. Roger de Flor fué el que primero los gobernó, hombre, como se dijo, señaladísimo entre todos los capitanes de su tiempo; despues Berenguer de Entenza, ilustre por su sangre y hazañas; luego, Rocafort, famoso por sus vitorias; y aunque sin estos en nuestro campo habia muchos caballeros y capitanes de nombre

que pudieran ocupar este puesto, habian todos perecido por la crueldad de Rocafort, que, como á émulos y competidores, les procuró siempre su perdicion; porque no hay razon que prevalezca en un hombre cuando se atraviesa la conservacion de un puesto grande, y los medios que pone para adquirille y mantenelle no repara en si son buenos ó malos, á trueque de salir con su pretension.

Juntáronse los del consejo para elegir cabeza, y considerando la falta que tenian de ellas, se resolvieron de nombrar dos caballeros, un adalid y un almugavar, para que por todos cuatro juntos, por consejo de los doce se gobernase el campo. Con este gobierno se entretuvieron algun tiempo en Casandria, adonde tuvieron embajadores del Conde de Breña, que sucedió en el ducado de Aténas por la muerte de su duque, último descendiente de Boemundo, que por faltarle sucesion dejó su Estado al Conde, su primo hermano. Trajo esta embajada Roger Deslau, caballero catalan, natural de Rosellon, que servía al Conde. Con este se asentó el trato, ofreciéndoles de parte de su señor que siempre que le viniesen á servir, les daria seis meses de paga adelantada y las mesmas ventajas que habian tenido en servicio del Emperador Andrónico. Pero dudábase mucho que pudiesen ir á servilles sino dándolesarmada con que pasar, porque por tierra parecia imposible, por haber de atravesar tantas provincias, y casi todas de enemigos, rios caudalosos, montes ásperos, y todo esto sin haberlo reconocido. Con todas estas dificultades quedaron firmados todos los conciertos, por si en algun tiempo le fuesen á servir.

Pasaron el siguiente invierno los nuestros con alguna falta de bastimentos; y asi, en abriendo el tiempo, trataron de desamparar á Casandria y acometer á Tesalónica, cabeza de toda la provincia, y adonde estaba la mayor fuerza de ella, porque se tenia por cierto que ganada esta ciudad, podrian fundar con mucha seguridad los catalanes y aragoneses su imperio en ella y alcanzar las mayores riquezas del Oriente, por residir alli Ire-

ne, mujer de Andrónico, y María, mujer de su hijo Miguel, con toda su corte. No fueron estos consejos tan ocultos al Emperador Andrónico como se pensaba y trató luego de prevenirse, porque conocia á los catalanes con brios para emprender cosas tan grandes y al parecer imposibles. Envió capitanes expertos á Macedonia á levantar gente para defender las ciudades principales. Mandó que dentro dellas se recogiesen los frutos de toda la campaña, para asegurarse del daño que podia causar la falta dellos, y dejar al enemigo la tierra de manera que no se pudiese mantener de lo que en ella quedaba. Mandó tambien que desde Cristopol hasta el monte vecino se levantase una muralla para impedirle la vuelta de Tracia. Con esto le pareció al Emperador que acabaria á los catalanes sin venir con ellos á las manos; que esto jamás quiso que se aventurase, porque tenia por imposible vencerlos con fuerza y violencia. Estuvo bien cerca de salirle bien estas trazas á Andrónico, si el valor de nuestra gente no las hiciera vanas y sin provecho.

CAPITULO LXI.

Sale el ejército de Casandria, y pasa á Tesalia.

Dejaron los nuestros á Casandria, y vinieron con todo su poder la vuelta de Tesalónica, creyendo hallarla en el descuido que ciudad tan grande y populosa pudiera tener, pero fué muy diferente de lo que se pensó; porque bastecida de provisiones y de gente de guerra, estaba sobre aviso.

Tentaron de acometella á viva fuerza de asaltos, pero las dos emperatrices que estaban dentro, asistidas de los mas valientes capitanes del Imperio, libraron la ciudad; porque los catalanes, reconociendo tan gallarda defensa, dejaron la empresa, y alojados en las aldeas mas vecinas, corrieron la tierra para buscar el sustento; pero como la vieron vacía de gente y de ganado, sospecharon la traza del enemigo, que ellos no habian prevenido. Trataron luego de partirse, porque ocho mil hom-

bres, sin los cautivos, caballos y bagajes, era número grande para poder sustentarse y vivir de lo que el enemigo habia dejado de recoger. Viendo pues la ruina inevitable si se detenian, determinaron volver á Trácia por el propio camino que trujeron á la venida, pero avisados de un prisionero que el paso de Cristopol estaba cerrado con un muro y bastante gente para su defensa, tuviéronse casi por perdidos, porque creyeron tambien que tras esta prevencion, los macedones, tracios y lirios y acarnanes y los de Tesalia, todos vecinos, juntas sus fuerzas, les acometerian, ó por lo menos les defenderian el buscar el sustento; con cuya falta forzosamente habian de perecer. La última necesidad, como siempre acontece, les hizo resolver de atravesar toda la provincia de Macedonia y entrar en Tesalia, cuyos pueblos vivian sin recelo de sus espadas, porque creyeron que Macedonia y las fuerzas que habia dentro della fueran impenetrables muros para que los catalanes los pudieran ofender. Apenas acabaron de tomar este consejo cuando luego le pusieron en ejecucion, porque Andrónico no le pudiese prevenir; y así, dejando á Tesalónica, recogiendo todas sus fuerzas con increible diligencia, porque el enemigo no les impidiese la entrada de los montes, caminaron por pueblos enemigos, tomando dellos solo el sustento forzoso; porque el temor del peligro fué mayor entonces que su codicia, que por no detenerse no la ejercitaban. Al tercero dia llegaron á la ribera del rio Peneo, que corre entre los montes Olimpo y Ossa, y riega aquel amenísimo valle llamado Tempe, tan celebrado en la antigüedad. En las caserías y poblaciones riberas de este rio se alojaron, donde, convidados de su regalo y templanza del cielo, pasaron el rigor del invierno. Dióles ocasion para este reposo el tener llana y segura la salida para Tesalia, y la abundancia de bastimentos que hallaron en las tierras poco trabajadas antes de gente militar. Fué este valle de Tempe tan estimado de los antiguos, así por la suavidad y templanza del aire, como por la religion y deidades que creyeron que habitaban entre aquellas

selvas y bosques y en el rio, que le tenian por un paraíso y propia habitacion de sus dioses. Los griegos, cuando supieron el camino que los catalanes habian tomado, poco seguros de que no volviesen, no los quisieron irritar, aunque la presteza de su camino fué de manera, que aunque les quisieran seguir no pudieran alcanzalles, y quedaron con nuevos temores de gente cuya industria y valor escedia todas sus fuerzas y consejos.

CAPITULO LXII.

Baja el ejército de los catalanes á Tesalia, y por concierto dejan esta provincia y pasan á la de Acaya.

En entrando la primavera, salió el ejército del valle y bajó á Tesalia, sin haber enemigo que se le opusiese; con que libremente se hicieron contribuir de la mayor parte de sus pueblos que viven en lo llano.

Hallábase entonces esta provincia sujeta á un príncipe de poca capacidad, casado con Irene, hija bastarda del emperador Andrónico. Estaba desavenido con su suegro porque no queria reconocer la obediencia que debia al imperio; porque ya en este tiempo aquella monarquía oriental de los griegos estaba en su última declinacion, y la mayor parte de los príncipes sujetos no la querian reconocer, porque la vieron sin fuerzas, y sin ellas cualquier derecho se pierde; que la sujecion no se da sino al poderoso. Así el imperio de los romanos del Occidente ha venido á quedar en un título vano de su grandeza, porque Italia, Francia, España é Inglaterra, que un tiempo le rindieron tributo y recibieron sus leyes, hoy se ven libres, porque declinó su poder, y con él se perdió su derecho: los godos y demás naciones septentrionales le redujeron á esta miseria. Luego que el príncipe de Tesalia supo las fuerzas que tenia en su estado, y que eran superiores á las suyas, con los buenos consejeros y ministros fieles que tuvo, alcanzó lo que otros no pudieron con las

armas, que fué persuadilles con dádivas y con ruegos que saliesen de su estado; y así, con una cortés embajada, despues de haber fortificado algunas ciudades y puestos en defensa, porque tambien fuese esto ocasion de que los catalanes no dejasen lo cierto por lo dudoso, ofreciéronles bastimentos necesarios y fieles espías para que los llevasen á Acaya ó á donde mejor les pareciese, y juntamente les dieron gran cantidad de dinero; porque cuando el poder es muy inferior, no se puede tener por desvalor y mengua redimir con dinero la vejacion que se padece. Juntáronse los gobernadores y consejeros del ejército, y ponderando las dificultades y peligros que pudieran suceder de quedarse en la provincia, juzgaron por cosa útil y necesaria admitir los partidos y caminar adelante, porque cuanto mas se acercaban hácia el Mediodia, tanto se acercaban á tener cerca los socorros de Sicilia y de España.

Respondieron á los embajadores que ellos admitian el partido, y con esto el negocio quedó concluido; y luego por parte del Príncipe se les entregó el dinero y vituallas, y ellos con mucha puntualidad partieron el dia que ofrecieron de salir. Con esto Tesalia quedó libre por su industria de gravísimos daños, y los catalanes con la misma los evitaron; porque la guerra á todos es dañosa, y muchas veces el vencedor se diferencia solo en el nombre del vencido. El camino que los nuestros tomaron fué por la parte montañosa de la provincia de Tesalia, llamada la Blaquia, que forzosamente hubieron de atravesar parte della. Zurita, cuando refiere el camino que hizo este ejército, recibió grande engaño diciendo que la tierra que pasaron se llamaba Valaquia, porque no llegó á su noticia que habia provincia que se llamase Blaquia; porque Montaner, de donde él lo sacó, la llama Blaquia, y Zurita, ignorando el nombre y corrigiendo á Montaner, la llama Valaquia, llevado de la semejanza del nombre; pero á la Valaquia no llegaron los nuestros con cien leguas.

La Blaquia se debe llamar, que es, segun Nicetas, en el fin

de su historia, la tierra montañosa de Tesalia, que viene bien con el camino que los catalanes hicieron y con el nombre que Montaner la llama. Sus naturales se llaman blacos, gente belicosa y que tuvo muchos años oprimidos á los emperadores orientales, y aun hoy entre los turcos conservan su nombre y valor, puesto que sujetó á tan bárbara y poderosa gente. No acaba Montaner de encarecer el trabajo que se tuvo en este camino de la Blaquia, porque siempre fué con las armas en la mano y peleando: tanta resistencia hallaron en los naturales. Yo entiendo que una de las moyores empresas que se hicieron en esta espedicion fué el abrir camino por esta tierra, tan llena de gente plática y valiente. Al fin la atravesaron á pesar suyo, con universal admiracion de los que conocieron el peligro, con las buenas y fieles guias de los de Tesalia. Pasaron el Estrecho llamado Termópilas, célebre por los trescientos espartanos que con Leónidas murieron defendiendo el paso á Jérjes y la libertad de Grecia. De allí bajaron á la ribera del rio Cefiso, que baja del monte Parnaso y corre hácia el Oriente, dejando á la parte del norte los pueblos llamados de los antiguos locrenses, opuncios y epieménides, y á Mediodia Acaya y Beocia. Llega este rio hasta Lebadia y Haliarte, donde se divide y pierde el nombre, y le muda en el de Esopo y Ismeno. Esopo corre por medio de la provincia Atica hasta que entra en el mar; Ismeno junto de Aulide desagua en el mar Euboico, llamado hoy de Negroponte. Por aquellas vecinas aldeas de locrenses se alojó nuestro campo para pasar el otoño y invierno, y tomar resolucion de lo que se habia de hacer la primavera siguiente.

CAPÍTULO LXIII.

El duque de Aténas recibe á los catalanes.

El duque de Aténas, luego que supo que el ejército de los catalanes habia pasado los montes y atravesado la Blaquia, envió con mucha diligencia sus embajadores á las cabezas del ejército,

temiendo que otros príncipes vecinos recibiesen á los catalanes en su servicio; porque, como era milicia de tanta estimacion, todos procuraban tenerla en su favor; y así, él con grandes ofrecimientos de pagas y sueldos aventajados, les acordó la palabra que le dieron en Casandria de venille á servir cuando él envió á Roger Deslau. Los catalanes, oida la embajada del Duque, les pareció mas útil su amistad que la de los otros príncipes vecinos; y así, se concluyó el trato con él, que fué el mismo con que sirvieron al emperador Andrónico. Con estos nuevos socorros el Duque se puso en campaña á restaurar lo que sus enemigos habian ocupado de su estado. El mas vecino y poderoso enemigo era Angelo, príncipe de los blacos, y el emperador Andrónico, que como príncipe griego, aborrecia el nombre latino, y queria echar de su estado al Duque y á los demás franceses que le seguian. El déspota de Larta, llamada de los antiguos Andracia, tambien le apretaba con sus armas. Contra las destos tres enemigos, que aun divididos eran poderosos, comenzó la guerra el Duque; y fué tan dichoso en ella, que no solamente reprimió la furia y rigor de sus enemigos y defendió su estado, pero tambien cobró treinta fuerzas que le habian usurpado. Ultimamente se trataron y concluyeron paces con todos; pero se hicieron muy avenjatadas por parte del Duque. Todos los sucesos desta guerra que los catalanes tuvieron con los enemigos del Duque, no hay historiador que lo refiera sino solo por mayor, ni ha quedado memoria ni papel alguno de donde se pudiera sacar algo que ilustrara estos sucesos, que fueron sin duda muy notables, porque los enemigos con que se hizo eran poderosos en número y valor. Gran desdicha de nuestra nacion que haya enterrado el silencio hechos tan memorables, que pudieran perpetuar su estimacion en los siglos veaideros.

CAPITULO LXIV.

Despide el Duque con suma ingratitud á los catalanes que la habian servido, sin quererles pagar; con que los unos y los otros se previenen para la guerra.

Luego que el Duque se vió absoluto y pacífico señor de su Estado, no trató de cumplir su palabra pagando lo que habia ofrecido á los nuestros cuando los llamó á su servicio; antes bien, tratándoles con poca estimacion, les fué maquinando su ruina: cosa al parecer imposible, olvidarse de tan reciente y señalado beneficio como fué restituirle en su Estado y reprimir tan poderosos enemigos. Admiró estrañamente esta novedad y mudanza á los catalanes y aragoneses, que esperaban de su mano vivir de allí adelante con honra y comodidad; porque como el Duque se criara en Sicilia, en el castillo de Agosta, mostraba aficion á los catalanes, y hablaba su lengua como si fuera natural y propia suya. Quedaron suspensos de velle tan trocado cuando mas prendas y obligaciones corrian. La traza que tuvo el Duque para librarse de las descomodidades que la gente de guerra pudiera causar en su Estado pacífico, fué la siguiente: entresacó de nuestro ejército doscientos soldados de á caballo, los de mayor servicio y partes, y trescientos infantes, y repartió entre ellos algunas haciendas, con harta moderacion, por todo su Estado. Quedaron estos contentísimos, y los demás tambien, esperando de que el Duque habia de usar de la misma liberalidad que ellos. Pero al tiempo que creyeron ver cumplidas sus esperanzas, les mandó el Duque que dentro de un breve plazo se saliesen de su Estado, y que cuando no le obedeciesen, los trataria como á rebeldes y enemigos. Los nuestros, aunque confusos y turbados de golpe tan poco prevenido, con el valor y determinacion que solian, le respondieron que obedecerian con mucho gusto si les pagaba el sueldo que se les debia, pues tan bien le habian servido, y los seis meses adelan-

tados que les ofreció cuando vinieron á su servicio; que con este dinero podrian alcanzar bajeles para volver á su patria seguros, aunque mal pagados. Replicó á esto el Duque con tanta soberbia y con tanto desconocimiento de los servicios pasados, que dijo que se fuesen de su presencia y se saliesen de su tierra; que él ni les debia ni les queria pagar lo que con tanta desvergüenza le pedian; que aprestasen luego su salida, sino querian verse muertos ó cautivos. Esta respuesta obligó á los nuestros á que determinasen antes morir que salir de su tierra sin que se les diese entera satisfacion. Hiciéronle saber esta resolucion, y entre tanto se apoderaron de algunos puntos importantes, adonde los pueblos, aunque por fuerza, les contribuian para sustentarse. Luego que el Duque supo que los catalanes se querian defender, hizo grandes juntas de gentes, así de naturales como de estrañas, para echarles por fuerza de su Estado, pudiéndolo hacer con menos gasto, menos peligro y menos nota de su ingratitud, si les despidiera dándoles las pagas que tan bien habian merecido.

Al fin se resolvió de echarles por fuerza, y para esto juntó un poderosísimo ejército, bien desigual con nuestro corto poder, porque de atenienses, tebanos, platenses, locrenses, focenses y magarenses; y ochocientos caballos franceses, llegó á tener seis mil y cuatrocientos caballos y ocho mil infantes, aunque Montaner quiere que sean muchos mas; pero en este caso me ha parecido seguir á Nicéforo, que lo escribe harto difusamente, y pudo tener mas noticia, por hallarse mas cerca que Montaner, que ya no estaba presente en esta jornada, y el griego es muy neutral cuando no escribe los sucesos de su nacion, sino de las estrañas. Los doscientos caballos y trescientos infantes á quien el Duque habia dado las haciendas que se ha dicho, viendo el peligro de sus compañeros, y creyendo que aquel mismo rigor se habia tambien despues de ejecutar en ellos, fuéronse al Duque, y le dijeron cómo entendian que aquel ejército que tenia junto era para contra sus compañeros y amigos; y que si esto

era así verdad, ellos le renunciaban las haciendas que les dió, porque tenian por mejor suerte morir defendiendo á los suyos que gozar riquezas en paz pereciendo ellos. El Duque, confiado de sus fuerzas, que eran tan superiores á las nuestras, les respondió con palabras tan pesadas y tan llenas de mil ultrajes y afrentas, que cuando no vinieran tan resueltos de apartarse de su servicio, sola esta respuesta les obligara á procurar vengarse. Las palabras en todos los hombres han de ser muy medidas, y mas en los príncipes, porque de la descortesía no se puede esperar sino aborrecimiento, y las mas veces deseo y cuidado de satisfacion y venganza.

Palabras descompuestas causan justa indignacion, aun en los mas humildes. La cortesía es lazo con que se prenden los corazones, y usada con los enemigos, suele ser medio para ablandarlos en el mayor ímpetu de su furia. Con esto se fueron los quinientos á juntar con los demás catalanes y aragoneses, y les avisaron de la última resolucion del Duque; de quien dice Nicéforo que estaba tan arrogante y soberbio, viendo debajo de su mano tanta y tan lucida gente, que ya sus designios eran mayores que destruir á los catalanes, porque esto lo pensaba hacer como de paso, y entrar despues en las provincias del imperio, haciendo una cruel y sangrienta guerra hasta llegar á Constantinopla. Pero todas estas trazas atajó Dios en sus principios; porque la sobrada confianza de sí mismo nunca se logra.

CAPÍTULO LXV.

Vitoria de los catalanes contra el duque de Aténas, y su muerte; con que los catalanes se apoderaron de aquellos Estados, y dieron fin á su peregrinacion.

Los catalanes y aragoneses, luego que supieron que el Duque venia marchando con todo su campo la vuelta de sus alojamientos, hicieron lo que otras veces cuando se vieron forza-

dos de la necesidad, que fué poner el remedio en solo su valor. Determinaron salirle al encuentro, aunque se hubiese de pelear con tanta desigualdad. Hallábanse en nuestro ejército, entre todas las tres naciones, tres mil y quinientos caballos y cuatro mil infantes, cuando dejaron sus cuarteles para salir á recibir al Duque. Llegaron á alojarse el primer dia en unos prados por donde atravesaba una acequia muy grande, que les ofreció un ardid y traza importante para su ruina del enemigo.

La yerba de los prados estaba crecida un palmo alta, bastante para encubrir el terreno. Empantanaron todos aquellos campos vecinos, por donde juzgaron que la caballería enemiga habia de hacer sus primeros acometimientos. Para la suya dejaron algunos en seco, para que cuando fuese menester pudiese salir y escaramuzar por lo enjuto y firme. Sucedióles bien la traza; porque el Duque al otro dia vino con todo el ejército, tan poderoso, que fué ocasion de su descuido en advertir los ardides del enemigo, y le pareció que solo el lucimiento de sus armas y galas bastaba para humillar sus enemigos. En descubriendo á los nuestros ordenó sus escuadrones, y porque tenia mayor confianza de la caballería, la puso toda delante, y él en persona, con una tropa de doscientos caballeros franceses y los mas lucidos de la provincia, tomó la vanguardia. Nuestra gente, al tiempo que el Duque se disponia para la batalla, quiso hacer lo mismo, mezclando los escuadrones y tropas de los turcos y turcoples entre las suyas; pero ellos se salieron afuera, diciendo que no querian pelear, porque tenian por imposible que el Duque viniese contra los catalanes, de quien habia sido tan bien servido, sino que debia ser traza con que los querian destruir á ellos, como á gente de diferente religion. No se turbaron los catalanes y aragoneses en esta resolucion de los turcos, aunque por la brevedad no les podian desengañar, ni quisieron rehusar la batalla; antes con mas coraje salieron á escaramuzar y cebar al enemigo que viniese á buscar su misma muerte. El Duque con la primer tropa de vanguardia vino cerrando contra un es-

cuadron de infantería que estaba de la otra parte de los campos empantanados, y con la furia que la caballería llevaba se metió sin poderlo advertir en medio dellos, y al mismo tiempo los almugavares, sueltos y desembarazados, con sus dardos y espadas se arrojaron sobre los que cargados de hierro se revolcaban en el lodo y cieno con sus caballos. Llegaron las demás tropas para socorrer al Duque, y cayeron en el mismo peligro. El Duque, como mas conocido, fué de los primeros que murieron á manos de los que poco antes habia menospreciado y maltratado con palabras afrentosas. Este suele ser el fin de los arrogantes y desvanecidos, que de ordinario vienen á perecer donde creyeron que habian de triunfar.

Muerto el Duque y los que iban en su tropa, quedó lo restante del campo lleno de miedo y de confusion, porque ya los catalanes y aragoneses les habian acometido por diversas partes, y los turcos y turcoples, satisfechos de sus recelos, viendo que los nuestros degollaban la gente del duque, salieron de refresco contra ella, y dieron cumplimiento á la vitoria. Pereció con el Duque mucha gente principal; porque de setecientos caballeros que entraron en la batalla solos dos quedaron vivos. El uno fué Bonifacio de Verona, y el otro Roger Deslau, caballero de Rosellon y muy conocido en nuestro ejército, por haber venido muchas veces con embajada del Duque á nuestros capitanes cuando moraban en Casandria. Fué la batalla muy terrible y sangrienta, y duró mas el alcance y el matar que el vencimiento; porque en siendo muerto el Duque, y empantanadas las primeras tropas de la caballería, hubo gran desórden en lo restante del ejército enemigo, con que fué fácil el rompelle.

Ganada tan señalada vitoria, pasaron adelante, y en pocos dias se apoderaron de la ciudad de Tébas, y luego de la de Aténas, con todas las fuerzas del Estado del Duque, rendidas las mas sin esperar sitio, porque toda la defensa se habia perdido en la batalla. Con esto quedaron nuestros catalanes y aragoneses señores de aquel Estado y provincia, al cabo de trece años

de guerra; y con esto dieron fin á toda su peregrinacion, y asentaron su morada, gozando de las haciendas y mujeres de los vencidos; porque despues que se vieron sin contradicion dueños de todo, la mayor parte de los soldados se casaron con las personas mas principales y mas ricas de la provincia, y quedó fundado en ella un nuevo Estado y Señorío, que nuestros Reyes de Aragon estimaron mucho, por ser ganado, no con sus propias fuerzas ni con la hacienda comun de sus reinos, sino por hombres particulares súbditos suyos: gran dicha de príncipes tener tales vasallos, que los trabajos, los gastos y los peligros vayan por su cuenta, y el fruto de las vitorias, la conquista de los reinos, la gloria de haberlos adquirido, y el mando y gobierno dellos sea por el príncipe en cuyos Estados nacieron. Estaban los nuestros tan faltos de personas principales y caballeros que les gobernasen, que pidieron á Bonifacio de Verona, uno de los dos caballeros que quedaron vivos de la batalla, que fuese su capitan; pero Bonifacio, por parecelle que tendria la misma autoridad con ellos que tuvo Tibaut, no quiso admitir lo que le ofrecian. Dos cosas por cierto estrañas hallo en este caso: la primera que pusiesen los ojos para su capitan en estranjero y prisionero suyo; y la segunda que él no lo quisiese ser. Desengañados de su voluntad, hicieron capitan á Roger Deslau, y le dieron por mujer la que lo habia sido del señor de Sola, mujer principal y rica. Con este capitan se gobernó algun tiempo aquel Estado.

CAPITULO LXVI.

Los turcos, con el deseo de volver á la patria, dejan el servicio de los catalanes, y por el mismo camino que vinieron, vuelven á Galipoli.

Los turcos y turcoples, viendo que los catalanes y aragoneses sus compañeros habian acabado su peregrinacion, y que estaban resueltos de fundar en aquel Estado su asiento y vida, deseosos de volver á la patria, determinaron de apartarse de nuestra

compañía; y aunque les propusieron diferentes partidos para que se quedasen, ofreciéndoles villas y lugares donde descansadamente pudiesen vivir y participar igualmente con ellos del premio de sus vitorias, ninguna cosa bastó á detenerles, porque decian que ya era tiempo de volver á su tierra y ver sus amigos y deudos, y mas hallándose con tanta prosperidad y riquezas como tenian, con las cuales querian que su propria naturaleza fuese el centro de su descanso. Con esta resolucion se partieron amigablemente los turcos y turcoples de nuestra compañía la vuelta de su patria. Tomaron el proprio camino que trujeron cuando vinieron con los catalanes desde Galípoli. Atravesaron toda Tracia, sin que persona alguna les resistiese, talando y destruyendo con grande inhumanidad todas las provincias por donde pasaron. Los turcoples, con Meleco, su capitan, eran cristianos, pero mas en el nombre que en los hechos.

No quiso intentar nuevo trato para volver al servicio de Andrónico, ó porque dudó que no se lo admitirian, ó ya que lo admitiesen, receló no fuese para despues de aseguralle darles la muerte; porque sabian que los griegos y su príncipe Andrónico estaban muy ofendidos de que en la batalla que los catalanes ganaron cabe Agros, ellos fueron los primeros que desampararon á Miguel, y despues dejaron las banderas imperiales de Andrónico, á quien servian, y se juntaron con los catalanes y aragoneses, sus mayores enemigos, y por siete años contínos destruyeron con ellos el imperio: causas bastantes para temer cualquier reconciliacion, que tan grandes ofensas nunca se olvidan. Desesperado Meleco de tomar este camino, le abrió otro la suerte para que descansase, porque el príncipe de Servia le ofreció buen acogimiento, con condicion que no habian de tomar las armas, ni usarlas sino cuando él quisiese. Aceptólo Meleco, y quedaron en Servia él y los suyos en vida sosegada y quieta, bien diferente de la que hasta allí tuvieron.

Calel, capitan de los turcos, que llegaban al número de mil y trescientos caballos y ochocientos infantes, entró en Macedonia,

donde determinó de estar muy de asiento, hasta que con seguridad pudiese volver á su patria, y en este medio hizo tantos daños en aquella provincia, que fué forzoso, ya que faltaban las fuerzas para echarle con ellas, tratar de algunos conciertos con que lo obligasen á salir. El que pareció mas conveniente para entrambas partes fué que Calel desampararia la provincia si le aseguraban el paso de Cristopol, y le daban navíos con que pudiese pasar el Estrecho; porque sin estas dos cosas, y faltándole cualquiera dellas, era imposible volver á la Natolia, su patria. Los turcos entonces platicaban poco el ser marineros, porque como tenia aun provincias que ganar en tierra firme, no cuidaban de las que estaban de la otra parte del mar, y así, no pudo tener Calel esperanza en los navíos de lo de su nacion. El Estrecho de Cristopol era imposible atravesarle, por la muralla que en él se habia levantado despues que los nuestros le pasaron. Avisaron al emperador Andrónico de los pactos con que los turcos daban palabra de salir de la provincia; y ponderando como era justo el peligro y riesgo que se ponia con su detencion, y lo que toda Macedonia padeceria si los turcos, desesperados de que el paso y camino de su patria se les impidiese, y que podrian acometer á Tesalónica ó alguna otra empresa semejante, á que la desesperacion obliga, y acordándose cuán caro le costó el menospreciar á los catalanes, le hizo resolver presto en el negocio y aceptar aquellos partidos, y ofrecer á los turcos el paso libre de Cristopol, y navíos para pasar el pequeño Estrecho del Helesponto. Y porque nadie les pudiese ofender, envió tres mil caballos para guarda suya, con un famoso capitan llamado Senancrip Estratepedarea (1), una de las dignidades principales de aquel imperio. Con esta gente Calel y los demás rurcos pasaron el Estrecho de Cristopol y llegaron cerca de Galípoli, donde se les habia ofrecido que se les daria embarcacion.

(1) *Stratopedarcha*, prefecto de la milicia, segun *Nicéforo*, lib. 4.

CAPÍTULO LXVII.

Los griegos rompen la fé prometida á los turcos, y descubierta la traicion, ganan un castillo, donde se fortificaron.

Estando ya aguardando los navíos la gente y capitanes de Senancrip, reconociendo las grandes riquezas que los turcos se llevaban, y que eran despojos de sus provincias, teniendo por gran vileza dejar aquellos bárbaros, siendo tan pocos, volviesen á su patria con ellos, determinaron quebrarles el seguro y la palabra real, juzgándolo por menos inconveniente que sufrir tanta mengua. Tuvieron acuerdo de cómo y á qué tiempo les acometerian: pareció que fuese de noche, tiempo oportuno para gente descuidada. No se trató el negocio con tanto secreto, que los turcos no tuviesen noticia de lo que contra ellos se maquinaba en tan gran ofensa de la misma razon y justicia y del derecho universal de las gentes, que hace inviolable la fé prometida aun al mismo enemigo. Levantáronse aquella noche, y ocuparon un castillo el mas vecino que se les ofreció, y pusiéronse en defensa, con determinacion de morir vengados. Senancrip y sus capitanes, como se vieron descubiertos, hubo gran confusion entre ellos si era bien acometerles ó dar aviso al Emperador de lo que pasaba. Prevaleció este último parecer, y avisáronle luego. Pero aunque el aviso llegó presto y á su tiempo, Andrónico tardó en resolverse: falta muy ordinaria de los príncipes, y la mas perniciosa, dilatar los remedios hasta que pasa la ocasion, y vienen á llegar cuando ya no es posible que aprovechen; y esto en tanto es mas peligroso, cuanto el negocio es de mayor importancia, como lo son los tocantes á la guerra, donde los yerros pequeños suelen ser causa de pérdidas de reinos y monarquías. Tardar en la eleccion de los pareceres que se han de seguir es peor que ejecutar el que se tiene por menos conveniente. Vióse bien en este caso de cuánta mayor importancia fuera para An-

drónico, ó mandar que luego se pelease con los turcos, ó darles navíos para pasar el Estrecho; porque cualquiera destas dos cosas que hiciera, que eran las que le tenian suspenso y dudoso, fuera mas acertada que no con la tardanza de resolverse darles tiempo para que les viniese socorro y lugar de fortificarse y prevenirse, como lo hicieron. Porque desengañados los turcos de que los griegos no le guardarian palabra, como gente desesperada, hicieron grande esfuerzo en avisar á los de su misma nacion que estaban de la otra parte del Estrecho; y estos, como supieron el peligro en que se hallaban Calel y los suyos, y las grandes riquezas que tenian, con bajeles pequeños y en muchos viajes pasaron gran multitud de turcos en su socorro; y viéndose tantos juntos, no solamente trataron de defenderse, pero comenzaron á correr la tierra como pláticos en ella.

CAPÍTULO LXVIII.

Los turcos vencen á Miguel, y hacen grandes daños en Tracia.

Hasta que el emperador Andrónico, temiendo que aquellos pocos enemigos iban tomando fuerzas, se acabó de resolver en acabarlos de una vez; resolucion que por poco le costara la vida á Miguel Paleólogo su hijo, porque él en persona emprendió la jornada con la gente de guerra que tenia y gran multitud de villanos, que los traia mas la codicia de recoger los despojos que de pelear.

Tenian todos por cierto que en viendo los turcos al Emperador Miguel y el fausto y vanidad de los cortesanos se rendirian; y fué tanto el descuido de los griegos, que, como si fueran á caza vinieron la vuelta de los turcos, sin ordenar escuadrones, olvidados de todo punto del manejo ordinario de la guerra, ó fuese por ignorancia ó por parecerles inútil cualquier prevencion para tan poca gente. Los turcos, como no tenian otro remedio sino pelear ó morir vílmente, dejaron las mujeres, niños y ha-

ciendas dentro los reparos de sus fortificaciones, con bastante número para su defensa, y salieron á encontrarse con el enemigo setecientos caballos. Venia el Emperador Miguel muy descuidado, pensando hallar á los turcos no en la campaña sino defendiendo el poco espacio de tierra que habian fortificado, y cuando descubrieron la tropa de los setecientos caballos que les salian á recibir, fué tanta la turbacion de los griegos y desórden de los villanos, que antes de ser acometidos fueron rotos. Cerró junta la tropa de los setecientos caballos turcos por la parte donde vieron los estandartes y el guion del Emperador Miguel, que ni estaba en parte segura ni con la defensa que debiera. Los villanos á este tiempo ya habian vuelto las espaldas y desamparado el puesto que se les encargó, y tras ellos muchos soldados de quien Miguel tenia alguna confianza, y así se vió en un punto sin pelear vencido. Perdió el guion; y aunque con voces y ruegos procuró detener los que huian, no fué oido ni creido. Viéndose solo, y que los turcos le apretaban, volvió las riendas á su caballo, lleno de lágrimas y tristeza, y huyó como los demás. Los turcos le siguieron, y si algunos capitanes y soldados honrados no volvieran el rostro al enemigo para entretenelle, hubiéranle sin duda alcanzado; pero los turcos, detenidos destos pocos que les hicieron resistencia, dejaron de seguir el alcance, y pusieron todas sus fuerzas en rendir á los que se defendian, que á poco rato los acabaron, y con esto dieron fin y remate á la vitoria. Saquearon los alojamientos y tiendas de Miguel, y en la que él estaba alojado hallaron mucho dinero y joyas de grandísimo valor, y entre ellas una corona imperial con piedras finísimas de precio inestimable. Esta vino á las manos de Calel, y haciendo donaire de la dignidad imperial, se la puso en la cabeza, afrentando de palabra al que con tanto deshonor suyo la habia perdido.

Una de las causas desta rota de Miguel fué pelear con gente á quien habia quebrado la palabra; que como el guardarla se debe por derecho universal de las gentes, y todas las leyes di-

vinas y humanas nos obligan á ello, permite Dios tales sucesos, y que los bárbaros triunfen de los cristianos como en castigo de tan execrable maldad. Debieran los griegos acordarse lo que les costó pocos años antes no guardarla á los nuestros, pues estaba á pique de perderse el imperio griego si los catalanes y aragoneses tuvieran algun príncipe que les alentara. Despues desto los turcos, soberbios y atrevidos con la vitoria tan sin pensar alcanzada, corrieron por toda la provincia de Tracia, talando y destruyendo lo que podian, sin que Andrónico se les opusiese, y esto por el espacio de dos años, con tanto temor de los naturales, que dejaron de salir á cultivar la tierra.

CAPÍTULO LXIX.

Files Paleólogo vence á los turcos, con que todos quedaron muertos y prisioneros.

Mientras el Emperador procuraba traer milicia extranjera para levantar ejército, por no poderle formar de la propria, Files Paleólogo, pariente suyo, hombre tenido hasta entonces por encogido, y que solo trataba de estarse quieto en su casa, le pidió que le diese licencia y poder para juntar la gente que quisiese, ofreciéndose de tomar á su cargo la jornada. Andrónico advirtió la bondad del hombre; y pareciéndole que debia ser enviado de Dios para remedio de tantos daños, determinó de encargalle la guerra, y dejársela hacer á su modo; porque tenia por cierto que sus pecados eran causa de tan malos sucesos, pues no bastó un grande ejército para vencer tan poco número de turcos; y así, puso solo su esperanza en la bondad de Files, á quien dió dineros, armas y caballos y la gente que quiso. Salió Files en campaña, y antes encargó á todos que se confesasen, porque de otra manera era imposible alcanzar algun buen suceso. Distribuyó la mayor parte del dinero en limosnas con los pobres y en los monasterios para que estuviesen en con-

tínua oracion: remedios generales para todos los trabajos, con los cuales se aplaca la ira, y se alcanza la misericordia de Dios. Hecho esto, envió por muchos partes á descubrir al enemigo. Tuvo luego aviso que Calel con mil y doscientos caballos corria las campañas de Bicia, donde habia hecho una gran presa. Con esta nueva caminó tres dias despues que partió de las aldeas vecinas á Constantinopla, y asentó su alojamiento cabe el rio que los naturales de la provincia llaman Xerogipso. Y al cabo de dos dias que allí estuvo, cerca de la media noche llegó el aviso como los turcos estaban cerca, cargados de grandes despojos. Reparóse Fíles para la batalla, y al salir del sol se descubrieron clara y distintamente de ambas partes. Los turcos con gran priesa pusieron los carros al rededor de los cautivos y presa, haciendo su acostumbrada oracion (así lo cuenta Gregoras) y echándose polvos sobre la cabeza. Al tiempo de pelear, Fíles acometió al enemigo; pero el que gobernaba el cuerno derecho, matando por sus proprias manos dos turcos, fué herido en un pié de suerte, que se hubo de salir de la batalla. Esto turbó de manera la gente que peleaba en aquel lado, que casi estuvo desbaratada si Files con su valor no los animára y detuviera. Peleóse gran rato, pero la vitoria inclinó á la parte de Fíles, y los turcos, desbaratados y vencidos, habiendo gran parte de ellos muerto en la batalla, huyeron. Siguióse el alcance hasta que los turcos llegaron á un castillo donde se habian fortificado. Prosiguió su vitoria Fíles, y en pocos dias llegó á ponerles sitio. El Emperador, cuando supo el buen suceso de la jornada, envió algunas galeras de genoveses á guardar el Estrecho, para que á los cercados no les pudiese venir socorro. Viéndose los turcos tan desesperados, por tener todos los caminos de su remedio cerrados, determinaron salir del castillo de noche y morir como hombres. A Files le llegaron dos mil caballos tribalos y muchos genoveses, con que se aprestase mas el sitio. Los turcos por ver á Fíles mas poderoso no mudaron de parecer; antes con nuevo coraje y brio salieron de noche y

acometieron los cuarteles del campo, pero fueron rebatidos y echados con gran pérdida suya.

Otra noche volvieron á probar su fortuna, y dieron en las tiendas y alojamientos de los tribalos, de donde volvieron muy mal tratados. Resolvieron por último remedio desamparar el castillo y tomar la vuelta del mar, donde estaban las galeras de los genoveses, en quien pensaban hallar alguna misericordia, por no tenerlos ofendidos. Era la noche muy oscura; y así, muchos de los turcos pensando ir hácia el mar, daban en manos de los griegos, que los mataban sin piedad; los demás llegaron á la lengua del agua. Dice Nicéforo que los genoveses mataron muchos dellos, y muchos cautivaron; pero Montaner añade que esto fué debajo de palabra que los pasarían á la Natolia sin hacerles daño, y que cuando los tuvieron dentro en sus galeras, les echaron en cadena y mataron. Como quiera que ello sea, los turcos, compañeros de los catalanes y aragoneses acabaron en esta jornada, despues de haber ellos solos inquietado el imperio cerca de tres años, retirándose quinientas millas que hay, ó poco menos, desde Atenas á Galípoli; y aun para destruirles, con ser tan pocos, hubo Andrónico de valerse de los tribalos y latinos; y con todo se tuvo por milagro que Dios obró por medio de Files, porque cuando vieron á Miguel desbaratado y vencido, les pareció que ya no serian bastantes fuerzas humanas para resistirles, sino que se habia de acudir á las divinas.

CAPITULO LXX.

De algunos sucesos de los catalanes y aragoneses en Atenas.

Los catalanes y aragoneses, ya firmes y seguros en las provincias de Aténas y Beocia, gobernáronse algun tiempo por Roger Deslau, como arriba dijimos; pero poco despues, ó por muerte de Roger, porque se cansaron de su gobierno y le arrimaron, enviaron embajadores al rey don Fadrique, á quien amaban de corazon, por mas agravios y menosprecios que dél

hubiesen recibido, y le suplicaron fuese servido de darles príncipe y señor que les gobernase. El Rey con esta embajada túvose por satisfecho del sentimiento pasado por no haber querido admitir al infante don Fernando, su sobrino, en su nombre. Pero como Rocafort, de quien se tenia por cierto que fué el autor deste consejo, era ya muerto, y agora le ofrecian lo mesmo que entonces pretendia, no pasó adelante con su enojo, aunque para mí entiendo que por mas vivo que estuviera su desabrimiento, no dejara perder tan buena ocasion de acrecentar á su hijo con un estado tan grande. Tuvo el rey don Fadrique su consejo de la persona que les enviaria, y pareció por entonces nombrar al infante Manfredo, su hijo segundo, por príncipe y señor de aquellos estados, y por tal le juraron los embajadores en nombre de toda la compañía. Pero por ser aun Manfredo de pocos años, no quiso el Rey su padre que fuese por entonces, sino enviar á Berenguer Estañol, hombre de mucho valor y prudencia, para que mientras el Infante creciese les gobernase en su nombre. Contentáronse con esto los embajadores, que tambien traian facultad de la compañía de poderle admitir. Partió Berenguer Estañol juntamente con ellos con sus galeras para Aténas, donde fué bien recibido, por verse ya los catalanes y aragoneses debajo de la proteccion de sus príncipes naturales; y hubiéranlo procurado antes si Rocafort por sus particulares intereses no impidiera estos tan honrados pensamientos.

Llegado Berenguer Estañol á tomar el cargo y gobierno de nuestra gente, tuvo luego guerra con los príncipes comarcanos, cuándo con unos, cuándo con otros; porque lo tomó por medio conveniente para conservarse en aquellos estados, por ser cosa muy asentada entre los catalanes que han de ocuparse siempre en alguna guerra estranjera, por escusar las disensiones domésticas y civiles que la ociosidad suele despertar en la fiereza de su natural. Este consejo tomaron prudentísimamente los catalanes de Aténas como á principal medio para su conservacion. Tenian por un lado al emperador Andrónico, con quien pocas veces es-

tuvieron en paz; por otro, al príncipe de la Morea, y por otros dos al déspota de Larta y al señor de Braquia. Mientras peleaban con los unos, hacian treguas con los otros; y así se conservaron muchos años con tanta reputacion en oriente, que he leido en la Historia del Cantacuseno (1), sacada á luz por el padre Pontano, que rehusando el mismo Juan Cantacuseno, por no dejar el lado de Andrónico el nieto, salir de Constantinopla á gobernar una provincia, dió por disculpa que la provincia estaba vecina de los catalanes, y no podia ir á ella sin mucha gente de guerra; y esta disculpa pareció bastante, y se la admitieron. Y en un discurso que trae Zurita de un fraile dominico, animando al Rey de Francia para la conquista de la Tierra Santa, dice que los catalanes ya habian abierto el camino, y que seria lo mas importante de la empresa tenerles de su parte y alentarles para que tambien emprendiesen la jornada.

Mientras Berenguer Estañol vivió y fué cabeza y capitan en Aténas, tuvieron guerras continuas, no con todos á un tiempo, pero ya con unos, ya con otros, sin tener jamás ociosas sus armas. Muerto Estañol, volvieron segunda vez á pedir al Rey don Fadrique gobernador y caudillo que por el Infante Manfredo les rigiese. Don Fadrique quiso darles persona señalada; y así, mandó venir de Cataluña al Infante don Alfonso, su hijo, y con diez galeras le envió muy bien acompañado para que gobernase el Estado por su hermano Manfredo. Fué notable el contento que recibieron los catalanes y aragoneses por tener prendas de la casa real de Aragon entre ellos. No gobernó mucho tiempo Alfonso por su hermano Manfredo, que murió de allí á poco. Entonces don Fadrique envió á decir á la compañía que admitiesen por su príncipe y señor al mismo Alfonso, que los gobernaba. Con esto los catalanes y aragoneses quedaron del todo contentísimos, y tuvieron por seguro su estado, pues habia de

(1) Cantacucenus, *Historiarum libri* IV *ex interpretatione Jacobi Pontani, cum not. Jacobi Gretseri.*—Paris, 1645.

asistir con ellos su príncipe. Pusieron gran cuidado en casarle, para que en sus hijos y descendientes se conservase el señorío. Diéronle por mujer la hija única heredera de Bonifacio de Verona, á quien ellos amaron y honraron mucho todo el tiempo que vivió, y despues de muerto quisieron que en su descendencia se perpetuase el mando y gobierno de aquel estado. Tenia esta señora la tercera parte de la isla de Negroponte y trece castillos en la tierra firme del ducado de Aténas. El infante don Alonso tuvo en ella muchos hijos, y ella vino á ser una de las mujeres mas señaladas de su tiempo, aunque Zurita no siente en esto con Montaner, á quien yo sigo. Con esto daremos fin á la *Expedicion* de nuestros catalanes y aragoneses, hasta que tengamos larga y verdadera noticia de lo que sucedió en el espacio de ciento y cincuenta años que tuvieron aquel estado.

FIN.



